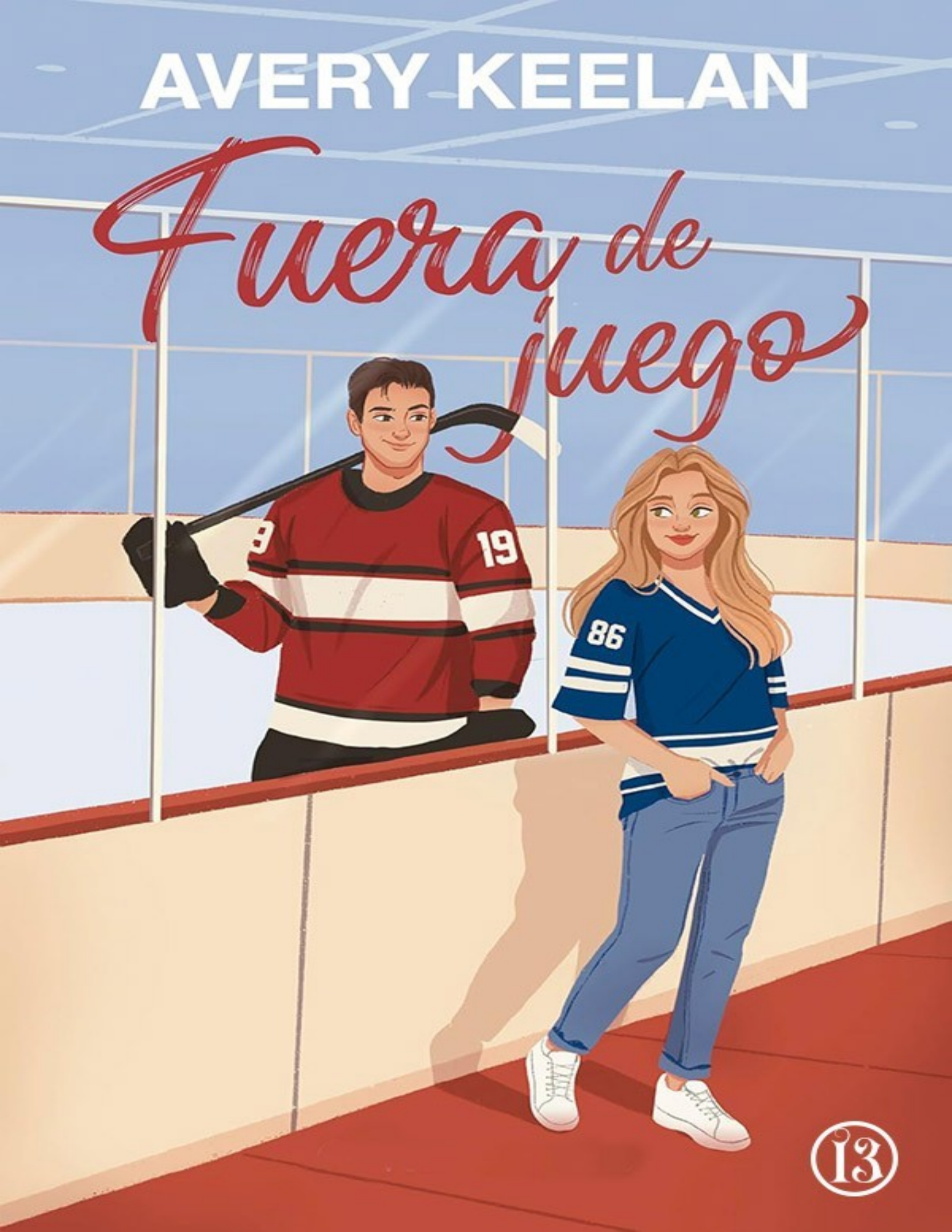
AVERY KEELAN

Fuera de juego



13

¿Y si fingir que estás enamorada… hace que te enamores de verdad? ¿Queréis la receta del peor cumpleaños de la historia? Corazón roto, vestido arruinado… y vomitarle encima al chico más bueno (e insoportable) del campus: Chase Carter. Estrella del *hockey*, rompecorazones profesional y, para rematar, jugador del equipo rival. ¡Feliz cumple, Bailey! Chase podría haber pasado de ella. Pero no. La ayuda. Es amable. Demasiado amable. Y cuando Bailey le propone fingir un romance para darle celos a su ex (Luke, alias el Capullo), Chase acepta encantado. ¿Vengarse de su archienemigo con besos de mentira? ¿Dónde hay que firmar? Solo que… los besos no parecen tan falsos. Y las miradas, tampoco. Ahora Bailey no sabe qué es peor: que Luke quiera recuperarla… o que ella ya no quiera dejar de fingir. Enamorarse del enemigo nunca estuvo en el plan…

Avery Keelan

Fuera de juego



Título original: *Offside*
Avery Keelan, 2022
Traducción: Gemma Benavent, 2025

Revisión: 1.0

06/02/2026

Para cualquiera que haya tenido un Luke en su vida.



Capítulo 1

Cegada

Bailey

Era oficial: estaba como pez fuera del agua.

—¿Te apetece una copa? —me preguntó Luke, con esos ojos azules destellando bajo la luz de las velas. Vestía un traje gris impecable, con una camisa blanca abierta en el cuello, y el pelo rubio peinado hacia atrás meticulosamente—. Ahora que eres mayor de edad.

—Claro —dije, con una sonrisa vacilante—. Eh… elige tú por los dos.

Celebrábamos mi vigésimo primer cumpleaños en uno de los restaurantes más pijos de la ciudad. Yo apenas bebía, y la mayoría de los nombres en la carta de vinos me resultaban imposibles de pronunciar.

Luke, hijo único de dos prestigiosos abogados de Chicago, había crecido cenando cada fin de semana en lugares como este. En cambio, yo era la menor de cuatro hermanos, hija de una enfermera y un profesor que trabajaba a las afueras de Minneapolis. Aquello no

tenía nada que ver con mi mundo. Para mi familia, una gran noche significaba salir al Applebee's, y aun así había que hacer malabares para que entrara en el presupuesto.

Asintió y tomó la carta de vinos.

—Pediré una botella de vino.

Luke hojeaba la carta con la concentración de alguien a punto de comprarse un coche nuevo mientras yo me removía en mi asiento, arrepentida de haberle pedido prestados los tacones a Amelia. Me apretaban los dedos; eran media talla más pequeños y me estaban matando.

Antes de meter los pies en esos zapatos infernales, había pasado buena parte de la tarde arreglándome. Mis compañeras de piso casi me sacan un ojo ayudándome a ponerme las pestañas postizas. Fue todo un proceso… y me prometí no repetirlo nunca.

Crucé las piernas y recorrí el restaurante con la mirada, buscando distraerme. Me llamaron la atención los detalles dorados, brillantes y algo recargados, y los cuadros perfectamente alineados que cubrían las paredes como si formaran parte de una galería. La mayoría de las mesas estaban ocupadas por gente que nos sacaba, como poco, diez años. Todos vestían con elegancia, impecables de pies a cabeza. Si hubiera dependido de mí, jamás habría escogido un lugar como este, pero Luke había preferido sorprenderme. Y supongo que lo que vale es la intención, ¿no?

Un minuto después, cerró la carta y la dejó a un lado. Nuestro camarero reapareció de inmediato, como si lo hubiéramos invocado. Era sorprendentemente alto y tan delgado que daba la impresión de que una ráfaga de viento bastaría para llevárselo.

—¿Con qué desean empezar esta noche? —preguntó, esbozando una sonrisa forzada que dejaba claro que dudaba de que pudiéramos permitirnos estar allí. No se equivocaba del todo.

—Tomaremos una botella del *cabernet sauvignon* River State —respondió Luke, mientras le devolvía el menú.

—Excelente elección —dijo el camarero, inclinando ligeramente la cabeza antes de darse la vuelta y alejarse con paso rápido.

Esperaba que el camarero regresara pronto para poder pedir de una vez. Tras haber pasado un mes viviendo a base de bocadillos de mantequilla de cacahuete para poder permitirme el vestidito negro que llevaba, la idea de ver otro tarro o una rebanada de pan me provocaba náuseas. Estaba muerta de hambre, desesperada por algo que supiera a comida de verdad, aunque el menú estuviera escrito en francés, un idioma que ni hablaba ni entendía.

Luke alargó el brazo sobre el mantel color marfil y me tomó la mano, acariciándome el dorso con el pulgar.

—He estado pensando mucho en qué hacer después de la graduación.

—¿Tienes noticias? —Sentí un cosquilleo de emoción en el estómago. Me incliné más hacia él y estudié su rostro iluminado por las velas—. ¿Quién cree Gavin que morderá el anzuelo?

Como capitán de los Bulldogs, el equipo de *hockey* de Primera División de Callingwood, Luke había tenido una temporada excepcional. Su rendimiento no había pasado desapercibido, y varios equipos de la NHL le habían echado el ojo. Eso le daba cierta ventaja… incluso el lujo de hacerse el difícil a la hora de decidir con quién quería firmar.

Ahora, la gran incógnita era qué equipo acabaría fichándolo. O, para ser más precisos, con cuál lograría su agente, Gavin Harper, negociar la mejor oferta.

Tomó aire y me dedicó una sonrisa tensa.

—En realidad, justo de eso quería hablar contigo.

Sentí mariposas en el estómago.

—Vale.

Había llegado el momento. Por fin íbamos a planearlo. La relación a distancia sería dura, pero lo conseguiríamos. Solo sería un año, el último de mi carrera. Yo volaría a verle, él me visitaría y, durante la pretemporada, viviríamos en la misma ciudad. Además, haríamos videollamadas a diario. Era factible.

Nuestro camarero volvió y sirvió un poco de vino color rubí en cada una de nuestras copas mientras esperaba, expectante.

Tardamos unos segundos en entender que esperaba a que lo probáramos. Yo no tenía ni idea de cómo debía saber un buen vino, así que me limité a observar. Me quedé mirando mientras Luke giraba la copa con suavidad, probó un sorbo y asintió en silencio. El camarero terminó de llenar las copas hasta la mitad y se alejó sin decir palabra.

—Parece que todo apunta a la bahía de Tampa o Dallas —dijo Luke al fin.

—Eso es genial —respondí, dando un sorbo a mi copa mientras intentaba no hacer una mueca. El sabor era ácido, áspero, como si el vino arrastrara consigo un mal recuerdo. ¿Cómo podía la gente disfrutar con esto?—. Sé que llevas mucho tiempo esperando este momento.

—Sí, pero… —Se quedó a medio camino, sin terminar la frase.

—¿Qué ocurre? —¿Un problema con el dinero? ¿Algún desacuerdo sobre las condiciones del contrato? Luke insistía en incluir una cláusula que le asegurase que jugaría en los *playoffs* durante su primer año si el equipo lograba clasificarse. Pero no todos los equipos estaban dispuestos a aceptar ese tipo de exigencias.

—Creo que deberíamos darnos un tiempo.

Se me secó la boca.

—¿Un tiempo?

Luke asintió.

—Me voy dentro de poco. No lo hagamos más difícil de lo que debería ser.

Parpadeé mientras intentaba procesar sus palabras, pero mi cerebro seguía paralizado, como un ordenador colgado: «Error: no funciona».

—No te vas hasta que se acabe el curso…

—Pero ya sabías que este momento iba a llegar, ¿no? —dijo él con una expresión que oscilaba entre la tristeza y la incomprensión.

Se me cortó la respiración y los ojos comenzaron a arderme con el picor de las lágrimas. Por supuesto que no lo veía venir. Si hubiera sospechado algo, ¿de verdad me habría embutido en este vestido

corto y tan *sexy* que apenas podía moverme? ¿Me habría puesto los tacones infernales de Amelia y pasado horas maquillándome frente al espejo? Joder, si hasta llevaba pintalabios. ¡Pintalabios!

Yo pensaba que íbamos a hablar del futuro, no de romper.

—Espera. —Fruncí el ceño, tratando de leer entre líneas—. ¿Estás pidiéndome que nos tomemos un tiempo? ¿O que lo dejemos?

Vaciló.

—Creo que la segunda.

—¿Crees? —Mi voz se quebró, más aguda de lo que pretendía. Varias personas en las mesas cercanas se giraron a mirarnos. Algunas con curiosidad, otras con fastidio—. Luke, ya hemos estado aquí antes. Si lo dejamos esta vez, no hay marcha atrás.

Luke se estremeció y alzó las manos en un gesto de calma.

—No montemos una escenita, B.

—Perdóneme usted —solté con sarcasmo, mientras agarraba la copa y le daba un trago largo, torpe y nada elegante. Estaba asqueroso. Dejé la copa de golpe en la mesa y lo fulminé con la mirada—. ¿Te estoy avergonzando mientras cortas conmigo en público el día de mi cumpleaños? ¿Ese es el motivo por el que decidiste celebrarlo aquí? ¿Para que no montara un numerito? —Sentí las lágrimas calientes arder de nuevo. Apreté la mandíbula y tragué saliva. En ese momento, estar enfadada era mucho más soportable que dejarme arrastrar por la tristeza.

—No, no es eso… No quería que sonara así —murmuró y soltó un suspiro mientras se llevaba una mano al rostro—. Llevo un tiempo pensándolo y quería ser justo contigo. No quería darte falsas esperanzas.

—Claro —respondí, con una risa amarga. Saber que lo había estado meditando solo hizo que me escociera más. Llevaba lencería debajo del vestido, convencida de que terminaría acostándome con él esta noche. Mientras yo me preparaba para entregarme, él ya iba trazando su retirada. ¿Cómo había podido ser tan ingenua?

—No me creo que me estés haciendo esto después de haberme rogado que volviera contigo este verano.

—Pero es justo eso —dijo—. Llevamos mucho tiempo juntos y, dentro de nada, la liga dominará mi vida: dónde vivo, dónde juego, lo que como… todo. Necesito tiempo para mí.

—Ajá —dije, intentando disimular el temblor en mi voz—. O sea que ya toca volver al juego… y a las grupis, ¿no? Igual que las otras dos veces.

En nuestras dos rupturas anteriores, lo esperé mientras se acostaba, al menos, con otra. Después de cada vez, se arrastró para que lo perdonara y, como una tonta, lo hice. Creí que había cambiado, de verdad.

—No se trata de eso.

—Vale —resoplé y me crucé de brazos mientras parpadeaba para contener las lágrimas. No iba a darle el gusto de verme llorar—. Si no es eso, entonces ¿qué es? Tiene que haber algo para que tus sentimientos hacia esta relación hayan cambiado de forma tan drástica. ¿Hay otra persona?

Frunció el ceño.

—No me creo que seas capaz de pensar eso.

—Pues yo no me creo que estés haciendo esto, así que estamos en las mismas —respondí antes de quitarme la servilleta de lino del regazo y dejarla caer sobre el plato vacío. Apoyé ambas manos en la mesa, me incorporé y empujé hacia atrás la silla tapizada en terciopelo rojo—. Tengo que irme.

—No te vayas —me rogó Luke, y trató de agarrarme el brazo—. Podemos cenar juntos, ¿no? Aún podemos ser amigos.

Parecía más interesado en quedar bien con mi hermano que en mí. Jugaban juntos en los Callingwood Bulldogs, y cortar de repente con la hermana pequeña del defensa Derek James no era la mejor jugada si quería evitar tensiones en el vestuario antes del próximo partido.

No es que eso fuera a cambiar nada. Derek jamás me había defendido. ¿Por qué lo haría ahora? En el hielo era una bestia, una fuerza imparable. Fuera de él, un pusilánime. Tenía horchata en las venas.

Me zafé del agarre de Luke.

—Ni en tus sueños.

—Bailey, no te pongas así.

Sentí un vuelco en el pecho. Así ¿cómo? ¿Triste porque me había pillado desprevenida? Cualquiera en mi lugar estaría hecha polvo.

—Deja que te lleve a casa, al menos.

—Gracias, pero no. Ya has hecho suficiente.

Los segundos se alargaban mientras seguía de pie junto a la mesa, con la intención de irme, pero incapaz de hacer que mi cuerpo cooperase. Tenía los pies clavados al suelo, como si algo invisible me retuviera. Esto no podía estar pasando. Era Luke. Mi Luke.

Observé detenidamente su rostro, recorriendo cada línea y cada curva que conocía incluso mejor que las de mí propia cara.

Sus ojos, de un azul pálido, se entrecerraban bajo un arco de pestañas exuberantes; tenía una mandíbula marcada, una barbilla hendida y una nariz romana, ligeramente torcida por una fractura durante un partido de *hockey* en su juventud. Siempre he pensado que ese detalle le daba personalidad a una cara que, de otro modo, sería perfecta.

Era el rostro que había visto al despertar tantas veces. Un amigo que me había acompañado en mis peores momentos. Un amante que había sido testigo de mis momentos más vulnerables.

Pero esta persona sentada ante mí era un extraño.

—Vendrás al partido de mañana por la noche, ¿verdad?

La tristeza en mis entrañas se convirtió en ira. Incluso ahora, quería que fuera su grupi.

—Tienes que estar de broma, —solté, mientras agarraba el bolso de la silla de al lado—. Iré a ver el partido, sí, pero solo porque juega Derek. Y no te hagas ilusiones: si animo, será en tu contra.



A la mañana siguiente, me senté frente a la isla de la cocina con

una taza de café que apenas probé y un plato de comida que me resultaba imposible mirar y mucho menos comer. Tenía el estómago revuelto y me limité a empujar los huevos ya fríos por el plato, sin lograr reunir el ánimo para dar un solo bocado.

El reloj digital del fogón marcaba las ocho y cuarto, lo que significaba que llevaba casi una hora frente al plato. Mi madre decía que un buen desayuno era la clave para empezar bien el día, pero no existía cantidad alguna de comida capaz de remediar lo ocurrido la noche anterior. Nada podía hacerlo, salvo una varita mágica.

—¡Buenos días! —Mi compañera de piso, Amelia, se deslizó por la cocina y fue directa hacia la cafetera. Estaba claro que su día había comenzado mucho mejor que el mío. Llevaba un jersey rosa corto y unos vaqueros desgastados; tenía el pelo castaño y rizado recogido en una trenza gruesa que le caía sobre el hombro. Yo, en cambio, ni siquiera me había duchado. Seguía con el pijama morado, viejo y deshilachado, el cabello largo hecho un nudo, la piel manchada, los ojos hinchados y un vacío instalado en el corazón.

Volver a estar sola, tras un año y medio, era como flotar sin rumbo en mar abierto, sin horizonte ni dirección. Sin Luke, no sabía quién era. Y prefería no averiguarlo.

Amelia se sirvió una taza inmensa de café de tueste francés. Después, sin decir una palabra, fue hasta la nevera y sacó la crema de vainilla.

—¿Cómo fue tu cena de cumpleaños? —preguntó mientras cerraba la puerta con la cadera, sin volver la vista.

—Bueno… —Las palabras se me atragantaron—. No muy bien.

Soltó una risa suave y comenzó a remover el café. La cucharita repicaba contra la taza de cerámica.

—¿Por qué? ¿Luke te tuvo despierta toda la noche?

Sentí una punzada seca, como si algo me atravesara el pecho y el vientre al mismo tiempo.

Entonces se giró, y sus ojos color chocolate me examinaron por encima del borde de su taza rosa.

—Tienes cara de no haber pegado ojo.

Teniendo en cuenta que acababan de destrozarme el corazón, estaba segura de que mi aspecto iba mucho más allá del simple cansancio. Seguro que parecía un trol.

—No… no es eso.

Tomó un sorbo de su café y arqueó las cejas.

—¿Dónde está Luke, de todas formas? ¿Sigue durmiendo?

Otra puñalada.

—No está aquí. —Pero debería haber estado.

—Oh —murmuró, frunciendo el ceño con una ligera expresión de desconcierto—. ¿Tenía entrenamiento esta mañana? Creía que Paul dijo que hoy tocaba físico.

—No —respondí—. Me ha dejado.

Amelia se quedó helada, con la taza a medio camino de la boca.

—¿Qué? —Me miró a los ojos.

—Sí —respondí, bajando la mirada hacia mi plato antes de morder un bocado de tostada integral, ya húmeda. De pronto, el apetito había regresado, quizá porque la alternativa a comer era hablar de la ruptura. Amelia me miraba con los ojos como platos. Ojalá hubiera podido repartir un panfleto, un boletín con los hechos esenciales, en lugar de tener que revivir cada detalle doloroso con palabras.

Tragué y añadí:

—Me dijo que necesitábamos darnos un tiempo… y resultó que en realidad quería romper conmigo.

Una parte de mí aún se negaba a creerlo, pero otra, más profunda, ya se había resignado.

—Cariño. —Dejó la taza sobre la encimera, rodeó la isla y se sentó en el taburete junto al mío. Me miró con preocupación y me acarició el brazo con suavidad—. Lo siento mucho.

—Está bien.

—¿Qué ha pasado? No lo entiendo.

Ni yo misma terminaba de entenderlo, pero eso ya no importaba. Lo peor era tener que repetir la historia una y otra vez: con todos mis amigos, con mi hermano, con mis padres… Decirlo en voz alta,

ver la sorpresa en sus caras, soportar esa compasión torpe que llegaba sin que nadie la pidiera. No quería su consuelo. No quería abrazos. No quería hablar de ello, para nada.

—Supongo que nos hemos distanciado.

—Aun así, tienes que estar destrozada. Me sabe fatal, B.

Amelia y yo llevábamos seis meses compartiendo piso y la convivencia no podía ser mejor: nos prestábamos la ropa, compartíamos el maquillaje y nos entregábamos sin culpa a maratones de series malas en Netflix. Nos habíamos conocido porque Paul y Luke jugaban juntos, lo que significaba que su vida, como la mía, giraba en torno al equipo. Ahora me miraba con una mezcla de conmoción y espanto, como si acabara de anunciarle la muerte de alguien.

¿De verdad se preocupaba por mí? ¿O le preocupaba que ella y Paul fueran los siguientes? ¿Lo serían? Como Luke, Paul era un estudiante de tercer año de universidad que aspiraba a entrar en la NHL. Quizá habían hecho un pacto para dejar a sus novias y aprovechar su último año de universidad al máximo.

O tal vez yo era el único peso muerto.

—Ya, bueno… Son cosas que pasan —murmuré sin mirarla a los ojos. Cogí el plato y me levanté, empujando el taburete lejos de la encimera—. En fin, tengo que ducharme e ir a la biblioteca. Aún me queda un artículo que terminar antes del partido de esta noche.

Claro que otra cosa era lograr concentrarme lo suficiente como para escribir una sola línea. Esa sería la parte difícil. O tal vez no. Tal vez fuera justo lo que necesitaba: perderme en el trabajo, aislarme un rato del mundo y fingir que no se me había derrumbado todo por dentro.

—¿Vendrás al partido?

La pregunta me golpeó como una bofetada, aunque sabía que no lo había hecho con mala intención.

—Tengo que ir —dije—. Derek no me lo perdonaría si de pronto dejara de ir a sus partidos.

Además, ni siquiera sabía en qué ocuparía mi tiempo si no lo

hacía.



Capítulo 2

No hago más que ganar

Chase

Nuestro ritual antes de cada partido como local era sagrado. Recorríamos el Northridge Arena en monopatín, volvíamos a casa a echarnos una siesta, almorzábamos en Ironwood Grill y regresábamos temprano. Luego volvíamos al estadio para calentar y ponernos al día. Siempre la misma rutina. Una y otra vez. No es que fuéramos supersticiosos, pero cada vez que alterábamos esa rutina, terminábamos perdiendo.

Bueno… quizá sí lo éramos un poco.

Esa noche, las expectativas estaban por las nubes. Nos enfrentábamos a nuestros mayores rivales: los Callingwood Bulldogs. No soportaba a ese equipo, en especial al capitán, y estaba impaciente por machacarlos.

—Es día de partido, perras —soltó Tyler, nuestro portero, mientras se estiraba con los brazos por detrás de la cabeza. Al tensar los bíceps, se le marcaban los tatuajes: una manga entera de tinta que le cubría el brazo izquierdo hasta el antebrazo—. Espero

que estéis preparados.

Resoplé.

—Lo dice el que no para ni un disco. Tienes menos reflejos que un Playmobil.

—Pues no me has metido ni uno… ¿qué dice eso de ti?

Aunque la posición de extremo izquierdo tenía un perfil ofensivo, meterlo no era mi prioridad… al menos no sobre el hielo. Lo mío era disputar la posesión del puck, mantenerme firme en la pista y defender en situaciones de penalti. Y, por supuesto, desconcertar al rival, meterme en su cabeza hasta hacerlo perder los estribos. Ambas cosas me resultaban profundamente satisfactorias.

También solía meterme en alguna que otra trifulca. Bueno… siendo honestos, en más de una.

—Por cierto —dijo Dallas, haciendo oídos sordos a nuestras quejas—, esta noche nos vemos en XS. Tú también vienes —añadió, señalándome con el tenedor.

—¿Qué coño es XS? —pregunté, haciéndome el tonto—. ¿Eso no es una talla de camiseta? Como mínimo voy a necesitar una grande, colega.

Me fulminó con la mirada.

—Es una discoteca nueva. Abrió el fin de semana pasado. Dicen que está llena de tías buenorras.

Ya me conocía sus intenciones…

Dallas era el guapete del equipo, el clásico capitán estadounidense, con todo el porte y la sonrisa de quien sabe que lo tiene todo a su favor. Tyler, en cambio, era el portero rebelde, cubierto de tatuajes y con aire de chico malo. Y yo… yo era el imbécil provocador, el que siempre acababa diciendo lo que no debía. Compartíamos piso, vestuario y una fama bien ganada: juntos formábamos un trío difícil de igualar cuando se trataba de conquistar chicas.

Pero las discotecas me parecían aburridas de cojones. Podría conseguir lo mismo con unas luces estroboscópicas y copas aguadas, ahorrándome la entrada y el dinero del transporte.

Y en lo que a chicas respectaba, ya tenía tantos números guardados que podría crear mi propia aplicación de citas exprés, al estilo Uber Eats, pero con final feliz.

Cogí mi bocadillo de pollo del plato.

—Tengo una idea mejor.

—¿Ah, sí? —dijo Dallas, levantando la vista de su plato de fetuccini Alfredo, con las cejas alzadas.

—Podríamos hacer cualquier otra cosa antes que eso.

¿Por qué se empeñaban en convencerme? Todos sabían que yo era el cabezota del grupo. Si algo no me apetecía, no había manera de obligarme. Miller, el entrenador, era testigo de ello.

Tyler se echó hacia atrás en la silla y me miró con sorna.

—¿Desde cuándo eres tan aguafiestas? Pensé que esto te iba a flipar.

«Aguafiestas» era, sin duda, la última palabra con la que alguien me describiría. Nunca decía que no a una buena borrachera, un polvo o la oportunidad de meterme en problemas. Lo que pasaba era que no me daba la gana hacerlo en una maldita discoteca.

Después de un partido que me dejaba física y mentalmente reventado, prefería desahogarme de cualquier otra manera.

—Una fiesta, genial. Un bar también. Pero las discotecas son lo peor —dije—. Música espantosa, copas carísimas y un montón de tíos por en medio. Además, son cursis de cojones.

—Exacto —asintió Ty, como si fuera lo más evidente del mundo —. A las tías les encanta lo cursi. Sobre todo a las tías buenas.

—Perfecto —respondí—. Que os divirtáis. —Yo tenía opciones de sobra para pasar la noche, con tías buenas incluidas. Que ellos siguieran a lo suyo y yo a lo mío.

—Venga, tío —gruñó Ty, clavándome la mirada mientras le hincaba el diente a su hamburguesa.

La camarera volvió a rellenarnos los vasos con agua con hielo y desapareció sin decir palabra.

—¿Para qué me necesitáis? ¿Es que sin mí no ligáis?

—No es precisamente por el placer de tu compañía —respondió

Dallas con total indiferencia.

Me encogí de hombros.

—Pues que venga la gente a casa.

—Eso lo hacemos todos los fines de semana —se quejó Tyler, echando la cabeza hacia atrás y mirando al techo. Se pasó una mano por el pelo oscuro y luego clavó los ojos en los míos—. Necesito un cambio de aires.

A mí, personalmente, me gustaba. La fiesta venía a nosotros, y cuando me aburría, podía irme a dormir… o a hacer otras cosas.

Solté una carcajada. «Cambio de aires» era una forma muy elegante de decirlo.

—Lo que pasa es que ya te has tirado a todas las tías de Boyd.

—Eso también es verdad —admitió Tyler—. Toca renovar la plantilla.

Siempre se metían conmigo por mi reputación, pero, al lado de Tyler, yo parecía el puto Tom Hanks.

—En cualquier caso, me apunto a hacer algo distinto. Te vienes, y lo sabes —sentenció Dallas, clavando en mí su gélida mirada azul. A las chicas les derretía las bragas, pero conmigo no surtía mucho efecto.

—¿Y a ti qué más te da, Ward? —le espeté, alzando la barbilla en su dirección—. Si al final vas a acabar con Shiv, como siempre, y lo sabes.

—Quién sabe… —Se encogió de hombros—. Dependerá de cómo se dé la noche.

Y una mierda. Había un noventa y ocho por ciento de probabilidades de que, llegada la una de la madrugada, acabara yéndose tras Siobhan. Dallas hablaba mucho, pero jamás se liaba con nadie más, pese a que entre ellos no hubiera ningún tipo de exclusividad. Era una dinámica extraña que nunca llegué a comprender, aunque Shiv me caía bien.

Claro que, cuando las cosas iban mal entre ellos, a veces salía a buscar una distracción. No para ligar, sino para despejarse. Puede que este fuera el caso.

—Está bien —dije, mojando una patata en kétchup y señalándolos con ella—. Ya que estos dos ídolos del bar están empeñados en salir, vamos a hacerlo interesante.

—¿Qué propones? —preguntó Dallas.

—Una apuesta.

Tyler arqueó una ceja.

—Si dejamos la portería a cero contra los Bulldogs esta noche, vamos a XS.

Las probabilidades de que eso ocurriera eran mínimas. Pero si pasaba, genial: machacaríamos al equipo que más odiaba. Y si no, tampoco me importaba mucho: me libraría de ir a esa discoteca ridícula.

Siempre y cuando ganáramos, por supuesto. Esa parte no era negociable. Ganar o morir en el intento. Eramos los únicos equipos universitarios de Primera División en todo el estado, lo que hacía que la rivalidad fuera sumamente intensa. Se alimentaba de décadas de odio y resentimiento. Boyd había ganado más campeonatos en total, aunque en los últimos diez años, Callingwood había sido más fuerte en su conjunto. Aunque me costara admitirlo, durante los tres años que llevaba en Boyd, habíamos estado bastante igualados.

En cualquier caso, nuestros partidos siempre eran emocionantes. Ellos seguían rabiando por haber quedado fuera de los *play-offs* la primavera pasada, gracias a nosotros. Esta noche estaba deseando aplastarlos. Sobre todo, a su capitán, Morrison, que jugaba sucio, no salía del área y era un capullo integral.

—¿Y si no lo conseguimos? —Dallas le dio un bocado al pan de ajo y me lanzó una mirada inquisitoria.

—Buscamos algo mejor que hacer con nuestro tiempo —dije.

Él se encogió de hombros.

—De acuerdo.

—¿Qué? —Tyler se inclinó hacia delante sobre los codos y frunció el ceño—. Ni hablar. Eso hace que la responsabilidad recaiga sobre mí.

—En realidad, no —dije, señalando a Dallas—. Tu compañero

aquí aún tiene que marcar para que ganemos.

Aunque eso estaba garantizado. El promedio de puntos por partido de Dallas era el más alto de la liga, ligeramente superior al mío, que había sufrido por las constantes faltas en las que me veía involucrado. Pasar más tiempo en el banquillo de penalizaciones significaba menos minutos sobre el hielo. Pero cada uno tenía su función, y yo cumplía la mía con eficacia.

—Para que no nos metan ni un solo gol, tendría que ser tan rápido como Flash y cubrir toda la portería en un abrir y cerrar de ojos —dijo Ty—. Así que es más probable que ganemos si alguno de vosotros, idiotas, logra marcar un gol.

—Bien. —Suspiré—. Podemos subir la apuesta: un marcador en blanco para ellos y tres goles o más a nuestro favor. Y, como mínimo, uno tiene que ser de Ward.

—Eso es fácil, lo puedo hacer con los ojos vendados y boca abajo —dijo Dallas mientras bebía un sorbo de su agua con hielo—. Mejor que sean dos.

Era como si estuviera haciendo mi trabajo por mí.

—Que te jodan —gruñó Tyler—. Tú solo tienes que colarle un par de tiros a Mendez, mientras yo tengo que parar casi cien del equipo contrario.

Siempre exageraba. Esa noche, no le iban a tirar ni la mitad de eso. Pero la cordura nunca fue una virtud de los porteros; tenían una locura particular, indispensable para su oficio. Solo con esa dosis de demencia podían sobreponerse al golpe de un gol en contra y volver al juego. Proteger la red requería una fortaleza mental implacable.

—¿Qué pasa? —preguntó Dallas con una sonrisa provocadora—. ¿Temes no estar a la altura?

Ty resopló, molesto.

—Por supuesto que puedo. Y estoy a punto de demostrarlo.

Entre las debilidades de Tyler, el orgullo ocupaba un lugar destacado, lo que lo convertía en alguien fácil de provocar.

—Dicen que los Bulldogs se han dejado vencer durante la pretemporada —añadió Dallas—. Cuatro derrotas, un empate y una

victoria. Es pan comido.



De haber sabido que habría sido tan fácil ganar la apuesta, me habría puesto más creativo.

A los tres minutos del partido, el portero de los Bulldogs no consiguió parar el disparo de Ward, que se le coló entre las piernas. Como si se hubiera quedado dormido entre los postes. A partir de ahí, todo se fue a la mierda. Acumularon varias faltas leves en el primer tiempo, entre las que le Incluían zancadillas, golpes con el *stick* y con la pala de este, e incluso una por tener demasiados jugadores en la pista. Al parecer, además de haber olvidado cómo patinar, también habían perdido la capacidad de contar.

Cuando comenzó el segundo tiempo, estábamos muy animados. Entretanto, les estábamos pateando el culo. Observé cómo el revés de Dallas pasó rozando el arco, golpeó las tablas del fondo y rebotó hacia la esquina. Derek James, uno de los defensas de los Bulldogs, llegó antes que nosotros y recuperó el disco, pero se quedó paralizado, incapaz de reaccionar. Mientras yo retrocedía hacia el área para tomar posición, el flanco derecho se lanzaba al ataque. En lugar de tomarse el tiempo para armar la jugada como debía, Derek se dejó llevar por los nervios y trató de pasarle el *puck* a un compañero. El pase salió desviado, y lo intercepté justo frente a la portería. Con un simple movimiento de muñeca, hice sonar la bocina una vez más.

Precioso.

Con el puño en alto, patiné hacia el banquillo y me senté de un solo impulso.

—Menudo golazo. —Dallas se rio y me dio una palmada en la espalda—. Pero acabas de sellar tu destino.

No habían pasado ni dos minutos de la segunda parte y ya ganábamos 3 a 0, cumpliendo al pie de la letra los términos de

nuestra apuesta. Quizá debería haber puesto el listón un poco más alto. Aunque, para ser justos, no esperaba que los Bulldogs nos lo pusieran tan fácil.

Su primera línea ofensiva patinaba sin rumbo, como si necesitaran un puto mapa para llegar hasta la portería. A Morrison, por su parte, también le habría venido bien una brújula.

Se había salido de madre, era un sindiós.

Y, joder, era maravilloso…

—Aún falta que Tyler mantenga el contador a cero —dije.

Tal vez los Bulldogs lograran sacarse las cabezas de los culos y marcar un gol para que yo no tuviera que ir a una discoteca de mierda. No, espera, ¿qué cojones? Me odiaba por pensarlo siquiera. Cuanto más humillante fuera la derrota para Callingwood, mejor.

—Por favor, ¿le has visto esta noche? —Dallas hizo un gesto con la barbilla hacia nuestra portería—. Es un muro de piedra.

—Ya veremos.

—Más te vale ir pensando cómo te vas a peinar y qué te vas a poner —añadió—. Porque vas a venir.

Genial. Me había convertido en una víctima de mi propio éxito.

—Está bien —dije, inclinándome para tomar mi botella de agua —. Todo o nada. Si voy a perder esta apuesta ridícula, más vale que los machaquemos.



Capítulo 3

Ni lo sueñes

Bailey

Las gradas estallaron en vítores cuando sonó el silbato y el marcador se actualizó. Con creciente frustración, vi cómo las letras rojas brillantes marcaban un 4 a 0. 4 a 0. A favor de los Falcons.

Ser el equipo visitante era un asco, pero era especialmente malo cuando nos estaban machacando de esta forma.

Nuestro portero, Eddie Mendez, lanzó el *stick* y soltó una ristra de insultos creativos que resonaron por todo el estadio. Contuve la respiración, esperando a ver si el entrenador Brown lo mandara al banquillo, pero no ocurrió. Mi hermano Derek se quitó los guantes azules y blancos y patinó hacia el banquillo moviendo la cabeza con gesto de frustración. Estaba decepcionado consigo mismo por la jugada defensiva fallida, no con Mendez por haber permitido que marcaran.

Y junto a la portería, Chase Carter, el extremo izquierdo de los Falcons, alzó el puño en señal de victoria y patinó hacia el banquillo para chocar los cinco con sus compañeros de equipo y regodearse,

como de costumbre. Una oleada de irritación me recorrió el cuerpo.

—Le odio —mascullé.

Amelia asintió.

—Yo también. Es lo peor.

No solía tener reacciones emocionales intensas hacia la mayoría de los jugadores, fueran buenos o malos. Pero Carter era la excepción. Era la personificación de lo detestable. La arrogancia vestida de carmesí.

Un idiota con patines y demasiada autoestima.

Sí, era bueno, un extremo de primera o segunda línea en una liga de primera división. Pero su ego desbordado no estaba a la altura de su talento. Además, tenía la mala fama de soltar comentarios ofensivos y provocar peleas entre nuestros equipos. Era especialista en iniciar altercados que terminaban con una sanción para nosotros y con los Falcons marcando porque éramos uno menos.

No solo se irritaba con facilidad, sino que además tenía un carácter retorcido hasta la médula.

Al final de la temporada, la primavera pasada, Carter y Derek se enfrentaron durante el segundo tiempo. A pesar de la clara provocación del primero, mi hermano recibió una sanción por mal comportamiento mientras que el otro salía indemne. Perder a mi hermano en ese momento fue un golpe duro para el equipo, que ya estaba mermado por las lesiones y con escasez de defensas. Al final, perdimos por un gol y no pudimos clasificarnos para los *playoffs.* Derek aún le guardaba rencor a Carter por ello. Y yo también.

Volvimos a guardar silencio observando la masacre en la pista de hielo. O, al menos, eso hizo Amelia. Yo, en cambio, no podía apartar la mirada de Luke. Incluso cuando estaba en el banquillo, me resultaba imposible no centrarme en nadie que no fuera él durante más de unos pocos segundos.

Mi amiga me dio un ligero codazo.

—¿Estás segura de que estás bien?

—Estoy bien —dije, rodeándome el cuerpo con los brazos,

deseando haberme puesto una chaqueta sobre la sudadera gris. Siempre hacía muchísimo frío en el Northridge Center, el estadio de la Universidad de Boyd, pero estaba tan aturdida que ni siquiera lo pensé al salir por la puerta de casa.

—¿Habéis hablado desde entonces?

—Más o menos —dije—. En realidad, no…

Esta tarde, Luke me había enviado un hilo incesante de mensajes de disculpa. No intentaba recuperarme, sino contener los daños, repitiendo las súplicas de la noche anterior para que siguiéramos siendo amigos. Al principio, lo ignoré, pero tras el quinto mensaje, cedí y le contesté diciendo que estaba bien (aunque claramente no lo estaba) y que solo necesitaba algo de tiempo (que en realidad era un hasta nunca). Lo hice, en parte, porque soy una blanda, y, por otro lado, porque no quería que el drama entre nosotros lo distrajera del partido de esta noche. Por mucho que me doliera, debía tranquilizarlo para que no metiera la pata y arruinara las cosas para el resto del equipo.

Aun así, Luke estaba casi irreconocible esta noche: lento, distraído y completamente fuera de lugar. Ya había acumulado más sanciones que en cualquier partido de la temporada pasada. Y por faltas absurdas, como enganchar el palo al cuerpo de un rival o levantar el *stick* por encima de los hombros para intentar golpear el disco. Ni siquiera podía culpar a Carter de ello.

El resto del equipo tampoco lo estaba haciendo muy bien. Era evidente que estaban frustrados con su rendimiento, y eso no hacía más que alimentar un ciclo vicioso del que no podían salir.

Quería tirarme de los pelos.

Amelia se inclinó hacia delante y entornó los ojos, fijando la mirada en el banquillo de los jugadores.

—Ugh. ¿Y ahora qué?

Paul y Carter se enzarzaron en una especie de batalla verbal a través del Plexiglass que separaba ambos banquillos. Carter soltó algo y Paul respondió enfadándose y lanzando su botella de agua por encima del cristal con la intención de golpearle en la cabeza.

Carter la esquivó en el último momento y le hizo la peineta con discreción cuando los entrenadores no miraban. Pero, cómo no, sí que se habían percatado de la botella de agua voladora.

Como he dicho antes: es muy retorcido.

Brown, el entrenador, negó con la cabeza y corrió hacia Paul, señalando con firmeza hacia el pasillo que conducía a los vestuarios. Mierda. Parecía que lo habían mandado a que se cambiara antes de tiempo.

Carter echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada, luego chocó el puño con Ward, que estaba a su lado. El entrenador de los Falcons les lanzó una mirada de advertencia, y se pusieron serios de inmediato, pero juraría que vi la sonrisa burlona de Carter desde el otro lado del hielo en cuanto el entrenador se dio la vuelta.

—Es Carter otra vez —resopló Amelia—. Qué capullo.

—No hace más que picarles —señalé—. Está jugando con ellos.

—Lo sé. Menos mal que Jillian trabaja hoy —añadió—. Así se ahorra tener que ver este desastre.

Jillian era nuestra otra compañera de piso y llevaba ocho meses saliendo con Mendez, el portero de los Bulldogs. Mendez no estaba jugando bien hoy, así que probablemente era mejor para ambos que ella no estuviera aquí para presenciar este baño de sangre.

Cuatro minutos más tarde, sonó el silbato final y el partido terminó con un 5 a 0. Perder contra nuestro eterno rival ya era suficientemente humillante, pero que no hubiéramos marcado un solo gol añadía más sal a la herida. Sobre todo, porque Luke solía ser uno de los que más goles metían.



Amelia y yo salimos de las gradas y nos quedamos en el pasillo, comiendo palomitas mientras esperábamos al equipo. Tardaron más de lo habitual en salir del vestuario, seguramente porque Brown les estaba echando una buena reprimenda. Y con razón.

Paul fue uno de los primeros en aparecer, con los hombros hundidos y el rostro serio.

Amelia me dedicó una mirada abatida.

—Perdona, tengo que ir a hablar con él un momento.

—No pasa nada —dije, haciéndole un gesto para que se fuera. Que mi relación se hubiera ido al traste no significaba que esperase que Amelia le diera la espalda a la suya.

Corrió hacia él para saludarlo y él se inclinó para envolverla en un gran abrazo que me encogió el corazón. Apreté los dientes y me tragué las ganas de llorar. Pero lo más difícil fue ignorar que ahora me encontraba sola en medio del pasillo, con el aire de alguien que merodea sin rumbo. Otros miembros del equipo aparecieron, uno detrás del otro, pero nadie vino hacia mí.

Nadie me saludó con la mano ni me dijo hola.

Se me hizo un nudo en el estómago. ¿Cuál era mi objetivo, exactamente? ¿De verdad creía que saldría con ellos como si nada después de que Luke me hubiera dejado?

Saqué el teléfono y me entretuve mientras me debatía entre esperar a Derek o pedir un Uber y largarme de allí. Me quedé sin aliento cuando Luke salió del vestuario, con el pelo rubio aún húmedo y el rostro endurecido. Echó un vistazo a la multitud, a sus amigos que, hasta hoy, yo también había creído míos, y luego dirigió la mirada hacia donde yo estaba. Nuestras miradas se encontraron, pero no hizo ademán de moverse hacia mí.

Tras unos segundos incómodos observándonos mutuamente, se acercó a mí con reticencia, como si cada paso le pesara.

—Hola.

—Hola —dije, bloqueando el móvil antes de guardarlo en el bolsillo—. Ha sido un partido complicado, pero has hecho un buen trabajo.

Él se encogió de hombros, aunque su cara hablaba por sí sola.

—Ya les ganaremos la próxima vez.

—Claro —asentí con una sonrisa forzada—. Bueno…

Nos quedamos ahí de pie, envueltos en un silencio incómodo que

pareció eterno, aunque no debió de durar más de un minuto. La vergüenza me pesaba como una piedra en el vientre. ¿Por qué había venido? ¿De verdad pensaba que Luke cambiaría de opinión? ¿O pensaba que se daría cuenta del error que había cometido?

Yo era la que había cometido el error.

Empezando por él.

—Vamos, Morrison —le gritó Mendez, que le hizo un gesto impaciente con la mano. Los miembros del equipo se habían agolpado frente a las puertas delanteras, rodeados de sus novias y sus seguidores, y se dirigían a la salida. Dos días atrás, yo también habría estado entre ellos.

—Ahora voy —respondió Luke, que miró por encima de su hombro—. Eh, debería irme.

—Vale.

Todavía no había visto a Derek. Siempre era el último en salir del vestuario, y cuando lo hacía, se escabullía por la puerta trasera. Sabía bien dónde estaba su lealtad, y no era conmigo. Tampoco es que pudiera ayudarme. Unirme al grupo no era una opción, lo que significaba que me esperaba una noche en casa, llorando con una tarrina de helado mientras volvía a ver *Anatomía de Grey* por enésima vez. Para eso no necesitaba compañía.

—Te escribiré —añadió Luke.

Quería pedirle que no se molestara, pero en su lugar asentí y me alejé en dirección al baño de mujeres. Me escondería allí hasta que se marcharan.

Mientras abría la puerta, me vibró el móvil con un mensaje.

Amelia: ¿Dónde vas? ¿Vienes con nosotros?

Bailey: Sería demasiado incómodo con Luke ahí. Me voy a casa.

Amelia: ¿Segura? Puedo acompañarte.

Bailey: No, tranqui. Estoy bien. Necesito estar sola.

Fui al baño y me lavé las manos tan despacio como pude para asegurarme de que se hubieran ido antes de que saliera. Acababa de tirar el papel a la basura cuando Zara me respondió a un mensaje que le había enviado antes sobre Luke.

Zara: Lo siento mucho, cielo. ¿Estás bien? ¿Estás en casa?

Bailey: No, estoy en Northview.

Zara no sabía de qué le estaba hablando. Era una compañera de Periodismo, también estaba en el periódico de la universidad y era una de las pocas amigas que tenía que no estaba relacionada con el *hockey,* así que tuve que explicárselo.

Bailey: El estadio de la uni de Boyd. El partido acaba de terminar, así que me voy a casa.

Zara: Y una porra. Noelle y yo vamos a sacarte a bailar. Quédate donde estás y mándame tu ubicación. Llego en diez minutos.



Capítulo 4

Controlador aéreo

Bailey

Una hora más tarde, lucía una minifalda prestada y me encontraba en una discoteca. Que llevara tacones y maquillaje dos noches seguidas no dejaba lugar a dudas: mi vida se había salido de control con una rapidez desconcertante.

—Madre mía. Está asqueroso —dije, estampando el chupito vacío en la barra, con un escalofrío. El sabor áspero del alcohol se aferraba a mi lengua y me quemaba la garganta al pasar.

Noelle se rio y me tendió mi bebida.

—Solo es tequila, B.

—Es horrible, eso es lo que es —solté, y le di un trago rápido a mi vodka con frambuesa para enjuagar el regusto espantoso que me había dejado.

—Perdón —dijo Zara, mientras se acomodaba el cabello detrás de la oreja—. Olvidé que no sueles beber. En la próxima ronda pediremos algo más suave, como un Blue Balls. Es Malibú con otras cosas, está buenísimo. Ni se siente el alcohol.

—Si tú lo dices.

El bajo retumbaba con fuerza en mi cuerpo, y me dejé llevar por el ritmo del *remix* que pinchaba el DJ. Me habían arrastrado hasta una nueva discoteca llamada XS, al otro lado de la ciudad. Técnicamente era territorio de los Falcons, lo que lo convertía en uno de esos sitios que, en circunstancias normales, evitaría. Justamente por eso me pareció el lugar perfecto para ahogar las penas. No había manera de que Luke estuviera allí. Ningún miembro del equipo lo estaría. Y cata noche, el anonimato me daría libertad.

A medida que el alcohol hacía su efecto, los pensamientos sobre el partido de esta noche y la ruptura se esfumaron de mi mente. Quizá beber sí que hacía que mi situación actual fuese más tolerable.

Zara apoyó los codos en la barra y escaneó a la multitud con la mirada.

—Creo que necesitas liarte con alguien, Bails —dijo, alzando las cejas mientras sorbía su ron con cola por una pajita amarilla—. Ya conoces el dicho: no hay mejor manera de olvidar a un hombre que perdiéndote entre los brazos de otro.

Me ajusté la falda negra, que no dejaba de subirse con cada movimiento. Era de Noelle y al menos diez centímetros más corta de lo que yo consideraba cómodo.

—Zara, acabamos de romper.

—Exacto —dijo Noelle, asintiendo con convicción. Sus ojos, de un azul verdoso intenso, se clavaron en los míos—. Hazlo tú antes que él.

Un vuelco me sacudió el estómago ante su insinuación, aunque fuera accidental: la idea de que Luke también podría pasar página con alguien más, y quizá muy pronto.

—Ni hablar. Con la racha que llevo, seguro que acabo llevándome a casa a un asesino en serie.

—A lo mejor es Luke quien te tiene gafada —replicó Zara, encogiéndose de hombros—. ¿Cuándo fue la última vez que os acostasteis?

Había pasado más tiempo del que estaba dispuesta a admitir. Él andaba liado con los entrenamientos y las clases, y yo apenas lograba compaginar la universidad con todo lo demás. Me repetía que solo era una mala racha, un paréntesis pasajero. Pero la verdad era que el sexo se había vuelto una obligación más que un deseo.

Mirando atrás, ni siquiera lograba recordar la última vez que habíamos estado juntos. ¿Quizá después de la fiesta en la casa del lago de Paul, en agosto? De eso hacía ya más de un mes… aunque era lo normal, ¿no? Todas las parejas tienen sus altibajos, incluso cuando los bajos se alargan más de la cuenta.

—No lo sé —mentí, sintiendo cómo el calor me subía a las mejillas—. Hace ya un tiempo.

—Exacto. Puede que tengas mala suerte porque Luke ha sido el único… —Hizo un gesto vago hacia mi entrepierna y se mordió el labio inferior, con el carmín aún fresco—… pasajero.

Reí a pesar de todo, con la ayuda del tequila.

—Mi vagina no es la terminal de un aeropuerto, Zar.

—¿Cómo? —interrumpió una voz grave justo detrás de mí.

Al girarme, di un respingo. No esperaba encontrarme con la figura imponente de Chase Carter, inclinado sobre la barra a mi espalda, con una sonrisa picara dibujada en su rostro.

Rey del juego sucio entre los Falcons, número uno en faltas provocadas la temporada pasada… y la penúltima persona con la que quería cruzarme.

Era evidente que lo había escuchado todo, hasta el comentario sobre mi vagina. Con la semana de mierda que llevaba, ni siquiera me sorprendía. Lo único que faltaba era que me cayera un rayo.

—Hablando de rebotes… —masculló Zara por lo bajini—. Hola.

La ignoré y fulminé a Chase con la mirada.

—No es nada de tu incumbencia.

Él arqueó las cejas y abrió los ojos oscuros con fingida inocencia.

—Pero me muero por saber más sobre despegues y aterrizajes.

Noelle soltó una risita, y Zara casi se atragantó con su ron con cola, tosiendo sin poder contenerse.

—¿En serio? Ugh… —Puse los ojos en blanco y me volví hacia mis amigas.

—Perdón —jadeó Zara, dándose golpecitos en el pecho con el puño.

—¿Y cómo está la pista de aterrizaje esta noche? —insistió Chase, divertido.

Eché un vistazo rápido a la barra en busca de un arma potencial, sin encontrar nada que me sirviera.

—¿Si te matara con un mezclador para cócteles, crees que se consideraría homicidio en primer o en segundo grado? Podría alegar que fue un arrebato, un crimen impulsivo con un arma improvisada. Aunque lo cierto es que llevo tiempo pensándolo.

Chase dio un paso hacia mí, con una sonrisa socarrona asomando en su rostro.

—¿Y eso por qué? Si ni siquiera nos conocemos… ¿o sí? —Inclinó la cabeza, observándome con atención—. Me suenas de algo ¿Nos hemos…?

—No. —Puse una mueca. Por lo que había oído, no era nuevo que no recordara a sus conquistas—. Dios, no. Lo decía porque todos en Callingwood te odian.

—¿De verdad? —Su fachada se resquebrajó, y dejó escapar una sonrisa engreída, sin molestarse en disimular lo mucho que se estaba divirtiendo.

Mi nivel de irritación estaba alcanzando picos históricos. Mediría metro noventa, sí, pero lo más grande que tenía era el ego.

Le encantaba remover la mierda.

Zara, que ya se había recuperado, nos observaba en silencio, sin intervenir. Los ojos de Noelle iban de uno al otro, como si estuviera viendo un intenso partido de tenis. Ninguna de ellas sabía quién era Chase y, a falta del contexto adecuado, parecía que se habían rendido a sus encantos.

Se rumoreaba que le ocurría a la mayoría de las chicas.

De hecho, no se hablaba solo de su encanto. Me refiero a su legendario —y supuestamente mágico— pene. Según la leyenda, en

su primer año de universidad sedujo a una profesora adjunta guapísima, y ella quedó tan devastada cuando la dejó que pidió el traslado a otra facultad en la Costa Oeste. Después, se decía que se había acostado con el equipo de lucha libre femenino y con la mitad del equipo de *hockey* de la Universidad de Boyd, antes de conquistar al resto de las alumnas del campus… y a unas cuantas del mío también.

Aunque yo lo odiaba, no todos en Callingwood eran tan leales a nuestros equipos deportivos.

Y a pesar de la personalidad de Chase, que era evidente que dejaba mucho que desear, me habían dicho que todas volvían con ganas de repetir porque, según ellas, era muy bueno.

Por no mencionar que era todo un espectáculo para la vista.

El camarero apareció y Chase apoyó los antebrazos en la barra para pedir otra bebida. Yo me volví hacia Zara y Noelle con ganas de escapar de allí.

—¿Por qué no vamos a bailar?

—Claro. —Zara bailoteó al son de la música—. Me encanta esta canción.

Gracias a Dios. La tomé de la mano con la intención de arrastrarla lejos y Noelle nos siguió.

—Un momento. —Zara se detuvo de golpe y dejó el vaso en la barra. Rebuscó en el bolso y sacó el móvil. Frunció el ceño mientras estudiaba la pantalla iluminada—. Mi madre me está haciendo una videollamada. Tengo que responder. ¿Me vigiláis la bebida? Vuelvo enseguida. —Me dio un apretón en el brazo y salió disparada hacia el baño.

Noelle inclinó la cabeza con una expresión taimada en el rostro.

—Voy a ver cómo está. —Siguió a Zara y me dejó en la barra, junto a Chase, el señor «Quiero ser controlador aéreo».

Traidoras.

Podría haberme ido. No es que alguien me estuviera apuntando con un arma en la cabeza. Así que, supongo, eso también me hacía cómplice de la traición.

Chase se giró hacia mí y sus ojos oscuros estudiaron mi rostro.

—Me resultas muy familiar. ¿Vas a Callingwood? ¿Cómo te llamabas?

—Solo doy esa información si alguien realmente la necesita… y no parece que tú entres en esa categoría.

Llevé el vaso a los labios y aparté la mirada, fijándome en las luces de colores que parpadeaban sobre la pista de baile, cambiando de rojo a verde y luego a azul en una secuencia hipnótica. Estaba intentando ligar conmigo, y mi ego maltrecho casi agradecía la atención. Casi.

Además, Luke se enfadaría mucho si se enterase… y, siendo honesta, eso era lo que más deseaba ahora mismo. Aun así, coquetear con Chase sería algo parecido a traicionar a mi hermano y a nuestros amigos. Y enrollarme con él estaba fuera de la ecuación…, ¿verdad?

Pero, a fin de cuentas, no estaba muerta. Solo soltera. Y él estaba increíblemente bueno. Tampoco ayudaba que esa camiseta negra le colgara a la perfección sobre los hombros anchos, ni que las mangas cortas dejaran a la vista unos brazos marcados, tan firmes que parecía que podrían agarrarme y empotrarme contra una pared con facilidad.

No es que estuviera pensando en ello.

—No me parece justo que tú sepas quién soy y ni siquiera me digas tu nombre.

—Seguro que sabes mucho sobre lo que es justo —solté—. Te he visto jugar.

«Injusto» no era, en realidad, el término más adecuado para describir su actitud sobre el hielo. Chase, en teoría, no rompía las reglas; al menos, no de forma evidente. Le bastaba con rozarlas, estirarlas lo justo para provocar al rival y hacer que terminara cometiendo una falta. Lo que ocurrió esta noche con Paul era un ejemplo perfecto. Era un provocador.

Y un rompecorazones.

—No sabía que eras una fan, Callingwood.

—No lo soy —dije, mientras recorría la sala con la mirada, buscando a alguien más, a cualquiera. Pero la pista de baile estaba abarrotada de cuerpos en movimiento, cuyas identidades se perdían entre las luces estroboscópicas y el humo artificial. Además, tampoco es que conociera a nadie. Estábamos en territorio de Chase.

Él dio un largo trago de su cerveza con un gesto divertido en el rostro. Agarré mi vaso con más fuerza, intentando sofocar las ganas de arrojárselo por encima.

—¿Qué pasa, es un espacio aéreo restringido o algo así?

Le lancé una mirada que, de haber podido, lo habría fulminado en el acto.

—Eres un imbécil.

—Vamos, dime cómo es la pista de aterrizaje —soltó entre risas, los hombros agitándose con desparpajo.

—Estoy bastante segura de que tu avión es demasiado pequeño para encontrarla —solté, satisfecha conmigo misma por haber reaccionado con tanta rapidez.

Él esbozó una sonrisa torcida, como si supiera lo orgullosa que me sentía por haberle respondido así.

—No está mal. —Se acercó un paso más y bajó la voz hasta que sonó ronca—. Pero es un Airbus A380.

¿Un Airbus A380? Bueno, los rumores ya me habían dado alguna pista, pero quería creer que eran una exageración… ¿no? Aunque, si me guiaba por los comentarios y por la seguridad con la que se *desenvolvía, tal vez no* lo eran tanto. Sin el uniforme de *hockey,* tenía un torso perfecto en forma de V, pero con respecto a…

Dios mío, ahora sí que estaba pensando en su paquete. ¿Había perdido la cabeza? Era Chase Carter. Más allá de ese cuerpo espectacular, lo detestaba. Odiarlo era casi una obligación: la rivalidad entre nuestras universidades no admitía tregua.

Ese pensamiento me devolvió bruscamente al presente. Seguía ahí, de pie junto a mí, con esos ojos oscuros fijos en los míos. Su mirada, intensa y atenta, pesaba sobre mí mientras esperaba una

respuesta.

Dejé de morderme el labio inferior.

—Oh.

Cambió el peso de pierna y se acercó más. El aroma de su colonia me envolvió al instante, demasiado embriagadora para alguien como él, y se me revolvió el estómago.

Algo se encendió entre mis piernas, un deseo latente que no sentía desde hacía mucho. Ni siquiera con Luke.

—Pareces un poco nerviosa —dijo Chase.

—Más bien asqueada.

Pero siendo sincera, era un poco de ambas. Era exasperante comprobar cómo mi mente y mi cuerpo se contradecían cuando se trataba de él. Estaba más guapo que nunca. Y yo, un poco borracha.

Tomó un sorbo de cerveza mientras me estudiaba con atención.

—Espero que no te guste apostar —dijo—. Tienes una cara de póquer pésima.

La frustración me envolvió de golpe, entrelazada con una súbita conciencia de mí misma. Sentí cómo el calor me subía por las mejillas, y recé para que la luz tenue bastara para disimularlo.

—Me parece que el que se está poniendo nervioso eres tú.

Alzó una ceja.

—Quizá un poco.

—Bueno, en cualquier caso… —Carraspeé y enderecé los hombros—. La terminal está cerrada. De manera indefinida. Por falta de personal cualificado.

—Te sorprendería lo bien cualificado que estoy para el puesto —murmuró, con una voz grave y aterciopelada.

El corazón me dio un vuelco, y el calor que antes ardía solo en mis mejillas se extendió por todo el cuerpo. Por un instante, me quedé mirándolo con la boca entreabierta, sin saber qué decir. Fue entonces cuando Noelle y Zara regresaron caminando hasta donde estábamos. Zara tenía el ceño fruncido, completamente ajena al ambiente cargado de insinuaciones en el que acababa de irrumpir.

—Creo que mi madre acaba de hacerme una videollamada

sonámbula —dijo, gesticulando con las manos, las palmas hacia arriba—. ¿Eso es posible? ¿Las pastillas para dormir pueden causar algo así?

Noelle se encogió de hombros.

—No lo sé. Una vez me comí una tarta entera después de tomarme una de esas pastillas y al día siguiente no recordaba nada.

Chase se aclaró la garganta.

—Será mejor que vuelva con el equipo —dijo, asintiendo en mi dirección. Luego añadió—: Piénsatelo.

Y se alejó tranquilamente, como si mantener conversaciones cargadas de insinuaciones con desconocidas en bares fuera parte de su rutina. Nada fuera de lo normal.

Aunque, pensándolo bien, tal vez lo era.

—¿Que te pienses qué? —preguntó Zara, abriendo los ojos de par en par.

—Oh, nada. Es la típica broma desagradable de los Falcons —dije, quitándole importancia con un gesto.

—¿Era ese? —preguntó Noelle, alzando el cuello para seguirlo con la mirada mientras se perdía entre la multitud. Apenas estaba familiarizada con el mundo del *hockey;* lo poco que sabía venía de nuestra amistad.

—Ajá —respondí, apurando lo que quedaba en mi vaso—. El enemigo.

—El enemigo buenorro.

Zara asintió.

—Me lo comería sin dejar migas, B.

—No —dije—. Es un capullo.

Una notificación de redes sociales sonó en mi móvil. Era una actualización de *The Sideline,* una página de cotilleo que giraba en torno a los equipos deportivos de nuestra universidad. Si había un rumor en el aire, *The Sideline* lo cubriría. Lo abarcaba todo, desde quién podría estar dopándose hasta quién había firmado un buen contrato profesional.

Consultaba esa molesta página impulsada por la paranoia de que

algún día sus historias hablaran de mí. Tras la reciente ruptura, ese temor parecía estar a punto de cumplirse. Con las manos temblorosas, toqué la notificación y, mientras la página se cargaba, me mordí el labio inferior:

The Sideline
¿Pasar página tan rápido? ¿Qué miembro de los Bulldogs, soltero desde hace muy poco, ha sido visto muy cómodo con una nueva belleza en la fiesta de después del partido? Me pregunto qué pensará su ex sobre que el 86 la haya sustituido en cuestión de un fin de semana.

El corazón me resonaba en los oídos mientras sostenía el teléfono. El 86 era el número de Luke. No es que necesitara ninguna pista; era el único miembro de los Bulldogs que acababa de quedarse soltero.

Ya estaba con otra.

No había desperdiciado ni un segundo.

Pero ¿con quién había pasado página tan rápido? Entonces me vino a la cabeza… Sophie. Sophie Crier. Desde el inicio del semestre, ya había sospechado de esas noches en que se quedaba hasta tarde «trabajando en su proyecto de *marketing*» con ella. Cuando intenté hablarlo con Luke, él me hizo sentir como una novia loca y celosa. Pero ahora todo cobraba sentido, incluso ese giro inesperado de 180 grados.

—¿Bailey? —dijo Zara—. ¿Tierra llamando a Bailey?

Miré la pantalla, que empezaba a emborronarse.

—Un momento.

La negación comenzó a invadirme, tentándome como el canto de una sirena. Quizá no era verdad. A lo mejor *The Sideline* se había inventado la historia, como a veces hacían. Debía ser falso, ¿verdad? Luke jamás me haría eso. Al menos, no de nuevo.

Hice una captura de pantalla y se la envié.

Bailey: ¿Algo que decir?

Tres puntos grises aparecieron. Entonces se esfumaron. Reaparecieron. Desaparecieron… y no volvieron. Cinco minutos después estaba en la pista de baile con las chicas cuando me vibró el móvil.

Luke: No es lo que parece.

Lo que significaba que era exactamente lo que parecía.

Yo también podía jugar a ese juego… Pero primero iba a pedirme otra copa.



Capítulo 5

Claro, llamémoslo así

Chase

Actualización de estado: seguía odiando las discotecas. De momento, la XS no había logrado impresionarme. Estaba abarrotada, húmeda, y el DJ dejaba mucho que desear. Además, las cervezas eran carísimas. ¿Quince dólares por una cerveza local? Que les den.

Claro que estaba allí, porque no habíamos dejado que los Bulldogs marcaran ni un solo gol. Eso apaciguaba, en parte, la irritación que sentía. Ver la derrota en la mirada de los de Callingwood mientras abandonaban el hielo no tenía precio. Perdedores.

Lo único interesante que había ocurrido desde que habíamos llegado había sido conocer a la chica rubia de su universidad. No había salido bien, pero tenía otras opciones. Había llegado el momento de irme. Estaba demasiado sobrio para esto.

—Has estado increíble esta noche —me dijo una morena bajita mientras pestañeaba, de pie a mi lado. Se llamaba Morgan. O quizá Meghan. No me había quedado con su nombre por lo fuerte que

estaba la música, y, para ser sincero, tampoco me importaba demasiado.

—¿Te gusta el *hockey*? —pregunté.

Estaba seguro de que no sabía nada de *hockey.* Apostaría que ni siquiera había estado en el estadio esta noche. Pero hoy había jugado muy bien, así que, de algún modo, había dado en el clavo.

Asintió.

—Me encanta.

—Ha sido complicado, ¿eh? Creía que nos tocaría irnos a la prórroga —dije—. Estuvo reñido hasta que logramos ese último *touchdown.*

—Sí, la verdad —dijo, con el labio inferior ligeramente fruncido—. Me alegro un montón de que hayáis ganado.

¿Ves? No tenía ni idea de *hockey.*

Y la gente cree que el superficial soy yo.

Enderezó los hombros y sacó pecho, atrayendo la mirada hacia el pronunciado escote en V de su vestido lencero y el canalillo que se insinuaba entre sus pechos.

—¿Quieres ir a un lugar más tranquilo?

Llevaba tanto maquillaje que mis sábanas acabarían hechas un desastre. Pero estaba muy buena y prometía ser fogosa en la cama, así que, ¿por qué no?

—Eh, sí. Espera. —Miré por encima del hombro en busca de Dallas y Tyler, pero no los encontré entre la multitud. Bueno, me iría igual, con o sin ellos.

Morgan, Meghan o como fuera que se llamara, rozó mi brazo con sus uñas rojas y afiladas.

—Claro. —Tenía las manos heladas; esperaba que entraran en calor antes de llegar a mi polla.

Antes de que alcanzara a decir algo más, una mano suave y cálida aterrizó sobre mi antebrazo.

—Aquí estás. —Era una voz dulce.

Miré a mi izquierda y ahí estaba ella. Tenía una melena larga color miel, y la nariz salpicada de pecas. Sus ojos, de un avellana

verdoso indescriptible, me cautivaron de inmediato.

Nuestros ojos se encontraron y ella inclinó la cabeza.

—Te he estado buscando por todas partes —dijo, apartándose un mechón de pelo rubio caramelo y sonriéndome con una confianza que no encajaba con el hecho de que nos acabáramos de conocer.

Morgan se hizo a un lado y apartó la mano con el ceño fruncido.

—¿Es tu novia?

—Sí, llamémoslo así. —Callingwood sonrió y ahuyentó a Morgan como si fuera una mosca cojonera. Le sacaba unos quince centímetros de altura, lo que solo añadía más leña al fuego.

—¿En serio? —Morgan me fulminó con la mirada—. Eres un cabrón. Buena suerte con este, cariño… —Resopló y se alejó entre la multitud con sus tacones rojos, sin volver la vista atrás.

Y ahí se iba mi otra opción.

—Eh, ¿hola? —Me giré hacia Ciallingwood con el ceño fruncido.

¿Qué cojones? ¿Había vuelto para fastidiarme el polvo?

No estaba seguro de si había cambiado de opinión o si quería asegurarse de que volvía solo a casa esta noche.

Hizo una seña a sus amigas, sin inmutarse ante la frialdad de mi recibimiento.

—Zara, Noelle, ¿os acordáis de Carter? Quiero decir, ¿Chase? Chase, estas son Zara y Noelle. Seguro que tienes algún amigo guapo para presentarles, ¿no?

Eran tres chicas preciosas, y mis amigos estarían encantados de conocerlas. Zara tenía curvas y una melena color caoba que le caía hasta la cintura. Noelle, más delgada, llevaba el pelo negro en un corte *bob* y tenía la piel bronceada. Las dos eran, sin duda, atractivas, pero Callingwood las superaba a ambas.

—Claro —respondí, sin apartar la mirada de ella—. Agradezco las presentaciones, pero todavía no sé tu nombre.

Estaba irritado e intrigado a partes iguales y totalmente dispuesto a zanjar este tema. Me gustaba un desafío. Era así de disfuncional.

Zara se rio y sacudió su larga melena color caoba.

—No sé por qué está siendo tan misteriosa. Se llama Bailey.

Bailey. No me sonaba. Aunque tampoco sabría decir por qué me resultaba familiar, y me estaba volviendo loco.

—¿Tienes un apellido, Bailey? ¿O eres una de esas personas a las que les basta con un solo nombre, como Rihanna? —preguntó.

Bailey apartó la mirada y tomó un trago de su vaso.

—James.

¿Cómo Derek James, el defensa de los Bulldogs? Hostia puta. Por eso había dicho que me odiaba. Y no le faltaban motivos.

—¿Derek es tu hermano?

—Síp —dijo, e hizo un *pop* con la P.

—Ah. —Asentí, intentando mantener una expresión neutra.

Vaya giro inesperado. Derek era un tipo común, incluso algo desgarbado, pero su hermana era una auténtica maravilla: atlética y, a la vez, con curvas generosas. Además, era alta y, con tacones, casi alcanzaba mi estatura.

Me gustaba. Mucho.

Noelle se inclinó hacia delante y habló en tono conspirativo.

—Bailey está soltera y entera. De hecho, lleva soltera desde ayer.

Bailey la mandó a callar, sonrojándose.

—Prefiero no hablar de eso.

—¿Por qué? —preguntó Zara encogiéndose de hombros—. Es Luke el que ha salido perdiendo.

Luke… Luke. Y, de pronto, lo entendí. Bailey era, o había sido, la novia de Morrison. Por eso me resultaba tan familiar; estaba casi seguro de haberla visto antes en las gradas.

Pero animaba al equipo equivocado.

—Es un idiota, ¿verdad? —intervino Noelle, que me dio un codazo.

—Sin duda —coincidí. Y lo decía por ambas cosas: porque era él quien salía perdiendo y porque era un idiota de primera. Luke Morrison representaba lo peor en un jugador de *hockey,* uno que daba golpes bajos y luego se negaba a asumir las consecuencias.

—Eh, capullo. Pensé que te habías largado —dijo Tyler,

acercándose a zancadas con un vaso en cada mano. No parecía tener intención de ofrecerme uno; simplemente se había pedido dos copas.

—Ellas son Bailey, Noelle y Zara —dije, señalando a cada una con mi cerveza—. Y este es Tyler, uno de nuestros porteros.

—Encantado de conoceros. —Tyler esbozó una sonrisa. Se acercó a Zara y Noelle para alejarlas unos pasos y entablar una conversación privada. Quizá me había visto hablando con Bailey y había atado cabos antes de acercarse. Era un cómplice excelente, pero no era lo que necesitaba en ese momento. En realidad, ni siquiera sabía qué era lo que necesitaba.

Volví a mirar a Bailey, que pestañeaba de forma coqueta, a la espera de que hablara. Era jodidamente preciosa, y estaba seguro de que seguiría siéndolo a la mañana siguiente, incluso sin el filtro del alcohol ni el calor del momento.

No es que me importara mucho; no me iban las fiestas de pijamas.

Enrollarme con ella tras haber diezmado a su equipo esta noche sería como meter el dedo en la llaga. A menos que quisiera provocar una guerra, lo mejor era salir corriendo en dirección contraria sin mirar atrás.

Pero nunca se me ha dado bien hacer lo que debería.

—¿Quieres bailar? —pregunté.

—Pidamos una copa primero.

Eché un vistazo a mi cerveza recién servida y a su copa, todavía a medias, pero sabía que era mejor no discutir. Después de lo fría que había estado conmigo al principio, se había ido relajando, y no quería estropearlo.

Bailey me tomó de la mano y se dio la vuelta, abriéndose paso entre la multitud mientras me arrastraba tras ella. Nos colamos entre un grupo de personas apiñadas en la parte delantera de la barra. Se puso de puntillas y se inclinó sobre el mostrador, en busca del camarero. La minifalda se le subió y dejó a la vista sus largas piernas y sus gemelos definidos. ¿He mencionado que tenía unas

piernas preciosas? Me encantaban las piernas, y las suyas eran una obra de arte. Quedarían increíbles sobre mis hombros.

Estaba buenísima.

Por desgracia, tras haber visto cómo se había tambaleado al dirigirse a la barra, tenía la sensación de que estaba muy borracha.

—Bueno… —Bailey se volvió para mirarme y se acercó. Sí, tenía los ojos vidriosos. Me recorrió el torso con un dedo y se detuvo sobre mis pantalones—. ¿La oferta sigue en pie?

Desearía poder decir que sí. De verdad.

—Eso depende —respondí, estudiándola—. ¿Cómo de borracha estás?

Tenía ciertos límites, como no aprovecharme de chicas que estuvieran borrachas. Y me daba la impresión de que había pasado de entonada.

Puso una mueca, como si la hubiera insultado.

—¿Qué, vas a someterme a un control de alcoholemia?

—¿Debería? Pareces bastante bebida.

—Quizá un poco. —Se tambaleó, y eso confirmó mis sospechas de que estaba mucho más ebria de lo que lo había estado en nuestro primer encuentro. Se agarró al borde de la barra para equilibrarse y se quedó mirando la superficie—. Vale, a lo mejor estoy más borracha de lo que creía. El último chupito se me ha subido a la cabeza.

—¿Quieres un vaso de agua?

—No, creo que quiero irme a casa. —Frunció los labios—. Estoy muy cansada.

Estaba seguro de que «cansada» era su manera elegante de decir que todo le daba vueltas, pero tuve la decencia de no decir nada.

—Tus amigas parecen un poco… ocupadas —comenté, señalando con la cabeza hacia la esquina de la pista, donde Tyler y Zara bailaban de forma provocativa junto a Noelle y nuestro central de tercera línea, Gabe—. ¿Quieres que las interrumpa para que se marchen contigo?

Bailey alzó la mirada y se detuvo, con el ceño fruncido.

—No… no quiero estropearles la noche. —Le entró hipo—. Pediré un Uber.

En otras palabras, prefería fastidiarme la noche a mí antes que a Zara y Noelle, porque de ningún modo iba a permitir que se fuera sola. Me sorprendería que llegara a casa siquiera.

—No puedes irte sola.

—Claro que sí —contestó, y recogió su bolso de la barra—. Mírame.

Negué con la cabeza.

—Te acompaño.

—¿Porque quieres meterme en tu cama? —Me lanzó una sonrisa picara y se tropezó con sus propios pies. La agarré por el codo para que no perdiera el equilibrio.

—No, porque quiero asegurarme de que no te mueras por el camino.

Se encogió de hombros y se apartó la melena rubia con un gesto.

—Eh, me sirve. —Sacó el móvil y tecleó un mensaje. Un segundo después, Zara revisó el teléfono desde la pista de baile y levantó la mirada hacia nuestra dirección.

Bailey saludó a sus amigas y señaló hacia la salida mientras vocalizaba:

—Adiós.

Noelle le lanzó una mirada inquisitiva y acompañó el gesto con un «¿qué pasa?» mudo.

Bailey restó importancia con un movimiento de mano y levantó los pulgares, lo que pareció tranquilizarla.

—¿Les parece bien que te marches conmigo? —pregunté.

—Oh, les he contado quién eres —contestó—. Si me pasa algo, sabrán quién lo hizo.

Era lógica de borracha, pero le funcionaba.



Capítulo 6

Esta noche no

Chase

¿Era Bailey siempre así de patosa o era aquello un efecto de todo el alcohol que había consumido? En cualquier caso, tuve que sujetarla tres veces antes de que lográsemos salir de la discoteca; en una de ellas, por poco acaba en el suelo cuando un idiota borracho se estampó contra ella.

Por fin llegamos al guardarropa, recogimos nuestras chaquetas y salimos a la calle. El estruendo del tráfico del centro y el aire fresco de la noche nos recibieron como un respiro tras los ensordecedores *remixes* horteras de pop y el hedor a sudor del interior. Bailey se mordió el labio inferior y se quedó junto a la puerta, dudando, como si se preguntara si era buena idea irse conmigo. Pero dejarla volver a la discoteca en ese estado era demasiado arriesgado; sería un blanco fácil para cualquier pervertido que se le acercara.

—Vamos a dar un paseo —propuse, e hice un gesto con la barbilla—. El aire fresco te vendrá bien. Puedo pedir un coche de camino.

Esto era justo lo que había querido desde el principio: llevarla a casa. Solo que sin la diversión que esperaba que viniera después.

Pero ahora que lo pensaba, la situación no era ideal. Llevar a la hermana de Derek James a casa, completamente borracha, era mala idea, incluso aunque tuviera buenas intenciones.

—Vale —dijo, siguiéndome hasta que llegamos a la esquina. Pulsé el botón del semáforo peatonal y, mientras esperábamos, una cacofonía de bocinas y sirenas resonaba a lo lejos. Cuando se encendió la luz verde para cruzar, comencé a cruzar la calle.

Bailey levantó una mano.

—Espera —dijo, cerrando los ojos y tragando con un leve sonido. Quedó paralizada un instante, respiró hondo y soltó el aire lentamente entre los labios apretados.

Por favor, que no fuera a vomitar.

Retrocedí hasta la acera.

—¿Cuánto has bebido?

Abrió esos grandes ojos color avellana. Sus pestañas, imposiblemente largas, parpadearon mientras me miraba tratando de enfocar.

—No lo sé. —Se encogió de hombros y frunció el ceño—. ¿Dos vodkas con limón y un chupito de tequila? No, tres chupitos. Uno que tenía algo más. Malibú tal vez.

—No sueles beber mucho, ¿eh? —pregunté.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Intuición…

—La verdad es que no —admitió—. Cumplí veintiuno ayer.

Lo que significaba que Morrison la había dejado en el día de su cumpleaños. No me extrañaba que estuviera tan borracha. Bonito detalle, cabrón. Aunque tampoco me sorprendía.

Volvimos a caminar con lentitud mientras ella se esforzaba por mantenerse en pie. Genial. A esta velocidad, avanzaríamos aproximadamente un bloque por hora. De pronto, comenzó a caer una lluvia tenue. No era suficiente para empaparnos, pero sí para dejar esa desagradable sensación de la ropa pegada a la piel.

—Hay que llevarte a casa. —Saqué el móvil para pedir un coche —. ¿Cuál es tu dirección?

—Vivo en las casas de arenisca en…

Bailey se detuvo de repente y se llevó una mano a la boca. Se giró, tuvo una arcada y vomitó entre la hilera de arbustos altos y verdes que había junto a nosotros. Guardé el teléfono en el bolsillo, debatiéndome entre ayudarla o apartarme para no estorbar. Antes de que pudiera actuar, ella se enderezó y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—En el 303 de Park Lañe —terminó, algo abrumada—. Al sur del campus.

A juzgar por la forma en que se balanceaba de un lado a otro, como un barco en alta mar, seguro que volvería a vomitar. Habría apostado lo que fuera.

—Vamos a sentarnos un momento. —La guie hacia un banco de madera bajo unos árboles que nos protegían parcialmente de la lluvia. En cuanto se acomodó, se inclinó hacia delante y volvió a vomitar. Sentí empatía; había estado en su lugar, y era una mierda.

—Espera. —Me acerqué y le aparté el pelo de la cara.

Murmuró algo parecido a un «gracias», aunque apenas se le entendía entre las náuseas.

Un grupo de borrachos escandalosos apareció por la esquina. Me interpuse entre ellos y Bailey para protegerla de las miradas, dándole un poco de intimidad. O al menos, toda la privacidad que uno pudiera tener mientras vomita en público.

—¿Estás…? —Me detuve mientras le daban más arcadas—. ¿Estás bien?

Por lo general, esa pregunta solía ir dirigida a mí. Las cosas se descontrolaban cuando yo era el adulto responsable.

—Eso creo —masculló Bailey, levantándose con mi ayuda. Cuando estuve seguro de que se había recuperado, la solté y, de inmediato, tropezó.

Le pasé un brazo por la cintura.

—¿Quieres que llame a tu hermano?

Puso los ojos como platos.

—No. Se pondría de los nervios si me viera así. Y más aún si se entera de que estoy contigo.

Buena observación.

Bailey rebuscó en su pequeño bolso negro y sacó un paquete de pañuelos junto con un par de chicles. Se limpió el rostro y se llevó un trozo de chicle a la boca sin ofrecerme ninguno, y creo que fue lo mejor; tenía la sensación de que iba a vomitar de nuevo y lo necesitaba más que yo.

Avanzábamos lentamente por la segunda calle cuando la lluvia empezó a caer con más fuerza, empapándonos la ropa. Su casa estaba a unos veinte minutos en coche, una distancia que no aguantaría en taxi sin acabar vomitando. Y si seguíamos a ese ritmo, llegaríamos completamente empapados.

—Vamos —dije, agarrándola del brazo para cambiar de rumbo.

Mi casa estaba a cinco minutos; era la única opción, al menos hasta que dejara de vomitar.

Pero ¿qué haría después? No podía dejarla subir a un coche compartido en ese estado.

Acompañarla a su casa en el campus a estas horas de la noche tampoco era viable, sobre todo después de haber destrozado a Callingwood en el partido de hoy. El campus estaría lleno de fans borrachos y enfadados de los Bulldogs, y necesitaba tener mis reflejos a punto por si tenía que defenderme.

—¿Dónde vamos?

—Me has pedido que te acompañe a casa. Así que eso es lo que haremos. Nos vamos a mi casa.

Bailey frunció el ceño.

—Ah, vale. —Se quedó callada un momento—. ¿Entonces podremos acostarnos?

—Prefiero que mis ligues estén lo bastante sobrias como para acordarse de nuestro encuentro al día siguiente —dije en tono seco.

—Estoy bien, solo… —Se detuvo y me agarró del brazo. Volvió a vomitar, pero esta vez, no se giró lo bastante rápido. Falló al apuntar

en los arbustos y me salpicó los zapatos en el proceso. Uno de los chupitos debía haber sido azul. Genial.

—En efecto —respondí—. Es un no.

—Me recuperaré.

—Mira. —La giré para que me mirara a los ojos.

Ella me devolvió la mirada con inocencia, los labios entreabiertos.

De alguna manera, seguía siendo increíblemente atractiva.

—No hay ninguna posibilidad de que eso vaya a ocurrir esta noche.

Si hubiera sido cualquier otra noche, sería una historia distinta. No estaba seguro de qué decía eso de mí, pero incluso después de haberla visto vomitar sobre la acera todo lo que se había bebido a lo largo de la noche, me acostaría con ella sin dudarlo, en todas las posiciones imaginables.

—Pero tú te acostarías con cualquiera con un par de tetas.

—Bueno, eso no es del todo…

Frunció más el ceño.

—¿Entonces no te parezco atractiva? Porque antes me diste a entender lo contrario.

—Eres preciosa —dije, tratando de reprimir una sonrisa—. No he dicho que nunca me acostaré contigo. No mientras estés en estas condiciones. Cuando nos enrollemos, si lo hacemos, querrás recordarlo.

—Hmmm. Estás muy bueno —susurró Bailey, pasando las manos por mi torso y palpando los músculos bajo la camiseta.

Mi pene reaccionó al instante. Pero, por desgracia, sus servicios no serían necesarios esta noche.

—Es una pena que seas un capullo. —Perdió el equilibrio y se inclinó hacia un lado.

La sujeté por la cintura para evitar que tropezara con el bordillo justo cuando un coche paso zumbando.

—Es una pena que seas tan maleducada.

—Más bien sincera.

—¿Siempre hablas sin filtro o es cosa del alcohol?

Echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—Ni idea —respondió.

Un momento después, su expresión se tornó más seria e inquisitiva. Me miró fijamente con ojos vidriosos y preguntó:

—¿Eres tan bueno como dicen?

Me encogí de hombros.

—Me has visto jugar.

—No me refería a eso. —Bajó la voz hasta un susurro—. Me refiero a en la cama.

De verdad sabía cómo hincharle el ego a un chico. Era una pena que fuera lo único que se hinchara esta noche.

—Supongo que tendrás que averiguarlo por ti misma en otro momento.

Tras un paseo lleno de incidentes, que se prolongó veinte minutos más de lo previsto, salpicado de conversaciones triviales y proposiciones sexuales que me hicieron sonrojarme incluso a mí, llegamos a la casa que compartía con Dallas y Tyler.

—Guau, qué lujosa —dijo, y miró boquiabierta la estructura gris moderna de estuco—. ¿Cómo puedes permitirte esto? ¿Tienes una familia rica?

Algo parecido, pero no. La familia de Dallas estaba forrada. De ahí estos preciosos aposentos. Conduje a Bailey con cuidado por los tres escalones que llevaban a la puerta principal.

—Podría decirse…

Abrí la puerta y la empujé con la cadera, mientras sujetaba a Bailey con un brazo para mantenerla erguida. Entró tambaleándose y dejó caer el abrigo en el suelo. Luego se desplomó junto al felpudo y desabrochó las tiras de los tacones. Cuando consiguió librarse de ambos zapatos, se incorporó descalza.

Sus hombros se alzaron en un suspiro fatigado.

—Quiero irme a dormir.

—Enseguida —le aseguré—. Pero no puedes dormir con eso puesto. —Señalé su ropa empapada por la lluvia. Al igual que mis zapatos, su camiseta blanca de tirantes había sufrido los estragos

del cóctel azul.

Estaba hecha un desastre.

—Pero no tengo nada más que ponerme. —Bailey frunció el ceño.

—Dame un momento. —Subimos las escaleras y la conduje a mi habitación. Encendí la luz del baño contiguo para que pudiéramos ver sin que nos deslumbrara. Cualquiera de mis pantalones se le escurriría de esa cinturita tan estrecha, así que lo único que podía ofrecerle era una camiseta.

Abrí el cajón superior, saqué una vieja camiseta roja de los Falcons y se la tendí. Claro que tenía otras, pero darle esa era casi un pequeño acto de venganza contra el capullo de Morrison.

—Toma —dije—. Puedes cambiarte en el baño. Hay toallitas bajo el grifo, por si necesitas alguna. Y enjuague bucal.

Bailey se quedó inmóvil, con la mirada fija en la cama. Luego se volvió hacia mí, los ojos muy abiertos, como un ciervo cegado por los faros de un coche.

—¿También vas a dormir en la cama?

Parecía increíblemente escandalizada para alguien que, hacía apenas veinte minutos, me había preguntado si podía sentarse en mi cara.

—Bueno, sí. Una habitación es de Dallas, que probablemente esté con Shiv, y la otra de Tyler. Por razones en las que no voy a entrar, no me acercaría a ninguna de las dos ni con un palo de tres metros. Además, no quepo en nuestro sofá. Pero, si lo prefieres, puedes dormir ahí. Eso sí, te advierto que no es cómodo.

El sofá modular Dallas, de líneas cuadradas y diseño moderno, resultaba atractivo a la vista, pero sus reposabrazos rígidos lo hacían tan confortable como apoyar el cuerpo sobre una mochila repleta de piedras. Tras cada partida de videojuegos, siempre acababa con el culo entumecido.

—No sé… —Bailey se mordió el labio inferior. Su mirada alternaba entre la cama y yo, como si estuviera calculando los posibles riesgos.

—Te aseguro que no intentaré nada.

—Vale. —Bostezó y se frotó los ojos—. Te creo. No sé por qué, pero lo hago.

—Te traeré agua.

Cuando regresé de la cocina con el vaso en la mano, ya se había puesto mi camiseta y yacía sobre las sábanas, roncando, completamente inconsciente.



Bailey

La luz se filtraba por los pliegues de las cortinas, cada vez más intensa. Una sed abrasadora me secaba la garganta. Tenía todos los músculos doloridos, como si acabara de correr una maratón, y la cabeza me latía con fuerza, como si alguien me hubiera golpeado una y otra vez con un palo de *hockey.*

Gruñí y me escondí bajo las sábanas, a mantener a raya la luz y, con ella, la realidad. Si conseguía volver a dormirme, tal vez despertaría más tarde y comprobaría que todo aquello no había sido más que una pesadilla. ¿Qué hora sería? Entrecerré un ojo y descubrí que me arropaba un edredón gris oscuro, distinto del blanco que había en mi cama… y que desprendía un aroma a colonia.

Un aroma delicioso…

¿Dónde cojones estaba?

Pequeños fragmentos de la noche anterior regresaron a mi memoria: Luke rechazándome en el partido, mi salida a la discoteca con Zara y Noelle, y aquel encuentro con Chase Carter… Oh, Dios mío. Carter. Me destapé y jadeé: llevaba puesta una camiseta roja de los Falcons.

El uniforme del enemigo.

Cerré los ojos con fuerza y conté hasta cinco. Quizá el estrés me estaba haciendo alucinar. Abrí un ojo y observé a mi alrededor. Por desgracia, seguía en el mismo lugar: la habitación de Chase Carter. No… no era su habitación. Era su mazmorra sexual.

Vale, estoy exagerando, no parecía una mazmorra sexual… aunque podía decir que supiera cómo era una. Las paredes eran de un blanco impecable, y las sábanas y el edredón de algodón, suaves al tacto, tenían un tono gris carbón. Un pequeño televisor de plasma colgaba de la pared; frente a él, un escritorio de cristal sostenía un portátil, y en una esquina descansaba una guitarra acústica. En conjunto, el espacio resultaba limpio y minimalista. No evocaba en absoluto la imagen de un chico de fraternidad que había imaginado. De hecho, era más acogedora que la de Luke.

Pero yo no era la primera en despertar aquí, ni sería la última. Probablemente ocupaba el puesto número 238, en una fila que se extendía hasta la esquina con chicas dispuestas a tomar mi lugar. Coged número y poneos a la cola, chicas.

—Buenos días, bella durmiente —me saludó Chase desde el umbral, apoyado en el marco con una taza negra entre las manos. Acababa de salir de la ducha y vestía unos pantalones de chándal grises y ceñidos, una camiseta blanca con el cuello en forma de V y el cabello aún húmedo. Maldita sea, estaba buenísimo: como un modelo atlético o alguien igual de atractivo.

Yo, en cambio, no podía imaginar qué aspecto tendría en ese momento, aunque sabía que no sería el mejor…

Hizo un gesto con la cabeza hacia mi camiseta.

—El rojo te queda bien.

Me erguí de golpe y me cubrí con las sábanas hasta la barbilla. Iba en camiseta y ropa interior. Y su camiseta tampoco me quedaba grande. No llevaba pantalones. Ni siquiera unos cortos. ¿Significaba eso que nos habíamos acostado? Oh, no. No, no, no.

Una oleada de náuseas me recorrió el cuerpo, y no era por la resaca.

—¿No hemos…? —pregunté, demasiado avergonzada para

acabar la frase. Él negó con la cabeza.

—No.

Lo miré con desconfianza, sintiendo el calor de mis piernas desnudas bajo la sábana. ¿Se había acostado a mi lado, bajo el mismo edredón? ¿Su cuerpo había rozado el mío en algún momento? ¿Habré roncado? Ay, Dios mío…

—No me aprovecho de las chicas borrachas —dijo Chase mientras se apartaba del marco y avanzaba con largas zancadas hasta situarse al pie de la cama.

Me quedé sin aliento y se me aceleró el corazón. Su cercanía me hizo sentirme aún más expuesta.

—Aunque, en este caso —añadió—, creo que eras tú quien intentaba aprovecharse de mí, James.

—¿Te sabes mi apellido?

—Claro —dijo—. Intentaste meterte en mis pantalones.

—¿Que hice qué? —Fruncí el ceño mientras intentaba reconstruir los acontecimientos de la noche anterior. Al principio, todo estaba bastante claro, pero los recuerdos se volvían difusos a medida que avanzaba la velada. Fuera como fuese, yo no había hecho nada de eso—. No, fuiste tú quien no paraba de coquetear conmigo con esas pésimas insinuaciones sobre aeropuertos.

—Eso fue antes de que te emborracharas como una cuba. Volviste más tarde a por mí. Debo añadir que me estropeaste un ligue —replicó, alzando una ceja—. Después insististe en que querías irte a casa, pero no me pareció seguro dejarte sola en ese estado, así que te traje aquí. No pasó nada.

Entrecerré los ojos.

—¿Estás seguro?

—No nos acostamos. Ni siquiera nos besamos.

—Pues… gracias —murmuré con desgana. ¿Chase Carter, un caballero? ¿Quién lo hubiera imaginado?

—Oh, no me las des —respondió, con una sonrisita asomando en sus labios—. Tuvimos una conversación de lo más fascinante.

Un nudo me cerró el estómago.

—¿Qué dije?

No solía beber, y por una buena razón. Cuando estaba bajo la influencia del alcohol, tendía a parlotear con cualquiera que estuviera dispuesto a escuchar; la historia de mi vida, mis secretos más íntimos, todo salía a la luz. Lo peor era que tampoco me costaba mucho llegar a ese punto porque me emborrachaba con facilidad.

—Menuda boca la tuya. Hiciste unas cuantas peticiones bastante explícitas —comentó Chase con una sonrisa, antes de dar un sorbo a su café—. Al parecer, Morrison no está precisamente a la altura en lo que al dormitorio se refiere.

Sentí unas ganas inmensas de volver a ocultarme bajo las sábanas… o, mejor aún, de morir ahí mismo. La muerte me parecía una muy buena opción ahora mismo.

—Pero no, no acepté ninguna de tus múltiples propuestas. Habría sido tentador, de no ser porque apenas podías mantenerte en pie. Y, además, me vomitaste en los zapatos.

Me estremecí.

—Lo siento. Te pagaré unos nuevos.

—No te preocupes. Creo que he conseguido limpiarlos por completo. —Hizo un gesto con la cabeza hacia la cama, donde mi falda y mi camiseta yacían perfectamente dobladas—. Ahí tienes tu ropa. La he lavado.

—No hacía falta que…

—Créeme, sí que hacía falta. De lo contrario, esta habitación apestaría a vómito y a Malibú.



Capítulo 7

Sin pruebas no hay delito

Chase

Estaba seguro de que Miller, nuestro entrenador, programaba los entrenamientos en seco de los lunes al amanecer con el único propósito de amargarme el inicio de la semana. De todos los jugadores del equipo, yo era quien más detestaba madrugar para entrenar, y él lo sabía. Chocábamos con frecuencia, y disfrutaba atormentándome… o, como prefería decir, «fortaleciendo mi carácter».

Al menos, ya habíamos terminado por hoy. Incluso se había moderado con los *burpees* por una vez. Tan solo me quedaban los estiramientos finales con el rodillo de masaje, ducharme e irme a casa para echarme una buena siesta de dos horas antes de mi primera clase a las diez y media. Probablemente haría una parada en algún autoservicio de comida rápida por el camino. Después, a las cuatro, regresaría a la pista de hielo. Para cuando terminaba, estaba demasiado cansado para hacer nada más, aunque sospechaba que esa era la intención de Miller.

Dallas y yo llegamos cojeando hasta la zona de estiramientos y nos dejamos caer sobre las esterillas rojas acolchadas, todavía sin aliento tras los ejercicios. Se inclinó sobre la pantorrilla, tirando de la punta de su zapatilla Nike negra para estirar el isquiotibial.

—¿La ex de Morrison? ¿Es ella la que ha pasado la noche en nuestra casa?

Dejó escapar un silbido suave, inclinándose todavía más sobre la pierna.

—¿Estás intentando complicarte la vida? Ahora los Bulldogs sí que tienen un motivo para ir a por ti el fin de semana que viene.

Ya iban a por mí de todas formas. Yo era su rival a batir, y eso me venía de maravilla. Solo hacía más fácil desbaratar el juego, igual que había hecho este fin de semana…

—No me has dejado terminar. No pasó nada. —Me levanté y cogí un rodillo negro del estante antes de volver a tumbarme—. Estaba demasiado borracha.

—¿Vas a llamarla? ¿Para volver a intentarlo?

Inspiré profundamente mientras me incorporaba sobre un codo para pasarme el rodillo por el glúteo. La parte izquierda siempre la tenía tensa y llena de contracturas, y apenas podía levantar peso sin que se me escapara una mueca. No ayudaba que Bailey se hubiera dormido en diagonal, obligándome a acurrucarme en un rincón de la cama para dejarle espacio. Dormir así me había dejado la espalda hecha polvo.

—No me dio su número. —«Error de novato, Carter».

Claro que, el sábado por la noche, estaba demasiado ocupada vomitando en la acera. Y el domingo por la mañana se mostró incómoda tras despertarse inesperadamente en mi cama. Cuando la llevé a su casa, no dijo una palabra y pasó todo el trayecto mirando por la ventana. En cuanto paré la camioneta, salió disparada. No es que hubiéramos empezado con buen pie, para ser exactos.

Además, estaba el pequeño detalle de que la Bailey sobria me odiaba.

Dallas cambió de pierna y, con un quejido, se sujetó el pie para

estirar.

—Puede que sea lo mejor. No creo que al entrenador le guste saber que andas echando leña al fuego. Ya te metes en bastantes problemas.

No se equivocaba… pero ella estaba lo bastante buena como para que me tentara la idea de arriesgarme a volver a intentarlo si se presentaba la oportunidad.

Eh, nunca he dicho que sepa tomar buenas decisiones.

—¿Qué pasó con sus amigas? —pregunté—. ¿Tyler se acostó con alguna de ellas o qué?

—Creo que el ex de una de ellas apareció y se fueron poco después de vosotros. Pero conocimos a otras chicas y fuimos a una fiesta en un ático del centro. Así que lo de XS nos salió bastante bien.

—No sé cómo consigues tener una reputación tan impecable —mascullé—. Tampoco eres un santo.

—Solo soy más inteligente. ¿Alguna vez has oído hablar de la palabra discreción? —Levantó las cejas y se limpió la frente con la toalla blanca y roja de los Falcons. Capullo engreído.

—Lo que tú digas —dije—. No todos somos tan perfectos como tú.

En contraste con mi carácter tranquilo y algo perezoso, Dallas era la estrella del equipo: impecable tanto dentro como fuera de la pista. Su juego era puro talento técnico; acumulaba puntos sin esfuerzo y podía manejar el disco con tal destreza que dejaba atrás a cualquiera en nuestra división. En resumen, era como si lo hubieran diseñado genéticamente para este deporte, algo así como el Pau Gasol de la liga masculina de *hockey.*

Por desgracia, eso también lo convertía en un blanco perfecto. Pero no era de los que se enzarzaban en peleas sobre el hielo. Ese era mi trabajo, igual que asegurarme de que quienes le dieran golpes sucios pagaran por ello.

—La perfección no es lo tuyo —dijo—. Más bien pensaba en que evitaras acabar en la cárcel.

—Ya, ya. —Lo desestimé con la mano. Ajusté el ángulo de mi glúteo sobre el rodillo con una mueca, pero solo hizo que me doliera más. Quizá podría pedir cita para un masaje esta semana. Este aparato de tortura cilíndrico no me estaba ayudando nada.

—Por cierto… —Dallas señaló con la barbilla hacia la puerta de la sala de entrenamiento—. El entrenador me ha dicho que quiere verte antes de que te vayas.

Hablando de tortura… Joder.



Lo bueno de la Universidad de Boyd era que el programa de primera división de *hockey* era excelente. Lo malo era que el entrenador Miller era un tirano. Y nunca felicitaba a nadie por haber hecho algo bien.

Tras una larga ducha, me tomé mi tiempo para vestirme y, por fin, me arrastré hasta el pasillo que conducía a su despacho. El entrenador estaba sentado a su escritorio con las gafas de cerca sobre la nariz rubicunda, absorto en su móvil. Su vestimenta habitual consistía en unos pantalones de chándal negros que iba combinando con sudaderas negras, grises, rojas y blancas de los Falcons. Hoy había elegido la negra, lo que interpreté como un mal augurio.

—Buenas. —Golpeé suavemente el marco metálico gris y permanecí de pie en el umbral, rezando porque no me pidiera que entrara—. ¿Querías verme?

—Siéntate. —Señaló hacia una silla frente a él sin levantar la mirada del teléfono.

Mierda.

No solo temía que me echara la bronca, sino que, además, me estaba robando el tiempo sagrado de mi siesta. Pensé en inventarme alguna excusa, decir que tenía clase en breve. Sin embargo, tras un segundo año turbulento, Miller no me quitaba la vista de encima.

Tenía la sensación de que se conocía mi horario de arriba abajo, y sospechaba que incluso se acercaba a las aulas de vez en cuando para asegurarse de que asistía.

No tenía alternativa, así que obedecí y me dejé caer en la silla de cuero negro desgastado, frente al escritorio de roble macizo. Él permaneció absorto en su móvil, con el ceño fruncido. Yo, mientras tanto, recorrí con la mirada las paredes de la oficina, cubiertas de trofeos y fotos de torneos y campeonatos que se remontaban hasta dos décadas atrás. Vaya, Miller había lucido en otro tiempo una melena castaña, espesa y ondulada. Tal vez por eso ahora parecía tan irritado. Quizá por eso siempre estaba tan enfadado. Supongo que yo tampoco estaría de buen humor si me quedara calvo.

Tras un minuto más, bloqueó el móvil y lo dejó bocabajo. Luego apoyó los codos en el escritorio y me estudió con recelo bajo la visera roja de su gorra de los Falcons.

—Ya me he reunido con tus profesores para la revisión semestral.

—Vale… —Esto no pintaba nada bien, sobre todo teniendo en cuenta que ya lo había hecho todo antes de las ocho de la mañana de un lunes.

—Resumiendo… estás en periodo de prueba.

—¿De prueba? —repetí. Ya habíamos pasado por lo mismo la primavera anterior, una pérdida absoluta de tiempo y papeleo para todos. Al cabo de un mes, mis notas habían mejorado lo suficiente para calmarlos, y todo siguió su curso. Todo aquel drama, todo ese ritual burocrático, carecía de sentido. ¿Por qué volver a lo mismo?

—No es oficial, gracias a Dios —dijo, alzando la vista hacia el techo—, porque entonces no tendría más remedio que relegarte al banquillo.

—Fiu —murmuré, recostándome antes de cruzar una pierna sobre la otra y apoyar el talón en la rodilla contraria.

—No, Carter —espetó, y me lanzó una mirada helada que me dejó paralizado—. Nada de *fiu.* Sigues en periodo de prueba, tanto conmigo como con el programa. Ya lo he hablado con el director de deportes, y queremos manejarlo con discreción, porque repetir

demasiadas veces un periodo de prueba no solo te perjudica, sino que también menoscaba el prestigio del programa.

—¿Por qué me estás poniendo a prueba?

—¿De verdad no lo sabes? Tus notas están por los suelos. Igual que el año pasado.

No era ninguna sorpresa. Desde que había comenzado el curso, apenas tres semanas atrás, no había dedicado más de veinte minutos a estudiar o entregar trabajos. Era mi último año en Boyd, y no tenía intención de graduarme, así que mis calificaciones me importaban un comino. Para mí, la universidad era solo un obstáculo molesto en el camino a la liga. Al menos no debía preocuparme por perder la beca: este circo me lo estaba pagando yo solo.

—Le pondré remedio a lo de las notas —le prometí.

—Eso espero. —Hizo un gesto hacia su móvil—. Ya has suspendido dos exámenes de historia. Y tienes que entregar un ensayo semestral el mes que viene que te cuenta un tercio de la nota. Espero que le dediques tiempo extra para asegurarte de que no suspendes la asignatura.

—Sí, lo haré. —Haría que alguien más lo escribiese por mí. Las clases de historia eran tan soporíferas que hasta contar ovejas parecía un deporte de riesgo.

—Ya que hablamos de tu comportamiento problemático, me he enterado de lo que hiciste en la fiesta de final de curso de la primavera pasada.

¿Qué había oído exactamente? Aquella fiesta podía traerme más de un problema: estaba seguro de que algunas cosas que hice no eran precisamente legales. Así que, no me pareció buena idea pedirle más detalles. Podría empezar a hurgar.

—Seguro que lo que te han contado es una exageración.

Me lanzó una mirada tan mordaz que me erizó la piel.

—Me han dicho que hay fotos. Más te vale que no sea cierto.

Mierda. A lo mejor debíamos confiscar los móviles antes de entrar por la puerta. Sin pruebas no había delito, ¿verdad?

—Tengo ojos en todas partes, Carter. Si ha ocurrido, da por

sentado que ya me habré enterado.

Era gracioso ver cómo intentaba asustarme. Si eso fuera cierto, me habrían echado del equipo en primero de carrera.

—Deja de hacer el tonto con las chicas, de meterte en peleas y de actuar como un adolescente.

Estuve a punto de responder que a los veintiuno ya no era un adolescente. Pero decidí asentir en su lugar… El silencio era la mejor opción en estas situaciones.

—Mira —dijo, con un tono de voz menos hostil—. Eres muy valioso para el equipo. Y me gusta tu capacidad para meterte en la cabeza de tus oponentes. Pero tienes que controlarte un poco fuera de la pista o fastidiarás todo el trabajo duro que te ha traído hasta aquí. ¿Lo entiendes?

—Sí —murmuré—, lo entiendo.

—No puedes impresionar a los ojeadores desde el banquillo, Carter. O te espabilas o ahí te quedarás. Puedes irte.

—Sí, señor. —Me levanté y me eché la bolsa del gimnasio al hombro antes de encaminarme hacia la puerta. Aún tenía tiempo para dormir un poco antes de clase.

—Por cierto, Carter…

—¿Sí, entrenador? —Me volví para mirarlo.

Cogió un bolígrafo del bote con brusquedad.

—Considera esta tu primera y última advertencia.



Capítulo 8

Lo has pensado

Bailey

No me atrevía a contarles a Jillian y Amelia dónde había pasado la noche del sábado. Cuando llegué a casa el domingo por la mañana, dieron por sentado que había estado con Zara y Noelle, y yo no me molesté en corregirles. Mis amigas, que eran dos ángeles, habían aceptado cubrirme las espaldas.

Además, no había pasado nada con Chase. ¿Así que por qué iba a abrir el cajón de mierda?

Aunque no les hubiera hablado de él a ninguna de las dos, las cosas estaban tensas en casa. Era como si ninguna supiera cómo comportarse conmigo ahora que ya no era la novia de Luke. Hasta ese momento, no me había dado cuenta de que para la mayoría de mis «amigos» esa era toda mi personalidad.

Ahora me sentía como una extraña en lugar de una compañera de piso y amiga. Me trataban como si tuviera una enfermedad contagiosa y temieran pillar la «rupturitis».

A lo mejor debía mudarme a la oficina del *Callingwood Daily.*



Conseguí evitar a Luke, no sin un gran esfuerzo, durante la primera parte de la semana. El martes, de camino a la clase de Literatura inglesa, casi me choqué contra él en el patio interior. Por suerte, tenía los reflejos de un *ninja* y conseguí esconderme detrás de un árbol para que no me viera. Por lo menos había estado solo.

Podría decirse que estaba llevando el contacto cero al extremo tras la ruptura. Si no estaba en clase, me escondía en la oficina del *Callingwood Daily.* Ni siquiera me quedaba a estudiar en el campus por miedo a que Luke pasara por allí. Pero hoy era miércoles, y evitarlo sería imposible porque, cuando aún éramos novios, compartir una asignatura con él me había parecido una gran idea.

Con el corazón acelerado y las manos sudorosas, abrí la puerta de la sala de conferencias ASTR201: Introducción a la astronomía: estrellas y galaxias.

Luke y yo nos habíamos matriculado en ella juntos la primavera pasada porque ambos debíamos cumplir con un requisito de introducción a la ciencia. La astronomía parecía más interesante que la biología, con sus disecciones asquerosas, o que la química, con todos esos cálculos. Como una tonta, incluso había pensado que habría sido romántico ir a ver las estrellas para hacer un trabajo.

Ahora me arrepentía de haber tomado aquella decisión. Habría preferido diseccionar mil ranas, o haber hecho un millón de ecuaciones, antes que estar encerrada en la misma habitación que él durante una clase de ochenta minutos.

Ojalá se lo tragara un agujero negro.

Me detuve en el umbral de la puerta, con el corazón retumbándome en la cabeza, y recorrí con la mirada las hileras de mesas en busca de esa cabellera rubia, y esa sudadera gris y azul de los Bulldogs que me resultaban tan familiares. Al no verlo, dejé escapar un suspiro de alivio. Aún no había llegado. A lo mejor no vendría. Me senté al fondo, en una esquina de la clase, desde donde

podía observar toda la sala y pasar inadvertida. Esperé a que apareciera, pero la clase comenzó y no se le vio el pelo. Gracias a Dios. Probablemente se había desapuntado para evitar verme. Yo misma había barajado esa posibilidad si él no daba el paso, pero a diferencia de él, no podía permitirme perder la matrícula.

Mientras guardaba mis cosas al final de la clase, me vibró el móvil con un mensaje de mi hermano lamentando mi ruptura con Luke. Llegaba cinco días tarde, ausente del afecto y la sinceridad que uno esperaría de un hermano en esta situación. Pero quizá se veía en un compromiso, ya que Luke no era solo su compañero de equipo, sino uno de sus mejores amigos. Al fin y al cabo, así fue como nos conocimos.



Tras la clase de astronomía, me dirigí de nuevo a la oficina del *Callingwood Daily,* que se había convertido en mi casa provisional durante estos últimos días, para acabar un artículo para el periódico y ponerme al día con los deberes.

Zara, Noelle y yo nos sentamos alrededor de la mesa redonda, donde revisamos los artículos para el número de mañana mientras picábamos algo y bebíamos café. Unos cuantos estudiantes que también trabajaban allí se paseaban por el despacho, fotocopiando documentos y haciendo labores administrativas.

Zara levantó la mirada de su MacBook plateado.

—Por cierto, ¿puedes cubrir el partido de las Hawks del viernes? Liam está enfermo.

—Estamos a miércoles —respondí, y mordí mi barrita de granóla y trocitos de chocolate—. ¿Ya sabe que estará enfermo el viernes? Qué oportuno…

—¿Verdad? —Noelle le dio un trago a su café helado con sirope de vainilla y puso los ojos en blanco.

—Ojalá entendiera que cubrir la sección de deportes significa que

debe encargarse de todos —añadí—. No solo de los que le gustan.

Mordí la barrita de avena que tenía en la mano y alivié mi mal humor masticándola con fuerza. Por algún motivo, sin duda misógino, a Liam no le gustaba cubrir el deporte femenino. Tampoco le gustaba el voleibol. Cuando ambas cosas coincidían, como en el partido de vóley femenino de Callingwood de este viernes, solía encontrarse indispuesto para cumplir con sus obligaciones por los motivos más variopintos: un virus estomacal, una sinusitis, un esguince o algún hueso roto, una resaca, el día de la salud mental, una emergencia dental, una rueda pinchada, una reunión familiar, el funeral de algún pariente, y una cantidad sospechosa de mascotas fallecidas o enfermas…

Sobra añadir que Liam no cumplía con su parte del trabajo en el periódico. Hacía tiempo que deberían haberlo echado de la sección de deportes. Pero nuestra tutora, la profesora Johnson, era bastante discreta, y tendía a evitar intervenir. Al ser un grupo estudiantil independiente, a no ser que quisiéramos enfrentarnos con la administración, no teníamos más remedio que aguantarlo y esperar a que se fuera.

—Lo bueno —añadió— es que el año que viene ya no estará aquí, y la sección de deportes será toda tuya.

Suspiré con resignación.

—Estoy deseando que llegue ese día…

El *hockey* había sido como una religión en nuestra casa durante mi infancia. Derek y yo aprendimos a patinar sobre hielo cuando apenas sabíamos caminar. Papá montaba una pista de hielo en el jardín trasero cada invierno, y pasábamos allí horas y horas. Ambos jugábamos al *hockey* desde que éramos pequeñitos. Pero por desgracia, era un deporte caro y nuestra familia solo podía permitirse que uno de nosotros lo practicase. Como Derek era mejor que yo, ganó, y yo tuve que dejarlo en secundaria.

Aun así, me sigue fascinando, lo que explica por qué soy una friki del *hockey.* Estadísticas, premios, registros, novatos y marcadores. No se me escapaba nada. Puntos, goles, asistencias, todo me

interesaba. Era una entusiasta de los deportes en general. Podía darle mil vueltas a Liam en cuanto a conocimientos estadísticos sin problema alguno.

Me molestaba profundamente que Liam hubiera obtenido el puesto en la sección de deportes por el simple hecho de haber llegado un año antes que yo. Si hubiera sido por méritos, el puesto sería mío.

Zara se desperezó y puso los pies en la silla vacía que había a mi lado.

—¿Has acabado con la solicitud de la beca?

—Aún no. Quieren el historial completo de mi visado. Me sorprende que no me hayan pedido una muestra de ADN.

—Te apoyo al cien por cien. Creo que tienes muchas papeletas. —Se recogió la melena en un moño que aseguró con dos lápices amarillos. Desaliñado pero elegante. Si me lo hiciera yo, parecería una profesora chiflada.

Le dediqué media sonrisa.

—Eso espero.

Resultaba difícil evaluar mis posibilidades de obtenerla cuando el proceso era tan enrevesado. Cumplía con la nota media requerida, pero eso representaba apenas uno de los innumerables requisitos. La solicitud exigía completar un formulario larguísimo, una carta de motivación, referencias académicas y personales, un currículum, una biografía y transcripción de la solicitud entera.

Y eso solo en la primera ronda, donde elegían a cinco finalistas. Si llegaba a la siguiente fase, me entrevistaría un comité de los miembros de la facultad de Periodismo, varios de los cuales habían recibido prestigiosos premios a lo largo de sus carreras.

Decir que me intimidaba era quedarse corto.

Para ser justa, la complejidad de la solicitud era proporcional a la cantidad becada. Era una suma considerable, el tipo de beca que haría que dejara de preocuparme por el dinero todo el año que viene y, aunque me resultara difícil de creer, me daría un respiro en lo que a economía se refiere. Y sin duda me ayudaría a reducir la carga de

los préstamos estudiantiles una vez me graduase.

Deseaba esa beca desesperadamente. La necesitaba.

Aspiraba a ser la elegida entre los incontables candidatos, pero sabía que era poco probable, así que estaba tratando de bajar mis expectativas.

A medida que se acercaba la hora de la cena, el resto de estudiantes empezaron a salir de la oficina, hasta que solo quedamos nosotras tres.

Noelle escribía un ensayo para Literatura, Zara trabajaba en un proyecto de Psicología y yo me había sumergido en un manual de producción audiovisual. Pero mi cabeza no dejaba de darle vueltas a los sucesos del fin de semana, y no era Luke quien ocupaba mis pensamientos.

—¿Y bien? —Zara miró a su alrededor para asegurarse de que no había moros en la costa antes de inclinarse sobre la mesa. Arqueó las cejas, perfectamente esculpidas—. ¿Cómo estuvo?

—¿Quién? —Fingí inocencia mientras intentaba controlar el calor que me ascendía por el cuello.

—El buenorro con el que te fuiste a casa, tonta. ¿Chase?

—No lo sé. No nos acostamos —dije—. Gracias a Dios.

—¿Por qué no? —Hizo un gesto dramático—. Era el rebote perfecto. Alto, malote y cachondo.

—Para empezar, estaba demasiado borracha. Vomité de camino a casa, varias veces según él. No estoy segura porque apenas recuerdo nada de esa parte de la noche. —Y lo que más me inquietaba era no saber qué había dicho; tenía la sensación de que había soltado mis propios secretos. Solo me faltaba saber cuáles.

Zara se estremeció y suspiró.

—Oh, no.

—Lo siento, B —dijo Noelle con una mueca.

—Las últimas dos copas fueron idea mía, así que la única culpable soy yo.

—¿Crees que volverás a verlo? —preguntó Zara.

Con mi suerte, seguro que sí. Pero había planeado evitar asistir a

los próximos partidos de *hockey.* Ya estaba pensando en excusas para faltar al partido del sábado contra los Falcons. Dudaba entre inventarme un virus estomacal de veinticuatro horas o un proyecto de grupo urgente. Porque la idea de ver a Luke y Chase en el mismo lugar me aterraba, la verdad.

—De ningún modo. —Negué con la cabeza—. Es un capullo.

—¿Estás segura? —preguntó Zara, que inclinó la barbilla, pensativa—. Parece que te ayudó a llegar a casa y que no se aprovechó de ti.

—Has puesto el listón muy bajo, ¿no crees? —respondí.

Se encogió de hombros.

—Tal vez, pero es más de lo que podría decir de la mitad de los tíos que conozco.

—Vale —contesté—. No es un pervertido, pero sigue siendo un capullo. Y un mujeriego —recalqué estas últimas palabras.

—Es una pena —susurró Noelle, dándose toquecitos en el labio con el bolígrafo morado—. Desprendía EMA.

—¿EMA? —repetí, confusa.

—Energía de macho alfa.

—Ugh. —Escondí la cara detrás de las manos—. Me arrepiento de haber preguntado.

Zara me dio un golpecito con el lápiz.

—Sé que tú también lo has pensado.

Me vinieron a la mente fragmentos de nuestra conversación sobre la terminal del aeropuerto. En concreto, la parte del aerobús… Sentí el rostro ardiéndome bajo los dedos.

—¡Claro que no!



Capítulo 9

Eso ha dado un vuelco

Bailey

El sábado por la tarde llegó sin previo aviso y me pilló desprevenida. Tenía que escabullirme del partido de las tres de la tarde contra los Falcons. De verdad lo había intentado. No quería ver a Luke, y tampoco estaba segura de poder mirar a Chase a la cara después de lo que había pasado el fin de semana anterior. Por desgracia, y a pesar del esfuerzo, Derek me había hecho sentir culpable y terminé cediendo. Como siempre.

—No creo que sea una buena idea —le había dicho.

—Tienes que venir —había respondido—. Nos traes buena suerte, Bails.

Sin presión.

¿Si les daba tanta suerte, por qué habían perdido los últimos tres partidos a los que asistí? Me guardé la pregunta para no alterar a Derek antes del partido.

Además, por patético que suene, no tenía ningún otro plan. Si no iba, acabaría lavando la ropa o encerrada en mi habitación viendo

Netflix. Ir al partido de mi hermano no requería gran esfuerzo. Actuaría como si estuviera otra vez en primer año, antes de conocer a Luke.

A veces deseaba volver a esos tiempos.

Al menos, esta vez me iría en cuanto acabara el partido para evitar situaciones incómodas. Comenzaría haciendo eso y, quizá, a medida que la temporada avanzara podría irme cada vez más pronto, hasta dejar de ir por completo. Si lo hacía de manera gradual, tal vez Derek no lo notaría o no le importaría tanto…



Decir que habíamos empezado la temporada con mal pie era quedarse corto. Para cuando llegamos al tercer periodo, los Falcons nos llevaban la delantera 4 a 2. No era ideal, pero al menos aparecíamos en el marcador.

Dallas Ward le arrebató el disco a Paul y se lanzó hacia nuestra portería. Esquivó la defensa de Derek, lo dejó atrás sin miramientos y se lo pasó a Carter, que estaba perfectamente colocado, como era habitual. El tío tenía el cociente intelectual de un genio cuando se trataba de *hockey.* Y eso me enfurecía.

Carter cortó el hielo como un misil y llegó a la portería antes de que nadie pudiera alcanzarlo. Calculó el ángulo y metió el *puck* por la esquina inferior izquierda con un giro limpio de muñeca. Alzó el palo victorioso mientras el disco se perdía en el fondo de la red.

Fue una jugada magnífica, ejecutada con tal precisión que Mendez no pudo hacer nada por evitarla. Al ser el tercer gol de Carter, completaba además un triplete. Los fans de los Falcons enloquecieron, silbando y coreando su nombre desde las gradas. Los cánticos de «diecinueve» retumbaron por todo el pabellón mientras sus compañeros lo felicitaban desde el banquillo con palmadas en el casco y gritos de júbilo.

Ugh.

Tanto Carter como Ward estaban que se salían esta noche. Nuestro equipo no tuvo la misma suerte. Aun así, perder 5 a 2 a un cuarto de hora del final mantenía viva una última esperanza. Los partidos podían cambiar de un momento para otro. Si las estrellas se alineaban, era probable que marcáramos dos goles consecutivos en cuestión de uno o dos minutos. Entonces solo haría falta meter otro para empatar.

Todo dependía de que los Bulldogs mantuvieran la concentración, o que permitieran que ese quinto gol los pusiera nerviosos. Por desgracia, tenía la sensación de que se decantarían por la segunda.

—Maldita sea —protestó Amelia, que se cubrió el rostro con las manos. Sus uñas de un rojo chillón ocultaban su expresión angustiada—. Vamos de mal en peor.

—Sigue siendo mejor que la semana pasada —dije.

Chase se incorporó a la pista de hielo de un salto para realizar otro relevo. Nuestras miradas se cruzaron y una corriente me recorrió el cuerpo. Un escalofrío me recorrió los brazos bajo la parka acolchada. Me dedicó una sonrisa arrogante y me guiñó el ojo antes de patinar hacia el otro extremo de la pista.

Jillian me dio un codazo en las costillas.

—Eh, ¿Carter te acaba de guiñar el ojo?

Se me encogió el estómago y el corazón se me disparó. Lo había hecho. Claro que sí. ¿En qué narices estaba pensando?

—¿Eh? —gemí con la voz aguda—. No. Habrá sido para una grupi que esté por aquí cerca. —Me di la vuelta y fingí que escaneaba la fila de asientos que tenía detrás. Las únicas personas que había cerca eran una familia de cinco y una pareja mayor. Jillian y Amelia también se volvieron para mirar, y confirmaron sus sospechas.

—Hmm —murmuró Jillian, que se mordió el labio inferior, pintado de coral—. No creo. Y es evidente que no iba ni para Amelia ni para mí. Ni siquiera lo conocemos.

—Yo tampoco —mentí.

Y definitivamente no había dormido en su cama el fin de semana anterior.

—Creo que te ha guiñado el ojo a ti, B —confirmó Amelia acercándose más—. Qué raro. ¿Crees que está intentando hacer rabiar a Luke?

—¿Por qué debería importarle a Luke? —pregunté sin rodeos—. Fue él quien rompió conmigo.

—Venga ya. —Resopló—. ¿Carter y tú? Sabes perfectamente que eso le cabrearía muchísimo.



Cuando las gradas comenzaron a vaciarse tras el partido, me despedí de Jillian y Amelia y me dirigí hacia las puertas laterales para escaparme cuanto antes. Hacía un día espléndido para finales de septiembre, así que los veinte minutos de caminata hasta casa serían agradables bajo el sol y, lo mejor de todo, Luke no estaría por ningún lado.

—¡Bailey! —gritó Jillian. Sus tirabuzones oscuros se Zarandeaban frenéticamente mientras me hacía señas—. Ven un momento.

Mierda, Jill. No tenía ni idea de qué querría hablar ahora, tras haberme ignorado durante las dos horas y media que duró el partido. Tal vez podía fingir que no la había oído… Nop, demasiado tarde. Me había visto.

Me acerqué a ella a regañadientes.

—¿Qué pasa? —Me metí las manos en los bolsillos del abrigo y cambié el peso de un pie a otro mientras lanzaba miradas nerviosas al pasillo iluminado con tubos fluorescentes que llevaba a los vestuarios. Me sentía como una bomba a punto de estallar. Más le valía ser rápida.

Jillian tomó aire y habló a toda velocidad.

—Se me ha olvidado preguntarte por lo de mañana. ¿A qué hora quieres ir al centro comercial a comprar esos…?

Antes de que acabara la frase, Luke dobló la esquina con Sophie a su lado. Jillian se detuvo en seco, boquiabierta, y yo me quedé

paralizada. Se me hizo un nudo en el estómago al ver sus manos entrelazadas. La ruptura había sido tan reciente que casi me daba la sensación de que mi novio estaba con otra. Pero ya no era mi novio. Entre ellos había una química que Luke y yo perdimos mucho tiempo atrás… suponiendo que alguna vez hubiera existido.

Se me cortó la respiración. Esto no podía estar pasando.

Pasaron de largo sin hacernos caso y se dirigieron al grupo que estaba a unos metros de distancia. Jillian los observó alejarse y después me miró de nuevo.

—Eh, perdona, Bails. No sabía que Sophie había venido. Te lo juro.

Pero sabía que estaban juntos, ¿no?

Todos lo sabían. ¿Desde cuándo andaban juntos? Me costaba no pensar que me había estado engañando. ¿Lo estaban encubriendo?

Y si eso era cierto, ¿lo sabría mi hermano?

Como si lo hubiera invocado por accidente, Derek salió de los vestuarios y vino hacia nosotras. Miró a Luke, pero ni se inmutó al verlo con Sophie. Como si ya estuviera acostumbrado a la escena.

Derek suspiró y se pasó una mano por el pelo.

—Hola chicas.

—Hola. —Sentí la tentación de sacar el tema de Luke, pero sabía que no era el momento adecuado—. Eh, buen partido. —Por lo general, tendría algo más constructivo que decir, pero el cerebro se me estaba cortocircuitando. Sin poder evitarlo, dirigí la mirada por encima del hombro de Derek hacia Luke y Sophie. Ella era todo lo que yo no era: menuda, delicada y femenina. Siempre llevaba falda, tenía las pestañas más largas que jamás había visto y no sabía la diferencia entre un *spearing* y un *slashing.*

—No es verdad. —Derek negó con la cabeza, la mandíbula tensa —. No sé qué nos está pasando últimamente. No damos pie con bola.

—Todos los equipos sufren malas rachas de vez en cuando —dije, mientras me subía la correa del bolso al hombro—. Estoy segura de que pronto se os pasará. Bueno, yo ya me iba. Tengo que entregar

un ensayo. —No era cierto, pero era más fácil fingir que tenía un motivo para estar en otro sitio.

—Te escribiré sobre lo de mañana —dijo Jillian, con expresión apesadumbrada.

Asentí.

—Perfecto.

Sin poder evitarlo, mi mirada volvió a Luke y Sophie, como si disfrutara sometiéndome a una especie de auto tortura retorcida. Con esa figura esbelta y el pelo rubio platino, parecía una Barbie que hubiera cobrado vida, y él su Ken. Hacían mucha mejor pareja de la que nosotros jamás habríamos hecho. Lo que significaba que el año y medio que había pasado con él había sido una completa pérdida de tiempo.

Se me hizo un nudo en la garganta. Necesitaba irme de aquí ya.

La buena noticia era que veía la salida. La mala era que llegar hasta ella significaría pasar por delante del equipo entero, incluidos Luke y Sophie. Una tarea necesaria pero incómoda.

Estaba a punto de lanzarme a la carrera cuando Paul masculló:

—Ahí viene Carter —dijo señalando hacia los vestuarios con la barbilla—. ¿Qué quiere ese capullo?

De repente, Luke se había convertido en el menor de mis problemas. Me detuve en seco y me giré hacia donde señalaba Paul. Ahí estaba, en todo su maravilloso y arrogante esplendor. Vestía un traje azul a medida que acentuaba su figura y la anchura de sus hombros, mientras una expresión confiada se dibujaba en su rostro. Chase Carter.

Y venía directo hacia mí.

Chase se abrió paso entre la multitud del vestíbulo con determinación, esquivando a los espectadores que deambulaban por el lugar. Varias chicas se detuvieron a contemplarlo sin disimular su fascinación. Una o dos intentaron dirigirle la palabra, pero las palabras se les atascaron en la garganta. Incluso algunos de los hombres con los que se cruzó se quedaron aturdidos por su presencia.

Era como una escena sacada de una puta película. Solo faltaban un foco y una banda sonora.

Era magnético. Hipnótico. Mirarle era adictivo.

Conforme se aproximaba, las conversaciones a mi alrededor se desvanecieron y un silencio tenso se extendió sobre el grupo. Se detuvo junto a mí y me rodeó los hombros con el brazo.

—¿Estás lista, James? —Hizo estallar un chicle y me guiñó el ojo.

Mi mundo se había puesto patas arriba en un instante. Todos nos miraron, con los ojos como platos, pero nadie dijo palabra alguna. El silencio era tal que habríamos podido escuchar un *puck* caer a quince metros de distancia.

Parecía que Jillian y Amelia hubieran visto un fantasma. Derek fulminó a Chase con la mirada, aunque no era sorprendente, debido a su reputación. Y Luke apretó la mandíbula mientras su rostro se tornaba más rojo que la camiseta de los Falcons. Sophie lo miró incrédula, pero sus ojos estaban fijos en nosotros.

Bueno… más bien en Chase.

Chase le dedicó una sonrisa a Luke y asintió. Su rostro aparentaba cordialidad, pero su sonrisa era arrogante y pasivo-agresiva, como si desafiara con un «¿qué vas a hacer?». Por supuesto, esa había sido su intención. Luke echaba chispas por los ojos, con expresión asesina, pero no dijo nada. Al fin y al cabo, ¿qué podía decir?

Chase señaló las puertas con un gesto de la cabeza.

—Vamos.

—Eh, claro. —Miré a Amelia y Jillian, preparándome para el interrogatorio al que me someterían más tarde—. Os veré en casa.

—Vale —dijeron al unísono, con las cabezas inclinadas y un deje de confusión en la voz.

No eran las únicas que estaban confundidas.

Me despedí con torpeza del grupo de testigos atónitos mientras Chase me conducía hacia la salida, con el brazo aún sobre mis hombros. A mi cerebro le estaba costando volver a funcionar con normalidad. Y su fragancia embriagadora, desde luego, no facilitaba

las cosas.

Aún me tocaba… y no me resultaba del todo desagradable.

Aunque a él sí lo detestaba. Por supuesto.

Chase me condujo en silencio hasta la salida que daba al aparcamiento.

—¿Qué haces? —murmuré, volviéndome hacia él cuando nos quedamos fuera del alcance de las miradas.

—Parece que te estoy rescatando.

—No necesito que me rescaten.

Se rio, bajo y profundo.

—¿Estás segura?



Capítulo 10

Como amigos

Chase

—¿Qué cojones, Carter? —Bailey se apartó de mí y se detuvo en un paso de peatones a las afueras del estadio. La ira le brillaba en los ojos—. ¿A dónde me llevas?

El sol de la tarde se derramaba sobre su cabello rubio oscuro y acentuaba los destellos verdes y dorados de sus ojos color avellana. A diferencia de muchas chicas a las que había conocido en las discotecas, era más atractiva a la luz del día, sin maquillaje ni ropa ceñida. Y tal como había ocurrido cuando nos conocimos en XS el fin de semana anterior, había vuelto a mostrarse hostil.

Menuda suerte la mía: una de las chicas más *sexys* que había conocido me odiaba a más no poder. ¿O me atraía precisamente porque me odiaba? Tal vez fuera una mezcla de ambas cosas.

No quería indagar demasiado en esa posibilidad, aunque probablemente fuera cierta.

—A mi camioneta. —Señalé con las llaves hacia la esquina del aparcamiento, donde había estacionado mi F-150 negra unas

cuantas filas más allá.

—¿Y después qué? —Se bajó la cremallera de la chaqueta negra acolchada y se la quitó, revelando una camiseta blanca de manga corta con el escote en V que se ceñía a su figura y revelaba las curvas de sus pechos. Pero me las ingenié para mantener la mirada fija a la altura de los hombros.

Al menos la mayor parte del tiempo.

—Haremos lo que te apetezca.

—Ni siquiera me caes bien —dijo.

—Tampoco me conoces.

—Sé lo suficiente. —Bailey inspiró y se detuvo a observarme.

No dije nada. Me limité a mirarle la espalda y a esperar.

Se frotó la nariz y dejó salir un suspiro de derrota.

—Está bien.

Sin duda otras mujeres me habían recibido con más calidez.

Zigzagueamos por el aparcamiento a un ritmo que, afortunadamente, era más rápido que la caminata del fin de semana anterior. Los partidos siempre me dejaban sudoroso, entre el esfuerzo físico y la adrenalina que seguía corriendo por mis venas. Eso, sumado al calor inusual de este otoño y los pantalones de traje oscuros, me hacía sentir como si ardiera por dentro. Me aflojé la corbata mientras caminábamos y me la quité junto con la americana. Detestaba el código de vestimenta obligatorio para los partidos. ¿Para qué servía?

—¿Te estás desnudando? —preguntó Bailey cortante.

—Podría hacerlo… si quisieras. —Me aflojé el cuello de la camisa y me remangué hasta el antebrazo. Me estaba asando. ¿Acaso estaba nervioso? ¿Qué me pasaba?—. Pero tendrías que pagarme, y mis servicios no son baratos.

—Eso no es lo que he oído.

De repente, Bailey se detuvo de golpe delante de la camioneta en lugar de subirse. Me miró, luego al vehículo, y de nuevo a mí. Su expresión se endureció.

—He cambiado de opinión —declaró mientras se llevaba ambas

manos a las caderas—. No pienso ir a ningún sitio contigo.

Levanté una ceja.

—¿Me estás diciendo que prefieres volver ahí dentro?

—Bueno, ahora ya no puedo. Me has destrozado la vida.

¿En serio? A mí me parecía que su vida ya se había hecho pedazos el viernes pasado. El resto no había sido más que daños colaterales. Pero supongo que era más fácil culparme a mí.

—Creo que estás exagerando.

—Ni lo más mínimo. Todos están furiosos conmigo.

Resoplé.

—¿Por qué? ¿Por pasar página? Es evidente que Morrison ya lo ha hecho. Aunque ha salido perdiendo, en mi opinión.

Se estremeció de forma casi imperceptible. Al instante me arrepentí de mis palabras, aunque fueran ciertas: la chica con la que Morrison salía ahora no le llegaba ni a la suela del zapato. Ni siquiera jugaban en la misma liga. Sin embargo, nunca me había caracterizado por ser delicado o cuidadoso, y Bailey mostraba una vulnerabilidad que no me era familiar.

Se enderezó y me fulminó con la mirada.

—No, por haberme acostado con el enemigo.

—No creo que dormir a su lado cuente —dije mientras abría la puerta del copiloto y la ayudaba a subir—. A no ser que esta sea tu forma de insinuarte.

—Ya te digo yo que no.

Solo quería subir a la camioneta, encender el aire acondicionado, cambiarme en casa y comer hasta saciarme. Lo demás podía esperar.

Si decidía acompañarme en algo, mucho mejor.

Pero por desgracia, estaba empecinada en discutir conmigo.

Nos quedamos allí, sumidos en una especie de duelo silencioso, mientras me cocinaba bajo el sol, esperando a que entrara en el puñetero coche. La camioneta pitaba sin cesar, recordándonos que la puerta seguía abierta. Tal vez James fuera la única persona que conocía que discutía menos cuando estaba borracha.

Era momento de templar los ánimos. Avancé unos pasos hasta tenerla a un palmo de distancia. No la toqué, pero esa era la intención.

—James —bajé la voz para que sonara grave y aterciopelada.

—¿Qué? —resopló, y se cruzó de brazos por encima del pecho.

—¿Tienes planes para esta noche?

Frunció la boca.

—No.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—¿Todo? —Hizo un gesto entre nosotros—. ¿Tú, yo, esto?

Bajé la cabeza y le miré a los ojos.

—¿Tienes hambre? —Era una simple sospecha, pero era la hora de cenar y eso podría explicar su irritabilidad. Y yo estaba muerto de hambre. Tenía intención de pedir una hamburguesa gigante. Tal vez, dos.

En ese momento, su estómago rugió con fuerza. Se le tiñeron las mejillas de rosa, y me pareció adorable. Hizo un gesto desafiante con la barbilla.

—No.

—Genial. —Ignoré su respuesta—. ¿Qué te apetece cenar?

Bajó la mirada hacia las Converse negras.

—No lo sé. *¿Pizza?* ¿Hamburguesas? No soy muy quisquillosa.

—Pasemos un momento por mi casa para que me cambie y luego vamos a comer algo. Yo invito.

—Vale —gruñó, y al final se subió a la camioneta.



Tras parar en mi casa, acabamos en el Burger Bar, ubicado en el barrio moderno de las cervecerías. Pedimos sus famosos batidos con alcohol y unas hamburguesas con patatas fritas. Hasta me las arreglé para convencerla de compartir unos aros de cebolla, aunque me preocupaba que los envenenara si no iba con cuidado.

—Espero que sepas que no voy a acostarme contigo. —Bailey le dio un trago a su batido de chocolate con Kahlua, mirándome con recelo desde el otro lado del reservado.

Cogí un aro de cebolla del centro de la mesa y me lo puse en el plato.

—En teoría, ya lo has hecho.

—Si aprovechas eso para contárselo a todo el mundo y venderles la idea equivocada, te estrangularé con cinta de *hockey.*

—Tranquila, James. Estaba de broma. No tenía intención de que fueras a acostarte conmigo esta noche.

El domingo por la mañana, la Bailey sobria me dejó muy claro que no era de las que tenían un rollo de una noche. No me engañaba pensando que eso fuera a cambiar pronto. Aunque, naturalmente, no le pondría objeciones si así fuera.

—¿De verdad? —Arqueó las cejas rubias—. ¿Entonces a qué venían todas las tonterías que me dijiste en la barra?

—Te estaba provocando. —Me encogí de hombros y le di un bocado al enorme aro de cebolla. Dios mío. Era casi orgásmico. La comida siempre sabía mejor después de los partidos.

—Ya, vale.

La camarera volvió y nos sirvió los platos enseguida. Bailey recibió su hamburguesa de pollo con boniatos fritos, yo la mía con doble queso y patatas, y la mujer se esfumó tan pronto como había llegado.

—Bueno, es una verdad a medias —dije, y cogí la hamburguesa —. Te estaba provocando de un modo juguetón. Era evidente que te estaba tirando los tejos.

Era inútil negarlo. Dejando a un lado nuestras rencillas, era preciosa. La atracción que sentía por ella se intensificaba en cada encuentro. La pregunta era si ella se sentiría igual de atraída hacia mí sin el alcohol nublándole el juicio.

Estaba casi seguro de que sí. Pero su mirada asesina era difícil de interpretar.

Bailey se inclinó por encima de la mesa con el ceño fruncido, y

bajó la voz, como si no quisiera que nadie más la oyera.

—¿Eso te funciona de verdad con las otras chicas?

¿Seguro que quería que fuera sincero? Pues eso le daría.

—La mayor parte del tiempo —respondí, y mordí una patata frita.

—¿En serio?

—Volviste a buscarme, ¿no?

—Eso fue cosa del tequila —espetó.

Mierda. Era muy mona cuando se enfadaba.

—Eh. —Me pasé la mano por la barbilla—. ¿Eso que suena es una canción *country?*

Apoyó las manos sobre la mesa y la frente sobre estas.

—Eres exasperante —masculló, aun mirando hacia abajo.

—Lo mismo digo. —Ojalá no me lo estuviera pasando tan bien. Que me gustara esta dinámica era problemático. Pero siempre fui de los que encuentran la gracia en lo disfuncional, así que supongo que tampoco debía sorprenderme.

Bailey levantó la vista y el cabello dorado le cayó como una cortina sobre el rostro al mirarme.

—¿Por qué no te has ido a celebrar la victoria y el triplete con tus amigos del equipo?

—No lo sé —dije con total sinceridad. De hecho, me estaba perdiendo una fiesta en mi propia casa. Había puesto el móvil en silencio y estaba a punto de explotar con tanta notificación—. Supongo que uno acaba cansando de ese rollo.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta que un montón de fans complacientes se te echen al cuello? Parece que es tu rollo.

Sinceramente, estar aquí con ella, conociéndonos, me resultaba mucho más atractivo que estar rodeado de un montón de personas que no sabían nada de mí pero me idolatraban por saber manejar un palo.

Le di un bocado de la hamburguesa.

—¿No te parece… superficial? ¿Todo eso? —le pregunté—. Nos juntamos porque nos une un único tema, pero de no ser así, no creo que la mayoría fuésemos amigos siquiera.

Debería intuirlo, porque era evidente que Capitán Capullo estaba a punto de excomulgarla. Ya lo había visto ocurrir antes. Pero ella aún no se daba cuenta de lo que se le venía encima, y eso me daba pena. No se lo merecía.

—Unos pensamientos muy profundos viniendo de Carter —dijo ella—. Creía que eras el alma de la fiesta. ¿No te adoran los Falcons?

—Ja, no. Ward y yo somos muy amigos. Y Tyler mola, aunque sea un rarito. Pero estoy seguro de que la mitad del equipo me atropellaría con una pulidora de hielo si creyeran que eso les ayudaría a llegar a la liga.

Bailey parpadeó lentamente.

—O sea que… —Sacudió la cabeza como para aclararse las ideas —. ¿Me buscaste en la barra porque sabías quién era?

—No, no lo sabía. No hasta que regresaste a mí, al menos.

—Pero esta noche has venido a por mí para hacer enfadar al equipo —añadió.

—¿Sinceramente? —La miré fijamente—. En parte sí. Pero también me pareció que necesitabas un amigo. —Cuando salí del vestuario, solo podía ver esa mirada afligida en su rostro. Me cabreé, sobre todo porque ese imbécil de Morrison era el culpable. No podía quedarme de brazos cruzados.

Se estremeció.

—Tengo amigas.

—¿Y qué estaban haciendo mientras tu ex se pavoneaba con esa chica justo delante de ti?

Volvió a estremecerse. Quizá debería hablar con más delicadeza cuando estaba con ella. Jamás lo había hecho, pero podía aprender.

—Amelia y Jillian están justo en medio —añadió, y bajó la mirada a su plato de comida—. Estoy segura de que esta situación tampoco está siendo fácil para ellas.

Sentí una punzada en las entrañas. ¿Empatía? ¿Lástima? No me resultaba familiar, y no me gustaba. En cualquier caso, sus amigas no parecían ser las mejores.

—Es bonito que pienses en sus sentimientos —dije—. Pero

¿quién piensa en los tuyos?

Levantó las cejas.

—¿Pensabas en mis sentimientos esta noche cuando me secuestraste delante de todo el mundo?

—De todas las formas en las que te podrías haber marchado del estadio, ¿de verdad crees que esta no era la mejor?

—Supongo… —Se removió en el asiento y evitó mi mirada—. Pero estabas intentando fastidiar a Luke. No actúes como si me hubieras hecho un favor.

Luke estaba furioso. Habría pagado una fortuna por haberle hecho una foto a la cara de Morrison cuando le pasé el brazo por los hombros. Había sido la mezcla perfecta de rabia, incredulidad y celos. Por mucho que se quejara ahora mismo, no me creía que ella no lo hubiera disfrutado tanto como yo.

—Yo diría que ambos hemos salido ganando, ¿no estás de acuerdo? —Aunque en teoría Bailey ya no fuera cosa suya, yo tenía mucha experiencia en el funcionamiento de la mente masculina, y Morrison seguía creyendo que le pertenecía. Eso significaba que había un cien por cien de posibilidades de que ahora mismo se estuviera volviendo loco. La sonrisa socarrona que le dediqué lo garantizaba.

Morrison no era una amenaza directa sobre el hielo. No se metía en peleas cuando lo desafiaban, ni siquiera las iniciaba. Pero mandaría a sus secuaces a hacer el trabajo sucio, lo que significaba que debería vigilar al hermano de Bailey y a algunos de los delanteros durante un tiempo.

Había una posibilidad de que se produjera una pelea con los de Callingwood por lo que había hecho.

Joder. Ya tenía bastantes problemas que resolver en mi vida, aunque la mayoría los había buscado yo mismo. Ahora había echado leña al fuego de la eterna enemistad entre los Falcons y los Bulldogs.

El entrenador iba a ponerle precio a mi cabeza.

—Por mucho que lo odie ahora mismo —dijo—, sigo apoyando a los Bulldogs.

Me encogí de hombros.

—Lo que te ayude a dormir por las noches…

Una parte de mí admiraba su sentido de la lealtad, aunque fuera equivocado.



Cuando Bailey se fue al baño, aproveché para revisar los mensajes. Ignoré la mayoría de ellos y le respondí a Dallas.

Dallas: ¿Dónde cojones estás?

Dallas: Nos has dejado plantados.

Chase: Me ha surgido algo.

Dallas: Te refieres a alguien.

Chase: Exacto.



La camarera volvió con la cuenta y dejó la carpeta de cuero negro al final de la mesa. Bailey hizo ademán de cogerla.

Yo me incliné y lo quité de su alcance.

—Ni lo intentes.

—No puedes invitarme —dijo, juntando las cejas—. No es una cita.

—Soy consciente de ello. Y no voy a dejarte pagar.

—No sé si debería darte las gracias o estrangularte. —Bailey suspiró y se puso la chaqueta—. ¿Eso significa que te debo una?

Saqué la MasterCard y se la tendí a la camarera.

—Bueno, me has deleitado con tu alegre personalidad durante una cena, así que creo que estamos empatados.

—Ja, ja. —Puso los ojos en blanco.

—Aunque eres un poco más agradable ahora que has comido. Enfaticé el «un poco».

—Supongo que sí que tenía algo de hambre. Me he gastado todo mi dinero en… —Se detuvo y se estremeció—. No importa.

Casi bajó la guardia. Interesante.

—Dilo —insistí, y bajé la voz—. ¿Putas y drogas? Yo también.

Bailey se rio.

—Por desgracia, no es nada tan interesante.

—Bueno, la noche es joven.



Hablamos sin parar durante el camino de vuelta a la casa de Bailey. Era fácil hablar con ella, siempre y cuando no mencionáramos el *hockey,* a los Bulldogs o a los Falcons. Puse el intermitente y giré a la izquierda, hacia el aparcamiento del complejo de edificios de arenisca. Me coloqué en un espacio para visitantes y aparqué, sin apagar el motor. Al menos, esta vez estaba lo suficientemente sobria como para subir las escaleras sin caerse.

—Espera. —Le tendí una mano—. Dame tu móvil.

—¿Por qué? —Bailey se apartó y apretó el móvil contra su cuerpo, mirándome con desconfianza.

—Para ver porno, James. ¿Qué crees? Para guardar mi número.

—¿Quién ha dicho que quiera tu número?

—¿A quién más le vas a escribir la próxima vez que las cosas se pongan feas?

Se desabrochó el cinturón sin soltar el teléfono.

—¿Por qué querrías que te escribiera?

—A lo mejor también necesito una amiga.

—¿Necesitas una amiga?

—¿Por qué no? —dije, encogiendo los hombros—. Como te dije, la mitad del equipo querría verme muerto si pudiera. Probablemente

las tres cuartas partes. Hasta es posible que el entrenador Miller se sumara.

Bailey se mordió el labio inferior mientras analizaba mi rostro. Levanté las cejas, expectante.

—Vale. —Desbloqueó el móvil antes de dármelo—. Pero no te daré el mío.

Guardé mi contacto y se lo devolví.

—Escríbeme.

—Como amiga.

—Sí —le dije—. Como amiga.



Capítulo 11

No me hagas escoger

Bailey

Con un rugido del motor, Chase abandonó la plaza de aparcamiento para visitantes y se incorporó a la carretera marcha atrás. Aturdida, caminé calle abajo y subí los tres peldaños de cemento que llevaban a la puerta delantera. La cabeza me daba vueltas, me temblaban las manos y empecé a cuestionarme todo lo que creía saber.

Había cenado con Chase Carter. Y creo que me había gustado.

Sin duda se había producido una fisura en el continuo espacio-tiempo que me había transportado a un universo paralelo. O quizá se avecinaba el fin del mundo. Una de dos. No había otra explicación.

Giré la llave y contuve la respiración, rezando porque no hubiera nadie más en casa. Eran poco más de las nueve, así que era probable que así fuera. La puerta azul marino se abrió con un crujido y reveló una casa oscura, silenciosa y, por suerte, libre de compañeras de piso. Colgué la parka y dejé escapar un suspiro que me distendió por completo. Tal vez resultara patético pasar sola en

casa la noche del sábado, pero esa soledad era un alivio antes del interrogatorio que me esperaba.

Encendí la luz del porche y fui a la cocina a por un vaso de agua antes de dirigirme hacia mi habitación. Era probable que Amelia y Jillian se quedaran en la casa que Paul y Mendez compartían con Luke, pero aún existía una posibilidad de que volvieran a casa esta noche. Y si lo hacían, fingiría que estaba dormida.

Subí las escaleras y saqué el móvil para comprobar hasta qué punto había dañado mi reputación. No me sorprendió encontrar tres llamadas perdidas y quince mensajes nuevos. Podía imaginar su contenido, y no tenía la menor intención de enzarzarme en una discusión sobre Chase ni mi vida personal. En su lugar, abrí cada mensaje sin leer lo que decía y los dejé todos en visto para que quienes me habían escrito supieran que seguía con vida.

Aunque tampoco era que les preocupara mi seguridad.

Se trataba de una cuestión de lealtad.



A la mañana siguiente, estaba sentada ante la isla de la cocina comiéndome un bol de granóla de fresa con leche y pensando en mis cosas cuando me tendieron una emboscada. Jillian y Amelia bajaron por la escalera juntas, como si hubieran estado planeando algo arriba. Entraron en la cocina, me miraron fijamente y empezaron a caminar a mi alrededor en círculos, como tiburones.

Se me formó un nudo en el estómago y mi apetito se desvaneció. Jillian se detuvo y se inclinó sobre la encimera, mirándome fijamente. Amelia siguió caminando en círculos sobre las baldosas del suelo. Hasta se habían coordinado para vestirse igual: ambas llevaban jerséis negros y vaqueros oscuros. No sabía si habían elegido la ropa a propósito o no, pero estaba claro que aquello era una intervención.

Jillian apenas medía metro sesenta y no llegaba a los cuarenta y

cinco kilos, y Amelia no era mucho más grande, pero verlas a las dos juntas resultaba intimidante.

—¿Carter, B? —Amelia gesticuló de forma exagerada, frunciendo sus cejas perfectamente arqueadas—. ¿Qué narices está pasando?

Levanté la mirada de mi bol medio vacío y hundí la cuchara en la leche rosa.

—Somos amigos —respondí—. Eso es todo.

Jillian frunció la nariz.

—¿Por qué?

Sentía cómo la irritación se me acumulaba en el estómago, amarga y ardiente. Tampoco es que me hubiera convertido en la presidenta del club de fans de Chase Carter, pero su tono condescendiente me molestaba.

Sobre todo, cuando todos se pasaban el tiempo haciéndole la pelota a Luke.

Y en especial porque apenas me habían hablado durante toda la semana.

—¿Por qué no? —Sorbí mi café a propósito, para resultar desagradable.

Amelia parpadeó rápidamente, incrédula.

—Pero le odias. Le odiamos.

—Y a mí me gustaba Luke. Es curioso cómo cambian las cosas, ¿eh?

—Yo… —No supo qué decir.

El Apple Watch blanco de Jill vibró y bajó la mirada con el ceño fruncido.

—Tengo que responder. —Salió disparada escaleras arriba, la coleta oscilando mientras subía los peldaños enmoquetados de dos en dos. Pasaba algo.

—¿Ha discutido con Mendez? —le pregunté a Amelia.

Jill y Mendez llevaban un año saliendo, pero su relación había sido volátil desde el principio. Ambos eran increíblemente celosos y dados a comportarse de forma tóxica: coqueteaban con otros, se ignoraban mutuamente, montaban números. En primavera,

atravesaron una racha especialmente mala, durante la cual discutían cada fin de semana, con gritos desmedidos, portazos y colgándose el teléfono el uno al otro. Por parte de ella, hubo un montón de penas ahogadas en alcohol. Y, a veces, él también lo hacía. Pero últimamente las cosas habían estado un poco más tranquilas.

Una expresión que no logré identificar se reflejó brevemente en el rostro de Amelia.

—Eh, no. Están bien. Creo que es algo del trabajo.

¿A las nueve de la mañana de un domingo? Jillian trabajaba en una tienda de bañadores que no abría hasta el mediodía. Además, era auxiliar de ventas, no gerente. No tenía sentido.

—Deja de cambiar de tema. —Amelia sacó una taza negra del armario y la llenó del café que yo había preparado antes—. En serio, B. ¿Chase Carter? ¿Tengo que preocuparme?

—No, estoy bien —contesté con una sonrisa—. Estupendamente. —En realidad, me encontraba bastante bien, a pesar de todo. Durante la semana, Zara me había hablado de un truco que le enseñó su antigua psicóloga. Consistía en imaginarse a la persona que te había hecho daño en pañales, porque solo los bebés y los niños pequeños actúan de ese modo, o algo por el estilo. Debo admitir que me había mostrado escéptica, porque me había parecido una estupidez, por no decir un poco raro. Aun así, lo puse en práctica con Luke y funcionó.

Era un niño grande.

Aunque la situación fue dolorosa, empezaba a sentir que estaba mejor sin él. Sentía que me había quitado un enorme peso de encima. Ya no tendría que andar con pies de plomo, ni sentiría que debía complacerle y, quizá lo más importante de todo, ya no tendría que preocuparme de lo que hacía a mis espaldas.

Estar atada a alguien no es lo mismo que estar enamorada de esa persona, pero no lo había visto hasta ahora. Eso no significaba que me hubiera resultado sencillo lidiar con las consecuencias de la ruptura. Mi círculo social se estaba desmoronando, y tenía la sensación de que Luke estaba presionando a sus amigos para

acelerar el proceso.

De todas formas, la preocupación de Amelia carecía de sinceridad, ya que era la primera vez que hablábamos desde el domingo pasado. Había intentado quedar con ella, pero siempre ponía excusas de que estaba ocupada. Si lo pensaba bien, dudaba que nadie se preocupara sinceramente de mi bienestar; sus propios intereses eran mucho más importantes que su lealtad hacia mí.

Amelia entrecerró los ojos.

—Lo que tú digas.

—Cambiando de tema —añadí—. ¿Te apetece que vayamos al cine esta semana? Hay una comedia romántica nueva, *Kiss Me,* que acaban de estrenar. Parece muy tierna. —Con lo mal que iban las cosas últimamente, no me vendría nada mal ver una peli con final feliz, palomitas y una buena bolsa de golosinas.

—Eh, no lo sé —dijo apartando la mirada y dejó la taza en la encimera—. Estoy bastante ocupada con el proyecto en grupo de Psicología del desarrollo. Además, hay partido el martes por la noche, y creo que el jueves saldré a cenar con Paul. Estoy bastante liada. Lo siento, B.

—¿Y si hacemos algo mañana o el miércoles? —dije, terminando los cereales y preguntándome si me juzgaría por beberme la leche de fresa directamente del bol. Al final, lo hice de todas formas, ya no me importaba lo que pensara de mí.

Jugueteó con la manga de su sudadera amarilla y cogió una pelusilla con las uñas doradas.

—Tengo que trabajar en el proyecto.

Ajá.

Vale, se lo propondría a Zara y Noelle.

—¿Es por lo de Luke? —pregunté, dejando el bol en la encimera —. Las rupturas no se contagian, Amelia. Aún puedes salir conmigo.

—No… —Hizo una pausa antes de continuar—. Es porque Paul está molesto por el asunto de Carter.

¿Qué narices? ¿Quién cojones era Paul para enfadarse por nada que tuviera relación conmigo? Apenas éramos amigos.

—Con quien ande yo no le incumbe a Paul en absoluto.

—Lo ve como una deslealtad hacia el equipo. —Amelia dio un trago al café y se escondió detrás de la taza para no tener que mirarme a los ojos.

Apreté los dientes.

—No sabía que éramos un equipo. ¿Qué posición ocupo yo?

—Ya sabes a qué me refiero —dijo—. Luke es uno de sus mejores amigos.

Y se suponía que yo era una de las suyas.

¿Acaso no importa que Luke me haya sido desleal? —Resoplé—. ¿Que me abandonara el día de mi cumpleaños, después de otra infidelidad? No veo que nadie se lo esté recriminando.

Por *supuesto* que no. Era el capitán del equipo, casi su Dios. La clásica dinámica de instituto, y él era su cabecilla. Entonces lo comprendí: Luke era la chica mala de Los Bulldogs. Era Regina George. Sobre patines.

—Por favor, no me obligues a escoger, B.

Me levanté y coloqué el cuenco y la cuchara en el lavaplatos. Lo cerré con algo más de fuerza de lo necesario y me volví hacia ella.

—No soy yo la que te está obligando —dije—. Es tu novio.



Capítulo 12

Lo recuerdo

Chase

La semana ya había empezado y aún no había tenido noticias de Bailey. A lo mejor jamás las tendría.

—Has vuelto a verla, ¿verdad? —me preguntó Tyler mientras se ponía la camiseta interior negra. Apenas nos habíamos visto desde el partido del sábado. Él se había pasado prácticamente toda la semana en el campus, trabajando horas extra en un proyecto de grupo para una de sus clases de contabilidad. A diferencia de mí, su alto rendimiento en el hielo también se trasladaba a sus notas.

—¿A quién? —Contuve un bostezo. Los entrenamientos a la hora de desayunar eran brutales. Las seis de la mañana era demasiado pronto para estar despierto, más aún para estar en la pista.

—A la chica de XS. La hermana de James.

—¿Cómo lo sabes?

—Te vi acercarte a ella después del partido, imbécil. ¿Es el motivo por el que nos dejaste plantados? ¿Y por el que pasaste de venir al O'Connor?

Evité su mirada inquisitiva y agarré mi *stick* del estante. El palo había quedado hecho trizas en el partido del sábado. Lo raspé contra el suelo de goma negro para quitarle los restos de cinta.

—Algo así —dije mientras envolvía la pala con cinta nueva, avanzando metódicamente hacia la punta—. Es una larga historia.

En realidad, no lo era. Cuando llevé a Bailey a casa, ni siquiera eran las diez, y mis amigos me esperaban para salir con ellos. Pero no tenía ganas de que me tomaran el pelo en un bar mientras gritábamos para hacernos oír por encima de la música. Quizá estaba demasiado sobrio para verle el atractivo. A medio camino hacia el local, di media vuelta y me fui a casa, lo que significaba que por primera vez desde que llegué a la universidad, no saldría un sábado por la noche. La verdad es que tampoco estaba mal. Y por una vez, llegué en perfecto estado al entrenamiento del domingo.

Sonrió.

—Seguro.

—No, no es eso. —Corté la cinta del rollo y froté la punta con el dedo para que quedara plana contra la cuchilla.

—¿Por qué no? ¿No pudiste rematar la jugada?

Negué con la cabeza mientras pasaba la mano por la cinta.

—Ese no era el objetivo. Salimos como amigos.

—Tú. ¿Amigo de una chica? —Se rio mientras deslizaba un pie dentro de un patín—. Venga ya.

—¿Y por qué no?

—¿Quieres que te responda en orden alfabético o cronológico?

—Qué gracioso. —Volví a dejar mi palo en el estante junto a la puerta. Me senté en el banquillo, saqué los patines de mi bolsa de deporte y aflojé los cordones—. ¿Qué tal fue en el O'Connor's?

—Bien. Lo mismo de siempre. —Se inclinó para ponerse las espinilleras rojas y blancas—. Pero hablando de «amigas», Kristen se enfadó porque no viniste.

Me ajusté los patines y levanté la mirada hacia él.

—¿Por qué? No tenía planes con ella.

—Pues ella creía que sí.

—No hemos hablado desde primavera. —Habían pasado más de cuatro meses, casi cinco. No éramos nada. Nunca lo habíamos sido. Esta era la razón por la que enrollarme dos veces con la misma chica era una mala idea.

Y después de lo que hizo Kristen, se aseguró de que jamás habría otra vez.

Ty se encogió de hombros.

—A saber qué se le pasa a una tía por la cabeza…

Tomé nota mental de ignorarla. O de seguir ignorándola, más bien.

—Por cierto… —Se inclinó hacia mí y bajó la voz—. Se dice que habrá un par de ojeadores en el partido del sábado.

Miré a mi alrededor para asegurarme de que nadie más escuchaba. Estaban demasiado enfrascados en una historia que Justin, el defensa de segundo, estaba contándoles. Incluía un filete crudo y un hombre desnudo. No quería saber más.

—¿Cómo te has enterado? —pregunté.

—Tengo ojos y oídos en todas partes.

Era cierto. Ty se enteraba de todo lo que ocurría en la liga universitaria de *hockey:* lesiones, ojeadores, quién firmaba con quién.

—Te lo digo en caso de que la información sea cierta. No se lo he dicho a casi nadie, así que debe quedar entre nosotros y Ward.

—Entendido. —Este fin de semana jugábamos contra la Universidad de Nueva Inglaterra. Habían empezado la temporada muy bien, pero puede que eso fuera bueno; jugaba mejor contra los equipos que suponían una auténtica competencia.

—Asegúrate de no fallar.

—Gracias por el voto de confianza —dije, y me levanté—. Te quiero tío.

—De nada.



Después de clase, fui al Starbucks del centro para tomar un café con mi madre. Había venido a la ciudad por una emergencia del trabajo de última hora. Me hacía gracia que viniera por eso, pero apenas subiera para verme a mí. Ya debería estar acostumbrado, pero el dolor nunca desaparecía del todo.

Caminé hacia la esquina, junto a una chimenea, en la que se había sentado. Ya había pedido café para los dos.

—Hola, mamá.

Se levantó y me dio un fuerte abrazo que olía a su perfume floral.

—¿Cómo estás, cielo? —Me apartó un poco para mirarme un momento antes de soltarme.

—Bien. ¿Qué tal estás tú? —Retiré la pequeña silla de metal y me senté. Mis rodillas rozaban la parte de abajo de la mesa. Todo aquello estaba diseñado para gente de estatura normal, no para alguien como yo.

—Oh, me mantengo ocupada —respondió—. El trabajo ha sido un caos y a Rick lo ascendieron el mes pasado.

—Eso es genial. —Intenté sonar interesado, pero no me salió convincente. Mi padrastro, Rick, y yo no éramos precisamente buenos amigos. Nunca nos habíamos llevado bien. Estaba seguro de que habría preferido que yo no existiera. Pero hacía feliz a mamá, la mayor parte del tiempo, y eso era lo único que me importaba.

—¿Cómo van las clases?

Evité su mirada y fingí estar fascinado con la etiqueta de mi bebida.

—Van…

—¿Y el *hockey?*

—Bien. —Lo sabría mejor si hubiera venido a ver algún partido. Vivían a solo una hora de aquí y no habían asistido a ninguno desde que empecé la universidad. No esperaba que vinieran cada fin de semana, pero una o dos veces por temporada no habría estado mal. A veces los partidos fuera de casa les pillaban incluso más cerca, pero ni así aparecían.

A lo mejor le recordaba demasiado a mi padre.

—Hará diez años en abril —dijo, como si me estuviera leyendo la mente.

Se me cortó la respiración.

—Lo sé. —«Soy bastante consciente de que papá lleva muerto una década, mamá». ¿Creía que se me había olvidado?

Se hizo un silencio pesado.

—¿Te gustaría hacer algo para conmemorar la fecha? Puedo traer a Sera a pasar el fin de semana… —Se interrumpió.

¿Que si me gustaría? Sinceramente, no. ¿Me convertía eso en una mala persona? No estaba seguro.

Siempre recordaría ese 21 de abril, pero a mi manera: emborrachándome hasta perder el sentido la noche anterior. Era el momento ideal, porque se acababan los exámenes y todo el mundo buscaba cualquier excusa para salir de juerga. Salía ganando lo mirase como lo mirase: aliviaba el dolor durante la noche y a la mañana siguiente me sentía tan mal que apenas podía levantarme, y mucho menos pensar o sentir nada.

Mis habilidades para lidiar con la pena eran lo mejor de lo mejorcito.

—Podríamos celebrar un pequeño homenaje en su honor —añadió—. Plantar un árbol en su nombre.

La sugerencia del árbol no era propia de ella. Aunque se estaba esforzando, lo cual era un buen cambio. Pero nosotros no éramos una familia afectuosa; apenas celebrábamos los cumpleaños. Seguramente había vuelto a terapia, porque la idea tenía todo el aire de venir de un psicólogo.

—Me parecerá bien lo que sea que decidáis entre las dos. Me gustaría ver a Sera, si puede escaparse. —Aunque, en realidad, no creía que mi hermana quisiera volar desde Arizona para plantar una ramita en la tierra.

Me dio unos golpecitos en la mano que tenía apoyada sobre la mesa.

—Es importante hablar de él y recordarle, ¿sabes?

Me puse tenso y agarré el vaso de cartón. Casi se me escurrió de las manos. Respiré hondo e intenté controlar la rabia que me crecía por dentro.

—Lo sé. Lo hago. —Lo recordaba perfectamente.

Recordaba cómo me enseñó a patinar, a tirar, a regatear y a levantar el disco. Cómo me ponía su camiseta y me tumbaba en la cama de mis padres para verle jugar por televisión.

Y me acordaba de que el motivo de que se subiera a ese puto helicóptero era porque intentaba llegar a tiempo a mi torneo de *hockey.*



Cuando llegué a casa, poco después de las cinco de la tarde, Siobhan estaba en la cocina, removiendo algo en una olla enorme de acero inoxidable sobre el fogón. No estaba seguro de si teníamos una cazuela tan grande, pero a lo mejor la había traído. Llegados a este punto, era prácticamente nuestra cuarta compañera de piso.

Siobhan me miró cuando entré por la puerta.

—Hola, desconocido.

Tomó una cucharada de salsa y sopló antes de probarla. Entonces, frunció el ceño y sacudió la cabeza antes de coger el molinillo de especias de la encimera de granito. Lo que sea que estuviera preparando despedía un aroma celestial, una mezcla de ajo y especias italianas que olía a gloria.

—Me salto una noche de sábado y ya actúas como si hubiera desertado en medio de la guerra. —Abrí la nevera y saqué una manzana del cajón de las verduras—. ¿Dónde está Ward?

—Me está lavando el coche.

Me pareció extraño que él hiciera eso, pero en fin… Llevaban saliendo, o lo que fuera que hicieran, desde mayo, aunque dejé de intentar darle sentido a su dinámica al poco tiempo. Shiv nos cocinaba a menudo y era muy simpática, así que no podía quejarme.

—Estoy haciendo espaguetis —dijo—. Estarán listos en una media hora.

—Genial. —Lancé la manzana y la atrapé en el umbral de la puerta de la cocina—. A lo mejor me puedes dar algún consejo.

—Claro. —Removió la salsa y me echó un vistazo—. Esa camiseta y esos pantalones no pegan.

—No es eso. —Bajé la mirada hacia mis pantalones vaqueros y la camiseta negra—. Pero es bueno saberlo.

—Estaba de broma. Siempre vas vestido con vaqueros y camisetas, Carter. Estás a salvo de la policía de la moda. ¿Qué pasa?

Vacilé. Quizá no debería haber sacado el tema.

—Espera. —Dejó la cuchara de madera y entrecerró los ojos azul oscuro—. ¿Es sobre la chica con la que has estado hablando? —Madre mía. ¿Cómo era posible que todo el mundo lo supiera?

—¿Sabes qué? —Negué con la cabeza y salí de la cocina—. No importa, ni siquiera sé por qué te he preguntado de todas formas. —Era la verdad. ¿Cómo podía hacer que una chica me escribiera? Era literalmente imposible. Solo podía esperar, como ya había hecho, mientras me volvía loco poco a poco… cosa que ya me estaba ocurriendo.

Tampoco es que la viese como algo más que una amiga.

Una amiga muy atractiva…

Mierda.

—No quería avergonzarte.

—No lo has hecho —gruñí.

Ella inclinó la cabeza y me miró.

—¿Sabes? Esto te queda bien. Es adorable.

—¿Qué?

—Estás embelesado —añadió—. No te preocupes, no se lo diré a los chicos.

—Ajá. Lo que tú digas.



Después de cenar con Dallas y Shiv, de ducharme y de perder más tiempo del que debería mirando estadísticas deportivas, abrí el portátil a regañadientes para ponerme con el ensayo de la clase de Historia. No tenía que entregarlo hasta dentro de un mes, lo que normalmente significaba que no lo miraría hasta veintinueve días más tarde. Pero, quizá, enviarlo a última hora no era la mejor estrategia dadas mis notas actuales.

En cuanto abrí el Word, se me iluminó el móvil. Lo cogí enseguida. Debería haberlo ignorado y haberme centrado en el ensayo, pero a lo mejor era importante.

Bailey: Hola, soy Bailey.

Bailey: No te llegué a dar las gracias por haber cuidado de mí la otra noche. No tenías por qué hacerlo.

Chase: Bueno, en parte sí. Pero no me importó.

Bailey: Estoy segura de que te habrá alegrado ver que hemos vuelto a perder esta noche.

Chase: No lo sabía, qué pena... La mala racha continúa.

Bailey: Nos estáis destrozando en la clasificación. Vamos a necesitar que perdáis un par de partidos a este paso.

Chase: Claro, aunque tengo un precio. Pero no creo que sea muy alto.

Bailey: Me da miedo preguntar.

Chase: ¿Cómo va todo? ¿Has tenido alguna otra situación incómoda?

Bailey: Eh, más o menos.

Chase: Bueno, ya sabes a quién llamar.

Bailey: ¿A los cazafantasmas?

Chase: O a mí. Pero tal vez un exorcismo ayudaría a romper vuestra

mala racha.

Bailey: Espera que no se vuelvan las tornas, bonito.

Chase: No te preocupes, no ocurrirá.

Miré el móvil con una sonrisa tonta en el rostro. A lo mejor Shiv tenía razón. Quizá estaba embelesado. Pero no tenía ni idea de qué hacer con ello.



Capítulo 13

Mejor que tú

Bailey

Los miércoles eran los nuevos lunes, el peor día de la semana. Porque los miércoles significaban que la clase de Astronomía con Luke llegaría con una venganza. De ningún modo tendría la suerte de volver a evitarlo con éxito.

Desde el momento en que me levanté, una oscura nube de pavor se cernió sobre mí. Hasta Zara y Noelle me dijeron que parecía nerviosa en la clase de Métodos de investigación. Tras separarme de ellas, me dirigí a The Dish para comer, aunque no tenía hambre, pero sabía que lo necesitaba. Me quedé mirando el bol de pollo con arroz *integral* mientras el tiempo pasaba a toda velocidad y se acercaba la hora de la clase de Astronomía.

Animada por la adrenalina, un poco antes de que comenzara la clase, caminé a toda prisa hacia el aula para sentarme en el mismo lugar que la semana anterior, en una esquina al fondo. Entonces, saqué las cosas de la mochila y recé. Me ponía más nerviosa con cada minuto que pasaba. Esperé, moviendo el pie y dando

golpecitos a la mesa con el bolígrafo, hasta que alguien sentado delante de mí se giró y me miró mal.

El reloj marcó las dos de la tarde y el profesor Walsh comenzó la clase sobre las propiedades de las estrellas. Todavía no había ni rastro de Luke. Solté un suspiro y relajé los músculos. Había tenido suerte, otra vez, o eso creía. Dos minutos después de que la clase empezara, entró corriendo y se sentó en una silla vacía cerca de la parte delantera del aula. Cómo no, se dio la vuelta y nuestros ojos se encontraron antes de que yo pudiera apartar la mirada.

Durante toda la clase, tuve el vello de la nuca erizado. Me centré en mis apuntes y las diapositivas al frente de la clase mientras ignoraba los intentos de Luke de llamar mi atención. La clase terminó, y metí mis lápices y libros en la mochila a toda prisa. Si salía rápido, podría evitarlo.

—Bailey —me llamó Luke—, espera. —Subió los escalones de dos en dos y esquivó a otros estudiantes en el pasillo para alcanzarme.

Había ocurrido exactamente lo que más temía. Me abordó una necesidad urgente de salir corriendo, y la nube oscura que me había acompañado todo el día se convirtió en un huracán de rabia y de pánico. Avancé a toda prisa por el pasillo, en línea recta hacia las puertas en la parte de atrás. Por desgracia, me ganó y ya me estaba esperando cuando llegué.

—Si te tiro un palo, ¿te irás? —pregunté seria.

Me fulminó con la mirada.

—He venido a saludarte. ¿Qué te pasa?

«¿Aparte del hecho de que existes? Nada. No me pasa nada».

—No me hables —dije, y pasé junto a él con mi bolsa llena de libros entre nosotros. Su colonia silvestre flotó a mi alrededor, y me resultó tan familiar como desagradable—. De hecho, ni me mires. Finge que no existo y yo haré lo mismo contigo.

Luke me siguió de cerca como una sombra tóxica de la que no me podía deshacer.

—¿Qué cojones te pasa?

—¿Me pregunto qué será? Quizá sea el hecho de que ya tenías

otra novia al día siguiente de haberme dejado. —Me detuve en la salida mientras la gente pasaba entre nosotros y me volví para mirarlo. Si no le importaba montar un numerito, entonces a mí tampoco—. O, tal vez sea el hecho de que estás intentando poner a mis amigas en mi contra.

Los últimos estudiantes salieron mientras acababa de hablar y las puertas se cerraron tras ellos con un chasquido. De repente, éramos los únicos en la sala vacía, solos en la prisión de paredes *beige* bajo luces fluorescentes. Literalmente, el último sitio en el que quería estar.

—¿Por qué te comportas con tanta hostilidad? —Lanzó los brazos al aire con las palmas hacia arriba—. Sophie no tiene ningún problema contigo.

¿Qué vi en él? Era mentiroso, egocéntrico, pretencioso.

—¿Estás de broma? ¿Por qué lo tendría? No le he hecho nada. —Negué con la cabeza y me aparté el pelo de la cara—. No esperaste ni un minuto.

Luke tensó la mandíbula y dio un paso hacia mí con los puños cerrados. Habría sido intimidante de no haber sido porque éramos igual de altos. Y, aunque era un cabrón, físicamente hablando, no me infundía ningún miedo.

El único daño que me había infligido había sido emocional.

—Mira quién fue a hablar. —Su voz adquirió un tono amargo—. ¿Carter? ¿De qué coño va eso?

—¿Y a ti qué te importa? —Hice un gesto con la barbilla.

—Es… No es un buen tío —espetó Luke, y su rostro se tiñó de rojo. Era fácil hacerle enfadar, lo que lo convertía en el mejor objetivo para Chase.

—Y, aun así, es mejor que tú.

—Va a…

—¿Hacerme daño? —Sonreí—. Después de haberte aguantado a ti, creo que puedo cuidar de mí misma. —Me di la vuelta y empujé las pesadas puertas abatibles antes de dejar que se cerraran con fuerza detrás de mí.

Por desgracia, a Luke no se le daba bien dejar pasar las cosas. Lo había experimentado muchas veces de primera mano. Los miércoles iban a ser el equivalente a una mezcla entre *Atrapado en el tiempo* y *Viernes 13.* Un desagradable bucle infinito con él.

A lo mejor, después de todo, valía la pena gastar esos créditos de matrícula para que en mi expediente académico apareciese que había dejado la clase.

Atravesé el patio interior con techo de cristal hacia la biblioteca. Me sonó el móvil y me recibió un mensaje igual de irritante de mi hermano, que al parecer había perdido la cabeza.

Derek: No puedes hacer esto, B.

Bailey: ¿El qué?

Derek: Salir con Carter. Es una locura.

Bailey: No te he pedido permiso.

Derek: Tenemos que hablar. ¿Tienes tiempo para un café?

Bailey: ¿Para hablar de Carter? No.

Derek: No es solo eso.

Bailey: Estoy bastante ocupada este mes.

Los estudiantes pasaban junto a mí, hablando, mientras estaba de pie fuera de la entrada de la biblioteca, fulminando mi móvil con la mirada. Ni siquiera estaba saliendo con él, y ya me estaban obligando a defenderme. ¿Estábamos en 1950 o qué? ¿Necesitaba una carabina o algo? ¿Le estaban recriminando a Luke lo de Sophie? Claro que no. La única vida que estaba bajo escrutinio era la mía.

Era exasperante. Estaban pendientes de mí y me excluían al mismo tiempo.



Aquella noche, estaba en la cocina sacando una taza del armario para prepararme un té cuando sonó el timbre. Como oí unos pasos, no me molesté en abrir la puerta. No esperaba ningún paquete, pero debido a la adicción a comprar por internet de Jillian, los recibíamos varias veces por semana. A veces pensaba que ella sola se encargaba de mantener Amazon a flote.

Saqué una bolsita de té de una caja recién abierta y escogí una mezcla de manzanilla con naranja. Amelia pasó corriendo mientras yo retiraba la tetera del fogón y llenaba mi taza verde de la suerte.

La puerta chirrió cuando la abrió.

—Eh —dijo con alegría forzada. Estaba claro que no era la entrega que esperaba.

Oí un coro de voces que la saludaban de vuelta, incluida una voz masculina demasiado familiar. Mientras me servía, levanté la mirada, vertí un poco fuera y me quemé en el proceso. Ahí estaban Paul y Mendez, delante de Luke y Sophie.

Al parecer, Amelia y Jillian habían invitado a gente a casa sin avisarme. Ni incluirme. Aunque tampoco es que me hubiera sumado.

Entonces me di cuenta de que era una cita triple. Una noche de parejas en nuestra casa.

Para añadir más leña al fuego, llevaba ropa desaliñada: unos viejos pantalones de chándal grises y una camiseta ancha de un concierto, lo que solía ponerme para estar en casa sin compañía. El pelo suelto me caía en ondas desordenadas sobre los hombros. Era la viva imagen del descuido y no estaba preparada para ver a mi ex con su nueva novia.

Me quedé paralizada. Deseaba morirme y echarme a llorar al mismo tiempo. Mi instinto de supervivencia se activó. Cogí la taza y corrí escaleras arriba. Me apoyé *contra* la puerta cuando la hube cerrado con la respiración agitada y el corazón latiéndome con velocidad. Las risas resonaron en el piso de arriba a través del conducto de ventilación que había junto a mi escritorio. Procedieron a hablar de forma escandalosa en el salón, como si todo fuese normal. Pero nada de esto lo era, al menos para mí.

¿Era demasiado tarde para trasladarme a otra universidad? Hasta Boyd debía de ser mejor que tener que lidiar con esto. Vale, tal vez no. Aún no aguantaba a los Falcons.

Sophie tenía a Luke y, aunque me dolía, la sensación de que estaba robándome mi antigua vida era mucho peor. Mi puesto. Mi rol. Había llegado para sustituirme, como si fuéramos piezas intercambiables de un puzle.

No echaba de menos a Luke, pero sí que echaba de menos pertenecer a un grupo. Y no me gustaba mi nuevo estatus de marginada social.

El móvil se iluminó sobre el escritorio. Dejé el té junto a él y el corazón me dio un vuelco de tristeza cuando leí el mensaje.

Amelia: Perdona, B. Se suponía que íbamos a ser solo los cuatro. No sabía que Luke se acoplaría.

Bailey: Ya...

Amelia: Además, en plan... también es mi casa.

Bailey: Cierto. En ese caso, invitaré a Lauren para ver *The Bachelor* la semana que viene.

¿Y qué si era mezquino? Lauren era una compañera a la que conocí en mi primer año de Periodismo, durante las clases de Introducción a los medios de comunicación en línea. Pero lo importante era que Lauren y Paul empezaron a salir poco después de que él conociera a Amelia, y según mi hermano, Paul se había enamorado perdidamente de ella. Según cuenta la leyenda, cuando Lauren rompió con él, pasó una semana entera encerrado en su habitación, llorando y sin ducharse.

Estaba clarísimo que Lauren era uno de los puntos débiles de Amelia, que nunca le había provocado una reacción tan emocional a Paul. Una vez lo amenazó con dejarlo en medio de una pelea y él se limitó a encogerse de hombros y a decir: «Sí es lo que necesitas,

adelante».

Me dejé caer sobre la cama y eché un vistazo a las redes sociales en busca de alguna distracción, pero todas las publicaciones que aparecían solo me hacían sentir peor. Fotos de grupo llenas de sonrisas, salidas de chicas y parejas felices que me recordaban todo lo que ya no tenía. Tampoco ayudaba que Noelle estuviera trabajando de camarera hasta la hora del cierre esta noche y que Zara tuviera una cita con un chico nuevo de Tinder, por lo que me había quedado sin opciones de hacer algo con otras amigas.

Por lo general, disfrutaba con cosas como pasearme un rato por una librería, pero considerando que abajo se estaba celebrando una fiesta a la que no me habían invitado, me parecía bastante deprimente.

Dejé el teléfono, salté de la cama y rebusqué por el armario. Me puse unos vaqueros negros y un bonito jersey gris. Me sentía menos desaliñada, pero seguía atrapada en mi habitación. Me moría por salir de la casa y dejar de pensar un rato, pero no quería hacerlo sola.

Solo se me ocurría una persona.

Era una locura… Pero era mejor que quedarme aquí atrapada…

Bailey: SOS.

Chase: ¿SOS? ¿Seda o satén?

Chase: Personalmente, me gustan las dos.

Bailey: Carter.

Chase: James.

Bailey: Hablo en serio. Estoy atrapada en mi habitación y necesito ayuda.

Chase: Sabes que el pestillo cierra por dentro, ¿verdad?

Bailey: Sí, sabelotodo. Pero Amelia ha invitado a gente a casa y Luke ha aparecido con ellos.

Chase: Qué raro. Gif.

Bailey: Ahora mismo sería capaz de usar la escalera de incendios para escaparme.

Chase: Acabo de salir de una clase nocturna. ¿Quieres quedar?

Bailey: Claro.

Chase: Llego en veinte minutos.

Chase: Pero usa la puerta principal, James. No necesitamos que tu culo patoso se caiga por las escaleras de incendios.

Bailey: Ja, ja.

Una oleada de sensaciones me recorrió de golpe, como si cayera en picado desde lo alto de una montaña rusa. Era una emoción chispeante y luminosa, pero teñida de un leve matiz de temor.

Dos minutos más tarde…

Bailey: Hablando de la puerta principal, ¿puedes hacerme un favor?

Chase: ¿Qué tipo de favor?

Bailey: No es eso.

Chase: Jope.

Bailey: Cuando llegues, ¿puedes venir a la puerta?

Chase: ¿Y saludar a mi mejor amigo Morrison? Será un placer.



Capítulo 14

Como amigos

Bailey

Diecinueve minutos más tarde, tras caminar como loca de un lado al otro, arreglarme el pelo, y ponerme nerviosa, sonó el timbre. Salí disparada de mi habitación, y bajé las escaleras corriendo, tropecé con mis propios pies a medio camino y casi me doy de bruces.

Ni que estuviese nerviosa ni nada por el estilo.

Abrí la puerta principal de par en par y me encontré con Chase vestido con una camiseta blanca que le sentaba muy bien y unos vaqueros desgastados. Parecía salido de un anuncio de perfumes. No era justo que alguien pudiera ser tan atractivo. Todo el mundo debería tener días malos de vez en cuando. Yo desde luego los tenía.

—Hola. —Me lanzó una sonrisa que me aceleró el pulso.

Le devolví la sonrisa como una tonta nerviosa y sin aliento. Todo aquello era surrealista; como jugar con fuego y echarle gasolina para darle más emoción.

Entonces recordé que debía hablar.

—Hola. —Bajé la vista hacia la bolsa de papel marrón que llevaba en la mano—. ¿Qué es…?

Chase siguió mi mirada, como si se hubiera olvidado de lo que sostenía.

—Ah, un repartidor me ha dado esto mientras subía las escaleras. Después se ha ido… —explicó, algo confuso—. Ha dicho que ya estaba pagado.

Qué fuerte, así que también habían pedido cena. Qué romántico… vomitivo.

—No se lo llevo ni loca —añadí—. Gritaré para que baje alguien. Pasa, dame un minuto. —Le hice un gesto con la mano para que entrara, me puse las botas de cuero y me até los cordones a toda prisa.

Antes de que pudiera decir nada, oí unos pasos acercándose y Amelia apareció por la esquina.

—He oído el timbre. Es nuestra… —Se quedó helada al ver a Chase.

Un segundo después apareció el mismísimo Satán, vestido con vaqueros oscuros, un polo azul claro y el pelo engominado hacia atrás. Se colocó junto a Amelia con una mirada maliciosa que tornaba sus ojos azules diez veces más fríos.

—Me pareció oír a alguien. —Luke le quitó la bolsa de papel marrón a Chase y sonrió—. ¿Un trabajito de repartidor, Carter? Está bien tener un plan B por si no llegas a la liga.

—Sí —respondió Chase sin inmutarse—. Primero solicité ser un hijo de puta, pero me dijeron que ya te habían dado el puesto.

Contuve la risa fingiendo que tosía. La sonrisa se esfumó del rostro de Luke y se le encendieron las mejillas de rabia. Abrió la boca para decir algo y volvió a cerrarla. Nunca se le habían dado bien las respuestas ingeniosas, necesitaba tiempo para pensar lo que iba a decir, así que ahora se había quedado sin palabras.

—Que te den, Carter —espetó antes de darse la vuelta y marcharse—. Capullo —murmuró.

Chase sacudió la cabeza mientras Luke desaparecía por la

esquina. Tenía la mandíbula tensa, como si quisiera decir algo, pero se estuviera conteniendo.

—Bueno. —Me pasé la mano por el pelo, y seguramente me estropeé el peinado que me había hecho antes de que llegara—. Deberíamos irnos.

Amelia salió de su ensimismamiento y le arrebató la bolsa a Chase.

—Eh, gracias —murmuró, sin mirarnos a ninguno de los dos. Sin decir nada más, dio media vuelta y se largó¿Habían sido mis compañeras de piso siempre tan antipáticas? ¿O era algo nuevo? Su actitud hacia mí había cambiado por completo. Antes éramos buenas amigas y ahora me trataban como si fuera invisible. Era como vivir con desconocidas.

Quizá había infravalorado cuánta influencia social se me había otorgado por el mero hecho de ser la novia del capitán del equipo. Lo cual era bastante triste.

—Bueno. —El tono de Chase se suavizó y se apoyó contra el marco de la puerta. Me dedicó una sonrisa que me paró el corazón —. ¿Estás lista?

—Por supuesto. —Cogí mi chaqueta verde oliva del perchero y me la puse mientras salíamos. Chase esperó mientras sacaba con torpeza las llaves y echaba el cerrojo—. Estoy segura de que nos están mirando —dije mientras levantaba la mirada hacia él—. Las ventanas del salón dan a la calle.

Levantó una ceja.

—Bueno, en ese caso. —Me volvió a pasar el brazo por encima de los hombros y me envolvió con su calidez y ese aroma masculino embriagador. Era un perfume que olía a vainilla y cuero, mezclado con algo fresco, como jabón o suavizante. Fuera lo que fuese, me daban ganas de hundir la cara en su cuello para olerlo mejor.

Entonces recordé que hasta hacía muy poco creía que odiaba a Chase. ¿Me estaba volviendo loca?

Bajamos los tres escalones de cemento que llevaban a la acera. Por la diferencia de altura, su brazo me rodeaba el cuerpo a la

perfección, a diferencia de Luke, que era igual de alto que yo. Tampoco es que me hubiera importado, porque apenas me mostraba afecto en público… A menos que el sexo malo contara.

—Eso ha sido muy divertido. —Me reí—. ¿Has visto su cara cuando te ha visto en la puerta?

—Nunca he visto a nadie ponerse tan rojo —dijo—. Si te hubiera besado, creo que le habría estallado la cabeza contra la pared.

Bueno, no es mala idea…

Miré por encima de su hombro, hacia el gran ventanal. Se veían las siluetas de varias personas sentadas en el sofá. El rencor tomó la delantera y anuló cualquier rastro de sentido común.

—Vale —dije—. Hazlo.

Chase me miró con un brillo en esos ojos marrones tan profundos.

—¿Qué? ¿En serio?

—Sí. —Me encogí de hombros—. Solo es un beso.

O al menos eso creía.

Tampoco era que fuera a devolvérselo.

¿Verdad?

Se le dibujó una media sonrisa en los labios.

—Si insistes…

Los nervios me atravesaron como una bala. Me puse tensa, esperando que lo hiciera de inmediato. Pero mantuvo el brazo alrededor de mis hombros y me guio unos pasos más hasta que nos detuvimos frente a la puerta del copiloto de su camioneta.

En lugar de abrir la puerta, me agarró por la cintura y me giró para que lo mirara con un movimiento lento y deliberado. Se me cortó la respiración cuando dio un paso adelante, y me atrapó entre sus brazos. Su figura imponente me envolvió por completo, de forma que mi espalda quedó pegada al metal y al cristal de la puerta. Atrapada. De la mejor manera posible.

Ahora que estaba en su campo gravitacional, la atracción era imposible de resistir. Sus ojos oscuros se toparon con los míos, antes de bajar la mirada hacia mis labios. Se detuvo, con el pulso

latiéndole en la garganta. El corazón me dio un vuelco mientras lo observaba, a la espera.

—¿Qué haces? —susurré.

—Besarte. —Volvió a alzar la mirada en busca de la mía—. Como toca.

Me tomó el rostro con las manos. Cerré los ojos cuando se acercó y sus labios encontraron los míos. Sin pensarlo, entreabrí los labios, y él inclinó la boca contra la mía y profundizó el beso. Sabía a menta fresca y desamor. Todo lo demás dejó de existir.

Apoyé los dedos contra su pecho y agarré la tela de su camiseta blanca. Respondió con un pequeño sonido de agradecimiento que resonó en su garganta. Deslizó una mano hasta mi nuca y tiró suavemente de mi pelo, inclinó mi rostro hacia arriba y me presionó contra la camioneta.

Nunca me habían besado así.

Era como si estuviera en caída libre.

Se apartó un poco y sonrió antes de volver a cubrir mi boca con la suya. Era juguetón, inquisitivo. Podría haber pasado toda la noche así: mordisqueando, saboreando, provocando. Había olvidado por qué habíamos empezado con esto; ya no me importaba ni quería que parara.

Un momento después, volvió a apartarse. Yo respiraba entrecortadamente y tenía el corazón desbocado. Estaba tan mareada que la camioneta a mi espalda era lo único que me mantenía en pie.

—Bueno —dijo—, creo que ha sido bastante convincente.

A mí me había convencido.

Traté de controlar mi tono de voz.

—Sí, yo también lo creo.



Chase

¿Esa mirada en el rostro de Morrison esta noche? Maravillosa. ¿Poder pasar tiempo con James? Incluso mejor.

¿Besarla? Joder, estaba en las nubes.



Bailey

Poco después estábamos en la camioneta de Chase, alejándonos de mi calle, donde había aparcado de forma ilegal. Aún me sentía confusa por el beso, pero estaba intentando mantener la compostura. Seguro que besaba así a todas las chicas. No creía que hubiera significado nada especial para él.

Ojalá pudiera decir lo mismo.

—Para que quede claro —dije—, no soy patosa.

Me miró de reojo y una sonrisa asomó en sus labios.

—¿Por eso estuviste a punto de caerte en la acera aquella noche en XS?

—Esa noche hice cosas que no eran propias de mí.

Al parecer, seguía haciéndolas. Pero ya no podía culpar al alcohol.

—Vale, ¿dónde vamos? —Chase puso el intermitente izquierdo y miró por encima del hombro antes de incorporarse a la carretera.

Me distraje observando sus manos enormes aferradas al volante y el recuerdo de cómo había sido sentirlas sobre mi cuerpo. Intenté pensar en algo coherente, pero desgraciadamente tenía la mente en blanco.

—Creó que te toca decidir a ti.

—Estoy seguro de que la última vez fui yo quien decidió —me respondió—. Intentaba ser cortés, pero ahora te llevaré adonde se

me ocurra. Prepárate para una noche de locura y crímenes.

—Estás de broma, ¿no?

Se encogió de hombros.

—Supongo que tendrás que descubrirlo.



Quince minutos después, llegamos a la entrada de un parque natural no muy lejos del centro.

En el aparcamiento, una hilera de árboles se extendía varios kilómetros en todas direcciones y sus hojas, en pleno esplendor otoñal, pintaban el paisaje con tonos naranjas, ocres y dorados. Era impresionante.

Chase aparcó y apagó el motor. Cogió la cazadora gris del asiento trasero, salió y cerró la puerta. Yo bajé también y contemplé el paisaje. El aire fresco actuaba como un bálsamo sobre mi mente agotada. La conversación trivial y la distancia física entre nosotros durante el trayecto habían ayudado en cierta medida, pero aún no había asimilado del todo aquel beso.

No estaba segura de si llegaría a olvidarlo. Había *sido* el tipo de beso que una recuerda para siempre.

Aunque no hubiera sido real.

—Por aquí. —Chase señaló hacia la derecha con un gesto de la cabeza. Caminamos juntos, sin tocarnos, por un sendero pavimentado hacia la densa zona arbolada teñida de colores otoñales.

—¿Qué es este sitio? —pregunté mientras me subía la cremallera. Hacía una semana que las temperaturas habían bajado de forma considerable. Corría una brisa que anunciaba la llegada del invierno.

—Es el parque Hammond, pero todo el mundo lo conoce como El fin del mundo —respondió—. A veces vengo aquí a pensar.

—Ah, entonces no debe ser muy frecuente.

Sonrió y me dio un leve codazo.

—Eh.

Momentos después, en un claro, apareció una cabaña de cristal rodeada de mesas de bistró. El letrero decía «Café especial y cía.».

—No —dije negando con la cabeza—. Si bebo café a estas horas, esta noche no dormiré.

—Tranquila, abuela. No hemos venido aquí por el café. —Chase abrió la puerta e hizo un gesto con la palma para que pasara primero. Los aromas deliciosos de café y chocolate inundaban el local, decorado con madera reciclada que le daba un aire rústico y moderno. Detrás de la barra, una pizarra mostraba el menú escrito con tizas de colores pastel.

—Hemos venido por eso. —Señaló hacia la izquierda, donde una frase de color rosa escrita a mano decía «El mejor chocolate del mundo». Debajo se listaban los sabores: «original, chocolate negro, chocolate blanco, corteza de menta, caramelo salado, bombón de frambuesa, mantequilla de cacahuete, coco tostado, *twist* de avellana y galleta de jengibre especiada».

—Esto es increíble. —Resulta que me encantaba el chocolate caliente. Me transportaba a las pistas de hielo y a las hogueras en invierno. A cuando me deslizaba por el hielo bajo el cielo cubierto de estrellas mientras mi aliento formaba nubecitas delante de mí. A esa sensación maravillosa y fugaz de libertad.

—El de caramelo salado sabe tan bien como dar una mamada —dijo Chase.

Lo fulminé con la mirada.

—Demasiada información, Carter.

—¿Qué? —Se encogió de hombros—. Solo era un comentario.

—Tenemos que buscarte el botón de silencio.

—En fin, la cosa es que está bueno. Podrías pedirte un té o algo asqueroso en su lugar, si es lo que quieres. —Hizo un gesto hacia el amplio menú—. Pero no sé cómo alguien podría rechazar una buena taza de chocolate caliente.

—Mmm —murmuré, indecisa entre el original y el de caramelo salado. La camarera, toda llena de *piercings* y tatuajes, esperaba

tras la barra con paciencia. Los sabores prometían, pero era difícil superar una taza perfecta del clásico chocolate caliente.

—¿Sabes lo que quieres? —preguntó Chase, que se acercó a la caja.

Llevé una mano a la cremallera de mi bandolera de cuero marrón.

—Puedo pagar…

—Ya, no —dijo él—. ¿Qué te pido?

¿Así iban a ser las cosas? Tal vez había conocido a la única persona en el mundo más terca que yo.

—Caramelo salado.

Me guiñó el ojo.

—Buena elección.

Recogimos las bebidas y salimos de nuevo. El cacao estaba tan bueno como me había asegurado; el sabor dulce del chocolate con leche se fundía a la perfección con el regustiílo salado del caramelo.

Mientras paseábamos por el sendero, el sol empezó a ponerse en el horizonte y tiñó el cielo con tonos de violeta oscuro y rosa cálido. Las hojas crujían bajo nuestros pasos y una brisa suave se alzó entre los árboles, alborotándome el cabello.

—Es nuestra segunda no-cita —dije, sosteniendo el vaso rojo de cartón en la mano. En realidad, se parecía más a una cita real que cualquier cosa que hubiera hecho con Luke en mucho tiempo.

—¿De verdad?

Ah, pobre angelito. Por supuesto que no tenía ni idea. Las chicas se le arrojaban encima sin que él tuviera que mover un dedo. Sin cenas románticas ni cortejo de por medio.

Lo miré.

—Deja que lo adivine, no sueles tener citas.

—La verdad es que no. —Bebió un sorbo de chocolate caliente, frunciendo el ceño—. Pero ¿no es esto algo que harías con una amiga? Tomar algo, sentarse a charlar y cotillear. Ya sabes, cosas de chicas.

—Supongo que sí —dije—. ¿Quieres hacer cosas de chicas

conmigo?

—¿Por qué no? Mi vida es pura testosterona la mayor parte del tiempo. Ya me tiene harto. Además, los hombres apestan. Dallas después de un partido podría clasificarse como arma química.

Llegamos a una bifurcación y él señaló hacia la izquierda. Ante nosotros había una escalera desvencijada incrustada en la ladera, con la madera gris y carcomida por los años. No parecía capaz de soportar el peso de Chase, y mucho menos el de ambos, pero él sabía lo que hacía. O eso esperaba.

Me reí.

—¿Ese es tu plan secreto? ¿No fastidiar a Luke, sino hacernos la manicura y tener peleas de almohadas?

Arqueó una ceja y me indicó que subiera primero.

—Para que conste, fuiste tú quien me escribió esta noche.

—Pero tú me secuestraste del estadio antes. —Di un paso incierto para poner a prueba la superficie antes de subir por la escalera empinada. Chase me siguió, con la vista justo a la altura de mi trasero. Mi mente volvió al beso de antes y se me aflojaron las rodillas solo de recordarlo.

—Y antes de eso, me fastidiaste un ligue en XS.

Le lancé una mirada rápida.

—Fuiste tú quien se me acercó primero, señor Quiero-ser-piloto.

—*Touché.* —Sonrió—. Pasaré de las manicuras y pedicuras, pero no me importaría tener una pelea de almohadas en cualquier momento. Preferiblemente en ropa interior.

Imaginarme a Chase en ropa interior no me ayudaba precisamente a pensar con claridad después de aquel beso.

Se quedó de pie a mi lado en el rellano, a medio camino de las escaleras, y le di con el dedo en un costado.

—No seas malpensado.

—¿Qué? —dijo Chase con falsa inocencia—. No lo soy.

Levanté las cejas.

—Vale, lo soy. Pero mantengo la oferta.



Capítulo 15

Ocasiones desesperadas

Chase

Bailey y yo terminamos de subir la escalera de madera y, al llegar arriba, giramos hasta encontrarnos en un claro entre los árboles. Me quedé algo sin aliento, no por haber subido el equivalente a dos pisos —eso podía hacerlo dormido—, sino por estar tan cerca de ella.

Estaba perdiendo la compostura.

—Guau —soltó Bailey—. Se ve todo el centro de la ciudad.

Me siguió hasta un banco de hierro forjado que había justo al borde de la ladera. Frente a nosotros se dibujaba la silueta de la ciudad, con sus luces titilando en el crepúsculo violáceo. Los rascacielos se recortaban contra el horizonte irregular, algunas ventanas todavía encendidas desde dentro. Un flujo constante de automóviles se deslizaba por las autopistas en una estela borrosa de luces rojas y blancas.

Todavía no estaba seguro de qué me había poseído para traerla aquí, a un lugar al que jamás había traído a nadie, o incluso

mencionado.

—Las vistas son increíbles. —Cambió el peso del cuerpo y cruzó las piernas.

Bailey frunció los labios y se le ensombrecieron las mejillas de forma casi imperceptible en la luz tenue. Me lanzó una mirada que dejaba claro que no sabía si hablaba en serio o no. Lo que significaba que había perdido el toque para ligar. Seguramente por la falta de práctica y mi anterior pérdida de compostura.

—¿De qué conoces este lugar? —Los ojos redondos de Bailey escrutaron mi rostro, y su expresión se tornó seria.

—A veces vengo a correr por aquí en pretemporada. Ya sabes, para romper con la rutina y escapar de la monotonía. —Estiré las piernas y pasé un brazo por el respaldo del banco—. Luego me detengo y echo a perder todo el esfuerzo tomándome una bebida azucarada. Todo es cuestión de equilibrio.

—Debe de funcionar si nos estáis machacando en la clasificación.

—Supongo. —Me encogí de hombros—. Deberías cambiar de bando mientras puedas. Aún no es demasiado tarde para unirte al equipo ganador.

Se rio y negó con la cabeza.

—Sigue soñando.

Nos quedamos en silencio, contemplando las vistas, pero no era incómodo. Era agradable estar con alguien que, como yo, no sentía la necesidad de rellenar cada segundo con parloteo inútil. Al cabo de un rato, retomamos la conversación sobre la universidad, el *hockey* y otros temas propios de una amistad.

Hasta que mis pensamientos se me escaparon antes de poder detenerlos.

—Sin ánimo de ofender, pero no entiendo lo tuyo con Morrison —dije—. Eres genial. Y ese tipo tiene la misma personalidad que un cartón de leche.

—Hostia… —Se detuvo a medio trago y soltó un pequeño suspiro —. Has dado en el clavo.

Me acabé lo que quedaba del chocolate caliente.

—En serio, ¿qué viste en él? Pregunto para un amigo. —Me detuve—. Bueno vale, ese amigo soy yo. Soy un puto cotilla.

Pensaba en esto más de lo que estaba dispuesto a admitir y seguía sin respuestas. Bailey era inteligente, atractiva y divertida; podría haber elegido a casi cualquiera. No entendía por qué le había hecho caso a ese imbécil, y mucho menos por qué había salido con él tanto tiempo.

¿Eran celos lo que sentía? No me gustaba nada. Ni un pelo.

Bailey frunció el ceño mientras observaba el paisaje urbano.

—La verdad es que no lo sé. Empezamos a salir en primero. Supongo que, a veces, te encariñas con alguien y dejas que las cosas se alarguen más de lo debido. Creo que era joven e ingenua.

—Sí, ya te estás haciendo mayor. Veintiuno, uf. —Tomé aire—. Me vas a hablar a mí de ser viejo.

—Espera. —Frunció el ceño—. ¿Cuándo es tu cumpleaños?

—El 3 de enero. —De niño era un asco. Las navidades y el Año nuevo siempre eclipsaban las fiestas y los regalos. Pero era perfecto en lo que a *hockey* respectaba, porque siempre era el mayor de mi categoría. Eso junto con que era más alto que la media, me convertía en un gigante comparado con los demás jugadores.

—Así que eres mayor que yo —señaló Bailey.

—Es una cuestión de semántica —dije, restándole importancia con un gesto.

—Me están saliendo canas mientras hablamos, así que puede que tengas razón. —Se detuvo y frunció la nariz—. Además, ¿no te lo conté todo sobre Luke aquella noche que me emborraché y te narré la historia de mi vida?

—En realidad no.

Solo tocó un par de temas aquella noche. En concreto, que Morrison era un cabrón infiel, malísimo en la cama, y que no le comía el coño, lo que era una estupidez. Pero no quería incomodarla, así que no pensaba tocar ese tema ahora, ni nunca, a menos que fuera relevante porque estuviéramos enrollándonos.

Esperaba que tarde o temprano fuera relevante, pero no tenía

claro si ya había perdido mi oportunidad. Tal vez había sellado mi suerte al caer de lleno en la zona de amigos.

—No hay nada que contar —dijo mientras se subía la cremallera hasta arriba y hundía el rostro en la prenda—. Estábamos saliendo y ya no. Fin.

Dejé escapar un silbido bajo.

—Está bien, pasemos página.

—¿Y por qué tú sí puedes interrogarme sobre mi vida amorosa? —Se volvió hacia mí y ladeó la cabeza. Me dirigió una mirada inquisitiva—. Pero ¿yo no puedo preguntarte por qué eres un mujeriego?

Alcé las cejas y la miré directamente a los ojos, serio.

—Creo que acabas de hacerlo.

Ese comentario no auguraba nada bueno. Además, lo de mujeriego me parecía un poco extremo. Tenía ciertos estándares. Es solo que eran… amplios. Seamos sinceros. Era joven, estaba soltero, y las chicas se me tiraban encima, así que ¿por qué iba a negarme?

Eso sí, ahora mismo vivía en abstinencia, no por voluntad propia, sino porque todos los mensajes que me llegaban proponiendo algo casual eran de cualquiera excepto de Bailey. Había pensado en responder a alguno, solo para ver si lograba salir del embrollo mental en el que me había metido. Pero en el fondo no quería.

Si era objetivo, no tenía sentido porque no tenía un motivo real para pensar que nos liaríamos, y menos en un futuro cercano. Pero ciertas partes de mi cuerpo pasaban de la razón y la lógica, así que ahí estaba. Prácticamente había vuelto a ser virgen.

Y obviamente, no iba a contárselo a nadie.

—Entonces, responde a la pregunta.

Me encogí de hombros. No se me ocurría una buena respuesta y me sentí un poco estúpido.

—¿Porque puedo?

—Los tíos sois muy diferentes —murmuró Bailey, que bajó la mirada al vaso de cartón rojo.

—¿Por qué lo dices?

—Porque yo nunca… podría hacer eso. Con alguien a quien no conozco.

Por lo que sabía ahora, agradecía que no nos hubiéramos acostado aquella noche. Se habría arrepentido de ello y de haberme conocido.

—No es por buscarle fallos a tu teoría, o juzgar si está bien o mal, pero muchas chicas lo hacen.

—Supongo —murmuró y se pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja—. A lo mejor solo soy yo.

—No es algo malo —añadí.

—No sé. Tampoco es que me haya funcionado hasta ahora.

Sabía perfectamente a qué se refería, pero, no quería que se sintiera mal por habérmelo contado. Estar al tanto de ciertos aspectos íntimos de su vida sin que ella supiera que los conocía me generaba un conflicto moral terrible. Era una situación desequilibrada e injusta, pero tampoco quería que creyera que me estaba riendo de ella o comportándome como un imbécil.

Bailey se estremeció y se frotó los brazos.

—Debería haber cogido una chaqueta que abrigara más.

—Empieza a refrescar —dije—. Deberíamos volver. A lo mejor tus compañeras de piso han salido o sus acompañantes ya se han marchado.

—Sigue soñando.

Nos levantamos y nos dirigimos hacia la escalera. Ahora había más oscuridad, solo la luz de las farolas que bordeaban el parque nos alumbraba. Una ráfaga de viento levantó un montón de hojas secas del suelo formando un pequeño remolino.

—La verdad es que da un poco de miedo. —Empezó a bajar las escaleras, y yo fui tras ella.

Hablando de buenas vistas, la seguiría a cualquier parte en cualquier momento.

—¿El qué? ¿Pasear por un bosque apartado con un chico al que apenas conoces? —dije, encogiéndome de hombros—. Puede que un poco.

—Es un buen sitio para esconder un cadáver —reflexionó, agarrándose a la barandilla mientras bajaba las escaleras—. Pero ¿no habría sido mejor acabar conmigo después del día de la discoteca?

—Me gustan los planes a largo plazo.

—Ah, ya veo.

De camino al aparcamiento, se tropezó con la raíz de un árbol que sobresalía de la tierra y perdió el equilibrio.

La agarré del codo para evitar que cayera.

—Te tengo.

—Gracias —dijo sin aliento.

En lugar de continuar, nos detuvimos y nos miramos fijamente. Una oleada de adrenalina me recorrió como si acabara de marcar un gol. Ella me observó de arriba abajo, con los labios entreabiertos, y entonces me percaté de que todavía la sostenía del brazo. Parecía una de esas escenas de película melosa donde los personajes se acercan y se besan, pero no iba a tentarme de nuevo en el mismo día.

Aunque me muriese de ganas.

A pesar de que ella me había devuelto el beso antes.

—Menos mal que no eres patosa. —La solté con cuidado.

—No lo soy —insistió.

La miré y me esforcé por no sonreír.

—A lo mejor solo lo eres cuando estás conmigo.

—Quizá.



Las luces de la casa de Bailey estaban apagadas cuando llegamos a su calle. Aparqué otra vez en zona prohibida y puse el freno de mano. Me incliné hacia ella y bajé la cabeza para asomarme por la ventana del copiloto.

—Parece que no hay nadie en casa.

Bailey echó un vistazo para confirmarlo.

—Gracias a Dios. —Soltó una exhalación de alivio y se giró para mirarme—. Gracias por esta noche. Lo necesitaba.

—Cuando quieras.

Volvió a hacerse el silencio, pero esta vez sí que fue incómodo. Muy incómodo. Como si debiera abrazarla o algo así, pero la distancia entre nosotros me impedía saber cómo se lo tomaría si me acercaba. Así que, como un cobarde, me quede inmóvil.

—Supongo que ahora te debo una —dijo, desabrochándose el cinturón.

—Y me la pienso cobrar.

Bailey cogió su bolso y bajó la barbilla para dedicarme una mirada severa.

—¿Estás siendo un malpensado? —Su tono de voz era bajo, incluso un poco ronco, y desde luego me daba ganas de pensar mal.

—No —dije—. A no ser que quieras que lo haga.

Esbozó una sonrisa.

—Escríbeme, ¿vale?

—Lo haré.



Para cuando llegó la tarde del viernes, Bailey y yo nos habíamos estado escribiendo casi a todas horas, pero aún no había encontrado una excusa para volver a verla. Y aquello me tenía descolocado, lo cual era terrible teniendo en cuenta que había ojeadores en las gradas.

Nos estaban machacando, perdíamos 0 a 2, así que no era el único que estaba teniendo un mal día. El entrenador terminó de echarnos la bronca y se largó furioso, dando un portazo al salir del vestuario. Nos observamos con recelo, cada mirada cargada de reproches mudos. Seis minutos de tregua antes de volver al calvario.

Desde el banquillo, Dallas me observaba con curiosidad.

—¿A ti qué te pasa?

—¿Aparte de que el partido está siendo una mierda?

—Tu estado natural es estar cabreado con el mundo —me señaló —. Y ahora mismo, estás demasiado zen. Incluso con este desastre de partido.

—Supongo que estoy preocupado. —No me atrevía a contarle por qué.

—Pues despreocúpate, capullo —dijo—. No puedo llevar el peso del partido solo.

Tenía razón. Muchos del equipo iban a medio gas esta noche, lo que no me ayudaba precisamente a despejarme la cabeza. Pero tampoco era una excusa. Por lo general, yo era el que quedaba cuando todos lo demás estaban fuera de juego.

—Además —bajó la voz—, hay ojeadores, tío. Céntrate. ¿Qué le ha pasado al fuego que tenías en los últimos partidos?

—Dos de ellos fueron contra Callingwood, y les odio, así que…

Me venía bien cuando tenía verdaderas ganas de destrozar a medio equipo contrario, sobre todo a su capitán. Contra la Universidad de Nueva Inglaterra no experimentaba ni la mitad de esa sed de venganza.

—Pues finge que jugamos contra ellos. Enfádate, tío. Necesito que te concentres.

Asentí. Eso podría funcionar. Fingiría que todos eran Morrison y, por consiguiente, los destrozaría.

Unos minutos más tarde, volvimos a salir, y Dallas y yo saltamos al hielo para el primer turno. Sancionaron a Palmer, uno de nuestros defensas, por una zancadilla. Menudo imbécil.

Ahora éramos cuatro contra cinco. Me coloqué en la zona de ataque para interrumpir pases a través del hielo y bloquear tiros desde este punto. El extremo derecho de los Wolves me esquivó y le pasó el disco al central. Hoy no, capullos. Patiné hacia delante para interceptar el pase y lo detuve con el puto tobillo. Un dolor punzante me atravesó el pie y se me extendió por la pierna.

De algún modo, me las ingenié para patinar hacia delante, ganar

al defensa en el rebote y pasarle el *puck* a Ward. Se puso en posición y lo metió en la esquina superior derecha. Tras chocar los puños, patiné hacia el banquillo.

—Muy buena —dije, y me senté a su lado.

—Cuando te he dicho que te esforzaras, no me refería a que te sacrificaras.

—Estoy bien —mentí. Me palpitaba con fuerza. Pero necesitábamos ese gol.

Dallas sacudió la cabeza. Sabía que no era cierto.

—¿Vas a invitar a esa chica al cumpleaños de Ty el próximo fin de semana?

No había planeado nada para tan adelante. ¿Bailey querría ir? ¿Le gustaban las fiestas grandes siquiera? Aparte, quedaba mucho. Si esperaba tanto, tardaría una semana y media más en volver a verla.

Entonces, la oportunidad perfecta me vino a la mente. A lo mejor involucraba tener que hacer los deberes, pero, eh, a situaciones desesperadas, medidas desesperadas.



Capítulo 16

Un poco dramático

Bailey

Chase: Estudias periodismo, ¿verdad?

Bailey: Si. ¿Por?

Chase: ¿Eso significa que se te da bien revisar textos?

Bailey: ¿Qué pretendes, Carter?

Chase: Mi ensayo para la clase de Historia es un puto desastre.

Bailey: Ojalá pudiera ayudarte, pero no sé nada de historia.

Chase: Resulta que yo tampoco.

Chase: Ayúdame, James. Solo soy una cara bonita.

Bailey: Supongo que podría leérmelo y asegurarme de que fluye. Mándamelo a b.James@Callingwood.edu.

Chase: Te debo una.

Chase: De hecho, le daré un golpe extra a Morrison la próxima vez

que juguemos contra los Bulldogs. Lo aplastaré por ti. Como si fuera un bicho.

Bailey: Madre mía, ni se te ocurra hacer eso. Sigo siendo del equipo de los Bulldogs, ¿recuerdas?

Chase: Por ahora.

Bailey: Para siempre.

Chase: Ya veremos...

Bailey: Nop.



Resulta que mandarle mensajes de texto a Chase antes de irme a la cama era la fórmula perfecta para el insomnio. Estaba demasiado emocionada como para poder dormir. Y como tenía que levantarme pronto para la clase de los martes por la mañana, aquello se convertía en un problema. Lo había intentado todo: leer un libro aburrido, volver a ver una serie reconfortante, incluso me tomé una manzanilla, pero nada calmaba el entusiasmo que me invadía.

Al final, tomé melatonina y conseguí conciliar el sueño, hasta que me despertó un estruendo, como si algo pesado hubiera caído al suelo desde gran altura. Lo más probable es que hubiese sido el gato del vecino, que tenía la costumbre de pasearse por nuestra escalera de incendios. Suspiré y me di la vuelta en la cama para comprobar los dígitos rojo brillante de mi despertador: las 3:12 de la madrugada. Ya que estaba despierta, iría a hacer pis.

Salí de entre las sábanas y arrastré los pies hasta la puerta, y recorrí el pasillo con los ojos entrecerrados. Cuando me acercaba al baño, la puerta se abrió y me topé con un cuerpo masculino.

Di un respingo. Sería Paul o Eddie.

Pero bajo la tenue luz de la luna que se colaba por la ventana, vi un rostro que me resultaba familiar. Era mi hermano.

—¡Dios mío! —Me llevé la mano al pecho, con el corazón desbocado como en la prórroga de un partido decisivo—. Derek, ¿qué coño haces aquí?

—Shhh —me dijo, y me agarró del brazo—. Baja la voz.

—¿Apareces en mi pasillo en plena madrugada y encima me pides que hable bajo? —susurré con vehemencia—. Quiero una explicación.

Derek se acercó más y bajó aún más la voz.

—¿Podemos ir abajo?

—Vale —mascullé.

Se dio la vuelta y se dirigió hacía las escaleras. Lo seguí y encendí la luz del extractor de la cocina. Me serví un vaso de agua mientras él se acomodaba en un taburete frente a la isla y se apoyaba sobre la encimera de fórmica. El baño podía esperar; ahora mismo, necesitaba saber qué narices estaba pasando.

—Explícate. —Apoyé ambos codos en la encimera y lo taladré con la mirada.

Alzó la cabeza y me devolvió la mirada con el ceño fruncido. Tenía el pelo negro revuelto, ojeras profundas bajo los ojos castaños y la sudadera hecha un guiñapo. Parecía que acababa de despertarse tras pasar una noche de perros.

Se le marcó la nuez al tragar.

—Estaba con Jill.

—¿Qué? —Por poco se me escapa el vaso de las manos. Sabía que algo no cuadraba, pero oírlo de sus labios era harina de otro costal.

—¿Puedes bajar la voz? —Miró hacia las escaleras con nerviosismo—. Nadie debe saberlo.

Pero estaba segura de que Amelia ya lo sabía.

Lo observé mientras se me aceleraba la respiración. Un torbellino de dolor, traición, decepción e ira se arremolinó en mis entrañas. Nuestros padres no nos habían educado para ser la clase de personas que hacen estas cosas, y Derek era consciente de ello.

—¿Cómo has podido, cómo ha podido ella…? —Sacudí la cabeza

—. No lo entiendo. Eddie es tu amigo.

—Lo sé. —Derek agachó la cabeza con la mandíbula en tensión —. Es complicado.

—Ya me imagino… ¿Cuánto tiempo lleváis así?

Volvió a mirarme y se encogió de hombros, con el rostro teñido de culpa.

—¿Desde agosto?

—¿Quieres decir que lleváis meses liados? ¿Pero qué coño te pasa, Derek?

Entonces lo entendí. Dios santo. Seguro que fue en la cabaña de los padres de Paul. Después de una bronca monumental con Jill el viernes por la tarde, Eddie se largó de vuelta a la ciudad en lugar de quedarse el fin de semana en el lago con todos nosotros.

Jill se pasó el resto del día hecha polvo, llorando y hundida, y se acostó temprano. Mi hermano se retiró poco después que ella.

Y siempre habían tonteado.

—Lo sé.

—Te está utilizando —dije cuando la ira tomó el control del resto de mis emociones—. No sé con qué fin, pero te está manejando. No me trago que sus intenciones sean limpias. Eres un plan B.

¿Ahora tendría que verla todos los días y hacer como si no supiera nada? ¿Qué retorcido era todo esto? ¿Cuánta gente les estaba tapando las espaldas? ¿Luke también lo sabía y me había mentido?

Soltó un suspiro profundo.

—Siento algo por ella, ¿vale? No es tan sencillo.

—Eres su cómplice —le solté, dejando el vaso en el fregadero de un golpe.

Siempre había sospechado que estaba colado por Jill. Tanto que estaba traicionando sus principios y arriesgándose a destrozar una amistad, y al equipo entero, por ella.

Con respecto a Jill, siempre había sido egocéntrica. Pero esto era un golpe bajo incluso para ella.

—¿Y qué pasa contigo? —La expresión de Derek se endureció—.

¿Con Carter?

—No sabía que tenía novia. —Ladeé la cabeza—. ¿Cómo se llama?

—No me refiero a eso y lo sabes perfectamente.

Su tono me puso la carne de gallina. Por supuesto que lo sabía. Pero me daba igual.

—Carter es uno de nuestros peores enemigos, B. Mío y de todo el equipo —añadió.

—Haz el favor de crecer —le dije—. Solo es *hockey.*

—El *hockey* es una de las cosas más importantes en mi vida. Ya ni siquiera me respetas.

—¿Te estás acostando con la novia de tu amigo y eres tú el que me regaña por tener una relación adulta consensuada? —reivindiqué, lanzando las manos al aire—. Y para que lo sepas, Chase ha sido diez veces más amable conmigo que tu amiguito Luke. Y que tú…

—Sé que he sido un capullo. —Suspiró y negó con la cabeza—. He estado tan preocupado por lo de Jill que solo he pensado en mí mismo.

Crucé los brazos sobre el pijama rosa y lo fulminé con una mirada gélida.

—Me alegro de que estemos de acuerdo en algo.

—Estoy evitando a todo el mundo porque me da miedo que se sepa. —Sonaba desolado, como si quisiera que sintiera pena por él, pero Derek era la causa de sus propios problemas. No tenía derecho a hacerse la víctima.

—Como debería ser —dije—. ¿Por qué Jíil no rompe con Eddie? ¿Tiene miedo de que le afecte en la pista?

Por absurdo que pareciera, el *hockey* estaba por delante de todo lo demás para el equipo, incluso las relaciones personales. Era muy posible que lo estuvieran encubriendo por el bien de su portero.

—Es más complicado que eso.

Alcé una ceja.

Derek miró de nuevo hacia las escaleras antes de inclinarse hacia

mí y bajar la voz para decirme:

—La última vez que intentó cortar con él, Eddie amenazó con suicidarse.

Se me revolvió el estómago. Parpadeé mientras trataba de asimilarlo.

—Qué retorcido.

—Lo sé —masculló.

Aunque pensarlo me convertía en una persona horrible, una parte de mí se preguntaba si sería cierto. Si la información venía de Jill, no sé hasta qué punto era fiable. Estaba manejando a mi hermano como a una marioneta.

—Si eso es cierto, Eddie necesita ayuda. —Limpié la encimera que terna delante de mí—. Que ella siga con él solo empeorará el problema.

—Lo sé —repitió, derrotado.

Estudié su rostro bajo la luz tenue. Tenía los ojos de mamá, la nariz de papá, el mismo color de pelo que yo. Jamás habría pensado que sería capaz de hacer algo así.

—No sé qué decir ahora mismo —le dije—. Estoy más que decepcionada. Esto está mal y lo sabes.

—No se lo dirás a nadie, ¿verdad?

—No —dije, sacudiendo la cabeza—. Pero espero que espabiles y hagas lo correcto. Me voy a la cama. Cierra la puerta cuando salgas, porfa.



Después de intercambiar mensajes el lunes por la noche, Chase me envió una copia de su ensayo y, al día siguiente, me convenció para que fuera a su casa a ayudarle. Y con «convencerme» quiero decir que fue insoportablemente insistente y, al mismo tiempo, demasiado encantador como para decirle que no. Vamos, lo de siempre: recurrió a sus armas de seducción habituales.

Eso no significaba que me importara. Pero ese era otro tema.

Además, era una agradable distracción del caos en que se había convertido mi vida social y del descubrimiento que acababa de hacer sobre Derek y Jill.

Así fue como acabé en la habitación de Chase por segunda vez, aunque bajo circunstancias completamente diferentes. En su dormitorio flotaba esa fragancia seductora a vainilla y cuero de su colonia. ¿Se había echado un poco antes de venir a recogerme?

Los tres conjuntos que me probé esperándolo y el brillo que me puse a última hora antes de abrir la puerta no hacían más que subrayar la pregunta del millón: ¿qué estábamos haciendo exactamente?

Pero todavía no tenía valor para plantearla en voz alta.

Me acomodé en el borde de la cama, frente al escritorio donde reposaba el ordenador, y hurgué en la mochila para sacar el ensayo impreso con mis anotaciones al margen. Chase me observaba desde la silla del escritorio, donde se había sentado a horcajadas, y se puso la gorra roja de los Falcons al revés antes de cruzar los brazos sobre el respaldo.

—He hecho algunos cambios. —Le tendí la copia de su redacción con mis correcciones y sugerencias marcadas en tinta roja. El control de cambios del Word nos habría dado menos trabajo a ambos, pero de este modo tendría que esforzarse más al tener que añadir los cambios de forma manual en lugar de limitarse a aceptarlos con un clic del ratón. Aunque no me importaba ayudarlo, tampoco se lo pondría fácil.

Chase miró la primera página antes de levantar la mirada con los ojos oscuros muy abiertos, como un ciervo deslumbrado por los faros de un coche.

—Mierda. No creía que estuviera tan mal.

—No lo está. Tienes buenas ideas y tus conclusiones están bien justificadas. Es solo que lo has redactado de una manera un poco enrevesada.

—Es la manera más diplomática que he escuchado de decir que

es una mierda.

Me encogí de hombros.

—Mis borradores también son un desastre. Siempre hay que revisarlos y reescribirlos para pulir la pieza.

—Ugh. —Cruzó los brazos sobre el respaldo de la silla otra vez y dejó caer la cabeza con un suspiro teatral. Las venas se le marcaban en los antebrazos tensos. Me quedé embobada mirándolo un instante. ¿Desde cuándo me ponían los antebrazos? ¿Y sus manos siempre habían sido tan grandes?

—Parece mucho trabajo.

—Esa es la intención de los deberes, Carter.

Chase era uno de los jugadores más agresivos y despiadados de los Falcons, conocido por su forma de jugar tan física. Hacía la vida imposible a nuestros defensas, buscaba huecos que proporcionaran ocasiones para meter un gol, y ganaba la mayoría de las batallas por el disco. Para alguien que era una máquina de guerra sobre el hielo, era terriblemente vago en lo que a la universidad se refería. Era inteligente, eso era evidente; lo único que le faltaba era aplicarse.

—No te voy a mentir: me resulta muy difícil centrarme en algo que sé que no va a tener ninguna relevancia más adelante.

—Importa ahora —dije—. Creía que te habían puesto a prueba.

—Lo estoy. Capullos. —Puso los ojos en blanco.

—¿Y si necesitaras acabar la carrera en un futuro? Nunca se sabe. Podrías lesionarte o algo por el estilo.

—Si eso ocurre, tendré otros problemas más importantes que la falta de una carrera. Es imposible que me contraten con base en cualquier otra habilidad. —Chase levantó las cejas oscuras—. ¿Me imaginas vestido con unos caquis y trabajando en un cubículo, James?

—No —admití. Le pegaba tan poco que era casi cómico.

—Y, seamos sinceros —añadió—, soy demasiado corrompible para ser policía. Así que, por el bien de la sociedad, ayúdame a pulir esta mierda de redacción y sacar unas notas lo suficientemente altas para que no me echen del equipo. Es eso o acabar en la calle. No

hay término medio.

Me moví inquieta y crucé las piernas.

—¿Te han dicho alguna vez que eres un poco dramático?

—Prefiero pensar que le doy sabor a la vida. —Esbozó una sonrisa.

—Algo le pones, desde luego.

Chase tenía ese brillo en los ojos que sugería que estaba tramando algo.

—Te quedarás mientras corrijo el ensayo ¿no? —Me di cuenta de que lo de bajar la voz era una táctica para meterse en mi cabeza… o quizá en mis pantalones. Aunque era consciente de su juego, funcionaba. Al menos para lo primero. Puede que un poco para lo segundo también.

Quizá lo de estar en su habitación no fuera una buena idea después de todo.

Alcé una ceja y oculté mis pensamientos sucios tras un tono sarcástico.

—Has venido a recogerme tú, así que no creo que tenga elección.

—Es cierto —asintió—. ¿Alguien tiene elección realmente? ¿O el libre albedrío es solo una ilusión?

—En realidad tengo que estudiar para un examen, así que, si quieres compañía, no hace falta que te pongas a filosofar. Solo tienes que pedírmelo.

Saqué el libro de texto y la carpeta y me acomodé en la cama hasta quedar recostada contra el cabecero. De todas formas, no me apetecía estar en casa. Últimamente me sentía como una intrusa en mi propio hogar. Las cosas se habían puesto tensas con Amelia y Jillian, y se volvían muy hostiles cuando venía Paul, que era más a menudo de lo que me gustaría.

—Eres la mejor. —Se giró para ponerse frente al ordenador, se crujió los nudillos y estiró el cuello—. Habré acabado con esto en un abrir y cerrar de ojos.

Reprimí una risita y me mordí la lengua para no soltar una broma

sexual. Quizá había estado pasando demasiado tiempo con Chase después de todo.



Capítulo 17

Por poco falla

Bailey

—Es hora de hacer un descanso —anunció Chase, que guardó la bandeja del teclado. Arqueó la espalda en la silla y estiró las largas piernas.

Levanté la mirada de la cama, donde me había despatarrado bocabajo mientras leía el libro de texto de Periodismo de datos y métodos.

—Pero si solo ha pasado una hora.

—Son las cinco, lo que significa que es hora de cenar. Necesitamos alimentar al cerebro, James. Es ciencia.

Gruñí.

—Deja que lo adivine: después haremos una segunda cena, un aperitivo y un descanso para sacarle punta a los lápices. Mejor aún, a lo mejor podemos ir a talar un árbol y fabricar lápices para que no tengas que acabar la redacción.

Sonrió.

—Tal vez, pero empecemos con una *pizza.*

Dejamos los libros a un lado y bajamos. Chase saltó por encima del respaldo del sofá, al estilo *parkour,* y se dejó caer a mi lado. Un movimiento sorprendentemente ágil para alguien de su envergadura, aunque fuera un atleta.

—La *pizza* llegará en veinticinco minutos. ¿Quieres… jugar a un videojuego? —Se giró hacia mí con la cabeza ladeada.

—Claro. —No conseguiría centrarme en mi aburridísimo libro de texto ahora que sabía que la comida estaba de camino.

—¿De verdad? —Se le iluminó la mirada—. Te estaba poniendo a prueba. No creía que fueras a aceptar.

—Lo sé —respondí—. Pero rengo tres hermanos. No había nadie con quien jugar a las muñequitas cuando era pequeña. Nos pasábamos el día jugando al *NHI.'07.*

Para desgracia de mi madre, nunca fui una chica muy femenina. Cuando descubrió que esperaba una niña tras haber tenido tres chicos —un embarazo sorpresa—, se emocionó pensando en vestidos de volantes, Barbies y juegos de comiditas. Entonces nací. Odiaba todo lo que fuera rosa y prefería los camiones volquete de Derek a mis muñecas. Hasta lloré cuando, con cinco años, Santa me trajo un set de Lego morado y rosa, cuando yo quería uno multicolor como los de mis hermanos.

Sonrió.

—¿Estás diciendo que se te dan bien los videojuegos?

—Mejor que bien.

Y Luke lo odiaba. Para él, tener un par de tetas significaba que no eras apta para jugar. No le hacía ninguna gracia que quisiera unirme y se molestaba aún más cuando les ganaba, cosa que pasaba a menudo. Siempre había querido que me fuera a la cocina con las otras chicas como debe hacer una buena novia de jugador de *hockey.*

—Genial. —Se levantó y encendió la consola—. Ninguna de las chicas que conozco sabe jugar. Creo que Shiv sería capaz de estrangular a Dallas con el cable del mando.

—¿Quién es Shiv?

—Siobhan. La… eh, no sé lo que es de Dallas. Pero es muy guay. Te llevarías bien con ella. —Se desplazó por el menú de selección de equipo y formamos las alineaciones.

—Puede que no te emocione tanto cuando te haya dado una paliza.

Resopló.

—No creo que eso vaya a suceder.

Para cuando llegó la *pizza,* ya le había ganado dos veces.

—¿Quién lo diría? —Chase se giró hacia mí y miró de arriba a abajo con una sonrisa picara. Una oleada de calor me recorrió el cuerpo—. *Sexy* y friki. Eres una caja de sorpresas. —Dejó el mando a un lado y se levantó para ir a abrir la puerta.

Espera. ¿Acababa de llamarme *sexy?*

¿Y friki?

—Eh, déjame pagar —grité, y me levanté.

—Demasiado tarde. —Cerro la puerta con un montón de comida en brazos. Dos *pizzas* grandes, alitas, colines, una ensalada César y galletas con pepitas de chocolate recién horneadas. Era todo un festín comparado con la dieta restrictiva de Luke a base de pechuga de pollo y brócoli por la que le daba miles de dólares a un nutricionista—. La he pagado al hacer el pedido. Ni se te ocurra devolverme el dinero.

—Pero pagaste la cena de la otra noche y el chocolate caliente… —Luke llevaba la cuenta de a quién le tocaba para que no nos saltáramos ningún turno. Lo pagábamos todo a partes iguales.

—Me estás ayudando con mi redacción, ¿recuerdas? —Se encogió de hombros.

Lo seguí a la cocina y apoyé la cadera en la encimera de granito negro mientras él descargaba las cajas de comida.

—Hablando de tu redacción —dije—, ¿cuánto has avanzado?

—Voy por la cuarta página. —Me tendió un plato cuadrado del armario.

Reprimí un gruñido. Su redacción debía tener alrededor de veinte páginas, y me daba la impresión de que no me llevaría a casa hasta

que la acabara.



Tres horas más tarde, a tope de energía tras atiborrarme de carbohidratos, estaba reescribiendo mis apuntes para el examen. Chase avanzaba tan despacio que me daba tiempo a centrarme en mis propios deberes. No podía distraerme ni hacer el tonto con el móvil porque enseguida lo utilizaría como una excusa para hacer lo mismo.

—Esta puta asignatura va a acabar conmigo. —Chase partió el lápiz verde por la mitad y lo tiró a la papelera de acero inoxidable que tenía al lado, donde resonó con un ruido metálico—. Era la única asignatura optativa de ciencias sociales que me encajaba con el horario de los entrenamientos.

Dejé el bolígrafo azul sobre la cama y sacudí la mano para aliviar un calambre. Si escribir en papel ayudaba a retener la información, iba a bordar el examen. Me habría venido bien traerme el portátil, pero no había planeado quedarme tanto tiempo. Siempre debería tener un plan B cuando se tratara de Chase.

No es que me quejara por pasar tiempo con él.

—¿Qué estabas estudiando?

—Economía. —Giró la silla para mirarme a la cara y esbozó una sonrisita.

Sentí un aleteo en el estómago, y no era por el subidón de azúcar.

—Debes de ser algo más que una cara bonita si estás estudiando eso. —El semestre pasado cursé Microeconomía como asignatura obligatoria de la carrera de periodismo, y para mí era como hablar chino. Decisiones de producción y precios, resultados de mercado, teorías de consumo. Apenas logré mantener mi nota media de sobresaliente ese semestre.

Encogió los anchos hombros.

—Si ni siquiera sabía lo que era la carrera de Economía antes de elegirla. Busqué por internet cuáles eran las mejores cinco carreras universitarias que implicaran la menor cantidad de trabajo posible, y aquí estoy.

—Calla. No me lo creo. —Aunque en realidad sí lo hacía.

—Te aseguro que es verdad —dijo—. Las matemáticas no son complicadas. El problema es toda la mierda que hay que leer y escribir.

—¿Mierda? —Di un grito ahogado y me llevé una mano al pecho —. Blasfemo. Sabes que estás hablando con una redactora, ¿verdad? Es mi pan de cada día.

—Es solo que me cuesta y tolero muy mal la frustración.

—No me digas.

Cogió un lápiz nuevo del bote que tenía en el escritorio y lo lanzó al aire antes de atraparlo con facilidad.

—Por suerte, ahora te tengo a ti para ayudarme con eso.

—Ehhh… esto no significa que te vaya a ayudar siempre.

—Claro que lo harás. —Me dedicó una sonrisa ladeada. La habitación se volvió diez grados más cálida y se me aceleró el corazón.

—Termina la redacción, Carter —solté intentando reprimir una sonrisa, negué con la cabeza y volví a concentrarme en mis apuntes. O al menos eso intenté, porque de repente la tensión en la habitación se había intensificado. Se podía cortar con un cuchillo. Era casi eléctrica.

En su lugar, él se levantó y se sentó a mi lado. La cama se hundió bajo su peso. Olí la menta fresca en su aliento y sentí la calidez de su cuerpo. Su colonia, combinada con el jabón y el detergente para la ropa, formaba una especie de mezcla celestial que debería estar prohibida.

—Bueno, ¿cuándo vas a venir a verme jugar? —Nuestros brazos se tocaron, piel contra piel, y sentí un escalofrío que me subió por la espalda.

Alcé la mirada hacia él y me topé con sus ojos oscuros y

penetrantes.

—¿De qué hablas? Te he visto jugar muchas veces.

—Ya, pero ¿cuándo vas a venir para animarme? —Sus labios se curvaron en una sonrisa traviesa.

¿Quién podía negarse a eso? Desde luego ninguna mujer hetero.

Era el equivalente a un partido rápido en el mundo del flirteo.

—Podrías sentarte con Shiv —añadió suavemente, rozándome el codo—. Ya sabes, alguna noche que juguemos contra otro equipo.

Tendría que ser así. Ver a Chase jugar contra Callingwood sería demasiado incómodo, ya que me provocaba todo tipo de sentimientos encontrados. Era leal hasta la médula, pero después de todo lo que había ocurrido en los últimos días, mi lealtad se había desviado.

Todo lo que creía saber se estaba desmoronando poco a poco. O más bien a toda velocidad, tratándose de él.

Una ola de calor me subió por el cuello y bajé la mirada.

—En teoría, debería seguir animando en tu contra, ya que ambos equipos están en la misma división y compitiendo por conseguir puntos.

—No diré nada si tú tampoco lo haces. —Chase bajó la voz adoptando un tono sugerente que resultaba irresistible.

El aire en la habitación se volvió eléctrico. Alcé la mirada hacia la suya. Sus pupilas se dilataron y se detuvo, estudiando mi rostro con una intensidad que me atravesaba; me leía como nadie lo había hecho jamás. Mi cuerpo respondió con un temblor silencioso bajo su mirada, y la respiración se me quebró por su cercanía.

Cuando se giró para mirarme, su expresión cambió de contemplativa a decidida y…

—¡Carter! —gritó una voz profunda seguida de un portazo—. ¡Tío, necesito que me ayudes a meter una cosa por la puerta!

La emoción que sentía se desvaneció.

Chase frunció el ceño, como si le hubiera ocurrido lo mismo.

—Mis compañeros de piso han llegado a casa… ¿Quieres conocer a Ward?

—Claro. —Tomé aire, intentando recuperar la compostura, pero me estaba costando. Saber lo que era besarle era una tortura, porque ahora sabía lo que me estaba perdiendo.

Seguí a Chase por las escaleras de madera, hacia el comedor. Ahí estaba Dallas Ward, el delantero ofensivo de los Falcons. Mientras que Chase era un provocador de manual. Dallas podía lanzar y controlar el disco en círculos alrededor de cualquier jugador de nuestro equipo.

Era casi tan alto como Chase, con una mandíbula afilada, el pelo castaño oscuro y unos impresionantes ojos azules. Lo acompañaba una morena preciosa con unos ojos verde azulados y unos labios rosados con forma de corazón. Eran la pareja más guapa que había visto en mi vida.

Solía pensar que Luke era atractivo, pero era una patata comparado con ellos tres. ¿Acaso eran todos los miembros de este equipo tan guapos de cerca? ¿Y sus novias? De momento, todos parecían sacados del reparto de una serie de televisión. Era evidente que yo no encajaba para nada.

—Esta es Bailey. —Chase hizo un gesto hacia mí—. Bailey, estos son Dallas y Siobhan. O Shiv.

Dallas abrió los ojos de par en par.

—¿Esta es la famosa James?

Madre mía. ¿Era famosa porque le gustaba a Chase o porque le había vomitado en los zapatos?

—Me alegro mucho de conocerte —dijo Shiv con una sonrisa cálida. La mayoría de las novias de jugadores de *hockey* a las que conocía no les gustaba la presencia de chicas nuevas, pero su saludo había sido sincero, como si lo dijera de corazón.

—Lo mismo digo —contesté.

Dallas señaló hacia la puerta principal.

—¿Puedes ayudarme, tío? Necesito ayuda con una estantería.

—¿Estantería? —Chase levantó una ceja—. Shiv, ¿lo estás domesticando o qué?

Siobhan sonrió.

—¿Qué puedo decir? Por fin lo he adiestrado. Es un gran día para todos.

—Sí, sí. —Dallas puso los ojos en blanco y le dio un cachete en el culo cuando pasó junto a ella camino a la entrada. La puerta se cerró de golpe tras ellos y Siobhan se acercó a mí con los ojos brillantes.

—Así que Chase y tú, ¿eh? —Bajó la voz.

—Oh, solo somos amigos.

Me pregunté a cuántas «amigas» habría besado. Entonces, pensé en cuántas «amigas» habría conocido Siobhan… Sobre todo, últimamente.

Aunque tampoco me incumbía.

—Ya… —Siobhan me guiñó el ojo—. Dallas y yo también somos «amigos». ¿Cuánto hace que Chase y tú, eh, salís juntos?

¿Salíamos juntos? Supongo que sí. ¿Qué significaba eso exactamente? Mi historial amoroso consistía en un novio fugaz del instituto y Luke. No tenía experiencia alguna en el mundo de las citas.

Pero no era ese tipo de relación… ¿o sí?

¿Cómo era posible que no me hubiera dado cuenta de lo que estaba haciendo?

—¿Hará un mes?

—Ah. —Asintió pensativa—. Bueno, me vendría bien algo más de estrógeno por aquí para equilibrar las cosas. Es un buen tío. Espero que seas capaz de soportarlo a largo plazo.

No creía que eso fuera a convertirse en un problema.



Capítulo 18

Reconócelo

Chase

¿Podría haber acabado el ensayo más rápido? Tal vez. ¿Sentía la necesidad de ir más rápido con James en mi habitación, recostada sobre mi cama con un aspecto adorable? La verdad es que no.

Cuando regresé a casa después de llevar a Bailey a la suya, Dallas estaba despatarrado en el sofá del salón, con una cerveza en la mano y el otro brazo alrededor de Shiv. En la penumbra, una película de terror se proyectaba en la pantalla gigante: las motosierras rugían y la sangre salpicaba por doquier. Esos dos eran la pareja perfecta, unidos por su amor al terror. No es que la sangre y las tripas me dieran asco, pero nunca les había visto el atractivo a ese tipo de películas. Si iba a ver una película entera, debía ser o muy graciosa o estar llena de persecuciones de coches y explosiones. O, bueno, ser una peli con gente desnuda…

Me detuve en el umbral de la puerta del salón.

—Hola.

Se oyó un grito espeluznante que provenía de la televisión.

Dallas cogió el mando y pausó la película.

—¿Qué tal el tobillo?

—Me duele como su puta madre, pero va mejorando poco a poco —dije—. ¿Qué estáis viendo hoy, par de psicópatas?

—*La matanza de Texas* 6. —Shiv cogió un puñado de palomitas del bol que tenía al lado—. Es la mejor de toda la saga. ¿Te unes?

Sonaba mejor que ponerme a estudiar teoría de la economía, pero tenía un examen mañana y Millei me había estado vigilando como un halcón desde nuestra ultima charla. Me arrinconaba cada semana para que le contara cómo iban las cosas, que en realidad era su forma de comprobar si me pillaba mintiendo, ya que había hablado con mis profesores de antemano. No tenía mucho margen de error si quería seguir jugando.

—Tengo que terminar algunos deberes para mañana, pero gracias por la oferta.

Dallas inclinó la cabeza y me miró sorprendido.

—¿Deberes? ¿Qué pasa, Bailey te está influenciando?

—El entrenador está pendiente de mis notas otra vez. —Me encogí de hombros—. O me pongo las pilas o me relega al banquillo, y todos sabemos que estáis perdidos sin mí.

—Volviendo a Bailey —insistió, ignorando mi evidente intento por cambiar de tema—. La has estado viendo mucho últimamente. Estás llevando lo de jugar con Morrison muy lejos, ¿no?

—No, me gusta pasar tiempo con ella.

Me señaló con el cuello del botellín de cerveza.

—Porque te gusta.

Junto a él, Shiv abrió mucho los ojos y negó ligeramente con la cabeza como diciendo «yo no le he dicho nada». La creía. Por desgracia, a Dallas se le daba bien leerme la mente. Además, salir con una chica durante tanto tiempo sin habernos acostado era una prueba inequívoca. La única otra chica a la que consideraba mi amiga era Shiv.

Y, seamos realistas, ni siquiera yo pensaba que mis intenciones con Bailey fueran platónicas. Pero ¿era eso lo que Bailey quería?

—Quizá.

—No intentes hacerte el guay. Ya te conocemos, imbécil —dijo Dallas—. Pero quería asegurarme de que tú también te habías dado cuenta. A veces no te das cuenta ni de lo más obvio.

Joder.

Está bien… lo admitiré.

—Vale —contesté—. Me gusta.

—A mí también. ¿Nos la podemos quedar? —Shiv puso carita de cachorrito.

—No lo sé —dije con total sinceridad. Con todo lo que habíamos hablado últimamente, me costaba imaginarme mi vida sin Bailey en ella. Pero solo hacía un mes que la conocía, y no sabía muy bien hacia dónde íbamos. Que yo supiera, podría volver con Morrison mañana mismo y no volver a hablarme en la vida.

—Parece guay —confirmó Dallas.

—Lo es.

Sonrió.

—Lo que significa que está fuera de tu liga.

—Gracias por el voto de confianza, tío —dije, sacándole el dedo de la palabrota antes de subir las escaleras hacia mi habitación.

—Yo también te quiero —exclamó.

Cuando por fin me metí en la cama todavía guardaba su olor: el aroma dulce de su perfume, entremezclado con su olor corporal. Mierda, me gustaba… mucho.

Estaba bien jodido.



El martes por la mañana, durante la primera mitad del entrenamiento, el entrenador subió la intensidad como castigo por haber jugado tan mal contra la Universidad de Nueva Inglaterra. Era muy listo. No lo había hecho al día siguiente del partido, ni tampoco después, por lo que pensamos que nos habíamos salvado. Pero ¿a

mitad de semana?

Sorpresa, capullos.

Ahora me dolía todo el cuerpo y sentía que me iba a morir. Para empeorar las cosas, fui lo bastante tonto como para compartir coche con Dallas y Ty, lo que significaba que me arrastrarían al O'Connor's después del entreno. Lo de ir al *pub* no me molestaba. El problema era la gente que lo frecuentaba. El O'Connor's era el punto de encuentro de las grupis y de las chicas con las que ya me había enrollado.

—Buen entrenamiento —dijo Dallas. Se tomó lo que le quedaba del ron con cola y lo dejó sobre la mesa de laminado negro—. Excepto por la parte en que la mitad del equipo vomitó en el cubo de basura que había en el centro de la pista.

—Al menos ninguno de nosotros lo ha hecho. —Me encogí de hombros y alejé la silla de la mesa para estirar las piernas. Llegué al entrenamiento con el tobillo aún tocado, y cuando terminé el dolor me torturaba—. Además, según los estándares de Miller, solo la mitad del equipo da la talla.

Ty sonrió y se acabó la cerveza.

—Y por fin has conseguido marcarme algún que otro gol durante el entrenamiento. Nada mal, chaval.

—Supongo que tu estrategia de simular faltas funcionará algún día —comenté.

—Quizá deberías aprender a levantar el disco.

—A lo mejor tendrías que…

De la nada, una mano suave me tocó la nuca y me dio un susto de muerte. Di un respingo y me volví de golpe para encontrarme con un par de ojos azules con mucho maquillaje que me miraban intensamente.

—Hola, guapo. —Lindsay se sentó sobre mi regazo y me rodeó los hombros con el brazo. Cruzó las piernas, lo que hizo que la falda negra, corta y ajustada, se le subiera ligeramente.

Me removí, incómodo. ¿Sería de mala educación decirle que se me quitara de encima? La diplomacia no era mi fuerte. Por más que

tratara de justificarlo recordándome que estaba soltero, no podía evitar sentir que estaba siendo desleal.

—Hola —saludó con voz monótona. Ty puso los ojos en blanco y se levantó para ir a por otra cerveza.

—Hace mucho que no te veo —susurró ella.

Objetivamente, Lindsay era muy atractiva, aunque su belleza resultaba artificial, siempre excesivamente maquillada. A principios de año me propuse como misión conquistarla y ligué con ella con intensidad. Mantuvimos un tira y afloja y nos volvimos bastante cercanos, pero nunca llegamos a acostarnos.

A pesar de ello, mi cuerpo no respondía a nada de lo que estaba ocurriendo. Era como si estuviera viendo cómo le pasaba todo a otra persona.

—Sí. Ha pasado un tiempo.

—¿Lo retomamos donde lo dejamos la última vez? —Se mordió el labio y me pasó una uña rosa por el pecho—. ¿Te acuerdas?

Estiré el cuello y alargué el brazo esquivándola para alcanzar mi cerveza.

—Eh… no, la verdad es que no.

No había visto a Lindsay desde verano. Entre el *hockey,* la universidad y James era como si hubiera pasado una década. No recordaba dónde habíamos dejado las cosas. Podría haber estado borracho. O no. Lo más probable es que sí.

—¿Qué íbamos a estrenar el baño la próxima vez que viniéramos?

Oh. Eso.

Había estado medio borracho, intentando rematar la jugada después de habernos estado liando en la esquina junto a las mesas de billar. Lindsay estaba dispuesta a hacerlo hasta que su amiga se desmayó sobre la mesa y tuvo que llevarla a casa. Ya casi me había olvidado de aquello.

Ella hizo un gesto con la cabeza hacia el pasillo detrás de nosotros y bajó la voz.

—Dijiste que ibas a arrancarme las bragas y.

Puse una mueca y levanté una mano para interrumpirla.

—No creo que sea una buena idea.

—O… —Lindsay se acercó más, decidida. Sentí su aliento cálido en la oreja, que olía a algún tipo de licor frutal—. Podríamos irnos a mi casa con mi amiga Melanie. Le encantan los jugadores de *hockey.* —Señaló a una morena pechugona que estaba de pie junto a la mesa de billar, hablando con otros chicos del equipo. Su amiga nos vio y nos saludó de forma coqueta.

Mi yo de agosto no se lo habría pensado ni dos veces, se habría lanzado sin dudarlo y habría reservado un taxi para irse a casa con las dos.

Mi yo de octubre preferiría irse a casa y ver Sports Center. O mandarle un mensaje a James.

¿Esto estaba ocurriendo de verdad?

Le lancé una mirada confusa a Dallas.

Él se aclaró la garganta y se inclinó sobre la mesa.

—Carter tiene novia, Linds —dijo gesticulando hacia mí.

Lindsay se giró y me miró con la boca entreabierta y una expresión que era una mezcla de desconcierto e irritación.

—¿Tienes novia?

Asentí porque parecía la manera más simple de rechazarla.

—Sí, es reciente.

—Oh. —Sus labios formaron una O perfecta mientras se quedaba inmóvil por un instante. Se echó el pelo oscuro hacia atrás y se encogió de hombros—. Bueno, ella no tiene por qué enterarse.

Señor, ayúdame. No sabe pillar una indirecta. O un rechazo, por lo visto.

—Me halagas, Lindsay. De verdad. —Intenté quitármela de encima mientras ella oponía todo tipo de resistencia—. Pero voy a pasar.

Lindsay entrecerró los ojos.

—¿Ahora eres de los que van en serio? ¿Después de todo lo que presumías la última vez?

Es curioso cómo al principio, tuve que perseguirla durante un

tiempo, en ese eterno juego del gato y el ratón, pero bastó con que perdiera el interés para que ella comenzara a desearme de inmediato.

—No puedo.

—Como quieras, Carter. Se levantó, se pasó el pelo por detrás del hombro y se marchó enfadada, con un soplido.

Una vez que se alejó lo suficiente, Dallas soltó un silbido bajo.

—Jamás pensé que vivirla para ver llegar este día.

—Yo tampoco.

Su mirada se desvió hacia la mesa de billar que se situaba detrás de mí.

—Supongo que, si tú pierdes, Tyler gana.

Seguí la dirección de su mirada y vi a Lindsay con su amiga colgándose de Ty en la barra. Perfecto. Que le vaya bien.

Lindsay me lanzó una mirada desafiante, como si esperara que me pusiera celoso. Le sonreí de vuelta porque la verdad era que no me importaba una mierda.

—Pero tío. —Dallas bajó la voz, mirándome de una forma inquisitiva—. ¿Qué narices está pasando? ¿Has intentado algo con Bailey?

—No —dije, despegando la etiqueta del botellín—. Tú y tu puta estantería os asegurasteis de que no lo hiciera.

Se quedó boquiabierto.

—Ostras. —Se rio a carcajadas y se le sacudieron los hombros—. Ahora entiendo por qué estabas tan raro cuando llegué a casa. Lo siento, tío. No esperaba que tuvieras compañía tan temprano por la noche.

—No pasa nada —murmuré.

—Pero lo intentarás de nuevo ¿no?

Asentí y le di un trago a mi cerveza.

—Sí.

En teoría.

—Pronto. —Bajó la cabeza y me dedicó una mirada mordaz.

—Pronto.

Pero acababa de romper con Morrison. ¿Y si lo que sentía no era correspondido? ¿Y si la asustaba por lanzarme demasiado pronto? ¿Y si me lanzaba y me rechazaba?

¿Era el temor a parecer que me aprovechaba de su ruptura con Luke lo que estaba haciendo que me reprimiese? ¿O tenía miedo de asustarla al haber malinterpretado las cosas? ¿O temía que me rechazara? Eso era algo con lo que jamás había lidiado y me daba más miedo de lo que me atrevía a admitir.

A lo mejor era todo lo anterior.



Bailey

Estaba teniendo un día maravilloso. Primero, había convencido a mi profesor de astronomía para que me permitiera cambiar las horas de la clase, alegando conflictos de horario imprevistos (e inexistentes), con el periódico de la universidad. Aún tenía que hacer el examen final con mi clase actual, que incluía a Luke, pero el profesor Walsh había aceptado que asistiera a las clases del jueves por la mañana en su lugar. Casi salí bailando de su oficina. Sentí como si me hubieran quitado un peso enorme de encima.

Entonces, Noelle nos llevó a Zara y a mí a nuestro restaurante favorito fuera del campus para que disfrutáramos de unas ensaladas carísimas pero deliciosas, del tamaño de nuestras cabezas.

—No hacía falta que me invitaras a comer —le dije a Zara, y lo decía de verdad. Era difícil justificar gastarse quince dólares en una ensalada, pero mi inmensa ensalada César con pollo era como tener el paraíso en un bol. De algún modo, las ensaladas siempre sabían mejor cuando las preparaba otra persona.

Ella se encogió de hombros mientras probaba su ensalada

tailandesa de fideos picantes.

—Es lo menos que puedo hacer después de que aceptaras cubrir el partido de vóley de mañana por la noche con tan poca antelación. De nuevo.

—No me importa.

En teoría había hecho planes con Chase. Me había invitado al cumpleaños de Tyler, pero no puso objeciones cuando le advertí que llegaría un poco tarde. Al menos el partido empezaba pronto, así que terminaría a una hora razonable.

—Sabes que habría ido yo sin pensarlo —dijo—, pero nadie leería un artículo de deportes escrito por mí. Mis conocimientos se reducen a que la pelota debe pasar por encima de la red.

Me reí.

—No pasa nada. Además, mañana por la noche tienes una cita, ¿no? ¿Cómo van las cosas con Caleb?

Caleb era su cita de Tinder de la semana anterior, un veterinario un poco mayor que nosotras con una hija de tres años. Era diferente a los chicos con los que solía salir, pero quizá eso fuera algo bueno. Por lo general, Zara gravitaba hacia los malotes, lo que siempre acababa en rupturas malas.

—Increíble. —A Zara le brillaron los ojos. Nunca la había visto mostrar tanta emoción por alguien.

—Es su tercera cita —canturreó Noelle—. Alguien va a tener suerte esta noche…

Zara se sonrojó; era la primera vez que la veía tan avergonzada.

—Bueno, a lo mejor. Nos lo estamos tomando con calma.

No estaba segura de que pudiera ir más despacio que Chase y yo, que aún no habíamos aclarado nuestras intenciones. Estaba bastante segura de que el otro día estuvo a punto de besarme, pero ahora dudaba de mí misma. Quizá solo me veía como una amiga y flirteaba por diversión. Era difícil de saber con él.

Arg.

Este limbo en el que nos encontrábamos era excitante y agotador.

—Me pondré tapones en los oídos esta noche por si acaso —comentó Noelle.

Las mejillas de Zara se tiñeron de un tono más oscuro de rojo.

—No es mi culpa que las paredes sean finas.

—Hablando de eso —dije—. Puede que esto os parezca un poco precipitado, pero ¿habéis pensado en dónde vais a vivir el año que viene?

Una ráfaga de viento atravesó la puerta abierta y nos quedamos heladas. Me puse la bufanda y deseé que hubiéramos escogido una mesa más cercana al fondo del local.

—La verdad es que no. —Noelle sacudió la cabeza—. Todavía queda mucho tiempo. Depende de lo que ocurra con el alquiler, supongo. El año pasado, la casera nos lo subió un diez por ciento, así que, si vuelve a hacerlo, quizá busquemos otro sitio en el que vivir. ¿Por qué lo preguntas?

Tragué el bocado de comida.

—Me preguntaba si querríais buscar uno con tres habitaciones.

—Eso sería genial —dijo Noelle—. Nos lo pasaremos superbién.

Zara le dio un trago a su té helado y asintió. Dejó el vaso sobre la mesa al tiempo que una expresión de desconcierto se adueñaba de su rostro.

—Pero espera. ¿Por qué no quieres quedarte con Amelia y Jillian?

—Eh… Las cosas no van bien entre nosotras últimamente.

—¿En serio? —Noelle frunció el ceño—. ¿Qué ocurre?

—¿Qué no ocurre, más bien? —Resoplé—. Todos me odian por culpa de Luke. Y utilizan a Chase como excusa para hacerlo, ya que se supone que es el enemigo número uno de nuestro equipo.

—Eso no tiene ningún sentido. Luke cortó contigo. Y tú eres libre. —Zara apuñaló la ensalada de fideos con violencia.

—A mí me lo vas a decir —contesté—. Pero es tan incómodo que ya no quiero vivir allí. Si pudiera permitirme alquilar algo yo sola, saldría de allí mañana mismo.

Noelle hizo una mueca.

—Menudo asco, B. Lo siento. No sé por qué se comportan de una

forma tan asquerosa.

—Supongo que Luke es el cabecilla del grupo. Todos hacen lo que él diga.

—¿Y qué pasa con tu hermano? —preguntó Zara—. ¿No te defiende?

Suspiré.

—No… Eso es otra historia completamente distinta.

No quería meterme en eso ahora mismo. O quizá nunca. Esperaba que Derek entrara en razón y cortara con Jillian. De momento, no podía mirar a ninguno de los dos a la cara.

—En fin —dije—, si conocéis a alguien que necesite una compañera de piso, avisadme. Me lo pensaré. La cosa en casa está bastante jodida.

Noelle sonrió.

—Me alegro de que tengas a Chase para distraerte.

Ahora era mi turno de sonrojarme.

—Solo somos amigos.

O eso creía.



Capítulo 19

Todo lo que quieras

Bailey

El partido de voleibol acabó con una victoria de Callingwood por 3 a 2. En teoría, un marcador tan ajustado como ese debería ser el resultado de un partido emocionante. En la práctica, no tenía ni idea de lo que había ocurrido. Había tomado apuntes, pero de forma completamente automática. No podía sacarme de la cabeza que Chase iba a venir a recogerme. Estaba atrapada en un bucle de emoción, miedo, incertidumbre y lujuria, que cambiaba tan a menudo como los colores parpadeantes de unas luces de Navidad. No sabía si lanzarme a los brazos de Chase o correr en la dirección opuesta. Una parte de mí quería besarle para ver qué ocurría, pero otra estaba convencida de que era una malísima idea. Peor todavía era que no estaba segura de si importaba que lo fuera.

En otras palabras, estaba hecha un lío.

Chase ya me estaba esperando en la zona de carga y descarga mientras yo atravesaba la multitud de espectadores que merodeaban alrededor de la salida de las puertas de cristal del estadio. Subí a su

camioneta y me abroché el cinturón. La idea cobró más fuerza cuando lo vi de cerca. Pero si quería volver a besarme, ¿no lo habría hecho ya? Había tenido muchas oportunidades.

Mi atención se desvió hacia su teléfono. Estaba en el espacio entre los asientos, y las notificaciones no dejaban de llegar. Estaba en silencio, pero la pantalla no paraba de encenderse con mensajes cada pocos segundos.

Vale.

No debería sorprenderme.

Chase bajó la mirada mientras posaba la mano sobre la palanca de cambios, pero se detuvo antes de meter la marcha para arrancar el coche.

—Joder… —Puso los ojos en blanco y negó con la cabeza—. ¿Te importa si le respondo a Ward un momento para que me deje tranquilo? Acaba de pasarme una oferta increíble de *hockey* que expira en una hora y me está haciendo una cuenta atrás cada tres minutos. Capullo.

Me invadió la culpa por haber pensado lo peor de él.

—Claro —dije—. Adelante.

—Estoy seguro de que está un poco borracho —añadió Chase—. No suele ser tan pesado.

Crucé las piernas y me giré para mirarle.

—¿De qué es la oferta?

—No lo sé. —Se pasó una mano por el pelo oscuro—. Ni siquiera la he mirado. Estaba saliendo de casa y no quería llegar tarde a recogerte. Lo siento. Serán dos segundos.

En realidad, Chase solía ignorar el teléfono casi siempre. Cuando estábamos juntos, estaba presente de verdad y me prestaba toda su atención. Era más de lo que podía decir de la mayoría de gente que conocía, fueran amigos o lo que fuesen.

—No me importa, pero me la tienes que enseñar. Tengo curiosidad por saber qué te ofrecen.

Chase desbloqueó el teléfono y leyó el mensaje.

—Ja. —Resopló—. Ya claro. —Sostuvo el móvil para que pudiera

ver la pantalla.

La observé un momento.

—¿Cómo es el resto del equipo?

Cogió el móvil y navegó por la pantalla unos segundos antes de tendérmelo de nuevo. Era evidente que él sabía más de *hockey* que yo, pero no estaba de acuerdo con su conclusión.

—No sé —dije—. Yo aceptaría.

Me miró dubitativo.

—¿Smith por Taylor? Ward intenta joderme.

—Taylor está sobrevalorado, y ha empezado mal la temporada. ¿Has visto sus estadísticas más recientes? No ha jugado bien desde que lo cambiaron por Petrov la temporada pasada. No creo que vaya a cambiar.

«Buen trabajo, Bailey. Demuestra que eres una friki de los deportes. A los tíos les encanta». Ya había abierto la caja de castigo de Pandora, así que era demasiado tarde.

Chase miró la pantalla y luego a mí.

—Sigue hablando… —Frunció el ceño con los ojos oscuros pensativos.

—A Smith lo han subestimado. Le costó desarrollar su estilo al principio, pero en los últimos seis meses ha demostrado que tiene mucho potencial. Creo que va a sorprender esta temporada. Además, Dallas ha incluido una elección de primera ronda del *draft* con la oferta. Con el partido contra Richardson a la vuelta de la esquina, yo la aceptaría sin dudarlo. —Dejé de parlotear y respiré hondo.

Me preparé para recibir una respuesta negativa en tres, dos, uno…

Esperé a que me llevara la contraria como hacían Luke y la mayoría de los chicos. A que me soltara todas las razones por las que mi opinión era errónea o estúpida. Derek era el único capaz de mantener un debate medianamente civilizado cuando se trataba de deportes. Y, aun así, cuando no tenía más argumentos, siempre recurría a recordarme que él era el que jugaba al *hockey.*

Chase inclinó la cabeza y me miró como si fuera un alienígena. Una sonrisa se le dibujó en el rostro.

—¿Sabes qué? —Se encogió de hombros—. Aceptaré.

Me estalló el corazón.

—Espera, ¿en serio? —Estaba segura de que había oído mal.

—James, acabas de demostrar que tienes más conocimientos sobre *hockey* que la mitad de los tíos del equipo. Tiene muchísimo sentido.

Creo que este fue el momento en que me enamoré de él, pero nunca lo admitiría.

—Además —añadí—, si aceptáis el intercambio y tengo razón, Dallas se enfadará por no haberlo hecho él mismo.

Chase esbozó una sonrisa picara.

—Me gusta cuando te pones técnica conmigo. —Hizo un gesto hacia el teléfono—. Hay mucho dinero en juego, así que, si gano una buena suma, te compraré algo bonito.

—Me conformo con un chocolate caliente.

—Te llevaré a por uno siempre que quieras.

El pelo oscuro le cayó sobre la frente mientras le escribía a Dallas con el ceño fruncido por la concentración. Su perfección resultaba casi irritante, pero bajo esa fachada había contradicciones que no lograba descifrar. De lejos era pura arrogancia, pero de cerca había también ternura y fragilidad.

El hombre, el mito y la leyenda, y, aun así, era humano.

No sabía qué pensar al respecto.

No sabía qué estábamos haciendo.

—Sabes patinar, ¿verdad? —Volvió a dejar el móvil entre los asientos. Ya no se iluminaba constantemente, lo que me confirmó que mi teoría inicial (que se trataba de un montón de chicas escribiéndole) tal vez había sido apresurada.

—¿Por qué?

—Por curiosidad. Puede que me guste hacer planes con antelación. Pero si no sabes… puedes admitirlo —dijo con una risita juguetona. Metió primera y puso el intermitente para salir de la zona

de carga y descarga. Esperamos mientras hileras de gente pasaban a nuestro alrededor, bloqueando la salida.

—¿Con quién te crees que estás hablando? —pregunté—. Patino desde que tenía tres años.

—¿Patinaje artístico? —Cuando se despejó la vía, se metió en la carretera en dirección a la autovía.

—Pff, no. *Hockey.*

Me miró de reojo esbozando una sonrisa.

—¿Jugabas a *hockey*? Qué pasada.

—Hasta que llegué a secundaria. Tampoco jugaba tan bien. Aunque no patinaba mal. De hecho, era bastante buena. El problema era el resto de las cosas, como manejar el palo.

—Podría enseñarte a manejarlo.

Ahogué una risa.

—Carter.

—¿Qué? —Abrió los ojos con inocencia fingida—. Sabes, creo que tú eres la de la mente sucia, James.

A lo mejor era cierto.



Veinte minutos más tarde, caminamos por la acera hacia la casa de Chase. La calle estaba llena de coches y los bajos de la música de la fiesta resonaban hasta la calzada.

Miró hacia la ventana delantera, que tenía vistas al salón repleto de gente.

—Guau. Sí que se ha llenado desde que me he ido.

—Ah —dije, porque los nervios se habían apoderado de mí y no pude formular una respuesta con sentido. ¿Qué hacía yo en esta fiesta de Boyd, de todas formas? No conocía a nadie aparte de a Chase, y un poco a Shiv y a Dallas. Y no esperaba que Chase fuese a cuidar de mí toda la noche.

Abrió la puerta de cristal y la sostuvo para que entrara.

—¿Estás lista para confraternizar con el enemigo?

—No lo sé —dije, y lo miré con incertidumbre en el rostro—. ¿El enemigo es majo?

A lo mejor eran mejores que mis supuestos aliados. No les costaría mucho después de lo ocurrido los últimos días.

—Nah, somos horribles —respondió, y me guio hacia la cocina—. Vamos a por algo de beber.

Atravesamos el pasillo y dejamos atrás el comedor lleno de gente que no reconocía. El pánico que sentía no hacía más que incrementarse.

—¿Shiv está aquí? —pregunté, escudriñando entre la multitud—. Siento que voy a necesitar refuerzos femeninos para aguantar esto.

—Claro —dijo él—. No sé dónde, pero podemos buscarla.

Mientras entrábamos en la cocina, Dallas apareció por la puerta trasera.

—Carter —dijo, y le dio una pistola de aire comprimido—. Justo la persona a la que estaba buscando. Nos hemos quedado sin cerveza.

—¿Cómo cojones…? —dijo Chase gesticulando—. Ni siquiera han pasado dos horas, Ward.

—No han durado tanto como esperaba. —Dallas se encogió de hombros y se apoyó en la encimera de la cocina. Iba un poco entonado, lo que explicaba la pésima oferta que le había hecho a Chase.

Él suspiró.

—¿Llevas una hora acosándome a mensajes y no se te ocurrió decírmelo?

—Creía que había más en la nevera de cerveza del garaje. Pero no hay, y eres el único que está lo bastante sobrio para conducir. —Dallas le dio una lata de cerveza. En efecto, estaba borracho—. Gracias, tío.

—No podéis planear nada bien, panda de capullos. —Chase bajó la mirada hacia mí con expresión pesarosa—. Perdón. ¿Quieres venir conmigo?

Shiv entró desde el patio y cerró detrás de ella.

—O puedes quedarte aquí conmigo. Dal irá con Chase. Estábamos a punto de empezar un juego de beber. Creo que aún queda una cerveza en la nevera.

—Me quedaré —dije—, pero tengo que beber poco a poco. No creo que Chase quiera que se repita la noche en la que nos conocimos. —Lo miré con una sonrisa.

Él se rio y me dio un apretón en los hombros.

—Bueno, al menos nos ha traído hasta aquí.



Media hora más tarde, acabamos la primera ronda de un juego de beber durante la que bebí agua en lugar de cerveza porque temía que se repitiera el incidente de XS. El sótano comenzó a vaciarse de gente hasta que me quedé a solas con Shiv y Aaron, un jugador de los Falcons de segundo curso.

—No tenía muy claro qué estudiar, pero me decanté por la psicología cuando me trasladé a Boyd este año.

De pronto, se escuchó el ruido de cristales al quebrarse en la planta superior.

—Dios mío —murmuró—. Os juro que a veces…

—¿Necesitas ayuda? —me ofrecí, haciendo ademán de levantarme.

—Tranquila, vuelvo enseguida.

Aaron se volvió hacia mí.

—¿Tú también estudias periodismo? He oído que el laboratorio de noticias de Callingwood es una pasada.

—Lo es —dije—. Pero se supone que las conexiones con los exalumnos de Boyd son las mejores para conseguir empleo tras la graduación.

—Sí —contestó—. A mi amigo lo contrataron…

Una larga sombra apareció y bloqueó la luz en la parte de arriba

de la escalera, como un eclipse solar. Ambos nos giramos para ver a un enorme jugador de *hockey* en el umbral. Chase levantó las cejas, pero no dijo nada. No hacía falta.

Aaron palideció.

—Eh, creo que me he dejado algo en el salón. —Pasó corriendo junto a Chase, subiendo los escalones de dos en dos.

Chase se acercó balanceando las cervezas que llevaba en la mano.

—¿Qué pasa?

—Eres insoportable…

—Eso dicen. —Abrió uno de los botellines y me lo ofreció—. Pero he visto a Shiv arriba y no te encontraba. Estaba preocupado.

—Shiv había subido a limpiar los restos de un vaso roto. Aaron y yo estábamos hablando de la universidad.

—Segurísimo. —Chase sonrió con ironía.

—También estudia periodismo —dije, y le sostuve la mirada—. Pero si no te conociera, diría que estás celoso.

Se encogió de hombros, pero no lo negó.

—Solo señalo lo obstinados y depravados que son la mayoría de los tíos.

—¿Eso te incluye a ti?

Se acercó más y me miró de una forma que despertó algo en mí que no tenía nada de inocente.

—Nena, soy el más guarro de todos.

Me reí.

—Lo sé.

—Bueno. —Chase le dio un trago a su cerveza y observé el movimiento de su nuez.

Me quedé mirándole los labios un momento, cuando una chispa de deseo se prendió en mi interior.

Chase se aclaró la garganta y prosiguió.

—He venido a preguntarte si pensabas quedarte o si querías que te llevara a casa más tarde.

El corazón se me paró de golpe como un coche viejo y oxidado.

—¿Quedarme aquí? —Puede que hubiera metido alguna cosa extra en la bolsa por si se daba el caso, pero no creía que fuera a ocurrir.

—Como amigos, James. Pero si prefieres irte a casa, dejaré de beber después de esta para poder llevarte. Es mi primera cerveza.

Me mordí el labio, pensativa. Estaba más que segura de que, si me quedaba, no sería como amiga, a pesar de que me lo hubiera garantizado.

¿Quería eso? Por supuesto. Pero también estaba un poco asustada. Vale, estaba muy asustada.

—No necesito una carabina para volver a casa.

Se apoyó contra la pared y se le marcaron los bíceps cuando se cruzó de brazos.

—Hay una mancha azul en mis zapatillas favoritas que sugiere lo contrario.

Gruñí y me invadió la vergüenza.

—No lo sé.

Su mirada se encontró con la mía, inquisitiva, tentadora. Quería decir que sí.

—Venga. —Me tocó un pie con el suyo—. Dejaré que vuelvas a ponerte mi camiseta de los Falcons.

—Jamás —dije—. Antes dormiría desnuda.

Pretendía sonar picara, pero sonó fatal. Le eché la culpa a tenerlo tan cerca, porque mi cerebro era un caos absoluto.

Bajó la voz hasta que sonó ronca.

—Considéralo hecho.

—Carter. —Entrecerré los ojos.

—James. —Me imitó, pero no pudo permanecer serio. En su rostro se dibujó una sonrisa entrañable—. Además, si te quedas, te machacaré jugando a videojuegos más tarde.

—Vale —dije—. Pero que sepas que soy yo la que te va a patear el culo a ti. Otra vez.

—¿Ah, sí? —Levantó las cejas y sus ojos de color café bailaron—. Hagámoslo interesante. Si te gano, tendrás que volver a ponerte mi

camiseta de los Falcons esta noche.

—¿Y qué gano yo si pierdes?

Nos miramos fijamente y me dedicó una sonrisa juguetona.

—Lo que quieras.



Capítulo 20

Sin prisa

Bailey

Siobhan bajó las escaleras con una copa en la mano.

—Perdón —dijo—. No hago más que insistir en que se usen vasos de papel, pero ¿escucha alguien? No. Te lo juro, un día de estos voy a sustituir todo lo que hay en esta casa por cosas de plástico. —Nos miró a Chase y a mí. Se quedó parada a mitad de escalera y se le escapó una sonrisa traviesa—. Sabes, acabo de recordar que tenía que ir…

Chase sonrió.

—Tranquila. Estábamos a punto de subir.

—Sip —confirmé.

Antes de que pudiera darme cuenta, me había tomado de la mano y había enlazado sus dedos con los míos, cálidos y seguros.

—Vamos —me dijo—. Te presentaré a todo el mundo.

Varias horas y dos vasos rotos después, Shiv y yo estábamos repanchíngadas en el sofá del salón, hablando, mientras los chicos jugaban al *beer pong* en el sótano. Había otras personas repartidas

por el salón, charlando y bebiendo mientras miraban de reojo un partido de la NBA que se retransmitía en la tele.

—¿Te has cambiado de universidad este año? —le pregunté.

—Sí. —Sus ojos azul verdoso recorrieron la sala en busca de alguien que estuviera escuchando. Se acercó más y bajó la voz hasta que fue un susurro—. Cuando rompí con mi ex, se le fue la olla. No dejaba de presentarse en mi habitación y la universidad no hacía nada para remediarlo. Al final, cambiarme de universidad fue la única opción.

Me sentía algo identificada con ella, aunque Luke no había llegado hasta ese punto. Pero si aparecía en mi casa para otra cita de parejitas, le golpearía con una sartén.

—Eso es horrible. —Le dediqué una mirada empática.

—Pero también es vergonzoso —añadió Shiv en voz baja antes de darle un traguito a su *gin-tonic.* Frunció los labios pintados de magenta oscuro—. ¿En qué momento se me ocurrió salir con alguien que estaba tan loco? Ese es el motivo por el que, cuando la gente me pregunta, les digo que me cambié para estudiar otra carrera.

—No eres la responsable de su comportamiento —dije—. Mi ex tampoco es un angelito, la verdad. A veces las personas ocultan quienes son en realidad y es difícil ver a través de la fachada.

¿Era eso lo que me sucedió con Luke? ¿O había ignorado las señales de alarma desde el principio? Como alumna de primer curso, había sido inexperta e ingenua; deslumbrada por la idea de ser la novia de un jugador de *hockey* atractivo y popular. En retrospectiva, reconocía muchas de las pequeñas señales de advertencia. También distinguía otras que no habían sido tan pequeñas.

Shiv se encogió de hombros y bajó la mirada. Empezar de nuevo resultaba difícil, sobre todo en una ciudad nueva. Si no tuviera a Zara y Noelle, estaría a la deriva en cuanto a mi vida social. Mierda, de algún modo, aún lo estaba.

—¿Qué tal en Boyd de momento? Efe oído cosas buenas de la uni.

—Es un poco duro. La mayoría de la orientación va dirigida a los

alumnos de primero, casi esperan que los de segundo ya se hayan acomodado.

—El semestre acaba de empezar —dije—. Estoy segura de que mejorará una vez empieces a hacer proyectos de grupo y ese tipo de cosas.

—Eso espero. —Suspiró y se pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja—. Conocí a Dallas en el gimnasio durante el verano pasado, pero me ha costado conocer a otras chicas. Y la mayoría de los chicos del equipo no tienen novia.

Una punzada de empatía me golpeó, porque sabía lo que era estar al margen.

—Deberíamos salir a comer juntas algún día.

—¿En serio? —A Síobhan se le iluminó el rostro—. Me encantaría.

—James —clamó Chase con voz grave, autoritaria y áspera.

Siobhan se quedó helada. Su mirada confusa era un reflejo de la mía. Nunca le había oído utilizar ese tono antes, y menos todavía conmigo. Unos pasos pesados resonaron desde el pasillo.

Cruzó la habitación a toda prisa y me miró mientras cerraba la distancia entre nosotros.

—Perdona, Shiv, necesito que me la prestes un momento.

—No pasa nada —respondió ella, levantándose—. Voy a ganar a Dal en el *beer pong.*

Chase me agarró del codo y me guio de forma apresurada hacia el comedor, oscuro y vacío. Me puso su móvil entre las manos y se apoyó contra la mesa, con mirada expectante.

Alcé la mirada hacia él y analicé su rostro.

—¿Qué pasa?

—¿Eres consciente de lo que ese capullo va diciendo de ti por ahí? —Señaló la pantalla iluminada con la mandíbula tensa.

Fruncí el ceño y la miré fijamente. Parpadeé despacio mientras asimilaba lo que acababa de leer. Era una captura de pantalla de un mensaje de Luke donde afirmaba que aún nos veíamos en secreto. Concretamente, me describía como «una más del montón».

Cabrón mentiroso.

Se me pusieron los pelos de punta.

—¿De dónde has sacado esto?

—No todos somos enemigos —dijo—. Y tu capitán no le cae bien a todos los del equipo.

—¿Cómo quiénes?

Se encogió de hombros.

—Palmer, Reed. Jugué en las ligas menores con ellos, y no soportan a Morrison.

—Hostia —contesté—. No tenía ni idea.

—No es algo que puedan decir en voz alta si quieren salir al campo. Pero ese cabrón ha dicho esto en un grupo con casi todo el equipo dentro, menos tu hermano, así que en este caso no sabrá quién lo delató.

¿Todo el equipo? Sentí cómo la rabia se encendía en las profundidades de mi estómago, a punto de estallar.

Entonces me controlé. No. Nop. En absoluto.

No permitiría que Luke me sacara de quicio y me estropeara la noche, sobre todo cuando estaba con Chase. Presioné los labios y exhalé por la nariz para deshacerme de todos los pensamientos que giraban en torno de Luke. Atrás, demonio.

Le devolví el móvil a Chase.

—Por un momento pensé que te habías enfadado conmigo.

—No. —Frunció las cejas y su tono se suavizó—. Los músculos del cuello se le marcaban tensos y respiraba de forma entrecortada. Una fuerza y un poder apenas contenidos emanaban de él, como si fuera un depredador a punto de lanzarse al ataque.

Parecía diez veces más grande cuando se enfadaba.

—¿Por qué crees que lo ha escrito? —Agarraba el teléfono con tanta fuerza que parecía que iba a destrozarlo con la mano.

—¿Estaría aquí si fuera cierto?

—Sé que no es verdad, James. Por eso estoy tan furioso. —Aún me sostenía el codo con suavidad, como si se hubiera olvidado soltarme—. Morrison suelta toda esa mierda porque tiene un problema conmigo.

Destrozar mi reputación era exactamente lo que Luke haría, sin importarle que fuera la hermana de su amigo. Solo pensaba en venganza, no en lógica; en rencor, no en cordura. Aunque resultaba extraño, considerando que estaba con Sophie. ¿Acaso quería que ella creyera que la engañaba? ¿O simplemente no le importaba? Tenía demasiadas preguntas, pero lo cierto es que las respuestas no me interesaban ni lo más mínimo.

—Lo es —asentí—. Pero ¿a quién le importa lo que diga?

La mandíbula de Chase se contrajo y su mano se cerró con más firmeza alrededor de mi brazo.

—A mí me importa.

—¿Por qué? Es un tío patético. —Debería haber estado furiosa, o triste. Pero no quería librar una guerra contra Luke; quería que se esfumara. Para siempre.

Entreabrí los labios de la sorpresa cuando Chase retiró la mano de mi codo y la posó en la parte baja de mi espalda. Me atrajo hacia él y me hizo girar para que lo mirara a los ojos. Tras la ira de su mirada se asomaba algo más sutil: ternura mezclada con deseo.

—Porque te quiere provocar.

—Solo me provocará si dejo que lo haga —dije—. Además, cualquiera a quien le importe, sabrá que es mentira.

Tal vez debería haberme enfadado, pero era más absurdo que otra cosa. En especial cuando tenía páginas enteras de mensajes de Luke a altas horas de la noche en los que me rogaba venir para «hablar» seguidos de mis repetidas respuestas rechazándole. No me faltaban pruebas para demostrar que esa publicación era falsa, pero ni siquiera sentía la necesidad de tener que justificarlo.

Además, estaba algo más que un poco distraída ahora mismo. La mano de Chase seguía en mi espalda y su aroma me envolvía. La cercanía de nuestros cuerpos era exponencialmente más emocionante, tanto física como emocionalmente, que cualquier mensaje que pudiera recibir.

—Aun así. —Negó con la cabeza y volvió a bajar la mirada al móvil. Se le nubló el rostro como si fuera a descargar su ira sobre la

siguiente pobre persona que se cruzara con él—. Voy a destrozarlo en el hielo.

Le acaricié el pecho.

—Carter.

Levantó la cabeza. Nuestros ojos se encontraron y algo hizo clic en mi interior. Su expresión se relajó y pasó de una mirada asesina a una cabizbaja.

—Puedes hacerlo si quieres. Pero estoy bien —dije, y posé las palmas de las manos en su camiseta negra. Notaba cómo le latía el corazón bajo ellas, fuerte y regular—. De verdad.

Además, si la felicidad era la mejor venganza, entonces iba ganando.

—Sigue sin gustarme —gruñó Chase. Bloqueó el móvil y se lo deslizó en el bolsillo trasero. Luego hizo girar nuestros cuerpos hasta colocarse frente a mí con la mesa del comedor a mis espaldas.

Me quedé sin aliento mientras colocaba las manos a mis costados y extendía los largos dedos por mis caderas. Tomó aire y bajó la cabeza para encontrarse con mi mirada.

—Lo siento —dijo, con voz suave—. No quería perder la cabeza, lo creas o no, casi nunca me ocurre.

—No pasa nada. —Coloqué las manos en sus bíceps y se los acaricié con delicadeza con los pulgares. Tenía los músculos tensos bajo la piel, cálida y suave.

Me miró un largo rato.

—¿Quieres volver a la fiesta?

¿Quería? La verdad era que no. Una habitación oscura y silenciosa con él era infinitamente más atractiva.

Me encogí de hombros y disimulé una sonrisa.

—No tengo prisa.

La expresión de Chase se tornó hambrienta y predatoria.

—Yo tampoco.

Deslizó la mano por el dobladillo de mi camiseta y los dedos se colaron hasta tocar la piel desnuda antes de tirar de mí hacia él. Una oleada de calor me inundó el cuerpo. Bajó la cabeza hasta que

quedó tan cerca que nuestras bocas casi se tocaron. Casi. Se quedó ahí, provocándome, esperando a que yo cerrara el espacio entre nosotros. Respiré su aroma, me sumí en la cercanía de la calidez de su cuerpo. Luego incliné la cabeza y nuestros labios se juntaron para derretirse al instante en un beso profundo.

Se me escapó un gemido cuando su lengua rozó la mía para adentrarse más en mi boca. Me acarició la mandíbula y deslizó la mano hasta mi nuca. Me agarró por la raíz del pelo para sujetarme la cabeza y acercó su boca a la mía, profundizando el beso hasta que me perdí por completo.

Me recorrió una oleada de placer, como nunca había sentido. Era embriagadora y excitante, implacable y persistente y se volvía más intensa con cada movimiento de su lengua.

Deslicé las manos por la parte baja de su espalda y apoyé las palmas sobre sus músculos. Chase respiró jadeante y me agarró por la parte de atrás de los muslos para sentarme sobre la mesa. Entonces, se abrió paso entre mis rodillas y se colocó entre mis piernas hasta que nuestros cuerpos se pegaron, creando una deliciosa fricción donde nuestros cuerpos se rozaban.

El calor se acumuló en mi entrepierna, deseosa y necesitada, mientras se apretaba contra mí. Le atrapé el labio inferior entre los dientes y un gruñido gutural manó de su pecho. Me acarició el estómago desnudo con las puntas de los dedos, trazó la cinturilla de mis vaqueros y sentí que el pulso se me aceleraba entre los muslos.

Las risas que llenaban el salón me devolvieron al presente. Me había olvidado de dónde estábamos.

Rompimos el beso, sin aliento. El corazón me latía con fuerza.

Negó con la cabeza y dijo con voz ronca:

—Me estás matando, James.

—¿Por qué? —susurré.

Chase bajó la cabeza y trazó una hilera de besos por mi cuello.

—Porque no quiero parar, pero si sigo besándote —murmuró con el aliento sobre mi piel—, no estaré en condiciones de estar rodeado de gente durante un buen rato.

Se echó hacia atrás y se arregló el pelo con una sonrisa juguetona.

—Más tarde será una historia distinta.



Tras haberse distraído un poco con nuestra sesión de besos inesperada, comida y videojuegos, el humor de Chase mejoró de forma significativa. Pero le machaqué en el NHL una vez más, y también a Dallas.

Chase y Tyler lo encontraron muy divertido. Siobhan disimuló algunas risitas, o al menos lo intentó. Y Dallas estaba furioso, lo que solo hacía que todo fuera mucho más gracioso.

—Oh, ¿quieres agua para apagar ese fuego? —Tyler se rio y tomó un trago de su cerveza—. Os ha dado una lección a los dos.

—¿Cómo? —Dallas lanzó el mando blanco sobre el sillón de cuero vacío junto a él y se golpeó la pierna. Se giró hacia Chase y hacia mí y lanzó las manos al aire—. ¿Qué acaba de pasar?

Chase se encogió de hombros y le dedicó una sonrisa perezosa.

—Estoy bastante seguro de que es una bruja.

—Eso es lo que pasa cuando creces con tres hermanos mayores.

—Quiero la revancha —declaró Dallas, que volvió a coger el mando. Navegó por el menú principal y abrió los ajustes—. El juego está amañado —masculló, y miró la pantalla con los ojos entrecerrados—. Le pasa algo.

Siobhan puso los ojos en blanco desde el sillón mientras se enroscaba un mechón de pelo alrededor del dedo.

—Menos mal que eres guapo, Dal.

—A veces está bien perder, Ward. —Tyler estiró las piernas en la otomana sin molestarse en ocultar una sonrisa.

Dallas negó con la cabeza.

—Yo nunca pierdo.

—En realidad, estoy cansada. —Reprimí un bostezo y me

pregunté si Chase vendría a la cama cuando yo lo hiciera o si se quedaría con sus amigos como Luke siempre hacía.

Chase me miró.

—¿Quieres que nos vayamos a dormir?

—Creo que sí.

Dejó el mando sobre la mesa de café y se levantó, estirando los brazos. La camiseta negra se le subió un poco y dejó ver un atisbo de sus abdominales marcados que me esforcé en ignorar. Aunque después de que me hubiera presionado con su cuerpo, ya sabía que sus abdominales eran es-pec-ta-cu-la-res.

—Sí —dijo—. Me parece bien. Vámonos.

Ante eso, unos pequeños cohetes artificiales se dispararon en mi estómago. Nos íbamos a la cama, juntos.

Me impulsé del sofá para levantarme y me dirigí a la salida de la habitación con Chase detrás de mí.

—Hasta luego, perdedores —les dijo a los chicos mientras subíamos las escaleras—. Nos vemos, Shiv.

—Esto no ha terminado, James —exclamó Dallas—. Mañana quiero la revancha.

Chase se rio con un gruñido grave y profundo que le resonó en el pecho. Empezamos a subir las escaleras y me colocó una mano en la parte baja de la espalda para susurrarme en el oído:

—Sabes que Ward va a pasarse la noche jugando, ¿verdad?

Un cosquilleo me recorrió la espalda y los brazos cuando sentí su aliento sobre la nuca, pero intenté actuar normal. Palabra clave: intenté.

—¿Estás diciendo que es un mal perdedor? —pregunté en voz baja—. No me lo esperaba.

—No es nada personal —dijo—. Y tampoco es porque seas una chica. Es que nadie le ha ganado nunca. Y eso es lo que lo hace tan guay.

Chase dejó la mano en mi espalda mientras caminábamos por el pasillo. Me estaba muriendo por dentro, de la mejor forma posible. Me siguió hasta su habitación y cerró la puerta detrás de nosotros.

En cuanto se cerró, me invadió una oleada de nervios. De pronto, estaba nerviosa y agitada como nunca lo había estado con él. Siempre había habido tensión sexual entre nosotros, pero la mayoría del tiempo se manifestaba a través del coqueteo y la cháchara, del jugueteo y el flirteo.

Ahora mismo, estaba más tensa que un muelle. Tras el beso de esta noche, todo era diferente. Había avanzado hacia la zona gris de la amistad. Habíamos manifestado la atracción que sentíamos el uno por el otro y la química entre nosotros era explosiva.

Encendió una lamparita en la mesita de noche que tintó la habitación de un tenue color amarillo. Entonces, se apartó de mí y sacó ropa de la enorme cómoda bajo la pantalla del televisor. Lancé la bolsa sobre la cama y rebusqué en su interior. Había traído una camiseta de tirantes limpia, ropa interior, unos pantalones cortos y, lo mejor de todo, un cepillo de dientes. Después de la primera noche que pasé con Chase, bajo unas condiciones desastrosas, poder lavarme los dientes esta vez sería un gran alivio.

La higiene era importante, después de todo. No porque volvería a besarle ni nada parecido, sino por, ya sabes… por si acaso.

Vale, hasta yo sabía que estábamos a punto de volver a besarnos. Esa era la razón por la que la tensión estaba por las nubes y yo casi había empezado a temblar.

—Sé que he perdido nuestra apuesta, pero aún puedes ponerte una camiseta. —Chase hizo un gesto con la cabeza hacia el alto armario junto a él—. Si quieres.

«Quieres». No necesitas.

¿Estaba mal que quisiera dormir con una camiseta suya, aunque me hubiera traído la mía?

Tal vez.

Y, aun así, iba a hacerlo.

—Hablando de eso —dijo—, ya que has ganado, ¿vas a reclamar el premio?

—Todavía no he decidido lo que quiero.

Sonrió.

—Puedo darte ideas.

Sentí que el calor me inundaba el cuerpo. Debía de tener las mejillas más rojas que nunca. Me guiñó un ojo y entró en el cuarto de baño, cerrando la puerta detrás de sí. Me senté en el borde de la cama e intenté recuperar el aliento.

La buena noticia era que ya no estaba cansada. La mala era que estaba tan emocionada que no iba a dormir jamás.

Y no tenía ni idea de lo que iba a ocurrir… si es que pasaba algo.



Capítulo 21

Eso creo

Chase

Bailey estaba en mi habitación por tercera vez y yo quería pellizcarme para asegurarme de que no soñaba. Siempre he dicho que a la tercera va la vencida, pero no tenía esperanzas de que fuéramos a acostarnos esa noche, y me parecía perfecto así. El simple hecho de pasar tiempo con ella, a solas, me producía una emoción que jamás había experimentado.

Mientras volvía a mi habitación con dos vasos de agua en las manos, Bailey salió del baño vestida con una de mis camisetas azul claro, de uno de los equipos juveniles en los que había jugado. La prenda se ceñía a las curvas de su torso de tal manera que casi sentí envidia de la tela. Y para colmo, la había combinado con unos pantalones que dejaban sus largas piernas al descubierto.

Algo bueno debí de haber hecho en la vida para acabar aquí.

Me acerqué a la mesita de noche y dejé ambos vasos antes volverme hacia ella. Cuando nuestros ojos se encontraron, no pude evitar que una estúpida sonrisa se dibujara en mi rostro.

—Mis camisetas te quedan mucho mejor que a mí.

Sus labios se curvaron en una sonrisa irónica.

—Lo que quieres es que me la quite.

Bueno, eso también era cierto. Aun así, me encantaba verla con una de mis camisetas.

—Puede que se me haya pasado por la cabeza…

Nos quedamos de pie, frente a frente, mirándonos bajo la tenue luz durante unos segundos. Desde abajo llegaban fragmentos de conversación y el sonido lejano de los videojuegos. Clavé los ojos en su boca y ella se mordió el labio inferior a la vez que se le nublaba la expresión. Estaba nerviosa, pero era difícil saber si era por la emoción del momento o por la ansiedad.

—James. —Di un paso adelante y le acaricié la barbilla con una mano. Su piel, delicada al contacto, resaltaba aún más frente a la rudeza de mis dedos marcados por el *hockey* y el gimnasio.

Alzó la mirada bajo sus pestañas oscuras, con los ojos muy abiertos. Su respiración era suave y entrecortada, como si estuviera nerviosa o excitada, o tal vez ambas.

—¿Sí?

—No tenemos que hacer nada si no estás lista.

La deseaba tanto que me dolía, literalmente, pero lo más importante era que todo saliera bien. Mientras tanto, me dedicaba a acumular una lista interminable de todo lo que pensaba hacerle más adelante.

Además, tenía la corazonada de que, con paciencia, lograría desarmar sus resistencias… y estaba seguro de que valdría la pena.

—Lo sé —dijo con suavidad, y me rodeó el cuello con los brazos —. Pero ¿y si lo estoy?

La sangre abandonó mi cerebro. No aguantaba más. Estaba acabado.

Me mordí el labio inferior, en un intento de recuperar el control. Había accedido a esto con la idea de que solo dormiríamos juntos esta noche; pensaba que sería lo mejor, porque no quería que se asustara después si llegábamos a más.

Pero ningún tío en su sano juicio podría mirarla y decirle que no. Y yo no estaba en mi sano juicio la mayoría del tiempo, menos todavía cuando estaba con ella.

Mi voz sonó ronca.

—Creo que necesito que me deletrees las cosas. No quiero empujarte a nada que no quieras.

—Está bien —susurró. Tenía los ojos nublados y los párpados pesados—. ¿Podemos besarnos y ya está? ¿Enrollarnos un poco?

—Por supuesto —murmuré, y le pasé el brazo por la espalda.

Su expresión se tornó seria y levantó la mirada hacia mí, vacilante.

—Sin sexo.

—Tú eres la que está al mando. Jamás te presionaría.

Cerró los párpados cuando deslicé la mano por su cuello y posé mis labios sobre los suyos. Un suspiro suave se le escapó al entreabrir la boca, y me recibió con calidez. Mi lengua buscó la suya con hambre, y ella profundizó el beso en respuesta. Sus labios sabían mejor de lo que recordaba.

Con nuestros labios fundidos en un beso, retrocedí unos pasos y la guié hacia la cama. La sujeté por detrás de los muslos y la acomodé sobre mi regazo, a horcajadas sobre mí. Me rodeó la cintura con sus piernas mientras su melena caía como una cortina.

Tenerla encima le daba confianza y control, y para mí era un espectáculo al que no podía renunciar.

Bailey se apartó y sus ojos dorados se encontraron con los míos. Eran infinitos, cautivadores.

Dejó escapar un grito ahogado cuando alcé ligeramente las caderas para moverme contra ella. Se inclinó de nuevo hacia mí y buscó mis labios, ahora con más confianza. En respuesta, la agarré por las pantorrillas, las apreté suavemente y deslicé las manos por sus muslos. La lista mental de cosas que quería hacerle crecía con cada minuto que pasaba: como besar cada centímetro de su cuerpo. En este instante, podría llenar una enciclopedia entera.

Hundió las manos en mi pelo y tiró de él; un suspiro tembloroso

se me escapó al estrecharla contra mí. Deslicé las manos bajo su camiseta, rozando su piel desnuda, y subí lentamente por su torso hasta detenerme justo debajo de sus pechos.

Me besó con más profundidad, y arqueó la espalda mientras se restregaba contra mí. Era una tortura deliciosa. Apenas llevábamos ropa, solo un par de pantalones cortos, lo que hacía imposible que no notara cuánto la deseaba en ese momento. Me moría por tocarla, deslizar las manos por debajo de la cinturilla de su pantalón y descubrir si estaba tan mojada como sospechaba, pero no quería forzar las cosas.

Por lo general, enrollarme con alguien solía ser el medio para un fin, pero con ella, limitarme a besarla resultaba jodidamente increíble. A lo mejor me estaba volviendo blando. Aunque estaba más duro que una piedra y a punto de acabar con un caso grave de dolor testicular.

Pero valía la pena.

Bailey rompió el beso y tomó aire.

—Espera. —Tenía las mejillas sonrosadas y respiraba de forma irregular.

—¿Estás bien?

—Mejor que bien. —Me dedicó una sonrisa tímida—. Pero no quiero que se nos vaya de las manos.

Asentí. Tenía razón. Sobre todo porque la casa estaba casi pagada, y hasta refinanciaron la hipoteca para cubrir mis facturas médicas.

—De todos modos, es bastante tarde.

—Sí. —Bailey suspiró y apoyó la cabeza sobre mi hombro. Sentir la calidez de su aliento contra mi nuca solo hizo que se me pusiera más dura—. Me he despertado muy pronto hoy.

—Yo también —dije, acariciándole la espalda—. Entrenamiento matutino. —¡En fin de semana! Al entrenador Miller le encanta joderme la vida.

Se apartó de mí y se metió bajo las sábanas al otro lado de la cama. Yo me acomodé junto a ella, ajustando las almohadas.

—Ven aquí. —La atraje con un brazo y la acerqué contra mí.

Ella bostezó y se acurrucó a mi lado. El calor de su cuerpo, mezclado con el rastro de su colonia y su perfume formaban algo tan embriagador que solo quería hundir la cara en su cuello y quedarme así toda la noche.

Estaba bastante seguro de que me habría sentido atrapado de haber tenido a cualquier otra persona enroscada a mi alrededor de esta forma. Pero no podía afirmarlo con certeza, porque nunca he sido de arrumacos. No era una persona cariñosa, aparte del habitual «tocarme, sentirte» que implica un rollo de una noche.

Pero con Bailey era perfecto.

Yacía sobre mi pecho mientras le acariciaba el pelo, largo y sedoso, con un pequeño ataque de pánico recorriéndome. Porque tenía exactamente lo que siempre había querido, aunque sabía perfectamente que no me lo merecía.



Me desperté para encontrarme con Bailey sentada en la silla de mi escritorio con una taza entre las manos, completamente absorta en lo que leía en el móvil. Llevaba el pelo color caramelo recogido en un moño desordenado y vestía unos de mis pantalones de chándal grises con la cinturilla doblada. Tenía un aspecto adorable.

—¿Qué hora es? —pregunté, y me apoyé sobre un codo. La lamparita de mi escritorio estaba encendida y fuera todavía reinaba la oscuridad.

Levantó la mirada hacia mí.

—Las cinco y media. —Tomó un sorbo de la taza blanca que sujetaba—. Me he preparado un café con la máquina que tenéis abajo.

—Madre mía, James. Todavía es de noche. ¿Qué haces despierta?

—Leer. —Se encogió de hombros—. No podía dormir.

Sentí un nudo en el pecho que se volvió más intenso hasta que me empezó a costar respirar. Salí de la cama y me arrastré hacia el baño para cepillarme los dientes. Al volver y abrir la puerta, nuestros ojos se encontraron, y me detuve en el umbral.

—¿Tienes algo que hacer esta mañana?

Bailey negó con la cabeza.

—No hasta después de comer.

Me acerqué a ella y le acaricié el hombro con el pulgar.

—¿Por qué no intentas dormir un poco más? Si duermo unas horas más, seré mucho más funcional.

Tenía una expresión de alerta, con los ojos recelosos y una expresión que no podía interpretar. Volví a meterme bajo las sábanas mientras ella se mordía el labio inferior y me analizaba. Contuve la respiración, con la tensión en mi cuerpo aumentando con cada segundo. Algo había salido mal en algún momento.

—Vale. —Dejó el café en el escritorio y se levantó. Entonces, se dirigió hacia el otro lado de la cama y se metió dentro junto a mí. Las sábanas se removieron mientras ajustaba las almohadas y tiraba de la tela hasta cubrirse casi por completo, dejando solo la cabeza a la vista—. De todas formas, tenía un poco de frío.

—Podrías haberte puesto una sudadera. Están colgadas en el vestidor. —Ver a James con una de mis sudaderas era incluso más adorable que verla con una de mis camisetas.

—Tomo nota —dijo—. A la próxima.

«A la próxima». Supongo que eso era positivo. Pero le pasaba algo.

Me giré para mirarla. Volvió la cabeza hacia mí, con los labios ligeramente separados y la respiración suave. Su rostro era tan perfecto que una sola mirada suya podía dejarme inmóvil, como si se tratara de la propia Medusa.

—¿Qué te pasa? —pregunté—. ¿Por qué no puedes dormir?

—No podía dejar de pensar. A veces me levanto pronto porque sigo dándole vueltas a todo. —Rodó hasta quedar sobre el costado y sus ojos avellana encontraron los míos—. ¿Por qué te afectó tanto el

mensaje que Luke les envió a todos?

Ni siquiera me atreví a esquivar la pregunta ni a hacerme el gracioso, porque no es que me hubiera afectado sin más. Estaba furioso. Me habría gustado meterle el teléfono por la garganta.

—¿Es porque creías que podría haber sido cierto? —Frunció la frente—. ¿Pensabas que sería capaz de hacerte algo así?

—No, para nada. —Me removí por dentro, buscando la forma menos patética de decirlo—. Sé que sabes defenderte, pero despertaste en mí un instinto protector. Eres una de mis personas favoritas.

Sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa y su mirada se suavizó.

—¿Y quiénes son tus otras personas favoritas?

—En realidad, solo eres tú. No soy muy fan de la humanidad en general.

Tal vez sonara un poco loco, considerando el poco tiempo que llevábamos juntos, pero era la verdad.

—Ah —dijo ella—. Bueno, ahora ya no te puedes deshacer de mí.

—Agradezcámoselo a Gretzky.

Nos quedamos callados un momento, mirándonos. Estar en la cama con ella me resultaba mucho más íntimo que nada de lo que hubiera experimentado antes. Hacía que el corazón me doliera un poco y ni siquiera sabía por qué.

—Una pregunta más. —Bailey apartó la mirada. Inspiró y se detuvo. El silencio se volvió pesado y las palabras salieron a toda prisa mientras levantaba la mirada hacia mí—. ¿Has estado con alguien más desde que hemos empezado a salir?

Se me formó un nudo en el pecho porque, de pronto, me di cuenta de que eso era lo que la había mantenido despierta.

—Quiero decir… —Se retorció—. Tampoco es que sea asunto mío…

—No —respondí—. No pasa nada. Pero la respuesta es no, no he estado con nadie.

Me miró con cautela, y eso me dolió, aunque lo entendía. Sabía

que mi reputación me precedía.

—Mira —dije, y le acaricié la mejilla—, voy a ser totalmente sincero contigo. No he estado con nadie más ni he hecho nada desde que empezamos a hablar.

Frunció el ceño.

—¿Me lo contarías de haber sido así?

Las piezas del puzle comenzaron a encajar. La noche en que nos conocimos, me habló de Morrison y su comportamiento de mierda: desaparecía durante días, recibía llamadas y mensajes de otras chicas a altas horas de la noche, ligaba con otras delante de ella. Yo no pretendo ser un santo, pero lo que él le hizo a Bailey fue despreciable, de otra categoría.

Me picaba un poco saber que había pensado que le haría esas cosas. Pero supongo que superar todo eso le llevaría un tiempo.

—¿Alguna vez he sido otra cosa que brutalmente honesto?

Me dedicó una sonrisilla sincera.

—Ahí tienes razón.

—Siempre te diré la verdad, incluso aunque no quieras oírla. —Cubrí su mano con la mía, la apreté con suavidad y entrelacé mis dedos con los suyos.

Bajó la mirada a mi mano y luego volvió a mi rostro. Se tragó una sonrisa y dejó salir un resoplido.

—Vale.

Guardamos silencio un instante, hasta que ella se acercó y se acurrucó contra mi pecho. Apoyé la mejilla en su cabello e inspiré el aroma de su champú. Ella suspiró y yo le acaricié el brazo con los dedos, deslizándolos de arriba abajo.

—No quiero estar con nadie más, James.

—¿De verdad?

—Ni siquiera un poco —dije, y le besé la coronilla—. ¿Crees que podrás dormir ahora?

—Sí —dijo—. Eso creo.



Capítulo 22

La gente que conoces

Chase

Tras dejar a Bailey en su casa y de darle un largo beso de despedida en el escalón de su portal, seguía tan embobado que no me veía capaz de volver con los chicos. Iba tan puesto de hormonas que no estaba seguro de poder mantener una conversación coherente. Mierda, hasta conducir me resultaba un poco peligroso.

En su lugar, tomé un desvío y fui a por un enorme café para llevar antes de hacer unos cuantos recados que había estado posponiendo. Como estaba de tan buen humor, todo parecía mucho más llevadero, incluso ir a la aburrida farmacia. Mientras iba de un lado a otro, tuve que luchar contra la constante necesidad de escribirle a James. No quería parecer demasiado pegajoso.

Seguramente le estaba dando demasiadas vueltas, pero era territorio desconocido para mí. No tenía ni la más mínima idea de lo que estaba haciendo. En absoluto.

Después me encerré en mi habitación para estudiar antes del entrenamiento de la tarde. De momento, mis esfuerzos habían

surtido efecto, y siendo sincero, era mucho menos estresante vivir sin un cuchillo en la garganta.

Tras una hora estudiando Economía del deporte, un fuerte golpe en la puerta me desconcentró.

—¿Estás listo? —soltó Dallas—. Te toca conducir.

Nos metimos en mi camioneta y arranqué el motor. Respiré hondo y me preparé. En cualquier momento empezarían las burlas, pero ya estaba mentalizado. Estaba listo para lo que viniera.

Dallas se inclinó hacia mí e intentó llamar mi atención.

—Así que Bailey ha pasado la noche en casa.

Asentí.

—Claro.

—Estás sonriendo como un loco —añadió Ty desde el asiento trasero—. Solo lo digo para que lo sepas.

Le eché un vistazo por el retrovisor. Tenía razón.

—¿No puede un hombre ser feliz? —dije, y me giré para mirar por encima del hombro para asegurarme de que podía salir del aparcamiento—. Joder, macho.

Resopló.

—¿Os acostasteis?

—No es que sea asunto vuestro, pero no. —Si ahora estaba así de contento, estaría en las nubes cuando eso ocurriera.

Iba a ser genial.

Mierda, estaba pensando en tener sexo con James en el momento más inoportuno.

Dallas me observó con esos ojos azules como el hielo y me devolvió a la realidad.

—No me creo que tengas novia. Es una locura.

—Aún no sé si es mi novia.

Pero, de algún modo, me sentí como un completo imbécil al decir eso. Aunque tampoco era algo malo.

Mierda.

Estaba pilladísimo por ella.

—Tío —dijo entre risas—, es evidente que lo es.

—Y lo dices tú. —Gesticulé con la mano en su dirección—. Shiv y tú lleváis más tiempo que nosotros evitando el tema.

—A mí no me metas. —Dallas se encogió de hombros y se echó hacia atrás en el asiento negro de cuero. Se quedó callado, con una expresión que dejaba claro que mi comentario le había dolido—. Eso es cosa de Shiv, tío.

—¿De verdad? —soltamos Ty y yo al unísono.

—Sí. —Frunció el ceño y bajó la mirada hacia su móvil con la mandíbula apretada—. Lo hemos hablado, pero ella no quiere ponernos una etiqueta. La pelota está en su tejado.

Qué raro. La fila de mujeres que desearían atar a Dallas Ward, tanto figurativa como literalmente, le darían la vuelta a una manzana entera. ¿Qué la estaba frenando?

Entonces me pregunté si Bailey se sentiría igual que Shiv. ¿Querría ponernos una etiqueta? ¿Deberíamos hacerlo?



Bailey

Con todo lo que había ocurrido con Chase, apenas había pensado en mi situación con mis compañeras de piso. Por suerte, entre los trabajos a media jornada, los proyectos en grupo y otros compromisos, apenas nos habíamos visto.

Amelia se encargó de recordármelo, con cierta brusquedad, cuando bajé las escaleras el lunes por la mañana y me la encontré sentada a la mesa de la cocina mientras desayunaba un bol de avena. Se me hizo un nudo en el estómago y me quedé sin apetito al instante. Pero necesitaba cafeína con urgencia, así que tuve que lidiar con ello. Al menos no era Jill.

Entré en la cocina y la saludé débilmente.

—Hola. —Sus labios se curvaron en una sonrisa afable—. Tengo la sensación de que casi no te he visto estos días. —Sus ojos marrón miel me recorrieron con atención, inquisitivos, como si fuera una espía del enemigo lista para informar al comandante Luke de sus hallazgos.

—Sí —dije—. He estado muy ocupada con las clases y demás.

—¿Dónde te metiste la otra noche? —preguntó con aparente naturalidad—. No volviste a casa. —Intentaba sonar amable, pero esa amabilidad solo disfrazaba sus ganas de husmear.

—¿Dónde crees que estaba? —Sonreí y me volví hacia el armario para sacar una taza. El recuerdo del beso de despedida de ayer me provocaba una sensación cálida y un cosquilleo… sin hablar de todos los que lo habían precedido.

¿Quién me iba a decir que los besos podrían ser así? Me habían engañado hasta ahora.

Amelia perdió la compostura y me miró boquiabierta con los ojos como platos.

—¿En serio?

—Claro —respondí—. Fue genial. Él es genial.

—Así que estáis…

Me serví café y le soplé.

—Sí.

—Carter —dijo, pasmada—. Chase Carter.

—¿Qué pasa con él? —Agarré la taza y le devolví una sonrisa falsa como la de antes. Negó con la cabeza, pero no respondió.

—Bueno, ¿y tú qué hiciste el fin de semana? —pregunté.

Amelia vaciló y la cuchara con avena se quedó a medio camino de su boca.

Bajó la mirada al cuenco de cerámica blanca y evitó mi mirada.

—El viernes no hicimos gran cosa. El sábado fuimos a… eh, a casa de Sophie con los demás.

—Qué bien. —Lo decía de verdad. No me importaba para nada—. Ahora, si me disculpas, tengo que prepararme para ir a clase.

Cuando salí de la ducha, vi que tenía un mensaje de Chase

esperándome y me puse de buen humor al instante.

Chase: ¿Sabes qué necesito?

Bailey: Me da miedo preguntar.

Chase: Otro cumpleaños. Como una segunda oportunidad.

Bailey: Ojalá.

Chase: Va a ocurrir. Hagamos algo este fin de semana. Una cena. Lo que quieras.

Bailey: Pero no es culpa tuya que Luke sea un capullo.

Chase: Tampoco es la tuya.

Chase: A lo mejor lo que quiero es una excusa para verteantes de estar fuera todo el finde por el *hockey.*

Bailey: Vale, me encantaría.

Chase: Genial. Hasta te mandaré una foto mía firmada como regalo atrasado de cumpleaños.

Bailey: Qué suerte la mía.

Chase: Lo sé, ¿verdad?

Tras el pequeño interrogatorio de Amelia aquel lunes por la mañana, tuve claro que mi situación en casa necesitaba un cambio. No podía esperar hasta el próximo año para irme a vivir con Noelle y Zara.

Al fin y al cabo, ¿cómo podía seguir en un lugar donde Chase no era bienvenido? Si hasta yo misma sentía que sobraba allí.

Compartir piso con desconocidos no era una opción, así que me puse a peinar los anuncios de alquiler en la red. Alquilar un apartamento de una sola habitación se me salía del presupuesto, pero quizá podría permitirme un estudio, o a lo mejor, según los precios que estaba viendo… era una locura. Aun así, tenía que existir

alguna manera de vivir sola. Y aunque no fuera el mejor lugar, al menos sería mío.

Bien entrada la noche del lunes, les solté la noticia a Jillian y Amelia mientras veían la televisión. Estaban acurrucadas una al lado de la otra en el sofá grande, compartiendo aperitivos y sumidas en una serie que estaban viendo del tirón en Netflix.

Ya no podía seguir esquivando el tema. La tensión aumentaba cada día, como una presencia incómoda que lo llenaba todo.

Me detuve en el umbral del salón, con el corazón acelerado. Una punzada me atravesó el estómago. Hacía apenas uno o dos meses, habría estado ahí con ella. Ahora, apenas podía entrar en la habitación.

Como no advirtieron mi presencia de inmediato, di unos toquecitos en el marco de la puerta para llamar su atención e inhalé profundamente.

Odiaba las confrontaciones. Sobre todo, cuando era un dos contra una.

—Hola —dijo Amelia—. ¿Qué pasa?

Carraspeé.

—Em, bueno… estoy pensando en dejar la casa —contesté—. No, mejor dicho: ya lo he decidido, y será dentro de poco.

Ambas se giraron y me miraron como si acabara de proponer que prendiéramos fuego a la casa.

Amelia cogió el mando y le bajó el volumen a la tele.

—¿Dónde irás?

—Aún no lo sé. —A donde sea menos aquí.

Jillian dejó el cuenco de patatas sobre el sofá y frunció los labios.

—Entonces, ¿por qué te mudas?

Vaya, no me explico por qué será.

—Seamos sinceras —dije, y me crucé de brazos—. Esto ya no funciona. Ni siquiera me siento cómoda trayendo a Chase a casa, y no es justo para ninguna de nosotras.

—Bueno, puedes hacerlo si quieres —espetó Amelia—. Nadie te lo ha prohibido.

—¿Para qué se pelee con Paul y Luke? Paso. Y hablando de Luke, viene demasiado a casa para mi gusto. —Jillian se burló.

—Ha venido una vez.

—Exacto. Una vez ya es demasiado en lo que a mí respecta.

—Pero sigue siendo nuestro amigo, B. —Amelia levantó las cejas como si acabara de soltar una gran verdad.

—Está claro —dije—. Y por eso os estoy avisando ya. Para que podáis encontrar otra compañera de piso.

—¿Y si no lo hacemos? —preguntó Jillian—. Parece que es más problema tuyo que nuestro.

—Tú también firmaste el contrato —añadió Amelia—. Eso significa que, aunque te mudes, sigues ligada legalmente.

—Entonces supongo que tendréis que denunciarme. —Me encogí de hombros—. Literalmente.

Que lo intentaran si querían, porque yo no tenía ni un céntimo a mi nombre. Vivía de becas y ayudas estudiantiles. Aun así, me daba igual: prefería tragarme un dinero inexistente antes que seguir lidiando con ellas.

Jill frunció el ceño y me miró, parpadeando, como si no pudiera creer lo que veía.

—Esto es muy irresponsable. Aunque no me sorprende, viendo con quién sales.

—¿Perdona? —La fulminé con la mirada—. Ni se te ocurra.

Si empezaba a hablar, no me costaría nada hacer que se derrumbara como una torre de naipes.

Reculó, seguramente porque nunca les había hablado así a ninguna de ellas. Creo que jamás había usado un tono tan afilado antes, ni siquiera con Luke. Pero se me había acabado la paciencia, sobre todo con ella.

—Bueno, solo os quería avisar —dije, y me giré para irme.

—No encontraremos a nadie ahora que estamos en pleno semestre —exclamó Amelia.

Miré por encima del hombro y les lancé una mirada maliciosa.

—No sé, chicas. Quizá podéis pedírselo a mi hermano, ya que

pasa tanto tiempo aquí, ¿no?

Ambas me miraron atónitas, pero no respondieron. Empecé a subir las escaleras con un gran peso en el corazón. Bajo toda la ira que sentía hacia ellas, había algo de tristeza. Por muy desagradables que hubieran sido, perder a dos amigas, o a dos personas que creí que lo eran, aún dolía.



Capítulo 23

No está roto

Chase

Bailey se acurrucó contra mi pecho mientras estábamos tumbados en mi cama, viendo un partido de la NHL. Hablamos distraídamente mientras seguíamos el partido a medias, ya que ninguno de los dos era muy fan de los equipos que jugaban. Para ser una noche entre semana, estaba siendo perfecta. Menos por una cosa: teníamos que hablar.

Iba a ser a una conversación difícil, seguramente incómoda, pero esperaba que no fuera un desastre.

Quizá era muy pronto para hablar de esto, pero me pesaría en la conciencia hasta que la tuviéramos. Y me negaba a hacerlo la noche de nuestra cena, porque corría el peligro de estropearle el cumpleaños por segunda vez en un año. La situación con Morrison me enfurecía. Yo había tratado mejor a simples rollos de una noche y a ligues pasajeros de lo que él trató a su propia novia. Allá vamos.



Bailey

Chase cogió el mando de la tele y bajó el volumen.

—¿James? —Se giró para mirarme y estudió mi rostro. Bajó la voz—•. ¿Cuánto recuerdas del paseo desde XS hasta mi casa?

—No mucho —dije, y negué con la cabeza—. Recuerdo que vomité… eso es todo. ¿Por?

Frunció el ceño.

—Porque esa noche me contaste algo, y no estoy seguro de que lo recuerdes.

En mi cabeza empezaron a sonar todas las alarmas, con sirenas estridentes y luces rojas parpadeantes. Estaba segura de que todo esto significaba que ya no le gustaba y que estaba listo para dejarlo. En este mismo instante.

Entré en pánico.

Me incorporé de golpe para sentarme.

—¿Vas a sacarlo a relucir ahora? Pero si pasó hace siglos.

—Me he esperado porque era algo personal —dijo—. No quería que pensaras que te estaba provocando o que estaba siendo un capullo. Pero ahora que las cosas entre nosotros han cambiado, no me siento bien sabiendo algo que tú no recuerdas haberme contado.

Me quedé sin aliento y el corazón se me subió a la garganta.

No.

No lo había hecho. No podía haberlo hecho. No lo habría hecho.

—¿Qué te conté? —susurré, con el pánico subiéndome por el cuello hasta ahogarme—. Dímelo, por favor.

—Me contaste que Morrison era pésimo en la cama. —Chase se detuvo; titubeando por un instante. El tiempo se ralentizó y aguanté la respiración, esperando a que siguiera—. Que nunca te hacía sexo

oral… y que casi siempre fingías los orgasmos.

Y así, mi dignidad se esfumó en el aire. Ni siquiera mis amigas más cercanas sabían lo segundo, ¿y se lo había contado a Chase la noche en que lo conocí? Madre mía. Y para colmo, resultaba mil veces más humillante si pensaba en toda la experiencia que él tenía en la cama comparada con la mía.

—Vale. —Me escurrí de su abrazo, salí de la cama y me incorporé —. Si me necesitas, estaré en casa muriéndome de la vergüenza. Diles a mis padres que escojan una lápida bonita. Mármol gris o algo por el estilo.

—Espera. ¿Podemos hablar de esto, porfa? —Estiró el brazo para cogerme la mano con delicadeza.

La humillación me invadió por dentro, mordaz y abrasadora, amenazando con desbordarse. Me giré hacia él con las mejillas al rojo vivo.

—¿Por qué te gusto, si sabes esto?

—¿Qué? —El dolor le atravesó el rostro y frunció los labios—. Me gustas por un millón de razones, y ninguna de ellas tiene que ver con el sexo.

—Eso es un alivio —dije—, porque parece que soy defectuosa en ese aspecto.

Chase me dio un apretón en la mano y tiró de mí para que me sentara a su lado. Me acarició la piel con el pulgar, con movimientos lentos y suaves.

—No eres defectuosa.

—Pues me da esa sensación. —La voz se me quebró y exhalé entrecortadamente, luchando por acallar el sollozo que me ardía en la garganta. Lo único más humillante que esto sería ponerme a llorar delante de él.

—Ay, joder… —Suspiró y enterró la cabeza en las manos. Los segundos pasaban mientras su espalda subía y bajaba al compás de respiraciones largas y profundas. Luego dejó caer las manos a los costados y levantó la barbilla—. Soy un capullo. No quería ofenderte. Llevo un tiempo pensando en cómo hablar de esto contigo porque

no quería fastidiarla.

—No lo has hecho —dije, y me tragué una oleada de lágrimas—. Está bien.

De algún modo, me dolía verlo mal, y eso no hacía más que aumentar mi propia angustia. Dentro de mí se arremolinaba una mezcla enrevesada de vergüenza, tristeza, arrepentimiento y miedo.

Y quizá, solo quizá, un poco de alivio.

—James. —Chase se acomodó para mirarme. Tomó mis manos entre las suyas, cálidas, un poco ásperas pero reconfortantes—. No te estoy juzgando, te lo prometo.

Bajé la vista hacia nuestras manos y evité encontrarme con sus ojos.

—Deberías.

—Créeme, no eres tú a la que estoy juzgando en esta situación.

—Me quiero morir ahora mismo —dije, negando la cabeza con la mirada fija en el edredón gris—. No estoy exagerando. Nadie lo sabe. No me creo que te lo contara.

—No, me alegro de que lo hicieras. No quiero que sientas que tienes que fingir conmigo. —Se inclinó más hacia mí y me apartó un mechón de pelo suelto de la cara—. Si algo de lo que hago, no está funcionando, prefiero saberlo. Por eso quería hablarlo contigo.

—¿Para hablar de lo rota que estoy quieres decir?

—No estás rota —dijo con delicadeza—. Hay muchas chicas que son incapaces de correrse solo con la penetración. Es muy normal.

En teoría, lo sabía. El Internet y las revistas para mujeres repetían lo mismo una y otra vez. Pero no me hacía sentir menos inepta, como si hubiera algo defectuoso en mí o, al menos, en alguna parte de mi cuerpo.

Chase escrutó mi rostro y sus ojos oscuros esperaron pacientemente a que le respondiera.

No sabía qué decir, así que me limité a encogerme de hombros.

—Vale.

—Podría deberse a lo que estaba haciendo la otra persona. —Levantó las cejas y habló con cautela—. O a lo que no hacía…

—No lo sé. —Por mucho que me gustaba la idea de lanzar a Luke a los leones, en el fondo estaba convencida de que había algo mal en mí. Respiré hondo y aguanté el aire hasta que sentí que los pulmones iban a estallarme—. Es que me cuesta mucho correrme…

—Acepto el desafío. —Sonrió—. Literalmente.

Se me escapó una media risa triste desde el fondo de la garganta. Era demasiado hábil con las palabras para mi propio bien. Incluso cuando lo único que quería era esconderme bajo una piedra de por vida.

—Quiero decir, puedo… —Hurgué en mi cerebro en busca de una forma de explicarlo sin entrar en detalles que resultaran incómodos —. Lo siento. Me cuesta hablar de esto sin mencionar a Luke. —Él se enfurruñaba si yo no llegaba al orgasmo… como si con eso fuera a ayudar. Aunque, claro, el hecho de que fingiera tan a menudo decía mucho: o Luke nunca se daba cuenta, o, peor aún, lo sabía y no le importaba.

—No pasa nada —dijo Chase—. Puedes hablarme de él.

—Se quejaba de que solo pudiera correrme con ciertas posturas o de que tardara demasiado en hacerlo. A veces era más fácil dejarle creer que ya me había corrido. —Y ahora acababa de contarle a Chase los detalles más íntimos de mi relación anterior, cosas que ni siquiera Zara o Noelle sabían. Genial.

—¿Que hacía qué? —Frunció el ceño de golpe—. ¿Qué tipo de atleta de mierda es? Menudo capullo. —Un tic le tensó la mandíbula y exhaló con fuerza, negando con la cabeza—. Perdona. Es que me enfurece que te hayan tratado así.

—No sé —dije—. Creo que el problema es mío. —Debía de serlo si me costaba tanto correrme. Había quizá un par de cosas que funcionaban… a veces, y eso era todo. Incluso entonces, era tan impredecible como lanzar una moneda al aire.

—Para nada. —Volvió a apartarme el pelo de la cara con delicadeza.

Inhalé temblorosa.

—Dejémoslo en que no estamos de acuerdo.

—En esto no. Morrison es un puto idiota. Punto pelota. Es el *undécimo mandamiento.*

Esta vez, me reí de verdad. Se inclinó hacia mí y sus labios rozaron los míos. La tensión en mi cuerpo se disipó mientras le devolvía el beso con los labios abiertos. Se abrió paso hacia el interior de mi boca, pero era tierno y delicado. Cuando nos separamos, me rodeó la cintura con las manos y me acercó a él.

—No eres el medio para un fin, James.

Las ganas de llorar volvieron y me tragué las lágrimas a la vez que asentía en silencio.

Chase se inclinó hacia delante y me pasó los labios por la curva del cuello; una distracción más que bienvenida.

—Además, la idea de hacer que te corras me pone muchísimo —murmuró.

—¿De verdad? —Me costaba creerlo. Siempre había pensado que el sexo giraba más en torno a complacer al chico.

—Claro que sí. —Nuestras miradas se encontraron y se mordió el labio inferior mientras asentía—. ¿Sabes la de veces que lo he pensado?

—Ni idea.

—Muchísimas. —Le refulgieron los ojos.

—Ah, así que tienes una mente sucia.

—Sucia para ti.

Me reí y negué con la cabeza.

Me cogió en brazos y nos acomodó a ambos contra el cabecero.

—¿Podemos hablar de esto un poco más? ¿O te incomoda demasiado?

—Sí y sí. —Hice una mueca—. Lo intentaré.

—Solo para aclararlo —dijo—, has tenido orgasmos antes… así que puedes correrte.

—Sí, pero es como un tiro al aire… la *mayoría* de las veces falla. —Sentí que me ardían las mejillas y tuve que esforzarme para no apartar la mirada de él.

—Lo que hay que hacer es descubrir qué funciona. Es una

cuestión de prueba y error. Pero si finges, nunca sabré qué va bien y qué no.

Tenía razón. Pero durante mucho tiempo me había sentido presionada por esos estándares imaginarios en los que los orgasmos llegaban sin más y con facilidad durante el sexo sin importar la postura, la velocidad o el ángulo. En realidad, era como intentar encontrar un puto unicornio que solo aparecía en los bosques dos veces al año, entre las 8:00 y las 8:05 de la tarde, durante la luna llena. Posible en la teoría, pero raro en la práctica.

—Supongo que tiene sentido.

—¿Sabes lo que funciona? Quiero decir, ¿es tan aleatorio cuando estás sola? —preguntó despacio.

Ay, madre mía. Hablando de querer morirme. Me invadió otra oleada de humillación y volví a apartar la mirada hacia el edredón.

—No vamos a hablar de eso.

—Vale —dijo—. No lo haremos. —Se quedó callado mientras me acariciaba el pelo. Pero ya habíamos llegado tan lejos que nada parecía demasiado personal. ¿Qué tenía que perder?

Suspiré.

—Sí… incluso sola me cuesta correrme.

—Hmm —respondió, y aquel sonido grave resonó en su pecho—. ¿Has probado a usar un vibrador?

—¿Cómo? —chillé, y le miré a la cara de golpe.

—Un juguete sexual —añadió—. Podría ayudarte.

—¿Durante el sexo o sola? —Me estremecí. Estaba segura de que ya había agotado mis nueve vidas. Era el momento perfecto para que se abriera un agujero en el suelo y me tragara.

Se encogió de hombros.

—En cualquiera de las dos.

Si hubiera sugerido utilizar un vibrador, el ego de Luke, y sus partes íntimas, se habrían desinflado más rápido que un globo pinchado. Joder, se habría puesto hecho una furia con solo enterarse de que tenía un juguete sexual. Esa era una de las razones por las que no tenía ninguno. Además, la mera idea de usar uno me

intimidaba.

—¿A los chicos no les incomoda que tengamos juguetes sexuales?

—No —dijo, con la cara muy seria—. ¿Por qué debería incomodarles? —A veces Chase olvidaba que no todos tenían esa confianza con la que él había nacido, sobre todo en lo referente a su virilidad. Pero tenía EMA por algo: nada lo inmutaba. Y esta conversación era la prueba perfecta.

—No sé. —Me mordí el labio inferior—. Creo que podría hacer que se sintieran amenazados.

—Nena, puedo hacerte cosas que un juguetito nunca podría hacerte. —Me dedicó una sonrisa que, a penar de la situación, tuvoel efecto deseado. Algo en mi interior se moría por descubrir cuáles eran esas cosas.

—Seguro que sí —dije sin aliento.

—Pero en este caso, puede que ayude a dar el empujón, por así decirlo…

—¿Empujón? Qué chiste más malo. —Gemí, me dejé caer sobre la cama y miré hacia el techo.

—Lo sé. —Chase se recostó a mi lado y se apoyó sobre el codo. Me pasó un dedo por las costillas hasta llegar a la cadera—. Mira, solo es una teoría, pero el hecho de que te sientas más cómoda con tu propio cuerpo hará que te sientas más cómoda cuando estés conmigo. ¿No? Dime si me equivoco.

—No. —Suspiré—. Tiene sentido.

—Todavía no has respondido a mi otra pregunta. —Bajó la cabeza y me miró a los ojos—. ¿Lo has hecho?

Me cubrí el rostro con las manos.

—¿Tú qué crees?

—Creo que tendremos que ir de compras. —Sonrió.

—¿De compras?

—Sí —respondió—. Ya sabes, para comprarte algo especial.

—No sé. —Arrugué la nariz—. Se me hace raro pensar en tener un juguete sexual.

—No hay nada de malo en ser un poco raro. Puedes ser rara conmigo.

Apreté los labios durante un minuto, pensativa.

—Vale. Seré abierta de mente.

—Genial —dijo sin dejar de mirarme a los ojos—. Y por lo que a nosotros respecta, estoy a tu disposición. Quiero que te sientas bien. No lo olvides, ¿vale? Puedes confiar en mí.

—Lo sé. —Y, de algún modo, así lo sentía.



Capítulo 24

La tienda de chuches

Chase

La semana transcurrió en un bucle monótono de clases y entrenamientos, tanto en la pista de hielo como fuera de ella, hasta que llegó el día de la cena de cumpleaños de Bailey. Desde nuestra conversación, estábamos más unidos que nunca, pero a veces aún sentía que se guardaba algo. Aun así, pensaba ganarme su confianza… o moriría en el intento.

Después de pasar la mañana en clase, intentando concentrarme sin éxito, salí del campus y me encaminé hacia Ice Life para que afilaran los patines de James. Podría haberlo hecho en la pista de hielo durante el entrenamiento, pero quería una excusa para mirar escaparates un rato mientras esperaba.

Por desgracia, justo ese día había unas rebajas increíbles de las que nadie me había avisado, y el lugar estaba a rebosar. En otra ocasión me habría marchado, pero tenía unas cuantas horas por delante y quería echar un vistazo a un equipo que acababan de sacar, así que decidí quedarme y lidiar con la multitud. Además,

estaba más que un poco distraído con la idea de ver a Bailey más tarde. Acabar los deberes o hacer algo medianamente productivo estaba fuera de la ecuación.

Caminé entre la masa de clientes hasta el mostrador de afilado de patines, en la esquina trasera. Por lo general, no había cola, pero hoy había alrededor de una docena de personas esperando.

Cuando me uní a la fila, Morrison apareció de la nada, como un demonio pijo al que habían invocado de las profundidades del Infierno. Llevaba un polo azul claro, el pelo rubio peinado hacia atrás y un aire arrogante marcado por el privilegio. Su cara de petulante dejaba claro que, a lo largo de su vida, le habían dado todo lo que había querido.

Me miró y dejó el palo que tenía entre las manos.

—Disfruta *mientras* puedas, Carter. —Su voz rezumaba una arrogancia empalagosa—. Los dos sabemos que no eres más que un parche para ella.

A la mierda. Estábamos al fondo de un pasillo. Sin testigos. Y seguramente tampoco habría cámaras.

Me giré para mirarlo y su expresión pasó al instante de arrogante a inquieta. Miró a su alrededor para confirmar que estábamos solos. Caminé despacio en su dirección, tomándome mi tiempo para cerrar la distancia entre nosotros. Le reté a que saliera corriendo y disfruté de cómo su incomodidad se hacía evidente con cada paso que daba.

Había tantas cosas que sabía, que quería decirle. Pero no traicionaría a James. No valía la pena.

Invadí su espacio personal a propósito y me paré demasiado cerca. Se tensó, retrocediendo instintivamente, hasta que hizo una mueca al golpearse contra la estantería metálica que tenía detrás. Quedamos a escasos centímetros, prácticamente nariz con nariz… aunque, siendo justos, era más bien nariz con frente.

—Te cabrea muchísimo que haya pasado página, ¿verdad?

Apretó la mandíbula, pero no respondió. Claro que no lo haría ahora que estábamos solos y a la distancia adecuada para darle un golpe.

—¿Tienes algo más que decir? —pregunté.

Pasó un segundo. Levanté las cejas. Me fulminó con la mirada aún en silencio.

—Ya —dije en tono neutro—. Eso es lo que pensaba.

Me vibró el móvil con un mensaje. Ya habrían terminado con los patines.

Le hice un gesto con la cabeza.

—Hasta luego, imbécil.



A duras penas logré contenerme de hacer una estupidez, así que descargué toda esa furia en el entrenamiento de la tarde y lo bordé. Era una forma maravillosa de olvidarme de ese capullo y prepararme para pasar la noche con James. Estaba de muy buen humor. Hasta que tuve que lidiar con su compañera de piso.

Amelia abrió la puerta con una mirada asesina. Se detuvo y dejó salir un inmenso suspiro, como si mi sola existencia fuese una imposición. Lo mismo digo, Amelia.

—Supongo que tendré que ir a por ella. —Se apartó el pelo de un movimiento y se marchó contoneándose. Dejó la puerta abierta de par en par sin invitarme a entrar. Entendía por qué Amelia se llevaba tan bien con Paul, teniendo en cuenta lo amables y encantadores que eran los dos.

Me tomé su ausencia como una invitación implícita para entrar, y así lo hice. Un minuto más tarde, Bailey bajó las escaleras y al mirarme, sus ojos brillaban. Tenía el pelo rubio oscuro suelto sobre los hombros y estaba increíble con unos vaqueros negros que realzaban sus piernas y un jersey rosa lo bastante ajustado como para que resultara imposible no fijarme en su pecho.

Intentaba comportarme, pero era difícil cuando ella estaba cerca.

Tras un beso largo a modo de saludo y otro delante de mi camioneta, nos subimos al vehículo. Arranqué el motor, pero esperé

a que Bailey se abrochara el cinturón de seguridad para salir. Se volvió hacia mí, se pasó el pelo por detrás de la oreja y parpadeó.

—¿Dónde está mi foto firmada, Carter?

—Culpa mía. —Sonreí—. Supongo que tendremos que organizar una sesión de fotos privada más tarde.

Bailey se inclinó hacia mi lado de la camioneta y me toqueteó el bíceps.

—¿Vas a ofrecerme cosas para luego no dármelas?

Bajé la voz y la miré.

—Puedo darte lo que quieras nena…

Abrió ligeramente los ojos y sus labios rosas se curvaron en lo que solo podría describir con una sonrisa nerviosa.

Era monísima.

Se movió y se mordió el labio inferior.

—Ya veremos…

—Eso espero.

Con un poco de suerte, esta noche… Podía ser paciente. Sería paciente.

Pero aún podía soñar, ¿no?



Bailey me había descrito su desastroso cumpleaños con pelos y señales, incluido el estúpido y aburrido restaurante francés. No la conocía demasiado aún, pero incluso yo sabía que era todo lo contrario de lo que a ella le gustaría. Así que, a la hora de buscar un lugar, me decanté por algo sencillo y escogí un pequeño restaurante italiano cerca del campus. Tenía paredes de ladrillo, chimeneas encendidas en las esquinas y velas en las mesas, pero de ningún modo era pijo ni estirado.

—Es muy bonito —dijo Bailey mientras la camarera nos guiaba hasta nuestra mesa.

—Sí —confirmé—. Tiene un toque hogareño. También hacen muy

buena pasta.

Tras pedir los entrantes y los primeros, Bailey se fue al baño y yo revisé mis mensajes. Dallas me había escrito varias veces para hacerme saber que Shiv se había quedado sin casa y que se quedaría con nosotros una temporada. Le respondí y dejé mi móvil en la mesa mientras Bailey volvía a la mesa.

—Eh, tengo buenas noticias.

Se dejó caer en la silla, se colocó la servilleta sobre el regazo y me miró confusa.

—¿Qué pasa?

—La casa de Shiv se ha quemado.

—Em. —Bailey parpadeó varias veces, sorprendida—. ¿Cómo?

—Espera.

Levanté la mano y negué con la cabeza. Cuando estaba con ella, los engranajes de mi cerebro parecían fallar, y no sabía bien por qué. Antes de un partido nunca me ponía nervioso; emocionado, sí, pero jamás nervioso. Podía contar las veces que había estado nervioso con los dedos de la mano, y todas habían sido con Bailey.

No eran nervios malos. Más bien era una especie de alerta intensificada, mezclada con una felicidad ridícula… y quizá también un poco de torpeza, como probaban mis propias palabras.

Estar con ella bastaba para hacerme perder el control.

—O sea, esa no es la parte buena. —Hice una mueca—. Obviamente. Tampoco es que su casa se haya incendiado de verdad. Ha habido un incendio en la cocina de otra casa, pero el humo ha dañado su lado del edificio hasta tal punto que tiene que mudarse. Nadie ha salido herido ni nada.

—Fiu —dijo Bailey, y tomó un trago de agua fría.

—Ha ocurrido esta mañana, así que se quedará en casa unos días. Ward dice que se ha pasado el día buscando alquileres, pero que no hay manera de encontrar un estudio o una casa de una sola habitación.

—Ya, yo tampoco he visto gran cosa. Eran pisos horribles o carísimos. —Esbozó una mueca—. Ni te imaginas cómo están los

precios ahora mismo.

—Ward también mencionó que Shiv estaba pensando en buscar un piso compartido porque es más barato dividir el alquiler de uno de dos habitaciones. Era la buena noticia. Quiero decir, que necesita compartir piso con alguien… —me interrumpí—. A lo mejor es el destino.

Aunque me encantaría que Bailey se llevara mejor con mis amigos, lo cierto es que lo que más quería era que saliera cuanto antes de esa casa. Entre las visitas esporádicas de Morrison y el rollo secreto entre Derek y Jillian, el ambiente ahí se había vuelto de lo más tóxico. Y no podía evitar preocuparme cada vez que ella estaba allí.

Y si Morrison volvía a plantarse en su salón, a lo mejor no volvía a molestarme en evitar cometer un delito.

Bailey tarareó pensativa.

—Pero seguramente querrá vivir cerca de Boyd, ¿no? Y yo necesito estar cerca de Callingwood porque no tengo coche.

—A lo mejor podéis encontrar algo a medio camino. Cerca de la estación de tren. —Me encogí de hombros—. Puede que valga la pena un trayecto breve de ida y vuelta si así vas a ser más feliz.

—Cierto.

—Solo es una idea. ¿Te lo pensarás?

—Claro que sí —dijo, y apretó los labios—. Pero no sé si ella querrá. ¿Podrías… dejárselo caer a Dallas para que él se lo diga a Shiv?

—Eres adorable.

—¿Qué? —Bailey se encogió de hombros y las mejillas se le tiñeron de rosa—. No quiero incomodarla. Solo nos hemos visto un par de veces. A lo mejor cree que soy una rarita.

—Lo dudo mucho, James. —Le di un apretón en la mano por encima de la mesa—. Pero hablaré con él.



La cena se alargó más de lo que había previsto, seguramente porque nunca se nos acababan los temas de conversación. Dos horas más tarde seguíamos allí, entretenidos con el postre, acabándonos poco a poco un pedazo de tarta de queso y frambuesas y otro de tiramisú que habíamos pedido para compartir.

Observé a Bailey llevarse a la boca el último bocado del tiramisú mientras intentaba no pensar en todas las guarradas que quería hacer con esa boca.

—Me gusta que te guste comer —solté sin pensarlo. Ella tenía mucha paciencia conmigo, incluso cuando mis comentarios surgían de la nada. Como ahora.

—¿Eh? —Se detuvo con el tenedor a medio camino.

—Es que parece que las chicas a las que conozco casi no comen. —Me encogí de hombros y me comí el penúltimo trozo de tarta de queso—. Y eso me hace sentirme mal por comer delante de ellas. Quiero decir, soy un tipo bastante grande. Entreno todos los días. Necesito una tonelada de calorías. Es raro ser el único que come todo el tiempo, ¿sabes?

Bailey sonrió.

—Si crees que eso es impresionante, deberías verme respirar. Lo hago de primera.

Me reí y me descubrí mirándola durante más tiempo del que era normal. No podía evitarlo.

—¿Qué? —Se inclinó hacia delante y sus ojos redondos analizaron mi rostro bajo la luz de las velas.

—Nada —respondí—. Todo bien.

¿Esto era lo que se sentía al enamorarse de alguien? Era una locura.



Una vez que hube pagado la cuenta, tocaba la mejor parte de la noche: ir a patinar al estadio Northview. La idea de patinar con

James me hacía sentirme como un niño en una tienda de chuches. Entré en el aparcamiento desierto, iluminado por las farolas color amarillo pálido. Escogí una plaza cerca de la entrada, aparqué y apagué el motor.

—Espera. —Bailey inclinó la cabeza y me estudió—. ¿Vamos a patinar en tu estadio?

—Sí.

Entrecerró los ojos color avellana con recelo y, de golpe, los abrió mucho antes de dejar salir un grito ahogado.

—¿Nos vamos a colar?

Me desabroché el cinturón de seguridad y alargué el brazo para coger la bolsa con los patines.

—¿Cuenta como colarse cuando tienes código de acceso?

—Bueno, ¿se nos permite estar aquí?

—Define permitir —dije, dejando la bolsa negra entre los asientos —. Es un país libre… tenemos el derecho constitucional a la libertad de movimiento.

—Carter… —Puso cara de miedo.

—Técnicamente no deberíamos estar aquí. —Me encogí de hombros—. Nadie ha reservado la pista. Pero mi entrenador Miller anda de buen humor conmigo estos días, así que todo debería ir bien.

Bailey soltó un quejido.

—Así que vamos a colarnos. —Como seguía las reglas… era adorable.

—La sesión de patinaje público acaba de terminar. Si nos sorprenden, siempre podemos alegar que nos confundimos y no sabíamos que ya había acabado. —Sonreí con fingida inocencia.

—Te sales mucho con la tuya con esa sonrisa, ¿verdad?

—Claro —dije, y me incliné para darle un beso en la mejilla. Tenía la piel muy suave y olía muy bien… Mala idea. Ahora quería besarla en la boca y, si hacía eso, jamás saldríamos de la camioneta.

Necesitaba recomponerme.

—Vamos —dije—. No llenan la pista de agua hasta dentro de dos

horas.

—¿Estás seguro?

—No te preocupes. He hecho esto docenas de veces.

Me lanzó una mirada recelosa, como si pensara que había traído a millones de chicas aquí. La verdad era que nunca me había gustado alguien tanto como para traerla a patinar, pero no creía que eso la reconfortara.

—Solo, james. Cuando necesito descargar energía porque estoy enfadado o algo así.

—Así que cometes delitos de forma habitual —dijo, reprimiendo una sonrisa—. Es bueno saberlo.

Le guiñé el ojo.

—Ya sabías dónde te estabas metiendo.



Capítulo 25

Tú ganas

Chase

Nuestros pasos resonaban en los pasillos vacíos del estadio Northview. Tecleé de memoria el código de seguridad en la entrada de los vestuarios y la puerta de metal roja se abrió con un chasquido. La abrí con un golpe de la cadera, y le hice un gesto a Bailey para que entrase primero.

—Guau —soltó al ver el inmenso logo en 3D en medio del suelo, las filas de taquillas de rojo brillante y las luces LED personalizadas.

—¿Es guay, eh? —El año que empecé en Boyd, renovaron los vestuarios gracias a una inmensa donación de un exalumno anónimo. La primera vez que los vi también me sorprendí. Eran elegantes, modernos y dejarían a la mayoría de los vestuarios de la NHL en ridículo.

La tomé de la mano y la conduje hasta mi taquilla al fondo de la sala; la más cercana a la entrada de la pista de hielo. Iba a ser difícil, pero intentaría mantener las cosas «aptas para todos los públicos» mientras estuviéramos dentro. La verdad era que tenía

muchas ganas de patinar con ella.

Al menos durante un ratito.

Después de eso, podría pasar cualquier cosa.

Puede que hubiera planeado algo para más tarde…

—Sí, vuestros vestuarios son mucho mejores que los nuestros. —Se detuvo y frunció sus labios carnosos—. Espera. No le cuentes a nadie que he dicho eso.

Dejé los patines sobre un banco cercano y volví a mirarla.

—¿Y qué hacías tú en el vestuario de los Bulldogs? —Como siempre, la pregunta se me escapó antes de que pudiera contenerme. Y sonó mucho menos espontánea de lo que pretendía.

Bailey dio un paso hacia delante y me rodeó el cuello con los brazos. Mi fuerza de voluntad se esfumó al instante. A la mierda lo de «apto para todos los públicos»; bastante haría si consiguiera mantenerlo en «mayores de trece».

—Escribir un artículo para el *Callingwood Daily,* cavernícola. —Sus ojos color avellana chispearon con picardía.

—Ah. —Deslicé los dedos por sus costados y recorrí la curva de su cadera por encima del suave jersey rosa. Aunque era alta, seguía siendo bastante más baja que yo, y mucho más pequeña. Me encantaba la sensación de tenerla entre las manos, delicada y femenina.

Incliné la cabeza hacia delante hasta que mi boca rozó la suya. Bailey soltó un pequeño suspiro y entreabrió los labios, invitándome a saborearla. Atrapé su labio inferior entre los dientes y lo chupe antes de adentrarme en su boca con la lengua.

La agarré por la cintura para acercarla a mí y sentir cómo sus curvas cálidas presionaban contra mi cuerpo. Se puso de puntillas mientras yo profundizaba el beso, tomando, saboreando y reclamando. El deseo me invadió y la polla se me ponía más dura con cada segundo que pasaba. Entonces recordé dónde estábamos. Si no parábamos ahora, nunca llegaríamos a la pista de hielo.

Me aparté despacio y rompí el beso, a pesar de que cada fibra de mi cuerpo me rogaba que no lo hiciera. Bailey alzó la mirada; bajo la

luz de la sala, sus ojos parecían más dorados que verdes.

—Para que quede claro —dijo, y me dio un toquecito con el dedo en la nariz—, estás muy mono cuando te pones celoso.

—Solo tenía curiosidad. —Me encogí de hombros, negándome a soltarla.

Ella apretó los labios.

—Claro… Carter.

Desbloqueé el candado digital y colgué su bolso junto con mi chaqueta gris. Después me puse una sudadera negra y ligera para entrenar por encima de la camiseta. Bailey tenía frío, así que prefirió dejarse la chaqueta puesta sobre el jersey. ¿Por qué las chicas siempre tenían frío? La máxima de hoy era de diecisiete grados, lo que para mí equivalía a ir en pantalones cortos. Aunque debo admitir que mi cuerpo siempre estaba a un millón de grados, sobre todo cuando me movía.

Nos descalzamos y nos atamos los patines. Entonces, guardé el resto de nuestras cosas y volví a marcar el código en el cerrojo. Tal vez a estas horas ya no hiciera falta, pero era la costumbre.

Le abrí la puerta desde el banquillo de los locales y Bailey se deslizó hacia atrás, su melena rubia revoloteando con la brisa.

—Vamos, tortuga. —Hizo un gesto de «ven a por mí», con los brazos extendidos.

—No se te da tan mal. —Entré en la pista con una sonrisa enorme.

Era preciosa.

—Tengo trucos que nunca has visto.

—Seguro —respondí, deslizándome hacia ella con unas zancadas suaves—. ¿Me los vas a enseñar?

Bailey se giró para alejarse de mí y gritó por encima del hombro:

—Primero tendrás que pillarme.

Aceleré para acercarme a ella, pero me detuve a unos metros de distancia. La dejé escapar varias veces y fingí fallar a propósito cuando casi la alcanzaba. Al final no pude resistirme más: cuando llegó a una esquina, aumenté la velocidad y la atrapé con cuidado.

Frené y giramos hasta que logré dirigirla hacia el borde de la pista.

Me devolvió la mirada con los labios ligeramente separados.

—Supongo que ganas tú.

La tenía entre mis brazos, así que sí, había ganado.

—Eso parece.

La pegué contra el Plexiglass y deslicé un muslo entre sus piernas. Ella dejó escapar un grito ahogado y sus ojos se nublaron.

—Esto es mucho mejor que patinar —afirmó concentrado en sus labios carnosos, tan dispuestos a que los besara—. Pero ahora me pondré cachondo cada vez que pase por esta esquina durante un partido.

Deslicé una mano por su nuca para mantenerla cerca mientras mis labios se fundían con los suyos. Besarla era irreal, como si el resto del mundo se desvaneciera en el mismo instante en que nuestros labios se encontraban.

Cada vez que la besaba, ella se relajaba un poco más, como si poco a poco se fuera ablandando.

A lo mejor era una cuestión de confianza. Fuera lo que fuera, me estaba volviendo loco… en el mejor de los sentidos.

Un minuto después, rompimos el beso.

—¿Carter? —Se sujetó a mis antebrazos, sin aliento y con los ojos muy abiertos. Yo también jadeaba, pero no se debía al patinaje.

—¿Sí?

—Voy a perder el equilibrio como sigas besándome así.

—Te tengo —respondí con la voz ronca—. No dejaré que te caigas.



No patinamos mucho tiempo.

Entramos al vestuario a trompicones, envueltos en un frenesí de besos y caricias. Me dejé caer en la banqueta y me quité los patines en cuestión de segundos. Junto a mí, Bailey se peleaba con los

suyos, poco acostumbrada a ponérselos y quitárselos con rapidez.

—Te ayudo. —Le agarré las piernas, la giré noventa grados y apoyé sus pies sobre mi regazo. Enseguida le desabroché los cordones, le quité los patines y los coloqué a un lado, donde no estorbaran.

Entonces, me quité la sudadera y la lancé a un lado. La cogí en brazos y la apoyé contra la pared junto a las taquillas. Nuestros labios se encontraron y todo estalló. No se parecía a ningún beso que hubiéramos compartido antes: era rápido, urgente, hambriento y cargado de deseo. La agarré de los muslos y la levanté, pegándola contra mí. Un gemido se le escapó sin querer. Me rodeó con sus largas piernas justo cuando la empujaba otra vez contra la pared, moviendo las caderas al mismo compás que yo.

Su boca se movía contra la mía mientras hundía los dedos en mis hombros. Yo estaba completamente absorto, sumido en una especie de trance. Tan perdido en su cuerpo que, al principio, apenas percibí el suave traqueteo de las ruedas que avanzaban por el pasillo. Entonces sonaron con más fuerza y más cerca.

Aparté los labios de los suyos y me quedé paralizado mientras escuchaba el ruido que se aproximaba.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Mierda —mascullé—. Es Roy.

—¿Quién es Roy? —murmuró Bailey, que me miró nerviosa.

—Nuestro conserje. —Miré por encima del hombro, calculando.

Ella abrió mucho los ojos.

—Nos va a pillar.

—No, no te preocupes. Todo irá bien. —No tenía motivo alguno para creerlo, pero no quería asustarla. Lo más probable es que solo fuera Roy; estaba casi seguro. Aunque, si se trataba del entrenador, tendríamos un problema—. Yo me encargo de él —dije—. Los baños tienen cubículos. Escóndete ahí.

Bailey asintió.

—Vale. —Dobló la esquina a toda prisa y, un segundo después, la puerta se abrió. Roy entró, empujando su carrito de conserje detrás

de él.

Gracias a Gretzky.

Me senté a toda prisa y apoyé un codo sobre la rodilla, tratando de actuar con naturalidad. Aunque era casi imposible con la erección que me delataba.

Le saludé.

—Anda, hola, Roy.

—¿Chase? —Frunció el ceño y miró por el vestuario, confuso—. ¿Qué haces aquí tan tarde?

—Necesitaba pasar un rato en la pista —respondí—. El entrenador quiere que trabaje los cambios de dirección en las curvas. Ya sabes cómo es: para él nunca se deja de entrenar.

Lo había hecho muchas veces antes como parte del entrenamiento, pero esta vez me había topado con alguien y ni siquiera tenía una buena excusa para estar aquí.

Su mirada cayó sobre el banco y se fijó en el segundo par de patines. Maldición, ¿por qué no había escondido las cosas de Bailey? Con la sangre concentrada en cualquier sitio menos por encima de la cintura, apenas podía mantener una conversación, mucho menos improvisar una estrategia.

Roy carraspeó.

—Ya entiendo. —Me lanzó una mirada cómplice, conteniendo una sonrisa—. Bueno, empezaré por las oficinas y te daré tiempo para que salgas de aquí antes de que regrese. Que tengas buena noche, hijo.

—Gracias —dije—. Tú también.

Abrió la puerta y se cerró tras él.

—Todo despejado —exclamé en voz baja. Bailey entró en el vestuario de puntillas. Su rostro tenía seis tonos de rojo.

—Dios mío —dijo, y se cubrió la boca—. ¿Se ha marchado?

—Sí. Todo bien. Por los pelos.

No necesitaba saber que nos habían pillado. De todos modos, estaba bastante seguro de que Roy no diría nada. Era un buen tipo. Siempre le daba cien dólares en Navidad como agradecimiento por

encargarse de limpiar nuestros desastres. Y si alguna vez decidía hablar, bastaría con doblarle la suma.

Nuestros ojos se encontraron y Bailey trató de no sonreír mientras negaba con la cabeza.

—¿Ves? —comentó—. Sabía que eras problemático.



Bailey

La tensión sexual entre nosotros se había disparado desde que pasé la noche con Chase el fin de semana anterior, pero nada se comparaba con el ambiente que se respiraba dentro del coche al salir del estadio.

La necesidad que me ardía entre las piernas no me dejaba pensar en otra cosa.

Le lanzaba miradas furtivas en la penumbra del vehículo, mientras los destellos de las farolas iluminaban su rostro: una mandíbula marcada, unos antebrazos firmes y esas manos grandes que anhelaba sentir recorriéndome la piel. Era una auténtica tortura. Y por la rigidez de su cuerpo y la manera en que aferraba el volante, supe que él se sentía igual.

Solo era un viaje de diez minutos, pero para cuando llegamos a la puerta principal de su casa, creía que íbamos a sufrir una combustión espontánea.

Sin mediar palabra, me llevó a su habitación en la planta de arriba y me dejó entrar primero. El bolso se me deslizó por el hombro y lo coloqué en la mesita de noche con manos temblorosas. No podía girarme, era incapaz de mirarlo. El deseo me recorría las venas y me mareaba, como si estuviera bajo el efecto de una droga. Se había contenido conmigo hasta ahora, temía llevar las cosas más

allá…, pero le deseaba.

Chase cerró la puerta tras de sí y redujo la distancia entre nosotros con un par de zancadas. De pronto, lo tenía pegado a la espalda, como si fuera una pared cálida de músculo. Su aroma embriagador me envolvió y me ayudó a relajarme a la vez que despertaba mi deseo.

Me apartó el pelo por encima de un hombro para exponer el lado opuesto de mi cuello. Me incliné contra su cuerpo y cerré los ojos al tiempo que me rendía a su tacto y movía la cabeza a un lado. Sus labios se posaron en mi piel, justo bajo la oreja, y descendieron en una hilera de besos entreabiertos hasta la clavícula. El calor entre mis piernas se intensificó, ansioso por sentir su contacto.

—Esos pequeños gemidos que se te han escapado en el vestuario casi acaban conmigo, James. —Su voz resonó en mi pecho, con su pecho pegado a mi espalda. Sus palmas, calientes y un poco ásperas, me recorrieron los lados de los brazos y me provocaron escalofríos.

—Qué pena que nos hayan interrumpido —dije.

Me agarró por las caderas y me dio la vuelta para que lo mirase, con una sonrisa feroz.

—Pero ahora tenemos toda la noche.

Me quedé sin aliento mientras lo miraba y pensaba en todo lo que eso implicaba. Por muy bien que sonara, sentía mucha presión.

Mi expresión debió de delatarme porque la suya se relajó.

—¿Recuerdas nuestra conversación? —Su tono era dulce.

Me encontraba al filo del precipicio, dudando todavía si atreverme a dar el salto.

Pero la realidad era que ya había escogido.

—Confío en ti. —Asentí y me mordí el labio inferior antes de soltarlo—. Te… deseo.

Los labios de Chase se curvaron hacia arriba.

—¿Sí?

—Sí.

Sus ojos oscuros recorrieron mi rostro y se detuvieron en mi

boca. Después continuaron descendiendo, recorriendo mi cuerpo de un modo que me hizo sentir completamente desnuda, aun con la ropa puesta.

Chase alzó la mirada en busca de la mía. Sentí mariposas en el estómago cuando me puso una mano en la espalda, para tumbarme sobre la cama. Se apoyó sobre los codos por encima de mí. Su largo miembro ejercía presión sobre mi pelvis y el deseo comenzó a acumularse entre mis piernas.

Me acarició el cuello con la nariz, inhaló profundamente contra mi piel y exhaló con un gruñido bajo.

Luke solo quería sexo.

Pero ¿Chase? Me quería a mí.

Sus manos enormes aterrizaron sobre una pequeña franja de piel desnuda bajo el dobladillo del jersey, y lo levantó un poco.

—¿Puedo? —murmuró.

—Sí —asentí.

Con cuidado, me lo sacó por encima de la cabeza y lo dejó a un lado. Se echó hacia atrás sobre las rodillas y se tragó una sonrisa, negando con la cabeza.

—Cariño, eres tremendamente *sexy* y ni siquiera eres consciente.

Se quitó la camiseta negra de un tirón y la dejó caer al suelo. Luego volvió a inclinarse sobre mí, atrapándome entre sus brazos, mientras su piel cálida rozaba mi vientre y mis pechos desnudos.

Sus labios encontraron los míos al tiempo que mis dedos recorrían los músculos firmes de su abdomen, explorando cada relieve, descubriéndolo.

Rodó para que quedásemos apoyados sobre los costados, el uno frente al otro. Su mano recorrió mis costillas hasta la cadera, luego se deslizó hacia el centro de mi vientre y jugueteó con la cinturilla de mis vaqueros con una pregunta deseosa en la mirada. Le rodeé el cuello con un brazo y lo atraje hacia mí para besarlo de nuevo.

Desabrochó el botón y la cremallera con dedos ágiles. Interrumpió el beso para quitármelos despacio antes de colocar una mano entre mis piernas, sobre la delicada tela de mi lencería negra.

Gimió cuando lo agarré sobre los pantalones; estaba duro y era enorme.

Tiró de mis braguitas para moverlas a un lado y deslizar los dedos por mi centro. Mis caderas se movieron a modo de respuesta y solté un jadeo tembloroso mientras el placer se abría paso por mi sexo. El calor se extendió por mi piel y el dolor que sentía entre las piernas se incrementó. El deseo se convirtió en una necesidad desesperada.

Bajó la cabeza para besarme por el pecho mientras me desabrochaba el sujetador con una mano. Me lo quitó y me agarró las tetas a la vez que ascendía trazando besos hasta llegar a mi cuello.

—Deja que me encargue de ti —dijo jadeando contra mi piel.

—¿A qué te refieres?

Chase se echó hacia atrás, con los ojos oscuros hambrientos y los labios curvados en una sonrisa.

—Quiero comerte el coño, James.

El calor me invadió el cuerpo. El corazón me latía con fuerza y aguanté la respiración un segundo.

—Vale. —Asentí.

Me dedicó una sonrisa picara antes de llenarme de besos mientras descendía por mi cuerpo y alternaba entre lametones y succiones suaves. Sus manos firmes me recorrieron el tórax, pasando por las caderas, y se detuvieron en la parte interna de mis muslos. Comenzó a besarme sobre el centro de mi ropa interior antes de deslizar las manos bajo la tela y quitarme las bragas.

Me separó las piernas y quedé expuesta ante él. Me pasó las manos por las caderas hasta las rodillas y de vuelta; los ojos le brillaban con deseo.

—Joder, cariño. Tu cuerpo es precioso, Cada centímetro de él.

Esperé sin aliento y él giró la cabeza para besarme el interior de los muslos, ascendiendo poco a poco hasta llegar a donde lo necesitaba. Me rodeó los muslos con los brazos y colocó mis piernas sobre sus hombros.

Se removió para colocarse entre mis piernas y plantó su lengua contra mi sexo. Me quedé sin aliento y me sobresalté un poco.

Me tomó la mano izquierda y entrelazó sus dedos con los míos al tiempo que me provocaba y me acariciaba con la lengua hasta que el placer era demasiado intenso para poder pensar en nada más. Pasé a un estado de superconsciencia. Todo mi mundo se redujo a sus manos, sus labios y su lengua. Era como ver en color por primera vez.

Mis músculos se aflojaron mientras el calor en mi vientre crecía, apagando todos mis otros sentidos. Su boca se movía con más rapidez sobre mí, cada vez con mayor determinación. Me retorcí a medida que las sensaciones se intensificaban, rozando el límite de lo soportable.

Jadeé y sacudí las piernas.

—Madre mía.

Chase soltó una risa grave y ronca contra mí. Me soltó la mano y deslizó el brazo que tenía libre por debajo de mi pierna para que ambos quedaran enroscados alrededor de mis muslos. Mantuvo el mismo ritmo y la misma presión y siguió comiéndome con lengüetazos largos y devastadores. Un gemido bajo se me escapó y arqueé la espalda a modo de respuesta. Era muy agradable, demasiado para continuar. Necesitaba liberarme con desesperación, pero tampoco quería que parase.

Se me aceleró la respiración hasta convertirse en breves jadeos. Le agarré el pelo oscuro y sedoso con una mano, tirando de las raíces, y con la otra cogí las sábanas.

Utilizó ambos brazos para inmovilizarme y que permaneciera abierta para él mientras mis caderas se sacudían y mi pelvis se contoneaba. Tiró de mí hacia abajo para acercarme más a él y me devoró mientras me corrí con un gemido.

Chase siguió lamiéndome hasta que mi cuerpo se volvió demasiado sensible para continuar. Entonces se apartó y depositó un beso suave en mi entrepierna, seguido de una hilera de besos que recorrieron el interior de mis muslos, arriba y abajo. Tenía las rodillas

débiles y las piernas temblorosas, aun sin estar de pie. Se recolocó en la parte de arriba de la cama y se apoyó en un codo.

—Hola, cielo.

—Hola.

A medida que bajaba de las nubes, fui plenamente consciente de lo desnuda que estaba, en especial cuando Chase aún estaba medio vestido. Había visto cada centímetro de mi cuerpo. Cada. Uno.

Me giré y me removí para buscar la camiseta y las braguitas en el suelo y me las puse enseguida. Él recogió mis pantalones y me los tendió.

—¿Cómo estás?

—Em… ¿Aturdida? —No había nada más que hablar. No podía haberlo fingido, aunque lo hubiera intentado. Ni siquiera estaba segura de lo que acababa de ocurrir. Había sido como una experiencia extracorpórea de la que no había regresado todavía.

—Bien. —Sonrió—. Eso ha sido muy *sexy.*

Chase esperó a que me pusiera los pantalones para abrazarme con sus manos, grandes y firmes.

—Ven aquí. —Me alzó un poco por las caderas y tiró de mí hacia él en la cama antes de rodearme con un brazo.

Le estudié con el ceño fruncido. Estaba un poco confusa.

—Tengo la sensación de que te he dejado con las ganas.

Negó con la cabeza.

—Para nada.

—Pero no te has…

Chase me miró a los ojos y me acarició el pelo.

—No es un partido de *hockey,* James. No llevo la cuenta. —Me besó con delicadeza—. Pero si así fuera, querría que ganases sin duda.



Capítulo 26

Películas románticas

Bailey

Jamás me habían demostrado lo equivocada que estaba en tan poco tiempo. Ni me había alegrado tanto de estarlo.

Tras besarnos frente a su casa, dentro de la camioneta y otra vez afuera, Chase me acompañó hasta la puerta de la mía y me envolvió en un abrazo cálido. Inspiré su aroma y me relajé en la seguridad de sus brazos. Con él, todo resultaba tan fácil… de una forma que nunca habría imaginado.

Se aparró y deslizó sus grandes manos por mi cintura, mirándome fijamente, antes de sonreírme de una forma que hizo que me fallaran las rodillas.

—Te llamaré esta noche, ¿vale?

—Vale —dije—. Y buena suerte este fin de semana.

Nos quedamos allí, mirándonos en el umbral. En parte porque no quería que se marchara… y en parte porque tampoco quería entrar. Frunció el ceño y su expresión se nubló.

—Puedes quedarte en mi casa mientras no estoy si quieres.

—¿Sin ti?

—Claro —dijo—. Para tomarte un respiro de tus compañeras de piso. Shiv estará allí sola, así que… —Se encogió de hombros—. Seguro que agradece la compañía.

—En realidad, hemos quedado para cenar.

Levantó las cejas.

—¿Para buscar apartamento? Eso es genial.

—Para hablar más sobre ello, al menos. Quizá hagamos una lista de sitios que ir a ver.

La idea de mudarme me producía tanto alivio que no dejaba de fantasear con ello. Ahora mismo me veía obligada a encerrarme en mi habitación cuando Jillian y Amelia estaban en casa. Había comido en mi pequeño escritorio más veces de las que podía contar. Aunque, tras el enfrentamiento del otro día, ellas habían empezado a evitarme: si yo estaba en mi cuarto, ni siquiera se molestaban en entrar. El ambiente se había vuelto tan gélido que casi necesitaba abrigo y guantes para soportarlo.

En el caso de Jillian, seguramente andaba con cuidado porque no quería que le contara lo que sabía a nadie. A lo mejor ese también era el caso de Amelia. Parecía que todos eran cómplices en su pequeña red de mentiras.

—¿Ves? —Se le iluminó el rostro y se le dibujó una sonrisa—. Podrías quedarte el domingo hasta que vuelva. No volveré muy tarde. Seguro que será poco después de la hora de comer.

—Esa era tu intención desde el principio, ¿no?

—Claro que sí. —Miró el reloj y la sonrisa se esfumó—. Mierda. Me tengo que ir o llegaré tarde al entrenamiento. —Dio un paso adelante y me dio un pico antes de soltarme la cintura—. Hablaremos esta noche. Te mandaré un mensaje con el código de la puerta.

Mientras él corría escalones abajo, yo abrí la puerta y la empujé. Recé porque no hubiera nadie en casa…

Pero no tuve esa suerte.

Cuando entré, Jillian estaba en el recibidor poniéndose el abrigo.

Me quité los zapatos y pasé junto a ella, ignorando su presencia por completo.

—Bailey —dijo con voz crispada—, ¿podemos hablar un momento?

Mi cuerpo entero se tensó. Era una persona bastante razonable, con más tendencia a esconder las cosas bajo la alfombra y perdonar con demasiada facilidad que a discutir. No solía perder la paciencia, apenas alzaba la voz, pero este momento estaba a punto de convertirse en una excepción.

Me giré para mirarla e hice un esfuerzo por mantener un tono de voz neutral.

—¿Por qué?

Cuadró los hombros y tragó de forma visible.

—Sobre lo que dijiste el otro día. No se lo… no se lo dirás a nadie, ¿verdad? —Me analizó el rostro, nerviosa.

Me encogí de hombros.

—¿Te refieres a alguien más aparte de a Chase? Porque lo sabe todo.

Se quedó helada con las llaves en la mano y empalideció de golpe. Puso una mueca de terror tan pronunciada que era casi cómica. Alguien a quien odiaba sabía uno de sus secretos más oscuros. Justicia poética.

—Pero tu hermano… el equipo. —Jill hizo un gesto vago. Como si el equipo me importara una mierda llegados a este punto.

—Sí, Derek es mi hermano, que es la razón por la que estoy tan enfadada. Si no fuera por eso, ni siquiera me importarían las cosas turbias que eres capaz de hacer, Jill.

Se mordió el labio inferior y la culpa le invadió el rostro, pero no dijo nada.

—Imagina cómo te sentirías tú en mi lugar —añadí—. Lo que estás haciendo no es justo para él. Para ninguno de ellos.

—Es complicado.

—Eso me han dicho. —Colgué el bolso en el perchero y me giré en dirección a la escalera—. Con respecto a lo de contárselo a

alguien, aún no lo he decidido. A lo mejor debería hacer que todo fuese más sencillo entre nosotras. Si acabas con esta situación de mierda, no tendré que tomar esa decisión.

Era una amenaza vacía. Jamás le haría eso a Derek. Pero ella no tenía por qué saberlo.



Para cuando llegué a la oficina del *Callingwood Daily* después de la hora de comer, mi enfado con Jill ya se había esfumado y volvía a estar en las nubes pensando en Chase. Estaba siendo una experiencia increíble. Jamás me había sentido así. Nunca.

Creía que Luke debía gustarme porque le gustaba a todo el mundo. Era bueno en la teoría, o eso había creído, y tenía a cientos de chicas deseosas de salir con él. Como una ingenua, me impresionó que se interesara por mí.

Pero nunca estuve embelesada ni encaprichada de una forma tan intensa e irremediable. Había sido una de esas situaciones en las que una no sabe lo que se pierde.

Pero ahora lo sabía, y era increíble.

Abrí la puerta de un empujón y me dirigí hacia donde estaban Zara y Noelle, en la mesa redonda extragrande. Sentía sus miradas sobre mí mientras dejaba la bolsa y sacaba el portátil y la libreta.

Zara inclinó la cabeza y me examinó.

—Bueno, ¿alguien está de buen humor?

—Casi has entrado dando saltitos —añadió Noelle con voz cantarina.

—Yo diría que bailando —agregó Zara—. ¿O tal vez brincando?

Me encogí de hombros, pero no podía deshacerme de la expresión bobalicona en la cara.

Las palabras me rehuían. Mi cerebro era una sopa de hormonas y felicidad.

—Espera. —Se quedó boquiabierta—. Viste a Chase anoche,

¿verdad? ¿Ya habéis…?

Me mordí el labio.

—Tal vez.

Ambas chillaron.

—Bueno, no. —Levanté una mano—. No ha habido sexo. Solo nos hemos enrollado un poco.

Ya sabéis, demasiado…

Zara alzó las cejas.

—Debe de ser muy bueno si estás así de emocionada.

Una oleada de emoción me recorrió al recordarlo.

—Sí, lo fue.

—Qué bien tía. —Noel le me dio una palmada juguetona—. Sobre todo después de lo que nos contaste sobre Luke.

Madre mía, ¿a cuánta gente se lo había contado? No volvería a tomar chupitos.

—Ayyy, B. Me alegro tanto por ti. —Zara saltó de su silla. Noelle asintió.

—Yo también.

Estuvimos en silencio durante un rato mientras hacíamos los deberes y tareas para el periódico.

—Hablando de buenas noticias —dijo Zara, que miró la pantalla del ordenador con los ojos entrecerrados—. Tengo algo más para ti. Bueno, en parte son buenas noticias.

—¿Qué es? —¿Qué podía ser?

Hizo un gesto con la cabeza a su portátil.

—He recibido un correo de Liam. Quiere dejar el apartado de deportes. Dice que se lo repartirá contigo. Si quieres, claro.

Vale, así que tenía razón en parte. Creía que iba a tirar la toalla, pero supongo que no iba a tener tanta suerte. Debería haberme emocionado, pero ahora me vería obligada a trabajar con él.

Arg. Y habría límites.

Suspiré.

—¿Cuál es la trampa? ¿Quería que le pagara por el honor? ¿Llevarse el mérito por las historias que yo escribía? Nada me

sorprendería.

—Que quiere cubrir el *hockey* en exclusiva…

Qué fuerte. Capullo. ¿Por qué estaba tan empeñado en cubrir el *hockey* en concreto cuando apenas era un fan?

—No me esperaba menos —resoplé—. Deberías preguntarle qué puntuación tenemos ahora mismo. Seguro que es incapaz de decírtelo sin consultar el móvil.

Por el contrario, yo podía enumerar las estadísticas de los diez primeros equipos de memoria. Quién lideraba cada categoría, quién cumplía con las expectativas y quién estaba demostrando ser una decepción esta temporada.

Zara se encogió de hombros y me dedicó una mirada compasiva. Sabía que tenía razón.

—¿Eso es un sí o un no?

—Sabes que es un sí —dije a regañadientes—. A lo mejor, al final también pierde interés en el *hockey.*

—¿Has visto la lista del programa de becas de primavera? —preguntó Noelle, que me golpeó con la punta del bolígrafo—. Son todas a distancia. Hay como diez de ellas. He visto algo relacionado con los deportes y he pensado en ti.

Agucé el oído.

—No, ¿dónde la han publicado?

—En el portal de carreras. —Hizo un gesto con la cabeza hacia mi portátil—. Esta mañana. Deberías echarle un vistazo.

Esperanzada, volví a abrir el navegador, me metí en la página web de carreras de Callingwood e inicié sesión con mis credenciales. Busqué por los distintos listados y leí las descripciones. Había una para una web de moda de la que jamás había oído hablar, una página web de comida que no me resultaba familiar, una estación local de noticias, una marca nacional de *fitness…* y *Penalty Box Online.*

Es la página más *importante* de noticias de *hockey…*

Madre mía.

Enseguida hice doble clic en el listado.

Penalty Box Online
Redactor de contenido deportivo - beca remunerada.

Compromiso: aproximadamente 5-10 horas semanales.

Tareas: crear contenido para la página web, publicar en redes sociales y redacción creativa, así como investigación en temas relacionados con el mundo del *hockey*.

Requisitos: grado en Periodismo o Comunicación con una nota media alta, pasión por el *hockey*, altos conocimientos sobre el funcionamiento de los partidos, los equipos y asuntos relacionados con la liga, capacidad para presentar trabajos de alta calidad en plazos de entrega breves.

Posibilidad de transición a un puesto permanente a tiempo parcial con buen rendimiento.

Miré la pantalla sin parpadear. Era el momento. Exactamente lo que necesitaba. Perfecto para el currículum.

Entonces, volví a la realidad y vi el reloj detrás de Zara. Me levanté de golpe y recogí las cosas.

—Perdón, me tengo que ir pitando. Shiv me recoge pronto.

Noelle levantó las cejas.

—¿Shiv?

—Eh, la novia del compañero de piso de Chase —dije—. Estamos buscando piso. Es una historia larga.



Una hora más tarde, nos habíamos instalado en el comedor con comida mexicana para llevar y margaritas caseras. Además, habíamos planeado ver todas las comedias románticas disponibles en Netflix. Era agradable volver a tener una noche de chicas. No lo había hecho desde que las cosas se habían ido al garete con Amelia y Jill.

—Chase me contó lo del incendio —dije, y le di un sorbo a mi margarita de fresa—. Es terrible. Me alegro de que nadie resultara herido.

—Sí. —Siobhan se sentó sobre las piernas en el sofá y se giró para mirarme—. Aunque la mayoría de mis cosas se estropearon por

los daños provocados por el humo. El seguro del alquiler lo cubre, pero me duele tener que sustituirlo todo. Especialmente cuando estoy intentando vivir con una sola maleta en la habitación de Dallas.

—Creo que esa parte a él no le importa. —Cogí un taco de pollo y le di un bocado. Divino. Entre la cena con Chase y la comida para llevar de esta noche, me estaban mimando sin parar. Y era un cambio más que bienvenido frente a mi dieta habitual de universitaria sin un duro.

Se rio y se pasó un mechón de pelo oscuro por detrás de la oreja.

—Los tres parecen de acuerdo con que me quede aquí a vivir por un tiempo. Creo que a Ty es al que menos le entusiasma tener a una chica rondando por aquí todo el tiempo, pero lo está llevando bien. De todos modos, no quiero abusar de su hospitalidad.

—¿Has tenido ocasión de echarle un vistazo a casas de dos habitaciones?

—Tengo una lista de opciones que podríamos mirar. —Vaciló—. Espero no estar adelantándome. Si tienes algo en mente, podemos ir a verlo también.

Me estremecí.

—Si te soy sincera, no he tenido tiempo de mirar nada. He estado bastante ocupada la semana pasada.

Shiv me miró y las comisuras de sus labios se curvaron.

—Eso he oído.

—¿Qué has oído?

—Chase nos ha contado que habéis salido un par de veces. Y me comentó lo de vuestra cita de patinaje. Debo decir que es bastante adorable.

—Fue muy divertido —dije, y noté que se me calentaban las mejillas—. Hasta que el conserje nos pilló mientras nos enrollábamos. —Aquella confesión se me escapó gracias a las margaritas.

Shiv abrió los ojos y se cubrió la boca mientras se reía nerviosa.

—Calla. No puede ser.

—Bueno, casi. Estuvo muy cerca. —Me encogí de hombros—. ¿Dallas te ha llevado a patinar alguna vez?

—No. —Negó con la cabeza—. Soy una chica de Florida de los pies a la cabeza. Ni siquiera creo que fuera capaz de mantenerme de pie con unos patines puestos, menos todavía usarlos. Para mí, el hielo es para mirarlo desde la grada.

—¿Florida? Guau, estás muy lejos de casa, ¿no?

—Cosas de la vida —dijo ella—. El ex y todo eso. Quería poner varios estados de por medio entre nosotros.

Madre mía.

—¿Sigue intentando ponerse en contacto contigo? —pregunté, intrigada. Al fin y al cabo, había sido ella quien había sacado el tema, así que me pareció seguro indagar un poco más.

—A veces. —Le dio un mordisco a su enchilada y, tras tragar, siguió *contándome* su historia—. Mis redes sociales son totalmente privadas, lo cual me ayuda en cierta medida. Pero hace un tiempo consiguió mi número a través de un amigo en común. Me llamaba una y otra vez en plena madrugada. Tendrías que haber oído a Dallas cuando contestó. Al día siguiente cambié de número.

Siobhan tomó aire y lo expulsó despacio.

—Supongo que esa es la razón por la que he mantenido un poco las distancias con Dallas. —Gesticuló hacia el salón—. Aunque no es que haya funcionado demasiado bien. Quiero decir, estoy loca por él. Pero sigo un poco nerviosa.

—Lo entiendo —dije—. Tu ex casi hace que Luke parezca majo.

Luke era un capullo, y había decidido entrometerse en mi vida ahora que yo había pasado página. Pero lo de su exnovio era de otro nivel, de esos que podían resultar peligrosos. El daño que Luke podía infligir se limitaba a extender mentirijillas e intentar fastidiar a Chase hasta la saciedad. En todo caso, Chase era su mayor amenaza.

—No sé. Luke parece horrible. —Siobhan mojó un nacho en el guacamole—. Me he enterado de lo del mensaje.

—¿Has visto? ¿Quién hace esas cosas? —canturreé—. En realidad, es típico de Luke. Creo que su intención era crear problemas entre Chase y yo.

Sonrió.

—Chase no se irá a ninguna parte. No es que quiera delatarlo ni nada, pero… —Se detuvo—. Bueno, vale, voy a delatarlo. Está un poco pillado por ti.

No pude evitar que una sonrisa tonta apareciera en mi cara.

—No me puedo creer que lo odiara.

—¿Lo hacías? —Shiv inclinó la cabeza, confusa.

—Creía que lo hacía. —Fruncí el ceño. Las cosas habían cambiado tanto en los últimos días que parecía que arriba era abajo.

—En tu defensa diré que puede ser muy pesado en la pista. —Se rio—. Dallas dice que es uno de esos jugadores a los que adoras si está en tu equipo, pero al que odias si está en cualquier otro.

—Suena bastante acertado —dije, y me levanté para llevar el plato vacío a la cocina—. ¿Vemos primero *Amor de verano o Comprometidos por accidente*?

Siobhan se encogió de hombros.

—Recorramos la lista en orden alfabético.

—Ver todas estas películas del tirón en la cuenta de Dallas va a alterar su algoritmo —señalé. Ahora mismo, su pantalla de inicio era todo John Wick, monólogos y películas de terror.

Ella se rio y le dio otro trago a su margarita.

—Esa es la mejor parte. Recibirá notificaciones de los próximos estrenos de comedias románticas hasta el fin de los tiempos.



Capítulo 27

Parte del juego

Bailey

Dejé el móvil sobre la mesita de noche de Chase y me deslicé bajo las sábanas, recostándome después contra el cabecero de madera. Resultaba extraño estar en su habitación sin él; su presencia lo permeaba todo como un fantasma. Y la cama olía a él, impregnada de la combinación embriagadora de su colonia y su olor corporal.

No es que hubiera estado inhalando el aroma de las almohadas ni nada por el estilo. Dios, me gustaba de verdad. Era aterrador.

Un segundo después me vibró el móvil. Lo cogí con un nudo en el estómago y respondí.

—Hola.

—Hola, cielo —dijo Chase, con una voz profunda e hipnótica. Tenía un extraño efecto sobre mi cerebro… y sobre otras partes de mi cuerpo—. ¿Qué llevas puesto?

Me reí.

—¿Has bebido? —Lo sabía por la cadencia de su voz…

—Bueno… —tartamudeó—. Puede que un poco.

De fondo, oí que uno de los chicos gritaba:

—¡Más que un poco, qué poco aguante tienes chaval!

—Ignora a Ward —añadió—. Solo voy un poco contentillo, nada más.

—¿No tenéis partido mañana? —dije, al cambiar de postura y tirar del suave edredón gris para resguardarme del frío que invadía la habitación. Chase era como una estufa portátil, así que nunca pasaba frío en su cama cuando estaba conmigo.

—Está todo controlado. Soy una máquina.

—De eso estoy segura. —Recorrí la habitación con la mirada hasta que mis ojos se detuvieron en la puerta blanca de su vestidor. Entonces, recordé lo que había dicho sobre las sudaderas—. ¿Estáis en el hotel?

Salí de la cama y sujeté el móvil entre la oreja y el hombro. Abrí el armario y me quedé un instante observando su interior. Como todo lo que le pertenecía, estaba perfectamente organizado, dividido en secciones. Apreté los labios al contemplarlo: siempre era así de ordenado.

Corrí los trajes a un lado, descolgué una sudadera blanca de los Falcons de una de las perchas y me la puse. Me quedaba holgada de un modo perfecto, y tenía ese desgaste que la volvía suave y acogedora.

—Sí —dijo Chase—. Algunos de los chicos se han escabullido, pero nosotros nos hemos quedado aquí para tomarnos un par de cervezas. Y entonces empecé a pensar en ti en mi cama… y aquí estamos.

No podía negarlo; me tranquilizaba saber que no había salido. No es que pensara que Chase fuera capaz de hacer algo, pero muchos chicos con novia se enrollaban con otras chicas cuando estaban por ahí. Lo aprendí a las malas.

—Es increíble lo vacía que está la cama cuando no ocupas todo el espacio.

Volví a acomodarme bajo las sábanas, y me tapé. La cama de Chase era ideal: el colchón tenía la firmeza justa, el edredón era

mullido y las almohadas parecían nubes perfectas. Nada que ver con mi ropa de cama barata del IKEA.

—¿Yo? —Su risa era profunda, atractiva—. James, eres adorable, pero eres tú la que duerme en diagonal.

Ahí tenía razón: era caótica cuando dormía. En casa, ocupaba la cama de matrimonio entera. Me movía tanto que a veces las esquinas de la sábana bajera se salían de debajo del colchón. Con Chase, en cambio, no daba tantas vueltas; quizá porque no tenía sitio para hacerlo.

—No te he dicho lo que llevo puesto. —Me estremecí y tiré de las suaves mangas de su sudadera de algodón hasta cubrir a medias mis manos heladas. Parecía que los chicos hubieran puesto el termostato para convertir la casa en un congelador.

A lo mejor Shiv y yo podíamos subir la temperatura un grado o dos mientras ellos no estaban.

—Si lo que intentas es distraerme del hecho de que me estás robando la cama, está funcionando —dijo—. Continúa.

—Llevo una de tus sudaderas.

Tal vez se la devolviese… o quizá no… pero no se lo diría. A lo mejor no se daba cuenta si desaparecía…

—Ah. —Chase suspiró—. Y ni siquiera estoy ahí para verlo.

—Mañana —añadí—. ¿Cómo ha ido el partido?

—Genial. —Se rio—. Me he metido en una pelea. Y he ganado, evidentemente.

Los hombros me temblaron de la risa. Era su sello personal.

—Cómo no.

Se había visto involucrado, al menos, en una pelea menor en cada partido que lo había visto jugar. Claro que la rivalidad entre Boyd y Callingwood era tan intensa que no siempre era culpa suya del todo.

Aunque, para ser justos, casi tenía un doctorado en sacar de quicio al oponente.

Al otro equipo le cayó una penalización de cinco minutos por eso, con un jugador fuera en el banquillo. —Se encogió de hombros,

fingiendo inocencia—. Yo no fui quien lo empezó.

—Claro que no. —Negué con la cabeza, esbozando una sonrisa —. Tú nunca provocarías algo así. ¿Qué tal el resto del partido?

—Hemos ganado 4 a 3 —dijo—. He conseguido dos asistencias.

—Genial. Eso será bueno para tus estadísticas —dije, aunque ya había empezado la temporada con unas cifras bastante buenas.

—¿Cómo ha ido la búsqueda de piso con Shiv?

—Bien —respondí, y reprimí un bostezo. Ni siquiera era tan tarde. No había motivo para que estuviera tan cansada, aparte de toda la comida mexicana que habíamos engullido y la margarita supercargada que me había tomado. Shiv preparaba cócteles como sí intentara tranquilizar a un elefante—. Hemos pedido cita para ir a ver un par de sitios el miércoles. Están bastante céntricos, en pleno distrito del río, a unos diez minutos de tu casa.

Síobhan y yo habíamos peinado los anuncios de alquileres de arriba a abajo y, de momento, los habíamos reducido a tres posibles candidatos. Si esos no salían, teníamos dos más en la recámara por si acaso. Pero había uno muy mono con dos habitaciones y un balcón en Green Street en el que había puesto todas mis esperanzas. Lo acababan de reformar, estaba en una buena calle y a dos minutos del tren. Tenía grandes ventanales, un comedor luminoso y, lo mejor de todo, dos cuartos de baño. Era exactamente como me había imaginado el apartamento perfecto para empezar de nuevo, así que estaba rezando para que nadie nos lo quitara antes de que pudiéramos ir a echarle un buen vistazo.

—Perfecto —se burló—. Así podrás pasarte a vernos jugar en casa cuando hayáis terminado.

Se me cerró la garganta.

—Sabes que jugáis contra nosotros, ¿verdad?

—Sí. ¿Sigue siendo raro? —preguntó Chase con un tono más suave—. No pasa nada. Lo entiendo.

—No estoy segura. —Tomé aire y aguanté la respiración un momento. Era raro, pero tal vez siempre lo sería—. ¿Me lo puedo pensar? Ahora mismo es por Derek. Me resulta… un poco incómodo.

¿A quién iba a animar? ¿A ambos equipos? ¿A ninguno?

—No te preocupes —dijo él—. Si no es este, tal vez al siguiente.

Intentaba disimularlo, pero había un matiz de decepción en su voz que me dolió más de lo que esperaba. De pronto, me sentía tremendamente culpable. Había asistido sin falta a todos los partidos de Luke. A todos.

No había asistido a ninguno en los que había jugado Chase.

—¿Sabes qué? Iré —dije. Shiv y yo nos sentaríamos lejos de Jillian y Amelia. Al otro lado del estadio. Tendría que andar con mucha cautela antes y después del partido, pero me las apañaría.

Además, quería ver jugar a Chase. Su voz sonó más alegre.

—¿De verdad?

—Claro. —Otro bostezo hizo acto de presencia mientras hablábamos.

—Genial —dijo—. Suenas cansada, cariño. Dejaré que te vayas a dormir. Pero nos vemos mañana, ¿vale?

—Vale —respondí—. Buenas noches, Carter.

—Buenas noches, James.



Chase

James estaba en mi cama sin mí. Era una tortura autoinfligida.

Colgué la llamada y me quedé mirando la pantalla. Imaginé a James bajo las sábanas. Sus labios carnosos. Los delicados suspiros. Sus largas piernas enredadas con las mías…

Entonces alcé la vista y vi a Ward de pie, justo frente a mí, mientras yo seguía sentado en el borde de la cama. Me miraba con los labios curvados en una media sonrisa.

—¿Cómo está tu novia?

Ni siquiera iba a discutir con él, aunque, en realidad aún no lo habíamos definido así.

Yo quería que lo fuera, pero no sabía cómo proponérselo. La quería para mí de un modo elemental, primitivo, tal como ella misma lo había descrito en el vestuario: como un cavernícola.

—Bien —dije—. Haciendo planes para buscar apartamento con Shiv.

—Ya. —Se tensó, y la diversión de su rostro dio paso a una expresión indescifrable—. Shiv mencionó algo así.

Entrecerré los ojos y lo estudié.

—No quieres que se vaya, ¿verdad?

Y Ward me daba la murga con Bailey. Qué tío.

—¿Qué? —Dallas puso una mueca, pero era un actor malísimo—. No, que va, me parece genial. Tengo ganas de recuperar mi espacio personal y todo eso… —Añadió un gesto señalando la habitación, que no hizo más que delatar lo poco convincente de su mentira.

—Eres consciente de que los sitios que están buscando están a tan solo diez minutos de nuestra casa, ¿verdad?

En ese momento, lo único que quería era poder pasar tiempo en casa de Bailey algún día. Sería un alivio dejar de ser el enemigo número uno de sus compañeras de piso.

—Sí, lo sé.

Ty se acercó con un botellín de cerveza en la mano.

—Ya vale de cotilleos, perras. ¿Vamos a jugar al póquer o qué? Davis y Fitz también se apuntan.

—¿Queréis volver a quedaros sin blanca? —pregunté—. Vosotros dos nunca aprendéis.

Tampoco me quejaba. Un poco de dinero extra no le hacía daño a nadie. Y ellos hacían que fuera muy fácil hacerlo.

—Tuviste suerte —gruñó Dallas.

Levanté una ceja.

—¿Las últimas cinco veces? —Me puse en pie, me metí la mano en el bolsillo trasero y saqué la Cartera.

Ty alzó la mano que tenía libre e hizo señas para que le diera

dinero para la entrada.

—Juega o cállate.

Varias manos después, solo quedábamos Fitz, uno de nuestros defensas de último curso, y yo. No era un mal jugador de póquer, aunque no era tan bueno como él creía. Participaba en torneos por diversión, lo que le daba una confianza exagerada.

Y le convertía en la víctima perfecta.

Ty sacó la última carta, que resultó ser el nueve de picas que necesitaba con desesperación.

Precioso.

—Igualo. —Fitz se pasó una mano por el pelo cobrizo, su señal. Tenía algo, pero no era lo bastante alto para ganarme.

—Dales la vuelta —dije, y gesticulé hacia su mano.

Fitz giró las cartas para desvelar un *full:* tres ochos y dos reyes. No estaba mal.

Entonces yo mostré las mías. Una escalera de color en todo su esplendor: un nueve, un diez, una sota, una reina y un rey, todos de picas.

Los ojos de Fitz casi se le salieron de las órbitas y dio un manotazo sobre la mesa redonda. El rostro se le encendió bajo las pecas y se dio toquecitos con el puño en el muslo bajo la mesa.

—¡Maldición, Carter!

—Y una mierda —masculló Dallas—. ¿Tenías las cartas en la manga o qué?

Ty se aclaró la garganta.

—Ejem, el *dealer* está justo aquí, capullo, y esa mierda no cuela en mi mesa. Tengo ojos en la puta cara.

—¿Qué? —Me encogí de hombros y deslicé las cartas hacia Tyler para que las guardara—. ¿Creías que iba de farol?

Fitz hizo un gesto con el cuello del botellín, aún anonadado.

—Hace un par de manos hiciste una apuesta muy alta con una pareja de doses…

—Todo forma parte del juego, amigo mío.

El bote había sido pequeño, pero la recompensa, inmensa.

Porque había hecho que Fitz pensara que yo era un idiota imprudente, que era el motivo por el que había jugado todo en esta mano.

Acabé la noche con doscientos dólares más en el bolsillo. No podían decir que no les había advertido.



Capítulo 28

Cita doble

Chase

El trayecto en autobús de regreso a casa se me hizo eterno.

Cuando entré, Bailey estaba acurrucada en el sofá del salón con el portátil plateado junto a ella. Estaba adorable con esas mallas negras que había conjuntado con mi sudadera blanca de los Falcons. Sin duda, uno de los grandes puntos a favor de volver a casa.

Sus ojos avellana se iluminaron cuando aterrizaron sobre mí.

—Hola, forastero.

Cerró el portátil y se levantó para saludarme a medida que comencé a rodear el sofá. La atraje por la cintura y bajé la cabeza para besarla. Su aroma cálido a vainilla me envolvió; siempre desprendía ese toque dulce, como de galleta recién hecha, imposible de resistir.

Separó los labios e inclinamos las bocas para profundizar el beso. Respiró con suavidad y deslizó los brazos sobre mis hombros. La acaricié las costillas, bajando por las caderas, hasta agarrarle ese culo perfecto. Y se me puso dura al momento. A lo mejor debería

haber hecho esto en algún otro sitio, porque me estaba poniendo muy cachondo en medio del salón.

La puerta principal se abrió y Dallas entró de golpe como si fuera un elefante en una cacharrería.

—Ignoradme —exclamó, dando pisotones. Para alguien que era tan elegante en el hielo, parecía que tenía plomo en los pies cuando andaba por casa—. Voy a buscar a Shiv.

Aguafiestas.

—Perdona que hayamos llegado tan tarde —dije, y le acaricié la mandíbula con el dedo—. A algunos les ha costado muchísimo recoger las cosas y salir del hotel después del partido.

Parpadeó despacio y se le dibujó una pequeña sonrisa en los labios.

—No pasa nada.

—Ven aquí. —La rodeé con un brazo y la arrastré conmigo hacia el sofá. Bailey se dejó caer a mi lado, dejando escapar un suspiro, y se giró noventa grados, de forma que pudo estirar las piernas largas sobre mi regazo.

Le miré a la cara y dejé que mi mirada vagara por su torso, cubierto por mi sudadera blanca. Le venía un poco grande, pero de una manera perfecta. Y yo sabía que las curvas que escondía bajo la tela eran espectaculares.

Quería tumbarla en el sofá y devorarla, pero no quería que pensara que era lo único que me interesaba de ella, sobre todo después de haber pasado unos días separados, así que aguanté las ganas.

Nuestros ojos se encontraron y fue como estar en casa; estar con ella era como estar en casa.

—¿En qué estabas trabajando? —pregunté.

—Bueno… —Se mordió el labio inferior—. Estaba leyendo un anuncio de becas que me ha enviado Zara.

—¿Con qué empresa?

Se estaba haciendo la remilgada y no sabía muy bien a qué se debía.

—En *Penalty Box Online.* —Cogió el ordenador y lo giró para que lo viera.

Leí la descripción y los requisitos.

—James. —Levanté la mirada hacia ella—. Es perfecto. Vas a solicitar el puesto, ¿verdad?

Hizo un sonido evasivo y se encogió de hombros con desgana antes de bajar la mirada.

—Ya veremos. No sé si estoy cualificada.

Volví a leer la descripción de la beca.

—Cariño, es como si lo hubieran creado para ti.

Se mordió los labios como si quisiera discutir, pero no lo hizo. Odiaba que a veces se menospreciara a sí misma y a sus capacidades. Y odiaba aún más el origen de su autoestima tan baja. Puto Morrison.

—No te autosabotees —le dije—. No pierdes nada por intentarlo.

—Lo sé. —Su mirada se volvió distante un segundo y asintió—. Tienes razón. Haré lo que harías tú. Dar por sentado que soy genial y que todo saldrá bien.

—Exacto. Te quedarás el miércoles, ¿no? —Le dediqué una sonrisa ladeada, esa que casi siempre me conseguía un sí.

—Sí, claro. —Sonrió, de pronto un poco tímida—. Para entonces ya habré terminado unas cuantas tareas y el jueves no entro a clase hasta las diez. A no ser que tú necesites levantarte temprano.

—Tengo entrenamiento en seco por la mañana, pero volveré después. Debería llegar a casa hacia las ocho. —Volver a la cama y encontrar a James allí era, para mí, la definición misma del paraíso.

—Me parece bien —dijo ella—. De todas formas, aún tengo que lidiar con un proyecto de grupo esta noche. Está habiendo problemas entre los integrantes y tengo que hacer de mediadora. —Puso los ojos en blanco y soltó un resoplido frustrado que me resultó adorable.

No estaba seguro de haberla visto enfadada de verdad. Irritada, sí. Pero nunca la había visto perder los papeles. Aunque con lo pesado que era yo, tarde o temprano acabaría pasando.

—Por desgracia, tengo un montón de deberes que tengo que terminar para mañana —dije—. Y ahora que puedo besarte siempre que quiera, no estoy seguro de ser tan productivo contigo aquí como lo fui la última vez.

—Seamos sinceros. —Sus ojos dorado-verdosos recorrieron mi rostro y sus labios rosados se curvaron hacia arriba—. Tampoco tenías intención de ser productivo esa vez.

¿Tan evidente era? Mierda.

—Puede que hubiera estado ganando un poco de tiempo —admití—. Pero Ward es especialista en aparecer en el peor momento.

Se quedó boquiabierta y su boca formó una pequeña O.

—Así que ibas a besarme. —Me dio un golpe juguetón en el brazo.

Sonreí. Me había pillado y lo sabía.

—Por supuesto que iba a hacerlo.

—Puedes besarme ahora si quieres —dijo en un suspiro.

Me acerqué a ella y enredé una mano en su pelo para atraerla hacia mí. Nuestros labios se juntaron despacio. Ella posó una mano fría en mi mandíbula mientras me devolvía el beso.

Solo podía describir esa sensación como si alguien apagara un interruptor en mi mente, porque todo lo demás se desvanecía. El momento se alargó hasta la eternidad. Lo único que existía eran sus labios dulces moviéndose contra los míos con una perfección dolorosa, y su cuerpo apretado contra el mío.

Nos separamos despacio. Una sonrisa tímida se asomó de entre sus labios.

Entonces, su expresión se tornó seria y estudió mi cara.

—Hablando de deberes, ¿cómo va el período de prueba?

—Gracias a ti y a la buena nota que saqué en la redacción —dije —, ya he salido de él oficialmente. —Y estaba intentando mantenerlo así… a menos, claro, que perdiera el control y le diera una paliza a Morrison en un futuro cercano, lo cual era bastante probable y, sinceramente, valdría la pena.

Aunque, en un mundo ideal, lo destrozaría en el hielo: así

ayudaría al equipo y evitaría acabar en la cárcel.

—¿De verdad? —El rostro de Bailey se iluminó y me dio un apretón en la mano—. Eso es genial.

—Sí, pero aún tengo que andarme con pies de plomo. Como en el partido contra vosotros la semana que viene.

Tal vez no debería haber mencionado esa parte. El entrenador Miller me había dado las habituales charlas de «compórtate», que ambos sabíamos que en realidad eran advertencias.

Bailey frunció el ceño y cambió el peso de una pierna a la otra.

—¿Estás seguro de que no será peor si yo estoy allí?

—No, todo irá bien —dije negando con la cabeza. Eso no sonó exactamente como me habría gustado. Tenerla allí haría que todo fuera mejor que bien—. Será genial —le aseguré—. Tengo muchas ganas de que vengas. Prometo comportarme.

O eso creía.

Dallas entró a zancadas en el salón.

—¿Cenamos? ¿No? —Alzó las cejas oscuras y nos señaló a Bailey y a mí—. Yo cocino.

—Espera. Habéis estado fuera todo el fin de semana, trabajando sin parar, ¿y ahora que volvéis a casa queréis prepararnos la cena? —preguntó Bailey.

Bueno, Dallas sería quien haría todo el trabajo en este caso, pero si me llevaba el mérito por asociación tampoco iba a quejarme. Encargarse de la barbacoa no era exactamente cosa de dos, pero supongo que podía quedarme de pie junto a la barbacoa y fingir que estaba ayudando.



Dos horas más tarde, teníamos unos filetes perfectamente cocinados a la parrilla, unas patatas asadas rellenas y una ensalada César que era una obra de arte, decorada con beicon desmenuzado por encima.

La compañía tampoco estaba nada mal.

Bailey dejó el tenedor sobre el plato y tomó un sorbo de agua. Mis ojos se quedaron fijos en sus labios al rozar el borde del vaso. No podía dejar de imaginar su boca sobre la mía. O, bueno… en otros lugares.

—¿Sabes? —dijo—, tus amigos todavía no me han contado ninguna historia vergonzosa sobre ti.

Nervioso, engullí un trozo de filete poco hecho. Había historias vergonzosas… y estaban las realmente humillantes. Pero confiaba en que Ward no me delataría. No necesitaba que esas anécdotas salieran a luz, y menos todavía delante de James.

Algunos de los chicos del equipo quizá necesitaban un pequeño recordatorio.

—Hmm. —Dallas frunció el ceño oscuro—. Eso es difícil… creo que muchas de ellas me involucran a mí también.

—Mucho mejor. —Shiv se inclinó hacia delante en su silla y le dio un pequeño codazo. Se apartó la cortina de pelo oscuro detrás del hombro y miró a Ward, expectante—. Empieza a hablar, Dal.

Me lanzó una mirada. En un instante, y sin decir palabra, quedamos en que él no me fastidiaría la vida y yo haría lo mismo por él. Gracias, hermano.

—No sé —dijo, tamborileando los dedos sobre la mesa de madera—. Hay algunas bastante buenas del torneo juvenil de Finlandia. Como lo del restaurante.

Ah, ese viaje fue divertido. Fue en el verano antes de empezar la universidad; la primera vez en la que nos otorgaban algún tipo de libertad real mientras estábamos de viaje durante un campeonato… y tuvimos que asumir las consecuencias de esa libertad.

—Sí —afirmé—. Fue divertido.

Y puntuaba bajo en la escala de lo embarazoso. Al menos, en esa yo acababa vestido. Bien hecho, Ward.

Bailey inclinó la cabeza e ignoró el tenedor lleno de ensalada César.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—En nuestra primera noche allí, nos dejaron salir por nuestra cuenta —expliqué—. Ward y yo nos fuimos al centro y nos alejamos de la zona turística donde se encontraba el hotel. Ya sabéis, para vivir la auténtica experiencia local.

—Como es evidente, no hablábamos nada de finés —añadió Dallas, que le dio un bocado a la patata rellena.

Shiv y Bailey nos miraban, cautivadas, mientras continuábamos.

—Llegamos a un restaurante que estaba lleno, por lo que supusimos que debía ser bueno. —Me recliné sobre la silla.

—Pero con la barrera del idioma, tuvimos problemas para comunicarnos con la camarera —siguió—. Ella señaló a la mesa y luego a un grupo de personas que ya estaban allí sentadas. Asentimos en plan, «sí, nosotros también queremos una mesa». Entonces, nos guio hasta el final de una mesa larguísima junto con un montón de desconocidos. Pensamos que era raro, pero luego pensamos que a lo mejor era la forma finlandesa de cenar en comunidad.

Solté una carcajada al recordarlo.

—El resto de la gente nos miraba raro, pensábamos que se debía a que éramos estadounidenses. La camarera siguió trayendo platos de comida, uno detrás de otro. Ni siquiera nos dieron la oportunidad de echarle un vistazo a la carta. De nuevo, nos pareció raro, pero seguimos adelante con ello.

—Hasta nos sirvieron vino sin preguntarnos —añadió Dallas—. Cuando acabamos, fuimos a pagar, pero no aceptaban nuestro dinero. —Se detuvo, le dio un trago a su cerveza y curvó los labios pegados a la boca del botellín—. Porque nos habíamos colado en la cena de una boda sin querer.

—Dejamos una propina enorme y nos marchamos —añadí entre risitas.

Shiv echó la cabeza hacia atrás y dejó salir una risa gutural.

—¿Cómo es posible que sea la primera vez que oigo esta historia? —Cuando se recuperó, un poco, negó con la cabeza—. Tenéis suerte de ser guapos.

—Sí. —Bailey se mordió el labio. Se le sacudían los hombros bajo la sudadera blanca, a pesar de que estaba intentando frenar las risitas sin éxito.

Le quité importancia con la mano y disimulé una sonrisa tímida.

—Ya, ya.

Dallas bajó la mirada hacia su plato y cortó un pedazo de filete antes de volver a alzarla.

—También está eso que ocurrió en Ámsterdam de camino a casa.

Bailey se volvió para mirarme.

—¿Ámsterdam? —Frunció el ceño y su expresión se volvió recelosa.

Me reí y le di un apretón en el muslo bajo la mesa.

—Probamos los comestibles de cannabis, James. *Brownies* mágicos. No fuimos al barrio rojo.

El padre de uno de nuestros compañeros de equipo se encargó de preparar el viaje para el equipo entero. Nos tocó hacer una escala de treinta y seis horas en los Países Bajos. Evidentemente, debíamos aprovechar la oportunidad de visitar los *«coffee shops».*

—Pero los comestibles de cannabis son engañosos y no teníamos ni idea de qué estábamos haciendo. Así que, por supuesto, nos pasamos y acabamos supercolocados —explicó Dallas—. Muy muy colocados…

Bailey y Shiv intercambiaron una mirada por encima de la mesa que era una mezcla de diversión y de estupefacción por lo idiotas que éramos.

—Entonces nos entró hambre —dije—, así que fuimos en busca de un McDonald's. Pedimos todo lo que había en el menú y, con la tasa de intercambio de moneda, el total ascendía a unos doscientos dólares para cuando terminamos —rememoré—. Por esa cantidad, estoy seguro de que podríamos haber cenado en el sitio más pijo de Ámsterdam.

—Para ser justos, fueron los mejores *nuggets* de pollo que he comido jamás. —La expresión de Dallas se volvió nostálgica—. Valió la pena gastarnos esos veinticinco dólares.

Solté una carcajada.

—Porque estabas colocadísimo. Los mojaste en batido de fresa, tío.

—Cuando volvimos al hotel, Carter perdió el móvil. Buscamos por toda la habitación usando su teléfono como linterna. Al final, se me encendió la bombilla y decidí usar el mío para llamarlo. Pegó un grito cuando le sonó… ¡en la mano!

Shiv se rio con un resoplido y golpeó la mesa con la mano, y Bailey empezó a descojonarse. No fue mi mejor momento, pero en retrospectiva, fue divertido. Ya me había colocado muchas veces antes, pero aquella vez se llevó el premio.

—Entonces pusimos *El reportero: la leyenda de Ron Burgundy* —continué—. Llevábamos más de media hora de película cuando nos dimos cuenta de que el televisor había estado en silencio todo el tiempo.

—Madre mía —exclamó Bailey, con los ojos avellana entrecerrados—. Sois de lo que no hay.

Dallas se rio.

—Fue culpa de Carter. Todo fue idea suya.

—Te creo —dijo Bailey.

—¿Cómo? —Me encogí de hombros y cogí el botellín de cerveza. Bailey se acomodó en la silla y su pierna rozó la mía sin querer, lo que me distrajo un momento—. Allí es legal. Como dice el refrán; allá donde fueras, eh… —me trabé—… fueres. —¿Ves? Tenía un poder desorbitado sobre mi cerebro.

—Creo que la moraleja es que nunca se os puede dejar juntos sin supervisión —dijo Shiv, que estaba intentando reprimir una risita.

—En nuestra defensa diré que solo teníamos dieciocho años —añadí—. Me gusta pensar que ahora somos un poco más sabios.

—Eso espero, —Bailey se limpió una lágrima de la risa—. ¿Eres un porrero en secreto, Carter?

—Jajaja, nahhh.

—Eso no es un no. —Levantó una ceja y su expresión se volvió más seria—. Pero ¿qué pasa con los test de drogas?

—Hablo de un par de veces como mucho al año. Durante la pretemporada. —Por lo general. El caso de Ty era otra historia; era una enciclopedia de cómo engañar a las pruebas de drogas, y lo había conseguido en más de una ocasión.

—Ah —masculló—. Te han corrompido.

—Estoy intentando redimirme —dije—. Más o menos. ¿Por? ¿Me estás diciendo que nunca la has probado?

Arrugó la nariz.

—Una o dos veces. No me gustó.

Ajá. No me imaginaba a Bailey haciendo nada ilegal. O rompiendo las reglas. No estaba seguro de cómo había acabado conmigo, pero parecía que le gustaba.

—Ay, mi chica responsable. —Le di unas palmaditas en el muslo bajo la mesa y dejé la mano sobre su pierna. Ella me lanzó una mirada de reojo, que era más que un poco sugerente, y me puse cachondo enseguida. Mierda.

Al rato, Shiv llevó a Bailey a casa y de paso fueron a ver algunas de las fachadas de los pisos que tenían en la lista. Según dijo, era para «evaluar la seguridad de la zona y comprobar la distancia andando hasta el Starbucks más cercano». Prioridades de las mujeres, supongo.

No podía esperar a que llegase el miércoles.



Capítulo 29

Cara a cara

Chase

El estadio estaba a rebosar. Pero siempre ocurría lo mismo cuando jugábamos contra Callingwood. Sentía más presión de lo normal porque Bailey estaba en la grada con Shiv. Joder, no es que quisiera ganar, es que quería aniquilar a los Bulldogs. Orgullo masculino ya sabes. Por no mencionar mis ganas de partirle la cara a Morrison de todas las formas posibles.

Por desgracia, el resto del equipo no parecía estar en sintonía. No estaba seguro de qué narices pasaba, pero estaban jugando de manera descuidada, desorganizada e indisciplinada. Ward y yo estábamos cargando con casi todo el peso del partido, lo que significaba que estábamos en el hielo durante mucho tiempo.

Además, Ty estaba teniendo un mal día, y los dos goles que le habían marcado habían sido por fallos tontos, lo que lo hacía aún peor. Uno o dos más y el entrenador Miller lo mandaría al banquillo. Aunque, sin una defensa sólida, no confiaba en que el portero suplente pudiera hacerlo mucho mejor.

Con menos de cinco minutos para que se acabara el primer tiempo, salté de nuevo al hielo para otro relevo. ¿Por qué no? Podía quedarme aquí el resto del partido.

En cuanto las cuchillas de mis patines rozaron el hielo, los Bulldogs perdieron la posesión del disco, que cruzó la línea azul y entró en su zona. Paul y yo nos lanzamos a por él, pero yo llegué primero. Sin embargo, antes de que pudiera tocarlo siquiera, Paul se me echó encima como una mancha azul y me dio un empujón brutal para apartarme del *puck.* Acabamos atrapados en la esquina, enfrascados en una lucha por su posesión. Trató de arrebatármelo con el palo y, al fallar, me rajó la mano con la cuchilla: quizá lo hizo sin querer, pero fue un golpe cargado de intención. La punzada fue inmediata, feroz, y me recorrió la mano izquierda hasta la muñeca mientras aspiraba aire con fuerza.

Hijo de puta.

Le odiaba casi tanto como a Morrison.

Sonó el silbato y el árbitro marcó una falta menor, bien merecida. Y justo lo que necesitábamos: la oportunidad de jugar con un hombre de más sobre el hielo. Yo solía ser el más constante a la hora de forzar faltas en los equipos rivales.

La mano me latía con fuerza mientras me dirigía hacia el banquillo para un cambio de línea, pasando frente al de los visitantes. Fue entonces cuando Morrison aprovechó para acercarse y señalar el marcador con un leve gesto de la cabeza.

—¿Qué se siente al perder por dos goles después del primer tiempo, Carter?

Esta era su manera de insultarme: señalar el marcador.

—Mucho mejor que ser un jugador con unas estadísticas de mierda —dije—. Debe de ser estresante, tío.

Al terminar el instituto, Morrison tenía nivel suficiente para entrar en Callingwood, una universidad decente de Primera División, pero no el talento necesario para ser elegido por la NHL. Tenía un enorme complejo de inferioridad, y lo dejaba en evidencia cada vez que jugaba. Debido a su bajo rendimiento en los últimos partidos, todo

apuntaba a que acabaría vagando cuando terminara la universidad la próxima primavera, rezando para que algún equipo lo recogiera de entre las sobras. Y, sinceramente, no se me ocurría alguien que se lo mereciera más.

—Hay muchos interesados en mí. —Me lanzó una mirada fulminante mientras se irguió en el banco.

—Claro —dije—. Hasta los equipos inferiores necesitan una cuarta línea.

Morrison era, sin duda, uno de los jugadores más sobrevalorados que conocía. Tras dos años mediocres en la NCAA, una buena racha breve en tercero de carrera le consiguió una capitanía que no se merecía. Y no tardó en venirse abajo en su última temporada. Por desgracia para él, un buen año universitario no te garantiza una carrera profesional. Era una cuestión de consistencia y una progresión constante como jugador. Eso implica trabajar duro… y ahí era donde el niñito mimado siempre fallaba. Ni todo el dinero del mundo ni los mejores campamentos de entrenamiento compensarían su falta de talento. Por eso yo tenía un futuro en el *hockey* profesional y él no, a menos que seguir chupando del bote de sus padres contara.

Curvó el labio superior en una mueca de desprecio.

—¿Se han dado cuenta ya los de Los Ángeles que escogerte ha sido un error?

—Al menos a mí me han elegido —respondí—. Supongo que hay cosas que mamá y papá no pueden comprar.



Nuestra forma de jugar no mejoró en absoluto durante el segundo tiempo. Las jugadas se desmoronaban por todos lados y apenas lográbamos disparar a portería. A mitad de tiempo, Ward por fin consiguió marcar un gol… pero ellos respondieron de inmediato con otro.

Quince minutos después, el marcador mostraba un 3-1 en contra frente a Callingwood. Y lo peor era que los Bulldogs ni siquiera estaban jugando bien. Así de mal lo estábamos haciendo nosotros. Para colmo, el arbitraje en esa segunda parte estaba siendo un desastre: se estaban ignorando faltas clarísimas en nuestra contra. Ward sufría enganches una y otra vez, incluso en pleno disparo a puerta. El hermano de Bailey me estampó contra las barreras de manera descarada, y ni siquiera lo sancionaron. ¿Qué demonios les pasaba a los árbitros? Lo único que nos estaba funcionando era el juego físico, a base de golpes… aunque de poco servía si no lográbamos marcar.

Desde el banquillo, rezaba a los dioses del *hockey* mientras nosotros patinábamos como locos por el hielo, tratando de agotar el tiempo. Si lográbamos acabar el segundo tiempo sin que nos metieran más goles, aún tendríamos una oportunidad de salvar el partido en el tercer tiempo. Quizá una de esas broncas legendarias del entrenador Miller en el vestuario lograra que se produjera un milagro.

Reed mandó el disco fuera de juego y los jueces de línea pitaron para detener el partido. Mientras los árbitros se acercaban a los banquillos a consultar con los oficiales, Ward y yo volvimos al hielo otra vez, empapados en sudor y aún sin aliento.

Estaba hecho polvo.

Me coloqué frente a Morrison para el cara a cara. Él, en cambio, parecía rebosar energía, como si fuera una puta animadora. No entendía de dónde le salía: no había contribuido a marcar ninguno de los tres goles de su equipo. Si los Bulldogs estaban ganando, no era gracias a él. Sospechaba que tal vez iba dopado, aunque si era así, debería estar jugando mejor de lo que había hecho hasta ahora.

Morrison se deslizó hacia mí y se frenó en seco, intentando salpicarme con hielo. Falló. Si lograba acercarse al *puck* más de un par de segundos, pensaba mandarlo directo al estado vecino. Pero no podía darme el lujo de buscarme una sanción por conducta antideportiva golpeándolo sin posesión, y menos con el marcador en

nuestra contra.

—Carter —dijo, arrastrando la última R de la manera más irritante posible—. Se me ha olvidado preguntar, ¿cómo te van las cosas con mi ex?

Era evidente que llevaba pensando en ello desde que habíamos hablado en el primer tiempo.

—De maravilla. —Sonreí con arrogancia—. Gracias por preguntar.

Morrison estaba intentando provocarme. Yo era el rey de provocar a mis rivales, ese era el motivo por el que no iba a morder el anzuelo. Necesitaba saber que era insignificante. Totalmente insignificante. Y debía seguir centrado en el partido.

—Ya sabes —dijo— que yo la desvirgué.

Apreté tanto las muelas que casi se me desintegraron.

Olvida lo que he dicho. Me había provocado.

Lo fulminé con la mirada, casi paralizado por la rabia.

—Cállate la puta boca, tío.

Mi equipo me necesitaba sobre el hielo, casi tanto como yo deseaba pegarle un puñetazo en la cara a Morrison. Pero si me dejaba llevar y terminaba sancionado por conducta antideportiva, la remontada se iría al traste. Y eso era exactamente lo que él deseaba.

—Ooh —dijo, entre risas—. ¿Te molesta?

¿La parte del sexo? En realidad, no. Lo que James hiciera antes de estar conmigo no era asunto mío. Además, tampoco había mucho que envidiar cuando era consciente del pésimo rendimiento de Morrison en la cama.

Pero ¿que hablara de ella así? Sí, eso sí que me molestaba. Muchísimo.

—No. —Negué la cabeza, y me giré hacia el cara a cara—. Pero muestra algo de respeto.

Morrison volvió a reírse, aunque esta vez, fue una risa vacía y forzada. No tenía más ases en la manga. Idiota.

¿Dónde estaba el juez de línea con el disco? Se me estaba acabando la paciencia con cada segundo que pasaba.

Después de haber pasado el período de prueba extraoficial, lo último que necesitaba era otra sanción que me dejara fuera durante varios partidos. Sobre todo, después de la charla de esta mañana, cuando el entrenador Miller volvió a recalcarme la importancia de mantenerme en el buen camino. Me tenía bajo lupa.

Y, aun así, la tentación de partirle la cara a Morrison era casi imposible de ignorar.

Quería destrozarlo como si fuera una muñeca de trapo.

—Ajá —murmuró, observándome con esa mirada rastrera tan propia de él—. Interesante…

Lo miré.

—¿No me oíste la primera vez que te dije que cerraras la puta boca?

—Me sorprende que no te preocupes más por ella. —Se encogió de hombros—. O quizá tampoco debería asombrarme, teniendo en cuenta tu reputación.

La vista se me estrechó hasta convertirse en un túnel, mientras la irritación me sobrepasaba por completo. Y lo peor de todo era que, encima, me frustraba estar frustrado.

Nadie me había hecho enfadar tanto. Nunca.

Claro que me importaba, y él tenía suerte de que así fuera. Me importaba lo suficiente como para no escupirle a Morrison todo lo que sabía en la cara. Jamás lo haría… pero me moría de ganas. Joder, daría lo que fuera por mandar un *e-mail* a todo Callingwood, con copia a sus padres, para que vieran el trozo de basura en que se había convertido su hijo.

En ese momento estaba peligrosamente cerca de ahogarlo con el palo. Pero incluso eso parecía un castigo demasiado digno como para acabar gastándolo en alguien como Morrison.

—¿Quieres que te parta la puta cara?

—No creo que a Bailey le haga mucha gracia… —replicó.

En cuanto pronunció su nombre, mi presión arterial se disparó hasta el punto de que casi sufrí un infarto cerebral. Todo se volvió rojo.

Iba a ser inevitable que me penalizaran.

Eché un vistazo al banquillo, donde el entrenador Miller estaba ocupado hablando con los chicos. Di unas cuantas zancadas y me planté delante de Morrison, mirándolo con la mandíbula tan tensa como una trampa de oso.

Tuve que reunir todo mi autocontrol para no arrancarme los guantes.

—Escucha, cabrón. Solo te advertiré una vez.

Mi voz era amenazante y estaba teñida de veneno.

—Siéntete libre de hablar mal de mí todo lo que quieras, pero deja a Bailey tranquila. No hables de ella, no le hables. Aléjate de ella y no te pasará nada.

Morrison miró por encima de mi hombro, seguramente para ver si Paul estaba cerca en caso de que necesitase que lo rescatase. Pero Paul no sería lo bastante rápido para salvarlo de mis garras.

—¿O qué? —dijo, intentando sonar duro, pero no le funcionó.

—¿Necesitas que te lo deletree? —Bajé la voz para que los demás no me oyeran—. Te voy a romper primero las putas piernas, luego los brazos, y después ya veré qué más. Tu patética carrera habrá terminado antes siquiera de empezar.

El rostro de Morrison se volvió inexpresivo y parpadeó despacio.

Demasiadas palabras para que las procesara, supongo.

Me acerqué más a él.

—¿Lo has entendido? ¿O quieres que empiece ya?

—¡Carter! —gritó el entrenador Miller. Lanzó ambos brazos al aire en señal de «qué narices».

—Ve con cuidado —espeté antes de darme la vuelta.

Patiné de vuelta a mi posición y los jueces de línea por fin aparecieron y dejaron el disco sobre el hielo. Dallas ganó el cara a cara y me pasó el *puck.* Lo atrapé y patiné por el lateral antes de pasárselo a Davis.

O lo intenté, de todos modos, porque me falló la puntería y el disco viajó hacia la izquierda. Lo dirigí, sin querer, hacia uno de los Bulldogs, que patinó a toda prisa y lanzó un tiro que Ty apenas pudo

detener.

Una chapuza de jugada que era mi culpa porque era incapaz de realizar un buen pase de revés.

Mierda.

Morrison había conseguido meterse en mi cabeza.

Y ahora sabía que tenía un punto débil.



Bailey

Me senté en el borde del asiento con el cuerpo tenso como un arco. Como si ver un partido entre los Bulldogs y los Falcons no fuera ya bastante agotador, el de esta noche había sido especialmente reñido y físico. Daba la impresión de que ambos equipos estaban sedientos de sangre.

Con menos de dos minutos para que terminara la segunda parte, ambos equipos estaban prácticamente exhaustos de golpearse los unos a los otros en el hielo durante los últimos treinta y ocho minutos de juego. Hacía mucho tiempo que no veía tanta violencia y tantas infracciones concentradas en una misma noche. Chase arremetía contra todo lo que se movía, pero el resto tampoco se quedaba atrás: hasta Derek, normalmente más calmado, estaba desatado. Incluso algunos de los jugadores más tranquilos se habían sumado a la gresca. Los Bulldogs iban a por Ward en particular, seguramente porque era el oponente más cualificado. Y también iban a por Chase, porque bueno, era Chase.

Los árbitros habían empezado a pasar por alto las faltas menores, seguramente para no convertir cada período en veinte minutos en un 4 contra 4.

Tras perder el disco, Chase lo recuperó en su propio lado de la

pista y lo condujo hasta el extremo contrario. Paul salió disparado hacia él, con toda la pinta de querer embestirlo. Contuve la *respiración y* me tensé, pero Chase lo vio justo a tiempo. Se apartó y Paul se estampó de lleno contra las barreras con un estruendo brutal.

Solté una carcajada. Menos mal que no estaba cerca de Amelia.

—Uf. —Siobhan se estremeció y se mordió los labios pintados de color frambuesa—. Se ha llevado un buen golpe.

—Y bien merecido —dije.

—Los Falcons no están jugando muy bien. —Le recorrió un escalofrío y se abrochó la chaqueta acolchada. Hacía más frío de lo habitual en el estadio, lo que solo sumaba a mi incomodidad física y mental—. No están jugando como siempre —suspiró y se pasó una mano por el largo cabello oscuro y ondulado.

—Ya, ninguno de los dos está jugando bien. —Los tres goles de los Bulldogs habían sido cosa de suerte. Me removí y crucé y descrucé las piernas porque no podía estarme quieta—. Están demasiado ocupados tratando de defender el arco con un jugador menos mientras intentan matarse los unos a los otros.

Vimos a Chase rodear a uno de los defensas y lanzarse directo contra Mendez. Se preparó y disparó con fuerza hacia la portería. Fue descorazonador ver que rebotaba en el larguero con un golpe seco. Luke aprovechó el rebote, tomó el control del disco y patinó hacia la zona de los Falcons.

Chase se giró y salió disparado hacia Luke, como un tiburón que huele sangre en el agua. En teoría, alguien más tendría que haber estado cubriendo a Luke y, en teoría, Chase había abandonado su posición. Pero aquello iba más allá del *hockey,* sobre todo después de pasarse todo el partido en un tira y afloja constante. Era la manera perfecta de que Chase golpeara a Luke y todavía pudiera fingir que solo estaba jugando limpio.

Y Chase quería dar ese golpe. Nunca lo había visto patinar tan rápido.

Un segundo antes de que lo alcanzase, Luke levantó la mirada y

se percató de que lo iban a destrozar. En lugar de reaccionar, se paralizó y Chase se abalanzó sobre él con el hombro y le dio un golpe devastador en medio de la pista.

Era uno de esos golpes brutales que se reproducían una y otra vez en televisión en una recopilación titulada «Los mayores golpes de la historia».

Casi a cámara lenta, Luke salió volando y se desplomó de lado.

Chase se alejó patinando sin mirar atrás.

La multitud comenzó a rugir mientras los jugadores en el banquillo de los Bulldogs, Derek incluido, protestaban a gritos y pedían un penalti.

Siobhan se volvió hacia mí con los ojos azul verdoso muy abiertos.

—¿Ese chico al que Chase ha destrozado es el capullo de tu ex?

—Sí. Ese es. —Me ajusté la bufanda gris y me la puse bajo el cuello del abrigo. Era suave y calentita, pero tenía tanto frío que me podía haber puesto al menos dos capas más de ropa. O quizá una camiseta térmica de manga larga, aunque no fuera precisamente la prenda más *sexy* que Chase encontraría al quitarme la ropa más tarde.

—Eso no tiene buena pinta. —Shiv inspiró por la boca, mostrando sus deslumbrantes dientes blancos, y torció el gesto en una mueca.

—No —respondí—. No la tiene.

El árbitro hizo sonar el silbato y detuvo el partido. Vi cómo Luke yacía despatarrado en el hielo, aturdido. Por mucho que lo odiase, no me gustaba ver cómo se lesionaban los jugadores. No hacía falta decir que tenía sentimientos encontrados. Luke se merecía un buen golpe, pero no uno que lo dejase gravemente tullido.

Ligeramente tullido, tal vez.

Pero tampoco quería que Chase se metiera en problemas.

Los aficionados de los Bulldogs estallaron en vítores cuando Luke logró incorporarse y patinar lentamente hacia el banquillo, visiblemente inestable y cojeando con fuerza. Cuando abandonó el hielo, el entrenador de los Bulldogs corrió hacia él y lo ayudó air al

vestuario. Estaba claro que ya no volvería a jugar en lo que quedaba de partido por el protocolo de contusiones de la liga. A lo mejor estaría fuera de las pistas más tiempo, dependiendo de la gravedad de la lesión en la pierna.

Pero ¿iban a penalizar a Chase? El golpe había sido limpio, en teoría; había recogido el codo y no había habido contacto con la cabeza de Luke. Pero era evidente que su intención era arrollarle. No cabía la más mínima duda.

Shiv y yo nos quedamos mirando, conteniendo el aliento mientras los árbitros se reunían en un lateral.

—Por favor, que no lo sancionen por conducta antideportiva —murmuré, frotándome las manos heladas, tan inútil como si intentara calentarme con dos cubitos de hielo.

—Ojalá que no —respondió Shiv—. Los Falcons lo necesitan en la pista.

El árbitro hizo una señal y castigó a Chase con una falta menor: dos minutos fuera por carga contra un rival.

—Fiu —solté, notando cómo la tensión se me escapaba del cuerpo. La sanción era más que justa, teniendo en cuenta que se había alejado bastante de su posición para dar ese golpe.

Siobhan asintió.

—Menos mal.

El banquillo de los Bulldogs estalló en una nueva oleada de protestas, exigiendo una sanción más dura. Chase se encogió de hombros y patinó hacia la cabina de faltas, con una sonrisa en el rostro durante todo el recorrido. Tenía la sensación de que habría asumido una falta más grande con mucho gusto.

Por desgracia, quedaban menos de veinte segundos en el reloj, lo que significaba que los Bulldogs empezarían la tercera parte con un jugador más mientras que los Falcons tendrían que volver a defender en desventaja.

Esperaba que aquello no terminara pasándoles factura.



Capítulo 30

No quedó primero

Bailey

Al comenzar el segundo descanso, Siobhan y yo nos levantamos y nos dirigimos hacia las escaleras para estirar las piernas en el pasillo. Y, con suerte, para recuperar también la sensibilidad en las piernas. No es que hiciera frío en el estadio, sino que los asientos estaban tan duros y se me había dormido el culo. Casi como si hubiéramos estado sentadas directamente sobre el hielo.

Suspiró.

—Quizá la tercera parte va mejor.

—Eso espero. —Me resultaba difícil de creer, pero que Chase hubiera dejado a Luke fuera de combate podría subirles la moral a los Falcons. O al menos, a él. Señalé al cartel rosa al otro lado del pasillo—. Tengo que ir al baño.

—Vale —respondió ella—. Yo iré a la cafetería a por un chocolate caliente. Me voy a convertir en Elsa si no me tomo algo que me haga entrar en calor. ¿Quieres uno?

—Sí, porfa. —Sería una porquería comparada con el chocolate

caliente que me tomé en el «Fin del Mundo» con Chase, pero Shiv tenía razón, el frío del estadio me había calado hasta los huesos. La próxima vez que fuera al Northview, me acordaría de traerme una manta.

Cuando doblé la esquina para salir del baño de mujeres, vi a Amelia y Jillian de pie, fuera. Un pavor helado me inundó el cuerpo en un instante. No podía librarme de ellas ni en casa ni en el estadio.

Llevaban minifaldas y las piernas al descubierto, lo que me resultó poco práctico, considerando el lugar en el que nos encontrábamos. Jolín, ni mi atuendo estaba a la altura, llevaba unos vaqueros y una camisa de franela debajo del abrigo acolchado.

Los ojos de Jillian se posaron en mí y le dio un codazo a Amelia, que se inclinó hacia ella para susurrarle algo al oído. Sus labios color burdeos se movieron sin emitir sonido. Me disponía a rodearla cuando Amelia se volvió y me fulminó con esos ojos muy maquillados.

—Te alegrará saber que tu novio ha lesionado a Luke.

No estaba del todo equivocada. No me afectaba que Luke hubiese abandonado el partido.

Me volví ligeramente, me detuve y me enderecé. Aunque eran dos contra una, la altura jugaba a mi favor. Ahora que estábamos cara a cara, me chocaba verlas tan pintadas y arregladas, como si se fuesen de fiesta.

—¿Y? —Encogí un hombro—. Los árbitros lo han visto todo. Cumplirá la penalización en el cubículo.

De cualquier modo, ya no se podía hacer nada. Era demasiado tarde para revisar la jugada. Imaginé que los Bulldogs intentarían hacer que Chase lo pagara en la tercera parte. Y digo «intentarían», porque hasta ahora no habían tenido demasiado éxito al golpearlo, salvo por un golpe bajo por la espalda. De eso ya hablaría más tarde con Derek.

Amelia hizo un gesto con la barbilla y me observó iracunda con esos ojos oscuros.

—Puede que este no sea el único partido que se pierda gracias a Carter.

—Ah. —Mantuve un tono plano y el rostro inexpresivo. ¿Debía importarme? Por lo que a mí respectaba, Luke podía retirarse. De hecho, lo agradecería. Entonces no tendría que volver a ver su cara en los partidos.

Busqué a Shiv entre la multitud tras ellas. A lo mejor podía escribirle un mensaje.

—Iba a por Luke. Ha sido un golpe muy sucio —añadió Jillian, y bajó la voz con desprecio.

Eran como un disco rayado. Esa noche había visto mucho juego sucio, y la mayoría provenía de los Bulldogs.

Le lancé una mirada severa.

—Estáis de broma, ¿verdad? ¿Habéis visto a Paul ir a por Chase? La única diferencia entre el golpe de Chase y el de Paul es que Paul ha fallado.

El rostro de Amelia se ensombreció. Le había tocado un nervio al mencionar a Don Perfecto. Para ella, no podía hacer nada mal.

Seguramente, porque era el segundo en la línea de sucesión del trono de Luke. Además, que hubiera acabado fuera de juego por su culpa era bastante vergonzoso.

—Eso es completamente distinto —espetó—. Todos saben que Carter juega sucio.

Mientras Amelia acababa la frase, Siobhan se acercó con nuestras bebidas en una bandeja de cartón.

Se estremeció y fulminó a Amelia con la mirada.

—¿Tienes algún problema?

—¿Y tú? —espetó Jillian, llevándose una mano a los labios.

Shiv arqueó una ceja con una mirada de desdén y superioridad que haría enfadar incluso a la persona con más autoestima del mundo. Que además fuera un bombón solo aumentaba su poder intimidatorio.

—Chase es mi amigo. Y el *hockey* es un deporte de contacto —les explicó, como si fueran las personas más tontas del planeta—.

Asumidlo y superadlo.

Solté una carcajada antes de poder detenerla. Jillian abrió la boca como para responder, pero volvió a cerrarla. Amelia, en cambio, entrecerró los ojos y nos lanzó una mirada a ambas, como si intentara encontrar alguna réplica. Un instante después, el murmullo de la gente que pasaba a nuestro alrededor volvió a llenar el silencio entre nosotras.

—Bueno, pues nada… menuda conversación más desagradable —dije con una sonrisa alegre—. Nos vemos. —No tenía ganas de escuchar la mierda sobre Chase con la que iban a responder.

Shiv y yo nos giramos y siseamos por el pasillo abarrotado. Me tendió mi chocolate caliente y sacó el otro antes de tirar la bandeja de cartón en la papelera azul de reciclaje que encontramos al paso.

—Perdón por haberme entrometido —dijo con el ceño ligeramente fruncido—. ¿Quiénes eran, por cierto?

—Em, nadie importante… mis compañeras de piso. —Aunque pronto dejarían de serlo. Estaba contando los días para que ocurriera.

—No me extraña que quieras mudarte —masculló Shiv por lo bajini. Entonces, giró la cabeza para mirarme con los ojos turquesa muy abiertos—. Madre mía. Espera, ¿te he complicado la vida? Joder, soy una bocazas.

—No. No lo has empeorado más de lo que ya está. —En todo caso, haberlas puesto en su sitio recientemente había hecho que parasen de acosarme. Unos meses atrás, habría permitido queme pisotearan y me habría pasado las noches llorando—. Espero que *encontremos* algo pronto, porque si no, las dos acabaremos viviendo con los chicos.



Llegamos a la mitad del tercer período y parecía que, por fin, las cosas empezaban a mejorar. Chase había marcado un gol con la

asistencia de Dallas, y la energía en el estadio se transformó… hasta que la alineación lo arruinó todo. La defensa se vino abajo por completo y los Bulldogs aprovecharon para marcar otro gol.

Chase negó la cabeza desde el banquillo, completamente frustrado.

Durante los diez minutos restantes, los Falcons hicieron un esfuerzo admirable para recuperarse. Chase se estaba matando para conseguirlo. Pero no era suficiente, y el reloj acabó con un cinco a tres para los Bulldogs.

Se me cayó el alma al suelo. Mierda.

Para ser justos, habían tenido una muy buena racha hasta ahora, perder era inevitable. Aun así, no era el mejor momento. Esperaba que esto no pusiera a Chase de mal humor, ya que habíamos planeado salir más tarde.

Y quizá hacer más cosas después…

No estaba segura de que fuera a suceder.

Cuando las gradas empezaron a vaciarse, le dije a Shiv que quería hablar con mi hermano y le envié un mensaje a Chase para avisarle. Después, me quedé esperando junto al vestuario del equipo visitante, sin importarme con quién pudiera encontrarme. Pero Derek fue uno de los primeros en salir.

—¿B? —Derek me sonrió confuso cuando apareció por el pasillo —. ¿Qué haces aquí?

Mi frustración se intensificó. Por supuesto que no lo sabía; apenas habíamos hablado desde hacía semanas.

—He venido a ver a Chase con una amiga.

Frunció el ceño.

—¿Carter?

—Sí, Carter. ¿Y qué cojones le has hecho? —Le di un pequeño empujón. Dio un traspié porque no se lo esperaba.

Cuando recuperó el equilibrio, me miró a la cara.

—¿De qué hablas?

—De golpearle por la espalda. —Lancé los brazos al aire—. Has jugado sucio.

—Los árbitros no opinaban lo mismo. —Derek se encogió de hombros, aunque la expresión de culpa en su rostro lo delataba. Sabía perfectamente lo que había hecho.

—Tú y yo sabemos que hay muchas cosas que no ven —dije—. ¿Por qué estabas tan enfadado con el otro equipo?

¿El otro equipo? Yo no apoyaba a los Bulldogs, pero bueno.

—¿Por qué quieres pelearte con Chase, para impresionar a Luke?

—No —dijo—. Pegar forma parte del juego.

Di un pisotón fuerte.

—Y una mierda, Derek. Nunca das esos golpes. —Podía contar con una mano las veces que Derek había sido tan agresivo. Aquello era algo personal.

—Todavía no entiendo por qué sales con Carter. —Derek negó con la cabeza—. ¿Ahora resulta que animas en nuestra contra?

—Quizá. —Inspiré hondo y solté el aire lentamente—. Compórtate, ¿vale? Si no me vas a apoyar en esto, al menos mantente al margen.

Di media vuelta y me alejé. Atravesé la aglomeración de gente que se acumulaba en el vestíbulo del estadio, tensa por si me cruzaba con alguien por el camino. La conversación con Derek me había dejado mal sabor de boca; entre el ruido y el bullicio de la multitud me estaba poniendo de los nervios y me moría de ganas de salir de allí cuanto antes.

Vi a Chase a lo lejos, rodeado de un grupo de gente. No conseguía distinguir quiénes eran, pero sonreía para aparentar que la derrota no le había afectado.

Sentí mariposas en el estómago y, al verlo, me relajé un poco. Al mismo tiempo, algo más primitivo en mí despertó mientras mis ojos se detenían en sus anchos hombros y en la elegancia de su figura esbelta envuelta en un traje color carbón hecho a medida. Atractivo, musculoso… y todo mío. La idea de irme a casa con él me llenaba de emoción, aunque no estaba del todo segura de lo que pasaría después. Llevaba días dándole vueltas, dividida entre lo que me dictaban la cabeza, el cuerpo y el corazón. Sin embargo, mi buen

humor se esfumó en el instante en que, al cruzar un claro, descubrí a una morena espectacular pegada —o, al menos, tratando de estarlo— al costado derecho de Chase. Reía echando la cabeza hacia atrás, luciendo unos dientes perfectos enmarcados por un pintalabios rojo chillón. No me malinterpretes: Chase tenía gracia, pero lo de ella era algo descarado. Entonces se inclinó hacia él y apoyó una mano en su antebrazo. Me puse rígida al instante.

Fuera quien fuese esa chica, estaba demasiado cómoda tocándolo. Chase, sin embargo, retiró el brazo y dio un paso atrás, con la misma incomodidad que me revolvía por dentro.

No estaba pillando la indirecta. Para nada.

Un nudo me oprimió el pecho y sentí cómo el corazón se me aceleraba. Traté de ignorar los *flashbacks* que se me pasaron por la mente de mi vida pasada. Esto no era lo mismo. Él no era así. Confiaba en él.

Aun así, me invadió una necesidad casi abrumadora de dar media vuelta y marcharme en dirección contraria. Pero, sin mostrar la menor vacilación, enderecé los hombros y seguí adelante. Al llegar hasta Chase, le di un leve toquecito en el hombro firme.

—Hola —murmuré.

Él se giró para mirarme y sus ojos se iluminaron al instante.

—Hola, cielo. —Se inclinó para darme un beso rápido en los labios y me rodeó la cintura con el brazo para tirar de mí hacia él. Su aroma familiar me envolvió y su cuerpo calentó el mío. Todos mis miedos desaparecieron.

Chase le hizo un gesto con la cabeza a la chica.

—Esta es Kristen. Kristen, esta es James. Mi Bailey. Quiero decir, Bailey, mi… —se interrumpió y frunció el ceño—… ¿novia?

Aquel tímido balbuceo me resultó tan adorable que no pude evitar una sonrisa absurda, casi ridícula. Seguro que parecía recién salida de un anuncio de pasta de dientes. Rara vez se mostraba de otra forma que no fuera confiado y seguro de sí mismo, y precisamente por eso este pequeño desliz me pareció aún más encantador.

Por no mencionar que lo de ser novia sonaba muy bien.

Cuando me volví hacia Kristen, mi sonrisa se transformó de genuina en forzada, aunque al menos podía intentar ser amable.

—Encantada de conocerte.

—Lo mismo digo. —Me devolvió la sonrisa, aunque no se reflejó en sus ojos. Y tuve la sensación de que iba a tener que acostumbrarme a eso.

Cuando nos acercamos a la camioneta de Chase, él se adelantó para abrirme la puerta del copiloto. De pronto, sus manos rodearon mi cintura y todo mi cuerpo vibró, un calor abrasador extendiéndose por mis venas bajo su contacto. Se inclinó hacia mí, sus labios encontraron los míos y cerré los ojos al rendirme a ese roce. Fue un beso breve y delicado, pero cargado de promesas sobre lo que aún estaba por venir.

Al separarnos, lo miré alzando las cejas en tono de broma.

—¿Te han ascendido de puesto antes… en el estadio?

Se quedó inmóvil, con la boca entreabierta, pero enseguida la cerró y frunció el ceño. Quizá era la primera vez que le pasaba. Al instante, me sentí culpable; de verdad pensé que me iba a contestar.

—Yo no…

—Estoy bromeando, Carter —dije suavemente—. Me gustaría ser tu… bueno… solo si a ti también te…

Él sonrió y me apretó la cintura.

—Claro que me gustaría.

Una oleada de emoción, entremezclada con deseo, me recorrió de arriba abajo. Nos quedamos en silencio unos instantes, sonriéndonos el uno al otro.

—¿Vemos una peli esta noche? —pregunté.

—Perfecto.

Los dos sabíamos que no íbamos a ver ninguna película. Al menos, no al principio.



Capítulo 31

Todo tuyo

Chase

La mala noticia era que habíamos perdido contra Callingwood.

La buena, que James no había echado a correr después de mi metedura de pata delante de todo el mundo. Y lo mejor de todo era que ya le habíamos puesto una etiqueta a lo nuestro, y por fin podía llamarla mi novia de forma oficial.

Ja, ahora no podría deshacerse de mí.

Saqué la camioneta de donde estaba y recorrí el aparcamiento de Northview para incorporarme a la carretera principal. Mi casa tan solo estaba a diez minutos de camino, pero en ese momento me parecía una eternidad. Mi mente pensaba en una cosa.

Solo quería meter a James en mi cama, desnudarla y repetir lo de la otra noche… varias veces… hmm…

—¿Qué te ha dicho Luke antes? —preguntó Bailey, pinchando mi burbuja de felicidad y deseo.

—Nada importante. —Agarré el volante con un poco más de fuerza—. Ha empezado a hablar cuando no debía.

Solía ser brutalmente sincero, le gustara o no. Pero en este caso, ella ya sabía que Morrison era un capullo. No tenía sentido entristecerla con los detalles.

—Sí que te has encargado de callarle la boca —dijo.

La satisfacción me envolvió como un abrazo cálido. Lo había hecho. Según mis fuentes internas, le había lesionado la rodilla de verdad. Era una pena que no hubiera sido en la cara, pero una lesión en la rodilla lo mantendría alejado del hielo durante un tiempo, así que lo consideraba una victoria.

Me encogí de hombros y miré a Bailey.

—Ha sido un golpe limpio.

—Bueno, ha sido un poco sospechoso si piensas en la velocidad a la que ibas. —Una sonrisa se asomó entre sus labios—. No es que me queje.

—A lo mejor aprende a mantener la cabeza alta. —Las palabras salieron entrecortadas a pesar de que me esforcé por que no fuera así.

Bailey lo captó al momento.

—¿Estás seguro de que no te ha dicho nada? —Alzó las cejas y sus ojos color avellana me observaron con detenimiento.

—Nah, pero prefería no haber perdido contra Callingwood. —Aunque había conseguido dejarlo fuera de juego, haber perdido contra el equipo de Morrison me molestaba. Sobre todo, porque había ocurrido delante de James.

—Aun así, has jugado bien esta noche —comentó, como si me estuviera leyendo la mente—. Nadie puede cargar con el peso de un partido solo. Incluso con la ayuda de Dallas, era prácticamente imposible.

Sí y no. Debería haber hecho más para darle la vuelta a la situación. Otra asistencia o un gol habrían sido el impulso necesario para nuestro equipo. Pero había permitido que alguien me desconcentrase durante buena parte del partido, y eso era culpa mía.

—No estás siendo imparcial, James, pero acepto el cumplido. —

Le guiñé el ojo y le di una palmadita en el muslo—. Lo único que me importa ahora es llevarte a casa.

—Qué labia tienes. —Bailey dejó caer un suspiro suave y ronco. Por el rabillo del ojo vi que se pasaba una mano por el pelo ondulado hasta que una sonrisa tímida se le dibujó en el rostro. Era muy fácil hacer que se sonrojase y era realmente adorable.

Puse el intermitente y giré hacia la izquierda para dejar la autovía, en dirección a mi vecindario. Mi mente entró en bucle con todas las cosas que quería hacerle cuando llegásemos a mi habitación, empezando por tener sus labios, suaves y perfectos, entre los míos y ver a dónde nos llevaba la noche. El otro día hizo un ruidito, una mezcla entre un quejido y un gemido, que me moría por volver a escuchar.

¿De qué color serían las braguitas que llevaba? No me importaba cómo fueran, deseaba arrancárselas con los dientes. Entonces, le llenaría esas piernas maravillosas de besos y tomaría un desvío largo y delicioso entre ellas.

—Creo… —Bailey se interrumpió y respiró profundamente—. Bueno… lo he estado pensando mucho y creo que estoy lista —dijo —. Para tener sexo… contigo.

Casi me salgo de la carretera al oírla.

Tardé unos segundos en procesarlo. Aunque tenía en mente más de un pensamiento sucio, no esperaba que dijera eso. Y, aun así, me alegró muchísimo que lo hiciera.

—Genial —dije—. ¿Quieres que pare aquí mismo?

Se rio y me dio un golpecito en el brazo.

—No, pervertido. Quería contártelo antes de que llegara el momento para que supieras que lo digo de verdad.

—Bueno, soy todo tuyo.

De verdad que lo era. En todos los sentidos.

Considerando la derrota de esta noche, lo estaba llevando sorprendentemente bien.

A la mierda el partido. ¿Qué era eso del *hockey?*



Tras cometer varias infracciones de tráfico y ejecutar la peor maniobra de aparcamiento de la historia, llegamos a mi casa y fuimos directos a mi habitación. Seguí a Bailey y cerré la puerta con pestillo tras de mí.

Lo primero que quería hacer era quitarle todas esas putas capas de ropa. Yo me había dejado la americana en el coche, pero aún llevaba la camisa blanca, con las mangas enrolladas hasta los antebrazos, y los pantalones grises. Y ella llevaba unos pantalones vaqueros y una camisa a cuadros roja.

Iba muy mona… pero en este momento la ropa era un obstáculo para mí.

Tenía que quitársela ya…

Avancé hacia ella, pero en ese preciso instante sonó el timbre de la puerta. Me invadió una irritación punzante. Joder, ¿por qué me estaba pasando esto? Si Ward nos interrumpía una tercera vez, a lo mejor lo mataba, fuera mi mejor amigo o no.

—¿Tienes que…? —Bailey alzó la mirada hacia mí con la frente fruncida.

Por supuesto que no. A menos que la casa estuviera en llamas, estaba más que dispuesto a ignorar todo tipo de distracciones.

Negué con la cabeza y la acerqué hacia mí.

—No espero a nadie.

Le pasé una mano por el cuello y le agarré la mandíbula. Ella me lanzó una mirada suave. En ese momento supe que estaba perdido. No solo porque estuviera en las nubes, sino porque había pasado el punto de no retorno.

Caí rendido de la mejor forma posible.

Incliné la cabeza hacia delante para besarla. Bailey cerró los ojos cuando nuestras bocas se tocaron. Abrió los labios para permitir que mi lengua se deslizara hacia el interior. Dejé escapar un suave gemido gutural; cada vez que la besaba, sabía mejor que la anterior.

Me clavó las yemas en los hombros y deslicé la mano que tenía libre por la curva de su cintura hasta darle un apretón en el culo. De algún modo, besarla calmaba mi deseo al mismo tiempo que lo encendía aún más.

El timbre sonó dos veces seguido y lo siguió un golpeteo insistente en la puerta principal. Bailey se sobresaltó, y nos despegamos el uno del otro.

—A lo mejor es importante —dijo ella. Más valía que lo fuera…

—Está bien. —Suspiré y la solté a regañadientes—. Iré a ver quién es.

Corrí escaleras abajo y me reajusté la entrepierna para no cometer ninguna indecencia pública mientras abría la puerta.

No era Ward ni nadie que conociese, y tampoco era importante. Era un repartidor de *pizza* con tanta comida como para abastecer a un regimiento, que se había equivocado de casa.

Por más que intentara explicarle que se había equivocado de portal, él seguía empeñado en lo contrario. Para colmo, llegó a discutir conmigo sobre cuál era la dirección de mi propia casa. Conseguir que se marchara del porche, manteniendo la calma y la educación, me consumió más tiempo del que debía y exprimió hasta la última gota de paciencia que me quedaba.

Cuando por fin se fue, subí las escaleras a toda prisa y abrí la puerta de mi habitación. Me detuve en seco; con el corazón latiéndome como si se me fuera a salir del pecho. Bailey estaba sentada en el borde de la cama, mirando el móvil, con mi camiseta roja de los Falcons puesta.

Eso fue todo.

—Perdona. —Dejó el móvil sobre la mesita de noche y levantó la mirada—. Estaba contestando a Shiv. Me ha dicho que van a ir al O’Connor’s a tomar unas birras.

Bien.

Esperaba que se quedaran allí. Toda la noche.

Cerré la puerta tras de mí y volví a echar el pestillo. Al girarme, no pude evitar que mi mirada recorriera su cuerpo de arriba abajo.

La miraba embelesado y, con cada segundo, me sentía más rendido a su encanto.

La melena rubio-ceniza le caía suavemente por encima de los hombros y sus labios carnosos permanecían entreabiertos, tentadores. Llevaba puesta mi camiseta, combinada con unos pantaloncitos grises de pijama que dejaban al descubierto sus piernas largas y estilizadas. Piernas que, más tarde, acabarían sobre mis hombros… aunque no necesariamente del mismo modo que la última vez. O quizá de todas las formas posibles.

Ambas serían geniales.

Le lancé una sonrisa ladeada y al fin recuperé la capacidad para hablar.

—Bonita camiseta.

—¿Verdad que sí? —La boca de Bailey se convirtió en una sonrisa coqueta—. Soy una gran fan del número diecinueve. Es bastante mono.

—¿Qué he hecho para merecer esto? —pregunté, y me acerqué un paso más. Fuera lo que fuese, lo repetiría a diario.

A medida que me acercaba a la cama, se impulsó para incorporarse y se mordisqueó el labio inferior.

—Ser tú mismo.

Sus manos aterrizaron en mi camisa y me la desabrochó poco a poco, de arriba abajo, antes de ayudarme a quitármela del todo. Deslizó los dedos por mi torso desnudo, tanteándolo detenidamente. Después, las dirigió a mi cinturón y me lo quitó, seguido de los pantalones. Me los quité enseguida, y los calcetines también. De pronto, estaba de pie delante de ella con nada más que los calzoncillos negros.

Era mi turno de quitarle la ropa a ella. Pero antes…

—¿Estás nerviosa? —Le aparté el pelo del rostro, deslicé las manos por su cuerpo, hasta la cintura, y agarré la parte superior del algodón gastado de su camiseta.

Bailey cerró los ojos un momento antes de abrirlos de nuevo y clavarlos en los míos.

—Un poco.

—No tienes por qué ponerte nerviosa conmigo, James.

—Lo sé. —Su expresión se relajó—. ¿Y tú?

Le dediqué una sonrisita.

—Quizá un poco.

La sinceridad atacó de nuevo. Pero ella había sido honesta conmigo, así que era lo justo. Era la primera vez que me sentía así.

—¿En serio? —preguntó en voz baja, frunciendo sus cejas rubias —. ¿Por qué?

Me vinieron a la mente un millón de razones. Porque me preocupaba por ella, y eso era terreno inexplorado para mí, tanto en el ámbito sexual como en cualquier otro. Porque quería que lo disfrutara. Solía confiar en que eso lo tenía bajo control, pero de pronto estaba empapado de sudor. Y porque era tan preciosa que me dolía.

Intenté resumir todas las razones en una frase.

—Porque es una locura lo pillado que estoy por ti.

Lo era. Era como una droga. Tal vez era mi perdición. Dejó escapar una sonrisa y un leve suspiro.

—Lo mismo digo.

Por no hablar de que llevaba tanto tiempo esperando este momento que la tensión sexual se me había acumulado hasta el límite. Una parte de mí quería inclinarla sobre la cama, tirarle del pelo y follármela sin descanso, pero esa no era una opción aquella noche. Y me parecía bien; solo tenía que tomármelo con calma e ir un poco más despacio.

Le acaricié el dobladillo de la camiseta, mi camiseta, con el dedo índice y el pulgar.

—Ya sabes que esto te queda muy muy *sexy* —dije—. A lo mejor te la puedes volver a poner más tarde.

Bailey asintió en silencio, llevó sus manos hacia las mías para ayudarme a quitársela y tirarla al suelo. El sujetador de lencería blanca le enmarcaba las tetas a la perfección. Tomé aire y noté que se me ponía aún más dura. Mierda.

Deslicé un dedo por el tirante del sujetador hasta el valle entre sus pechos y al otro lado. Inspiró y los escalofríos le recorrieron la piel.

Metí los dedos bajo la cinturilla de los pantalones y jugueteé con la goma. Se los bajó y los dejó a un lado, quedándose solo con el sujetador blanco de lencería y las braguitas a juego, que resaltaban cada centímetro de su piel suave y tentadora. No estaba desnuda del todo, pero era *sexy* de narices.

La agarré por las caderas y la levanté del suelo y la acomodé en la cama, colocándome encima, entre sus piernas. Dios, estaba preciosa ahí, recostada debajo de mí y me atraía aún más.

Deslicé las manos bajo sus muslos y le agarré el trasero respingón. Dejó escapar un gemido entrecortado mientras le cubría el cuello de besos y la colocaba sobre mi erección. Era perfecto. Solo quedaba repetirlo, pero esta vez sin ropa.

«Todavía no».

«Relájate, Carter».

En su lugar, le agarré de las manos y las levanté por encima de su cabeza, contra la cama. Luego me incliné y uní mi boca con la suya. Bailey se rio con mis labios entre los suyos y se revolvió entre mis brazos.

Sin romper el beso, me incorporé hasta quedar sobre ella a la vez que se recostaba sobre la almohada.

Levanté una ceja.

—Parece que estás atrapada, James.

—¿Te gusta estar al mando, eh, tío duro? —Sonrió con picardía.

Claro que sí. En realidad, no estaba aplicando demasiada presión. Podía soltarse cuando quisiera, y si me lo pedía, la soltaría al instante. Lo que esperaba que la excitara no era la fuerza, sino más bien la idea de estar retenida.

—Me gusta tontear contigo. —Sonreí, me acerqué para rozar sus labios con los míos y me aparté de nuevo. Me quedé quieto hasta que levantó la mirada hacia mí—. Pero si quieres que pare, lo haré de inmediato.

—Lo sé —dijo suavemente—. No quiero que pares.

Bajé la voz, sin apartar la mirada de su rostro.

—¿Te gusta que esté al mando, o no?

Hasta ahora, no me había fallado el instinto. Y sentía que esta vez también estaba en lo cierto, pero necesitaba oírlo salir de su boca.

Se le dilataron las pupilas.

—Más o menos.

—¿Más o menos? —Arqueé una ceja, sonriendo—. Vamos… ¿sí o no?

—¿Sería raro si digo que sí? —Su respiración se volvió superficial.

—No —respondí con voz ronca—. Me gusta. Pero no quiero pasarme de la raya ni hacer que nada te incomode. Por eso he preguntado.

Se ruborizó.

—Sí —Escucharlo disparó mis fantasías a otro nivel. Las posibilidades eran infinitas.

Tendríamos que ir despacio, aunque quizá podía dejarme llevar un poco.

—Mmm —mascullé mientras la observaba. Tenía las mejillas sonrojadas y los labios entreabiertos—. Eso es muy *sexy.*

Sus ojos refulgieron y su timidez se desvaneció de golpe.

—¿Por qué? —Tiró de mis manos de forma juguetona—. ¿Qué harías si estuvieras al mando?

Sacudí la cabeza y disimulé una sonrisa.

—James… haría muchas cosas.

—Dime una. —Su voz sonaba entrecortada. Mierda, ¿por dónde podía empezar?

Azotarla, taparle los ojos, atarla, hacer que me dijera obscenidades, decirle otras aún peores, llevarla al límite, hacer que se tocara delante de mí…

La lista era interminable; había tenido demasiado tiempo para imaginarlo todo.

Pero debíamos caminar antes de echar a correr, patinar antes

que lanzarse a marcar un gol.

—Todo a su debido tiempo.

Bajé la cabeza por detrás de su oreja y le acaricié la piel con la nariz. Inhalé su dulce aroma y lo retuve en los pulmones unos segundos. Bailey suspiró mientras trazaba una hilera de besos suaves por la curva de su cuello. Descendí hasta su hombro y le hundí los dientes en la piel con delicadeza.

—Ahora mismo, tengo una cosa en mente.

—¿Cuál? —susurró, apenas moviendo los labios.

—Quiero que te corras sobre mis dedos.

Ahora que había conseguido provocarle un orgasmo con la lengua, tenía la confianza suficiente para intentarlo con las manos.

Y, con suerte, después con mi parte favorita del cuerpo.

Asintió sin apartar la mirada de mí.

—Vale.

La besé de nuevo mientras pasaba mi mano por su espalda y le desabrochaba el sujetador. Dejé que los tirantes cayeran lentamente por sus hombros y busqué su pezón con los labios. Lo saboreé y dibujé círculos con la lengua sobre su delicada punta rosada. Ella echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un suspiro profundo, mientras sus dedos se enredaban en mi cabello. Tomé su otro pecho con la mano, lo acaricié, lo apreté con deseo y, tras soltar el primero, me entregué al siguiente.

Bailey deslizó su mano por mis abdominales hasta llegar a mi entrepierna y me agarró por encima de los calzoncillos, apretando la palma de la mano contra mí. Una oleada de placer que me recorrió de pies a cabeza. Madre mía… a ese ritmo, no iba a poder aguantar demasiado. Respira. Tenía que centrarme.

Se estremeció y arqueó la espalda cuando mis manos recorrieron sus costados. Hundí mis labios en su cuello, lo mordí con ansia, lo lamí despacio y seguí el trazo de su mandíbula con besos ardientes hasta conquistar de nuevo su boca. La probé, me perdí un instante en ella y me aparté para mirarla de frente. Quería ver cada gesto, cada destello en su rostro mientras la hacía mía.

Deslicé la mano bajo la cinturilla de sus braguitas y descubrí la suavidad cálida de su piel. Al sentir mi roce, su respiración se volvió temblorosa y cerró los ojos, dejándose llevar. La acaricié lentamente, busqué su entrepierna con la mano, y la froté con la yema del dedo.

Estaba caliente, húmeda y suave como la seda. El deseo me quemaba por dentro, pero sabía que aún no era el momento. Quería saborearla con calma y asegurarme de que cada caricia la excitara.

Mis dedos volvieron a recorrer su piel y ella respondió buscándome, ansiosa de más. Su melena rubia se derramaba sobre mi almohada mientras se entregaba al vaivén del placer. Verla así era lo más *sexy* que había visto nunca.

—Cariño, estás mojadísima…

Dejó escapar un pequeño gemido y sus caderas se arquearon contra mí. La acaricié el clítoris con un dedo y lo deslicé hacia abajo para hundirme en su interior. Otro dedo lo siguió, y la penetré. Moví el pulgar para ejercer presión sobre ella al ritmo de los otros dedos.

Se le aceleró la respiración y se ruborizó con cada movimiento de mis dedos. Gimió y se mordió el labio inferior mientras movía la pelvis al compás de mis caricias.

—¿Te gusta?

Abrió los ojos de golpe, como si la hubiera tomado por sorpresa. Me sostuvo la mirada con los párpados pesados y los ojos vidriosos, pero no respondió.

—¿Te gusta, James? —repetí, y bajé la voz. Cuando volvió a quedarse callada, hice un poco de presión con el pulgar.

Respiró, temblorosa.

—S-sí.

—¿Vas a correrte para mí, cariño?

—Mmhmm —gimió y asintió ligeramente.

Aumenté un poco el ritmo a medida que su respiración se aceleraba. Su coño se apretó alrededor de mis dedos, palpitando mientras se retorcía debajo de mí. Un grito entrecortado brotó de su garganta, mientras la intensidad la llevaba al borde del clímax.

Le agarré el pelo de la nuca y tiré suavemente para inclinarle el

rostro y fundir mis labios con los suyos. Mis dedos se movían sin descanso entre sus piernas mientras las suyas empezaban a temblar. Se aferró a mis brazos, me clavó las uñas en la piel y volvió a gritar contra mi boca mientras se deshacía de placer.

Sin dejar de besarla, bajé el ritmo de mis dedos para que pudiera recuperar el aliento. Después interrumpí el beso para darle un respiro y evitar sobreestimularla.

Ella jadeó, mirándome, y me soltó los brazos poco a poco.

—Hola, cielo. —Le pasé la mano que tenía libre por el pelo, el cuello y el brazo.

—Hola —dijo, todavía sin aliento.

—¿Necesitas un minuto? —pregunté.

Respiró hondo con las mejillas sonrosadas.

—Sí.



Capítulo 32

Todo mío

Bailey

A medida que mi corazón recuperaba su ritmo, mi mente volvió a ponerse en marcha y me invadió una oleada de pensamientos.

Esto estaba ocurriendo.

De pronto, los nervios regresaron. Lo que más me preocupaba era no estar a la altura de las expectativas de Chase. Sus experiencias sexuales podrían llenar una enciclopedia, pero las mías cabían en un pósit.

Además, la tenía grande. Mucho más que Luke. Sí, mis partes podían dilatarse, pero… ¿hasta qué punto? ¿Me dolería?

Chase se apoyó sobre los codos, inclinado sobre mí.

—Tierra llamando a Bailey. —El pelo oscuro, despeinado, le caía sobre la frente mientras estudiaba mi rostro.

—Estoy aquí —respondí en voz baja, y apoyé las manos sobre los bíceps. Su piel era cálida y suave.

Deseaba esto. Lo deseaba a él. Por más razones de las que podía enumerar: deseo, intimidad, curiosidad, afecto. Me importaba y

quería estar cerca de él. No era que tuviera dudas; era más bien la conciencia del peso de aquella decisión. Una de la que no habría vuelta atrás.

Pasó la yema del pulgar por mí labio inferior.

—¿Tienes idea de lo que me haces sentir?

Había tanto cariño en su mirada que me calmé al instante.

—No.

Una pequeña sonrisa se asomó de entre sus labios.

—No tengo palabras para describirlo.

Rodeé sus hombros musculosos con los brazos y lo atraje hacia mí. Sentí su erección presionando contra mi cuerpo, y él profundizó el beso con una necesidad apremiante, casi exigente.

Sin apartar su boca de la mía, deslizó las manos por mi torso, me bajó la ropa interior y me levantó las piernas para quitarme las braguitas. Yo encontré la cinturilla de sus calzoncillos y también se los quité. Se incorporó y terminó de quitárselos sin dejar de besarme.

Luego se apartó un poco, se apoyó sobre las rodillas y se inclinó hacia la mesita de noche. Abrió el cajón, rebuscó unos segundos y sacó un preservativo. Lo abrió, se lo puso con rapidez y volvió a colocarse sobre mí.

—Un momento. —Agarró una almohada que había junto a mí en la cama, me levantó por las caderas y la colocó debajo de mí—. Así tengo un mejor ángulo —dijo, al notar mi confusión.

Más pruebas de que sabía mucho más que yo sobre lo que estaba a punto de ocurrir.

Chase se inclinó sobre mí y me rodeó con los brazos. Su cuerpo, alto y fuerte, me envolvía por completo. El deseo apenas contenido recorría cada parte de él, como si luchara por controlarse. Y, aun así, nunca me había sentido tan protegida ni tan cuidada.

Levanté la vista hacia él, y sus ojos marrones oscuros se encontraron con los míos, serios e inquisitivos.

—¿Estás segura, James?

Asentí y le acaricié la mandíbula.

—Totalmente.

Se agarró el miembro y lo deslizó dentro de mí lentamente, centímetro a centímetro. Buscó mi boca de nuevo y su lengua se abrió paso con decisión. Respiré hondo mientras se introducía por completo y la sensación tirante se convirtió poco a poco en una sensación de plenitud. Era intenso, pero no dolía.

Una vez dentro de mí, se detuvo y rompió el beso para observarme. Rodeó mi nuca con un brazo, sosteniéndome bajo su peso, mientras con el otro me acariciaba el cabello.

—Avísame si soy demasiado brusco, cariño.

—Lo haré.

Chase empujó despacio, con intención, y movió su cuerpo contra el mío. Me quedé sin aliento cuando el placer se extendió entre mis piernas. Cerré los ojos y moví las caderas en círculos para seguir sus movimientos. Me perdí en la sensación que me consumía al tenerlo dentro de mí. Era incluso mejor de lo que había imaginado. Y tenía razón con respecto a lo del ángulo.

—Es increíble. —Su voz sonó grave, ronca y tensa.

Sus palabras solo aumentaron el frenesí que me consumía por dentro. Hundí los dedos en su espalda, deseosa.

Se adentraba en mí con un vaivén ondulante, implacable e intenso. El placer que ardía entre mis piernas crecía sin control, extendiéndose por mi centro hasta transformarse en pura necesidad, en la urgencia desesperada por llegar al clímax. Chase inclinó la cabeza y posó los labios sobre mi cuello, chupando y besándome, llevándome al límite.

Era demasiado y a la vez insuficiente, y yo estaba a punto de estallar. Gemí mientras el calor inundaba mi cuerpo y un orgasmo incipiente se apoderaba de mí con la fuerza adictiva de una droga.

—Ahí —gemí.

Chase sonrió y se hundió más profundo, lo que envió una oleada abrumadora de placer que me atravesó el cuerpo.

—¿Aquí? —Deslizó la mano por mi cadera izquierda para sujetarme mientras volvía a penetrarme, provocándome un éxtasis

agonizante.

—Sí. —Todo mi autocontrol desapareció y el instinto tomó las riendas de mi cuerpo. Le pasé la otra pierna alrededor del torso y le clavé el talón en la espalda—. Por favor, no pares.

—No lo haré, cariño.

Y entonces me dejé llevar. Me temblaron las piernas mientras mi piel ardía contra la suya. Chase se acercó más para cubrirme la boca con la suya y agarrarme del pelo. Con otro movimiento de las caderas, todo estalló. Gemí con un chillido de placer bajo su peso y me agarré a su espalda con desesperación mientras me perdía por completo en el éxtasis.

Separó los labios de los míos y me la volvió a meter.

—Dios mío —gemí. El clímax se prolongó, casi interminable, mientras lo apretaba más contra mí hasta que al final remitió.

—Joder —gimió él, acelerando el ritmo—. Eres muy *sexy.*

Pasó la otra mano de mi cadera a mi trasero y me atrajo hacia él con brusquedad antes de penetrarme con fuerza. Entonces me embistió con un último gruñido y se le tensaron todos los músculos de golpe.

Se quedó inmóvil con la cabeza apoyada en mi hombro y el corazón latiéndole con fuerza en el pecho.

Respiró con dificultad y alzó la cabeza para mirarme con una sonrisa cansada.

—Eres increíble. Y tan *sexy* cuando te escucho gemir así.

Le dediqué una sonrisita mientras recuperaba el aliento. Flotaba tan alto que quizá nunca volviera a bajar.

Se inclinó para besarme con delicadeza antes de salir de mí. Entonces, se levantó y se giró para atar el condón con un nudo y tirarlo a la basura. Esperé mientras volvía a meterse entre las sábanas y se tumbaba en la cama a mi lado antes de abrazarme y acercarme a él.

Nos acurrucamos y me pasó una mano por el pelo una y otra vez hasta que mi cuerpo estaba tan relajado que mis músculos parecían estar hechos de gelatina. Me apretujé contra su pecho, sumida en

un trance cálido y acogedor. Como había esperado, este paso había cambiado las cosas entre nosotros. Se había formado un nuevo tipo de intimidad, como si me viera por primera vez.

Nunca había sentido mi corazón tan pleno.

Trazó con un dedo el logotipo de la camiseta que llevaba puesta.

—¿Ves? Te dije que mis camisetas te quedaban mejor que a mí.

—Esta me gusta especialmente.

—A mí también me gusta; es la que más me gusta. —Suspiró y se quedó callado—. Qué raro.

—¿El qué? —pregunté, y lo miré.

Apoyó la mejilla en la parte de arriba de mi cabeza.

—No tenía ni idea de lo que me estaba perdiendo… hasta que te conocí.

Se me cortó la respiración. Casi me eché a llorar por la forma en que sus palabras me oprimieron el pecho. Era como una oleada de afecto mezclada con una emoción que no lograba identificar. A lo mejor era vulnerabilidad.

—Eres muy dulce cuando quieres —le dije.

—Lo digo en serio —susurró, acariciándome el brazo hasta rozar las yemas de mis dedos y luego desandando el camino.

—Yo también me alegro de tenerte.

—Me alegro, porque estoy completamente entregado a ti. Y no sé si lo has notado, pero puedo ser bastante cabezota.

Yacimos inmóviles durante un rato, cansados y satisfechos hasta que su estómago rompió el silencio con un rugido insistente.

Me sonrió con timidez.

—Me muero de hambre. No he comido nada después del partido y tú has hecho que me entre aún más apetito. ¿Qué te apetece?

—Lo que tú quieras. —Ahora que lo mencionaba, yo también estaba muerta de hambre. Shiv y yo habíamos almorzado tarde o cenado temprano tras la búsqueda de apartamento, pero eso había sido hacía horas.

—Si te parece bien —dijo—, voy a vetar la *pizza.* Sigo enfadado con el capullo del repartidor de antes.

Me reí.

—Claro. Y quizá podemos ver esa película después de comer algo.



Chase sacó la comida de las bolsas y la organizó sobre la encimera de la cocina. Eché un vistazo al contenido de las tres bolsas de papel, que contenían suficiente comida como para alimentar a unas diez personas. Había cajas de poliestireno llenas de arroz, bandejas plateadas con *chow mein,* fideos fritos, ternera con brócoli, pollo con anacardos y verduras, gambas picantes, más fideos y otros platos cargados de carne. ¿El denominador común? La carne.

—¿Crees que has pedido suficiente comida? —bromeé—. Me da miedo que nos quedemos con hambre.

Abrí el armario, saqué los platos y los coloqué sobre la encimera. Mientras le daba la espalda, me dio un azote juguetón con un trapo de cocina.

—Ya te lo he dicho. He tenido una noche muy agotadora. Tengo que reponer fuerzas.

—Tienes razón. Has trabajado muy duro —dije, y volví a girarme hacia él.

Chase se acercó y me dedicó una sonrisa ladeada. Me puso una mano a cada lado y me acorraló contra la encimera.

—Ya sabes lo que dicen: el trabajo duro tiene su recompensa.

—Claro que sí —respondí—. Sin duda.

Sus ojos brillaron con picardía.

—Hablando de eso… ¿cuándo vamos a comprar juguetes?

Ah. Así que no lo había olvidado.

—¿Hablabas en serio?

—Por supuesto —contestó—. No se me ocurre nada más excitante que verte usando algo así.

Un gritito ahogado se me escapó sin querer; jamás se me habría

pasado por la cabeza. ¿En serio?

Aún no estaba del todo convencida de que pudiera acostumbrarme, pero le había prometido mantener la mente abierta.

—Ya veremos…

—Podría ir sin ti, si quieres… —Se encogió de hombros—. Que sea una sorpresa.

Tragué saliva. Eso sería peor que tener que enfrentarme a la idea de entrar sola en una tienda de juguetes eróticos.

—Tal vez es mejor que vaya contigo.

—Genial. —Me guiñó el ojo—. Será una cita.



Me desperté al sentir cómo la cama se hundía bajo el peso de Chase, que se deslizó bajo las sábanas y me rodeó la cintura con el brazo. Su cuerpo, cálido y reconfortante, me envolvía acompañado de la fragancia de su jabón y su colonia.

Entorné un ojo y vi cómo la luz se filtraba entre las cortinas. Ya había amanecido, lo que significaba que acababa de volver de un entrenamiento en seco.

Me giré para acercarme más a él y me acurruqué. No existía mejor manera de despertar.

—Lo siento. No quería despertarte —susurró, y me estrechó con ternura.

—No pasa nada.

Al darme cuenta de que tendría un aliento horrible, levanté la cabeza para intentar zafarme de su abrazo, pero él me sujetó con más fuerza para que no me moviera.

—Ni hablar. —Su voz era profunda y ronca—. He vuelto a casa corriendo para estar contigo.

Me reí y giré la cabeza para mirarlo.

—Tengo que lavarme los dientes… tú ya lo has hecho.

—Está bien. —Chase suspiró y me soltó a regañadientes—. Pero

date prisa.

Aún medio dormida, fui al baño, hice pis y me lavé los dientes. Al abrir de nuevo la puerta, dio una palmadita en el colchón a su lado e inclinó la cabeza.

—Tú. Aquí.

Volví a abrir las sábanas, me metí dentro y miré a Chase a la cara.

—¿Has venido corriendo a casa para darme mimos?

Se encogió de hombros.

—He venido a casa corriendo para hacer lo que te apetezca. Pero tengo ideas, si necesitas sugerencias.



Capítulo 33

De doble filo

Chase

Tras pasar la noche, y la mañana, con James, estaba en las nubes. La llevé a clase, volví a casa un rato y luego me dirigí al campus, donde pasé el día disfrutando de la euforia postcoital.

Vale, no estaba muy concentrado en las clases. La teoría económica me entraba por un oído y me salía por el otro mientras me perdía entre fantasías picantes y, de vez en cuando, con algún pensamiento relacionado con el *hockey.* Al menos estaba de buen humor.

Dallas, por su parte, no estaba tan alegre. Estaba taciturno, como si tuviera una enorme nube negra sobre la cabeza. Lo había visto de pasada al salir por la puerta y estaba de muy mal humor. Cuando me despedí de él, refunfuñó. Más bien fue un gruñido.

Cuando llegó el momento de entrenar, a última hora de la tarde, su humor no había mejorado. Entró en el vestuario con un suspiro y tiró su bolsa sobre el banco junto al mío como si le hubiera ofendido.

Terminé de ponerme los calcetines y levanté la mirada con un

gesto interrogante.

—¿Qué te pasa?

—Nada —respondió entre dientes. Vale…

—¿Estás bien con Shiv? —pregunté, tratando de atraer su atención—. Me ha parecido oír que discutíais esta mañana.

Por encima del hombro de Dallas, vi a Tyler abrir los ojos de par en par y sacudir la cabeza con énfasis. Vaya. Ya era demasiado tarde.

Dallas evitó mirarme.

—No sé —dijo. Se inclinó, abrió la cremallera de la bolsa, sacó los calcetines y la ropa interior y se desvistió.

—¿Cómo que no lo sabes? —pregunté mientras me abrochaba las espinilleras—. ¿Cómo es posible que no lo sepas?

Ty carraspeó con fuerza y me lanzó una mirada que decía «¿qué coño haces?». Pero la sutileza nunca había sido mi fuerte, y era una pregunta sincera. Mi experiencia en el terreno sentimental era bastante limitada, pero ¿no se suponía que uno debía saber si su relación iba bien o no? ¿No hablaban las parejas entre ellas? Especialmente cuando llevaban juntos tanto tiempo como Dallas y Shiv.

—Solo estoy preocupado por ti —añadí con cautela—. Has estado raro todo el día.

—Mira tío —respondió—. Imagino que por fin os habéis acostado, y me alegro por ti, de verdad. Shiv y yo no estamos pasando por un buen momento. Tuvimos una discusión en el O'Connor's. —Dallas se puso las medias de compresión y se levantó mientras cogía su camiseta. Apretó la mandíbula—. Un idiota le tiró los tejos.

Dallas tendía a ser un tanto celoso, por decirlo así. Shiv era muy atractiva. Si a eso le sumábamos su reticencia a comprometerse del todo, era lógico que a veces él se pusiera un poco susceptible.

Tyler hizo ademán de dar media vuelta y abandonó la conversación en silencio. Probablemente ya habían pasado por esto antes, y el consejo habitual de Tyler de «lidia con ello» seguramente le había sentado como un puñetazo en el estómago.

—¿Ella también coqueteó? —pregunté.

—No. Pero ni siquiera le dijo que tenía novio. Solo que había venido con «alguien». ¿Cómo que «alguien»? ¿Es eso lo que soy para ella? Así que le di un ultimátum: o estamos juntos o no.

—Joder. —Me puse los pantalones cortos y me volví hacia él—. ¿No es un poco incómodo ahora que se está quedando en casa?

—Supongo que dormiré en el sofá.

—¿En serio?

—No lo sé. —Dallas bajó la cabeza. Se pasó la mano por el pelo y me miró con expresión tensa. Luego se acercó más y bajó la voz—. Estoy harto de esta situación. Tengo chicas dispuestas a enrollarse conmigo por todas partes. ¿Y la única con la que quiero estar es incapaz de llamarme su novio?

Era un poco irónico. Al principio, esa forma de hacerse la difícil formaba parte del atractivo de Shiv. Mientras que muchas otras chicas intentaban conquistar a Ward por todos los medios —desnudándose u ofreciéndole mamadas— a Shiv no le atraía en absoluto la idea de conquistar a un jugador de *hockey.*

Yo lo entendía. Era algo que también me gustaba de Bailey: que me quisiera por quien era y no por lo que representaba. Pero meses después, Dallas la había conquistado a medias, y no era suficiente. Entendía ambas partes. Por un lado, solo era una etiqueta. Por otro, la etiqueta era bastante reconfortante.

—¿Te ha dicho qué problema tiene con poner etiquetas?

—Tiene algo que ver con su ex —murmuró Dallas—. Se volvió psicópata y posesivo. No me ha dado muchos detalles.

Bailey también me dijo algo al respecto, pero no había entrado en detalles. Solo logré deducir que el tío era peor que Morrison, lo que significaba que debía de ser bastante asqueroso.

—Vaya putada, tío.

—Ya —afirmó, calzándose los patines y atándoselos—. Pero creo que, llegados a este punto, ya sabe que yo no soy ningún psicópata.

—Excepto cuando se trata de jugar a videojuegos. —Dallas puso una mueca—. Ja, ja. Vete a la mierda.

—No parece que sea un problema tuyo. —Lo que significaba que no podía hacer nada por solucionarlo, pero tampoco serviría de nada decírselo.

—Lo sé, pero ¿hasta cuándo se supone que tengo que aguantar? Ya han pasado cinco meses. Casi seis.

—¿Qué otra opción hay? —pregunté—. Vamos, tío. ¿De verdad vas a romper con Shiv porque te gusta demasiado? Te das cuenta de lo estúpido que sería hacer eso, ¿verdad?

Tyler resopló detrás de Dallas.

—Gracias, Ty. —Dallas respiró hondo—. Y tu sinceridad es tan refrescante como siempre, Carter.

Me puse las hombreras y me encogí de hombros.

—Solo te doy mi opinión.

—Me hace gracia que tengas novia desde hace unas doce horas y que de repente te hayas convertido en un puto gurú de las relaciones.

—Para ser justos —dije—, llevo años diciéndote lo tonto que eres.

Dallas puso los ojos en blanco.

—Sí, yo me rendí contigo hace tiempo. Señalar todas tus estupideces consumiría tanto tiempo como tener un trabajo a tiempo parcial.

—Que sepas que no he hecho ninguna estupidez cu un par de meses.

Hay que reconocer que el verano había sido complicado y había tomado decisiones de las que no estaba orgulloso. Pero el otoño había ido sobre ruedas. Sobre todo, gracias a Bailey. Bueno… tal vez solo gracias a Bailey.

—Estoy seguro de que es un récord —dijo, mientras se sacaba la camiseta roja de capitán por la cabeza.

—Sí —asentí—. Estoy bastante seguro de que lo es.



Rebosaba testosterona y, durante la práctica, mi frustración sexual no hizo más que crecer, de modo que la energía me desbordaba. Sí, volvía a estar frustrado. Me costaría un rato relajarme. Un buen rato.

—¡Carter! —gritó Dallas.

Volví a la realidad en medio de la pista.

—¿Qué?

—El disco —dijo señalándolo—. Ve a buscarlo. Hemos terminado.

—Sí, claro. —Patiné hacia uno de los laterales y lo recuperé antes de salir del hielo.

Uno pensaría que haber follado de una vez por todas habría calmado un poco mi lujuria, pero en realidad la había avivado. Ahora pensaba en James las veinticuatro horas del día. Eso no era algo nuevo, pero las imágenes que inundaban mi mente se habían vuelto más explícitas.

Aunque todavía estaba tratando de conciliar lo que me dijo en XS con cómo se había comportado en mi cama, porque eran como el día y la noche. Parecía que prestar atención a sus necesidades daba buenos resultados.

Dios. Sentía lástima por las otras chicas. A veces quería enviar a los hombres un mapa del clítoris con instrucciones incluidas.

La ventaja era que, al lado de ellos, yo salía ganando.

Tras darme una ducha, me vestí rápidamente y fui a la oficina del entrenador Miller. Esperaba que las visitas semanales se acabaran ahora que mi periodo de prueba había llegado a su fin, pero no fue así. En lugar de eso, me reservó el placer de seguir viendo su calva reluciente y su rostro severo y malhumorado en reuniones semanales.

—Hola, entrenador. —Dejé mi bolsa y me senté frente a él.

Con suerte, sería otra reunión rápida y podría marcharme rápido. A lo mejor podía ir a la biblioteca antes de mi última clase para escribir la redacción de economía o enviarle un mensaje a James o pensar en ella en lugar de hacer la redacción. Ah, sería tan *sexy* ver a James vestida de bibiiotecaria… Maldita sea.

—Carter. —Miller juntó los dedos y frunció el ceño—. Me gustaría

hablar contigo sobre el partido del otro día. Háblame sobre el golpe que le diste a Morrison, de Callingwood. El que hizo que te penalizaran por atacar a un contrincante.

Joder, esta conversación no tenía buena pinta. Lo último que necesitaba era que me dejaran en el banquillo durante el próximo partido contra Callingwood porque Miller pensaba que era un lastre.

Probablemente lo fuera. Pero no quería que él lo supiera.

Mantuve una expresión neutra y un tono acorde.

—¿A qué se refiere?

Cómo esquivar una bala 101: cuando sientas que hay problemas, deja que la otra persona hable para determinar qué es lo que sabe. Así evitarás incriminarte a ti mismo.

Lo aprendí en otras ocasiones… por las malas.

—Tienes suerte de que no te penalizaran con una falta más grave —dijo—. Abandonaste tu posición por completo para golpearle. ¿Por qué?

—Supongo que me dejé llevar. —Me encogí de hombros.

—Tú nunca te dejas llevar. —Entrecerró los ojos y me estudió con la intensidad de alguien que revisa las grabaciones de un partido—. No creas que no vi cómo discutíais antes de eso. Es evidente que el golpe fue personal.

—Estaba teniendo un mal día —contesté—. No volverá a pasar. El detector de mentiras detectó que aquello era una mentira.

Resopló y se recostó en la silla de escritorio reclinable.

—Asegúrate de mantener la cabeza fría en el campo. No jugaste muy bien.

No se equivocaba. El resto del equipo tampoco había dado lo mejor de sí, pero eso no justificaba que yo rindiera menos.

—Tomaré nota, entrenador.



Bailey

Después de la noche con Chase, pasé el día siguiente totalmente aturdida. Fui a clase sin ganas, cotilleé con Zara y Noelle en la oficina del *Callingwood Daily* sobre las últimas novedades y no dejé de pensar en él.

Más tarde me reuní con Siobhan para decidir qué apartamento elegir y me tocó fingir que tenía la cabeza en su sitio.

No era así.

Y, por supuesto, tampoco había pensado en apartamentos. Ni una sola vez.

En general, estaba un noventa por cien eufórica y un diez por cien aterrorizada. No tenía motivos para tener miedo. Nada que justificara esa sensación. Todo había salido genial. Y eso era lo que me asustaba.

Estar tan arriba significaba que la caída sería mucho más dura.

—Bueno —dijo Siobhan, que me sonrió expectante al otro lado de la mesa—, ¿qué tal te va todo?

Sentí como una ola de calor me subía por el cuello. De repente, la cafetería me parecía una sauna.

—Bien.

—Me refiero a cómo van las cosas con Chase.

—Muy bien.

Ella sonrió.

—Dallas quería invitar a gente a casa anoche, y le dije que ni hablar.

—Te lo agradezco —respondí, y me escondí detrás del menú para ocultar mi rubor—. Fue agradable estar a solas.

—¿Me pareció escuchar que se refirió a ti su novia antes de que os fuerais de casa esta mañana?

Esbocé una sonrisa.

—Sí, lo hizo.

—Qué bonito. —Puso cara de cachorrito.

—¿A que sí? Me gusta que por fin sea oficial. —Dejé el menú

sobre la mesa—. ¿Y qué hay de Dallas y tú? ¿Aún no habéis tenido esa charla? Si estoy siendo demasiado entrometida, dímelo y me callo. Ya sabes… es lo que tiene pasar tanto tiempo con Chase.

Shiv se rio, pero luego se puso seria.

—Anoche discutimos por eso, la verdad. —Frunció los labios y apartó la mirada.

—¿En serio?

—Sí —dijo—. Un tipo se me insinuó y Dallas se enfadó mucho. Yo lo rechacé, así que ¿qué más da? Pero después me dio un ultimátum. Bueno, no fue de ese modo, fue más bien algo como «¿estamos juntos o no?».

Contuve el aliento.

—¿Cómo acabó la cosa?

—Un poco fría. Pero ya hemos tenido esa conversación antes. Se le pasará. —Se encogió de hombros—. Tampoco es que quiera salir con nadie más.

—Pero… —la animé.

Ella hizo una mueca.

—¿Y si hacerlo oficial cambia las cosas?

—Eso no significa que vayan a ir a peor —añadí con delicadeza—. Podrían ir a mejor.

Al menos eso era lo que esperaba con Chase. No es que hubiera mucho que mejorar, pero ahora me sentía más segura en nuestra relación. Con suerte, podría superar algunos de mis problemas de confianza, aunque me llevaría un tiempo.

Shiv frunció el ceño mientras miraba su Coca-Cola *Light.*

—Te parecerá estúpido. Realmente estúpido. Pero, sinceramente, nunca lo había visto así.

—Si Dallas se pareciera en algo a tu ex, no seguirías con él.

—Lo sé. —Suspiró y se pellizcó el puente de la nariz—. Estoy loca por él. Lo tengo ahí delante. Es perfecto. ¿Qué demonios me pasa?

Me encogí de hombros.

—Eres más precavida. Lo entiendo.

—La verdad es que estoy a punto de dar el paso. —Separó el

pulgar y el índice unos centímetros—. Solo necesito aclarar mis ideas.

Tras pedir la comida, la conversación derivó hacia el motivo por el que estábamos allí: buscar piso. En ese momento, habíamos acotado dos opciones. El piso que me había gustado desde el principio y uno nuevo que quedó disponible tras la renuncia de un inquilino a última hora. Costaba cien dólares más al mes que el primero, lo cual no era determinante, pero sí un factor a tener en cuenta.

Shiv dio un sorbo a su bebida y se desplomó sobre la mesa.

—Odio tomar decisiones —dijo con la voz amortiguada por el brazo.

—Yo también —admití. Entre las dos, tomar una decisión era casi imposible—. La fecha de entrada del primero es dentro de cuatro semanas, pero el nuevo piso de Pine está disponible para entrar a vivir ya.

—Vale. —Me miró—. En cuanto comprueben nuestras referencias, pagamos la fianza y todo eso.

Shiv iba a pagar casi toda la fianza. Decía que no le importaba. Chase me había dicho que probablemente se debía a que sus padres eran ricos, pero yo odiaba sentirme como si estuviera gorroneando.

Entonces me vibró el móvil. Bajé la mirada con la esperanza de ver un mensaje de Chase. Pero era de Amelia:

> **Amelia:** He encontrado a alguien que quiere tu habitación. Quiere mudarse en dos semanas.
>
> **Bailey:** Está bien.
>
> **Amelia:** De acuerdo.

Bloqueé el móvil y lo dejé sobre la mesa.

—Perdona. ¿Qué te parece si nos mudamos al piso de Pine? Era Amelia. Han encontrado a alguien que se quedará con mi habitación. Tengo que irme en dos semanas.

No era cuestión de dinero, sino de salir de ese infierno. Y este era el empujón que necesitaba. Alejarme de ese ambiente tóxico sería un alivio.

El camarero trajo la quesadilla de pollo de Shiv y luego mi sándwich de pollo Búfalo.

—Si eso nos ayuda a tomar la decisión, quizá sea lo mejor —dijo ella, mojando la quesadilla en el cuenco de salsa—. Así no tendremos que darle más vueltas.

—¿Estamos de acuerdo entonces?

—Sí. —Asintió y acompañó el gesto con un bailecito—. Le enviaré un correo al agente inmobiliario. ¡Qué emoción!

—Yo también —dije con sinceridad a la vez que cogía mi sándwich. Con el plan de escape consolidado, la comida me supo mejor que nunca.

Volvió a vibrarme el móvil. Esperaba recibir un comentario sarcástico de Amelia, pero era un mensaje de Zara.

> **Zara:** Tengo buenas noticias y malas noticias. Liam acaba de dimitir. ¡La sección de deportes es toda tuya! Pero eso *significa que tienes que cubrir* el campeonato de voleibol que van a hacer fuera de la ciudad. Lo siento, sé que es con poca antelación.

Dejé escapar un grito ahogado.

—Dios mío.

Shiv frunció el ceño.

—¿Todo bien?

—Todo genial —contesté, mirando la pantalla con incredulidad y emoción—. Me acaban de ascender en el periódico de la universidad.

Era justo lo que necesitaba para enriquecer mi currículum después de la universidad. Si conseguía las prácticas remuneradas, la combinación de ambas cosas supondría una credencial muy sólida frente a posibles empleadores.

Salvo que… eso significaba que tendría que asistir a más partidos de los Bulldogs. Y, además, interactuar con el equipo para obtener

declaraciones y hacer entrevistas.

Uf. Hablando de un palo de *hockey* de doble filo.

Tras la cena con Siobhan, le envié un mensaje a Chase sobre el torneo de vóley. Ahora que me encargaba de toda la sección de deportes, era aún más importante que asistiera. Aunque no me importaba tener una excusa para hacer una excursión de un día con él.

Bailey: ¿Qué planes tienes el sábado que viene?

Chase: Tengo entrenamiento el sábado a las ocho y el domingo libre.

Bailey: Perfecto. Tengo una propuesta emocionante.

Chase: Sigue hablando.

Bailey: He conseguido dos entradas para...

Bailey: El partido de voleibol de Callingwood en Roseford.

Chase: Y yo tengo un caso grave de... tensión sexual acumulada.

Chase: Es broma. Si es contigo, me apunto.

Bailey: Es la final de nuestro equipo. Pero... está a una hora y media, el sábado por la tarde temprano. ¿Te va bien? Te pago la gasolina.

Chase: Claro y ni hablar.

Bailey: Nunca me dejas pagar nada.

Chase: Nunca lo haré. Lo siento, James.



Capítulo 34

Asesor de imagen

Bailey

Me senté en la mesa de la oficina del *Callingwood Daily* con Noelle y Zara, tratando de terminar mi parte de un trabajo grupal sobre la ética en el periodismo y la comunicación. Siempre me costaba concentrarme cuando sabía que iba a ver a Chase más tarde, pero hoy me resultaba especialmente difícil porque vendría a recogerme para ir al partido de voleibol y después iríamos a comprar juguetes eróticos.

¿Dónde me había metido?

Ni siquiera se lo había contado a Noelle ni a Zara, aunque sabía que me animarían si lo hacía.

—Bailey —dijo la profesora Johnson desde la puerta—, ¿podemos hablar un momento en mi despacho?

Levanté la vista del portátil.

—Claro. —Lo cerré enseguida, lo metí en mi bolsa y la seguí por el pasillo hasta su despacho.

La profesora Johnson era la encarnación de la tranquilidad, con

su indomable cabello gris rizado y sus coloridas faldas largas. Tras haber sido *hippie* en su juventud, había ganado innumerables premios de periodismo por su cobertura de asuntos internacionales. Como asesora académica del periódico, nos daba mucha libertad. Pero, de vez en cuando, se interesaba por cómo nos iba, para orientarnos o para poner orden cuando todo se iba de las manos.

Se sentó en su silla y me hizo un gesto para que tomase asiento.

—Quería hablar contigo sobre el relevo de Liam. Sé que ha sido muy repentino.

—Estoy muy emocionada —respondí, y me acomodé en la silla de tela roja frente a ella—. Siempre he querido encargarme de la sección de deportes.

La profesora Johnson arqueó las cejas canosas.

—¿Estás segura de que podrás compaginarlo con tus otras responsabilidades? Sé que tienes mucho trabajo y no quiero sobrecargarte.

—No, no será ningún problema.

Quizá debía renunciar a algo. Como a dormir. O posiblemente a mi cordura. Ya sabes, esas cosas pequeñas e insignificantes.

—Bien. —Asintió y deslizó un papel por el escritorio. Era una lista de las tareas de Liam hasta Navidad—. No estaba segura de cuánto te habría contado respecto a sus tareas actuales y futuras. Como ves, ha empezado un reportaje sobre cómo el capitán suplente de los Bulldogs ha asumido el liderazgo de su equipo mientras su capitán está lesionado.

Eché un vistazo a la lista más de cerca y sentí que se me formaba un nudo en el estómago. Con horror comprobé el segundo punto de la lista: «Reportaje sobre los Bulldogs con el capitán suplente».

El capitán suplente de los Bulldogs no era otro que Paul. ¿Sería poco profesional que me entraran ganas de vomitar?

—¿Lo ha entrevistado Liam? —pregunté—. ¿Tiene alguna grabación o transcripción que pueda revisar?

—No —respondió ella, y cruzó las manos sobre la mesa—. Aún

no lo ha terminado.

Por «empezar» el reportaje, se refería a que Liam había pensado en escribirlo.

El miedo se apoderó de mí y me recorrió el cuerpo. No era precisamente un sueño entrevistar a Paul a solas, aunque sirviera para sumar puntos a mi *portfolio.*

—Como conoces bien al equipo —añadió la profesora Johnson—, sé que no tendrás ningún problema en hacer la entrevista y escribir el artículo.

Asentí, pero quería gritar.

—Claro. Ninguno.

—Ya que es la primera vez que escribes un artículo destacado, puedo enviarte por correo electrónico las pautas para redactar uno.

—Gracias —dije—, sería estupendo.

Abandoné su despacho justo a tiempo para encontrarme con Chase en la rotonda. Salí del centro de comunicaciones y le envié un mensaje a Amelia para pedirle el número de Paul. Tras recibir una respuesta excepcionalmente fría, como si pensara que quería ligar con él o algo así, y em, ni de broma, me lo pasó.

Luego le escribí a él y quedamos en una cafetería del campus el lunes. Prefería quitármelo de encima cuanto antes que tenerlo rondando por la cabeza.



Unas horas más tarde, Callingwood había logrado una victoria impresionante, Chase y yo habíamos comido más comida basura de la que debíamos y estábamos de vuelta en la ciudad.

Aparcó delante de Lush Boutique y apagó el motor. El letrero rosa neón nos iluminaba con aire acusador. Entrar allí era como llevar un cartel que dijera: «Estoy follando». Y no en plan normal, sino *kinky.* O, peor aún, que me masturbaba, cosa que tampoco me apetecía anunciar a los cuatro vientos.

—¿Estás lista? —Se volvió hacia mí, con un brillo juguetón en esos ojos marrón oscuro.

Los nervios se apoderaron de mí y mi instinto de supervivencia se activó. Sentía los mismos nervios que cuando me recetaron la píldora anticonceptiva por primera vez, multiplicados por un millón.

—No. —Negué con la cabeza y crucé las piernas—. He cambiado de opinión. No puedo entrar ahí.

¿Podría hacerlo?

Chase se encogió de hombros con expresión neutra.

—Está bien. No te voy a obligar. Podemos irnos si lo prefieres.

La incertidumbre bullía en mi interior. En teoría, quería irme, aunque la realidad era otra, y él lo sabía. Me asombraba lo bien que se le daba leerme. Pero como él siempre decía lo que pensaba, de algún modo, compensaba lo vulnerable que me hacía sentir.

Me mordí el labio inferior.

—No lo sé.

—Estaré contigo. —Me acarició el muslo con una mano cálida y la dejó encima de éste—. Entrar y salir. Es fácil.

—Pero tenemos que pagar antes de irnos a casa. —Lo miré, avergonzada—. Tengo que estar allí, frente a otra persona, mientras compro… eso.

Arqueó una ceja.

—¿Crees que el cajero de una tienda de juguetes sexuales te juzgará por comprar un vibrador? Confía en mí, James. Esa gente ha visto de todo.

Eché un vistazo a la tienda a través del parabrisas, volví a mirarlo y luego a la tienda de nuevo.

Una pequeña parte de mí sentía curiosidad, la otra, bastante mayor, se sentía intimidada.

Solo era una tienda. Una simple estructura de ladrillo y cristal, bastante inofensiva desde fuera. Pero en cuanto a su contenido…

Chase entrecerró los ojos y se inclinó sobre el volante.

—Mira. —Señaló la ventana—. Cari está hoy en la caja. Es un chico muy simpático.

—¿Conoces a los cajeros por su nombre?

—Era una broma —dijo entre risas—. ¿Qué clase de pervertido crees que soy?

Me acerqué y le di un golpecito en el brazo.

—Sin comentarios.

—Si vienes conmigo, podrás elegir el que más te guste. —Me guiñó un ojo—. Pero puedo entrar sin ti si quieres. O… podría darte una sorpresa, como te dije antes.

—Eso suena aún más aterrador. —Respiré hondo y contuve el aire un segundo antes de exhalar. ¿Ir o no ir? Esa es la cuestión.

Chase me miró fijamente.

—James. —Bajó la voz de manera intencionada y su tono me recorrió el cuerpo como un escalofrío, dejándome sin opción a negarme.

—¿Sí?

—Vamos.

—Está bien —refunfuñé, aunque en el fondo agradecía un poco el empujón.

¿Qué era lo peor que podía pasar? Aparte de morirme de vergüenza.



Chase

Me informé bien antes de venir y, guiado por las reseñas y fotos que había visto en Internet, escogí una tienda bonita y acogedora. El interior se parecía más al de una *boutique* de ropa que al de una tienda erótica, con estanterías de madera y una decoración en tonos negros y rosas.

Era todo lo contrario al tipo de tienda cutre y con luces

fluorescentes que uno se imagina cuando piensa en una «tienda erótica», lo que la hacía perfecta. O eso esperaba.

Entramos y pasamos directamente por delante de los disfraces para juegos de rol, los columpios sexuales y una sección de BDSM que ocupaba una esquina entera. Por suerte, no había nadie más en la tienda; una preocupación menos para James.

En la pared del fondo había una gran variedad de vibradores, *plugs* anales y otros juguetes que funcionaban con pilas. La guié hacia allí y me coloqué junto a ella para cubrir la estantería adyacente, llena de enormes consoladores con ventosa. Íbamos poco a poco. Joder, algunos incluso me incomodaban un poco a mí. Eran gigantescos. Ni siquiera quería pensar en la cantidad de lubricante que necesitaría alguien para usarlos.

Eché un vistazo al expositor en busca de algo apto para principiantes. Al menos tenían una selección decente. Vibradores con forma de conejo, vibradores en forma de bala, estimuladores del punto G, varitas de masaje, un poco de todo. Enseguida descarté cualquier modelo que fuese demasiado realista. Estaba bastante seguro de que no le entusiasmaba la idea de comprarse un pene morado con venas que funcionara con pilas. Lo mismo ocurría con los juguetes baratos; no era el tipo de compra en la que convenía escatimar.

—Ni siquiera sé para qué sirven la mayoría de estas cosas —dijo Bailey en voz baja, jugueteando con la manga de su abrigo de lana gris—'. No me creo que esté haciendo esto.

Le apreté la mano.

—Me alegra que te hayas atrevido a hacerlo. Merecerá la pena. —Y lo decía por los dos.

—Si tú lo dices. —Se pasó la mano por el pelo rubio y me lanzó otra mirada nerviosa. Luego volvió a centrar su atención en el escaparate con un atisbo de curiosidad en el rostro.

¿Lo ves? Sabía que tenía un lado travieso. Solo que estaba muy muy escondido.

Y descubrirlo solo sería una parte de la diversión.

Me fijé en un vibrador turquesa que se controlaba con una aplicación y que despertó mi interés. Control remoto. El expositor decía que la aplicación funcionaba a distancia desde diferentes lugares. Joder. Si pudiera hacer que James se corriera mientras yo estaba jugando fuera de la ciudad, sería lo más *sexy* del mundo. Era demasiado precipitado sugerir algo así ahora, pero lo añadiría a mi lista de la compra para más adelante.

—¿Y esto? —Cogí un vibrador de silicona rosa chillón con forma de bala y lo examiné con atención. Parecía de alta gama, con una forma contorneada, y no era mucho más grande que mi pulgar. Para ser un juguete sexual, era muy bonito e inofensivo.

Bailey lo miró con recelo, como si le fuera a morder.

—No sé.

Le di la vuelta y presioné el botón que tenía en la base para ponerlo en el modo más suave. Emitió un leve zumbido y vibró con un patrón pulsante. Pulsé otro botón y se movió con un ritmo más lento, como una ola. Versátil. Bonito.

—Mira, tiene diferentes configuraciones. —Se lo acerqué y volví a cambiar el patrón a una vibración constante—. ¿Ves? No da miedo.

Frunció el ceño y extendió la mano para tocarlo con el dedo.

—Eh —dijo—. Es más suave de lo que pensaba.

—¿Tiene potencial?

—Dímelo tú. —Se encogió de hombros—. No tengo ni idea de lo que estoy viendo.

—Podemos seguir buscando si quieres. —Lo apagué y lo volví a colocar en la estantería antes de echar un vistazo a los demás juguetes—. Este parece un pintalabios. Este te cabe en el dedo. Este tiene succión…

—El primero me parece bien. —Se giró para comprobar si había alguien mirando, como si fuese a encontrarse por casualidad con un compañero de la universidad en una tienda de juguetes eróticos del centro—. ¿Vamos a pagar?

—Sí. Deja que le eche un vistazo a la caja. —Quince velocidades, diez ritmos diferentes, diseño anatómico, fabricado con silicona de

grado médico y con cargador USB. Así que, en teoría, podría cargarlo en la camioneta. Muy práctico. Y una batería con seis horas de autonomía, no creía que fuera a gastarse en una sola sesión, pero estaba bien saberlo.

Bailey se rio.

—Parece que vas a comprar un coche. —Entonces vio la etiqueta del precio y puso los ojos como platos—. Dios mío. Es casi lo mismo. Cuesta ciento veinte dólares.

—Los juguetes buenos no son baratos —dije—. Además, piensa en lo que harás con él. —Ya habíamos acordado que yo pagaría y que no había discusión, así que no había mucho más que ella pudiera decir al respecto.

Alcé la caja.

—¿Te gusta este?

—Claro.

Cogí una botella de líquido desinfectante para juguetes y nos dirigimos a la caja registradora, junto a las puertas. Nada que ver con mi broma sobre Cari: la cajera era una chica, más o menos de nuestra edad, llena de tatuajes, con *piercing* en el septum y una chapa que decía «Harriet». Quién lo diría. No tenía aspecto de Harriet.

Levantó la cabeza del desgastado libro de tapa blanda que estaba leyendo, marcó dónde se había quedado y lo dejó a un lado.

—¿Habéis encontrado lo que buscabais?

—Sí —respondí, y le di el que habíamos elegido.

Bailey le dedicó una sonrisa educada a la vez que nerviosa. Yo le volví a dar un apretón en la mano y ella me devolvió el gesto. Había venido y yo estaba realmente sorprendido de que lo hubiera hecho.

Y no podía esperar a llegar a mi casa.

Harriet escaneó la caja del vibrador y la botellita de desinfectante y le tendí la tarjeta de crédito. Había un expositor de velas de masaje junto a la caja registradora que me picó la curiosidad, pero ya volveríamos a por eso en otro momento. Mi lista no hacía más que crecer.

—Como os habéis gastado más de treinta dólares, os regalo una muestra de lubricante con sabor —dijo mientras imprimía mi recibo y lo metía en una bolsita negra y rosa.

—Genial —comenté.

La cajera señaló el expositor.

—¿Qué sabor quieres?

—Elige tú. —Le di un codazo a Bailey.

—¿Eh? —Salió de su ensimismamiento y miró las botellas *del* expositor: mango, limonada rosa, fresa, sandía—. Eh… ¿fresa? —propuso con voz chillona, sonrojándose. Adorable.

La dependienta puso una botellita de muestra en la bolsa y la deslizó a través del mostrador. Bailey la cogió, lo que interpreté como una gran victoria.

—La próxima vez te traeré gafas de sol y un sombrero —le dije. Le pasé un brazo por los hombros y le besé la coronilla mientras nos dirigíamos hacia la puerta—. Así podrás ir de incógnito.

—Dios mío, no. —Me miró—. La próxima vez lo pediremos por Internet.

—¿Entonces estás dispuesta a ampliar tu colección de juguetes en el futuro?

Bailey se rio.

—No cambies nunca, Carter.

—¿Quieres pasar por la zona de las esposas antes de salir, o…?

—No, gracias —dijo—. Quizá la próxima vez.

¿Qué? Me volví para mirarla.

—¿En serio?

—He dicho que quizá.

Abrí la puerta, se la sostuve y salimos al frío aire otoñal. El tiempo había empeorado para recordarnos que se avecinaba el invierno.

—¿Hora de comer? —Mi camioneta pitó a lo lejos cuando pulsé el mando y el motor rugió al arrancar.

—Sí porfa —dijo ella—. Me muero de hambre.

La guié hacia la puerta del copiloto y la empotré contra ella. Mis

manos encontraron su cintura y me incliné para darle un beso rápido. Tuvo que ser breve porque ya estaba muy excitado. Además, su aroma era delicioso: a vainilla y Bailey. Tan rico que daban ganas de comérsela. Tal cual.

Hmm. Quizá podríamos saltarnos la cena.

Nos separamos y estudié su rostro.

—¿Qué te apetece hacer?

—No estoy segura. —Se encogió de hombros, con los labios ladeados—. ¿Y a ti?

Abrir esa caja y probar el juguete, pero no iba a tentar a la suerte. Dejaría que se lo llevase a casa y ya veríamos cómo iba. Crucé los dedos.

—Tú —dije—. Sentada en mi cara.

Puso los ojos como platos y miró por encima de mi hombro antes de volver a mirarme.

—Carter. —Me lanzó una mirada—. Estamos en público.

—En teoría, estamos en un aparcamiento. Y no me refería a ahora, sino a después, en casa.

Abrí la puerta y la cerré detrás de ella antes de dirigirme hacia el lado del conductor.

—¿Cuánto tiempo crees que tardarás en abrir la caja? —Arranqué la camioneta y retrocedí.

—No lo sé —respondió ella de forma evasiva—. Depende de muchas cosas.

Le eché un vistazo.

—Te doy cuatro días como mucho. En realidad, apostaba por dos, pero estaba siendo conservador.

—¿No estás siendo muy optimista?

—Siempre —dije—. ¿Me lo dirás cuando lo hagas?

Su expresión cambió a una mezcla de timidez y picardía.

—¿Quieres que te lo diga?

—Sí.

Lo ideal sería que me lo contara todo, con pelos y señales. Un informe muy detallado. Pero me conformaría con saberlo. Mi

imaginación haría el resto.

Ella sonrió.

—Ya veremos.



Capítulo 35

Una excusa

Chase

Logré deshacerme de mis pensamientos sucios de camino a la cena, al menos lo suficiente como para poder estar en público sin correr el riesgo de que me arrestaran. Eso sí, debía evitar a toda costa que mi mente volviera a la misión que acabábamos de completar, lo que exigió un buen grado de autocontrol.

Pedí por los dos y le entregué los menús al camarero. Escogimos un montón de entrantes en lugar de platos principales: alitas de pollo, una salsa de espinacas y alcachofas, minihamburguesas de cerdo desmenuzado, de todo. Bailey no era nada exigente, y eso complementaba muy bien con mi paladar poco aventurero. En otras palabras, me dejaba elegir toda la comida. Era la mejor.

—Por cierto —dije—, quería preguntarte si vas a volver a casa por el día de Acción de Gracias.

—No lo sé, aún tengo que hablarlo con Derek y mis padres —respondió ella con los labios fruncidos. El jersey negro se le deslizó un poco por el hombro y dejó entrever el tirante negro del sujetador.

Tuve que controlar mis pensamientos mientras se ajustaba el escote —. Pero creo que esperaré hasta Navidad. Es demasiado caro volar a casa para las dos fiestas.

—La casa de mi madre está a una hora de aquí. Así que si no te vas, te vienes conmigo, para que lo sepas.

—¿En serio? —Se le iluminó el rostro—. ¿Quieres que vaya?

—Por supuesto. No permitiría que pasaras las fiestas sola. —¿Acaso lo dudaba?—. Además, así conocerás a mi familia disfuncional.

No bromeaba sobre lo de disfuncional.

—Seguro que no son tan malos.

Hice una mueca.

—Mejor no te hagas demasiadas ilusiones. Mi madre no es mala persona y mi hermana pequeña, Seraphina, es la mejor. Pero, para ser sincero, mi padrastro, Rick, es un poco idiota. Ni mi hermana ni yo nos llevamos bien con él.

Rick pensaba que dedicarse al deporte profesional no era una carrera de verdad, y no hacía ningún intento por ocultarlo. Imaginaba que, para un contable tan estirado como él, carecía de la elegancia suficiente. Lástima que prefiriera morirme antes que pasarme todo el día mirando hojas de cálculo detrás de un escritorio.

Del mismo modo, Rick pensaba que Seraphina era un poco cabeza hueca y la trataba como tal, lo que nos irritaba tanto a ella como a mí.

Luego estaba mi madre, que corría de un lado a otro como pollo sin cabeza, tratando de arbitrar entre las tres partes. Era demasiado blanda para ejercer efecto alguno. Sus «tsk» silenciosos y sus «sed amables» servían de poco.

Aunque tener a Bailey allí podría ser algo bueno. Tal vez Rick no estaría tan dispuesto a hacer sus comentarios sarcásticos y pasivo-agresivos en presencia de alguien ajeno a la familia.

—¿Por qué no os lleváis bien? —Bailey dio un sorbo a su agua helada y me estudió el rostro.

Demasiadas razones para enumerarlas.

—Es una larga historia.

—Tenemos tiempo —dijo, levantando sus cejas rubias—. Si te apetece contármela.

Me removí en el asiento, y de pronto me sentí incómodo en todos los sentidos. Mi bocaza había vuelto a hacer de las suyas: fui yo quien sacó el tema. Quizá lo mejor sería airear de una vez por todas ciertos trapos sucios familiares.

El camarero regresó y dejó nuestros platos sobre la mesa. Esperé a que terminara antes de continuar.

—Se remonta a hace diez años, cuando murió mi padre.

—Madre mía. Eras muy joven. —Los ojos avellana de Bailey se llenaron de compasión—. No imagino lo difícil que debió de ser para todos vosotros.

Aparté la mirada, cogí una hamburguesa y la dejé en mi plato para darme un momento. Aunque tenía buenas intenciones, esa era la razón por la que había tardado tanto en sacar el tema: odiaba la reacción de la gente. Nunca me había gustado que me compadecieran. Aunque no debería, me hacía sentir débil.

—Sí, bueno… —Mantuve la mirada fija en mi pinta de cerveza—. Fue un accidente de helicóptero. Quise contártelo antes, pero es difícil sacar ese tema en una conversación informal.

Me invadió una oleada de culpa. Además de evitar el tema de conversación sobre mi padre, también evitaba todo lo que me recordase a él. Tenía montones de fotos y recuerdos de la NHL en casa de mi madre. Lo lógico sería tenerlos expuestos en mi habitación, pero me resultaba demasiado duro verlos a diario.

Quizá era débil.

Bailey se inclinó sobre la mesa *y me tomó* la mano entre las suyas. Me resultaba extraño sentirme reconfortado por alguien, pero, para mi sorpresa, no me desagradaba. Probablemente porque con ella era diferente. Todo era distinto con ella.

—Iba en el helicóptero privado de un amigo para volver de Nueva Jersey a Connecticut para ver mi partido de *hockey* —añadí—. Su

amigo había contratado a un piloto experimentado, pero se *encontraron con una* tormenta inesperada y eso fue todo. El helicóptero se estrelló y lo único que quedó fue la caja negra.

A continuación, un enjambre de periodistas se abalanzó sobre el lugar del accidente. Seguía odiando a la maldita prensa. Eso podría convertirse en un problema algún día, cuando tuviera que hablar con ellos.

Por supuesto, él nunca habría estado en ese helicóptero si yo no le hubiera hecho sentir culpable para que volviera a casa. Era mi primera temporada en un equipo de primera división y solo pensaba en mí mismo. Nunca debí haber insistido en que viniera.

Jamás podré olvidar el grito de mi madre al recibir esa llamada. Cómo se derrumbó de rodillas en medio de la cocina y algo dentro de ella se apagó y nunca volvió a encenderse por completo.

Se me hizo un nudo en el estómago y respiré hondo, pero no conseguí tranquilizarme.

—¿Qué hacía en Nueva Jersey? —preguntó Bailey en voz baja—. ¿Trabajar?

Volví a la realidad. ¿Cuánto tiempo había estado ausente?

—En aquella época jugaba para su equipo. Lo acababan de transferir de Nueva York y todavía estábamos intentando vender nuestra casa.

Me deslizó el pulgar por la piel, y el gesto alivió parte de la tensión que sentía.

—¿Jugaba al *hockey* contigo cuando eras pequeño?

—Todo el tiempo —dije, sin mirarla a los ojos—. Hablar de él me hace sentir nostalgia, tristeza y nerviosismo, todo a la vez. —Fue él quien me animó a empezar a jugar.

—Debías de disfrutar viéndolo en la televisión.

—Por supuesto. —Le di un sorbo a mi cerveza. Era hora de cambiar de tema. Era más fácil hablar del estúpido de mi padrastro.

—En cuanto a Rick —añadí—, tengo que matizar que mi madre no es una mala persona. Nunca se recuperó del todo tras la muerte de mi padre. Era como si estuviera rota. Perdida.

Lo cierto es que mi madre pasó mes y medio en la cama después del accidente de helicóptero. A partir de eso, todo fue medicación y terapia, con algún que otro día bueno perdido entre muchos malos. La madre alegre y divertida que conocía desapareció y nunca volvió. Y mi rebeldía adolescente solo echó más leña al fuego, sobre todo cuando Rick entró en escena.

En aquella época nos soportábamos, aunque no fuéramos íntimos.

Bailey asintió.

—Me lo imagino. Debió de ser devastador para tu familia.

No se equivocaba. Creo que perdí el rumbo a partir de ese momento.

—Cuando volvió a salir con hombres, un año más tarde, se lió con un montón de perdedores. Hombres vagos y sin trabajo, que probablemente solo estuvieran interesados en la herencia que le había dejado mi padre. Uno de ellos, Mitch, era un alcohólico empedernido. —Sopesé si debía continuar.

En general, casi nunca levantaba la voz. Mi estatura bastaba para que me entendieran sin necesidad de gritar. Incluso cuando me liaba a golpes en el *hockey,* no era porque estuviera enfadado. Quizá un poco molesto, o pensando que alguien necesitaba que le hicieran entrar en razón después de un golpe bajo, pero nunca enfadado de verdad.

Podía contar las veces que había perdido los estribos con los dedos de una mano.

Pero si había algo que me dolía, era que los hombres faltaran al respeto o hicieran daño a las mujeres. Véase también: Morrison.

—Una noche la empujó contra la nevera y le di una paliza.

Puede que, al decirle esto a James, le diera la impresión de que tuviera problemas de ira, pero fue lo que sucedió; no podía reescribir la historia. Tampoco quería hacerlo. Se lo merecía.

Abrió mucho los ojos.

—¿Cuántos años tenías?

—Trece. Pero era grande para mi edad y estaba muy cabreado.

No le dio tiempo a reaccionar, ni se enteró de dónde le vino el golpe.

—Te creo —dijo—. Te he visto pelearte.

—De todos modos, tener un preadolescente difícil del tamaño de un adulto no era un gran punto a mi favor. Asustaba a la mayoría de sus novios, a propósito, o sin querer. Rick no era el peor, ni mucho menos; al menos, se portaba bien con mi madre. Pero nunca había querido tener hijos, y menos aún unos que no fueran suyos. Así que se quedó, pero impuso reglas en la casa; que se reducían a no ser un grano en el culo y no estorbarle.

Una expresión de tristeza, matizada por un destello de ira, cruzó fugazmente el rostro de Bailey. Por eso evitaba siempre conversaciones como esta, aunque con ella se hacía llevadero.

—¿Y seguís sin llevaros bien? —preguntó ella, inclinando la cabeza.

—Tengo un fideicomiso del seguro de mi padre. Cuando cumplí los dieciocho años y pude acceder a él, me mudé y las cosas mejoraron un poco. Ahora coexistimos más o menos. Pero él y Sera siguen discutiendo mucho.

—¿Cómo es tu hermana? —me preguntó Bailey con una sonrisa juguetona—. ¿Es tan problemática como tú?

—Le encanta la fiesta, de ahí que esté en la Universidad de Arizona, pero es un amor. Te caerá genial.

—Seguro que sí. —Cogió una alita de pollo, le dio un mordisco, se apartó y la volvió a dejar en el plato—. Madre mía. Que pican poco decían… pican un huevo.

—Si quieres, puedo devolverlas, princesa.

—¿Princesa? —Entrecerró los ojos—. Soy perfectamente capaz de comérmelas.

—Lo sé… y estoy seguro de que también eres muy buena comiéndote *otras cosas.*

—Dios mío, eres… —Se rio, sacudiendo la cabeza—. Nunca se te escapa una insinuación.

—Bueno, ahora ya sabes más de lo que querías sobre mi familia disfuncional —dije—. ¿Qué hay de tu familia? Lo único que sé es que

tu hermano me odia. —Le di un mordisco al bocadillo de cerdo a la barbacoa y observé su reacción.

Bailey le quitó importancia con un gesto.

—Yo no diría que te odia…

—Sí. —Esbocé una sonrisa—. Sin duda.

Hasta hacía poco, habría dicho que tampoco era muy fan suyo. Pero si llegaba el momento, lo aguantaría por ella.

—Mis padres son la típica pareja de clase media que vive en las afueras. En primavera celebrarán su trigésimo aniversario de bodas. Y, aparte de Derek, tengo dos hermanos mayores.

—Genial —dije en tono divertido—. Así se harán piña contra mí cuando los conozca.

—No, no son así. —Bailey cogió un nacho de maíz azul y lo mojó en la salsa de espinacas y alcachofas—. No les gusta el *hockey,* así que el rencor absurdo que te pueda tener Derek no les afecta. Y a Derek se le pasará, con el tiempo. —Frunció los labios—. La verdad es que no sé qué le pasa. Antes éramos muy cercanos. —Mordió el nacho y su expresión se ensombreció.

—Quizá esté pasando por un mal trago con todo eso con Jillian. Pero eso no le da derecho a ser un hermano de mierda. No quiero meterme donde no me incumbe.

Amigo o no, Derek debería haberle plantado cara a Morrison por lo de Bailey hacía mucho tiempo. Es más, debería haberle dado una paliza.

Ward era como un hermano para mí, pero si hubieran salido juntos, nunca habría dejado que tratara a mi hermana como un trozo de basura.

—No digo que no —admitió ella—. Probablemente tengas razón. Pero entre las clases, el periódico y tú, voy a estar tan ocupada que no me quedará tiempo para preocuparme por Derek.

—Es verdad. Debe de ser un lujo tener toda la sección de deportes solo para ti. —Sonreí.

—Lo es… Aunque también significa que tendré que asistir a más partidos de los Bulldogs. —Bailey respiró hondo—. Quién sabe, quizá

es lo que necesito para pasar desapercibida.

Mi sonrisa se desdibujó y mi voz adoptó un tono más grave.

—Si alguien tiene algún problema contigo, que venga a buscarme.

Me enfurecía que se sintiera incómoda con solo pensar en estar cerca de esa gente, incluso en público. Sobre todo, porque ella nunca había hecho nada para ganarse su antipatía. La forma en que la trataban era terrible. Eran como un rebaño de ovejas.

—Creo que Jillian y Amelia ya se las han visto con Shiv.

—He oído que les dio una buena reprimenda —dije—. Pero me refería a los chicos.

—Sí. —Su voz se volvió plana y se tensó—. Hablando de eso, me da mucho miedo la entrevista con Paul.

Después de Luke, era la persona que menos soportaba. Claro que Amelia y Jillian no se quedaban atrás. Todos eran tan insufribles que hasta costaba clasificarlos.

—Puedo acompañarte si quieres. Quedarme sentado y mirarlo con odio para mantenerlo a raya.

No bromeaba en absoluto. Nada me gustaría más que hacerle de guardaespaldas mientras estaba con ese idiota.

Se detuvo con la mano en el aire, en busca de un sándwich.

—No creo que sea necesario, pero te lo agradezco.

—¿Estás segura?

—Creo que estaré bien —añadió Bailey, conteniendo una sonrisa —. Aunque tu numerito de cavernícola es tan adorable como siempre.

Era adorable que pensara que era un numerito. No lo era: venía así de fábrica.



Capítulo 36

Sin nada que hacer

Bailey

Después de cenar, convencí a Chase de que comprara chocolates calientes para llevar en el Uncommon Coffee, aunque en realidad no me costó demasiado.

Volvimos a su camioneta con las bebidas en la mano. Los días de otoño aún eran bastante agradables, pero en cuanto caía el sol, las noches se volvían muy frías.

—¿Cómo vas con las maletas? —me preguntó mientras me tomaba la mano libre entre las suyas.

Bebí un sorbo de mi chocolate blanco caliente.

—Ya he empaquetado la mayoría de las cosas pequeñas. Igual es un poco pronto, pero estoy deseando salir de allí.

—Yo también. Tu nueva casa será mucho mejor para ti. —Hizo una pausa y frunció el ceño—. Aunque no me gusta la idea de que tengas que coger el tren por la noche.

—Solo son cinco minutos —contesté—. Tres paradas.

Chase soltó un gruñido, pero no dijo nada; en su idioma, aquello

significaba que no estaba de acuerdo, pero que no quería discutir conmigo. Qué terco.

Le di un leve codazo.

—De todos modos, no tengo clase por la tarde. Solo me quedo hasta tarde cuando tenemos que entregar un artículo para el periódico.

—Bien —dijo Chase—. Esos días pasaré a recogerte.

—¿Y si tienes partido?

Le brillaron los ojos.

—Entonces estarás allí para verme.

—A veces, Carter.

—Siempre, James. —Sonrió—. Empezando por el próximo partido. Tenemos que ganarlo; ahora ya es cuestión de orgullo masculino.

Me reí.

—Iré. Pero, no hace falta que vengas a recogerme a la universidad cada vez que me quede hasta tarde, de verdad.

—Pero quiero hacerlo —insistió con un tono que no admitía réplica—. Además —añadió—, sería una buena excusa para dormir juntos.

—¿Necesitamos una excusa?

—Supongo que no. —Nos detuvimos junto a la camioneta y él se inclinó hacia mí para que sus labios se encontrasen con los míos. Una corriente eléctrica me recorrió el cuerpo. Le agarré del abrigo y lo acerqué más a mí. Él inclinó la boca contra la mía y profundizó el beso.

—Vamos —dijo al apartarse, con una sonrisa torcida mientras señalaba la camioneta con un gesto de la cabeza—. Quiero cumplir lo que te he dicho antes.

No perdimos un segundo al llegar a casa de Chase. Entramos a trompicones en su dormitorio, envueltos en una nube de besos y caricias, suspiros y murmullos. Con la boca aún pegada a la mía, cerró la puerta con llave tras nosotros, me condujo hasta su escritorio y encendió la lámpara.

Un minuto después, nos separamos, sin aliento y aturdidos.

Me miró de arriba abajo, lenta y deliberadamente, bajo la tenue luz de su habitación.

—Llevas demasiada ropa, James.

—¿Ah, sí? ¿Y qué vas a hacer al respecto? —le pregunté, mirándolo con picardía.

—Nada —dijo con voz suave y sedosa como el terciopelo—. Quiero ver cómo te la quitas…

Dios mío… Se me aceleró el pulso y una oleada de adrenalina me recorrió las venas.

—¿Quieres que me desnude para ti?

—Ajá. —Asintió, con los labios curvados en una sonrisa picara—. Haré que merezca la pena.

—Puede que primero necesite unas cuantas copas —comenté—. Algo parecido a la cantidad que me bebí en XS.

Chase deslizó sus cálidas manos bajo la tela de mi jersey y me recorrió los costados hasta llegar a la cintura. Inclinó la cabeza y me rozó la curva del cuello con los labios, insinuando besos sin darme ninguno.

—Sé que no llevas camiseta debajo del jersey —murmuró contra mi piel—, así que solo hay dos capas de ropa entre tú y yo, un sujetador y la ropa interior. Y puedo quitártelas con los dientes.

Su oferta provocó que una oleada de calor se extendiese entre mis piernas. Me dio una serie de besos suaves que empezaron por debajo de la oreja y terminaron con un mordisco en la parte superior del hombro. Respiré suavemente, sorprendida, y una risita grave resonó en su pecho.

—Eres preciosa. —Me besó el cuello de nuevo, con la delicadeza de una pluma—. Y *sexy.* —Ascendió, besándome la línea de la mandíbula—. Y sensual.

Me acarició la nuca y me inclinó hacia él, hasta que nuestras miradas se encontraron. Sus labios se fundieron con los míos. Respiré hondo y abrí la boca al sentir cómo su lengua me buscaba. Al besarlo, mi mente se desconectó como si alguien apagara un

interruptor. Todo lo demás dejó de existir mientras el deseo crecía en mi interior, casi imposible de ignorar.

Su otra mano recorrió mi cuerpo hasta detenerse en mi trasero, que apretó con un gesto posesivo. Me atrajo hacia su torso, firme y cálido, se pegó contra mis pechos, y enseguida percibí la firme evidencia de lo mucho que me deseaba. Coloqué las manos sobre su pecho y acaricié los músculos que se insinuaban bajo la tela de su camisa.

Luego se apartó lentamente y, sin dejar de mirarme, con una sonrisa diabólica en los labios, retrocedió unos pasos hasta sentarse en el borde de la cama.

De vez en cuando, me impresionaba. En cierto modo, me sorprendía que fuese mío.

Este era uno de esos momentos.

Su cabello oscuro y desordenado, enmarcaba un rostro de una perfección devastadora. Sus ojos eran un abismo en el que podía perderme sin remedio y su sonrisa, una tentación imposible de rechazar. Aunque aún llevaba puesta la camisa y los vaqueros, yo sabía bien lo que ocultaba: una piel tersa que envolvía la fuerza contenida de sus músculos.

Se echó hacia delante, apoyó los codos en los muslos y me observó con aire expectante. Mis ojos se detuvieron un instante para admirar sus fuertes antebrazos antes de bajar la mirada hacia sus grandes manos. Esas manos firmes y seguras que deseaba volver a sentir sobre mi cuerpo.

Jugueteé con el dobladillo de mi jersey, hice una pausa y fingí vacilar.

—¿Quieres que me lo quite?

—Sí. —Chase sonrió.

Con el corazón desbocado, di un paso adelante y noté cómo el ritmo de su pecho se aceleraba a medida que me acercaba. Me contemplaba con la mirada encendida de deseo. Aunque me sentía cohibida, me hacía sentir poderosa saber que tenía ese efecto sobre él.

Me detuve justo fuera de su alcance.

—Supongo que podría hacerlo.

Crucé los brazos sobre el pecho, levanté poco a poco el dobladillo del suave jersey de punto y me lo saqué por la cabeza antes de tirarlo al suelo.

Su expresión se tornó hambrienta, y la manera en que sus ojos me recorrieron hizo que mi piel ardiera como si me envolviera una llamarada.

Bastó con un paso más para hallarme atrapada entre sus piernas. Nuestras miradas se cruzaron cuando levantó la vista, y en sus ojos chispeaba una intensidad salvaje. De su cuerpo emanaba una energía masculina contenida, tensa, como una fiera al acecho, lista para lanzarse y devorar.

Incliné la cabeza con curiosidad.

—¿Y ahora qué se supone que tengo que hacer?

—A la mierda. —Sacudió la cabeza y soltó una risa ahogada—. Este experimento ha sido un fracaso… no puedo resistirme. —Con dedos ágiles, me desabrochó los vaqueros y bajó la cremallera. Tiró de ellos hasta el suelo; terminé de quitármelos y los aparté con un pie.

Gemí levemente cuando me agarró por detrás y me atrajo contra su cuerpo. Sus labios rozaron mi vientre y pronto lo inundaron de besos. Dejé escapar un suspiro gutural mientras hundía las manos en su cabello oscuro y sedoso, al tiempo que él cumplía todas sus promesas.



Los días siguientes se me pasaron volando: las clases, los deberes, el trabajo y Chase ocupaban casi todo mi tiempo libre. Además, el viernes fui al cine con Zara y Noelle, y el sábado a ver a los Falcons con Siobhan. A diferencia del partido anterior, este lo ganaron, y encima contaron con una asistencia de Chase. La victoria le puso de

muy buen humor. Esa noche dormimos poco y el domingo nos quedamos en la cama hasta tarde para recuperar el sueño perdido. Aunque los domingos siempre me daban bajón, nada se comparaba con el estrés de enfrentar un lunes en el que tenía que ver a Paul, sobre todo después de un fin de semana tan perfecto. Esa sí que era una mala forma de empezar la semana.

Nerviosa, me dirigí a la cafetería del campus para encontrarme con Paul después de mi clase de psicología. Escogí un lugar público con la esperanza de que así no actuara como un idiota. Pero Paul era la versión suave de Luke, por lo que su comportamiento no se podía prever.

Llegué antes que él, así que aproveché para pedir un café con leche grande con vainilla y el cambio como propina. Por lo general, habría pedido una magdalena de frutos rojos o una rebanada de pan de plátano para acompañar, pero la ansiedad me había cerrado el apetito. Me senté en una mesa apartada y recé porque Paul no apareciera, así tendría una excusa para no escribir el artículo.

No habían pasado ni dos minutos cuando apareció y echó por tierra mis esperanzas.

Maldita sea.

Sacó una silla y se dejó caer en ella. Después apoyó un codo en la mesa y me saludó con un leve movimiento de la cabeza, rebosante de arrogancia y vanidad.

—¿Qué tal?

Objetivamente, Paul era atractivo: alto, atlético y con rasgos agradables, aunque bastante comunes. Sin embargo, su personalidad borraba cualquier encanto.

Nunca me había caído bien, ni siquiera cuando Luke y yo salíamos juntos.

—Hola. —Cogí mí café y di un sorbo enorme. La situación era de lo más incómoda, pero el azúcar y la cafeína ayudaban a suavizarla un poco. Ojalá hubiera traído una petaca para echarle un chorrito de alcohol al café, aunque aún no era ni mediodía.

Era la primera vez que estábamos a solas.

Y esperaba que fuera la última.

Traté de ser lo más profesional posible mientras hacía una por una las diez preguntas de la lista que había preparado —cosa que Luke tampoco había hecho—. ¿Cómo empezó a jugar al *hockey?* ¿Cuándo supo que quería jugar a nivel universitario? ¿Quiénes eran sus referentes? ¿Qué pensaba hacer después de graduarse? Tomé notas minuciosas y detalladas para no tener que verme obligada a volver a contactar con él para aclarar algo o hacer un seguimiento.

Aunque había planeado que nuestra reunión fuera breve, Paul parecía disfrutar demasiado de escucharse a sí mismo. No paraba de divagar sobre temas que no tenían nada que ver, mientras yo intentaba desesperadamente poner en práctica mis habilidades como entrevistadora y volver a encauzar la conversación.

Paul estaba más desesperado por ser el centro de atención de lo que había imaginado y, al parecer, veía este breve periodo sin Luke como su oportunidad para brillar. Parecía que Chase le había hecho un favor.

Veinticinco dolorosos minutos después, diez más de los que había planeado pasar con él, concluyó una larguísima anécdota sobre el campamento de *hockey* del verano pasado. O tal vez fuera en primavera… ni siquiera lo sabía; había dejado de escuchar hacía rato. Bajé la mirada y repasé mis notas y las cotejé con mi lista de preguntas, rezando no haber pasado nada por alto. Estaba lista para poner fin a este suplicio.

—Bien, creo que eso es todo. —Me levanté, empujé la silla hacia atrás y cerré el portátil plateado. Sentí cómo la tensión acumulada en mis hombros empezaba a disiparse mientras guardaba mis cosas —. Gracias por hablar conmigo.

—Por cierto. —Paul se recostó en su silla y se acomodó con aire despreocupado—. Tengo una historia divertida que contarte.

Hice una pausa y volví a mirarlo. Me preparé para oír otra historia aburrida y autocomplaciente.

—Mi prima es camarera en el O'Connor's y conoce a tu novio, ya sabes, porque se tiró a una de sus amigas.

Sentí que el estómago me daba un vuelco y contuve un escalofrío. Ojalá pudiera borrar ese dato como se borra un mensaje de texto. Había datos que se clavaban como espinas, imposibles de ignorar. Este era uno de ellos.

Paul continuó:

—En fin, me contó que una rubia se sentó encima de Carter la última vez que estuvo allí.

Mis pensamientos comenzaron a arremolinarse en la cabeza con más fuerza que un tornado de categoría cinco.

Para empezar, el comentario de Paul sobre la amiga de su prima había estado de más. En teoría, el pasado no importaba. Pero eso no significaba que me gustara que me lo restregasen por la cara, sobre todo cuando acababa de acostarme con él y me sentía muy vulnerable. No es que juzgase el pasado de Chase, es que me daba miedo convertirme en otro capítulo más de esa historia.

Y luego estaba esa chica, la que supuestamente había estado con él recientemente. ¿Qué se suponía que significaba? ¿Cuándo había ido Chase por última vez al O'Connor's? ¿Me había mentido sobre dónde había estado aquella noche?

Fue como recibir dos disparos con una sola bala.

Por otra parte, Paul podía estar mintiendo. En especial sobre la segunda parte.

—Eh —dije—, será un malentendido. —Intenté mantener la voz firme y la expresión neutra.

—Lo dudo —respondió él con una sonrisa burlona—. Estaba sentada en su regazo.

Ah, así que había pruebas que lo corroboraban. Me invadió una desagradable sensación de *déjà vu.* Cuando estaba con Luke, siempre me enteraba por otra persona, mucho después de los hechos y con datos que lo respaldaban. Y él, invariablemente, lo negaba todo.

Pero Chase no era Luke. No se parecía en nada a él. Al menos, eso creía.

—No me lo creo. —Metí el portátil en la bolsa y evité la mirada

inquisitiva de Paul. Inspiré hondo e intenté controlar el pulso acelerado que me delataba.

Decir que me había afectado se quedaba corto. Me había dado justo donde más me dolía, como un puñetazo en el corazón.

Paul se encogió de hombros.

—Pregúntaselo a mi prima, dile que vas de mi parte. ¿Por qué iba a mentir? Puede que Carter sea un capullo, pero yo no tengo ningún problema contigo.

—Claro. —Cerré la cremallera de mi bolsa negra de cuero y le sostuve la mirada. Apenas disimuló el triunfo que se reflejaba en cada rasgo de su rostro—. Estoy segura de que solo quieres lo mejor para mí.

—Creía que debías saberlo.

—Qué considerado por tu parte —dije—. Siempre tan dispuesto a cubrirle las espaldas a Luke. ¿Y ahora resulta que te has convertido en Don Honestidad y Transparencia?

Paul había mentido y encubierto a Luke más veces de las que podía contar. Por supuesto, no lo supe hasta que Mendez se emborrachó la noche de Año Nuevo y confesó que existía un pacto secreto entre él, Luke y otro compañero del equipo, un acuerdo en el que mi hermano quedaba fuera. Pero nunca traicioné a Mendez, lo que significaba que sabía más de lo que Paul o Luke creían.

También sabía más que Amelia, pero a la gente le gustaba disparar al mensajero y no pensaba arriesgarme a recibir esa bala. De todos modos, ella prefería vivir en un estado de ignorancia intencionada.

Volver con Luke después de aquello dejaba en evidencia mi falta de buen juicio. Puede que aún me faltara.

¿Habría cometido el mismo error dos veces?

La expresión de Paul se endureció y sus ojos azul oscuro adquirieron un brillo malicioso.

—Solo estoy diciendo que, si estás decidida a ser una grupi, puede que haya mejores opciones.

—¿Perdón?

—Pasar directamente de ser la novia de Morrison a ser la de Carter no es precisamente la mejor jugada, ¿no crees?

Cabrón.

Le lancé una mirada asesina mientras intentaba dar con una respuesta cortante, pero no se me ocurrió nada. Chase, sin duda, habría soltado algo ingenioso y mordaz al instante. Yo, en cambio, no tenía ese talento para improvisar.

Sobre todo cuando mi cerebro estaba a punto de estallar.

—Ahórrate esa falsa preocupación —dije—. En cuanto al artículo, tengo todo lo que necesito. —Me eché el bolso al hombro, di media vuelta y salí de la cafetería furiosa. Al llegar a la puerta, casi choqué con dos personas que se apartaron enseguida para dejarme salir.

Por el bien de mi puesto en el periódico y de mi *portfolio,* escribiría el artículo con diplomacia, aunque me muriera de ganas de destrozar a Paul y su ego inflado, palabra por palabra, párrafo por párrafo. Le pondría un titular que dijera algo así como: «El capitán suplente con complejo de inferioridad se regodea en la ausencia del capitán».

El título sonaba bien. Aunque no podría publicar algo así.

Pero quizá lo escribiría de todos modos para disfrute propio.

Avancé a paso rápido por el pasillo y empujé la puerta de cristal que daba a la sala común de estudiantes. El aire fresco me envolvió y respiré hondo, pero no consiguió aliviar el nudo en mi estómago. Y, para colmo, se me había olvidado el café a medio tomar sobre la mesa. Estaba claro que hoy todo saldría mal, hasta el más mínimo detalle.

Tenía pensado ir a la oficina del *Callingwood Daily,* pero no me sentía con fuerzas para encontrarme con Zara y Noelle. Tenía el corazón en un puño y me temblaban las manos: se darían cuenta de que me pasaba algo en cuanto me vieran, y no estaba en condiciones de hablar sobre la entrevista infernal. En su lugar, giré a la derecha, crucé el patio, y me refugié en la biblioteca, buscando una mesa escondida en algún lugar recóndito entre las estanterías.

Mientras caminaba, intenté ver las cosas de manera objetiva.

Estaba claro que Paul no tenía buenas intenciones; quizá solo intentaba fastidiar a Chase a través de mí. Pero, a pesar de eso, una pequeña parte de mí se preguntaba si lo que había dicho era cierto. Si Chase había estado coqueteando con alguna chica… o algo peor. No quería que fuera cierto y quería descartarlo, pero no era la primera vez que me pasaba algo así.

¿Acaso me había convertido en alguien que saltaba de jugador de *hockey* en jugador de *hockey?* ¿Una simple grupi?



Me prometí a mí misma que me tomaría un día para aclarar mis ideas. Un día se convirtió en dos. Dos días se transformaron en tres. Y las cosas con Chase se estaban volviendo cada vez más tensas. Era consciente de que no estaba llevando la situación de la mejor manera. En el pasado, cada vez que había intentado resolver un problema, lo empeoraba de forma inevitable. De alguna manera, siempre tropezaba. Las cosas salían mal y todo me estallaba en la cara.

Siempre acababa enfrascada en una discusión, y yo odiaba pelearme.

Quizá estaba siendo ilógica, pero era como tener miedo a las arañas: un temor irracional y fisiológico del que no podía deshacerme.

¿Estaba exagerando? Tal vez. Pero me encontraba atrapada en un torbellino de sentimientos horribles y familiares del que no encontraba salida. Era como estar atrapada en una máquina de *pinball,* rebotando sin control entre el miedo, la esperanza, la desconfianza y la culpa.

Las palabras de Paul resonaban en mi cabeza como un disco rayado y desencadenaron un círculo vicioso de reflexiones. Una parte de mí quería desecharlas de inmediato, pero otra seguía preguntándose si eran ciertas. A veces, pensaba en hablar de ello

con Chase, pero si era verdad, jamás lo admitiría. Y si no lo era, no quería ofenderle, ni insultarle.

Le di mil vueltas en mi cabeza.

Y la única conclusión a la que llegué fue que no tenía ni idea de qué hacer.



Chase

Tras días de tensión en casa, una fuerte discusión y llantos que escuchaba en la oscuridad mientras intentaba dormir, Dallas y Siobhan hicieron oficial su relación.

Ward estaba en las nubes, como un cachorrito aletargado, y desde entonces habían estado muy cariñosos.

Me alegraba por ellos. De verdad.

Pero pasaba algo con Bailey.

Encerrado en mi habitación después de un entrenamiento desastroso, contemplaba el teléfono como si pudiera ofrecerme alguna respuesta. Leer los mensajes por décima vez tampoco me ayudaba en nada. Me invadió una oleada de ansiedad y bajé las escaleras porque no podía estarme quieto.

Al llegar al último escalón, encontré a Shiv acurrucada en el sofá del salón, subrayando algo en un libro de biología. Pensé que valía la pena preguntarle.

—¿Has hablado con Bailey últimamente? —Me apoyé contra la pared mientras trataba, en vano, de parecer despreocupado.

Shiv levantó la vista hacia mí, con el rotulador amarillo en el aire.

—No mucho —dijo, pensativa—. Nos hemos mandado algún que otro mensaje, pero ha estado ocupada con las clases y haciendo las maletas.

—Ah. —Asentí. Era lo mismo que me había dicho a mí.

En repetidas ocasiones.

—¿Por qué? —Shiv me estudió el rostro y frunció las cejas oscuras.

—Por nada.

Llevaba días contestándome con mensajes de una o dos palabras, poniendo excusas cuando le proponía un plan e ignorándome en general. Un cambio radical con respecto a hacía menos de una semana.

Al principio supuse que estaría teniendo un mal día. Todos los teníamos. El segundo día, le otorgué el beneficio de la duda. No quería ser irracional ni pesado, pero ya eran más de las ocho de la tarde y llevaba cuatro días así. Apenas habíamos hablado y no porque yo no lo hubiera intentado.

No entendí a Ward cuando me dijo que no sabía qué sucedía entre Shiv y él. Y ahora me tocaba tragarme mis propias palabras, porque no tenía ni idea de qué le pasaba a Bailey. Cuando se lo pregunté, me dijo que no pasaba nada.

Pero era evidente que no era verdad.

Y lo peor era que no tenía ni idea de qué le pasaba.

Había estado completamente distraído todo el día. Las clases fueron un desastre y el entrenamiento, todavía peor. Al salir del hielo, el entrenador Miller me soltó una reprimenda severa por haber fallado casi todos los pases, incluso algunos tan simples como patinar en línea recta y disparar. Fue realmente vergonzoso.

Para colmo, no dejaba de verla en todas partes: en mi cabeza, en mi cama, en mi camioneta, en el vestuario, en la esquina de la maldita pista de hielo.

A la mierda.



Capítulo 37

Cuenta con ello

Chase

Si ella no venía hasta mí, yo iría hasta ella.

Tras ignorar descaradamente el límite de velocidad y el *stop* cuestionable de una intersección de cuatro vías, llegué a casa de Bailey y aparqué de mala manera en la zona de visitantes. Apagué el motor, cerré de un portazo y salí disparado hacia la entrada como un cohete.

Corrí escaleras arriba y me detuve delante de la puerta azul marino. Me quedé mirando los arañazos y las marcas que salpicaban la pintura. Traté de concentrarme: inspiré hondo y retuve el aire en los pulmones unos segundos y lo solté con fuerza por la nariz, como si estuviese a punto de salir a pista.

No funcionó. En absoluto.

Eché los hombros hacia atrás, presioné el timbre, y aporreé la puerta como si fuera un policía con una orden judicial. Esperaba que estuviera en casa estudiando, como me había dicho, porque necesitaba una explicación. Punto final.

Escuché el cerrojo correrse y la puerta se entreabrió con un crujido. Por la rendija asomó el rostro de Jillian.

—¿Qué quieres, Carter?

«Que desaparezcas de mi vista», pero no podía decir eso.

—Necesito hablar con Bailey. —Hice un gesto con la cabeza hacia la puerta—. Déjame entrar.

Jillian abrió la puerta de par en par y mostró a Amelia a su lado. Me miraron con desdén, como un par de mocosas arrogantes. No les caía bien y el sentimiento era mutuo.

—B te avisaría si quisiera hablar contigo —añadió Amelia, que me lanzó una mirada asesina.

Jillian arqueó el labio superior con desdén.

—A lo mejor por fin ha entrado en razón.

Apreté los dientes con fuerza. Ya de por sí ninguna de las dos me caía bien, pero mi antipatía acababa de dispararse al *máximo.* Se estaban metiendo donde no debían, y eso me hervía la sangre.

No podía esperar a que James se mudase. Estaba contando los días.

—¿Sabéis qué? —dije, haciendo acopio de todo mi autocontrol para no levantar la voz—. Después de cómo la habéis tratado, no estoy de humor para ver cómo fingís que ahora os importa.

Amelia resopló.

—No puedes hablarnos así.

¿Desde cuándo? Igual regañar a la novia de otro jugador de *hockey* violaba algún tipo de norma de algún estúpido «código de amigos». Lo que significaba que seguramente Paul y Mendez se meterían conmigo. Pero me daba igual.

—Pues acabo de hacerlo. —Retrocedieron cuando di un paso hacia delante. Agaché la cabeza para atravesar el umbral y entré en la casa—. ¡James!

Una puerta se abrió con un chirrido seguida de unos pasos. Bailey bajó las escaleras con unos pantalones de cuadros morados y grises y un jersey a juego del mismo tono. Iba descalza y la melena suelta despeinada le caía por encima de los hombros. Su perfección

me golpeó con tanta fuerza que algo dentro de mí se rompió: quizá el último hilo que me mantenía cuerdo.

Cuando llevaba medio tramo de escaleras, su mirada aterrizó sobre mí y puso los ojos como platos. Tal vez porque parecía un loco que se había dejado llevar por la adrenalina, la frustración y la lujuria, y una combinación de elementos había ejercido un efecto similar al de la cocaína sobre mí. Nunca había probado la coca, pero iba puestísimo.

Tanto que me enorgullecía de ser el tipo tranquilo, el que nunca perdía los papeles, y ahora estaba fuera de control.

Bailey se colocó junto a Jillian y Amelia delante de la puerta.

—Chase. —Frunció el ceño—. ¿Qué haces…?

—Tenemos que hablar.

Se quedó helada. Sus ojos avellana pasaron de mí a Jillian y Amelia y luego regresaron a mí. Si se ponía de su parte, era posible que no lo superase jamás. De hecho… estaba seguro de que nunca lo superaría.

Levanté una ceja.

—Ahora.

—Vale. —Bailey dio un paso hacia delante y me hizo un gesto con la mano para que pasase—. Vamos a hablar en mi habitación.



Bailey

Tal vez había cometido un ligero error de cálculo, porque en ese momento un cavernícola gigantesco y colérico aguardaba en la entrada de mi casa.

La camiseta negra se ceñía a sus anchos hombros y delineaba los músculos que se escondían debajo. Y los pantalones de chándal

grises descansaban sobre su cintura y le marcaban la V de sus caderas. Tenía el aspecto del rompecorazones que temía que fuera.

Chase entró y le tomé de la mano. La tensión que despedía era tan intensa que se extendía por toda la habitación, palpable, ardiente de ira.

Amelia puso los ojos en blanco y se giró hacia la cocina, con Jillian pegada a sus pasos. Fingieron estar ocupadas rellenando la nevera y cargando el lavavajillas mientras yo llevaba a Chase escaleras arriba. En realidad, no tardarían en seguirnos para espiarnos y luego informar a los demás de cada detalle de mi vida personal. Perfecto.

Chase me siguió escaleras arriba y cruzó el pasillo hasta mi habitación, iluminada por el suave resplandor amarillento de la lamparita de noche. Sobre el edredón blanco descansaba el iPad, aún detenido en la serie de Netflix que había visto en vez de estudiar. Llevaba días incapaz de concentrarme.

No sabía si íbamos a hablar, a discutir o a dejarlo.

Cerró la puerta tras nosotros sin hacer ruido. Antes de que pudiera sentarme a la mesa, acortó la distancia, posó sus enormes manos sobre mis caderas y me giró hasta que estuvimos frente a frente.

Con los ojos aún fijos en los míos, dio un paso adelante, seguido de otro, hasta acorralarme contra la puerta de madera. Su aroma, familiar y embriagador, me envolvió, nubló mi mente y derribó todas mis defensas. Durante un instante, mi mirada se posó en el pulso que palpitaba en la base de su garganta; después recorrió las venas tensas de su cuello, hasta que volví a encontrarme con sus ojos.

Me inmovilizó y la piel comenzó a arderme bajo su mirada. Me tenía acorralada, en todos los sentidos: literal y figurado. No podía apartar la mirada de él. Era víctima de su imponente presencia. Aquellos doce centímetros de más resultaban abrumadores, sobre todo cuando iban acompañados de veinte kilos adicionales de músculo.

Y más aún cuando estaba enfadado.

—¿Qué está pasando, James? —preguntó en voz baja.

—¿A qué te refieres?

La mandíbula se le contrajo con un tic involuntario.

—¿Por qué me estás ignorando?

—No lo estoy haciendo. —Al menos, no a propósito. Todo empezó de forma bastante inocente: solo quería tomarme un tiempo para pensar. Pero tanto pensar me había llevado al catastrofismo, y ahora estaba convencida de que lo había magnificado más de la cuenta.

—Claro que sí —dijo Chase—. No me he esforzado tanto por ganarme tu confianza para que ahora tires todo a la basura sin darme ni una sola explicación.

Deseo, culpa, arrepentimiento. Todos me golpearon como una avalancha. Estiré la mano para tocarlo, pero me agarró de las muñecas y las sujetó contra la puerta.

Negó con la cabeza.

—No.

—¿Por qué no?

—¿Por qué quieres tocarme cuando no quieres estar conmigo?

No sabía cómo responder a esa pregunta. Sí que quería estar con él. Lo deseaba con locura, ese era el problema.

De esta situación no se podía escapar sin consecuencias.

—No es eso.

Tenía las pupilas dilatadas mientras me observaba.

—Entonces explícate.

Era una orden, no una petición.

Mi respiración se volvió superficial.

—No sé cómo.

Cada vez que intentaba hablar con Luke, él me manipulaba para que pensara que estaba loca o tergiversaba la historia para hacerme quedar como la mala. Al final, dejé de intentarlo. Estaba permitiendo que el pasado interfiriese en mi futuro. Pero saberlo y superarlo eran dos cosas diferentes.

—Inténtalo. —Colocó un muslo musculoso entre mis piernas y

acercó su boca a la mía, casi rozándola.

Alcé la barbilla y sus labios se fundieron con los míos, seguidos por la presión de su lengua intentando entrar en mi boca. En el momento en que nos besamos, todas las dudas y las preguntas que me había planteado se disiparon.

Nuestras bocas se movieron una contra la otra, indomables y salvajes, y el beso desató una oleada de deseo que me recorrió todo el cuerpo. Se separó de mis labios para dejar un rastro de besos frenéticos por mi cuello, lo que avivó aún más el fuego que ardía en mi interior. Intenté liberarme de su agarre para poder tocarlo, pero solo conseguí que hundiera con más fuerza su muslo entre mis piernas y me sujetara las muñecas con mayor firmeza, mientras yo me movía contra él en respuesta.

—Si esta es tu estrategia para hacerme hablar —murmuré sin aliento—, no estás logrando que me entren ganas de obedecerte.

Me sentía abrumada por las emociones. Lo tenía pegado a mí, pero era incapaz de tocarlo a mi vez. Deseaba sentir su cuerpo bajo las manos, trazar los músculos bajo su piel y recorrerle el pelo, oscuro y sedoso, con los dedos.

Llegué a mi límite.

—Chase.

—¿Quieres que pare? —Retrocedió y me miró fijamente, como si estuviera intentando demostrar algo.

—No —dije—. Solo quiero que me dejes tocarte.

Me soltó las muñecas, me tomó el mentón e inclinó mi rostro hacia el suyo.

—Primero responde a mi pregunta —respondió con calma.

Me mordí el labio inferior, buscando su rostro. Su mano bajó de mi mandíbula hasta detenerse en un lado de mi cuello. Con cualquiera que no fuera él, me habría asustado, pero no ejercía presión alguna. Era una muestra de poder.

Pararía en cuanto se lo pidiera. Pero no quería que lo hiciera.

Con la mano libre, me acarició el labio inferior con la yema del pulgar y la mirada fija en el movimiento. Luego, descendió por mi

mejilla hasta detenerse en la curva de mi cuello. Respiré, temblorosa, y cerré los ojos mientras se me erizaba el vello de todo el cuerpo.

—Te he echado de menos —dijo, y me dio un beso justo debajo de la oreja. Incliné la cabeza para facilitarle el acceso—. Han pasado solo unos días y ya me siento como un drogadicto que necesita un chute.

Yo también lo había echado de menos, por eso me derretía como la mantequilla bajo sus manos, incapaz de pensar con claridad o formar frases coherentes. Abrió la palma de la mano, me agarró un pecho y lo apretó… me derretí un poco más.

—Mm-hmm —mascullé.

Bajó la mano un poco más, deslizándola por mi torso, y empezó a juguetear con la cinturilla elástica de mi pijama. Se me cortó la respiración. De pronto, se apartó, retiró las manos y abrí los ojos de golpe.

—Estoy un poco confuso —dijo en voz baja—. Me da la impresión de que sí quieres estar conmigo.

Tenía razón. No solo lo quería, lo deseaba con locura. Pero enamorarse tan rápido y con tanta intensidad de alguien resultaba aterrador. Era lo más aterrador que había hecho en mi vida. Sin duda alguna.

Quise pensar que era una decisión consciente, pero en realidad nunca tuve otra opción.

—Así que dímelo. —Apoyó las manos en la pared sobre mi cabeza, inclinándose sobre mí—. ¿Qué narices te pasa?

En cuanto dejó de tocarme, empecé a volver a mis cabales.

—Eres consciente de que Amelia y Jillian nos van a oír, ¿no? —Señalé hacia la puerta—. Las paredes de la casa son de papel.

—Me da igual. Me temo que ya tengo bastante con preocuparme por ti.

Me separó las piernas con la rodilla y obedecí, dócil bajo su tacto. Me agarró por la parte posterior de los muslos, me levantó y pegó mi cuerpo contra la puerta. Respiré de manera entrecortada al sentir

su erección presionando justo en el lugar donde más lo anhelaba, dura como una piedra y lista para la acción.

Me agarré a sus hombros y me acerqué a él e intenté besarlo.

—Primero, dime lo que te pasa. —Volvió a apartarse con una expresión severa—. Hace un par de mañanas estabas en mi cama, me diste un beso de despedida cuando te dejé en la universidad. ¿Por qué?

Su tono era cortante, pero había dolor en su mirada. Inclinó las caderas para apretarse contra mí y un destello de placer me recorrió la entrepierna. Una sensación cálida me inundó el cuerpo y el deseo se desató. Estaba a dos segundos, o a un empujón más, de intentar arrancarle la ropa. Pero la pequeña parte de mi cerebro que todavía funcionaba sabía que él tenía razón: primero teníamos que hablar.

—¿Es cierto que dejaste que una chica rubia se sentara sobre tu regazo en el O'Connor's? —logré decir al final—. Porque eso es lo que he oído por ahí.

Chase frunció el ceño.

—¿Qué?

Me bajó poco a poco hasta que quedé de pie. Dejé que mis manos permanecieran sobre sus hombros y absorbí el calor que irradiaba su piel bajo la suave tela de su camiseta negra.

—Ya he respondido a tu pregunta. Ahora contesta tú a la mía, por favor.

—¿Se trata de eso? —preguntó e inclinó la cabeza con incredulidad—. ¿Por eso me has estado evitando?

—Necesito un sí o un no, Carter. —Ahora que lo tenía delante, sabía la respuesta, pero quería escucharla de su propia boca.

Deslizó las manos bajo mi jersey y sus dedos ásperos pero cálidos se posaron sobre mi cintura.

—Solo fue un segundo. Lindsay apareció de la nada y se sentó en mi regazo. La rechacé enseguida y se marchó. Eso fue todo.

—¿Eso fue todo? —Mi cuerpo se relajó y volví a ser capaz de respirar con normalidad.

—Eso fue todo. No pasó nada —dijo con voz suave—. Y no ha

sido hace poco. Ocurrió antes de la fiesta de Ty.

Era evidente que hablaba con sinceridad. Y yo me había comportado como una auténtica idiota. Una idiota a la que Luke había incitado a reaccionar de forma exagerada.

Chase entrecerró los ojos.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Paul…

—Por favor —murmuró, sacudiendo la cabeza—, piensa de dónde te llega la información, James.

—Pero se sentó en tu regazo… más o menos, ¿no? —No entendía por qué insistía en discutirlo, salvo porque me sentía una idiota por haberme enfadado en primer lugar. Y aún más tonta la forma en que había manejado la situación tras recibir esa información.

—Paul tergiversó las cosas para que se ajustaran a sus intenciones y lo sabes. Por favor, no dejes que ese imbécil te meta tonterías en la cabeza.

—Las paredes son finas. —Bajé la voz y señalé detrás de mí—. ¿Amelia?

Chase miró por encima de mi hombro hacia la puerta y alzó la voz.

—He dicho que Paul es un capullo. Y tampoco sabe patinar, joder. No dudéis en citarme.

A pesar de la situación, me reí. Era un provocador hasta la médula. En algún momento, eso se había convertido en algo entrañable. Al menos, era mi provocador.

Luego volvió a mirarme y su tono se suavizó.

—¿Te dijo Paul algo más?

—Eh… Bueno. —Respiré hondo—. Dijo que te acostaste con la amiga de su prima. —Ah, y luego me llamó grupi. Pero eso enfurecería aún más a Chase, y no estaba segura de querer echar más leña al fuego.

Él asintió y estudió mi rostro.

—¿Es lo del sexo lo que te ha molestado?

—Quizá un poco —admití. Pero no era justo echarle en cara el

pasado.

—Que tuviera sexo sin sentido en el pasado no significa que no tenga sentido contigo ahora. No es así para nada. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí —respondí—. Lo sé.

—En cuanto a lo otro, si quieres, puedo contarte cada vez que alguna chica intente ligar conmigo, pero me parece un poco inútil, ya que nunca haría nada al respecto. Además, estoy seguro de que te pasas el día rechazando insinuaciones de otros hombres.

La verdad es que no. Entre las clases de periodismo, el periódico de la universidad y las salidas con Chase no quedaba mucho espacio para que nadie intentara ligar conmigo. Aun así, me halagaba que él lo pensara.

—Probablemente no tanto como tú.

—Vas a tener que confiar en mí para que esto funcione —añadió con tono cortante.

—Lo estoy intentando. Si no lo hiciera, nunca me habría acostado contigo. —De repente se me quebró la voz y sentí que iba a echarme a llorar. Me contuve con todas mis fuerzas—. Aunque no lo parezca, abrirme a ti de esa manera fue un paso muy importante para mí.

Sus ojos color café se suavizaron y refulgieron con afecto.

—Lo sé. No me lo tomo a la ligera. —Me apartó el pelo detrás de la oreja, con una leve sonrisa—. Creo que, en el fondo, sabes que puedes confiar en mí, pero no confías en tu propio juicio.

De pronto todo encajó.

—Dios mío. Creo que tienes razón.

Chase se inclinó sobre mí y me dio un beso breve, suave y dulce. Se apartó y me acarició la mejilla con los dedos.

—Entonces, ¿la próxima vez hablarás conmigo? Porque esto de apartarme a un lado e ignorarme es un asco. Si no me hablas, no puedo hacer nada para remediarlo.

Es verdad. Si hubiera sido capaz de abordar esto como una persona racional, probablemente habría hecho eso: hablar con él.

Es lo que haría en el futuro. Aunque me resultara difícil.

—Lo intentaré. Hablar no se me da tan bien como a ti. —Bajé la mirada al suelo y luego volví a centrarme en él—. Puede que tú no tengas filtro, pero yo tengo uno industrial extrafuerte. Y otro de repuesto.

—Piensas demasiado, ¿eh? —preguntó con una media sonrisa—. Me he dado cuenta.

Le tomé del brazo y lo guié hacia la cama. El colchón cedió bajo su peso cuando se sentó y se volvió hacia mí. Me acerqué un poco más y apoyé la mano sobre su muslo, en el pantalón de chándal.

—Sé que es la mochila con la que cargo y estoy intentando no pagarla contigo. Pero no desaparecerá de la noche a la mañana.

—Lo entiendo. —Me acarició la parte baja de la espalda. Su contacto hizo que el calor se extendiera a través de la tela de mi camiseta—. Pero yo también tengo sentimientos, y eso me ha dolido.

La culpa se instaló en mi estómago, pesada como una bolsa de discos de *hockey.* A pesar de lo mucho que me preocupaba por lo que él hiciera, quizá era yo quien lo acabaría estropeando todo.

Le toqué el hombro musculoso y posé los dedos sobre su camiseta.

—Lo siento.

—Te perdono. Pero no volvamos a manejar las cosas así, ¿vale?

—Vale.

Nos quedamos en silencio durante un momento. Él bajó la cabeza y me miró a los ojos con el ceño fruncido.

—He sido muy sincero contigo, pero siento que tú te estás reprimiendo.

—¿Cómo me estoy reprimiendo? —pregunté, evadiendo el tema.

La verdad es que tenía razón. Le había estado ocultando una pequeña parte de mí misma… por si acaso. A lo mejor no era justo para ninguno de los dos. De todos modos, no me había funcionado muy bien.

—A veces no sé en qué piensas.

—Yo… —balbuceé mientras trataba de reunir el valor para mostrarme vulnerable. Nos habíamos encontrado a medio camino muchas veces. Sentí cómo me ruborizaba y me puse muy nerviosa —. Estoy loca por ti —dije—. Por completo… y me da miedo.

Estaba aterrorizada.

—No me iré a ninguna parte. Por eso estoy aquí ahora. —Sonrió y nos señaló a los dos—. Soy un terco, ¿recuerdas?

—Menos mal. —Cogí el teléfono y miré la hora. Se me encogió el corazón—. Son las nueve y media, y es probable que tengas que levantarte temprano mañana. ¿Puedes quedarte un poco más?

—Puedo quedarme una hora más, pero primero tengo que cambiar la camioneta de sitio.

—¿Por qué?

Chase se rio, se levantó y fue hacia la puerta.

—He aparcado en la dirección en la que duermes. En diagonal.

—Cuando vuelvas… —dije—. ¿Podemos seguir donde lo hemos dejado? —A la mierda con las paredes finas. Podría poner música o algo. O podrían largarse de la casa. En realidad, no me importaba.

Se detuvo y miró atrás, con una sonrisa en los labios.

—Cuenta con ello, nena.



Capítulo 38

Lo echaba de menos

Chase

Me costó mucho aparcar bien la segunda vez. Estaba tan distraído que tuve que dar marcha atrás y enderezar la camioneta tres veces para quedar dentro de las líneas, algo absurdo para alguien cuyo sustento depende literalmente de su buena puntería y percepción espacial. Pero era muy probable que me quedara más de una hora, así que me tomé mi tiempo para hacerlo bien y que no me multaran o que la grúa se llevara mi coche.

Entré corriendo en la casa, ignoré las miradas venenosas de Jillian y Amelia y resistí el impulso de hacerles un gesto obsceno. Estaba orgulloso de mi autocontrol y mi gran crecimiento personal.

Cuando entré en su habitación, Bailey estaba sentada con las piernas cruzadas sobre el edredón blanco. La larga melena rubia le caía como una cortina por los lados mientras miraba el móvil. Y mi deseo se desbocó.

—Hola, preciosa. —Cerré la puerta de su dormitorio detrás de mí, corrí el pestillo a toda prisa y lo comprobé dos veces por si acaso.

Ella levantó la vista de la pantalla y la bloqueó antes de dejarla a un lado sobre la mesita de noche.

—Hola. —Sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa mientras sus ojos de cervatillo recorrían mi cuerpo con una expresión que era una mezcla entre el afecto y la lujuria.

Mierda.

—Solo para que lo sepas —añadí, y me senté en la cama a su lado—, tus compañeras de piso están abajo viendo la televisión con el volumen muy alto.

Bailey sonrió.

—Puede que quisieran demostrar que no nos estaban escuchando.

—Tal vez. Pero se quejan demasiado como para que me lo crea. —Recorrí la habitación con la mirada y la escudriñé metódicamente —. Aun así, ¿tienes algún altavoz? Podemos poner música para amortiguar tus gritos.

Puso los ojos como platos y bajó la voz.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad? Yo no grito en la cama… ¿o sí? —Un rubor rosado se extendió por sus mejillas.

Sonreí, porque era adorable y porque, bueno, en cierto modo lo había hecho.

—Has estado bastante cerca. —Me froté las mejillas con la mano, pensativo—. Me sabía un chiste subido de tono para este momento, pero ahora mismo no me llega suficiente sangre al cerebro como para recordarlo.

Bailey negó con la cabeza y soltó una risita tímida y adorable. Toqueteó la pantalla del iPad que tenía al lado y puso una lista aleatoria de Spotify sin pensarlo. La música salió de un altavoz inalámbrico morado que había en su escritorio, situado junto a la cama. El volumen estaba lo bastante alto como para crear algo de ruido de fondo y darnos un poco más de intimidad.

Sin embargo, la música solo ayudaría hasta cierto punto: lo cierto es que, a veces, era bastante ruidosa. Pero, en el peor de los casos, la besaría para amortiguar algunos de sus gritos. Y mis labios sobre

los suyos la llevaban al límite cuando estaba a punto de correrse, lo cual era halagador y excitante a la vez.

Nuestras miradas se cruzaron y la energía cambió, se podía cortar el aire con un cuchillo. Con una mano en su nuca, la atraje hacia mí. Sus párpados temblaron antes de cerrarse, y nuestros labios se unieron en un beso intenso, explorándonos sin reservas.

Con un movimiento suave, la recosté de espaldas bajo mi cuerpo y me acomodé entre sus piernas. Le tomé las manos y entrelacé sus dedos con los míos, sujetándolos contra la cama. Ella dejó escapar un suspiro tenue, apretó mis manos y me devolvió el beso con más profundidad.

Una oleada de emoción me recorrió el cuerpo, pero era más que física. Cada vez que tonteábamos, me enamoraba un poco más. El sexo con ella era de otro nivel. Ni todas las relaciones esporádicas y los rollos de una noche podrían haberme preparado para algo así.

Rompí el beso y la miré a los ojos.

—Oye, James, me quedaré a dormir. —Liberé una mano, le acaricié el cuello con un dedo y bajé hasta quedar entre sus pechos, por encima del suave jersey de punto.

Sus ojos dorados me observaban con atención, con el pelo rubio esparcido sobre la almohada debajo de su cabeza.

—Pondré la alarma para asegurarme de que me levanto a tiempo por la mañana.

Bailey frunció el ceño.

—Pero no te has traído ninguna de tus cosas.

—Me levantaré temprano y pasaré primero por casa —contesté —. Si vamos a acostarnos, no me parece bien irme después. —Decir que «no me parecía bien» se quedaba corto: me haría sentir como un auténtico capullo. Prefería no hacer nada antes que hacerle eso.

—La verdad es que estaba pensando lo mismo, pero no quería parecer pesada. —Al oírla decir eso, sentí un nudo en el estómago.

La miré a los ojos.

—Quiero que me pidas las cosas que necesitas. O, mejor aún, que las exijas. —Me encogí de hombros—. Porque eso sería muy

excitante. —No me importaba la idea de invertir los roles y que ella me mandara de vez en cuando.

Se mordió el labio inferior un instante y luego lo soltó.

—Bueno, me gustaría que te quedaras.

—Hecho. —Eché un vistazo al colchón sobre el que estábamos recostados, que era mucho más pequeño que el mío, y un poco estrecho para dos personas altas—. Aunque tu cama es bastante pequeña, así que supongo que estaremos acurrucados toda la noche.

Y con acurrucados me refería a que estaba seguro de que se despertaría con mi cuerpo presionado contra su perfecto trasero redondo. Pero eso ya ocurría en mi casa.

—No pasa nada. Me encanta acurrucarme a tu lado.

—A mí también —admití. Y nunca pensé que lo diría.

Agarré el dobladillo de mi camiseta negra y me la quité, luego me incliné sobre ella de nuevo. Bailey cerró los ojos, deslizó las manos suaves por mi torso y me apretó los músculos entre los dedos. Incliné la cabeza y dejé escapar un gemido, volvía a saborear su tacto. Cuatro días me habían parecido cuatro años.

—Voy a retomarlo donde lo dejamos —dije, mirándola de nuevo —, creo que te estaba diciendo lo mucho que te echaba de menos.

—¿Sí? —Bailey esbozó una sonrisa—. Sigue hablando.

—He echado de menos esto. —Incliné el rostro hacia su cuello y lo recorrí con besos suaves, entremezclados con mordiscos juguetones bajo la curva de la mandíbula.

Ella dejó escapar un gemido y me acarició la espalda con las palmas de las manos.

—Y esto —murmuré, inhalé contra su piel y saboreé el aroma a vainilla de su perfume combinado con un olor que era único en ella. Una enorme oleada de deseo me invadió y desató una batalla entre mi necesidad de poseerla enseguida y las ganas de tomarme mi tiempo. Pero esa noche ella necesitaba ir despacio, y yo estaba dispuesto a complacerla.

Le rodeé la mandíbula con la mano e incliné la cabeza hacia

delante para que sus ojos se encontraran con los míos.

—Definitivamente esto. —Acerqué mis labios a los suyos y los presioné contra su boca.

Bailey suspiró y deslizó las manos hacia arriba para agarrarme los hombros, lo que me provocó una oleada de placer que me subió por la espalda. Podría besarla todo el día, saboreándola con calma y recorriéndola con mis caricias. Al menos en teoría, porque en la práctica, dada la situación actual, quizá necesitara liberarme tarde o temprano, porque me hacía falta tras pasar tantos días separados.

Sin dejar de besarla, y sin soltarle la cara, metí la otra mano bajo su jersey para acariciarle el costado y di con una fina camiseta de tirantes: no llevaba sujetador. Joder. Qué *sexy.*

Deslizó los dedos bajo la cinturilla de mis pantalones de chándal grises y le ayudé a bajármelos. Me quedé medio desnudo, con tan solo unos calzoncillos negros. Y a ella le tocaba ponerse al día.

Me aparté de su boca, le levanté las caderas y le bajé los pantalones. Recorrí con las manos las curvas de sus muslos y bajé hasta las pantorrillas delicadas y delgadas.

—También echaba de menos estas piernas.

Le quité el pijama, un pie tras otro, y deslicé las palmas de las manos por su piel cálida. Posé las manos en sus caderas, aún cubiertas por unas braguitas negras de algodón. Mierda. Eran sencillas, pero tremendamente *sexys.* Se incorporó levemente y me ayudó a quitarle el jersey morado y la camiseta sin mangas. En un instante, ella estaba casi desnuda y yo en el cielo.

Apreté sus pechos voluminosos y turgentes.

—No puedo olvidarme de ellos.

Bailey echó la cabeza hacia atrás mientras yo le rozaba la clavícula con los labios y luego bajaba para besar el contorno de sus pechos.

Le recorrí el vientre con los dedos y me colé por debajo de la cinturilla de las braguitas. Descendí hasta situarme entre sus piernas, donde ya estaba empapada.

—Y sabes que echaba de menos tu cono.

Bailey respiró de manera entrecortada y movió las caderas a modo de respuesta a mi caricia. La acaricié y ella me agarró por encima de la ropa interior, lo que me provocó otra oleada de placer por todo el cuerpo. Se retorció debajo de mí, moviendo la pelvis contra mi mano. La forma en que lo hacía, como si supiera exactamente lo que quería, me dio una idea.

La agarré por las caderas y la levanté de la cama.

—Agárrate fuerte, cariño. —La besé de nuevo y le puse una mano entre los omóplatos. Ella se rio y la giré con un movimiento rápido y la coloqué a horcajadas sobre mis caderas.

—Presumido. —Bailey arqueó una ceja en tono juguetón.

—Quizá un poco —respondí—. Pero las vistas son increíbles.

James estaba encima de mí, sin camiseta y con nada más que unas pequeñas braguitas negras. El pelo le caía sobre los hombros y le enmarcaba los pechos firmes. Era perfecta en todos los sentidos.

Me dedicó una sonrisita torcida mientras examinaba mi torso.

—No sé. Creo que las mías son mejores.

Pasé los dedos por su cintura y tiré de ella hacia abajo mientras me incorporaba para encontrarme con ella. Dejó escapar un pequeño gemido y cerró los ojos a la vez que movía la pelvis y se frotaba contra mí.

—También echaba de menos esos ruiditos que haces.

—Mm-hmm. —Asintió y se mordió el labio inferior.

Alcé las caderas de nuevo y se agarró a mis bíceps con rapidez. Me clavaba los dedos con cada movimiento. La observé, hipnotizado.

—Me pones muchísimo.

Abrió los ojos de par en par, con una expresión que rozaba la vergüenza. Tal vez porque los dos seguíamos parcialmente desnudos mientras nos frotábamos el uno contra el otro en seco *como* unos adolescentes. Pero eso era lo que lo hacía tan increíble: me encantaba excitarla. Y con nuestros cuerpos alineados de esa manera, la estimulación externa era indudable.

Me incorporé a medias para rodearle el cuello con un brazo y atraerla hacia mí. Ella se inclinó sobre mí apoyándose en los codos,

me pasó una mano por el pelo y me dio un tirón para besarme de nuevo, al tiempo que balanceaba la pelvis y se movía contra mí con avidez.

—James. —Levanté las caderas contra ella y ella dejó escapar un gemido entrecortado—. ¿Te gusta?

Tenía las mejillas sonrosadas y los *ojos* vidriosos cuando me miró.

—Quizá.

Ojalá fuera lo suficientemente resistente como para seguir. Apuesto a que podría hacer que se corriese. Pero a este ritmo, los dos habríamos terminado antes de desnudarnos del todo. Tal vez lo podríamos hacer la próxima vez, después de haber liberado un poco la tensión.

—¿Eso es un sí a que te pongas encima de mí? —le pregunté.

Bailey se quedó paralizada.

—¿Quieres que me ponga encima?

—Sí. —Contuve una sonrisa—. Si tú quieres.

La idea de que se me pusiera encima era una de las cosas más excitantes que podía imaginar, pero no quería presionarla. Si eso la hacía sentirse incómoda, prefería no enterarme del porqué; bastante tenía ya con contener las ganas de estrangular a Morrison.

—Más o menos… —Frunció el ceño.

Sí, sabía lo que estaba pasando. Me incorporé y le coloqué una mano en la espalda para que nuestros cuerpos quedaran pegados.

—James. —Apoyé la frente en la suya y le aparté un mechón de pelo detrás de la oreja—. Mírame.

Ella lo hizo, con una mirada suave y los labios entreabiertos. Respiraba de manera superficial, ya fuera por la excitación o por los nervios. Quizá por ambas. Le acaricié los brazos con las palmas de las manos y le di un ligero apretón.

—Me gusta todo lo que haces cuando estamos juntos —dije—. No te preocupes. Nunca. Solo te quiero a ti.

Joder, en serio. Era casi imposible que un tío no se corriera durante el sexo. Era sencillo. Primero haría que ella llegase al

orgasmo y luego cambiaría el ritmo final si era necesario. No era ciencia espacial.

—Vale —añadió ella vacilante, y apartó la mirada. Luego volvió a mirarme a los ojos—. Pero ¿puedes quedarte así sentado? ¿Para poder alcanzarte mejor? ¿Y besarte?

—Por supuesto. —Me moví, recoloqué las almohadas detrás de mí y me apoyé en el cabecero—. ¿Mejor?

Bailey me dedicó una sonrisita dulce.

—Sí.

Se bajó de mis caderas y deslizó las braguitas negras por las piernas. Luego se arrodilló a mi lado, me besó y tiró de la cintura de mis calzoncillos mientras yo me los quitaba y los apartaba hacia un lado.

—¿Condón? —Estiré el brazo hacia la mesita de noche.

Frunció el ceño y luego abrió mucho los ojos.

—No tengo. Luke y yo no… —Se sonrojó—. Quiero decir, los usábamos. No confiaba en él lo suficiente como para hacerlo sin protección. Lo cierto es que él nunca vino a mi casa.

—No pasa nada. No hace falta…

—Tomo la píldora.

Mi pene se estremeció y contuve un gemido al pensar en estar completamente desnudo dentro de ella. Aunque era increíblemente tentador, tampoco quería que me ofreciese algo con lo que no se sintiese cómoda.

—Si a ti no te importa, a mí tampoco —añadió con timidez.

—Estoy limpio —le dije—. Nos hacemos pruebas al principio de cada temporada y no he estado con nadie más.

—Confío en ti. —Se mordió el labio inferior mientras me miraba, esperando una respuesta.

—Si estás segura…

—Lo estoy.

Cuando se subió encima de mí, vi la vulnerabilidad reflejada en sus ojos. Le aparté el pelo de la cara y la miré, hipnotizado. No por el acto en sí, sino por la persona con la que lo estaba haciendo.

Lo único que sabía era que estaba más feliz que nunca.

Una vez que se colocó a horcajadas sobre mis muslos, la agarré por la cintura con una mano y rodeé mi miembro con la otra. Apoyándose con las palmas de las manos sobre mis hombros, se deslizó sobre mi miembro con un suave gemido. Cuando me hubo tomado por completo, se quedó quieta.

Empecé a preocuparme y le levanté la barbilla para que me mirase.

—¿Estás bien, cariño?

—Sí —susurró—. Solo necesito un segundo. La tienes… grande.

Tal vez los nervios que le provocaba estar encima la ponían tensa, lo que no ayudaba. Le acaricié la espalda con las manos para calmarla, le besé el hombro, y al cabo de un momento, sus músculos se relajaron y tomó el control, moviendo las caderas. Dejó escapar un suspiro entrecortado.

—Eso es. —La atraje hacia mí—. Eres perfecta.

Se inclinó hacia delante y acercó su boca a la mía mientras aceleraba el ritmo. Estaba caliente y empapada, y tuve que respirar hondo para mantener la compostura.

—Qué bien sienta… —gimió contra mis labios.

Gemí y le clavé las yemas de los dedos en la curva de las caderas.

—No tienes ni idea. —¿Estar piel con piel así, sin nada entre nosotros? Estaba peligrosamente cerca de correrme. Mientras consiguiese que ella llegara primero, mi orgullo soportaría haber durado menos de lo habitual.

Sus movimientos se volvieron más seguros y encontró un ritmo constante. Observé cómo me montaba y quedé absorto mientras miraba cómo su hermoso rostro se contorsionaba de placer.

—Estoy cerca —gimió, y se hundió para que la penetrase más profundamente—. Oh, Dios. Chase.

La forma desesperada en que gritó casi me llevó al límite. Me tensé y apreté los dientes para contenerme.

Bailey jadeó y echó la cabeza hacia atrás.

—Me corro.

Y eso me llevó al límite por completo.

—Joder, cariño. Yo también.

Me besó mientras se deshacía y me clavó las uñas en los hombros cuando el orgasmo la invadió. Deslicé una mano hasta su nuca para agarrarle el pelo y me perdí en ella. Me corrí justo después. El placer se disparó y se desbordó cuando le agarré las caderas, tiré de ella con más fuerza y empujé más adentro. El momento fue intenso, profundo, apasionado.

Ralentizamos el ritmo en sincronía, besándonos con delicadeza mientras la oleada se desvanecía.

Bailey dejó caer la frente sobre mi hombro un instante y suspiró. Luego levantó la barbilla y me miró a través de las pestañas oscuras.

—Guau.

Le besé la mejilla.

—Puedes repetirlo.

La rodeé con los brazos y la mantuve quieta un momento más, con nuestros corazones latiendo como locos y nuestra respiración volviendo poco a poco a la normalidad.

Después de limpiarnos, nos acomodamos en su cama y nos acurrucamos bajo las sábanas. Mientras se apretujaba contra mí, con el pelo haciéndome cosquillas en el pecho desnudo, intenté procesar lo que acababa de suceder.

En cuestión de horas, había pasado de temer que todo hubiera terminado a estar más comprometido que nunca. A pesar del pequeño bache, en el fondo sabía que nuestra relación era sólida. Y quizá el sexo me había ayudado a tranquilizarme, pero era algo más profundo. Era la forma en que me miraba esta noche, con una mezcla de admiración y adoración. La manera en la que me tocaba. La forma en que todo encajaba cuando estábamos allí tumbados, como en ese momento, sin decir nada, conscientes de que nuestro mundo volvía a estar en orden.

Ella bostezó y se acurrucó contra mi hombro.

—Madre mía, qué cansada estoy.

—Yo también. —Se me aceleró el corazón mientras la atraía hacia mí. Quería decir algo más, pero no sabía cómo expresar mis pensamientos con palabras.



Bailey

Me desperté con un brazo pesado y musculoso alrededor de mi cintura y un cuerpo grande y cálido pegado a mí.

Oh, no. Busqué el móvil a tientas y miré la pantalla con los ojos entrecerrados para poder leer la hora. Eran casi las seis.

Le di un ligero codazo a Chase.

—Hola.

—¿Eh? —masculló adormilado. Me apretó más fuerte contra él y escondió la cara en mi cuello antes de volver a quedarse callado.

Ojalá hubiera podido dejarme llevar por la calidez de volver a dormir envuelta en él en mi cómoda cama. Era increíblemente tentador. Pero tenía que irse a entrenar.

—Ya es de día —anuncié, y le di un golpecito con el codo—. Creo que nos dormimos antes de que pusiera la alarma. ¿A qué hora es tu entrenamiento en seco? —Me lo había dicho, pero mi cerebro no funcionaba del todo a estas horas de la mañana.

Dejó escapar un gemido bajo y se dio la vuelta para quedar bocarriba.

—Eh… no entreno hasta las ocho. ¿Qué hora es?

—Casi las seis. ¿Hay tiempo suficiente para volver a dormirnos si pongo la alarma?

—Me parece que no. —Se apartó de mi lado y una mano grande aterrizó en mi cadera y se deslizó hacia abajo. Unos labios suaves y cálidos me rozaron el hombro—. Pero, sin duda, hay tiempo

suficiente para hacer otra cosa.



Capítulo 39

Un asunto familiar

Bailey

Tras despertarme más temprano de lo habitual por Chase, aproveché la oportunidad para ir al *Callingwood Daily* a estudiar y escribir un poco.

Pero me encontré con Zara y Noelle, y puede que pasara un ratito cotilleando con ellas. No pude evitarlo; estaba demasiado emocionada como para empezar a escribir un artículo técnico y aburrido para la asignatura de Comunicación profesional.

—No te he visto mucho últimamente, B. —Zara se inclinó sobre la mesa, con un brillo pícaro en la mirada—. ¿Chase te tiene ocupada?

La miré por encima de la pantalla del portátil.

—Ya sabes, he estado bastante liada en general.

—Más bien liándote, diría yo —añadió ella.

Volví a centrarme en la pantalla en blanco del Word y sentí cómo se me sonrojaban las mejillas. Menos mal que no había nadie más en la oficina.

Esperaba que mi cara no delatara que venía de un despertar

bastante… intenso. En realidad, habían sido una noche y una mañana de pasión que no lograba sacar de mi cabeza, ansiaba volver a verlo y me preguntaba si estaba perdiendo la cordura por no poder pensar en otra cosa.

¿Qué me estaba pasando? Nunca me había sentido así. Jamás.

Debía tomar el control de la situación antes de los exámenes finales o me echarían de la universidad.

—Quizá un poco. —Me aclaré la garganta, segura de que tenía la cara tan roja como una camiseta de los Falcons.

Zara y Noelle intercambiaron sonrisas al otro lado de la mesa.

—¿Y tú? ¿Qué tal con tu chico?

Zara había destrozado más egos masculinos frágiles, y corazones, de los que le correspondían. Era la relación más larga que había tenido sin perder el interés. Y parecía muy feliz.

Sus labios brillantes color ciruela se curvaron en una amplia sonrisa.

—Genial. Él es increíble.

—¡Ay! Me alegro mucho por ti, Zar. —Le di un codazo en broma.

Noelle frunció el ceño mientras miraba la pantalla de su portátil.

—Eh… —Tamborileó con los dedos sobre la mesa, pensativa—. La profesora Johnson quiere que cubras el partido de los Bulldogs mañana para trasladar la sección de arte al sábado y poder llenar ese hueco. Lo siento, sé que es con poca antelación. ¿Te parece bien?

¿Me apetecía? La verdad es que no. ¿Debería hacerlo? Probablemente.

Aunque se suponía que iba a asistir al partido de Chase esa noche.

—Estaré bien —mentí.



Si algo podía estropear lo bien que me había hecho sentir Chase me

había hecho sentir, era lidiar con Derek.

Apenas habíamos hablado en semanas, y cuando lo hacíamos, las cosas se ponían tensas. Intenté ignorarlo, otra vez, cuando me envió un mensaje para quedar, pero cedí cuando insistió en que era importante y me prometió que no tenía nada que ver con Chase ni con Jill.

Tomar un café con mi hermano debería ser fácil, ¿no? No podía ser peor que la desastrosa reunión con Paul.

Sin embargo, tenía dudas.

Nos sentamos en una mesa cerca de la entrada del Starbucks del campus mientras lo miraba con recelo. Estar con él era triste, incómodo y reconfortante a la vez.

Iba vestido como siempre, con unos pantalones de chándal largos combinados con una parte de arriba de los Bulldogs; hoy era una sudadera con capucha. Todo su armario era un batiburrillo monótono de gris y azul marino.

Bajó la mirada hacia su vaso de cartón blanco antes de volver a mirarme a los ojos. Juré que, si decía una sola palabra sobre Chase, me iría de inmediato y lo ignoraría hasta Navidad.

—Bueno… mamá y papá van a vender la casa —dijo Derek.

Se me revolvió el estómago.

—¿Qué? ¿Y eso?

La acogedora casa de ladrillo de dos pisos no era nada del otro mundo. Se notaba que había estado habitada durante mucho tiempo: las alfombras color *beige* necesitaban un recambio, el suelo de madera estaba desgastado y los baños estaban terriblemente pasados de moda.

Pero era la casa de mi infancia, a la que regresábamos en vacaciones; el lugar que mi madre amaba por encima de todo, con un jardín que cuidaba con mimo año tras año y en el que pasaba horas cada día entre peonías y rosales.

Era cálida, acogedora, y reconfortante; uno de mis lugares favoritos en todo el mundo.

—No sé, supongo que como papá lleva un tiempo desempleado,

no pueden permitirse mantenerla.

Todo se derrumbó y me invadió una fuerte oleada de náuseas.

—Espera —dije—. ¿Papá está sin trabajo? ¿Desde cuándo?

¿Por qué cada vez que algo iba bien en mi vida, otra cosa se torcía?

Derek dudó un instante.

—Desde junio. No le renovaron el contrato para otoño. Supongo que ha sido por recortes en el presupuesto de educación. Despidieron a un montón de profesores mayores y con más experiencia para contratar a recién graduados, que son más baratos.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Me acabo de enterar, B.

Lo fulminé con la mirada desde el otro lado de la mesa y di un sorbo a mi café con leche y vainilla. Ya no me apetecía bebérmelo, pero no podía desperdiciarlo.

—¿Estás seguro? —Si me lo había ocultado, me enfadaría mucho.

—Sí —insistió—. No querían que nos preocupáramos.

Fruncí el ceño, sin apartar mi mirada severa de él. Algo no me cuadraba.

—¿Por qué me lo cuentas tú y no mamá y papá?

—Mamá quería que te lo dijera yo en persona. Pensó que no te lo tomarías muy bien… —contestó con cautela.

Tenía razón. Sobre todo, porque la casa estaba casi pagada, que hasta refinanciaron la hipoteca para cubrir mis facturas médicas. Básicamente… era culpa mía.

—Creo que tiene sentido que se muden a un lugar más pequeño ahora que ya no vivimos en casa —añadió Derek.

—Nunca los he oído hablar de querer mudarse a un sitio más pequeño —dije—. Por lo que a mí respecta, pensaban quedarse allí para siempre.

Estaba segura de que nuestra madre había utilizado esas mismas palabras: era su «casa para siempre».

—No sé. —Se encogió de hombros—. Las cosas cambian.

Quedarse sin dinero tenía ese tipo de consecuencias. Me devané

los sesos en busca de posibles soluciones o formas de ayudar, aunque solo tenía unos diez dólares en el bolsillo.

—¿Y Mitch y Steven? ¿No pueden echarles una mano?

—Ya lo han hecho. —Derek ladeó la cabeza y me lanzó una mirada «comprensiva» que resultó condescendiente. Seguía haciendo de hermano mayor—. Por eso han podido mantener la casa todo este tiempo, pero ellos tampoco tienen mucho dinero. Todos están sin blanca.

—Vale. —Asentí con la cabeza y me tragué un nudo que se me formó en la garganta. Ojalá no hubiéramos quedado en un lugar tan público. Tenía ganas de llorar—. Entonces, ¿la van a vender después de Navidad?

—Eh, no. Ya está en venta. Pero, en el peor de los casos, pasaremos las Navidades en casa de Mitch. —Derek frunció el ceño y cogió su taza.

Claro. Mi hermano mayor vivía en una casa pequeña con su mujer y sus tres hijos. Mi segundo hermano, Steven, era un soltero empedernido que vivía en un apartamento de una sola habitación. Así que cuando los visitábamos, Derek y yo acabábamos durmiendo en sofás, porque no podíamos permitirnos un hotel.

Por no hablar de mis padres. ¿Dónde iban a vivir?

—¿Y qué van a hacer mamá y papá? ¿Ya han encontrado un sitio donde vivir?

—Todavía no. —Se encogió de hombros—. No pueden comprar nada hasta que vendan la casa. Además, con todo lo que ha pasado, no tienen demasiado saldo en las cuentas. Quizá tengan que alquilar algo.

—Madre mía. —Apreté la taza que tenía en la mano. Mis padres no eran jóvenes. Deberían estar pensando en jubilarse, no en perder su casa.

—Todo irá bien, B.

Pero Derek intentaba convencerse a sí mismo tanto como a mí.

—No veo cómo —añadí—. Espero que vendan la casa si es lo que necesitan. Pero estaré muy triste si no podemos pasar las Navidades

allí, especialmente si son las últimas. —Se me cortó la respiración.

Derek asintió.

—Sí, yo también. —Tragó y se quedó inmóvil.

Aproveché la pausa en la conversación para respirar profundamente y reprimir las ganas de llorar. Al menos por ahora.

—Cambiando de tema…

Se me encendieron las alarmas. Atención, peligro: se avecina un ataque.

—No empieces. —Ya estaba muy alterada emocionalmente y era muy probable que estallase si sacaba el tema de Chase.

—No es mi intención —susurró—. Solo quería saber cómo estabas.

Me relajé y bajé un poco la guardia, dispuesta a darle una oportunidad, pero aún lista para discutir.

—Estoy bien. Todo va bien.

—¿Las clases?

—Bien. Todo sobresalientes. —Tampoco tenía otra opción si quería conservar la beca.

Me estudió con el ceño fruncido.

—¿Carter se porta bien?

—Genial. —Sentí que se me escapaba una sonrisa tonta.

No pude evitarlo; siempre me pasaba cuando hablaba de él.

—Me alegro —dijo Derek—. Sigo sin entenderlo… pero si te trata bien, intentaré aceptarlo.

No fue la reacción más cálida, pero era un avance. Si podían coexistir en paz, lo consideraría una victoria.

—Es todo lo que pido. Si mantuvierais la mente abierta y dejarais a un lado todo lo demás, estoy segura de que os llevaríais bien. Al menos fuera de la pista de hielo.

Me lanzó una mirada que decía que no se lo creía ni un pelo, pero no dijo nada.

—¿Y tú? —pregunté.

Tenía miedo de saber la respuesta.

—He roto con Jill.

—Gracias a Dios. —Al menos había una buena noticia. Y Jill había sido muy borde últimamente. Quizá se debía a eso—. ¿Estás bien?

—Sí. —Se terminó el café y dejó la taza vacía sobre la mesa—. Si te soy sincero, no sé cómo acabé atrapado en algo tan complicado.

En cierto modo, lo entendía. No la parte de la aventura, pero sí lo de sentirse atrapado. Era como cuando me descubrí en medio de una relación controladora con Luke y no podía creer que hubiera permitido que llegase a ese punto. No comprendí lo tóxica que era hasta que salí de ella.

—Bien. Te mereces algo mejor.

Ahora, si Mendez rompiera con ella, el castigo kármico se habría cumplido.

—Este fin de semana voy a salir con una chica de mi clase de finanzas, a ver qué tal va.

—Es mejor estar solo que mal acompañado —dije—. Ojalá lo hubiera sabido antes.

Se removió, incómodo.

—¿Sigues en contacto con Luke?

—A veces. —Me encogí de hombros. Era impredecible.

Chase quería que lo bloquease, pero eso solo haría que Luke se enfadara más. Si Luke creía que estaba logrando afectarme (aunque no fuera cierto), eso lo mantenía un poco más controlado.

Derek sacudió la cabeza, con el rostro ensombrecido.

—Le pedí que dejara de hacerlo.

Supongo que alegra saber que al menos lo intentó. No estaba segura de que fuera consciente de todas las mentiras que Luke había estado enviando al grupo del equipo de *hockey,* pero no quería entrar en eso ahora mismo.

—Chase también lo hizo. Varias veces.

—Por eso le embistió en el partido, ¿no?

—Más o menos. Luke es un cabrón mezquino —dije—. Creo que se lo merecía, de todas formas.

Derek se rio.

—Seguro que sí.

La pantalla de mi móvil se iluminó con un recordatorio. Tenía una cita con mi asesor académico al otro lado del campus en media hora.

—Mierda. Tengo que irme. —Me levanté y empujé la silla hacia atrás.

—Me alegro de que hayamos hablado —dijo.

—Yo también. —Teníamos más cosas que resolver, pero habíamos dado un paso en la dirección correcta.



Capítulo 40

Te lo dije

Bailey

Tomarme un día de descanso para recuperarme de la embriaguez que me provocaba Chase no era lo peor que podía pasar. Después de estar todo el día en las nubes, necesitaba volver a poner los pies en la tierra.

Pero, al parecer, hoy no iba a ser ese día. Ya se sabe, hasta los mejores planes se tuercen.

La lluvia golpeaba el techo acristalado del patio interior mientras Chase y yo nos sentábamos a una mesa de metal negro escondida en un rincón de la cafetería del campus de Callingwood, donde nos terminamos lo que nos quedaba de nuestros *burrito bowls.* No habíamos planeado vernos hoy, y yo tenía pensado adelantar algunos trabajos durante el descanso, mientras Chase realizaba su rutina habitual antes del partido, tras su última clase de la tarde. Esa noche estaríamos en dos estadios diferentes para ver dos partidos distintos.

Pero cuando uno de los profesores de Chase llamó para decir que

estaba enfermo, me envió un mensaje para quedar a comer, y todo lo demás pasó a un segundo plano. Terminar el reportaje sobre el Coro Sinfónico de Callingwood para la edición del fin de semana del periódico tendría que esperar, porque la idea de pasar tiempo con él era demasiado atractiva.

Ahí quedaba la autodisciplina de la que tanto me enorgullecía.

Me volví hacia Chase y observé la adorable torpeza con la que intentaba acomodar su enorme cuerpo en la silla que había junto a la mesita. Tenía las piernas demasiado largas, lo que le obligaba a doblar las rodillas en un ángulo incómodo.

—El mundo no está hecho para gente de tu tamaño, ¿verdad?

Chase bajó la mirada hacia sus piernas, vestidas con vaqueros azules, y esbozó una sonrisa.

—No. —Asintió con la cabeza—. Por eso me gusta que tú también seas alta. Sabes lo que es sobresalir por encima de los demás.

—Me siento mal porque has venido hasta aquí para verme y ahora tienes que irte.

Pasó el brazo por el respaldo de mi silla y me rozó la parte superior de la espalda con los dedos.

—¿Qué más iba a hacer en una tarde libre de viernes? ¿Estudiar? ¿Solo?

—Bueno, sí. —Me reí y tomé el último bocado de mi arroz con cilantro y lima—. Eso sería una buena idea. ¿Y qué pasa con lo de echarte una siesta antes del partido?

—¿Por qué iba a querer dormir cuando puedo estar aquí contigo?

Lo señalé con el tenedor.

—Ni siquiera estudias aquí.

—¿Y qué? —Chase se encogió de hombros—. Sigo siendo un estudiante.

Tenía razón. Al menos llevaba una sudadera negra con cremallera en lugar del uniforme color escarlata de los Falcons. El pájaro carmesí estaba prohibido en esta zona.

—De acuerdo, pero en cuanto terminemos de comer, nos

pondremos a estudiar en serio. —Intenté mantener una expresión seria y un tono severo sin éxito alguno—. Y con «nos», me refiero a ti. A estudiar. No a coquetear conmigo desde el otro lado de la mesa.

—¿Qué tal si hago ambas? —Me dedicó una sonrisa picara—. Ya sabes, podemos llegar a un acuerdo.

Me resultaba imposible rechazarlo con ese encanto suyo.

—Lo que sea con tal de que estudies y no vuelvan a ponerte en periodo de prueba.

—Este semestre estoy sacando todos notables, para que lo sepas. —Tomó un sorbo de su botella de agua y me miró con inocencia fingida—. He sido un angelito.

—¿Quieres decir que te han cambiado por otra persona? —pregunté mientras recogía mi plato vacío, la servilleta y los cubiertos, y Chase hizo lo mismo.

—Más bien me he rehabilitado gracias a tu buena influencia.

Nos levantamos y llevamos la basura y el reciclaje a los contenedores que había junto a la columna. Luego lo guié hacia la escalera que conducía a mi sala de estudio favorita en el segundo piso. Era acogedora, con sillas cómodas y calefacción que funcionaba, que ya era más de lo que podía decir de otras zonas de estudio de Callingwood.

—Hmmm —canturreé, y me detuve con una mano en el pomo de acero inoxidable de la puerta.

—Si yo soy tu buena influencia, ¿eso te convierte a ti en mi mala influencia?

—Sin duda. —Chase me pasó un mechón de pelo del hombro. Un escalofrío me recorrió la espalda al sentir su contacto. Me apartó la melena y se acercó hasta que me rozó la oreja con la nariz—. Hablando de eso —murmuró—, estoy deseando tenerte en mis brazos mañana por la noche.

Se me cortó la respiración. Esperaba un beso en la mejilla, no que me dijera palabras obscenas en medio de la sala de estudio. Pero se trataba de Chase.

—¿Por qué? —pregunté con voz entrecortada.

—Porque voy a hacer que te corras tan fuerte que despertarás a tus nuevos vecinos con los gemidos.

Una sacudida me recorrió el cuerpo y giré la cabeza para mirarlo, con los ojos muy abiertos.

—Dios mío. Chase. Hay gente por todas partes.

—Lo sé. —Me dedicó una sonrisa feroz—. Por eso lo he dicho en voz baja.

—Pero ahora estoy…

—¿Cachonda?

—En público. —Miré a nuestro alrededor en busca de fisgones. La zona de asientos detrás de él estaba llena de estudiantes que comían, deambulaban con bandejas de comida y hablaban por teléfono. Por supuesto, ninguno de ellos se había dado cuenta de nada. Nadie sabía que yo estaba excitada y nerviosa. Pero, aun así.

—De eso se trata, James. La anticipación es la mitad de la diversión. —Me dio un codazo, abrió la puerta y me la sostuvo.

Negué con la cabeza y bajé la voz.

—Eres un provocador.

—Por supuesto —contestó—. Me encanta provocarte.

—Yo también podría provocarte, ¿sabes?

Me miró a los ojos de golpe. Sus cálidos ojos marrones contenían una mezcla de deseo y diversión.

—Sí, por favor.

—Cuidado con lo que deseas, Carter.

Algún día le devolvería la jugada. Solo debía reunir el valor necesario.



Tras una hora estudiando, o al menos intentándolo, mientras Chase aprovechaba que la sala estaba vacía para parlotear y hacerme ojitos, me acompañó a clase, al otro lado del campus.

Atravesamos el patio, donde soplaba el viento y el cielo gris y

sombrío se extendía sobre nuestras cabezas. Al menos había dejado de llover. Por lo general, me encantaba el otoño, pero ese día el tiempo era deprimente y daba los primeros indicios de que el invierno se acercaba.

—¿Sabes quién me llamó el otro día? —dijo Chase, que le dio un sorbo a su café americano. Su otra mano estaba entrelazada con la mía, y el calor de su piel la protegía del frío.

—¿Quién?

—El asistente del director general de Los Ángeles.

—¿Qué? —Me quedé paralizada con la taza a medio camino de la boca—. Eso es muy importante. ¿Qué quería?

—Solo quería saber cómo iba todo. Cómo iban los estudios, el entrenamiento y la alimentación, qué tal mis entrenadores, comentar los vídeos de los partidos, lo que han visto los ojeadores, esas cosas.

Al haber sido seleccionado antes de empezar la universidad, Chase se encontraba en la situación ideal para un jugador de *hockey* universitario. Tenía asegurada una plaza en el equipo.

Por el contrario, a Derek no lo habían escogido. Aún no sabía quién lo ficharía después de graduarse, si es que algún equipo lo hacía. Tal vez no lo sabría hasta bien entrado el verano siguiente. E incluso entonces, podría ser la NHL, la AHL, la ECHL o ninguna de las anteriores, lo que significaba que debería buscar un trabajo normal como todo el mundo. La última posibilidad era la que más le asustaba. Deseaba ser jugador profesional cuando acabase la universidad.

—Es pronto para que se pongan en contacto contigo, ¿no? —pregunté con el ceño fruncido. No estaba tan familiarizada con los entresijos del proceso de fichaje como con otros aspectos del *hockey.*

—Más o menos, sí. Creo que están tanteándome.

—¿Para el año que viene? —El corazón me dio un vuelco. Me alegraba por él, pero mis sentimientos no eran nada altruistas.

—Quizá. —Chase se encogió de hombros—. Eso o que saben que soy problemático y me están vigilando. Podría ser por ambos

motivos.

Me entró un ataque de risa, pero enseguida me recuperé.

—¿De verdad dejarías la universidad un año antes? ¿Sin terminar la carrera?

—Desde luego. —Asintió.

—Por aquí. —Giré a la izquierda y lo guié hacia el edificio de ladrillo de Ciencias Sociales. Supongo que entendía por qué estaba tan desmotivado con los estudios. No tenía intención de quedarse el tiempo suficiente para graduarse.

—¿Te irías? ¿Así, sin más?

—Totalmente.

De repente, me quedé sin aliento.

—Es una decisión importante.

—Lo sé —contestó—. Pero lo he pensado mucho. Si llegara el momento, abandonaría la carrera, siempre podría terminarla más adelante si fuera necesario.

—Es verdad, aunque la mayoría de la gente nunca la retoma. —Sería bastante difícil soportar el cambio de estilo de vida que eso supondría.

—Tal vez no —admitió.

Se me pasaron un millón de cosas por la mente, pero no estaba segura de que fuera asunto mío.

—Hablando de *hockey* —dijo—, sigo siendo número uno en mi liga de *hockey* imaginaría. En parte gracias a ti. —Me dio un apretón en la mano y me acarició el dorso con el pulgar áspero. Intentaba cambiar de tema.

—Eso es genial. —Pero ahora solo podía pensar en lo que nos pasaría si se marchaba. Sabía que era demasiado *pronto* para preocuparse por eso, pero la idea de que nuestra relación fuera algo temporal me destrozaba.

Unos minutos más tarde, nos sentamos en un banco de madera al lado del vestíbulo de Ciencias Sociales y nos terminamos los cafés. En un giro de los acontecimientos terriblemente inoportuno, tenía una clase en menos de diez minutos y ahora estábamos enzarzados

en una discusión sobre lo que haríamos esa noche.

—No me dijiste que ibas a ir sola al partido de los Bulldogs. —Chase frunció el ceño—. No me gusta ni un pelo.

—No pasará nada. —Le coloqué una mano sobre el muslo musculoso—. Después del partido volveré a casa a terminar de hacer las maletas y mañana trasladaremos todas mis cosas.

—Sigo pensando que no deberías ir sin acompañante. Morrison me da mala espina, James. ¿Has visto cómo te mira? Tengola sensación de que un día aparecerá y te meterá en una furgoneta blanca. No bromeo.

Luke era muchas cosas, pero no era peligroso. Nunca me hizo daño físico. Aunque se le puede hacer mucho daño a alguien sin ponerle un dedo encima.

—Estás exagerando —dije—. Habrá gente por todas partes en el estadio. Y Derek también estará allí.

—¿Y qué? —preguntó con brusquedad—. ¿Cuándo fue la última vez que Derek te defendió?

Lo fulminé con la mirada.

—¿No crees que mi propio hermano impediría que alguien me secuestrase?

—¿Quién dice que se daría cuenta? Está demasiado ensimismado en lo que sea que esté haciendo.

Su comentario me golpeó como una bofetada. Una parte de mí sabía que tenía razón, aunque su forma de decirlo me doliera. Pero Derek y yo habíamos avanzado en eso de hacer las paces. La situación no era perfecta, ni mucho menos, y le daba demasiadas vueltas, corría el riesgo de que mis frustraciones acabaran por dominarme.

—Eso es un poco duro —dije—. Además, ha roto con Jill.

—Genial, pues ya puede ir compensándote por haberte tratado tan mal.

—Joder, Carter, no hace falta que seas tan honesto…

Sí, tenía un instinto protector muy desarrollado, pero a veces podía decir las cosas con un poco más de delicadeza.

—¿Recuerdas cuando te dije que siempre te diría la verdad? —Habló en tono serio—. Si la verdad duele, no es conmigo con quien debes enfadarte. —Se bajó la cremallera de la sudadera y dejó al descubierto la camiseta blanca que llevaba debajo. Siempre tenía calor, y discutir no ayudaba.

Respiré hondo y exhalé poco a poco para calmar la frustración que se estaba acumulando en mi interior.

—Volvamos al tema. Estás exagerando mucho todo este asunto del partido.

Chase negó con la cabeza, con los músculos del cuello del todo tensos.

—No es cierto. Necesitas a alguien allí contigo. Si no tuviéramos partido esta noche, enviaría a Ward sin dudarlo.

—Me habré ido antes de que los jugadores salgan del vestuario.

—No se trata solo de Morrison. ¿Qué hay de Amelia y Jillian? ¿Y si te acorralan y te hacen pasar un mal rato? Por no hablar de ese cabrón de Paul.

—Ya me toca lidiar con Amelia y Jillian en casa, ¿recuerdas? —Un sabor amargo me llenó la boca—. Además, Zara, Noelle y Shiv están ocupadas.

Me daba vergüenza no tener a nadie más a quien pedirle ayuda. En el pasado, había tenido muchos amigos, hasta que resultó que no lo eran.

—Supongo que podríamos contratar a un guardaespaldas. A menos que tengas otra solución.

—La tengo, de hecho. Una muy sencilla. No vayas.

—Estaré bien.

Apretó la mandíbula.

—¿Y si no es así?

Tenía ganas de tirarme de los pelos. Chase hablaba en serio cuando decía que era terco. Estaba descubriendo que eso significaba que era imposible discutir con él cuando se empeñaba en algo.

—Dios mío. Solo es un partido de *hockey.* En público. ¿Por qué insistes tanto?

—Porque tengo razón —dijo en voz baja—. Es un maldito cretino. —Conocía ese tono de voz. Era el que utilizaba cuando daba por terminada una discusión. Me gustaba mucho cuando lo usaba en la cama, pero fuera de él era muy frustrante.

—Espera. —Levanté una mano con el ceño fruncido—. ¿Estás seguro de que no estás enfadado porque no voy a ir a tu partido? Mis cosas también son importantes, ¿sabes?

—En primer lugar, no estoy enfadado, sino molesto. Hay una diferencia. Y claro que tus cosas son importantes. —Su expresión y su tono de voz se suavizaron—. No tiene nada que ver con que vayas a verme o no. Pero estaré preocupado por ti toda la noche.

—Y eso hará que estés desconcentrado en el partido.

—Y me volverá loco, James. —Me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y apoyó la palma de la mano en mi mejilla—. Me preocupas mucho más que el partido.

El corazón me volvió a dar un vuelco; esta vez por motivos totalmente diferentes.

—Tú a mí también me importas. Y es muy dulce que te preocupes por mí. Pero estaré bien. Lo prometo. Te iré actualizando por escrito para demostrar que sigo con vida. —Miré mi reloj—. Perdona, tengo que irme a clase.

Nos quedamos de pie, cara a cara, y él me rodeó la cintura con esas manos anchas, cálidas y fuertes. Bajó la cabeza, rozó mis labios con los suyos y la tensión entre nosotros se evaporó. Sonrió y soltó una risita cuando nos separamos.

—Creo que lo necesitaba —dijo. La sonrisa desapareció y un ceño fruncido le ensombreció el rostro—. Llámame si pasa algo. —Pero estarás en la pista.

—Hazlo de todas formas, ¿vale?

—Vale.

Se volvió a inclinar y me plantó un beso delicado en la mejilla. —Nos vemos mañana, preciosa.



Como los Bulldogs no jugaban contra los Falcons esta noche, no animé en su contra, o al menos no con tanta intensidad. Al final, ganaron tres a dos, lo cual fue una buena noticia para Derek.

Sin embargo, sí que grité en contra de Paul. Con entusiasmo. Me alegré en secreto de que no hubiera marcado ningún gol. Luke aún tenía la rodilla lesionada, lo que fue un alivio, porque significaba que no tuve que verlo jugar.

La luz se estaba desvaneciendo cuando emprendí el camino de vuelta a casa. Llevaba unos diez minutos caminando a paso ligero para entrar en calor en el aire frío de la noche cuando, de la nada, el coche de Luke se detuvo a mi lado. Era cómo si la predicción de Chase sobre la furgoneta se hubiera hecho realidad, solo que con un BMW *coupé* azul marino.

Sé me revolvió el estómago cuando Luke ralentizó la marcha y bajó la ventanilla antes de asomar la cabeza.

—¿Bailey, podemos hablar?

El universo me acababa de soltar el mayor «te lo dije» de la historia.



Capítulo 41

Atrapada

Bailey

Ignoré a Luke y aceleré el paso hasta que casi empecé a correr. La calle estaba repleta de casitas antiguas, en su mayoría alquiladas por estudiantes, así que no había tiendas donde refugiarme ni otra vía de escape. Bueno, aparte de salir corriendo, pero probablemente no valía la pena; estaba bastante segura de que Luke solo estaba siendo un poco pesado.

Bastante pesado, a decir verdad.

—He dicho que si podemos hablar. —Luke levantó la voz y su tono adquirió un deje afilado que me resultaba muy familiar.

—No —exclamé por encima del hombro. ¿Por qué no había más peatones alrededor? Si hubiera testigos, seguro que se marcharía. Luke nunca mostraría cómo era de verdad delante de desconocidos. Tenía una reputación que mantener, o eso creía él.

—Te llevo a casa —ofreció, y modificó el tono para parecer tranquilo. Conocía demasiado bien su manera de razonar las cosas.

—Paso.

—Venga —insistió, siguiendo por la calle—. No me hagas aparcar y salir del coche.

¿Y hacer qué? A lo mejor me había equivocado al pensar que no era peligroso.

—No me hagas gritar para pedir ayuda —espeté.

Con manos temblorosas, rebusqué en el bolsillo para sacar el móvil y mirar la hora. Eran las 9:09 de la noche. Chase seguiría en la pista de hielo. A lo mejor estaba de camino a la ducha. De un modo u otro, no podía contactarle. Me había dicho que le llamase, pero si lo hacía y no me respondía, se pondría aún más triste cuando le contase lo que había ocurrido.

—Bailey, hablemos un momento.

¿Por qué? ¿Para acabar discutiendo? No había nada de qué hablar. Lo que más le gustaba era intentar volver a atraerme a sus dramas.

Negué con la cabeza.

—No.

Me detuve en una esquina y miré a ambos lados antes de cruzar la carretera a toda prisa. Él se saltó el semáforo en rojo para seguirme el ritmo.

—¿De verdad, después de un año y medio juntos, vas a dejarlo así?

—Sí. Y Chase está a punto de llegar —mentí—, así que a ti también te conviene dejarme en paz. —Un soplo de aire frío me caló hasta la médula, y empecé a temblar sin saber si era por el frío o por mi instinto de supervivencia.

—¿Por qué te comportas como una zorra?

Y eso fue todo. Perdí los estribos. Si hubiera tenido una piedra en la mano, creo que se la habría lanzado contra el parabrisas.

Subí a la acera y me detuve en seco.

—No soy una zorra. ¡Tú eres un cabrón! —Alcé la voz—. Déjame en paz. ¿No entiendes las indirectas?

Para mi desgracia, parecía que tenía ganas de discutir, porque detuvo el coche en una calle desierta.

Debería haberlo sabido.

Luke apoyó el antebrazo en la ventanilla abierta del coche y me miró con desdén. Su Rolex plateado brillaba bajo la luz de la farola.

—Estaba intentando arreglar las cosas contigo. Pero no sé por qué me molesto, si acabaste en la cama de Carter en cuanto rompimos.

Tenía razón. Pero no era asunto suyo. Él había hecho lo mismo con Sophie, pero llegados a este punto, no me importaba ni lo más mínimo, pasaba de responderle.

—Eres una zorra —añadió.

Me encogí de hombros y seguí caminando.

—Sí, sí. Lo que tú digas.

—¿Así que lo admites?

—No me importa lo que pienses. —Fingí mirar el móvil—. Deberías irte. Chase llegará en cualquier momento. No creo que esto acabe bien si sigues aquí.

—Ese tipo no es quien crees que es —dijo—. Te lo demostraré. —Sus neumáticos chirriaron al alejarse.

Tenía una idea bastante clara de quién era Chase, con lo bueno y lo malo, incluida su testarudez. Luke habría aprovechado mejor toda esa energía si la hubiera dedicado a ir a terapia.

Al poco tiempo llegué, por última vez, a la que había sido mi casa, y la encontré vacía. Con las manos aún temblorosas, abrí la puerta y volví a cerrarla rápidamente tras de mí. Me apoyé contra la puerta, encendí la luz del vestíbulo y respiré hondo. Estaba a salvo. Se acabó.

Una vez que mi corazón recuperó un ritmo más normal, le envié un mensaje a Chase para decirle que había llegado a casa sana y salva. No sabía si contarle lo de Luke… aunque sabía que debía hacerlo. Probablemente lo hiciera cuando lo viera mañana. No me apetecía lidiar con ello esta noche.

Después de tomar algo, subí para terminar de hacer las maletas. Mudarme del edificio de ladrillo rojo era una sensación agridulce. Lamentaba haber perdido dos amistades por el camino. Aunque

cada vez era más difícil recordar que una vez fuimos amigas, Amelia y Jillian no siempre habían sido así.

Pero supongo que nunca fue una amistad verdadera, dado lo rápido que me dieron la espalda. Era una pena que no me hubiera dado cuenta hasta que fue demasiado tarde.

Me llegó una notificación al móvil mientras doblaba la última prenda de ropa.

> *The Sideline*
> *Se rumorea que hay un vídeo sexual circulando por ahí de una chica de Callingwood. Se ofrece una gran recompensa monetaria a cualquiera que pueda proporcionar una copia.*

¿Un vídeo sexual? Se me revolvió el estómago y mi mente saltó, como siempre, a la peor conclusión. ¿Y si la chica de Callingwood era yo? Luke no nos habría grabado en secreto, ¿verdad?

Esa noticia anónima podría referirse a cualquiera. Incluso podía tratarse de Jillian o de Amelia. O de cualquiera de las miles de estudiantes de Callingwood. Estaba siendo paranoica, ¿no?



Chase

Había jugado mejor en otros partidos, pero habíamos ganado cuatro a tres, así que había ido bien.

Empujé a varios de los chicos que se interponían en mi camino y tras recibir varios «que te den», me dirigí a mi taquilla y cogí el móvil. Lo desbloqueé mientras me sentaba en el banco, todavía con el equipo puesto.

Dallas se dejó caer a mi lado y me dio un empujón con el codo.

—Carter, ¿qué narices ha sido eso?

—Un momento. —Alcé la mano y observé la pantalla. Bailey me había escrito hacía diez minutos.

Bailey: He llegado sana y salva a casa. Todo bien. ¿Hacemos una videollamada cuando llegues a casa?

Le respondí enseguida.

Chase: ¿Videollamada desnudos?

Bailey: Creía que querías provocarme hasta mañana.

Chase: Si te apuntas, dejaré lo de la provocación para otro momento.

Bailey: Ya veremos...

Estaba bastante seguro de que se estaba burlando de mí, probablemente para vengarse por lo de antes, pero bueno, existía la posibilidad de que fuera en serio.

Tal vez me hubiera pasado un poco esta mañana, pero seguía pensando que Morrison era un acosador.

—Tierra llamando a Carter.

Bloqueé el teléfono y volví a mirar a Dallas. Me observaba tan fijamente con esos ojos azul claro que sentía que me quemaba, y tenía la mandíbula más tensa que los cordones de mis zapatos. Hacía tiempo que no estaba tan enfadado conmigo.

—¿Qué? Hemos ganado, ¿no? —Me quité el jersey por encima de la cabeza y me desabroché las hombreras.

—Por los pelos —soltó—. Y no gracias a ti. —Dallas bajó la voz con el ceño fruncido—. ¿Dónde cojones tenías la cabeza? Ha habido un momento en el que patinabas en dirección contraria.

—Ya te lo he dicho: estaba preocupado por Bailey. Estaba sola en un partido de los Bulldogs.

Y por preocupado me refería a que no dejaba de imaginarme todo tipo de escenarios catastróficos. Por lo general, utilizaba mi imaginación para cosas buenas, es decir, obscenas, pero también se me daba muy bien visualizar posibles desenlaces nefastos. Aunque no me había dado cuenta hasta hacía poco.

—¿Ha llegado bien a casa?

—Acaba de llegar.

—Me alegro. —Se deslizó las coderas por los brazos y me fulminó con la mirada—. Pero ya sabes que preocuparse no sirve de nada, ¿verdad?

Lo decía el tío que hacía cosas como comprobar el tiempo tres veces antes de salir de casa por miedo a que lloviera y se le estropeasen las zapatillas de marca. Qué mono.

—Supongo que sí.

No solía preocuparme demasiado en general, así que tampoco lo había pensado. Lo que decía tenía sentido, pero, por alguna razón, no podía aplicar ese principio a Bailey.

Dallas se inclinó para desabrocharse los patines.

—Vas a tener que aprender a llevar tu relación sin que interfiera con tu rendimiento.

—Para ti es fácil decirlo. Has tenido más tiempo que yo para averiguar cómo hacerlo.

No todos llevábamos meses preparándonos para esto de ser pareja como si se tratara de una disciplina olímpica. Vamos, hombre.

—Supongo —gruñó—. Pero si sigues así, el equipo de Los Ángeles te dejará aquí un año más.

—Tú también has tenido partidos malos por culpa de Shiv. ¿Recuerdas el primer partido de la temporada? —Me quité los patines y limpié las cuchillas.

—Vagamente —masculló.

Dallas no podía rebatírmelo y lo sabía. Ese partido fue un completo desastre. Habían tenido una discusión tremenda ese mismo día, probablemente por el tema de lo de ponerle una etiqueta a lo suyo. Menos mal que ya lo habían solucionado. Nuestro capitán

suplente, Maxwell, tuvo que tomar el control porque Ward estuvo ausente todo el tiempo. De hecho, había sido un lastre en el hielo. Y, a diferencia de esta noche, perdimos ese partido.

—Además —dije—, Miller ya me ha echado la bronca.

—La próxima vez que falles un pase así, yo mismo te mandaré al banquillo.

—Me parece justo.

Después de ducharnos, el humor de Dallas mejoró. Se enfadaba con facilidad, y se calmaba igual de rápido en cuanto soltaba lo que tenía que decir.

—¿Sigue en pie lo de ayudarme con la mudanza de Bailey mañana por la tarde? —le pregunté—. No tiene muchas cosas, así que será bastante rápido. Los muebles más aparatosos son la cómoda, la cama y el escritorio.

—Sí. ¿Sobre las tres o las cuatro os viene bien? Shiv y yo vamos a ir a cenar con mis padres a las siete. —Se subió la bragueta y se detuvo—. Aunque supongo que podría ducharme en casa de las chicas.

Si hacía eso, nunca llegarían a la cena. Por suerte, en casa cada uno tenía su propio baño, aunque eso no me libraba de enterarme de que Shiv y Ward follaban en la ducha. Lamentablemente, por muy bonitos que fueran los azulejos de mármol de las paredes, tenían un defecto: hacían que cualquier sonido retumbara. Mucho.

—¿Qué está pasando? ¿Shiv va a conocer a Maggie y a Stewart? —Dejé escapar un silbido bajo—. Es un paso importante.

Los padres de Dallas eran increíbles. Su padre era el típico abogado litigante de la vieja escuela, socio veterano de uno de los cuatro grandes bufetes y un auténtico cabrón en los tribunales. Sin embargo, en su vida personal era el tipo más tranquilo del mundo. Siempre y cuando no te metieras con él. Había muy pocas personas que me daban miedo, y Stewart Ward encabezaba la lista.

La madre de Dallas, en cambio, era una persona cálida y maternal que se preocupaba por todos. Tenía un aire de mujer trofeo: estaba claro que Dallas había heredado su atractivo de ella, y

no de su padre. Maggie siempre coqueteaba un poco conmigo. No de forma incómoda, sino en broma. Y eso enloquecía a Dallas, lo que lo hacía aún más gracioso.

—Ya era hora, ¿no? —preguntó—. Vamos a ir a Allegro.

—Qué elegante.

La cuenta llegaría fácilmente a los quinientos dólares, aunque para ellos era lo mismo que para nosotros un menú del McDonald's.

—Ellos invitan. Más vale aprovechar mientras pueda —añadió, y se encogió de hombros.

—Ya, cuando entres en la liga, puede que te cobren alquiler y todo.

Sonrió con ironía.

—Ni que tú pagaras un alquiler normal, idiota.

Eso era cierto. Nuestro alojamiento estaba subvencionado en gran parte por el banco de Stewart Ward. Podía permitirme pagar más, pero sus padres insistieron en que fuera algo «más apropiado para un estudiante». Traté de discutirlo con ellos, pero no quisieron escucharme.

—Lo haría si me dejasen —contesté—. No puedo evitar que tus padres sientan debilidad por mí.

—Eso es porque aún no te conocen del todo. —Dallas se quitó la camiseta azul de manga larga.

A excepción de que había pasado la mayor parte de los últimos cuatro veranos en su casa de la playa. Ward era hijo único, así que yo era lo más parecido a un hermano que tenía.

—Estás celoso porque les caigo mejor. —Me puse la sudadera negra y la alisé con las manos.

—Si eso fuera cierto —dijo Dallas—, yo mismo me desheredaría por ser una decepción tan grande.

Levanté la vista mientras me abrochaba el cinturón y sonreí.

—Yo también te quiero, tío.

—¿Quién ha dicho que te quiera? —Sonrió—. ¿Vienes a tomar algo?

—No —respondí—. No quiero estar cansado mañana. Es un día

importante, por lo de la mudanza y lo que venga después.

Además, seguía pensando que había posibilidades de hacer una videollamada *sexy.*

—Te tiene completamente embelesado.

—Sip.



Capítulo 42

Día de mudanza

Chase

No me llamó desnuda, pero me enseñó el escote, y la verdad es que no podía quejarme. Por fin había llegado el día en que Bailey saldría del infierno en el que había estado viviendo.

El sábado empezaba de maravilla.

Después de un almuerzo rápido, volvimos a la que pronto dejaría de ser su casa. Bailey se sentó en su escritorio y empezó a detallar de forma meticulosa el contenido de cada caja; era, después de todo, una entrañable fanática del orden. Ni siquiera tenía muchas cosas que guardar, pero bueno, era lo que le funcionaba.

Hasta que Ward llegó para ayudarme a mover las cosas más grandes, me encargué de las cajas más pequeñas y apilé lo que cabía en el asiento trasero de la camioneta.

—Uf —susurré, cogiendo otra caja de cartón mediana. Era una de las últimas, luego pasaríamos a los muebles grandes—. Se te va a hacer raro vivir en un lugar donde yo sea bienvenido.

—Lo sé, ¿verdad? Me muero de ganas.

El teléfono, de un suave tono lavanda, vibró junto a ella sobre el escritorio. Al poco tiempo, volvió a hacerlo. Ella lo observó y soltó un bufido de disgusto.

Esperaba que fuera él.

Dejé la caja que sostenía a un lado.

—¿Ese imbécil te está escribiendo de nuevo?

—Sí. —Giró su silla hacia mí y tiró del cordón de su sudadera turquesa. Tenía los ojos muy abiertos y una expresión de culpa—. Le he estado ignorando.

Debería haber bloqueado a ese imbécil, pero Bailey tenía miedo de que se enfadara más si lo hacía. Habíamos discutido por eso, pero me había dado por vencido porque no valía la pena pelearnos por él. Confiaba en que, una vez se mudara a su nueva casa, cuya dirección él no conocía, por fin entrara en razón.

—¿Y ahora por qué te molesta?

Bailey respiró y aguantó el aire un momento.

—Porque anoche no quise hablar con él, y está cabreado.

Mi presión arterial se disparó.

—¿Cómo?

No era un paranoico; estaba en lo cierto. Lo sabía. Ese puto acosador.

—No era para tanto —dijo ella—. Él quería hablar, yo me negué y discutimos. Entonces le llamé cabrón y se marchó.

¿Discutieron? A mí sí que me parecía para tanto. Apreté los puños y traté de reprimir la irritación que se estaba gestando en mi estómago. Solo me molestaba porque me preocupaba por ella. Buscar pelea no serviría de nada.

Pero aun así… Mierda, James.

—Pero no me llamaste.

Frunció los labios de un modo tan tierno que logró aliviar un poco mi frustración.

—Porque seguías en la pista de hielo.

—Dijiste que lo harías de todas formas. —Levanté las cejas.

—Lo habría hecho de haberlo necesitado.

En mi opinión, este incidente entraba directamente en la categoría de «necesitar ayuda». Era evidente que no era el único terco de la relación.

Negué con la cabeza y formé una línea fina con los labios.

—James.

Volvió a vibrarle el móvil.

Me senté en el borde de la cama y le hice un gesto con la cabeza.

—¿Te importa que mire?

Me gustaba estar al tanto de lo que Morrison le decía y hacía, porque siempre me hacía saltar las alarmas, y mi radar de locos rara vez fallaba. Saber su estado de ánimo en cada momento era fundamental. Por si las moscas.

¿Era de esto de lo que hablaba Ward ayer, cuando discutíamos sobre la preocupación? Fuera como fuese, lo consideraba necesario. Y, además, estaba justificado.

Bailey se encogió de hombros.

—Para nada. —Se levantó y se sentó a mi lado antes de tenderme el móvil. Pero tenía una expresión rara, casi como si hubiese algo que no quería que viese. Qué raro.

El último decía: «Contéstame».

Agarré el teléfono con más fuerza. No tenía de qué preocuparse, iba a contestarle… yo.

Pasé el dedo por la pantalla para echar un vistazo a los mensajes anteriores.

Luke: Es de mala educación ignorar mensajes, Bailey.

Seguí mirando.

Luke: Podría haber cuidado de ti. Y de tu familia. Ahora tus padres tienen que vender su casa. Van a perderlo todo por tu culpa.

Me empezó a hervir la sangre. Menudo cabronazo. Qué huevos que tenía este tío. Estaba demasiado enfadado como para seguir leyendo. Había muchas posibilidades de que le rompiera el móvil. Sin soltar el dispositivo, levanté la mirada hacia ella.

—¿Puedo responder a este hijo de puta?

—Si quieres.

Por supuesto que quería.

Bailey: Eh, capullo. Soy Carter. Vuelve a escribir a este número y verás que la rodilla no es lo único que puedo romperte.

Pulsé enviar y bloqueé el móvil antes de devolvérselo. Dudaba que eso desalentase al perturbado este. Que se cambiase el número de teléfono sería mucho más efectivo que bloquearlo.

Dicho esto, había un asunto más urgente que resolver.

—No quiero parecer entrometido —dije con cautela—, pero ¿es cierto lo de que tus padres van a vender su casa? —O que la iban a perder, por lo que parecía, pero estaba intentando ser delicado. No era mi fuerte, así que estaba haciendo un grandísimo esfuerzo.

—Sí, la van a vender.

—¿Morrison sabía eso y yo no? —pregunté, y le rodeé los hombros con el brazo para acercarla hacia mí. El pelo le olía a algo tropical, una mezcla de coco y piña.

Bailey bajó la mirada y puso las manos sobre sus vaqueros oscuros, pues evitaba mirarme a los ojos.

—Se lo habrá dicho Derek.

—Pero… —dije con cuidado—, ¿por qué no me lo has contado?

Seguramente fuera el motivo por el que me había mirado raro al darme el móvil. No quería que lo supiera. Pero ¿por qué?

—No lo sé. —Me miró y se mordió el labio inferior—. Me enteré el otro día. A mi padre lo han echado recientemente del trabajo y no se pueden permitir mantenerla.

Se me hizo un nudo en el estómago. Mierda. Supongo que ese era el motivo.

—Lo siento mucho, James.

—No es para tanto. —Bailey se encogió de hombros, pero no resultó nada convincente.

Era evidente que sí lo era. Por la forma en que hablaba de su casa, se notaba que era importante para ella. Era donde había crecido. Me había contado que su madre tenía un jardín enorme en el patio trasero, que allí celebraban todas las navidades, que en la puerta de la cocina habían ido apuntando la estatura de cada uno de sus hermanos y la suya; todos esos detalles cargados de recuerdos.

—¿Dónde vivirán?

—Se mudan a algún lugar más pequeño por la zona —dijo Bailey —. Ahora que todos nos hemos hecho mayores, ya no necesitan tanto espacio. Probablemente sea lo más sensato.

Quizá, pero que tomaran la decisión por gusto y que se vieran obligados a tomarla eran dos cosas muy diferentes.

—Aunque el mercado inmobiliario está fatal donde viven, así que les está costando vender la casa —añadió.

Y la cosa no dejaba de empeorar.

—¿Estarán bien si la casa tarda en venderse?

—Creo que sí —respondió—. Mis hermanos pueden echarles una mano si necesitan dinero. Estoy segura de que mi padre también encontrará otro trabajo de profesor dentro de poco.

Asentí.

—Ya.

Para bien o para mal, a Bailey no se le daba bien mentir. La forma en que se mordía el labio y mantenía la cabeza gacha me indicaba que las cosas no irían bien. Y, a juzgar por el mensaje de Morrison, sentía que no me estaba contando toda la historia. Sin embargo, el dinero era un tema delicado para ella, así que no quise indagar más.

Necesitaba darle vueltas. Pasaba algo más, pero no sabía qué era.

Nos quedamos en silencio un momento. La habitación estaba casi vacía, salvo por unas cuantas cajas y algunos muebles, pero el

ambiente era tenso.

Le di un ligero codazo para aligerarlo.

—¿Estás emocionada por la mudanza?

—Sí. Más o menos.

—¿Más o menos?

Si estuviera en su lugar, me plantaría un gorro de fiesta y, al salir, le soltaría a Amelia y a Jillian un buen «que os den».

—Bueno —vaciló—, supongo que una pequeña parte de mí se pregunta si estoy dejando que mi vida gire en torno a otro jugador de *hockey.* Ya sabes, por la relación que tenemos tú, Dallas, Shiv y yo. Parece un poco… de grupi.

Uf. Normalmente, las cosas solían resbalarme, pero eso me había dolido un poco.

—¿Crees que eres una grupi? —La miré fijamente hasta que me devolvió la mirada mientras trataba de entender a qué venía eso—. ¿Y que yo solo soy otro jugador de *hockey?* No somos muñecos de escaparate. Somos personas de verdad.

Y, si las cosas no acababan funcionando entre nosotros, nunca sería un capullo como Morrison y le haría la vida imposible, Aunque prefería no pensar demasiado en esa posibilidad. De todos modos, no iba a pasar.

Bailey me tomó de la mano y sentí su piel fría y suave contra la mía.

—¿No crees que cumplo con estereotipo? Pasé de un jugador de *hockey* a otro.

—No ibas detrás de mí porque juego al *hockey.* Fui yo quien insistió… aunque fuera un poco torpe.

Una pequeña sonrisa se le dibujó en los labios.

—Aun así…

—¿Seguiría gustándote si dejase el equipo mañana?

Abrió mucho los ojos color avellana y palideció.

—Por supuesto.

—Entonces no eres una grupi. Problema resuelto. —La observé —. ¿A qué viene esto?

Se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y se encogió de hombros, haciendo un pequeño sonido que indicaba duda.

—¿Te ha llamado grupi alguien?

—Puede que lo hiciera Paul. El otro día.

Una serie de palabrotas se agolparon en mi cabeza. Era oficial: mi lista de personas a las que odiaba había aumentado a dos.

Volvíamos a jugar en Callingwood en unas semanas, y todo mi equipo estaría listo para darles una paliza a esos dos imbéciles. Una y otra vez.

—No dejes que se meta en tu cabeza. Es justo lo que quiere.

—Pero no se equivoca. Era la novia de Luke Morrison y ahora soy la novia de Chase Carter.

Otra vez igual. ¿Qué demonios le pasaba?

—No eres solo mi novia. Eres mucho más que eso. Cualquiera con dos dedos de frente lo sabría. —Lo que descartaba a Paul.

Además, la forma en que lo había dicho hacía que sonase fatal. Habría seguido siendo amigo de Bailey, aunque no hubiera pasado nada entre nosotros.

Habría tenido que lidiar con la atracción de alguna manera, claro, pero la habría querido en mi vida.

—¿De verdad? —Frunció el ceño.

—Si piensan eso, no merecen ni un segundo de tu atención. —Bailey se quedó callada de nuevo.

Había momentos en los que juraría que podía leer su mente. Algunas veces era bueno, pero otras me desesperaba. Como ahora.

Suspiré.

—Ojalá te vieras como yo te veo a ti.

—¿Qué ves?

—Eres una escritora con talento, una diosa de los video juegos, leal hasta la médula y tan guapa que a veces duele un poco.

—¿De verdad piensas eso de mí? —susurró.

—Por supuesto.



Mientras Bailey recogía la ropa de cama, yo cargaba las últimas cajas en el camión, ignorando las miradas de Amelia y Jillian cada vez que pasaba. ¿Era mucho pedir que desaparecieran solo por hoy? Parecía que se hubieran quedado a propósito para presenciar la mudanza.

Eran horribles. Como buitres.

De vuelta en su habitación, cogí una de las últimas cajas, que parecía estar llena de ladrillos.

—Joder, James. ¿Qué hay aquí? ¿Un juego de pesas rusas?

—No, son libros. La mayoría de tapa dura… —Se volvió para mirarme y se quedó callada, con los ojos un poco vidriosos.

Conocía esa mirada.

Era un gran fan de esa mirada.



Bailey

—¿Me estás desnudando con la mirada? —Chase dejó la caja en el suelo y una sonrisa engreída se esbozó en su rostro.

Sí. Era justo lo que estaba haciendo. Me mordí el labio inferior, deseosa.

Me había pillado.

—¿Qué?

—Es solo… ya sabes. —Hice un gesto con el brazo extendido y sentí cómo se me enrojecían las mejillas—. Eres muy masculino: levantas cosas pesadas… se te marcan los músculos y todo eso.

Al parecer, mi cerebro había decidido tomarse la tarde libre,

mientras otras partes de mi cuerpo tomaban el control.

Joder, míralo. Llevaba unos pantalones de chándal negros holgados, una camiseta blanca ajustada que realzaba su cuerpo atlético y dejaba ver músculos fibrosos bajo una piel suave y tersa…

Cerró la puerta y vino hacia mí, con una sonrisa que se ensanchaba a cada paso.

—Así que me quieres por mi cuerpo.

—Sin duda, es un punto a favor. —Intenté ocultar una sonrisa tímida.

Por supuesto, había muchas otras cosas que me gustaban de él. Pero las vistas eran muy agradables.

—¿Quién tiene ahora la mente sucia?

—Supongo que paso demasiado tiempo contigo. —Me reí un poco y me di la vuelta para mirar hacia el escritorio.

Intenté echarle otro vistazo a la lista de cosas que me quedaban por hacer, pero con Chase justo ahí no había manera de concentrarme. Estaba tan cerca que podía oler la embriagadora combinación de su aroma corporal mezclado con su perfume, y mi cerebro se apagó por completo.

El calor me envolvió al sentirlo apretarse contra mi espalda, sus manos grandes sujetándome de la cintura… Apartó mi pelo hacia un lado y sus labios trazaron un camino de besos suaves por mi cuello. El deseo me ardía entre las piernas y mí sexo latía con fuerza.

Una mano me desabrochó el botón de los vaqueros con destreza y bajó la cremallera.

—Hablando de mentes sucias. He estado pensando en ti. —Deslizó la mano más abajo y pasó por la cinturilla de mis braguitas blancas de encaje.

—¿Qué tal el juguete, cariño? —Movió los dedos con destreza y me provocó una oleada de placer.

—Um… —Arqueé la espalda e inspiré profundamente en respuesta a su tacto—. Está bien.

—Qué *sexy* —murmuró, y presionó sus labios contra mi cuello—. ¿Piensas en mí cuando lo usas?

—Quizá —susurré.

Su voz retumbó en su pecho.

—Eso no es una respuesta.

—S-sí.

—Buena chica.

Deslizó la otra mano bajo mi camiseta negra y la palma áspera me rozó el costado. Me dio un apretón sobre la fina tela del sujetador. Cuando me acarició el pezón con el índice y el pulgar, no pude evitar que un suave gemido se me escapara de entre los labios.

El deseo de unos momentos antes se había transformado en una necesidad imperiosa. No existía nada más que su cuerpo presionado contra el mío y sus manos excitándome más y más.

—¿Me dejarás verte alguna vez?

—Si quieres. —Aunque, en ese instante, habría aceptado cualquier cosa.

—Uf, no sabes cuánto —dijo Chase—. Es una de mis cinco fantasías favoritas.

Me acarició de nuevo para provocarme. El calor me inundó el cuerpo y solté un suave gemido.

—¿Cuáles son las otras cuatro?

Ni siquiera se inmutó.

—Atarte, ponerte una falda sin ropa interior, tener sexo en la camioneta, hacerte decir cosas muy obscenas y provocarte hasta que me supliques que te folie.

—¿No son cinco? —Quizá me confundí. Con lo que me estaba haciendo en ese momento, ni siquiera estaba segura de poder contar hasta tres, mucho menos hasta cinco.

Se deslizó por debajo de mi sujetador y acarició mi piel desnuda.

—Las dos últimas están relacionadas, así que las cuento como una.

—Lo has pensado mucho.

—Claro que sí. —Bajó la mano aún más y deslizó un dedo en mi interior, seguido de otro.

Me temblaban las rodillas y respiré hondo. Me apoyé en él para mantener el equilibrio.

—Las paredes son finas como el papel, ¿recuerdas?

—¿Y qué? Eso nunca nos ha parado antes.

El timbre sonó abajo. Bueno, eso sí que lo haría.

Nos quedamos paralizados y luego nos separamos.

Chase suspiró.

—Ward habrá llegado media hora antes, lo que significa que ha venido justo a tiempo para fastidiarme la jugada. Es la persona más inoportuna del mundo.

—Supongo que tendremos que retomarlo en la nueva casa.

—Más tarde ¿no? —Sonrió—. Lo que dije ayer iba en serio.

Ay, madre mía.

Me abroché los vaqueros a toda prisa, me alisé la camiseta y me arreglé el pelo. Me preocupaba que Ward intuyera lo que habíamos estado haciendo.

Chase volvió a coger la pesada caja de antes.

—La sacaré cuando le abra la puerta.

Bajamos las escaleras y, a mitad de camino, descubrimos con desagrado que no era Dallas, sino Paul, quien esperaba en la puerta. Había venido a ver a Amelia o simplemente a armar jaleo.

Incómoda, me quedé al pie de la escalera mientras Chase ignoraba a Paul por completo y seguía hacia la puerta principal.

Este levantó la cabeza y dijo en tono cortante:

—He oído que has estado hablando mal de mí, Carter.

Chase se detuvo, se volvió hacia él con la caja todavía en los brazos, y sonrió con aire burlón.

—He dicho que no sabes patinar, por si tu novia no te ha transmitido el mensaje completo.

Paul se detuvo en seco, como si hubiese estado esperando que Chase lo negara.

—Que te den.

Seguro que le había copiado esa respuesta patética a Luke.

—Que te den a ti por meterte con Bailey. —Chase se acercó, con

el ceño fruncido.

—No dije nada que no fuera cierto.

Chase apretó la mandíbula y lo miró con rabia, sacudiendo la cabeza. Estaba segura de que la próxima vez que estuviera cerca del *puck* le daría una buena paliza.

O tal vez lo haría ahora mismo.

—Chase. —Me acerqué y le toqué el brazo.

—Eres valiente —dijo Chase—. Estúpido, pero valiente. Veremos cómo te va en el hielo dentro de un par de semanas.

Paul se burló.

—Ni siquiera me llegaste a tocar en el último partido. No te tengo miedo. —Debería haberlo tenido, pero nadie dijo que fuese inteligente.

—Es verdad. —Chase resopló—. ¿Para qué molestarse si ya te encargaste tú solito de quedarte fuera de juego?

Dallas se acercó a la puerta abierta y me dedicó una sonrisa amistosa, que se desvaneció cuando vio a Chase y Paul cara a cara. Apretó los puños y la mandíbula.

—¿Qué pasa, Carter? —preguntó con brusquedad—. ¿Hay algún problema?

Chase lo miró y echó los hombros hacia atrás.

—Nada que merezca la pena. Saquemos a James de aquí, ¿quieres?



Capítulo 43

Dilo

Bailey

Tras varios viajes arriba y abajo en el ascensor, terminé de mudarme a mi nueva casa. Ni siquiera había deshecho las maletas, había trasladado todas mis cajas a mi habitación, junto con mi cama, mi cómoda y mi escritorio. Por suerte, Siobhan ya había comprado muebles para las zonas comunes con la indemnización de su seguro de alquiler. Menos mal, porque yo no tenía ni muebles, ni dinero.

Todo lo que Shiv había comprado combinaba a la perfección. Un elegante sofá modular azul marino, una mesa moderna, unas sillas a juego de madera clara para la cocina y algunos elementos decorativos. Las piezas eran elegantes y tenían un aspecto muy adulto, una mejora indudable con respecto a los muebles de segunda mano de mi antiguo piso, en el que había una mesa de centro estropeada y un sofá desgastado y marrón sucio, cuyo relleno se salía por las costuras.

Teniendo en cuenta que mi compañera de piso era mucho más agradable, que el edificio era bastante más nuevo y que por fin

podía invitar a Chase a casa, la mudanza supuso una mejora en todos los sentidos.

El alquiler sería caro. Pero ¿quién necesitaba comer?

Tras subir las últimas cajas, Chase me siguió a la cocina para tomarse un vaso de agua. Llené mi vaso en el dispensador de la nevera y él se apoyó contra la encimera mientras leía un mensaje de texto.

—Dallas y Shiv van a ir a casa de Penner a tomar algo. —Bloqueó el teléfono y lo guardó en el bolsillo—. Es un chico de nuestro equipo. Ty y algunos otros también estarán allí. ¿Quieres ir?

—Claro. ¿A qué hora? —Dejé el vaso vacío sobre la encimera de granito negro y lo miré.

—Cuando sea. Ya están de camino. Pero si quieres relajarte un rato, podemos ir en media hora o así.

—Me pregunto qué podríamos hacer hasta entonces. —Incliné la cabeza y sonreí—. Hay un partido en marcha. ¿Chicago contra Boston?

—A la mierda el partido. Volvamos a donde lo habíamos dejado… —Chase se giró hacia mí y dio un paso adelante, con los ojos oscurecidos. Su cuerpo irradiaba calor cuando se agarró al borde de la encimera, a mi espalda, para acorralarme contra el armario.

—Por desgracia, todas mis faldas están guardadas. Y no creo que tu camioneta quepa en este apartamento. Mala suerte.

Su expresión ardiente se resquebrajó y frunció los labios.

—Cuidado, o comenzaré a provocarte de nuevo.

—Ya lo has hecho hoy.

—Oh, eso solo era el principio. —Me separó las piernas con la rodilla. Solté un suave jadeo cuando se presionó contra mí y prendió una chispa de deseo en mi interior.

—¿En serio? —No estaba segura de cuánto sería capaz de soportar mi cerebro.

U otras partes de mí.

—Tengo todo tipo de planes para ti. —Me recorrió poco a poco la clavícula con un dedo y lo deslizó por encima de mi camiseta verde

oscuro y entre mis pechos. Un escalofrío me atravesó la espalda. Su tono perdió algo de seriedad y se suavizó—. Pero siempre puedes decirme que pare si es demasiado.

—Lo sé. —Nunca lo había necesitado, pero no dudaba de que lo haría.

—¿Qué te parece esto? Di rojo si quieres que pare. —Chase inclinó la cabeza y sus suaves labios se encontraron con los míos. Le agarré por los brazos mientras introducía la lengua en mi boca. Me desabrochó los vaqueros con agilidad y rompió el beso un momento —. Amarillo para que espere o que vaya más despacio —murmuró contra mis labios y tiró de la cremallera—. Y verde para que siga.

—Mmm… —Le pasé una mano por el pelo sedoso—. Verde.

Una palma áspera me recorrió el torso y se detuvo un momento.

—Eres preciosa. —Me acarició la mejilla con la yema del pulgar y me levantó la barbilla. Su voz se volvió más seria—. Pero has sido una chica muy mala.

Se me cortó la respiración.

—¿Por qué?

—Por no haberme llamado cuando me necesitabas.

Debería haber sabido que no lo dejaría pasar con tanta facilidad.

—No quería preocuparte.

—Ya lo estaba, de todas formas.

—Eh… ¿rojo?

Negó con la cabeza y apretó la mandíbula.

—Eso no vale, James. —Escudriñó mi rostro con sus profundos ojos marrones—. ¿Por qué le restas importancia a esas cosas?

—No lo sé. —Era instintivo. No sabía cómo evitarlo. Si hubiera profundizado lo suficiente, probablemente habría dado con alguna teoría, pero ninguna que quisiera compartir.

—Al final —dijo—, tenía motivos para preocuparme.

—Supongo que es verdad.

—No quiero que te pase nada. —Me rodeó las caderas con sus manos fuertes y anchas, y me acarició la piel desnuda sobre la cintura con los pulgares.

—No me pasó nada.

Levantó las cejas oscuras.

—Pero estuvo a punto de pasarte algo.

Era difícil de decir. ¿De verdad Luke representaba una amenaza real? Nunca se había molestado en aparecer de la nada y comportarse así cuando salíamos juntos, así que ahora que ya no lo hacíamos, tenía aún menos sentido.

Chase me observaba, a la espera de una respuesta. Me pasé la lengua por el labio, y cuando bajó la mirada a mi boca, se le dilataron las pupilas.

—Por suerte para ti —dijo mientras levantaba la mirada hacia mí de nuevo—, estoy demasiado excitado para hablar sobre ese tema ahora mismo. Pero esto no ha terminado.

—Vale.

Volvió a presionar su cuerpo contra el mío y me susurró al oído:

—Estás mojada por mí, ¿verdad, nena?

—Es posible.

—Vamos a comprobarlo. —Deslizó la mano por debajo de la cinturilla de mi ropa interior y me acarició, lo que me provocó una explosión de placer—. Lo sabía. Estás empapada.

El aliento me temblaba en los labios mientras sus manos exploraban, rozando cada lugar exacto con precisión deliciosa.

—¿Te gusta que te toque así?

—Mm-hmm. —Se me cerraron los ojos y volví a gemir a la vez que inclinaba las caderas contra su mano. Apenas podía mantenerme en pie, y mucho menos responderle con palabras obscenas.

Sentí cómo la presión entre mis piernas crecía mientras él me provocaba con la más deliciosa de las torturas. Me apoyé en la encimera y dejé escapar otro gemido.

—Joder. Me encanta cuando gimes así por mí.

Le agarré de la mano y arqueé las caderas contra su tacto. Estaba tan cerca del orgasmo que casi podía verlo. Casi podía alargar la mano y tocarlo. Chase redujo el ritmo justo cuando me

encontraba cerca del límite y un gruñido de frustración se escapó de mi garganta a modo de respuesta.

—Todavía no. —Su cálido aliento me acarició el cuello.

Lo miré de reojo.

—Pero estoy a punto de correrme.

—Lo sé. —Chase sonrió—. Lo he notado.

—¿En serio? ¿Cómo lo sabes?

Él negó con la cabeza y los profundos ojos marrones le brillaron.

—No puedo revelar todos mis secretos. Simplemente lo sé.

Contuve el aliento cuando sus dedos volvieron a deslizarse sobre mí y me llevaron al límite, pero sin permitir que me corriese. Solté otro gruñido de desesperación.

—Estás preciosa cuando estás frustrada.

—Dios —protesté—. Qué mezquino eres. —No estaba acostumbrada a que me provocasen de esa manera. Antes de Chase, me sentía frustrada porque nunca conseguía alcanzar el orgasmo. ¿Y ahora me estaba privando de él a propósito?

—Puedes decir rojo para que deje de provocarte y te daré lo que deseas ahora mismo. De lo contrario, no te dejaré correrte hasta que yo lo diga.

—¿Y cuándo será eso?

—Cuando te folie. Más tarde. —Me besó en la mejilla—. Pero deberíamos irnos. Quiero pasar por mi casa a cambiarme.

Exhalé. ¿Cómo era posible estar excitada y molesta al mismo tiempo?

—Creo que te odio ahora mismo. —Chase sonrió.

—No es verdad.



—Pasemos un momento a comprar un poco de alcohol —propuso Chase, que puso el intermitente y giró a la izquierda cuando salimos de su casa.

—Pero si vas a conducir.

—No tengo intención de beber demasiado. Es que no me gusta presentarme en casa de alguien con las manos vacías.

Unos minutos más tarde, entró en el aparcamiento y miró las plazas con el ceño fruncido. Estaban todas ocupadas porque había un cine en la misma zona comercial. Al final, encontró una plaza libre a casi una manzana de distancia.

La radio dejó de emitir el programa deportivo que estábamos escuchando.

—Última hora sobre el escándalo del vídeo sexual del jugador de la NHL Matthew Stevens —anunció el locutor—: al parecer, Stevens grabó a una segunda mujer, aún no identificada, sin su consentimiento mientras mantenían relaciones sexuales. Ahora enfrenta cargos criminales.

Matthew Stevens, un prodigio del *hockey* un año mayor que Chase, estaba llamado a convertirse en el próximo Sidney Crosby por su talento y estilo de juego. Pero ahora todo indicaba que su carrera podría acabar incluso antes de despegar.

—Vaya. —Bajé el volumen enseguida. No quería pensar en eso ahora mismo, ni ahora ni nunca.

—No fastidies. —Chase hizo una mueca mientras se detenía en el único lugar libre—. Algo así podría acabar con su carrera.

Y con la de ella también, fuera quien fuera. Por ahora, su identidad permanecía en el anonimato, pero si se presentaban cargos penales, la revelarían. Entonces, los abogados de él arrastrarían su nombre y reputación por el barro de todas las maneras posibles.

Por no hablar de que sus conocidos podían entrar en PornPlace, o como se llamase, y ver sus momentos más íntimos. Era horrible.

Una oleada de ansiedad se apoderó de mí. Hasta ahora había relegado el tema del vídeo sexual al fondo de mi mente, pero la paranoia había vuelto.

Era imposible que tuviera algo que ver conmigo. No podía ser.

Al menos, eso esperaba.



Quince minutos más tarde, Chase se detuvo frente a una casa azul de dos pisos en una urbanización bastante nueva. No era tan impresionante como la que compartía con Dallas y Ty, pero seguía siendo más bonita que el alojamiento de un estudiante promedio.

Aparcó junto a la acera y apagó el motor. Me desabroché el cinturón de seguridad, me acerqué a él y le puse una mano sobre el muslo.

Era la hora de la venganza.

—Antes de que entremos —dije—, quiero que me cuentes más sobre tu fantasía de hacerlo en la camioneta.

Bajó la vista a mi mano y luego volvió a mirarme a la cara. Una sonrisa diabólica se dibujó en sus labios.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Dónde aparcarías la camioneta? —Pasé la mano por sus vaqueros, subiendo despacio por su pierna—. Digo… en teoría.

—Hay muchos sitios tranquilos cerca de donde vive mi madre. Quizá cuando vayamos allí por Acción de Gracias podríamos desviarnos un poco del camino…

—Mmm —murmuré, y subí la mano un poco más—. Deberíamos hacerlo.

Chase se removió en el asiento y respiró hondo; ahora lo tenía en mis manos.

—Maldita sea. —Sacudió la cabeza.

—¿Qué?

—Ya sabes qué. Me estás poniendo cachondo antes de entrar.

—Llámalo venganza, Carter. —Lo miré—. Además, tú siempre estás cachondo.

—Por supuesto —dijo—. Mírate.



Cuando llegamos, todos estaban como una cuba. Dallas y Siobhan se habían emborrachado con vino caro durante la cena con sus padres, sobre todo Shiv, que hablaba tan alto que la oía desde la habitación de al lado. Y, según me habían contado, la mayoría de los invitados habían estado jugando al *beer pong* durante gran parte de la noche. Se notaba por el ruido que había.

Chase me llevó a la cocina y me presentó a Kyle Penner. Tenía el pelo ondulado, de un rubio rojizo, y no me sonaba de nada, aunque muchos de los chicos resultaban diferentes fuera de la pista de hielo.

A quien sí reconocí fue a la chica que lo acompañaba: pelo oscuro, menuda, muy guapa. Era la misma que se había colgado de Chase después del partido contra Callingwood. Kristen. No era precisamente mi persona favorita, y estaba claro que había habido algo entre ellos.

Tras un saludo incómodo, fuimos al salón, donde un grupo de personas estaba jugando a un juego de cartas para beber. En un rincón, Tyler y la chica que había traído consigo estaban liándose en el sofá, mientras su mano se deslizaba bajo su camiseta. Tuve que apartar la vista para evitar ver más de la cuenta.

—¡Bailey! —chilló Shiv, y nos hizo señas para que nos acercáramos. Nos apretujamos en el sofá junto a ella y Dallas—. ¿Sigue en pie lo de que vayamos de compras para la gala este fin de semana?

Claro. La gala. Con el caos de la mudanza, se me había olvidado por completo. Era un gran evento benéfico que organizaba la comunidad del *hockey* para la fundación del hospital infantil. Compartíamos mesa con Dallas y Shiv, Ty y su cita, y otra pareja.

El evento sonaba sofisticado y elegante, lo cual solo quería decir un problema más: la ropa. Ya improvisaría algo… o le robaría un vestido a Zara o a Noelle.

—Sí.

Ese «vayamos» significaba que la acompañaría y miraría sin gastar ni un centavo.

—Estoy impaciente —dijo ella—. Me encanta comprarme

vestidos.

Dallas se rio entre dientes.

—Te encanta ir de compras, y punto. Incluso ir al supermercado contigo es todo un acontecimiento.

Shiv puso los ojos en blanco y dio un sorbo a su cerveza.

—Mira quién fue a hablar, tienes más zapatos que yo, Dal.

Chase me dio un codazo.

—¿Vas a comprarte algo *sexy* para mí?

Sí, con la cuenta bancaria en números rojos.

—Eh, no. —Me aclaré la garganta—. Seguro que tengo algo. Solo voy por Shiv.

Nos unimos al juego de beber y compartimos una cerveza porque no entendía las reglas y no quería emborracharme. Unas cuantas rondas más tarde, me excusé para ir al baño. Alguien estaba vomitando en el del piso principal, así que Kyle me indicó que subiera al otro baño.

Cuando abrí la puerta tras secarme las manos, casi me choqué con un cuerpo enorme y musculoso, acompañado de unos ojos oscuros y traviesos.

Chase me dedicó una sonrisa torcida.

—Hola.

—Hola. —Me quedé sin aire cuando me agarró de las caderas y, con un paso firme, me empujó hacia el baño—. ¿Qué haces?

—Quedarme a solas contigo.

—¿Y eso?

—¿Tú qué crees? —Cerró la puerta, echó el pestillo y encendió una luz que bañó el baño con un resplandor tenue.

—Pero hay gente abajo.

—No sé si te has dado cuenta, pero están tan borrachos que ni siquiera se han enterado de que nos hemos largado. —Le brillaban los ojos—. Además, eso es lo que lo hace tan excitante.

Respiré hondo.

—Yo…

—A no ser que no quieras que continúe con las provocaciones. —

Deslizó las manos cálidas bajo mi camiseta y me clavó los dedos en la piel.

Un calor líquido se acumuló entre mis piernas.

—Pero provocarte también me excita, así que entre eso y lo de la camioneta, necesito metértela con urgencia. Y estoy bastante seguro de que tú sientes lo mismo que yo.

Me mordí el labio inferior y asentí.

Chase me empujó contra el mueble.

—¿Podrás contener los gemidos, cariño?

—No lo sé.

—Supongo que tendrás que intentarlo.

Con los labios sobre los míos, me dio un beso apasionado. Todo pareció acelerarse mientras nuestras bocas y manos se movían con urgencia. El deseo me envolvió cuando le desabroché el cinturón y le bajé los pantalones. Sus manos recorrieron la curva de mis caderas antes de despojarme de los vaqueros y la ropa interior.

Me agarró por la parte posterior de los muslos, me sentó sobre el mueble y me abrió las piernas. Extendí las manos por su espalda, tratando de acercarlo más a mí, pero él se detuvo.

Inclinó la cabeza, con la boca junto a mi oído.

—Dilo.

—¿El qué?

—Algo como «follame, por favor». O tal vez «méteme la polla hasta el fondo». Necesito instrucciones específicas sobre lo que quieres que haga.

La entrepierna me palpitaba tanto que me dolía. Deseaba que me hiciera muchas cosas. Pero decirlo en voz alta ya era otra historia.

—No puedo decir eso —suspiré.

—Claro que puedes. —Me acarició los pechos y los apretó con firmeza—. De lo contrario, los dos nos quedaremos con las ganas. Y no creo que ninguno quiera eso.

—Yo… te deseo.

Su mirada se clavó en la mía, depredadora y expectante.

—¿Qué deseas?

Respiré de forma entrecortada y lo observé un instante. Me colocó las manos sobre los muslos desnudos y esperó. El corazón me latía con fuerza contra el pecho. Estaba demasiado excitada como para sentir vergüenza. Lo necesitaba.

—Quiero que me folies.

—Buena chica. —Me agarró de las caderas con fuerza y me empujó hacia el borde del mueble a la vez que me penetraba. El placer me recorrió todo el cuerpo al instante y pasé de cero a cien por tercera vez en el día.

—Dios mío —susurré mientras arqueaba la espalda contra él.

Me rodeó la parte baja de la espalda con una mano para mantenerme en el sitio mientras deslizaba la otra por mi nuca y me agarró un puñado de pelo desde la raíz. Intenté ahogar un gemido mientras se movía dentro de mí, profundo y dando en el punto perfecto.

—¿Puedo tirarte del pelo un poco más fuerte? —preguntó en voz baja.

—Mm-hmm.

Me atrajo más hacia él, provocándome sin descanso.

—Aguantas muy bien —murmuró en mi oreja.

Chase me penetró con más fuerza, cambió el ángulo y me provocó un placer que rebasaba los límites de lo soportable. Se me nubló la vista y enterré la cara en su hombro para amortiguar los gritos.

Cuando alcancé el orgasmo, me inclinó la cara para quedar frente a él y me besó con fuego en los labios, ahogando mis gritos. Le hundí las uñas en la piel mientras una oleada de placer me atravesaba. Era luminoso, cegador, absorbente. Perdí la noción de todo salvo de lo que él le estaba haciendo a mi cuerpo.

Justo cuando empezaba a remitir, me la metió con más fuerza. Llevó ambas manos hacia mis caderas y tiró de mí hacia él.

—Joder, joder, joder.

Entonces se quedó inmóvil y pegó la frente a la mía. Respiré

entrecortadamente y apoyé una mano en su pecho para sentir los latidos de su corazón contra las costillas. Aunque no había sido nada atrevido, esto era lo más público que había hecho en mi vida. Y me había gustado.

Chase se echó hacia atrás y me miró con una sonrisa mientras se mordía un nudillo.

—Pareces recién follada, cariño.

—Deberías mirarte al espejo antes de ponerte tan chulo, Carter.

Observó su reflejo en el espejo y se rio.

—Tienes razón.



Capítulo 44

Por supuesto

Bailey

De camino a casa, unas horas más tarde, me comenzaron a pesar los párpados por el sueño y me acurruqué contra la puerta del copiloto. Pero eso no impidió que Chase me interrogase sobre mi encuentro con Luke.

Mientras avanzábamos, las luces de la calle dibujaban sombras temblorosas sobre su perfil. A regañadientes, le conté todo lo que había pasado, incluida la parte en la que Luke me llamó zorra. Cuanto más hablaba, más se le ensombrecía el rostro de ira. Y no era solo ira: era rabia. Apretaba el volante con más fuerza a cada instante y se le tensaron los músculos del cuello.

—Luego se marchó —concluí.

—¡Mierda! —Chase golpeó el volante con la palma de la mano abierta—. Voy a retorcerle el cuello como si fuera una gallina.

Respiró hondo y soltó un gruñido sordo.

—Podría empezar por romperle las piernas —murmuró, sacudiendo la cabeza—. O los dedos. Uno a uno. Y también le

arrancaré algún que otro diente con un par de alicates.

Después de su arrebato, se quedó en silencio unos segundos. Lo miré de reojo, sin saber qué decir. Estaba al límite, y más aún teniendo en cuenta que seguía conduciendo. No es que hubiera perdido el control; al contrario. Una calma excesiva, casi perturbadora, se había apoderado de él. Ese tipo de tranquilidad que solo anuncia que algo letal se está gestando bajo la superficie.

—Espero que sepas que no estoy enfadado contigo —añadió en voz baja—. Solo con él y con lo que hizo.

—Lo sé. —Aun así, una parte de mí no podía evitar sentirse culpable por verlo tan furioso.

—¿Te ha vuelto a escribir desde que le respondí con tu teléfono? —Su tono era anormalmente tranquilo—. Necesito saber la verdad.

—No. —Sus amenazas solían disuadir a Luke una temporada, pero no para siempre.

—¿Seguro?

—Te lo prometo. Si quieres, te lo enseño.

—Tienes que bloquearlo, cariño.

—Lo sé. —Bostecé—. Lo haré ahora que me he mudado.

—O mejor aún —añadió—, cámbiate de número para que no pueda contactar contigo desde el móvil de otra persona. Y, por el amor de Dios, no vuelvas a ir sola a los partidos. Por favor.

—Trato hecho.

Cambiar de número de teléfono era un rollo, por eso me había resistido al principio, pero Chase tenía razón: Luke era capaz de usar los teléfonos de otras personas para contactar conmigo. Lo sabía por experiencia. Merecía la pena empezar de cero a pesar de las molestias.

Lo de los partidos sería más complicado, pero ya se me ocurriría algo. Tampoco tenía ganas de volver a pasar por lo mismo con Luke.

Chase se metió en el carril de incorporación de la autopista. Tras mirar por el retrovisor, se metió en el carril central. Cerré los ojos y me acurruqué contra una sudadera negra que cogí del asiento trasero y doblé para improvisar una almohada. Olía a él. No pensaba

devolvérsela. Lo siento, Carter.

El silencio se prolongó unos segundos más, hasta que él inhaló bruscamente.

—Lo siento, no lo supero. ¿Por qué demonios no me llamaste? ¿Y si te hubiera hecho daño?

—Por varias razones —dije, con los ojos entrecerrados.

—Como…

—Supongo que una parte de mí siente que es culpa mía.

Culpa mía por haber salido con Luke en primer lugar; por no haber sabido manejarlo bien, por haberlo provocado, y por haber ido sola al partido de *hockey.*

—James —su voz se suavizó—, eso no es cierto.

—¿Cómo que no?

—Tú no eres responsable de nada de lo que haga ese cabrón.

No me daba esa impresión.

—Además, no quiero que te metas en problemas —añadí.

—Un día de estos voy a tener que cumplir con mis amenazas o no significarán nada para él.

—¿Podrías conformarte con golpearlo cuando estés en el hielo, así evitamos que termines en la cárcel?

—Créeme, lo intento con todas mis fuerzas. Estoy contando los días para poder destrozarlo —respondió—. Pero si vuelve a hacer algo como lo del coche, va a acabar dentro de una bolsa para cadáveres.

—Chase —gemí.

—No te preocupes —contestó—. Puedo permitirme un abogado de primera. Alegaremos que fue en defensa propia o algo así, lo que sea.

Hizo una pausa.

—O tal vez debería contratar a un sicario. Sería dinero bien gastado.

No sabía si hablaba en serio.



Chase

Tras sincerarse conmigo, Bailey se quedó dormida, lo que me dio unos quince minutos para respirar hondo y calmarme antes de llegar a casa.

O al menos para planear en silencio el desmembramiento de Morrison mientras intentaba comportarme como un ser humano normal.

No estaba enfadado con ella, sobre todo después de que me hubiese dicho que se sentía culpable de lo ocurrido. Esa confesión me había hecho sentir tan culpable que había sido como recibir una bofetada en la cara.

Lo odiaba aún más por hacer que pensase eso.

Y lo odiaba con toda mi alma por haberla asustado.

Se suponía que mañana era mi día de descanso, y ahora Morrison también lo había fastidiado, demasiada rabia acumulada que soltar, y tendría que pasar al menos un par de horas en el hielo o en el gimnasio. Quizá en ambos.

O podría buscar su dirección y desahogarme con él…

También había pensado en hablar con Ward y Ty para planear darle un golpe devastador que no me costara la expulsión de la liga. Quizá incluso sacara la pizarra para dibujar diagramas, calcular ángulos de ataque y optimizar la velocidad. Podía echar un vistazo a vídeos en Internet, de esos recopilatorios con las entradas más brutales de la NHL. Ya sabes, investigar y hacerlo bien.

Aparqué en la plaza para visitantes del edificio donde vivía Bailey y puse el freno de mano. Al hacerlo, la camioneta se sacudió ligeramente y ella se despertó. Dejó escapar un gemido pequeño y adorable y se incorporó mientras se estiraba somnolienta.

—Lo siento —murmuré—. Ya hemos llegado.

Se desabrochó el cinturón de seguridad y se volvió hacia mí, todavía con los ojos legañosos por el sueño.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. —De momento dejaría el asunto de Morrison en el aire. No permitiría que ese cretino me estropeara la noche con ella.

Subimos a cambiarnos y a prepararnos para ir a la cama. Seguíamos una rutina que ya era casi automática. Lo sabía todo de ella, hasta el color de su cepillo de dientes. Incluso tenía su propio cajón en mi casa. Ni yo mismo me reconocía, pero no me importaba: era algo bueno.

Me metí bajo las sábanas, rodeé a Bailey con un brazo y ella se acurrucó contra mí con una mano extendida sobre mi abdomen. Llevaba una de mis camisetas; ahora tenía varias y, como siempre, le quedaba muy bien. Y su pelo rubio olía a su champú afrutado, lo que, por extraño que pareciese, me ponía a cien. Probablemente porque me hacía imaginarla desnuda y enroscada a mi alrededor mientras tiraba de él.

Dios, estaba perdido.

—Sé que dijimos que íbamos a por la segunda ronda —murmuró —, pero estoy bastante cansada entre la mudanza y todo lo ocurrido esta noche.

—Me lo he imaginado cuando te has dormido en el coche de camino a casa. —Me reí—. Yo también estoy hecho polvo, por mucho que me duela admitirlo.

Todo el trabajo físico de hoy me había dejado agotado. Me habría animado si ella hubiese querido, porque jamás la rechazaría, pero la verdad era que estaba cansado.

Bailey se envolvió con la suave colcha blanca, temblando. A mí me parecía que la habitación estaba a una temperatura agradable, pero ella tenía frío, como siempre. La delataban sus pies descalzos, que estaban pegados a mi pantorrilla como dos bloques de hielo.

—Gracias por ayudarme hoy.

—Por supuesto —dije—. Me alegro de que te hayas mudado al fin.

Se giró y se apoyó en un codo para mirarme. El pelo rubio le caía sobre la cara y se lo apartó con la mano que tenía libre.

Nuestras miradas se cruzaron y su boca perfecta se curvó en una pequeña sonrisa.

Bailey me había cambiado la vida por completo.

Me sentía igual que antes de darnos nuestro primer beso, antes de nuestra primera noche juntos, antes de tener sexo por primera vez. Era uno de esos momentos que siempre recordaría y que me cambiarían para toda la vida.

Su expresión se volvió seria mientras me recorría el rostro con esos ojos verde dorado, con los labios ligeramente entreabiertos.

Pareció nerviosa, y frunció el ceño antes de hablar.

—Te quiero —dijo en voz baja.

Una oleada de emoción me recorrió el cuerpo. La única vez que había sentido algo remotamente parecido fue cuando me escogieron para la NHL, pero ni siquiera eso se podía comparar, porque, en cierto modo, siempre supe que iba a pasar.

Pero nunca había esperado incluirla a ella en mis planes de vida.

—Te quiero, James. Lo sé desde hace un tiempo.

Por una vez en mi vida, me había guardado algo para mí. Estaba casi seguro de que yo había llegado a esa conclusión antes, aunque me costó un buen rato entender qué demonios me estaba ocurriendo.

Su rostro se iluminó y volvió a sonreír.

—¿De verdad? —Se movió para acercarse a mí y colocó una mano suave y cálida sobre mi pecho desnudo.

—Sí. —Le aparté un mechón de pelo detrás de la oreja—. Quería asegurarme de que tú también lo sentías antes de decirte nada. Pero, de todos modos, no es ningún secreto. Estoy bastante seguro de que a estas alturas medio estado sabe lo que siento. —Me incliné y acerqué mi boca a la suya—. Pero me gusta poder decirlo.

Ella sonrió contra mis labios.

—Sí.



La semana se me pasó volando entre clases, entrenamientos y ejercicios en seco. Bailey, además de su rutina habitual, estaba volcada en una solicitud de beca que exigía un ensayo, referencias y un sinfín de requisitos que le robaban todo el tiempo. Con nuestros horarios tan desajustados, apenas podíamos vernos.

Para colmo, el entrenador Miller volvía a estar encima de mí. No entendía por qué: mis *notas* habían mejorado y mi rendimiento también. A veces sentía que no podía ni respirar sin que me vigilara.

Y, aun así, por más ocupado que estuviera, no paraba de darle vueltas a una idea que me rondaba la cabeza. Era como si hubiera pasado la semana cargando una bolsa gigante llena de equipo de *hockey*… pero en sentido figurado.

Pasé unos días debatiéndome entre hacerlo o no. Sopesé los pros y los contras. Pensé en contárselo primero a Bailey, pero lo descarté. Intenté escuchar a mi conciencia, aunque no dejaba de discutir con mi propio cerebro. Cambiaba de opinión una y otra vez. Incluso le pregunté a Ward, para luego ignorar su consejo porque no encajaba con lo que yo quería hacer.

Al final, tomé la decisión.

Tras conseguir que Palmer me pasara el contacto de Derek, tuve que insistirle muchísimo por mensaje para que quedáramos a tomar una cerveza.

Capullo.

Me acomodé en el reservado de vinilo verde oscuro, de cara a la puerta, para poder ver a Derek en cuanto llegara. Quizá era un poco hipócrita de mi parte, después de haberle reprochado a Bailey que me ocultara lo de Morrison, pero esta vez había una buena razón. Ella lo entendería.

O eso esperaba.

Además, le había advertido que era cotilla.

Diez minutos después de la hora acordada, Derek empujó las puertas dobles de madera del O'Connor's y cruzó la sala hasta llegar a mi mesa. Se dejó caer en el asiento frente a mí y me lanzó una mirada recelosa. Vestía de pies a cabeza el uniforme azul y gris de los Bulldogs, seguramente a propósito, como recordatorio de que seguíamos en bandos opuestos.

—¿Qué quieres, Carter? ¿Esto es por Bailey?

Era una recepción bastante fría por parte de alguien que, según Bailey, estaba dispuesto a darme una oportunidad, pero no importaba. Supongo que cambiaba de idea cuando ella estaba cerca.

—Y yo que pensaba que Bailey te había dicho que fueras amable.

—Sigo sin confiar en ti —dijo.

El sentimiento era mutuo. Pero bueno… estaba dispuesto a ser civilizado. No teníamos por qué ser mejores amigos.

El camarero se acercó y pedimos una pinta de cerveza cada uno. La misma, de hecho: *Half Moon Pale Ale,* de la cervecería local Rockwood Brewery.

Quizá se relajaba después de tomar una copa. Aunque lo dudaba. Aparte de a Morrison y a Paul, yo no le guardaba rencor a nadie, pero Derek se tomaba las cosas mucho más a pecho que yo. Nuestra enemistad se remontaba tiempo atrás, justo al comienzo de mi primer año de carrera, cuando descubrí lo fácil que era hacerle enfadar sobre el hielo. Además, se cabreó mucho cuando hice que lo expulsaran de aquel partido la primavera pasada.

No quería ir directo al grano, así que traté de romper el hielo hablando de *hockey* y del tiempo mientras esperábamos a que nos sirvieran las bebidas. Fue muy incómodo. No soy muy dado a la charla trivial, y menos todavía cuando la persona que tengo enfrente me odia a muerte.

Mi paciencia limitada se agotó enseguida.

—¿Qué pasa con tus padres? —Puse los antebrazos sobre la mesa y me incliné hacia él.

Derek frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—La situación de la casa y el dinero —respondí—. Tu hermana fue bastante escueta conmigo. ¿Cómo de mal está la situación?

—Bueno… no muy bien.

El camarero volvió, dejó dos posavasos de cartón y colocó las cervezas encima antes de marcharse.

—Continúa.

Derek miró su cerveza, vacilante.

—No quiero contarte nada que Bailey no quiera que sepas.

—Cuéntamelo, quizá pueda ayudar.

Resopló.

—¿Qué pasa, tienes un árbol que da dinero?

No lo sé, idiota. ¿Sirve de algo tener un fondo fiduciario enorme? Por Dios.

¿Siempre era así de borde o solo lo era conmigo?

—Tal vez —contesté—. ¿Tan mal están?

La expresión de Derek pasó de una hostilidad evidente a una vergüenza mal disimulada.

—No lo sé con exactitud. Solo sé que les está constando pagar las facturas. —Se encogió de hombros y tomó su vaso—. Vivir con un solo sueldo durante seis meses pasa factura.

Así que a su padre no lo habían despedido recientemente. Ya decía yo, me había parecido extraño, sobre todo porque era profesor y estábamos a mitad de curso. Maldita sea, James. ¿Por qué intentaba guardar las apariencias conmigo?

—Además, se gastaron todos los ahorros cuando Bailey… —Se detuvo.

Eh, ¿qué pasa ahora?

—¿Cuando Bailey qué? —Me incliné sobre la mesa, con los codos apoyados en ella, y le insté a que continuase.

Derek abrió los ojos de par en par, como un portero sorprendido por un disparo sin llevar puesto el equipo de protección. Al parecer, lo de no saber mentir era algo hereditario.

—Eh, nada. No importa.

Di un sorbo a mi cerveza y fingí que no había mencionado a Bailey.

Aunque estaba seguro de que pasaba algo.

—¿Les van a embargar la casa?

Él negó con la cabeza.

—Todavía no.

—¿Tienen dificultades para afrontar los pagos de algún préstamo?

—La hipoteca está en mora. Les quedan unas semanas antes de que entre en ejecución hipotecaria.

En otras palabras, justo antes de Navidad. Joder.

Se me formó un nudo en el estómago. A mí no me hacía ilusión volver a casa por Navidad, no con el caos permanente que era mi familia. Pero para Bailey, pasar las fiestas en su casa lo era todo… y quizá no fuera posible.

—¿Por eso quieren vender la casa?

—Sí, están intentando conseguirlo antes de que el banco se la quite —dijo.

Joder. No era agente inmobiliario, pero incluso yo sabía que casi nadie compraba casas en Navidad. Y menos todavía cuando estábamos en plena recesión económica.

—¿Tienen alguna posibilidad de salir del impago antes de la fecha límite? —pregunté—. ¿Hay alguien que pueda prestarles dinero?

Derek suspiró y evitó mi mirada.

—Creo que no. Pero no aceptarán tu caridad, si es eso lo que insinúas.

—¿Aceptarían un préstamo sin intereses?

—Lo dudo —contestó.

¿De verdad lo dudaba o simplemente no quería que la ayuda viniera de mí?

—Podrían devolvérmelo una vez vendida la casa.

Siempre y cuando pudieran permitírselo, claro está. Con suerte, no estarían con el agua al cuello. Pero nunca les ofrecería nada de lo

que no estuviera dispuesto a desprenderme.

Derek me miró con desconfianza, escrutándome con unos ojos más oscuros y apagados que los de Bailey, más marrones que verdes. Luego negó con la cabeza, como si descartase la idea.

—Para que quede claro —dije—, a diferencia del cabrón de tu amigo Morrison, ofrezco mi ayuda sin condiciones. No quiero que Bailey tenga que preocuparse por esto. Y desde luego no quiero que sus padres pierdan su casa en Navidad.

Derek apretó la mandíbula, probablemente por haber mencionado a Luke.

Quería preguntarle si sabía lo que ese capullo le escribía a su hermana. O los otros millones de cosas horribles que le había hecho. Pero eso me llevaría toda la noche, y eso que solo sabía lo que ella me había contado. Apenas la punta del iceberg.

—B se enfadará contigo por haber hecho esto a sus espaldas —dijo él.

Tenía razón, pero la alternativa era todavía peor. Confiaba en que Bailey lo entendiera… al menos cuando se le pasara el enfado. Aunque, para ser sinceros, nunca se había enfadado conmigo de verdad; era difícil estar seguro.

—De eso me encargo yo —respondí—. ¿Sabes cuánto pagan de hipoteca al mes?

—Unos tres mil dólares.

—¿Quince mil les servirían de ayuda?

Derek abrió los ojos como platos.

—¿Vas a soltar un cheque de quince mil dólares así, sin más?

¿Por qué todo el mundo daba por hecho que Morrison era el único con dinero? ¿Porque siempre andaba alardeando de ello? No todos éramos unos capullos engreídos. Quince mil dólares tampoco era una cifra desorbitada. Y, por una vez, estaría bien invertido.

—¿Entonces, ayudaría o no? —Si podía cubrirles un poco, quizá resistieran hasta Año Nuevo y lograran vender la casa—. ¿O necesitan más?

—Bueno, sí… quince mil ayudarían bastante. —Derek se removió

en el asiento, visiblemente incómodo con la idea de aceptarlo.

—Perfecto —dije—. Intenta convencerlos de que lo acepten.

—¿Y de dónde se supone que voy a decir que ha salido el dinero?

—Di que te lo prestó un amigo. O que lo ganaste en el casino. —Me encogí de hombros—. Diles incluso que ganaste un puto concurso de belleza. Me da igual. Eso ya es cosa tuya.

Tuvo el descaro de fulminarme con la mirada. Yo le devolví el gesto. ¿En serio estábamos discutiendo por esto?

—¿Qué otra opción tenéis? —Gesticulé con una mano—. Venga.

Puede que al final no aceptaran, pero dormiría con la conciencia más tranquila por haberlo intentado.

—Si nos vas a ayudar, creo que deberías decírselo a Bailey —propuso—. Es lo correcto.

Sentí que la irritación se apoderaba de mí y reprimí el impulso de discutir con él sobre lo que era correcto, como defender a su hermana frente a un monstruo. En ese momento, mi prioridad era el dinero. Discutir con Derek por Morrison no ayudaría a que se pusiera de mi lado.

—¿Por qué? ¿Para que se niegue? —Arqueé las cejas, a la espera, pero no supo qué responder.

Se hizo un silencio cargado de tensión.

—Mira —dije—, te voy a prestar algo de dinero. Entre nosotros. Lo que hagas con él después es asunto tuyo. Devuélvemelo cuando puedas. No hay prisa.

Arqueó las cejas castañas.

—Hablas en serio.

—Muy en serio. Puedo hacerte una transferencia hoy mismo.

—Está bien. —Derek suspiró y apartó un momento la mirada—. Pero esto no significa que seamos amigos. Lo hago por mi hermana.

—Yo también. Dame tu dirección de correo electrónico y tus datos bancarios. —Desbloqueé el móvil y se lo pasé por encima de la mesa. Lo cogió, tocó la pantalla y me lo devolvió con una expresión agria en el rostro—. Te lo enviaré cuando llegue a casa.

—Gracias —dijo.



Capítulo 45

El más sucio

Chase

¡Vaya decisión de mierda!

A los once minutos del segundo periodo contra los Sharks de la Universidad de Carolina me sancionaron con dos minutos en el banquillo de penalización. ¿Por qué? Por nada. Gardiner me enganchó en plena jugada y, aun así, el penalti me lo pitaron a mí. La decisión me enfureció tanto que se lo eché en cara a los árbitros, y Miller no tardó en reprenderme por ello.

Allá ellos.

Hacia el final del tercer periodo, Gardiner volvió a hacerse con el disco y salió disparado en dirección a Ty. Ganábamos por dos goles, pero eso no significaba que pudiéramos relajarnos y tirar la ventaja por la borda. Nuestra defensa estaba prácticamente de paseo, algunos hasta miraban hacia otro lado, así que apreté el paso y patiné directo hacia él.

Unos segundos más tarde, me estrellé contra él, hombro con hombro, y le robé el disco a la vez que él se estampaba contra las

barreras. Había sido un golpe brutal, pero totalmente legal.

Está bien. A lo mejor me había vengado un poco por el gancho anterior.

Gardiner se sacudió, dio media vuelta y vino tras de mí. Fuimos los dos a por el disco, pero cuando llegó a mi altura me agarró de la camiseta y me tiró hacia él. No solía ser tan agresivo en la pista, así que me tomó por sorpresa, y antes de que pudiera reaccionar, me soltó un puñetazo directo a la cara.

Él me pegó primero.

Pero yo le devolví más golpes.

Aun así, cuando los árbitros intervinieron, yo ya tenía un corte feo en la ceja izquierda. La sangre dejó de brotar rápido, pero sentía cómo la zona se me hinchaba por segundos.

Cuando sonó el pitido final, mi camiseta estaba manchada de sangre que ni siquiera era mía y había batido un nuevo récord, tanto en penalizaciones recibidas como en las que había provocado. Probablemente un récord personal.

No necesitaba mirarme al espejo para saber que también tenía la mandíbula hecha polvo. Y seguro que me dolería como el demonio cuando besara a James más tarde. O cuando me acomodara entre sus piernas, que era el plan.

Por una vez, agradecí que estuviera en la universidad cumpliendo con un plazo en lugar de mirarme desde las gradas. Porque, sinceramente, no había sido mi mejor partido. Sí, marqué un gol y di una asistencia, pero también perdí el disco demasiadas veces y fallé en pases que deberían haber sido de lo más sencillos.

Miller dijo que mi rendimiento había sido irregular, y tenía razón.

Después de ducharme me sentí un poco más centrado, aunque en el fondo seguía arrastrando una incomodidad persistente, como una piedrecita en el zapato. O mejor dicho, en el patín. Algo pequeño, pero capaz de hacer que toda la presión que soportaba resultara mucho más difícil de aguantar.

Me vestí en silencio, con la cabeza hecha un torbellino de pensamientos y preocupaciones: Bailey, el *hockey,* la universidad, el

entrenador Miller, el próximo partido contra Callingwood, Bailey otra vez, Los Ángeles. Bailey y Los Ángeles… Joder. Ni siquiera había empezado a procesar eso.

—¿Qué te pasa, Carter? Estás más irritable de lo normal esta noche —dijo Dallas, mientras se ponía los pantalones de su traje gris oscuro, me escudriñó con esos ojos gélidos como el hielo—. Llevas así un buen rato. ¿Va todo bien con Bailey?

Bajé la mirada y me abroché los botones de la camisa blanca.

—Sí, todo bien… bueno, más o menos. Supongo que todavía me queda algo de rabia acumulada por lo que hizo Morrison.

Y con «algo» me refería a una tonelada. Por mucho que intentara olvidarlo, no podía. No dejaba de pensar en lo de Morrison desde que Bailey me lo había contado. Que se hubiera salido con la suya sin consecuencias me estaba volviendo loco.

—Sigo sin creerme que lo hiciera. Tuvo suerte de que no aparecieses. —Dallas negó con la cabeza, con la mandíbula apretada.

—Una suerte increíble. —Aunque James tenía razón; puede que también fuese una suerte para mí. Morrison no sabía pelear. Lo habría destrozado.

Dallas me dio una palmada tan fuerte en la espalda que casi me dejó sin aire.

—Tranquilo. La próxima vez que juguemos contra Callingwood, los aplastaremos. Yo me encargo. Ya estoy mentalizando a los demás.

—Y también me ayudarás a planear el golpe perfecto contra ese cabrón —dije—. Volveremos a dejarlo fuera de juego.

Había fantaseado con eso más veces de las que quería admitir.

El impacto, el crujido, la caída.

Quizá unas salpicaduras de sangre en el hielo. Iba a ser espectacular.

Dallas asintió.

—Vale, tengo algunas ideas.

—Yo también —intervino Ty—. Vi la paliza que le dio Younger a

Stevens la semana pasada. Deberías ver la repetición. Younger lo dejó hecho papilla. Estará fuera varias semanas.

—Dudo que Stevens vuelva a pisar el hielo. Lo han suspendido indefinidamente por ese escándalo del vídeo sexual. ¿Os habéis enterado? —Dallas soltó un silbido—. Qué desastre, tío.

—Ya lo sé —dije—. Qué asco de tío. —No hay nada peor que un tío que se aprovecha así de las mujeres.

—Y que lo digas. —Ty resopló mientras se ponía la americana azul marino—. Todo el mundo sabe que, si vas a grabar algo así, tienes que hacer que la gente firme un contrato.

Dallas lo miró.

—Eh, ¿qué?

Me sonó el móvil y bajé la mirada. Esperaba un mensaje de Bailey, pero vi el nombre de Derek.

> **Derek:** Que sepas que he tenido que contarle a Bailey que la situación financiera ha mejorado. Pero no le he contado el motivo. Te dejo eso a ti.
>
> **Chase:** Gracias, tío. Te lo agradezco.

Mierda. Estaba intentando retrasar esa conversación, pero ahora tendría que contárselo todo antes de que lo descubriera por sí misma.

Aunque, quizá podría dilatarlo un poco más. Supongo que podría evaluar el ambiente cuando la viera más tarde.

—¿La cena sigue en pie? —preguntó Ty.

—Sí, solo tengo que pasar a recoger a James.



Ya iba por la mitad de mi bocadillo de pollo cuando Penner se dejó caer a mi lado en O'Connor's.

—Carter, cuánto tiempo sin verte.

—Te vi el fin de semana pasado. ¿No te acuerdas? —Quizá no lo recordaba; iba borracho perdido, con la lengua metida hasta el fondo en la garganta de Kristen. Cuando ella no me estaba lanzando miraditas, claro. Penner no pareció darse cuenta de eso. Con suerte, James tampoco.

Ojalá pudiera retroceder en el tiempo y borrar a todas las personas con las que me había acostado antes de ella. Me habría ahorrado muchos problemas.

Penner frunció el ceño.

—Ah, sí. Tu novia está buenísima.

—Lo sé. —Cogí mi vaso de cerveza y di un sorbo—. ¿Qué hay de Kristen y tú? ¿Va en serio? —«Por favor, di que sí para que me deje en paz».

—Ya veremos. De momento no somos exclusivos.

Buena suerte con eso… yo también lo intenté y se puso en modo *Atracción fatal.*

Desvió la mirada hacia la puerta, por donde acababa de entrar ella. Hablando del rey de Roma. Un grupo de amigas suyas que estaban en una mesa al otro lado de la sala la llamaron y le hicieron señas para que se acercase. Con un poco de suerte, se quedaría allí. Al menos hasta que yo me marchara.

—Será mejor que me vaya —dijo él—, pero nos vemos en la gala.

—¿La gala?

Penner asintió.

—Sí. Estamos en tu mesa.

Traté de no parecer confuso y fingí que lo sabía. Aunque no era verdad. Y no me hacía ninguna gracia enterarme de esa manera.

—Ah, claro. Nos vemos entonces.

Cuando Penner se alejó, me levanté, corrí el plato unos asientos más allá y me senté en una silla vacía junto a Ty.

—¿Qué coño te pasa, Ty? ¿De todas las personas posibles, tenías que pensar justo en Penner? —le solté entre dientes.

La mesa para ocho costaba cinco mil dólares. Era por una buena

causa, así que no me importaba. Pero con el elevado precio de las entradas, no todos los chicos podían permitirse ir, y mucho menos traer pareja, lo que hacía difícil llenar los dos últimos asientos.

Ward y yo dejamos que Ty se encargara del asunto, y él aseguró que lo resolvería. Pero ¿Kristen? ¿Se había vuelto loco?

Ty dejó la hamburguesa a un lado y alzó las cejas, irritado por mi tono.

—¿Qué?

—¿No crees que esto podría resultarme un poco incómodo? —pregunté, clavando una patata frita en el kétchup antes de darle un mordisco.

La culpa se le reflejó en el rostro.

—Joder, tío. No me dijo que era su cita.

Tyler no prestaba ninguna atención a la vida amorosa de los demás, así que esa excusa era válida.

Apreté el vaso y respiré hondo.

—Mira, sé que tú no tienes citas, así que no lo entiendes. Pero, para que lo sepas, compartir mesa con alguien que todavía quiere acostarse contigo no es ideal. Especialmente cuando tu novia también está presente.

¿Debería advertir a Bailey sobre Kristen antes de tiempo? ¿O actuar con naturalidad y rezar? Si se lo decía, estaría nerviosa toda la noche. Si no lo hacía, se preguntaría qué coño pasaba.

—Lo siento —dijo, exhalando un largo suspiro y mirándome a los ojos—. Solo quería deshacerme de las entradas. ¿Quieres que vea si puedo cambiarlas con alguien?

Negué con la cabeza.

—No pasa nada. Eso solo empeorará las cosas. —Mordí el sándwich con agresividad, mastiqué y tragué antes de continuar—. La verdad es que me preocupa que Morrison también vaya a estar allí. Asistió el año pasado. Y con los dos juntos, me temo que la noche pueda acabar en un completo desastre.

Casi me hizo replantearme ir. Pero ya había pagado las entradas y, en teoría, sería una noche agradable con Dallas y Shiv, además de

Ty y quienquiera que lo acompañase. Siempre y cuando nada más se torciera.

—Es un evento elegante —comentó Ty—. Creo que todo el mundo se comportará como es debido. Pero ¿has oído…? —Bajó la voz y frunció el ceño antes de mirar alrededor de la mesa para ver si alguien escuchaba.

—¿Oído qué?

—Probablemente solo sea un rumor. Pero alguien me ha dicho que Los Ángeles se ha puesto en contacto con él.

Por poco me caigo de la silla.

¿Qué coño?

—Estás de broma ¿no?

El equipo de Los Ángeles necesitaba jugadores para completar la cuarta línea. Pero yo no pensaba, ni por un segundo, que me iban a mandar ahí.

Pero ¿Morrison? Si me tocaba compartir equipo con ese imbécil, seguro que terminaba expulsado, detenido… o las dos cosas.



Bailey

Después de dos exámenes, un ensayo larguísimo y un proyecto de grupo desastroso, casi había sobrevivido a la semana. Por desgracia, eso significaba que apenas había visto a Chase. Ambos sentíamos el efecto de la distancia. Sus constantes mensajes picantes y dulces a la vez lo dejaban claro.

El móvil vibró en la mesa de la oficina del *Callingwood Daily.*

Chase: Voy a quitarte la ropa y a comerte más tarde.

Bailey: ¿Me lo prometes?

Chase: Por supuesto.

Bailey: Estoy deseando verte.

Chase: No te haces ni idea.

Chase: Estoy terminando de cenar con el equipo. Estaré allí en media hora.

Reprimí una sonrisa, negué con la cabeza, bloqueé el teléfono y lo dejé boca abajo. Tenía que acabar unas cuantas tareas antes de permitirme dejar que la mente se me escapara por ese camino. Aunque el ardor entre las piernas dejaba claro que el resto de mi cuerpo ya lo había hecho.

Echaba de menos esas manos grandes y firmes. Esos labios dominantes. Esa voz grave murmurándome al oído. Ese muro de músculos aplastándose contra mí…

Dios mío. «Contrólate, Bailey».

—Vale. —Pulsé «Enviar» y mi portátil emitió un pitido que confirmó que el correo había salido de mi bandeja de salida—. Te mandé el artículo sobre la exposición de arte para que lo revises, Noelle. Creo que está bastante bien, pero dime si hace falta editarlo o recortarlo.

—Gracias, B. —Noelle no apartó la vista de la maqueta del periódico en la que trabajaba. Cuando estaba concentrada, nada lograba distraerla. Se pasó una mano por su melena lisa y abundante, que caía con absoluta perfección sobre su espalda.

Aquella semana me había mantenido a base de cafeína, pura determinación y cantidades ingentes de comida basura. Puede que estuviera llegando al límite del consumo seguro de cafeína, pero necesitaba mantenerme despierta unas cuantas horas más.

Ya empezaría con los hábitos saludables en otro momento, como después de la graduación. Miré la hora, hice un cálculo rápido y decidí que aún tenía tiempo de enviar mi solicitud de prácticas antes de que Chase llegara. El currículum ya lo había actualizado para la

beca, así que solo me faltaba añadir una breve carta de presentación. Cuando la terminé, crucé los dedos, contuve la respiración y la envié a la dirección indicada. Después solté un largo suspiro, intentando calmar los nervios. Entre las prácticas y la beca, con un poco de suerte, al menos una de las dos funcionaría.



Antes de darme cuenta, aquel inocente beso de bienvenida se había transformado en un revolcón en el aparcamiento.

Chase enredó sus dedos en mi cabello y me atrajo aún más hacia él. El corazón me latía con fuerza cuando sus labios se fundieron con los míos, y el beso se tornó ardiente, hambriento. Profundizó en mi boca mientras sus manos me sujetaban de las caderas y me alzaba para sentarme sobre él.

Terminé a horcajadas, con el volante clavándose en mi trasero… y algo más presionando entre mis piernas. Estábamos apretados, demasiado expuestos. Pero no me importaba.

Al menos el coche estaba aparcado en la esquina trasera.

Con la boca todavía fundida con la mía, deslizó las manos por mis costados hasta agarrarme con fuerza el trasero y pegarme contra él. La tensión entre mis piernas se agudizó, y una oleada de placer me recorrió de arriba abajo. Me aferré a sus hombros, hundiendo los dedos en sus músculos firmes para no perder el equilibrio. Cada caricia, cada movimiento suyo, avivaba mi deseo hasta marearme, hasta dejarme casi sin aire.

Solo volví a la realidad cuando sus manos se colaron bajo el dobladillo de mi camiseta y ascendieron por mi piel desnuda.

—Carter. —Solté una risita y lo agarré de las muñecas.

Él inclinó la cabeza y volvió a atrapar mis labios con los suyos.

—Lo siento —susurró contra mi boca, mordiéndome suavemente el labio inferior antes de soltarlo—. Por un instante olvidé dónde estaba.

Nos separamos y me detuve a observar su rostro, fijándome en la herida roja y llamativa que le cruzaba la ceja. Con cuidado, tomé su barbilla y giré su cabeza, descubriendo un moratón reciente en el lado derecho de la mandíbula. Deslicé los dedos sobre su piel, temerosa de presionar demasiado y causarle más dolor.

Hice una mueca.

—¿Te duele?

—Un poco —respondió con una sonrisa torcida—. Pero probablemente no tanto como lo que les hice a los otros tíos.

—No me habías contado que te habías metido en una pelea.

Chase sabía defenderse, y no se amedrentaba cuando alguien le plantaba cara, pero no solía pelearse. Era más propenso a insultar y provocar al rival para que fallara los tiros y cometiera errores estúpidos. De vez en cuando, se veía envuelto en algún empujón o una melé, pero nunca llegaba a más.

Las normas en el *hockey* universitario eran estrictas, lo que significaba que las peleas a puñetazos no eran tan frecuentes como en la NHL. Si esto era una idea de lo que le esperaba en el futuro, me preocupaba un poco. Nunca lo había visto tan maltrecho después de un partido.

—Me metí en un par —me explicó—. Pero supuse que lo adivinarías al verme.

—¿Por qué? ¿Qué te pasa?

—Nada. —Chase se encogió de hombros. Estaba siendo evasivo —. Yo no empecé la mayoría.

Intenté contener una sonrisa, pero no lo conseguí.

—Quieres decir que no diste el primer golpe. —Los dos sabíamos que las peleas empezaban mucho antes.

—Más o menos. —Me deslizó una mano por el cuello para atraer mis labios hacia los suyos. Me derretí un poco en sus brazos y sentí cómo el deseo se desataba en mi interior—. Quizá estaba pasando por el síndrome de abstinencia de James. He oído que es muy grave. Potencialmente mortal.

El corazón me dio un vuelco. Sabía exactamente dónde tocarme.

—Estás cambiando de tema —le dije entre besos—. Y está funcionando.

Tras otro minuto y un nuevo intento fallido de quitarme la ropa, la impaciencia pudo con nosotros y decidimos que el aparcamiento ya no era suficiente.

—Vamos a casa —le susurré y apoyé la cabeza en su hombro—. Así podremos seguir con lo que hemos empezado.

—Trato hecho.

Me bajé de él y me abroché el cinturón de seguridad mientras se recolocaba el paquete antes de meter la marcha atrás. Al menos, no era la única que estaba cachonda.

—Por cierto —dijo, mirando la cámara trasera—, ¿han intentado ligar contigo mientras venías hacia la camioneta?

Me encogí de hombros.

—Supongo.

Chase se rio y negó con la cabeza.

—Y tú que decías que nadie te tiraba los tejos… ¿Qué quería ese chico?

—Me ha preguntado si sabía hacer la reanimación cardiopulmonar… porque le había dejado sin aliento. —Puse los ojos en blanco.

—Bah. Qué frase más cutre.

Lo era. Se notaba que el chico estaba deambulando por el campus y se lo decía a todas las chicas que iban solas.

—Mira quién fue a hablar, señor aspirante a controlador aéreo. —Me acerqué y le di un toquecito en el costado.

Él se estremeció y guió mi mano hasta su muslo. Al instante, mi mente volvió al beso de hacía unos minutos… y a todo lo que estaba a punto de suceder en apenas veinte.

—Oye, al menos conseguí que hablaras conmigo un par de minutos. Eso ya es mejor que un rechazo inmediato.

—Estoy bastante segura de que te rechacé —contesté, y le di un apretón en la pierna—. No dejabas de hablar. Y hablar.

—Funcionó, porque te enamoraste de mi encanto.

Capullo engreído. Capullo engreído y *sexy.* Pero no estaba del todo equivocado.

—Creo que lo que les dije a Zara y Noelle fue algo así como «es un idiota atractivo».

—También amenazaste con apuñalarme con una cucharilla de cóctel. —Sonrió con aire burlón—. Y, sin embargo, volviste.

—Es cierto. Pero con la cantidad de eufemismos que me soltaste, debería haber sabido que tenías una mente sucia.

Bajó la voz y me recorrió de arriba abajo con la mirada; sus ojos dejaron un rastro ardiente en mi cuerpo.

—Cuando se trata de ti, es la más sucia. —Me mordí el labio inferior.

—¿Sí? Demuéstralo.

—Cuidado con lo que pides, James.



Capítulo 46

El más despreciable

Bailey

En algún momento del camino de regreso a casa, el ambiente dejó de ser distendido y se volvió serio. Había algo que preocupaba a Chase, y fuera lo que fuera, seguramente explicaba sus múltiples encontronazos en el partido de esa noche. Sentí la tentación de preguntar, pero cuando se mostraba tan reticente, sabía que insistir no me llevaría a ninguna parte, así que me contuve.

Tras unos minutos de silencio, Chase habló:

—¿Has hablado con Derek últimamente? —preguntó mientras ponía el intermitente y giraba hacia mi calle. Las venas de sus antebrazos se marcaron cuando apretó el volante con más fuerza. De pronto, se tensó… y yo también. Rara vez hablábamos de mi hermano, por motivos obvios.

—¿Sobre qué?

—Quedé con él el otro día.

Las alarmas resonaron en mi cabeza. Cuando Chase evitaba dar detalles y se iba por las ramas, sabía que me tocaba insistir para

confirmar lo que ya sospechaba. Pero esta vez no sospechaba nada; su confesión me había tomado completamente por sorpresa.

Aunque, pensándolo bien, Derek sí había estado raro la última vez que hablamos.

—¿Por qué?

Chase aparcó en paralelo junto a la acera y apagó el motor. Se desabrochó el cinturón de seguridad y se volvió hacia mí con una expresión indescifrable. Parecía nervioso, algo nada habitual en él. Siempre estaba seguro de sí mismo y casi siempre se mostraba comunicativo.

Me invadió una oleada de nervios. «Por favor, que no hayan discutido sobre mí o Luke».

Bajó la mirada hacia el volante, con el ceño fruncido.

—Puede que le haya prestado algo de dinero.

—¿Qué has hecho qué? —Lo miré fijamente, sin pestañear. Era la última respuesta que me esperaba—. ¿Por qué me estoy enterando ahora?

Pero… Entonces todo cobró sentido. Eso explicaba el comportamiento evasivo de Derek por teléfono. Me había contado que volveríamos a pasar las Navidades en casa de nuestros padres y que la situación económica había mejorado, pero no supo explicarme por qué. Después de varios intentos fallidos para sonsacarle información, me rendí. Derek mentía fatal, pero cuando se cerraba en banda, era imposible hacerle hablar.

—Le pedí a Derek que no te lo dijera. Pero es un avance, porque fuimos capaces de entendernos. ¿No? —Chase levantó las cejas oscuras, en un intento de parecer inocente. Todavía llevaba el traje gris carbón del partido de hacía un rato, pero no llevaba corbata y se había desabrochado los botones superiores de la camisa blanca. Era muy difícil enfadarse con él cuando tenía este aspecto. Y él lo sabía.

—No cambies de tema.

Por otra parte, tenía razón. Derek y Chase habían quedado para hablar, habían mantenido una conversación, que debía de haber sido civilizada, y habían llegado a algún tipo de acuerdo. Era

extrañamente alentador, aunque no estaba segura de qué pensar sobre lo del dinero.

Fruncí el ceño y retorcí la correa de mi bolso de cuero entre las manos.

—¿Por eso celebraremos la Navidad en casa de mis padres? Me he devanado los sesos tratando de averiguar cómo era posible desde el punto de vista económico. ¿Me estás diciendo que has sido tú?

—¿Es posible? —La mirada avergonzada de Chase atravesó mi coraza como un cuchillo caliente que atraviesa la mantequilla.

Tenía un talento especial para despertar en mí una mezcla muy concreta de emociones: frustración mezclada con diversión y afecto. Y por suerte para él, eso solía conducir a un sexo apasionado. Si no tenía cuidado, me seduciría para evitar responder a mis preguntas y pasaríamos directamente a la parte del sexo.

—¿Has sido tú? —repetí, tratando de mantenerme firme.

Menos mal que estábamos en su camioneta y aún no habíamos entrado en casa; si esta conversación hubiera tenido lugar en mi dormitorio, habría tomado un rumbo radicalmente diferente.

—Técnicamente, le ofrecí un préstamo a largo plazo, pero no sabría decirte qué hizo con él después.

Asentí, pero no dije nada. Mi mente intentaba procesar la información, pero daba vueltas en círculos sin llegar a ninguna conclusión sobre cómo me sentía.

—James. —Chase me dio un toquecito—. ¿Estás enfadada?

Me volví para mirarlo.

—No lo sé.

Enfadada no era la palabra adecuada. Exasperada, tal vez. Y además de eso, en mi mente se estaba librando una guerra entre otras emociones. La situación me hacía sentir vulnerable, por eso había dudado en contárselo.

Dejando todo lo demás a un lado, yo había perdonado a Luke por cosas mucho peores, varias veces. Cosas desconsideradas, dolorosas y horribles. Eso había distorsionado mi sentido del bien y del mal. No sabía por qué merecía la pena enfadarse y por qué no. En especial

cuando alguien que siempre había sido cariñoso y atento había hecho algo con buenas intenciones.

—Entiendo lo que intentabas hacer, pero no puedo creer que lo hicieras. —Las palabras sonaron duras, aunque mi tono no lo fue. Me pasé una mano por el cabello y, con nerviosismo, traté de desenredar las puntas. Hacía tiempo que necesitaba un corte, pero no podía permitírmelo. Irónico, considerando justo de lo que estábamos hablando.

—Por si sirve de algo, siento haber actuado a tus espaldas. —Chase se inclinó hacia mí y me tomó la mano entre las suyas. Sentí su piel cálida y áspera mientras me acariciaba la palma con el pulgar, de un lado a otro.

—Te agradezco las disculpas. —Sentí cómo mis hombros se relajaban, aliviados tanto por sus palabras como por su contacto.

—¿Cuánto dinero le has prestado exactamente?

—Quince mil dólares.

Me quedé sin aliento. ¿Quince, seguido de tres ceros?

—Carter… —Hice una mueca—. Eso es muchísimo dinero. —Con esa cantidad podría vivir una buena temporada. De hecho, ya me las apañaba con bastante menos.

—He gastado dinero en cosas peores.

Abrí los ojos de par en par.

—¿En algo que cueste quince mil dólares?

—Bueno, no —admitió—. Sé que bromeo sobre ser un idiota, pero soy responsable en lo que al dinero respecta. No quiero convertirme en uno de esos deportistas que se gastan todo lo que ganan y acaban arruinados. Mi padre me enseñó a vivir con austeridad antes de que aprendiera a contar.

—Yo no llamaría a eso austeridad.

Pero la sola mención de su padre me hacía imposible enfadarme con él. Cada vez que salía el tema, afloraba un atisbo de vulnerabilidad. Y eso ocurría tan pocas veces que no quería arriesgarme a que se cerrase emocionalmente.

—¿Quieres hablar del dinero? —preguntó con suavidad—.

Podemos hacerlo, no me importa. Solo quiero asegurarme de que no te sientas incómoda.

¿Incómoda? Ya lo estaba. Dirigí la mirada al edificio de apartamentos mientras me mordía el labio inferior. La mayoría de las ventanas estaban apagadas y el frío se colaba en la camioneta con el motor detenido. No tenía claro por qué seguíamos allí fuera, aparcados, en lugar de entrar… pero era difícil interrumpir la conversación ahora que, por fin, la habíamos empezado.

—No necesito que entres en detalles —dije, mirándolo de nuevo —. Solo estoy confundida.

—Digamos que no es una cantidad por la que deberías preocuparte. Te lo prometo.

Negué con la cabeza.

—Quince mil dólares es mucho, lo mires como lo mires.

Chase soltó una mezcla entre un suspiro y un gruñido frustrado, y se desplomó en el asiento.

—No puedo rebatirte eso sin entrar en detalles.

No quería que pareciese que le estaba pidiendo que me diera el saldo de su cuenta bancada, porque no era así, así que cambié de tema.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Porque te habrías negado.

Su tono defensivo me pilló desprevenida y abrí la boca para protestar, pero me lanzó una mirada que me cortó en seco.

—Dime que no es verdad.

Lo era. Al cien por cien. Y los dos lo sabíamos.

Me pellizqué el puente de la nariz.

—Eres la persona más terca que conozco. Haces literalmente lo que te da la gana, ¿no?

—Más o menos. Llevo casi una década haciéndolo. —Bajó la mirada hacia nuestras manos entrelazadas sobre la consola de cuero negro que había entre nosotros. Frunció el ceño y respiró hondo antes de volver a mirarme a los ojos—. Tras la muerte de mi padre, mi madre se derrumbó. A los doce años ya falsificaba firmas en los

permisos del colegio y me inscribía en los equipos de *hockey* por Internet. He tomado decisiones durante casi toda mi vida.

Se me formó un nudo en el estómago. Más vulnerabilidad, más dificultad para seguir enfadada con él. Y, sinceramente, eso explicaba muchas cosas. Era cabezota, independiente y obstinado.

En el fondo, sabía que lo había hecho porque se preocupaba por mí y creía que era lo correcto. El problema era que había tomado la decisión sin mí.

—Tenemos que ser un equipo. Ya sabes, tomar las decisiones importantes juntos.

—Lo sé. —Chase me tomó de la mano y me atrajo hacia él—. Supongo que hay costumbres difíciles de romper. Pero voy a hacerlo mejor.

—Está bien. —Asentí—. Me parece justo.

Me levantó la barbilla y sus profundos ojos marrones se clavaron en los míos, tan cargados de ternura que sentí que el corazón estaba a punto de estallarme.

—Te quiero.

—Te quiero.

Se inclinó sobre la consola y rozó mis labios con los suyos un instante. Lo justo para hacerme derretir, pero tan breve que me dejó con ganas de más. Sabía lo que hacía: ese simple gesto hizo que mi enfado se disipara y me distrajera. Un escalofrío me recorrió el cuerpo, no sabía si por el frío o por el beso. Probablemente por ambos, ya que la temperatura dentro de la camioneta había bajado hasta niveles insoportables y casi me castañeteaban los dientes. Chase, que siempre parecía arder por dentro, ni lo notaba… pero yo me estaba convirtiendo en un carámbano.

—Me estoy congelando —dije—. Entremos y terminemos de hablar en casa.

O no, como sospechaba que ocurriría pronto.

Una vez resguardados en mi piso, con el lujo del aislamiento y la calefacción central, me quité las botas y me dirigí al salón, con la esperanza de que él me siguiera. En su lugar, Chase me agarró por

las caderas y me detuvo. Me hizo retroceder unos pasos hasta que quedé contra la pared de la entrada. Sus labios esbozaron una sonrisa irresistible.

—Sabes… —Bajó la cabeza y me dio unos besos delicados en la base del cuello. Una mano se deslizó por mi espalda y me dio un apretón. Una oleada de calor me recorrió el cuerpo de la cabeza a los pies y eliminó cualquier rastro de frío a su paso—. Podría compensártelo.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

Recorrió la curva de mi cuello con los labios y se detuvo en la concha de mi oreja.

—Requiere que te desnudes.



Chase

Tener a Bailey sobre mí en la camioneta había sido una deliciosa provocación, pero ahora había llegado el momento de pasar a la acción.

Me quité la americana y la tiré sobre la silla del escritorio, seguida de la corbata. Con la mirada fija en ella, crucé la habitación hasta donde estaba. Se le dilataron las pupilas cuando le puse una mano en la parte baja de la espalda y la guié hacia la cama. La parte posterior de sus piernas chocó con el borde del colchón y nos detuvimos.

Me dedicó una mirada traviesa, pestañeando con picardía.

—¿Y qué es exactamente lo que tenías en mente?

—No lo sé. ¿Cómo de enfadada estás?

—Oh, bastante enfadada. —Frunció el ceño e intentó mirarme con severidad, pero se le curvaron las comisuras de los labios.

—Entonces, supongo que tengo mucho trabajo que hacer. —Cuando terminase con ella, se habría olvidado por completo de lo que habíamos hablado en la camioneta. Me acerqué para besarla de nuevo, pero me detuve cuando ella se quedó inmóvil y su sonrisa se desvaneció.

—¿Qué hay de tu…? —Se mordió el labio inferior y deslizó los dedos fríos desde mi frente hasta mi mandíbula—. ¿Te duele la cara? No quiero hacerte daño.

Negué con la cabeza.

—No. Y voy a estar tan distraído que ni siquiera recordaré que están ahí. De hecho, ya me había olvidado de los golpes. Y del partido.

Ahora mismo, solo tenía una cosa en la cabeza.

Bailey me desabrochó la camisa y luego pasó a hacer lo mismo con el cinturón y los pantalones. Posé los dedos en el dobladillo de su suave jersey negro y tiré de él hacia arriba, para sacárselo por encima de la cabeza. El sujetador negro de encaje le realzaba a la perfección los pequeños pechos y daba a entender que llevaba unas braguitas diminutas a juego. En un abrir y cerrar de ojos, estábamos medio desnudos y yo estaba completamente empalmado, listo para inclinarla sobre la cama, pero tenía planes antes de dejar que las cosas llegaran tan lejos. Le desabroché el botón de los vaqueros y me arrodillé para quitárselos antes de tirar los pantalones y los calcetines a un lado. Tenía razón: no llevaba nada más que un minúsculo trozo de tela de encaje negro sobre las caderas. ¿Cómo demonios había tenido tanta suerte?

—Me encanta desnudarte —le susurré, todavía de rodillas delante de ella—. Es como desenvolver un regalo.

Ascendí poco a poco mientras le llenaba la suave piel entre las piernas de besos. Se las separé un poco más, la agarré por la parte interna de los muslos y la sujeté así para tener acceso. Dejó escapar un suave suspiro gutural cuando mis labios encontraron la unión de sus muslos internos y dibujé círculos alrededor del perímetro exterior. Su cuerpo se tensó y su respiración se volvió entrecortada.

Estaba impaciente, esperando que llegara a su punto más sensible… pero yo me lo tomé con calma. Provocarla era, al fin y al cabo, la mitad del placer.

—Son muy muy *sexys.* —Pasé un dedo por el borde de su ropa interior de encaje.

Posé la boca en su centro, sobre el fino tejido, y ella dejó escapar un suave gemido. Hundió las manos en mi pelo y tiró de él para acercarme más a ella.

—Me las he puesto para ti —dijo Bailey con voz cansada.

—En ese caso, te las dejaré puestas de momento. —Las aparté y cerré la boca sobre su clítoris antes de chuparlo con suavidad.

Ella gimió y echó la cabeza hacia atrás mientras mi lengua la recorría y yo saboreaba cada instante. Estar entre sus piernas era una de mis cosas favoritas en el mundo.

—Chase… —Mi nombre fue un suspiro tembloroso en sus labios —. No creo que pueda aguantar demasiado si sigues haciéndome eso.

Con las manos sobre sus caderas, tiré de ella hacia abajo para que se sentara en el borde de la cama y le separé las piernas. Ella se apoyó en los codos y me miró con expresión aturdida. Hubo un momento en la relación en que se habría sentido cohibida al estar así, completamente expuesta. Ahora se sentía totalmente segura delante de mí, y eso me encantaba. A veces, no me creía la suerte que tenía.

Me fijé en el cinturón que yacía en el suelo junto a mis rodillas, y lo cogí.

—¿Confías en mí? —le pregunté cuando agarré la tira de cuero con ambas manos.

Bailey la estudió un instante y levantó los ojos para mirarme.

—Siempre.

Bajé la mirada y pasé el extremo por la hebilla para formar el primer hueco antes de volver a pasar el extremo para hacer el segundo. En un instante, había improvisado un juego de esposas y estaba a punto de divertirme.

—Impresionante —dijo.

—He hecho los deberes.

Me observó mientras me levantaba y me miró con una mezcla de deseo y adoración en los ojos. La agarré en brazos y la coloqué en la cabecera de la cama antes de cogerle las muñecas con las manos y sujetárselas por encima de la cabeza.

—¿Verde? —le pregunté antes de continuar.

Esbozó una sonrisa.

—Verde.

Fui deslizando, una a una, sus muñecas dentro del cinturón y lo ajusté hasta inmovilizarla por completo. Cuando sus manos quedaron bien sujetas, me arrodillé a su lado.

—¿Tienes el juguete cargado?

Abrió mucho los ojos durante un instante.

—Sí.

Saqué el vibrador de silicona de su mesita de noche, lo encendí y ajusté la intensidad a uno de los niveles más bajos. Eso significaba que tenía margen para aumentarla y volverla cada vez más loca.

Con los dedos, la lengua y el juguete, la provoqué hasta hacerla temblar. Bailey gritó y forcejeó contra las esposas de cuero, perdida en la sensación. Deslicé un dedo en su calor húmedo, y luego otro. Su cuerpo respondía al compás de mis caricias, moviendo la pelvis, mientras sus paredes se cerraban con fuerza alrededor de mis dedos a medida que se acercaba al clímax.

Ella soltó un grito ahogado.

—Amarillo.

Levanté la cabeza alarmado. Apagué el vibrador enseguida y me arrastré por su cuerpo para ver cómo estaba.

—¿Estás bien?

Bailey hizo un puchero.

—Quiero un beso.

Contuve una risa. ¿Cómo podía alguien ser tan adorable y tan desobediente al mismo tiempo?

—Creía que me estaba pasando.

—No, me sentía sola aquí arriba.

—Pues eso no puede ser. —Incliné la cabeza y acerqué mis labios a los suyos. Ella suspiró cuando mi lengua se deslizó dentro de su boca y ambos nos sumimos en un beso profundo—. ¿Quieres que te desate? —murmuré mientras dejaba un rastro de besos con la boca abierta por su cuello.

—Todavía no. Pero necesito que acabes pronto con toda esta provocación, porque voy a perder la cabeza.

Oh, ¿ahora intentaba llevar la batuta? Qué mona.

Presioné con el pulgar donde había estado mi lengua y lo moví en pequeños círculos.

—¿Quieres correrte?

—Sí. —Gimió con las mejillas sonrojadas y los ojos vidriosos.

—Pídemelo por favor.

—Por favor.

Volví a encender el vibrador, lo coloqué en su centro y su cuerpo se estremeció. Acerqué mis labios a su hinchado manojo de nervios y la devoré con la ayuda del juguete. Con unas cuantas pasadas más de mi lengua, arqueó la espalda y sus piernas temblaron de manera incontrolable. Gritó, esta vez más fuerte, suplicó que no parara y se deshizo en mi boca. Balanceó las caderas contra mí una y otra vez. Al final, desaceleró poco a poco hasta quedarse completamente inmóvil. La solté una vez que le había sacado hasta la última gota de placer, me aparté y le di un respiro antes de que estuviera demasiado sensible.

Me apoyé en un codo a su lado y estudié su rostro.

—¿Sigues enfadada conmigo?

Tenía la piel húmeda, la expresión aturdida y el pelo revuelto. Siempre estaba muy *sexy* después de un orgasmo.

Ella se rio.

—No, pero me siento un poco rara por lo ruidosa que he sido.

—No. Ha sido tan excitante que lo recordaré a diario.

Alcé la mano, desabroché el cinturón y le liberé las muñecas. Le acaricié la piel delicada y la inspeccioné cuidadosamente en busca

de cualquier signo de abrasión o moratón, pero no encontré ninguno.

—¿Y tú? —Deslizó los dedos por mi cuerpo y por debajo de la cinturilla de mis pantalones, y luego me la agarró con la mano. El placer me recorrió todo el cuerpo en respuesta a su tacto.

—Quiero inclinarte sobre esta cama y hacer que te corras de nuevo. —Bailey me dedicó una sonrisa picara y me empujó de espaldas contra el colchón.

Sus tetas me rozaron la piel mientras me cubría el pecho y los abdominales de besos y bajaba más mientras yo la ayudaba a quitarme los calzoncillos negros.

—Pero me gusta la idea de dar un rodeo por el camino, si es eso lo que sugieres.

Me agarró con una mano y me tomó con la boca. Deslizó la lengua por la punta de una forma que me provocó una agonizante oleada de euforia.

—Joder. —Aspiré con brusquedad y le pasé la mano por la larga melena—. Cómo me gusta tener tu boca sobre mí.

Ella soltó una risita, que vibró contra mí. Después de uno o dos minutos más observándola, estaba peligrosamente cerca de perder el control.

—Cariño. —Le apreté el hombro—. Vas a tener que parar si quieres que cumpla con el resto.

Bailey levantó la vista con una sonrisa lasciva.

—Vale.

Se arrastró hasta la cabecera de la cama, a mi lado, y yo le bajé las bragas con renovada urgencia. Volví a colocarme sobre ella y nuestras bocas se fundieron. Mi plan era penetrarla por detrás, pero de repente lo único que quería era ver su cara cuando la hiciera correrse de nuevo.

La emoción se apoderó de mí y le deslicé una mano por el lateral del cuello mientras rompía nuestro beso.

—Mírame.

Bailey abrió los ojos y parpadeó sin dejar de mirarme. Sin apartar

la vista, respiró hondo cuando la penetré. Empujé una vez, dos, y ella dejó escapar un gemido gutural; el sonido era femenino y vulnerable y, de alguna manera, casi hizo que me derrumbase.

Me quedé quieto sobre ella, mirándola fijamente, mientras una avalancha de pensamientos se agolpaba en mi cabeza.

—¿Qué pasa? —susurró.

No pasaba nada. Todo estaba bien. Todo.

—Te quiero. —Bajé la cabeza y le mordí el cuello con cuidado—. Y me encanta follar contigo.



Capítulo 47

Fin del juego

Chase

Mi idea era volver a meterme en la cama con Bailey y dormir un par de horas más. Teníamos una rutina muy agradable, que normalmente consistía en despertarnos por segunda vez de la mejor manera posible. Pero hoy no había manera de volver a conciliar el sueño. A pesar del entrenamiento extenuante y de los incontables *burpees* que me habían hecho hacer, me sentía demasiado despierto, con la energía a flor de piel.

Cuando llegué a casa, dudé un instante si despertarla para contárselo, pero sabía que había estado quedándose despierta hasta tarde entre el trabajo, las clases y la solicitud de la beca. Al final opté por dejarla descansar.

Esto me llevó a tomar la decisión espontánea de preparar el desayuno. El único problema era que, entre el subidón de energía y el hambre voraz que tenía después del entrenamiento, me dejé llevar y calculé fatal la cantidad de comida, incluso para mi apetito. Sin embargo, podía contar con que Dallas comería algo cuando se

levantara. Y Shiv probablemente también seguiría allí, así que una boca más que alimentar ayudaría a reducir este enorme festín.

Saqué el beicon del horno y lo puse sobre una manopla para proteger la encimera. Cuando me di la vuelta, Bailey bajó las escaleras, todavía en pijama azul claro, con su ondulado cabello dorado revuelto por el sueño. Me encantaba verla a primera hora de la mañana. Era mucho más agradable que yo al despertarme, por no hablar de que era más guapa.

Bailey bostezó y miró la cocina, aturdida.

—¿Has preparado el desayuno? —Se fijó en la plancha para gofres y puso los ojos como platos—. Dios mío. Me encantan los gofres.

—Entonces estás de suerte, porque hago los mejores gofres del mundo. Soy un hombre con muchos talentos. No solo en el hielo… o en la cama.

Esbozó una sonrisa irónica.

—Empiezo a darme cuenta.

Se acercó para ponerse a mi lado y se asomó para ver los gofres que se estaban haciendo. La rodeé con los brazos por la cintura y me incliné para darle un beso rápido con sabor a pasta de dientes de menta.

—Además —añadí—, estaba demasiado nervioso para volver a dormir.

—¿Entrenamiento duro? —preguntó mientras daba unos pasos y se acomodaba en un hueco libre de la encimera, junto a mí.

Se quitó una goma elástica de la muñeca, me miró, esperando una respuesta, y se recogió el pelo en un moño desordenado.

—No demasiado. Pero, de camino a casa, hablé con el director general adjunto de Los Ángeles y salí bastante animado, así que… aquí estamos. —Señalé la comida sobre la encimera: gofres, beicon cortado en trozos gruesos, nata montada, fresas y arándanos.

Y, por supuesto, una botella de auténtico sirope de arce; mi padre era canadiense y me había enseñado a hacer las cosas como es debido.

—Oh. —Su voz subió de tono, aunque la tensión era evidente—. ¿Así que la llamada ha ido bien?

Estaba fingiendo entusiasmo por mí, pero su tono delató su inquietud en cuanto salió el tema, igual que el día que hablamos de ello cuando quedamos para comer en Callingwood.

—Sí.

La plancha de gofres pitó y me giré para sacar el último, que puse en un plato. Después la apagué y dejé el paño de cocina blanco a un lado. Di unos pasos para acortar la distancia entre nosotros y me detuve frente a Bailey, que seguía sentada en la encimera. Apoyé las manos sobre sus muslos.

Ella me devolvió la mirada con una expresión inusualmente neutra. Pero nunca había sido buena para ocultar lo que sentía. Parpadeó cuando rocé su mandíbula con los dedos hasta enmarcar su rostro entre mis manos.

—¿Te preocupa lo que pasará con nosotros si me voy, James?

—Un poco. —Le brillaron los ojos por la incertidumbre—. ¿A ti no?

—Supongo que creía que haríamos que funcionase.

Quizá era estúpido por mi parte darlo por sentado, pero no pensaba que hubiese otra alternativa. No veía su presencia en mi vida como algo opcional. Esperaba que ella sintiera lo mismo.

Bailey frunció el ceño y su voz sonó tranquila, vacilante.

—¿Cómo?

Buena pregunta. Aún no había pensado en los detalles. Había estado demasiado centrado en todo lo que vendría antes. Pero no parecía tan difícil: nos visitaríamos cuando nuestros horarios lo permitieran y hablaríamos todo el tiempo. Aunque quizá esa forma de pensar era ingenua, teniendo en cuenta que la gran mayoría de los chicos que conocía que habían intentado tener una relación a distancia decían lo contrario. Había escuchado historias terribles, desde discusiones constantes hasta infidelidades. Uno de mis antiguos compañeros de equipo descubrió que su novia le estaba engañando cuando vio una foto de su novia besando a otro en

Instagram. Pero nosotros éramos diferentes; ninguno de los dos se plantearía siquiera hacer algo así. Esa era mi teoría y me aferraba a ella con fuerza.

—¿Acumular millas de recompensa volando de un lado a otro? ¿Videollamadas? ¿Pura cabezonería? Ya sabes que soy muy cabezón… de algo servirá.

—Vale. —Ella bajó la mirada hacia el mostrador y se encogió de hombros. ¿Por qué no me creía al decir que iba a funcionar? ¿O por qué no quería intentarlo?

¿Si escogía irme antes de tiempo estaría firmando la sentencia de muerte de nuestra relación? Quizá me equivocaba al pensar que era incapaz de ocultar sus sentimientos, porque, a veces no sabía qué se le estaba pasando por la cabeza.

Arqueé las cejas y traté de interpretar su rostro.

—A menos que no quieras hacerlo.

—No. —Bailey negó con la cabeza y cerró los ojos con fuerza durante un instante antes de volver a abrirlos. Sus ojos color avellana se clavaron en mí, aún indescifrables, y estaba rígida, como si hubiera levantado un muro invisible—. Es solo que… no sabía si tú querrías intentarlo. La distancia parece difícil.

—¿Quién más va a aguantarme? —bromeé, y le acaricié los brazos con las manos. Quizá tocarla había sido un error, porque ahora mi mente estaba yendo en otra dirección. «Concéntrate, Carter».

Contuvo una sonrisa.

—Tienes razón.

—Hablando en serio, prefiero tenerte antes que no hacerlo, no importa cómo. ¿Por qué deberíamos permitir que una situación temporal fastidiase lo que tenemos? Quiero estar contigo mucho más tiempo que los nueve o diez meses que estaríamos separados.

Allí estaba yo otra vez, dando cosas por sentado. Pero ella no objetó, solo asintió, así que tal vez iba por buen camino.

Bajé la cabeza y la miré a los ojos.

—Estamos en la recta final, ¿verdad?

Mis padres estaban locamente enamorados. Nunca pensé que encontraría eso hasta que la conocí. Y ahora que lo había encontrado, lucharía por ello.

La tensión en su cuerpo se relajó y al final conseguí una sonrisa plena y sincera.

—¿Tú crees?

—Lo sé —dije al mirar el reloj—. Si nos damos prisa, quizá todavía tengamos tiempo de volver a la cama para algo más que dormir.

Minutos después, tenía en el plato comida suficiente para alimentar a un batallón. Bailey se sentó frente a mí con una porción más sensata, pero no me juzgó por devorar el equivalente a tres comidas de una vez.

—¿Vas a ir de compras con Siobhan?

—Sí. —Bailey pinchó una fresa con el tenedor y le echó nata montada—. Pero primero tengo que trabajar en la solicitud de la beca. Tengo que entregarla el lunes. El proceso me está matando. Ensayo, referencias, revisión del expediente académico y, si paso a la fase final, tengo que hacer una entrevista con todo un comité. —Hizo una pausa y frunció ligeramente el ceño—. Debería dejar de hablar de ello. No quiero gafarlo.

Mordí un trozo de beicon y tragué.

—Creo que lo lograrás. —Si alguien podía conseguirlo, era ella. Se lucía en los exámenes, tenía don de gentes y sacaba notas excelentes. Obviamente no era imparcial, pero aun así estaba seguro de que estaría entre los mejores candidatos.

Ella apretó los labios.

—Eres muy dulce, pero tampoco es que seas muy objetivo.

—Si hay que superar tantos obstáculos, la mayoría de la gente no tiene ninguna posibilidad. ¿Sabes cómo es el estudiante promedio?

—Eso espero —respondió—. Creo que va a ser un día largo en el centro comercial. Tengo la sensación de que Shiv es una compradora compulsiva.

Spoiler: según Dallas, así era. Y eso que a él le gustaba ir de

compras, así que debía ser grave si las quejas venían de él. Además, cuando Shiv vivía con nosotros, volvía a casa cargada de bolsas más veces de las que podía contar. A menudo tropezaba con ellas en la entrada.

—¿Estás emocionada por la gala?

—Sí —asintió. Luego frunció los labios y me miró pensativa—. ¿Quién es la cita de Ty?

—Su amiga Zoe. Estudian juntos.

Bailey arqueó una ceja.

—¿Son «amigos» como lo éramos nosotros?

En un momento dado, yo también me lo pregunté, pero el desfile constante de mujeres por su dormitorio sugería lo contrario.

—No. Ty no es de los que se comprometen, pero será divertido. Será una velada agradable y la comida nunca decepciona. Además, yo tendré a la chica más guapa de acompañante, así que lo veo como una ventaja. —Hice una pausa al recordar la gala del año anterior—. No fuiste con Morrison el año pasado, ¿verdad?

—No. —Resopló, como si hubiera toda una historia detrás, pero no dio más detalles y yo no quería preguntar. Era imposible que no tuviera que ver con que él fuera un cabrón de manual.

—Me lo imaginaba. Si hubieras ido, me habría acordado de ti. Bailey me dedicó una sonrisa torcida.

—¿Habrías ligado conmigo?

¿Hace falta preguntarlo? Vamos, hombre.

—Desde el momento en que te vi.

Y no lo decía por quedar bien. Lo tenía claro desde el principio, sin importar dónde la hubiera visto por primera vez: en la gala, en XS o en un partido. Joder, incluso lo habría intentado en la sala de espera del médico. Con alguien como ella, había que arriesgarse sin importar el contexto.

—¿Para hacer enfadar a Luke?

—No, porque estás buenísima.

—Ah. Pero a tu cita no le habría gustado. —Le dio un mordisco al gofre y me miró con picardía.

—¿Con quién crees que estás hablando? Yo fui solo —dije—. Fui con Ward.

En aquel entonces, Dallas todavía no había conocido a Siobhan. Y hasta que apareció Bailey, no había habido ninguna chica que me gustara lo suficiente como para llevarla a ese tipo de eventos… ni a ningún otro. Los 625 dólares por persona que costaba la gala eran la prueba perfecta. Si se lo contara a Bailey, se desmayaría. O intentaría discutir conmigo sobre quién pagaba. No quería volver a sacar el tema del dinero.

—Seguro que formabais una pareja muy atractiva.

—Por supuesto. —Le guiñé un ojo, aparté la silla y regresé a la barra para servirme otro plato—. Pero será mucho más divertido contigo. El año pasado fuimos para dar la cara y apoyar una buena causa. —Además, siempre resultaba agradable reencontrarse con antiguos alumnos de Boyd y conocer a jugadores de la liga, entrenadores, directivos y otras figuras del sector.

—¿Y emborracharnos con alcohol de primera en la elegante barra libre?

—¿Quién, yo? —me burlé mientras untaba mantequilla en un gofre y lo bañaba en sirope—. Nunca.

Bailey arqueó una ceja; me conocía demasiado bien. Antes de ella, pasaba todos los fines de semana —y más de un día entre semana— borracho. Mi hígado sin duda agradecía que la hubiera conocido. Y mis pulmones también. Hasta mis estadísticas habían mejorado. Ya eran bastante buenas antes, pero la diferencia que suponía no vivir con una resaca constante era increíble.

—Ward tuvo que sacarme borracho del Uber. —Sonreí, avergonzado—. Este año no cometeré el mismo error.

Bailey me miró por encima del vaso de zumo de naranja y contuvo una sonrisa.

—Espero que no. No creo que pudiera ayudarte a subir los escalones de la entrada. Acabarías durmiendo en el jardín.

—No te preocupes, quiero estar sobrio para lo que pueda pasar después de la gala.

Aparté la silla y me senté sin dejar de mirarla. Maldita sea. No debería haber dejado que mi mente volviera a ir por ese camino.

—¿A qué te refieres? —Se inclinó sobre la mesa con expectación, apoyó un codo en la mesa y la barbilla en la mano.

—Sexo elegante.

Frunció ligeramente el ceño.

—¿Qué es el sexo elegante?

—Lo que parece. Sexo después de ponernos elegantes. —Moví las cejas—. Porque puedo arrancarte la ropa, despeinarte y desmaquillarte.

—Tienes mucha imaginación.

—No es de ahí de donde vienen esas ideas.

Ella se rio.

—Lo sé.



Bailey

Me pasé toda la semana trabajando para completar la solicitud de la beca, y cuando llegó el sábado por la mañana, todos los formularios estaban rellenados, los ensayos terminados y había conseguido las cartas de referencia. Estuviera perfecto o no, tenía que dar el paso y enviarlo en algún momento en lugar de editarlo por enésima vez.

Como recompensa por haberlo acabado, me permití salirme un poco del presupuesto. Al fin y al cabo, si me había gastado un dineral en un vestido para la desastrosa cena de cumpleaños con Luke, podía justificar comprarme algo para la gala.

Antes de ir de compras, Siobhan y yo nos detuvimos en el Starbucks para cargar energías con cafeína y azúcar.

—Hace un frío que pela —comentó Shiv, que señaló mi bebida,

un *macchiato* helado con caramelo, cuando el barista lo deslizó por el mostrador—. ¿Cómo puedes tomarte algo así estando a esta temperatura?

—Así sabe mejor —respondí, y me encogí de hombros. El café con caramelo frío me gustaba más que el caliente, sin importar la temperatura que hiciera fuera. Yo no me había inventado las reglas.

—No lo entiendo. —Siobhan tembló de forma exagerada—. Yo casi necesito llevar una estufa portátil a todas partes para sobrevivir al invierno.

—Eso es porque tienes sangre de Florida —añadí—. Con el tiempo te adaptarás a los inviernos de aquí.

Shiv resopló.

—O moriré congelada en el intento.

Nos tomamos nuestros cafés y salimos del Starbucks para entrar en el centro comercial. Acababa de abrir y ya se estaba llenando de compradores de fin de semana. Ir de compras con mucha gente era lo peor, bueno, las multitudes en general lo eran. Esperaba que no nos llevara demasiado tiempo. Sin embargo, Chase me había dado a entender que probablemente no fuera así, por lo que me mentalicé para la posibilidad de pasar allí todo el día.

—Sé que dije que no compraría nada, pero creo que voy a ceder.

Shiv se volvió hacia mí, con los ojos brillantes y una enorme sonrisa en el rostro.

—¿En serio? ¡Sí! Será mucho más divertido si las dos nos probamos cosas.

Su concepto de diversión no podía estar más lejos del mío en ese momento. Encontrar ropa que me sentara bien y no me hiciera parecer todavía más alta siempre era un desafío, y los vestidos eran lo peor: o me quedaban demasiado largos o demasiado anchos.

—Pero tengo un presupuesto muy ajustado —añadí—. Es inamovible. No puedo pasarme de esa cantidad.

En realidad, no debería gastar dinero, pero solo se vive una vez, ¿no? Aunque eso significara tener que apretarme más con la comida.

Sus ojos azul verdoso brillaron.

—Me encantan los retos. Para eso vivo. Es como un *reality show* en el que tenemos que competir para encontrar la mejor oferta.

Bien, porque la idea de recorrer sola los estantes de rebajas me resultaba increíblemente abrumadora.

Al llegar al mapa del centro comercial, Siobhan echó un vistazo a la lista de tiendas y frunció el ceño, concentrada.

—Bien, hagamos un plan de ataque. —Señaló la pantalla y dibujó en el aire una ruta con su uña morada perfectamente cuidada—. Primero vamos a los grandes almacenes a buscar vestidos. Después, regresamos por los zapatos.

—Suena bien. Yo también necesito zapatos.

Mi presupuesto mensual se iba a ir al traste, pero volvería a ponerme tanto los zapatos como el vestido. O al menos eso es lo que me dije a mí misma una y otra vez.

—Para ser sincera, no sé si los necesito. Mis padres me crucificarían si ven otra tienda de zapatos en el extracto de la tarjeta de crédito. Pero Dal me lo pidió. —Shiv soltó una risita y se pasó la mano por el pelo oscuro—. De hecho, me pidió específicamente que fueran zapatos «provocativos».

Tomé un sorbo de mi *macchiato* e intenté descifrar lo que acababa de decirme.

—¿Y eso qué significa?

—Seguramente unos tacones de aguja. —Se encogió de hombros —. Ya sabes, unos tacones que gritan «follame».

—¿Eso existe? —De pronto empecé a cuestionarme seriamente mi colección de zapatos. ¿Tenía yo unos tacones que dijeran «follame»? ¿Los quería? No estaba del todo segura. Lo único que sabía con certeza era cómo respondería Chase a la segunda pregunta.

Siobhan esbozó una sonrisa con caos labios color rojo cereza.

—¿Cómo puedes ser tan inocente? Pensaba que Chase ya te habría corrompido a estas alturas.

—Oh, está en ello.

Asintió detrás de mí.

—Empecemos por Nordstrom y luego iremos a Bloomingdale's.

—Suena caro. —Aspiré aire entre los dientes y puse una mueca.

—Estás hablando con la reina de las rebajas. Dime tu presupuesto y yo me encargo.

Nos abrimos paso entre la multitud de compradores hasta Nordstrom. Siobhan miró su Apple Watch azul marino y frunció el ceño, pensativa.

—Por cierto, ¿irás al partido contra Callingwood la semana que viene? —Se mostró evasiva—. No pasa nada si no quieres venir. Solo me preguntaba si debería hablar con alguna de las otras chicas para tener compañía.

Al entrar en los grandes almacenes, nos dirigimos a las escaleras mecánicas que había al fondo.

—Sí, tengo pensado ir. —Y rezaría antes.

—Genial. —Siobhan apuró el último trago de su moca y dejó el vaso en la papelera al pasar—. Tal vez el haberte mudado haya servido para calmar un poco las cosas. No puede ser tan dramático como la última vez, ¿verdad?

—Claro. —Al menos, eso esperaba.



Capítulo 48

Descúbrelo

Bailey

La semana pasó volando entre las clases, el periódico, una cena con Zara y Noelle, y los intentos de sacar algo de tiempo para estar con Chase. Y digo «tratar» porque parecía que el universo estaba empeñado en que nuestros horarios fueran incompatibles. Si no fuera porque dormíamos en casa del otro, apenas nos veríamos.

Prepararme para la gala me llevó buena parte del sábado, sobre todo porque Siobhan transformó la ocasión en todo un evento. Pedimos comida para llevar, bebimos antes de salir, aunque en mi caso, solo me tomé una copa, porque no tolero demasiado bien el alcohol, y escuchamos música mientras nos arreglábamos. Incluso me animé a rizarme el pelo, lo cual era un acontecimiento extraordinario: apenas sucedía dos veces al año. Shiv tuvo que venir a ayudarme con el maquillaje porque todavía no había dominado las habilidades motoras necesarias para trazar una línea recta con el delineador líquido. Y era posible que jamás lo hiciera.

Cuando llegó la hora de salir, Chase entró por la puerta y se

quedó boquiabierto.

—Debería haber aprovechado para un polvo antes de salir… porque ahora la espera se me va a hacer eterna.

—Bueno, hola a ti también.

—¿Crees que hay alguna posibilidad de que todavía…?

Le sonó el móvil y bajó la mirada con el ceño fruncido.

—Supongo que no. El inoportuno de Ward vuelve a aguar la fiesta.



Cuando Chase dijo que la gala era «elegante», se quedó muy corto. Era, con diferencia, el evento más lujoso al que había asistido nunca. Para ser justos, la mayoría de los eventos a los que había ido habían sido bodas familiares, lo que, en mi entorno de clase media suburbana, significaba que se celebraban en un centro comunitario y, a menudo, eran comidas en las que cada uno llevaba algo. Tenían su encanto, pero distaban mucho de la opulencia de aquella noche.

Además de sentirme fuera de lugar en un evento tan formal, estaba absolutamente impresionada. El salón de banquetes estaba repleto de jugadores universitarios, profesionales de la AHL, de la NHL y directivos de equipos de todos los niveles. Tuve que contenerme varias veces para no comportarme como una auténtica fanática del *hockey.*

¿Y la comida? Era nada más y nada menos que filete *mignon.* El salmón de Siobhan también tenía una pinta increíble, aunque yo siempre prefiero la carne al pescado.

Cuando terminó la cena, Chase se excusó para ir al baño y pedir otra ronda de bebidas, por lo que me dejó sola con Siobhan, Zoe y Kristen. Siobhan y Zoe estaban inmersas en un acalorado debate sobre diseñadores de bolsos, lo que nos dejó a Kristen y a mí solas.

Qué incómodo.

Permanecimos sentadas en silencio durante unos momentos y yo

miré a mi alrededor en busca de caras conocidas, con la esperanza de encontrar una excusa para marcharme. Para mi desgracia, las únicas personas que reconocí fueron Luke y Paul. Enseguida aparté la mirada al sentir una oleada de náuseas en el estómago cuando noté que Luke me observaba fijamente desde el otro lado de la sala.

Supongo que no me quedaban opciones. Había algo en Kristen que me incomodaba, pero seguía siendo mejor que Luke. Dadas las circunstancias, haría un esfuerzo por ser amable.

—Kristen, ¿verdad?

Ella me miró y puso una ligera mueca de asco antes de adoptar una expresión más neutra.

—Sí. ¿Tú eras Hailey? ¿Hannah?

—Bailey.

La había visto varias veces y, ahora mismo, su actitud me parecía muy pasivo-agresiva.

—Exacto.

—¿Vas a Boyd con los chicos?

—Sí.

Por desgracia, el resto de mis intentos por entablar conversación con ella fueron igual de forzados. Habría sido mejor hablar con las orquídeas del centro de mesa.

Por suerte, Siobhan y Zoe terminaron su charla sobre moda un minuto después y empezaron una conversación con toda la mesa sobre el último partido de los chicos, que por desgracia, me había perdido. A partir de ahí, todo fluyó mucho mejor y se alivió gran parte de la tensión.

Entonces Shiv empezó a contar los momentos más divertidos y destacados de los chicos en el *hockey.* Hubo algunas joyas, como la vez que un chico del equipo contrario intentó pelearse con Chase, tropezó y se cayó de culo antes de iniciar la pelea. Otra vez, Dallas lanzó tan fuerte el disco a portería que golpeó las barreras del fondo, rebotó y entró en la portería del equipo contrario. Y a Ty lo expulsaron de un partido la temporada pasada después de enzarzarse en un forcejeo con un jugador que le había dado un

golpe bajo a Dallas.

Aunque hice todo lo posible por escuchar con atención, sentí un cosquilleo en la nuca. Levanté la vista con la esperanza de ver a Chase mirándome de cerca. Pero era Luke. Otra vez. Bajé la mirada de inmediato y fingí no haberlo visto. Porque deseaba no haberlo hecho. Estaba deseando que se graduara en primavera para no tener que volver a verlo nunca más.



Chase

A mitad de la noche había conseguido esquivar cualquier encuentro con Morrison. La situación con Kristen resultaba algo incómoda, aunque se mostraba bastante cordial con Bailey. Solo esperaba que todo siguiera en calma.

Al volver del baño, acabé hablando con unos chicos de los Bulldogs: Palmer y Reed, además de otros que no eran tan imbéciles. La conversación sobre estadísticas acabó derivando en un animado debate sobre qué jugador de la NHL era la mayor decepción de la temporada hasta el momento. Sin duda era Hancock. Pero intentad decírselo a esos tipos.

Cuando regresé, Bailey estaba en nuestra mesa charlando con Shiv y Kristen. Shiv reía a carcajadas con la cabeza echada hacia atrás, y Bailey se tapaba la boca mientras los hombros le temblaban de la risa. Estaba espectacular con aquel vestido negro. Joder. ¿Quién diría que una espalda podía ser tan *sexy*? El escote trasero descendía dejando al descubierto toda esa piel, y a mí solo me venían a la cabeza pensamientos obscenos. Claro que con ella, eso siempre me pasaba.

Quizá podría conseguir que se dejara los tacones puestos luego.

La miré un instante más hasta que recordé que se suponía que tenía que ir a por las bebidas. «Céntrate, Carter».

¿No había venido acompañado? ¿Con Sophie, Sophia, o como se llamase? Aunque, pensándolo bien, dudaba que su presencia le impidiera comportarse como un pervertido. Seguro que habría devorado a James con la mirada incluso delante de su propia novia.

Llamé la atención del camarero, pedí y metí un par de billetes en el bote de las propinas mientras esperaba.

Luego fui a poner a ese hijo de puta en su lugar.

—Ni se te ocurra. —Me apoyé en la barra de madera, de espaldas a Morrison.

Él se giró en mi dirección y me miró con aire altivo.

—¿De qué hablas? ¿Ahora eres vidente o qué?

No necesitaba serlo para saber que era un cretino.

—De mi novia. —Hice un gesto con la cabeza hacia Bailey—. Hazte un favor y mantente alejado de ella.

—Que yo sepa, este es un país libre.

Negué con la cabeza.

—Para ti no lo es.

—Cálmate, psicópata —se mofó, pero un atisbo de miedo le brilló en esos ojos azul pálido. Fingió sacudirse el traje azul marino para evitar mi mirada abrasadora—. Quizá quiero arreglar las cosas con ella.

—Y a lo mejor yo soy la puta Mary Poppins.

Solo deseaba una de dos cosas: o hacerle daño a Bailey o volver a engatusarla. Lo primero no sucedería mientras yo estuviera allí y lo segundo no ocurriría ni en esta vida ni en la siguiente. Lo que significaba que no tenía ningún motivo para volver a interactuar con ella jamás.

Luke miró hacia la izquierda, justo donde Paul se pavoneaba con un par de imbéciles de su equipo. Se enderezó y echó los hombros hacia atrás. Claro. Se sentía valiente ahora que sabía que tenía refuerzos cerca. Lástima que a mí no me importara.

—Mejor ocupémonos de nuestros asuntos.

—Tío. —Me reí—. Ahora Bailey es asunto mío.

El camarero regresó con mi cerveza y el vodka con Seven Up de Bailey y me dio las copas. Le di las gracias antes de volverme hacia Morrison.

—Finge que tiene una orden de alejamiento contra ti. Porque en realidad debería tenerla. ¿Me entiendes? —solté, levantando las cejas—. Sé que eres un poco lento, así que quiero asegurarme de que te ha quedado claro.

Él dio un sorbo a su bebida oscura. Sospeché que el alcohol lo estaba volviendo aún más desagradable de lo habitual. Aunque era difícil de decir cuando el listón ya estaba tan alto.

—Que yo sepa, Bailey es una adulta capaz de tomar sus propias decisiones. —Su voz destilaba una arrogancia que encajaba perfectamente con su expresión de autosuficiencia. Podría jurar que hablaba del mismo modo con los camareros en cualquier restaurante. Menudo imbécil.

—Y claro que las ha tomado. Todo el tiempo. El problema es que tú no las respetas. —Apreté las copas con tanta fuerza que los nudillos se me pusieron blancos.

Siempre adoptaba esa pose de macarra cuando pensaba que estaba fuera del alcance de mi furia. Pero cada palabra, cada respiración, cada segundo en el que seguía frente a mí alimentaba la ira contenida, hasta convertirla en una rabia abrasadora.

Tenerlo tan cerca solo ponía a prueba mi paciencia. Quería partirle la cara. Llevaba tiempo soñando con hacerlo. Pero debía contenerme hasta el próximo partido. Ahí sí sería un placer destrozarlo, como ya había hecho antes.

Di un paso hacia él y bajé la voz.

—Sé lo de tu pequeña hazaña con el coche, pedazo de mierda. Solo por eso debería arrastrarte fuera ahora mismo.

—Sabes, tu actitud de tipo duro es muy vulgar —dijo Luke—. Pero supongo que va a juego con tu traje barato.

Estaba bastante seguro de que no reconocería un Brioni ni aunque lo estrangulara con él. Morrison era el ejemplo andante de

que el dinero no compra el buen gusto ni la clase. Pero no importaba. Discutir con él sobre ropa de marca sería una pérdida de tiempo. No permitiría que me fastidiara la noche. Ni a ella. Así que, por ahora, lo mantendría a raya. Siempre y cuando no se acercara a Bailey.

Respiré hondo y me tranquilicé.

—Sé inteligente y mantente alejado de ella. Ninguno de los dos quiere montar una escena. Al fin y al cabo, estamos aquí por caridad.

—Exacto —respondió Luke con una sonrisa burlona, mientras daba otro trago a su *whisky* con Coca-Cola—. Ni siquiera tú serías tan maleducado como para empezar algo esta noche.

—Ahí es donde te equivocas —le contradije—. Yo no empiezo las cosas. Yo las termino.

Puso una mueca.

—¿Qué coño significa eso?

—Ponme a prueba y lo verás. —Entonces me di la vuelta y me dirigí hacia mi chica.



Capítulo 49

El más afortunado

Chase

Mi esperanza de que la noche siguiera transcurriendo sin incidentes era poco realista. Primero, había tenido una conversación con el imbécil de Morrison y luego Kristen se me había echado encima. Literalmente. Cuando me giré para alejarme de la barra, se estrelló contra mi pecho. Teniendo en cuenta que llevaba allí bastante rato y que no era precisamente difícil de localizar, me resultó sospechoso.

—Kristen. Hola… —Di un paso atrás para poner distancia entre nosotros. Bailey seguía en nuestra mesa, de espaldas a mí, absorta en una conversación con Shiv y Zoe. ¿Dónde demonios estaba Penner?

Ella me lanzaba miraditas seductoras y yo me esforzaba por ignorarlas.

—¿Cómo estás? —ronroneó.

—Bien —respondí con dificultad, pero me prometí a mí mismo que haría un esfuerzo por ser educado—. ¿Y tú?

—Genial. —Dio un sorbo a su bebida, envolviendo la pajita con

los labios color cereza de una forma que pretendía ser sugerente y que me hizo sentir muchísimo más incómodo.

—Así que tú y Penner, ¿eh? Me alegro por vosotros. —Penner era un chico bastante decente, lo que significaba que se lo comería vivo. Pensé en advertirle, pero no me haría caso, y entrometerme podría provocar un drama que no necesitaba. Era más fácil mantenerse alejado de ese desastre en ciernes.

Con el rostro imperturbable, Kristen dirigió la mirada hacia donde él estaba, rodeado por varios chicos de nuestro equipo.

—Sí, supongo que no está mal.

Maldita sea, qué fría. Teniendo en cuenta que la había traído como su cita esta noche, esperaba que al menos le gustara un poco.

—¿Cómo van las cosas con tu novia? ¿Hailey? —Arqueó las cejas —. ¿Kailey?

—Bailey —dije por enésima vez—. Genial.

Una mueca de disgusto se dibujó en su rostro y esbozó una sonrisa insulsa.

—Oh, qué bien.

Se hizo un silencio incómodo. Y lo era incluso para mí, que suelo tener un umbral de tolerancia altísimo. Me pasaba tan a menudo como me equivocaba, es decir, nunca.

Detrás de Kristen, Luke estaba de pie junto a su mesa con Paul y los demás Bulldogs. Nos observaba con una expresión gélida. Genial. Justo lo que me faltaba: que Morrison creyera que estaba flirteando con otras delante de Bailey.

Ya en movimiento, di media vuelta y me alejé de ella.

—Tengo que volver con las bebidas. Hasta luego. —Por desgracia.

Tomé nota mental: matar a Ty por haberlos sentado en nuestra mesa.



Cuando por fin volví a nuestra mesa, Dallas y Ty también estaban allí. Ty tenía el brazo alrededor de la silla de Zoe, mientras ella y Siobhan estaban absortas en una conversación.

Dejé nuestras bebidas, aparté la silla y me senté junto a Bailey. Por un momento, me pregunté si me querría saber algo sobre mis encuentros con Morrison o Kristen.

—Gracias —dijo Bailey, que cogió su vodka con Se ven Up y le dio un sorbo—. Me he enterado de cuando dejaste fuera de combate a un tipo sin tocarlo.

—¿Te refieres a Paul? Espero que ese idiota repita la hazaña cuando juguemos contra ellos en unos días.

—No —me corrigió Shiv—. Cuando jugasteis contra los Blizzards la temporada pasada y el tío que intentó pelearse contigo resbaló y se cayó.

Me eché a reír.

—Ah, sí. Fue increíble. —El chaval me empujó y se fue patinando sin que el árbitro le pitase la falta. Cuando le devolví el golpe, lo cual era perfectamente razonable, se enfadó y empezó una pelea. Pero antes de que llegáramos a tocarnos, perdió el equilibrio, se cayó al suelo y se provocó una conmoción cerebral. No había nada mejor que dejar el trabajo sucio en manos de otros… y encima librarme de las sanciones por pelea.

Bailey me dedicó una sonrisa irónica y negó con la cabeza.

—Siempre he dicho que eres retorcido, incluso antes de conocerte.

—Creo que lo que querías decir es que soy un genio.

Bailey soltó una risita. Al otro lado de la mesa, Dallas resopló y puso los ojos en blanco, pero no dijo nada.

—Tengo que ir al baño. —Bailey se levantó y apartó la silla—. Ahora vuelvo.

Con Morrison allí, estuve tentado de acompañarla, pero habría sido demasiado. La observaría desde lejos, como lo haría un novio totalmente normal y nada sobreprotector. Mientras ella se abría paso entre la gente, busqué a Morrison con la mirada, pero no lo vi.

Mientras esperaba a que Bailey volviera, me giré para hablar un momento con Ward.

—¿A qué hora quieres irte?

—Cuando le apetezca a Shiv. —Dallas se encogió de hombros.

Ty asintió detrás de mí.

—Eh, estoy bastante seguro de que Greenfield está ligando con tu novia.

Estiré el cuello y oteé el salón de banquetes bajo la tenue luz de las lámparas de araña de cristal. A un lado, junto a un árbol artificial cubierto de luces parpadeantes, divisé unas piernas interminables, una larga melena rubia y ese vestido que quería arrancarle más tarde. Bailey estaba charlando con Masón Greenfield, un delantero de los Boston Storm de la NHL.

Llevaba el pelo oscuro peinado hacia atrás, un traje ridículamente ostentoso y caro, y un reloj de oro tan grande que casi veía la hora desde el otro lado de la sala. Era un cliché andante: el típico ricachón que gasta a lo grande solo para ligar, y lo peor es que le funcionaba casi siempre. Ser deportista profesional lo hacía bastante fácil; la apariencia era solo la guinda del pastel.

Y sí, estaba coqueteando con Bailey. Seguro que sabía que había venido con otra persona, pero no parecía importarle. Greenfield se había graduado en Boyd la primavera pasada, y a su lado, yo parecía un santo.

—Eso parece.

Supongo que no era el único al que le gustaba cómo le quedaba ese vestidito negro.

—Bailey cree que solo está siendo amable, ¿verdad? —murmuró Shiv, que también los estaba mirando.

Le di un sorbo a mi cerveza.

—Imagino.

Bailey me había dicho que los chicos no solían ligar con ella. Pero, dejando de lado mi evidente parcialidad, era muy atractiva. Tenía unas piernas largas, un pelo precioso, una sonrisa cautivadora y unos ojos fascinantes. Lo tenía todo.

Cuando comencé a pasar más tiempo con ella, descubrí que, la mayoría de las veces, no se daba cuenta de que los chicos intentaban ligar con ella. Pensaba que solo estaban siendo amables.

Mi preciosa, dulce e inocente novia.

—¿Vas a rescatarla? —preguntó Dallas.

—Voy a esperar un poco a ver cómo se desarrolla esto.

No quería ser un novio sobreprotector que se ponía celoso a la mínima, aunque, en el fondo, lo era. Bailey no parecía darse cuenta, pero atraía muchas miradas. No me gustaba, claro, pero confiaba en ella. Sabía que nunca me engañaría y, por lo general, sabía defenderse sola. Solo intervenía cuando se trataba de su ex, que era un acosador, o cuando notaba que estaba realmente incómoda.

Greenfield se inclinó más de lo que me habría gustado y le dijo algo. Bailey negó con la cabeza y juraría que pronunció la palabra «novio», aunque desde mi posición no alcancé a oír la conversación. Él ladeó la cabeza y respondió; conociéndolo, seguro que soltó algún comentario insinuando lo grande que la tenía. Bailey desvió la vista y recorrió la sala con la mirada hasta que sus ojos se encontraron con los míos. El ambiente se había vuelto incómodo.

—Es mi señal. —Me levanté de la mesa y atravesé la sala para unirme a ellos.

Bailey me observó acercarme y mostró una señal de alivio. A lo mejor debería haber intervenido antes. A veces me resultaba difícil calcularlo cuando intentaba no comportarme como un cavernícola. Si me dejaba llevar, nunca me separaría de ella. Ni dejaría que ningún otro tío la mirara. Por eso me contenía.

Le saludé con la cabeza.

—Me alegro de verte. —Madre mía. Podía oler su colonia desde donde estaba.

—Carter —dijo—. Cuánto tiempo sin verte. —Me tendió la mano y me dio un apretón más firme de lo necesario. ¿Así que esas teníamos? Pues la próxima sacamos la regla… para ver quién la tiene más grande.

—Veo que ya conoces a mi novia. —Deslicé un brazo alrededor

de la cintura de Bailey y la apreté un poco hacia mí.

Vi que había comprendido la situación.

—Sí. Eres un tipo con suerte.

—El más afortunado.

Sus ojos saltaron de uno a otro con la urgencia de quien busca una salida imposible. Y aquello, para él, no era más que un callejón sin salida.

—Bueno —dijo—, debería irme a socializar. Pero ha sido un placer conocerte, Bailey. Me alegro de verte de nuevo, Carter.

No lo decía con sinceridad.

—Igualmente. —Pero yo tampoco.

Greenfield asintió, se dio la vuelta y nos rodeó para dirigirse a la barra en busca de su próxima víctima. Debía admitir que sentía curiosidad por ver si lograría ligarse a la cita de otro esa noche. Joder, quizá hasta pudiera rescatar a la de Morrison.

—Gracias. —Bailey me dedicó una pequeña sonrisa. Sus pestañas, increíblemente largas, enmarcaban aquellos ojos avellana tan redondos que me resultaba imposible apartar la vista. En momentos como ese, simplemente me perdía en ella.

Bailey cambió el peso de un pie al otro e hizo una mueca de dolor que me devolvió a la realidad.

—Me duelen los pies. No estoy acostumbrada a llevar tacones. ¿Podemos sentarnos?

—Claro. —Con la mano en su espalda, un poco más abajo de lo apropiado, la guié entre las mesas hasta que llegamos a la nuestra, justo en el centro. Todos se habían ido a bailar o a por más copas, así que estaba vacía. Saqué la silla de Bailey y se la acerqué para que se sentara antes de acomodarme a su lado.

Pasé el brazo por el respaldo de su silla y apoyé la mano en su hombro. Ella se inclinó hacia mí y se acurrucó contra mi cuerpo. Su perfume de vainilla y especias me invadió de golpe, y tuvo un efecto inmediato sobre mi autocontrol. Aquel vestido era un cómplice peligroso: abrazaba cada curva de su figura como si estuviera hecho solo para ella. Y yo solo podía pensar en arrancarle la ropa y tomarla

allí mismo, sobre la mesa.

—¿Qué te ha dicho Greenfield?

—Eh… Me pidió que volviera a casa con él.

Sí, muy propio de él.

Asentí.

—Me lo imaginaba.

—¿Por qué? —Inclinó la cabeza y me miró con curiosidad.

—Porque he visto tu cara y sé cómo es él. —Deslicé el brazo sobre sus hombros y dejé la mano en su muslo. El calor que desprendía su piel a través de la fina tela terminó por borrar lo que quedaba de mi autocontrol.

—No te preocupes. —Curvó los labios con una sonrisa—. No ha sido nada comparado con las cosas que me susurras al oído en público.

Eso esperaba. Le había dicho cosas bastante obscenas. Si otro tío le hablara así, le cortaría la lengua.

—Más vale que eso no ocurra.

Deslicé la mano por su pierna, oculta bajo el mantel de lino blanco, hasta colarla por debajo del dobladillo del vestido. Bailey soltó un suspiro apenas audible mientras mis dedos recorrían la piel suave y sedosa del interior de su muslo. Una lástima que no fuera mi boca… aunque lo sería más tarde.

—¿Estás celoso, Carter? —Su voz entrecortada provocó que mi mente imaginara escenarios aún más obscenos.

—Solo me aseguro de que sea un poco respetuoso.

Mis dedos avanzaron un centímetro más hacia mi objetivo. Bailey se mordió el labio inferior, cruzó las piernas y atrapó mi mano entre sus muslos para impedir que siguiera subiendo. Me lanzó una mirada de soslayo, conteniendo una sonrisa. La había excitado… y yo también estaba ardiendo. ¿Habría un guardarropa cerca, o…?

—Para que lo sepas, señor Cavernícola, he visto a varias chicas mirándote esta noche Una casi te ha desnudado con la mirada.

Sería Kristen. Básicamente, me había follado con la mirada. Qué incómodo. Lo raro es que Bailey ni se inmutó. Yo, en su lugar, no lo

habría soportado. Joder, si hasta a mí me había molestado.

—¿Hay más chicas en esta sala? —pregunté, fingiendo sorpresa.

—Bien jugado. —Sonrió con aire burlón—. Alguien quiere tener suerte esta noche.

—¿Y no la voy a tener?

—Hablo de *mucha* suerte.

Joder. Me sorprendería salir de este evento sin que me arrestaran por conducta indecente.

—¿Y qué significa tener *mucha* suerte? —bajé la voz mientras me inclinaba hacia ella, mirándola a los ojos. Si alguien osaba volver a nuestra mesa antes de que lo descubriera, iba a llevarse una mirada asesina.

Los ojos de Bailey brillaban bajo la luz cálida.

—No lo sé… ¿qué quieres que signifique?

—¿Estás segura de que quieres saberlo? —La lista de lo que no quería que significara era bastante más corta.

—Dímelo y ya veremos. —Inclinó la cabeza y acercó la oreja a mis labios. Dios, qué bien olía. Quizá deberíamos dar la noche por terminada ya.

—He comprado esas esposas de velero de las que hablamos el otro día.

—Hmm… —Se encogió de hombros con fingida indiferencia—. Quizá si te portas bien.

—Yo siempre me porto bien, cariño.



Para mi desgracia, varias horas y tres copas más tarde, Bailey ya no estaba en condiciones de nada… salvo de desmayarse.

Cuando Siobhan le pasó la última copa, tuve el presentimiento de que llegaría al límite. No dije nada, pero quizá debería haberlo hecho, porque cuando salimos del taxi, el alcohol ya le había subido. Apenas podía caminar en línea recta, y se tropezó en la acera. Dos

veces.

Le rodeé la cintura con un brazo para sostenerla mientras subíamos las escaleras.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, ¿por qué? —Bailey tropezó al subir el último escalón.

—Despacio. —No pude evitar recordar la noche en XS, aunque esta vez las cosas eran muy diferentes. Mucho mejores: estaba con ella y, hasta ahora, nadie había vomitado.

—Estoy bien —insistió.

La conduje hasta la cómoda y la solté en cuanto vi que recuperaba el equilibrio.

—Lo estarás cuando hayas dormido un poco, mi pequeña borrachilla.

—¿Dormir? —Me miró con esos ojos brillantes, tan tiernos como desilusionados—. Pero dijiste que no íbamos a dormir… que íbamos a…

—Lo sé, mi amor, pero está a punto de empezar a darte vueltas todo y eso no será agradable para ninguno de los dos.

Bailey soltó un pequeño gruñido de fastidio, como si supiera que tenía razón, pero no quisiera admitirlo. Le di un beso en la cabeza y me dirigí al baño para lavarme los dientes. Mientras ella se preparaba para irse a la cama, bajé a la cocina a por dos vasos de agua. Cuando volví, ella ya estaba en la cama, tapada hasta la barbilla, con aspecto lastimero.

Se colocó de lado y la manta se movió, con lo que dejó al descubierto un trozo de mi camiseta roja de los Falcons.

—Me encuentro fatal.

—Te encontrarás mejor por la mañana. —Dejé el agua en la mesita de noche y me metí en la cama a su lado.

—Mañana tendré resaca.

—Bebe algo. Te ayudará. —Cogí un vaso de mi mesita de noche y se lo di. Se bebió la mitad antes de dejarlo en su lado de la cama. Cuando se volvió a meter bajo las sábanas, la acerqué más a mí y ella se deslizó bajo mi brazo, acurrucándose contra mi pecho.

—He estropeado nuestra noche.

—Para nada. Está claro que no vas a librarte de que te ate otra vez, pero eso puede esperar. ¿Te has divertido?

—Sí… —gimió, y se cubrió los ojos—. Pero ¿por qué estoy tan borracha? Ni siquiera he bebido tanto.

—Porque tú no bebes muy a menudo.

—Tú tampoco.

Ya no. A lo mejor lo había hecho unas cuantas veces desde que habíamos empezado a salir. Quizá aún me quedaba algo de tolerancia.

—Además, soy el doble de grande que tú.

Bailey se rio.

—Ni de broma.

—Valg, no el doble… al menos más de la mitad.

Se acurrucó aún más contra mí y dejó escapar un largo suspiro. Durante unos segundos guardó silencio, y su respiración se volvió lenta y acompasada, como si ya se hubiera quedado dormida. Pero, de pronto, volvió a hablar.

—Mi asesora académica va a recomendarme ante el comité de becas. Tiene mucha influencia como jefa de departamento. Además, me han citado para una entrevista por videoconferencia para esas prácticas… —Se interrumpió—. No pensaba contártelo, por miedo a gafarlo. Pero si te vas, quizá esas dos cosas salgan bien.

Se me encogió el pecho y sentí un pinchazo en las entrañas. Era evidente que estaba dándole vueltas al tema, pero no sabía qué podía hacer para ayudarla. Además, aún no había nada seguro.

—Por ahora no te preocupes por si tengo que irme, James.

—Es difícil no hacerlo.

Le di un beso en la cabeza y la abracé.

—Ahora estoy aquí, ¿no?

—Lo sé.



Capítulo 50

Día de partido

Chase

La luz dorada de la tarde se filtraba entre las rendijas de las persianas, recordándome cruelmente que el mediodía ya había llegado y que estaba completamente despierto. Solté un suspiro largo de frustración y me quedé mirando el techo, blanco e impecable. La casa estaba en silencio, envuelta en calma. Los demás roncaban a pierna suelta, y yo… yo daría lo que fuera por estar igual.

Por desgracia, desde que abrí los ojos esa mañana me sentía cargado de una energía imposible de contener. La rabia hacia Morrison se mezclaba con una punzada de ansiedad que no me dejaba relajarme ni, mucho menos conciliar el sueño. Odiaba preocuparme, rara vez lo hacía, y me irritaba estar así. Pero esta vez era distinto, más personal que cualquier otro enfrentamiento que hubiera tenido antes.

Ganaría o moriría en el intento.

Seguramente acabaría soltando un puñetazo contra la pared

después del partido, pero mientras saliéramos victoriosos, no me importaba en lo más mínimo.

Entre las clases y los preparativos para el partido no tuve oportunidad de ver a Bailey. Últimamente había relajado mi rígida rutina previa al partido, pero hoy no podía correr ningún riesgo. Ty, Dallas y yo seguimos al pie de la letra cada uno de nuestros rituales supersticiosos, por insignificantes o absurdos que parecieran. Incluso los más ridículos: desde que Dallas se pusiera sus calcetines de la suerte hasta que eligiéramos quién conducía hasta la pista.

Si había alguna posibilidad de que eso inclinara la balanza a nuestro favor, lo hacíamos.

Bueno, excepto por mi siesta previa al partido, y no era porque no lo hubiese intentado. Me encantaba dormir, nunca había tenido problemas de insomnio y, en circunstancias normales, habría estado profundamente dormido hacía veinte minutos. Pero no: mi cabeza repetía posibles jugadas una y otra vez y en fantasías de destrozar a Morrison. ¿Lo derribaría con un golpe limpio? ¿O lo estrellaría contra la valla como el parásito que es? Había imaginado ambos escenarios, preparado para actuar en cuanto se presentara la ocasión. Con suerte, lo dejaría fuera de juego de nuevo para no tener que ver su estúpida cara de satisfacción ni un momento más de lo necesario.

El sueño se alejaba cada vez más a medida que mi rabia aumentaba. Mierda. No podía sacarme a Morrison de la cabeza, justo cuando lo único que necesitaba era descansar y recuperar energías. O fantaseando con Bailey desnuda, como mínimo.

Al final, me levanté de la cama, me dejé caer en la silla de mi escritorio y cogí mi libro de Economía urbana. Estudiar era lo último que quería hacer antes de un partido, y era algo que nunca había hecho, pero no sabía qué más hacer.

Tardé tres minutos en rendirme y ponerme a buscar estadísticas de *hockey* en Internet para reorganizar mi equipo de *hockey* imaginario. Seguía en lo más alto de la liga y quería mantenerme así. Eso mantuvo a mi cerebro inquieto ocupado un rato, pero el murmullo del resentimiento seguía presente en el fondo de mi

mente.

Unos pasos en el pasillo me devolvieron a la realidad.

—¿Listo? —Dallas golpeó mi puerta.

Eché un vistazo al reloj de mi escritorio y sentí una descarga de adrenalina. Era la hora.

—Sí —respondí—. Ahora bajo.

Con la adrenalina recorriéndome el cuerpo, me levanté, empujé la silla y cogí mis cosas antes de salir. Bajé corriendo las escaleras y encontré a los chicos esperando en el pasillo, con el rostro tenso. El ambiente estaba tan cargado que parecía que fuéramos a un funeral en lugar de a un partido.

—¿Estáis listos para darles una paliza? —pregunté.

Dallas asintió.

—Ya sabes que sí.

Tyler me miró con recelo.

—Sé que quieres destrozar a Morrison, pero no dejes que haga que te echen.

—No lo haré —dije.



Bailey: Buena suerte esta noche. Te quiero.

Chase: Gracias, preciosa, yo también te quiero. Nos vemos luego.



A medida que se acercaba la hora del partido, Miller nos dio una charla motivadora digna de recordar, aunque ninguno de nosotros la necesitaba: estábamos listos para enfrentarnos a nuestro mayor rival. Cuando salimos, estábamos preparados para una auténtica batalla.

Otra oleada de adrenalina me atravesó en cuanto vi la pista de hielo, tanta que por un momento pensé que me daría un infarto antes incluso de que empezara el partido. Saber que Bailey estaba en las gradas me hizo desear ganar aún más.

No, mejor dicho, no quería ganar, necesitaba ganar.

Dallas y yo saltamos al hielo para enfrentarnos a la primera línea de Callingwood. Morrison, por supuesto, no estaba por ninguna parte, porque volvía a estar en la tercera línea. Sin embargo, a medida que avanzaba el partido, era inevitable que nos cruzáramos, y no pensaba desperdiciar ni una sola oportunidad de destrozarlo.

Los primeros diez minutos fueron muy reñidos, con varias oportunidades de gol para ambos equipos sin éxito. Tanto Ty como Mendez se mantenían firmes. Con cada minuto que pasaba sin marcar un gol, la tensión en las gradas y en nuestro banquillo aumentaba. Al ritmo que iban las cosas, podría ser un partido de un solo gol, y tenía que ser nuestro.

Unos cambios más tarde, Morrison y yo estábamos juntos en el hielo por primera vez. Era el momento que había estado esperando. El disco salió disparado hacia su zona y ambos nos lanzamos a por él. Él debería haberse quedado más atrás y haber permitido que uno de sus defensas me cubriera, pero quería provocarme y yo estaba más que dispuesto a picar en el anzuelo.

Luchamos por la posesión del disco contra las vallas. Morrison me empujó y yo le devolví el golpe con el doble de fuerza. No soy de los que dan golpes bajos y traicioneros, pero hoy hice una excepción y le di un golpe con el palo justo en las costillas, donde los árbitros no lo verían.

Antes de que pudiera siquiera rozarlo, se le enganchó el patín en su propio palo y perdió el equilibrio. Al darse cuenta de que iba directo al suelo, dramatizó la caída, agitó los brazos y se dejó desplomar contra el hielo. Luego se quedó tendido allí, fingiendo estar inconsciente.

¿Se había tirado?

Supongo que había hecho mi trabajo por mí. Negué con la

cabeza y me giré para correr hacia Derek y pelear por el disco, que ahora estaba detrás de la portería. Sin embargo, Derek me sacaba una ventaja considerable y me ganó. Sin aliento, clavé los patines en el hielo y me impulsé para intentar alcanzarlo. Miré a Luke de reojo, que estaba patinando hacia el banquillo mientras se sujetaba el hombro y fingía haberse lesionado.

Para mi sorpresa, el silbato sonó un segundo después y el árbitro pitó una falta tardía. Contra mí. Morrison se había tropezado solo, y aun así la culpa recaía en mí. Deberían darle un Óscar por esa interpretación. Quizá, cuando su carrera en el *hockey* se fuera a pique, podría probar suerte en el teatro.

Con la mandíbula apretada, me deslicé hasta el banquillo de penalizaciones para cumplir una condena por un crimen que ni siquiera había cometido. Normalmente habría ido directo a discutir con los árbitros, pero esta vez me mordí la lengua. No podía darme el lujo de provocarlos cuando había tanto en juego. Un par de decisiones equivocadas podían marcar la diferencia entre ganar o perder el partido.

Desde el banquillo observé, con impotencia, cómo el partido continuaba y teníamos la desventaja de contar con un hombre menos en la pista. Un cambio de alineación más tarde, Morrison se había recuperado milagrosamente y había vuelto al hielo. De pronto, la desventaja hizo efecto y perdimos la posesión del disco. Penner miró en la dirección equivocada y lo buscó en vano; era evidente que necesitaba ir a que le revisaran la vista.

Paul aprovechó para pasárselo a Morrison, justo cuando nuestra defensa seguía descolocada al otro lado de la pista. Él no desaprovechó el regalo: encontró un hueco y se preparó para disparar a portería. Sentí que el corazón se me iba a salir por la boca.

No. Cualquiera menos ese cabrón.

Nuestra defensa se apresuró para alcanzarlo mientras yo aguantaba el aliento y rezaba. Morrison venía de una racha pésima en sus disparos, y confiaba en que esa mala fortuna nos favoreciera.

Con nuestros jugadores pisándole los talones, Morrison aceleró hacia nuestra portería e hizo una finta para intentar engaña a Ty. Pero él no se dejó marear por la maniobra y reaccionó más rápido que un rayo. Atrapó el disco a tiempo, pero este se le resbaló del guante y cayó sobre la red. Algunos goles eran cuestión de suerte, y este era uno de ellos.

El pitido sonó y el marcador cambió a 1-0 para Callingwood, con 8:06 minutos restantes.

Luke lo celebró a gritos, se marcó un baile ridículo sobre el hielo y luego chocó el puño con todo su equipo.

Yo, en cambio, me di un golpe en el muslo, consumido por la frustración.

—Mierda.

Con la penalización cumplida y el equipo de nuevo en igualdad de condiciones, me permitieron volver a nuestro banquillo. Dallas y yo intercambiamos una mirada seria mientras me dejaba caer a su lado y tomaba un trago de agua.

—Tenemos que darle la vuelta a esto.

No había hecho nada que hubiese llevado a que me penalizasen, pero seguía irritado. Si terminábamos este primer tiempo con un gol menos, Callingwood tendría el camino mucho más despejado para mantener la ventaja.

—Lo conseguiremos —dijo Dallas—. Están cansados. Los agotaremos.

Dos minutos después, Derek recibió una penalización completamente injusta. Apenas había lanzado una mirada a Penner, y mucho menos lo había tocado. No era correcto, pero aun así sentí un alivio. Al parecer, los árbitros estaban repartiéndose sus decisiones de mierda con bastante imparcialidad.

Con un hombre de más, Miller nos mandó a la pista a Dallas y a mí, acompañando la orden con una amenaza nada disimulada: o empatábamos el marcador o nos ateníamos a las consecuencias. Y yo estaba decidido a hacerlo. Con Derek en el banquillo, los Bulldogs quedaban sin uno de sus mejores defensas, y esa era la ocasión

perfecta para aprovechar y marcar.

Tras una jugada ejecutada a la perfección por nuestra parte, me hice con el disco y me lancé hacia Mendez a toda velocidad. Uno de sus defensas de segundo curso se abalanzó sobre mí para intentar detenerme. Lo peleó bien, pero con un movimiento rápido, pasé del golpe de derecha al de revés, engañándolo para que se lanzara por el lado equivocado. Ese momento de confusión me dio la oportunidad de pasárselo a Dallas, que estaba solo frente a la portería.

Dallas lo recibió y amagó un disparo hacia la esquina inferior, engañando por completo a Mendez, para luego desplazarse al lado contrario y soltar el disco de revés. Con una destreza técnica fuera de serie, se movió con tanta rapidez que Mendez no tuvo la menor oportunidad de reaccionar. Ningún portero la habría tenido. Dallas clavó el disco en la escuadra opuesta y empató el marcador.

El pitido final fue como un bálsamo.

—Bien hecho —le dije a Dallas mientras chocábamos los puños a la vez que patinábamos de vuelta a nuestro banquillo.

—Es un buen comienzo —contestó—, pero ahora tenemos que destrozarlos.



En cuanto comenzó el segundo tiempo, salimos a la pista motivados y listos para la batalla. Haber igualado el marcador nos había revitalizado y había sacudido la confianza de Callingwood.

Curiosamente, tras no haber dejado de pitar en el primer tiempo, los árbitros empezaron a pasar por alto cada vez más faltas. Las infracciones se acumulaban sin ninguna amonestación. Al principio era sutil, pero se volvió cada vez más evidente a medida que avanzaba el partido. Golpes, ganchos, cortes, empujones, zancadillas. Nada.

Miller se salió del guión y dividió las líneas, separándome de

Dallas. Pero quizá sabía lo que hacía, porque Dallas marcó otro gol sin mí, y, poco después, marqué un *slapshot* que hizo que el marcador ascendiera a 3-1.

Con cada gol, los Bulldogs parecían cada vez más derrotados.

No había un equipo que se lo mereciese más.

Desde el banquillo observé cómo Dallas se hacía con el disco y lo conducía hacia el lateral, buscando el momento justo para pasárselo a Martin frente a la portería. Me ilusioné cuando lo vi preparar el pase y enviárselo directo. Un 4-1 en el marcador habría sido perfecto.

Martin ejecutó un rápido tiro de muñeca, pero el disco rebotó en el guante de Mendez.

Buen intento, aunque sin suerte.

Apenas cinco segundos después de que Dallas soltara el pase, Luke apareció patinando y lo embistió con fuerza por la espalda. Dallas se estrelló contra la valla con el hombro, rebotó y terminó desplomado sobre el hielo.

Casi reviento el palo contra el suelo. Ese puto Morrison.

Clavé la mirada en los árbitros, esperando que levantaran el brazo, pero no pasó nada. ¿Qué demonios? El golpe había sido tan descarado que resultaba imposible que no lo hubieran visto. Estaba clarísimo que había sido una interferencia, como mínimo… y quizá una falta mayor si Dallas hubiera salido lastimado.

Con un nudo en el pecho, vi a mi amigo levantarse, sacudirse el uniforme y patinar lentamente hacia la portería. Parecía ileso tras el golpe bajo, pero esa no era la cuestión.

Más allá de las reglas oficiales del juego, existía un código no escrito que todos conocíamos: no se atacaba con malas artes a quienes jugaban limpio. Y si alguien lo hacía, tenía que dar la cara después.

Yo pensaba asegurarme de que así fuera.

Los minutos seguían corriendo sin que se señalara una sola falta, a pesar de que las infracciones se acumulaban en ambos bandos. La tensión entre los equipos estaba al límite; bastaba una chispa para

que estallara una pelea.

Luke estaba jugando mejor de lo habitual, lo que significaba que los Bulldogs estaban oponiendo resistencia. Pero eso también me daba oportunidades de golpearle cada vez que tenía el disco, y las estaba aprovechando al máximo. Le había hecho tres entradas desde que había empezado el segundo tiempo, aunque ninguna había resultado en la colisión devastadora que buscaba. A pesar de que íbamos ganando, no estaría satisfecho hasta que lo dejara fuera de combate.

A los trece minutos, ataqué a Morrison por cuarta vez. Le di un buen golpe con el hombro contra la valla. Rebotó contra el cristal, pero se mantuvo en pie y recuperó el equilibrio. Luego levantó los brazos para quejarse a los árbitros de que lo había empujado mientras me señalaba. El árbitro más cercano negó con la cabeza y le indicó que se retirara.

Luke volvió a patinar hasta donde estaba.

—Ha sido un golpe sucio —espetó.

—De eso sabes bastante. —Aparté la mirada y reprimí el impulso de hacerle pedazos. No podía pegarle, por mucho que lo deseara.

—Que te den.

Me reí, consciente de que eso lo enfadaría más que si me enfrentaba a él.

—No, gracias.

Antes de darme la vuelta para marcharme, le tiré el palo a Luke de un manotazo. Cayó al hielo con un ruido metálico mientras me dirigía a nuestro banquillo. ¿Mezquino? Claro. Pero mejor eso que darle la paliza que tanto deseaba y que me expulsaran del partido. Masculló algo que no entendí, pero no miré atrás.

Cuatro cambios de línea más tarde, el marcador seguía en 3-1. Los Bulldogs estaban a punto de perder los nervios, dando golpes bajos a diestro y siniestro a nuestros jugadores más pequeños y menos agresivos. Uno de nuestros novatos, un chico desgarbado, salió del partido con un diente menos tras un encontronazo con Paul, y los Bulldogs no recibieron ninguna sanción por haberle hecho

sangrar.

A pesar de mis intentos por mantener la calma, estaba a punto de perder los nervios. Incluso Dallas estaba cabreado, y era muy difícil que se alterara durante un partido. Se avecinaba un baño de sangre.

Estaba en la zona ofensiva cuando Paul se hizo con el disco y se preparó para lanzárselo a Ty, quien lo desvió con éxito. El *puck* rebotó en sus protecciones y salió disparado fuera del área. Penner se giró en seco y patinó hacia él. Desde el otro lado del hielo, Morrison cambió de dirección y también patinó hacia la portería.

Morrison no tenía ninguna posibilidad de arrebatarle el disco a Penner, y lo sabía. Su intención era evidente: estaba cargando directo contra nuestro portero.

La jugada más rastrera de todas.

Al parecer, su nuevo lema era: si no puedes vencerlos, haz trampa.

Por mucho que me esforcé, no logré atravesar el hielo a tiempo. Lo vi suceder a cámara lenta. Morrison se lanzó hacia la portería e intentó detenerse unos centímetros antes de llegar al área, pero se estrelló contra Ty y lo tiró al suelo al caer.

Esperé a que pitaran la falta, pero nadie lo hizo. Se iba a salir con la suya…

Pero no lo haría mientras yo estuviera allí.



Capítulo 51

Resentimiento

Bailey

No quería apartar la vista del partido, pero no podía aguantarme más. Corrí hacia el baño y no tardé más de dos minutos. Pero cuando volví, todos los miembros de ambos equipos que estaban en la pista de hielo estaban enzarzados en una pelea multitudinaria. Gritaban, se señalaban y gesticulaban mientras los árbitros se interponían entre ellos para separarlos.

Uno de esos jugadores era Chase. Él y Luke estaban discutiendo, otra vez. Otros chicos intercambiaban comentarios, sin mucho entusiasmo, pero Chase tenía el rostro desencajado por la ira y gesticulaba de forma violenta.

Con el corazón desbocado, bajé las escaleras a toda prisa y me dejé caer en mi asiento junto a Siobhan. Había intentado sincronizar mi visita al baño con el cambio de turno de Chase, pero al parecer no lo había conseguido.

—¿Qué ha pasado? —Agarré mi mitad de la manta a cuadros azules y morados bajo la que nos acurrucábamos para entrar en

calor y me cubrí las piernas con ella.

Shiv hizo un gesto con la cabeza hacia la melé.

—Tu ex se ha abalanzado sobre Ty. —Se me hizo un nudo en el estómago. Claro que lo había hecho.

—¿Está bien? —pregunté, sin apartar la vista de Chase. Sentí una punzada en el pecho, respiraba con dificultad. ¿Qué iba a hacer? No podía permitir que Luke se saliera con la suya tras una acción tan ruin.

El árbitro se inclinó y le dijo algo. Chase negó con la cabeza y respondió con lo que parecía un no.

—Sí, le ha dado un buen golpe, pero parece que está bien. —Señaló la esquina más alejada del hielo, donde Ty estaba insultando a Mendez.

Los porteros solían enfrentarse entre ellos, pero Mendez no era de esos. Era tranquilo y reservado, y probablemente no tenía culpa de nada. Mientras que algunos de los jugadores estaban exaltados y disfrutaban del caos, Mendez permanecía casi inmóvil y hablaba con calma, como si solo quisiera volver a la portería.

Volví a mirar a Chase, que ya no gesticulaba con tanta agresividad. Seguía gritándole a Luke, pero el árbitro ya no se esforzaba por retenerlo.

—Es una cuestión de principios —añadió Siobhan, que metió las manos en las mangas de su sudadera roja de los Falcons.

—Es verdad —afirmé.

Los porteros eran intocables, todo el mundo lo sabía. Y si a eso se añadía la entrada sucia contra Dallas, no sorprendía que Chase quisiera arrancarle la cabeza a Luke.

La única parte positiva era que Derek no estaba en el hielo, así que tenía a una persona menos de la que preocuparme.

—¿Crees que le pitarán una falta a alguno?

—No —respondió Shiv—. Nadie ha dado ningún golpe.

Al final, los árbitros negociaron una especie de tregua y los jugadores volvieron a sus respectivos banquillos. Uno de ellos trató de llevar a Chase hacia el banquillo de los Falcons, pero este se zafó

del brazo del árbitro y se marchó por su propio pie.

Mi respiración volvió a la normalidad y la tensión de mis hombros se relajó un poco. Era casi el final de la segunda parte, así que a lo mejor las cosas se calmaban durante el descanso Después solo quedarían veinte minutos de juego sin que corriera la sangre. Con suerte.

Sin embargo, en lugar de dirigirse al banquillo de los Bulldogs, Luke giró de forma brusca y patinó hacia Chase, que estaba a mitad de camino del banquillo de los Falcons. Se quedaron uno al lado del otro en el hielo, separados de sus compañeros y de los árbitros.

Se me aceleró el corazón.

Luke se inclinó hacia él y le dijo algo al oído. Chase negó con la cabeza y ambos intercambiaron unas palabras. En un instante, su expresión pasó de irritada a asesina. Lanzó el palo al suelo, se quitó los guantes y le dio un puñetazo en toda la cara a Luke. Antes de que este reaccionase, Chase lo agarró por la camiseta y lo lanzó al suelo como si no pesara nada.

No, no, no.

Vi cómo el árbitro hacía sonar el silbato y se apresuraba hacia ellos para interponerse mientras sujetaba a Chase. O al menos lo intentaba, ya que este no hacía más que tratar de alcanzar a Luke. Un segundo juez de línea se acercó patinando para ayudarle a contener a Chase sin éxito alguno.

Luke se levantó a duras penas y retrocedió unos pasos, tambaleándose. No se defendió. Nunca lo hacía. Joder, no sabía pelear. Lo que significaba que Chase lo destrozaría y se metería en un buen lío.

Dallas saltó la valla y se unió a los jueces de línea para intentar contener a Chase, que forcejeaba mientras no dejaba de gritarle a Luke. Jamás lo había visto tan fuera de sí. Estaba claro que lo iban a expulsar. Incluso cabía la posibilidad de que lo sancionaran por varios partidos.

Tras un segundo más observando y rezando, no pude soportarlo más.

Me levanté y corrí escaleras abajo hasta llegar a la altura del hielo.

—¡Para! —grité golpeando el cristal. No conseguí llamar su atención, pero no me detuve—. ¡Carter!

Al final, Chase se giró y miró en mi dirección. Nuestras miradas se cruzaron e hice un gesto para que se detuviera.

—¿Por favor? —articulé con los labios.

Él asintió y dejó de resistirse al juez de línea. Con la cabeza gacha y los hombros caídos, se alejó patinando y se dirigió a los vestuarios. Subí las escaleras de vuelta a nuestros asientos e intercambié una mirada con Siobhan.

—¿Qué demonios acaba de pasar? —preguntó ella.

—No tengo ni idea.



Esperar a que Chase saliera del vestuario fue una auténtica tortura. Era como si los segundos en lugar de avanzar dieran marcha atrás.

Me pasé todo el descanso caminando de un lado al otro del vestíbulo, con la pobre Shiv detrás de mí, casi corriendo para poder seguirme. No podía evitarlo; los nervios por Chase me tenían hecha un lío.

Por suerte, Siobhan y yo seguíamos en el pasillo casi solas cuando sonó el pitido que anunciaba el comienzo de la tercera parte. Shiv me miró vacilante y sus profundos ojos verde azulados estudiaron mi rostro.

—Ve —le dije—. No pasa nada. Yo lo esperaré aquí.

—¿Seguro?

—Sí, tardará un rato. Es posible que le estén regañando o le hayan obligado a quedarse con el resto del equipo durante el descanso para escuchar la charla motivadora.

En el vestíbulo no hacía tanto frío, así que me desabroché el abrigo negro acolchado y me senté en un incómodo banco metálico

azul. Pasé el tiempo hablando con Zara y Noelle sobre cosas cotidianas. No podía contarles lo que acababa de pasar porque todavía no entendía lo que acababa de suceder.

Dos minutos más tarde, Chase apareció por el pasillo. Tenía el rostro tenso y la postura aún más rígida. Bloqueé el teléfono y lo guardé en el bolso antes de levantarme para saludarlo.

Chase se inclinó, me dio un beso sin ganas en los labios y se apartó. Tenía una expresión nublada por una mezcla de emociones que no lograba descifrar. Me tomó de la mano, pero permaneció en silencio mientras caminábamos hacia una zona más tranquila y apartada, junto a las puertas, y nos sentábamos en una mesa pequeña.

—¿Qué ha pasado? —Incliné la barbilla con la esperanza de atraer su mirada, pero él apartó la vista y fijó la atención en la mesa blanca moteada que había entre nosotros. Como de costumbre, era demasiado alto para los muebles y tenía las rodillas torcidas en un ángulo incómodo.

—Gajes del oficio.

—Parecía más que eso. ¿Por qué te has enfadado tanto? —le pregunté en voz baja para que no nos oyeran, aunque estábamos solos gracias a que había comenzado el tercer tiempo y los aficionados habían vuelto al estadio—. Tenía miedo de que fueras a rajarle el cuello a Luke con un patín o algo así.

Chase negó con la cabeza.

—Morrison es un bocazas. Lleva un tiempo provocándome y al final he perdido los estribos. Eso es todo.

Extendí el brazo sobre la mesa y le cogí la mano. Me acarició los dedos con el pulgar, pero no me miró.

—¿Qué te ha dicho?

—No es nada, James. —Se puso aún más tenso, con los músculos del cuello rígidos—. No te preocupes.

Sus respuestas evasivas solo hicieron que me preocupase más.

—¿Por qué estás tan raro?

—No quiero repetir lo que me ha dicho —respondió, y levantó

esa mirada oscura para encontrarte con la mía. Su tono adquirió un matiz que nunca había utilizado conmigo—. Déjalo estar, ¿vale?

—¿Por qué? ¿Ha sido por mí? —Por supuesto que era por mí. No hacía falta preguntarlo.

Su mandíbula se volvió de piedra.

—Bailey. —Ahora sabía que era algo serio porque nunca usaba mi nombre real—. No quiero decírtelo. Es asqueroso y una falta de respeto.

¿Qué narices le había dicho Luke?

—Ahora me lo vas a tener que contar.

Chase frunció el ceño, pero no respondió. Siempre tan terco. Pero yo tenía derecho a saber lo que Luke le había dicho de mí, sobre todo si era tan ofensivo.

Contuve la frustración y le di un apretón en la mano.

—Carter. Dímelo, por favor.

—Está bien. —Se aflojó la corbata y se removió en el asiento—. Pero quiero que quede claro que solo te lo digo para que no te enfades conmigo.

—Deja de hacerte el remolón.

Chase tragó saliva.

—Luke me ha contado que ha roto con Sophie y le he respondido que a mí qué coño me importa. A lo que él ha contestado…

—¿Qué te ha contestado?

—Me ha dicho, y cito textualmente… —Chase respiró hondo, con las fosas nasales dilatadas—. «Porque parece que te gusten mis sobras».

Sentí como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago.

—¿Qué?

—Sí, así que mi plan es romperle las dos rodillas con una barra de hierro la próxima vez que lo vea fuera del hielo. —Hizo una pausa —. Si me das su dirección, me ayudaría mucho a acelerar el proceso.

Abrí la boca para responder, pero no me salieron las palabras.

—¡Carter! —ladró una voz grave. El entrenador Miller estaba de pie en la entrada del vestuario con las manos en las caderas.

El alma se me cayó a los pies al verlo. Tenía la cara más roja que la gorra de los Falcons que llevaba puesta y su cuerpo irradiaba furia.

—Tengo que volver y hablar con el entrenador.

—De acuerdo —dije—. Te espero. Buena suerte.



Chase

—¡Carter! —gritó el entrenador Miller, irrumpiendo en la oficina. Se dejó caer en su silla y me lanzó una mirada venenosa—. ¿Qué cojones ha sido eso?

—Nada, entrenador. Solo he perdido los nervios —respondí mientras me hundía en el asiento frente a él—. No volverá a pasar.

Técnicamente, era cierto. La próxima vez estaría tranquilo y sería metódico a la hora de destrozar a Morrison. No cometería el error de darle una señal de advertencia.

—Has estado a punto de cometer un delito muy grave ahí fuera. —Clavó sus ojos pequeños y brillantes en mí, con expresión severa. Luego suavizó un poco el tono—. ¿Qué te ha dicho Morrison?

Me crucé de brazos e hice todo lo posible por mantener la voz firme.

—Prefiero no hablar de ello. Era algo personal.

El entrenador Miller frunció el ceño.

—Si te ha insultado o ha hecho algún comentario inapropiado, se puede denunciar a la liga e involucrar a las universidades.

—Lo siento. No puedo contárselo.

—Puedo reducir la suspensión de tres partidos a dos si demuestro ante el comité de la liga que ha habido circunstancias atenuantes.

—Se lo agradezco, pero aceptaré los tres.

Aunque mis estadísticas se fueran a pique.

Suspiró y se quedó mirando sus dedos entrelazados sobre el escritorio. Tras un largo silencio, exhaló y volvió a centrar su atención en mí.

—Estoy siendo indulgente contigo porque creo que este año has dado un buen cambio.

—Gracias.

—Por ahora lo dejaré pasar. Pero si vuelves a meterte con Morrison, la suspensión durará más de tres.

—Entendido, entrenador.

—Y si vuelves a pelearte con él, te quedarás fuera el resto de la temporada.

Mierda. Los dos sabíamos que no podía permitírmelo.

—No lo haré —dije—. Se lo prometo.

Genial… o sea que no podría ir a por él en el hielo. Al menos mis compañeros me cubrían las espaldas.



A Miller no le llevó mucho tiempo regañarme. Pero Bailey y yo tuvimos que esperar a que el partido terminara para irnos porque Siobhan había traído a Bailey y yo había conseguido que Dallas condujera.

Pasamos el tiempo hablando de todo menos de *hockey.* O intentándolo, porque Bailey estaba extrañamente callada desde que había vuelto. Estaba claramente molesta por lo que le había dicho, que era el motivo por el que no había querido contárselo en primer lugar.

Sentí un gran alivio cuando los jugadores de ambos equipos salieron de los vestuarios. Lo único que quería era largarme de allí.

De repente, Bailey se puso rígida y fijó la mirada en el puesto de comida. Giré la cabeza hacia donde miraba.

Morrison.

Se me nubló la vista y todas las promesas que le había hecho al entrenador Miller se esfumaron.

Apreté los puños.

—Si me disculpas, voy a destrozar a ese hijo de…

—No. —Bailey me puso una mano firme en el pecho—. Déjame a mí.

Gruñí y apreté los labios, con la respiración entrecortada. Morrison estaba tan cerca de mí que ya podía ver mi puño golpeándole la cara. Iba a ser una sensación increíble.

El crujido sería música para mis oídos.

—Carter —dijo ella—. Mírame.

Me volví y me concentré en sus tranquilos ojos color avellana. Mi presión arterial disminuyó al verla.

—Te quiero —añadió—. Y te agradezco que quieras defenderme, pero no quiero que te metas en problemas por Luke. No vale la pena. Yo me encargo.

Suspiré.

—Está bien. —No discutiría con ella por culpa de ese imbécil.

Ella me rodeó el cuello con los brazos y me atrajo hacia sí. Me dejé llevar hasta que nuestras bocas se encontraron y nuestros labios se separaron. Tenía la adrenalina y la testosterona por las nubes, y ese contacto me hizo desear inclinarla sobre la superficie dura más cercana y follármela allí mismo. Pero podía esperar hasta que llegáramos a casa.

Luego me tomó de la mano y me llevó hasta donde estaba Luke con sus amigos.

—Espera aquí un segundo, ¿vale?

—Vale —murmuré.

Inquieto y sin saber qué planeaba hacer, me apoyé en una columna y observé cómo Bailey se acercaba a Morrison. Levantó la mano y le dio una bofetada tan fuerte que resonó en todo el vestíbulo.

Mierda. No me lo esperaba. Y él tampoco. Qué tonto. Dios, la

quería con locura.

Luke se llevó la mano a la mejilla, con la boca abierta por la sorpresa. Miró por encima del hombro de Bailey y nuestras miradas se cruzaron. Ella seguía de espaldas a mí.

—Estás muerto —articulé con los labios e hice un gesto de degüello. Lo siento, James. No pude contenerme.

Palideció y volvió a mirar a Bailey.

—No vuelvas a hablarme en tu vida. —Ella se dio la vuelta y se dirigió hacia mí.

Luke bajó la mano y dejó al descubierto una marca roja que tenía en la cara. Era preciosa. Le quedaba muy bien. Tenía que admitirlo, ver a Bailey pegar a Morrison había sido más satisfactorio que hacerlo yo mismo.

—¡Bailey! ¿Qué demonios ha sido eso? —gritó Derek, que corrió para alcanzarla. Pero ella no se detuvo.

—Luke lo sabe —dijo ella por encima del hombro, con su larga melena rubia al viento—. ¿Por qué no se lo preguntas? —Me agarró de la mano y tiró de mí antes de hacer un gesto con la cabeza hacia las puertas—. Vámonos.

—No. —Derek nos alcanzó. La tocó en el brazo y se agachó para mirarla a los ojos—. B, dime qué está pasando.

Bailey y yo intercambiamos una mirada. Ella se mordió el labio inferior y levantó las cejas, vacilante. Me encogí de hombros. No era asunto mío.

—Está bien —suspiró—. Bueno, ¿por qué no se lo dices tú, Chase?

Y eso hice.

Cuando terminé, la cara de Derek se contorsionó de rabia.

—¿Qué coño?

Volvió furioso hacía Morrison, lo empujó y este se cayó de culo.

—¿A ti qué coño te pasa? —exclamó Derek, inclinándose sobre él.

Paul observaba el enfrentamiento a unos metros de distancia, con expresión dividida. Probablemente porque, al fin y al cabo,

aunque era buen amigo de los dos, era un cobarde que nunca quería meterse en problemas.

Luke se levantó y se sacudió el polvo.

—¿De qué hablas?

—De lo que le has dicho a Carter sobre mi hermana. Eres un puto cabrón, tío. —Derek lo empujó de nuevo, pero esta vez permaneció de pie—. Bailey nunca te ha hecho nada.

Yo observaba mientras trataba de contener la risa a duras penas. No podía contener la alegría ante este giro de los acontecimientos. Los dos miembros de la familia James habían pegado a Morrison esta noche. Era fantástico.

Pero si alguno de los demás idiotas intentaba defender a Morrison y tocaba a Derek, barrería el suelo con ellos.

—¿Qué? —se burló Luke—. ¿Por qué creerías a Carter? Es un mentiroso.

Mendez carraspeó.

—En realidad, tío… Yo también te he oído decir eso en el vestuario.

Cómo habían cambiado las tornas. Mi noche mejoraba por momentos. Amelia y Jillian se miraron, con los ojos como platos, como si no supieran qué pensar de que todos se hubieran vuelto contra su líder. ¿De qué lado se pondría Paul?

Luke se sonrojó y miró a Mendez con ira.

—Es evidente que me has oído mal.

—Que te den, tío. —Derek negó con la cabeza—. Y pensar que te he dado el beneficio de la duda una y otra vez porque somos amigos desde hace mucho tiempo.

Por fin. Ya era hora de que Derek se pusiera del lado de Bailey.

—Derek —dijo Luke—. Vamos…

—Hasta aquí hemos llegado —espetó Derek—. Más te vale ir con cuidado con Boyd la próxima vez que nos enfrentemos a ellos porque no pienso hacer nada para ayudarte si van a por ti. Y tampoco lo hará el resto de nuestra defensa.

Derek se acercó de nuevo a nosotros y los tres nos alejamos del

grupo. Cuando nos detuvimos en la entrada principal, sacudió la cabeza y exhaló profundamente.

—Lo siento mucho, Bailey. No tenía ni idea… —Se interrumpió—. ¿Por qué no me lo habías dicho antes?

Ella entrelazó los dedos y bajó la cabeza.

—¿Queréis que os deje solos? —le pregunté a Bailey. Parecía que los hermanos necesitaban intimidad para hablar—. Puedo ir a buscar a Ward.

—No, no pasa nada. —Bailey me agarró la mano y entrelazó sus dedos con los míos—. Hablaremos de ello en otro momento, ¿vale, Derek? Solo quiero irme a casa.

—Vale. —Asintió y me miró—. Gracias por defenderla. Nos vemos. —Se dio la vuelta y se abrió paso entre la multitud.

Una pelirroja muy guapa se le acercó y él se inclinó para darle un beso. Bailey arqueó las cejas.

—¿Nueva novia? —pregunté.

—No estoy segura —murmuró—. Pero me alegro de que haya pasado página.

Bailey se volvió hacia mí y me miró fijamente. El murmullo de la gente que se arremolinaba a nuestro alrededor llenó el silencio. Ninguno de los dos dijo nada durante un minuto.

—Esa bofetada ha sido brutal —comenté, incapaz de ocultar una sonrisa.

Ella frunció los labios.

—Sí, ¿verdad?

—Hola. —Dallas nos saludó mientras él y Shiv se acercaban con cautela. Sin duda quería interrogarme sobre lo que me había dicho Miller, pero no lo haría delante de las chicas.

—¿Todo bien? —preguntó Shiv, con la mirada fija en Bailey y en mí.

—Sí —respondí—. Vámonos de aquí.



Capítulo 52

Me debes una

Bailey

Hacía mucho frío y mi aliento formaba nubecitas blancas mientras cruzaba el patio de camino a la biblioteca. Tras el partido de *hockey* más dramático de mi vida, asistir a clase como si nada al día siguiente fue casi un alivio.

La cabeza me daba vueltas y me estaba costando asimilar todo lo ocurrido la noche anterior. ¿De verdad había significado tan poco para Luke? Por otra parte, cuando estábamos juntos, también me faltaba mucho al respeto. Hacía cosas que en aquel momento yo había normalizado. Es curioso cómo uno puede estar metido en una situación tan complicada y no verla.

¿Qué ocurriría con la relación entre Derek y su equipo tras su discusión con Luke? Parecía que no era el único que estaba harto de sus tonterías. Paul seguía de su parte, pero era de los pocos que quedaban. Ahora mismo, Luke solo era el capitán de boquilla.

A mitad de camino de la biblioteca, me metí en la sala común de estudiantes para ir al baño. Cuando abrí la puerta, se me revolvió el

estómago y me quedé helada.

Sophie estaba de pie junto al lavabo, sollozando. Lloraba como si se hubiera muerto alguien. Se secó los ojos con un pañuelo, pero como no dejaba de llorar, arreglarse el maquillaje era inútil.

Después de los dos cafés que me había tomado, mi vejiga estaba a punto de explotar. Ver a Sophie ya me resultaba bastante incómodo. Pero ¿llorando? ¿Qué debía hacer? ¿Continuar con mi misión? ¿Buscar otro baño? Sin embargo, si se daba cuenta de que la había visto, quedaría raro que diera media vuelta y me marchara.

—Eh, ¿estás bien? —le pregunté, acercándome con cautela.

Nuestras relaciones con Luke se habían solapado, si es que él no me había estado engañando con ella. Y Sophie había sido una cómplice consciente. Pero romper con Luke había sido lo mejor que me había pasado nunca, y eso hacía que me costara estar enfadada con ella. Además, parecía muy… triste. Los azulejos marrón rosáceo y la tenue luz fluorescente hacían que la escena fuera aún más trágica.

Sophie se sobresaltó y se volvió hacia mí.

—¿Bailey? —Se llevó una mano al pecho y suspiró profundamente—. Dios mío, qué susto me has dado.

Una lágrima le resbaló por la mejilla, arrastrando el rímel y dejando un rastro gris. Llevaba la larga melena rubia perfectamente rizada y un moderno conjunto, pero el maquillaje que debía haber estado impecable, ahora era un desastre.

—Lo siento, no era mi intención. ¿Estás bien?

Se le escapó un sollozo entrecortado antes de echar los hombros hacia atrás y aclararse la garganta.

—No tienes por qué ser amable conmigo. Sé que me odias. Y con razón. —Se dio la vuelta y volvió a secarse los ojos delante del espejo, tratando de limpiarse el rímel que se le había corrido.

—Odio a Luke. Pero al menos ambas nos hemos librado de una buena, ¿no? —Traté de aligerar el ambiente. Sin embargo, me arrepentí en ese mismo instante. A lo mejor estaba llorando por su ruptura.

—La verdad es que no. —Soltó una risa temblorosa que resonó en el baño vacío—. Estoy embarazada.

Madre mía.

—No sé por qué te lo estoy contando —añadió—. Me acabo de enterar. He comprado un test y me lo he hecho aquí porque estaba segura de que daría negativo. Y voy y descubro que estoy embarazada en el maldito baño de la universidad. —Alzó la voz y se agarró al borde del lavabo mientras rompía a llorar de nuevo.

Se hizo un silencio largo y pesado. Me quedé cerca de ella, incómoda, mientras buscaba qué decir para tranquilizarla. «Estoy segura de que Luke te apoyará» no era lo más adecuado. Eso era evidente. A Luke solo le importaban él y su carrera.

—Todo irá bien —la reconforté—. Ahora mismo es un *shock* muy grande.

—Luke ya me ha dicho que quiere que aborte. —Sophie se pasó una mano por el pelo frenéticamente—. Y eso fue justo cuando le dije que tenía un retraso. Se va a volver loco.

Qué cabrón. Eso había sido un golpe bajo incluso para él.

Cambié el peso de un pie a otro y me ajusté la correa de la bolsa en el hombro. Entre el peso del portátil y los libros de texto se me estaba empezando a clavar.

—No le corresponde a él tomar esa decisión. Es tu cuerpo.

—Ha dejado muy claro cuál es su postura. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Arreglármelas sola?

—Tendrá que pagar la manutención del niño —señalé. Y si llegaba a la NHL, tendría más que suficiente para hacerlo sin problemas—. No permitas que te obligue a tomar una decisión que no quieres.

—No quiero tener que pelearme con él por ello.

No la culpaba. Luke era una persona horrible con la que discutir; siempre daba donde más dolía.

—Pero para eso están los abogados.

—Supongo que sí. —Sophie se sonó la nariz de forma ruidosa, y pareció más un elefante que una pequeña universitaria. Volvió a

mirarme—. No sé por qué eres tan amable conmigo. No me lo merezco.

Era Luke quien no se merecía nada, no ella. Pero ahora estaba atrapada con él, y eso me daba aún más pena.

—Por favor, no se lo digas a nadie —añadió.

—No lo haré —le aseguré—. ¿Por qué no llamas a alguna de tus amigas? No te preocupes por Luke por ahora. Habla con alguien de confianza.

Ella sollozó.

—Gracias, Bailey. Siento mucho lo que pasó.

—No te preocupes, me ha ido todo bien. Espero que a ti también te vaya bien.

Abrí la puerta y salí al pasillo. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que ni siquiera había ido al baño, pero volver no era una opción.



Chase

Estar suspendido era una mierda.

El partido contra el equipo de la Universidad Americana de esta noche era el primero de los tres que tuve que ver desde el banquillo. Fue una tortura.

Por mucho que Miller lo intentara, el equipo no conseguía ponerse las pilas. Al final, perdimos cinco a dos. Quizá yo no habría cambiado nada, pero quedarme con la duda era desesperante.

Fuera hacía mucho frío, así que, tras el partido, salí del vestuario y me dirigí a la entrada. Pulsé el botón de arranque remoto de las llaves de mi camioneta y miré por la ventana. Las luces se encendieron en la esquina más alejada del aparcamiento y el motor

rugió al ponerse en marcha.

Me di la vuelta y me abrí paso entre la multitud para encontrarme con Dallas, Shiv y Ty. Bailey también debería haber estado allí, pero estaba ocupada preparando su entrevista para las prácticas. Y como a mí no me dejaban jugar, no le di demasiada importancia.

Vi a Dallas y Ty a lo lejos, con otros chicos del equipo. Estaba a unos tres metros del grupo cuando Kristen apareció de la nada.

Dios mío.

Llevaba demasiado maquillaje, una falda negra corta y el pelo largo castaño rizado. Su aspecto encajaba más en una discoteca que en un estadio de *hockey.* Y lo peor era que, seguramente, se había arreglado así por mí. ¿Alguna vez pillaría la indirecta?

Mi radar infalible para detectar locas había fallado cuando la conocí y, hacía aproximadamente un año, había elegido a una sociópata como amiga con derecho a roce. De algún modo, no vi las señales de alarma. Debería haberme ceñido a mi política de «una sola vez» hasta que apareció Bailey.

—Hola —dijo, y me puso una mano en el antebrazo. Aparté el brazo con brusquedad y di un paso atrás mientras miraba a mi alrededor para ver si alguien nos observaba. Por suerte, todos estaban apiñados alrededor de Dallas, escuchando cómo había conseguido marcar un gol gracias a un despiste de la defensa. Era lo único bueno que había pasado en toda la noche.

—Tienes que parar, Kristen. Penner saldrá en cualquier momento. Y sabes que tengo novia.

Aunque no la tuviera, no volvería a enrollarme con ella. Kristen había reducido ese puente a cenizas: lo roció con queroseno y fue ella misma quien encendió la cerilla.

Kristen se encogió de hombros y se pasó una mano por el pelo oscuro.

—Eso nunca te detuvo cuando estabas conmigo.

«Es como comparar manzanas con discos de *hockey,* Kristen».

—Tú nunca fuiste mi novia. —Di otro paso atrás y bajé la voz.

—Podríamos compartirte… como hicimos con Nikki en tu fiesta.

—Con Bailey no es así —susurré—. Además, esa noche no me trae precisamente buenos recuerdos.

Ella sonrió con aire burlón.

—Venga, Chase. Estuvo muy bien…

Apreté los puños y sentí cómo me subía la tensión arterial.

—Ni siquiera me lo preguntaste, joder.

Porque sabía que me habría negado de haberlo hecho. Era tonto, pero no tanto como para dejar pruebas, sobre todo con un rollo esporádico.

—Da igual. —Frunció los labios color carmesí—. A Nikki no le importó.

La conversación me pareció rara. ¿Por qué sacaba el tema ahora? Entonces lo comprendí.

Mierda.

¿Lo había planeado?

Y lo que era más importante, ¿había borrado el vídeo?

Se me aceleró el corazón. De repente, no me llegaba oxígeno a los pulmones lo suficientemente rápido.

Agarré a Kristen del codo y la alejé del grupo. Bajé la cabeza para mirarla a los ojos.

—Lo borraste, ¿verdad?

Kristen me miró con esas largas pestañas oscuras.

—Tú viste que lo borré.

Creía que sí, pero estaba tan borracho que no veía con claridad, por lo que no sabría decir si de verdad lo había eliminado.

—¿Seguro que no se lo enviaste a alguien primero? —le pregunté con las cejas levantadas—. ¿Te enviaste una copia por correo electrónico?

—Estoy segura de que lo borré. ¿Desde cuándo eres tan estirado?

—Desde que empezó el curso y el entrenador me echó la bronca porque había oído rumores de que había unas fotos mías circulando por ahí. Me dijo que las habían sacado en mi fiesta de fin de curso la

primavera pasada. Encaja bastante bien, ¿no crees?

Kristen me hizo un gesto con sus afiladas uñas rojas.

—Dijo fotos, no un vídeo. Seguramente, intentaba asustarte.

Con el tiempo entendí que su sermón había sido demasiado concreto para tratarse solo de una táctica para asustarme. En su momento lo tomé por un simple rumor y lo dejé pasar. La ignorancia fue una bendición. No había vuelto para atormentarme… todavía. Pero la forma en que Kristen estaba actuando ahora me provocó una oleada de nervios. Podría tener un problema grave.

Por no mencionar que cuando el entrenador sacó el tema, yo apenas conocía a Bailey. No me afectó porque, en ese momento, todo me daba igual. Ahora, sin embargo, podría ser una catástrofe.

Era una bola de demolición a punto de destruir mi vida, una vida que no se parecía en nada a la que tenía la primavera pasada. Ahora tenía mucho más que perder que entonces.

Si pudiera retroceder en el tiempo y darme un puñetazo en la cara, lo haría.

—Entonces, ¿por qué circulan rumores sobre un vídeo sexual por ambas universidades?

—¿Por qué estás tan paranoico? —se burló ella—. Podría ser cualquiera.

Podría, pero todas las pistas apuntaban a mí, a ella y a Nikki.

—Ninguno de nosotros quiere que se sepa. ¿Has pensado en cómo afectaría a tus solicitudes para la facultad de medicina? —Arqueé las cejas—. ¿O en cómo reaccionaría el novio de Nikki?

En aquel momento no sabía que Nikki salía con uno de los miembros de los Bulldogs. No necesitaba que eso, entre otras cosas, se volviera en mi contra. Además, Nikki asistía a Callingwood, por lo que las posibilidades de que esto llegara a oídos de Bailey eran mucho mayores.

—Tranquilo. —Kristen bajó la mirada y se ajustó el escote—. Borré el vídeo.

—Más te vale.

Me miró con aburrimiento.

—¿Quiere cachearme, agente?

«¿Hablaba como si esto fuera una especie de juego?». Nunca había estado tan enfadado con una chica.

—Eso no prueba nada. Podría estar en algún sitio de la maldita nube.

—No está ahí. —Kristen puso los ojos en blanco—. Cálmate. No tienes nada de qué preocuparte.

Volví a mirar a mis amigos, pero se estaban riendo de algo que había dicho Ty. Penner tampoco estaba por ningún lado, lo cual, en este caso, era bueno.

—¿Cómo puedo estar seguro? —Me acerqué más y la fulminé con la mirada. Ella me devolvió la mirada, con los ojos azul oscuro muy abiertos y fingiendo inocencia. No me lo creía.

—Supongo que tendrás que confiar en mí.

Claro. Confiar en ella era lo que me había metido en este lío en primer lugar. Luego sacó el móvil y nos grabó sin mi permiso.

Negué con la cabeza y apreté los dientes.

—Más vale que estés diciendo la verdad.

—Si tanto te preocupa —dijo Kristen—, quizá deberías ser más amable conmigo.

—No me amenaces.

Di media vuelta y me acerqué furioso a mis amigos. Estaba jodido. Si el vídeo se difundía, sería como prenderle fuego a mi vida. No habría contrato ni novia; nada.

Shiv se volvió para mirarme con el ceño fruncido. Tenía las manos metidas en la sudadera blanca de los Falcons extragrande.

El miedo y la rabia se mezclaron y ardieron en mi interior. En el vestíbulo del estadio hacía el mismo frío de siempre, pero yo no dejaba de sudar.

—¿Va todo bien? —Levantó la mirada y me estudió con esos ojos azul verdoso.

—Sí, todo bien —solté. Me resultaba imposible ocultar la rabia.

Su voz se convirtió en un susurro.

—¿Estás seguro?

—Kristen no aceptaba un no por respuesta, eso es todo. —Me tiré de la corbata. Sentía que me estrangulaba.

Shiv soltó un suspiro de asco.

—Ah. Es muy pesada.

—Sí —dije—. Les diré a los chicos que no la traigan a casa. Esto se me ha ido de las manos.

Aunque corría el riesgo de provocar a la osa si lo hacía. ¿De verdad tenía una copia? Si era así, no quería enfadarla. Tenía que hacerme con ella de alguna manera y destruirla.

—Por mí, perfecto —asintió—. Nunca me ha caído bien. ¿Quieres venir con nosotros al O'Connor's a tomar algo?

Ni hablar. La cabeza me daba demasiadas vueltas como para charlar de cosas banales. ¿Me dejaría Bailey si se enteraba? ¿Quién querría salir con un tío que aparecía en un vídeo sexual que se había hecho público? En especial uno así. ¿Un trío mientras estaba colocado? Genial, Carter.

—Gracias, pero creo que esta noche me tomaré las cosas con calma.

—Vale. —Frunció el ceño y se quedó allí, escrutando mi rostro con preocupación—. Avísame si necesitas algo, ¿vale?

¿Una máquina del tiempo, quizá?

—Lo haré. Gracias, Shiv.



Capítulo 53

No puedo tener ambas cosas

Chase

La madrugada siguiente, conduje casi tres horas para reunirme con Stewart, el padre abogado de Dallas. No solo me atendió a última hora, sino que se negó a cobrarme. Habría pagado con mucho gusto su exorbitante tarifa de mil dólares la hora, o lo que fuera que cobrara, si tuviera una varita mágica legal para hacer que todo esto desapareciera.

Debía hablar con Bailey. Lo haría tarde o temprano. Pero primero necesitaba entender la situación y cuáles podrían ser las posibles consecuencias. Al menos así tendría más información cuando se lo contara.

Tras meter con dificultad mi camioneta en el aparcamiento subterráneo climatizado, cogí el ascensor hasta la planta treinta y uno. Un letrero de acero inoxidable en la pared con el nombre «Ward, Myers y Trenton S.L.» me dio la bienvenida.

No había vuelto a pisar un bufete de abogados desde que tuvimos que ocuparnos de todos los asuntos legales relacionados

con la muerte de mi padre. Aquello fue un auténtico circo mediático. Los *paparazzi* acampaban frente a nuestra casa, mi colegio e incluso las casas de mis amigos.

Las náuseas constantes que había sentido desde la noche anterior se intensificaron. No quería volver a pasar por aquello, pero quizá tendría que hacerlo si esto salía a la luz.

Mierda. Quizá debería hablar con mi madre, pero esa conversación sería aún más incómoda que la que iba a tener con Bailey.

El asistente de Stewart me guió hacia su enorme despacho en la esquina de la oficina. Los ventanales, que iban del suelo al techo, ofrecían una vista panorámica de la ciudad y sus alrededores. Stewart, de porte imponente y vestido con un traje impecable, estaba sentado tras un escritorio de cristal. Me indicó que entrara sin apartar los ojos de los documentos que tenía frente a él.

—Gracias por recibirme con tan poca antelación. —Me acomodé en el elegante sillón de cuero frente a su escritorio y crucé una pierna sobre la otra.

—Sin problema. —Stewart barajó los papeles que tenía sobre la mesa y los dejó a un lado. Me miró y juntó sus gruesos dedos mientras se inclinaba sobre el escritorio con el ceño fruncido—. Dallas me ha dicho que tenías una emergencia. ¿Qué ocurre?

Ojalá lo supiera.

—No estoy seguro. Puede que haya… unas fotos. Mías. Fotos comprometedoras. O quizá un vídeo. —Se me formó un nudo en el estómago, como si pronunciar esas palabras lo hiciera más real.

Él asintió.

—¿Contienen actos no consentidos? Porque si es así, necesitarás otro tipo de abogado. Puedo recomendarte un abogado penalista.

Me estremecí. ¿Me lo estaba preguntando en serio? Ante mi reacción física, su expresión se suavizó y pasó de ser profesional a comprensiva.

—Tengo que preguntar —me explicó para tranquilizarme—. Por precaución. No es nada contra ti, hijo. Le preguntaría lo mismo a

Dallas.

—No es nada de eso —respondí—. Pero yo no di mi consentimiento para que grabaran, si eso cuenta.

Me sonó el móvil en la mano. Era un mensaje de Bailey. Me invadió la culpa. Ignoré el mensaje y silencié el teléfono.

—¿Lo sabías entonces?

—Más o menos. Pillé a la chica con la cámara del móvil encendida y me enfadé. Ella dijo que lo había borrado. Creí que lo había hecho. Pero estaba bastante, eh, borracho.

Stewart tomó notas en un bloc de papel que tenía delante y luego volvió a levantar la vista.

—Es un delito grabar a alguien manteniendo relaciones sexuales sin su permiso.

Esto confirmaba lo que había averiguado en Internet, pero en ese momento me servía de poco consuelo. No quería presentar cargos después de que mi vida estallara por los aires; lo que quería era desactivar la bomba.

—¿Y si lo difunden? —pregunté y tragué saliva, con la boca seca como un desierto.

—En este estado no hay leyes específicas que regulen la pornografía por venganza. Pero chantajearte con publicarlo sí que es un delito. Para eso tendrías que acudir a la policía para poner una denuncia.

La policía. Genial. Si había un grupo de gente que no me gustaba, eran ellos.

Como si un jugador de *hockey* enorme presentando cargos contra una chica que era la mitad de grande que él fuera a funcionar. Sería genial para mi carrera.

—Vale.

—Pero, debo advertirte de que será un proceso complicado y público. Si se inicia una demanda civil, o tú decides iniciarla, ahí es donde entro yo. —Me miró a la cara—. Aunque no creo que quieras meter el dedo en la llaga ahora mismo.

—Correcto.

—Yo aconsejaría que te esperases hasta que nos hagamos una idea más clara de la situación —añadió.

—Estoy tratando de averiguarlo, pero creo que me está mintiendo. Dice que el vídeo no existe, pero circulan una serie de rumores que me preocupan. Parece una especie de cortina de humo.

—Trabajamos con excelentes investigadores privados. Quizá valga la pena ver qué pueden averiguar.

¿Cómo había llegado mi vida a esto? ¿Iba a contratar a un maldito investigador privado?

—Siempre y cuando no llamen más la atención.

—No lo harán. —Stewart negó con la cabeza—. No se acercarán a nadie sin tu permiso, pero harán mucho trabajo de campo con discreción e investigarán los antecedentes. —Hizo una pausa y me miró serio—. Y tal vez investiguen algunos dispositivos electrónicos, por el precio adecuado.

—¿Investigarán dispositivos electrónicos? ¿Qué significa eso?

Bajó la voz.

—*Hackear*. Pero eso sería ilegal, así que nunca lo he dicho ni lo apruebo. Todo esto son suposiciones, hipótesis, ya me entiendes.

Era una buena idea. *Hackear* el teléfono de Kristen. Quizá también su correo electrónico.

—El problema es que creo que se lo envió a otra persona.

—Imaginemos que hay algo ahí fuera. ¿Qué contendría? Sé que es un tema incómodo, pero debo hacerme una idea general para poder evaluar el alcance de los daños. ¿De qué nivel de compromiso estamos hablando? —Cogió su taza y dio un sorbo, mirándome por encima del borde.

—No sé cuándo sacó Kristen su móvil. —Suspiré—. Estaba practicando sexo con otra chica, Nikki. Ella estaba encima de mí. Entonces la detuve y me hizo una mamada mientras nos fumábamos un porro.

—Entonces debería ser bastante fácil demostrar que había consentimiento.

—Eso espero. —Ni siquiera se me había ocurrido que el

consentimiento pudiera ser un problema.

—Eso es bueno, ya que es uno de tus mayores problemas potenciales. Un escándalo sexual no es tan grave como una acusación de agresión sexual.

Sentí que se me formaba un nudo en la garganta. Tenía razón; el vídeo era mejor que una acusación falsa de violación. Al menos, era el mal menor.

—¿Y el porro?

—Eso es lo que menos debería preocuparte —dijo—. Podría ser un cigarro de liar. En el gran esquema de las cosas, no tiene ninguna importancia. Pero ¿había una tercera persona que hizo las fotos?

—Sí. Kristen. También estábamos tonteando, pero, que yo sepa, no sale en la cámara. —Pero Kristen podría haber sacado el móvil antes sin que me diera cuenta… estaba completamente colocado.

—A diferencia de esa situación, grabar un audio con el consentimiento de una de las partes es legal. Si hablas con alguien sobre esto, graba la conversación y haz que hable lo máximo posible. Así podremos evaluar si hay alguna prueba que podamos utilizar en un proceso penal o civil.

Genial. Pero lo que de verdad quería evitar era cualquier tipo de proceso.

—Lo haré —dije—. ¿Y mi contrato con la liga? ¿Crees que…? —No pude terminar la frase. ¿Me despedirían? Había cláusulas morales en mi contrato.

—No tiene nada que ver con lo del jugador de la NHL que grabó a varias mujeres sin permiso. En tu situación, siendo la víctima, dudo que te culpen. Y menos aún si yo estoy de por medio. —Su voz se endureció.

Esperaba que no. Si esto destrozaba mi carrera, mi vida se acabaría. No tenía un plan B.

—¿Y si se hace público?

—Paso a paso —contestó—. Pero si se filtra, los responsables desearán no haberlo hecho. Te lo aseguro.

No tanto como yo.

Me dedicó una mirada compasiva.

—Tómate tu tiempo. No quiero que mis clientes actúen bajo presión. Consúltalo con la almohada. Pasa tiempo con tu novia. Habla con alguien de confianza.

Eso no funcionaría. Nadie más lo sabía. Quería que siguiera siendo así.

Tragué saliva.

—¿Qué le recomendarías a Dallas que hiciera?

—Que enterrara el vídeo. —Stewart hizo un gesto enfático con las manos regordetas—. Que lo encontrara, lo enterrara e hiciera un puto funeral.

—¿Cómo?

—Averiguamos si hay una copia y, si la hay, conseguimos unos acuerdos de confidencialidad de inmediato. Luego destruimos los archivos como toca.

Suspiré.

—De acuerdo. Tiene sentido.

—Mira —dijo—, el noventa y cinco por ciento de las veces, los clientes pagan un extra en los acuerdos de confidencialidad, y los problemas desaparecen por completo. Ambos sabemos que puedes permitírtelo.

Sí. Pero no debería tener que hacerlo.

—¿Quieres que les pague para que no abran la boca? ¿Aunque yo no haya hecho nada malo? Tú mismo has dicho que lo que ella hizo es un delito.

—Hablando como abogado y como amigo, en situaciones como esta, te recomiendo que hagas lo que tengas que hacer. —Levantó las cejas—. Piensa en lo que te costaría no hacerlo.

Negué con la cabeza, con la mirada fija en el brillante suelo de baldosas negras.

—Esto es brutal.

Madre mía. Estoy seguro de que esto no era precisamente lo que mi padre esperaba cuando me dejó bien cubierto económicamente. Que tuviera que usar el dinero para algo así. Genial. Estaría muy

orgulloso.

Si todavía estuviera aquí, podría hablar con él. Pedirle consejo. Lo quería más que a nada en el mundo. Ahora mismo, el dolor constante de echarlo de menos era casi insoportable. Estaba perdido. Lo necesitaba. Necesitaba a alguien de mi lado más que nada en el mundo, alguien que me dijera qué hacer, porque yo no tenía ni idea.

—Lo sé, hijo. —Stewart apoyó los codos en el escritorio y me miró con aire paternal, severo, pero, de alguna manera, amable—. ¿Quieres tener razón o que esto desaparezca?

—Supongo que no puedo tener ambas cosas.

—No. —Negó con la cabeza—. No puedes.



No dejé de darle vueltas mientras conducía hacia casa. Sonaba una canción tras otra en la radio, pero no escuchaba ni una sola palabra.

Respondí al mensaje de Bailey al subirme a la camioneta, teníamos planes para esa noche y no tenía ni idea de cómo soltarle esa bomba. Todavía estaba procesándolo todo.

Una vez que volví a la ciudad, tomé un pequeño desvío. No quería hacerlo, pero necesitaba estar seguro.

Caminé por la acera hasta la casa adosada verde y llamé al timbre del número veintidós. Después encendí la grabadora del móvil.

Perdóname, James.

Kristen abrió la puerta principal con una sonrisa tímida.

—Hola. —Llevaba una camiseta sin mangas tan escotada que casi se le veían los pezones y unas mallas tan finas que parecían pintadas. ¿Se habría cambiado después de que le hubiera enviado el mensaje o siempre iba así por casa? No tenía ni idea.

—Tengo que ir a entrenar, así que no puedo quedarme mucho tiempo —dije mientras entraba en el vestíbulo—. Quería hablar

contigo sobre lo de anoche.

—¿Qué pasa? —Me miró con recelo mientras cerraba la puerta detrás de mí y echaba el cerrojo.

Me apoyé contra la pared y me esforcé por parecer tranquilo.

—A lo mejor me precipité. Estaba de mal humor, pero tenías razón. Esa noche contigo y Nikki fue increíble. —Tragué saliva para no vomitar delante de ella.

—Lo sé, ¿verdad? —Kristen me miró con ojos seductores.

Dios, qué fácil era manipularla.

—Lástima que nunca viera el vídeo —añadí.

Ella resopló.

—Creía que solo tenías ojos para tu novia.

—Eso no significa que no pueda recordar un poco el pasado. —Me costó mucho pronunciar esas palabras, que me sabían amargas en la boca.

—Supongo que no deberías haberme obligado a borrarlo.

Su compañera de piso, Charlotte, pasó por detrás. ¿Lo sabía?

Bajé la voz con la esperanza de que no nos oyera.

—Vamos, Kristen. Seguro que puedes encontrarlo.

—Hmm. —Se encogió de hombros y jugueteó con un mechón de pelo oscuro—. Quizá dé con él si lo intento.

Lo sabía. Joder, lo sabía.

—¿Lo intentarás? —Le dediqué una sonrisa coqueta mientras me odiaba por dentro—. ¿Por los viejos tiempos?

—Está bien. —Kristen puso los ojos en blanco—. Espera. —Sacó el teléfono y tocó la pantalla.

Se me aceleró el corazón mientras esperaba. Al cabo de un minuto, me lo dio y allí estaba. Lo vi con el volumen bajo, fingiendo interés. Luché contra el instinto de romperlo en mil pedazos. No podía mostrar mis cartas. Todavía no.

Como sospechaba, el vídeo duraba cuatro minutos y se veía cómo me follaba a Nikki y luego ella me la chupaba mientras nos fumábamos un porro. El vídeo se detenía justo antes de que pillara a Kristen y le pidiera que dejara de grabar, lo que, de manera muy

conveniente, me mostraba como un participante voluntario y eliminaba toda referencia hacia ella.

Había recortado el vídeo. Mierda. Necesitaba el original. De alguna manera. Era lo único que me libraría.

—¿Esto es todo? —La miré con las cejas levantadas y le devolví el móvil. Me rozó la mano con la suya y luché contra el impulso de apartarla.

Frunció las cejas perfectamente arqueadas.

—¿Qué quieres decir?

«Cuidado, Carter».

—Esperaba que fuera más largo. —Me encogí de hombros—. No sales en el vídeo.

—Quizá la próxima vez.

—Quizá. —Nunca jamás—. Nadie más sabe nada de esto, ¿verdad?

Ella parpadeó y dio un pequeño paso atrás.

—No —Mentira.

—Hazme un favor y no se lo cuentes a nadie, ¿vale? Así es más excitante.

—Claro. —Sonrió con satisfacción.

—Gracias, Kris. Tengo que irme a entrenar, pero te escribiré —mentí.

Volví a mi camioneta, me subí y arranqué el motor. Luego me dejé caer contra el volante forrado de cuero. Tenía la cabeza hecha un lío. ¿Cómo se lo contaría a Balley? ¿Qué podría decirle?

Una parte de mí pensaba que quizá me escucharía. Pero ¿y si no lo hacía? El contenido del vídeo era horrible: yo con dos chicas, una de las cuales tenía novio. En aquel momento, yo no lo sabía, pero aun así tenía mala pinta. Bailey estaba muy molesta por lo de Derek y Jillian. ¿Me perdería el respeto? ¿Decidiría que, después de todo, no era quien ella creía?

Por no hablar del efecto catastrófico que esto tendría en mi vida y, por asociación, en la suya. Su reputación como novia de «ese chico» podría hacer peligrar su beca, sus prácticas y su carrera. ¿Me

guardaría rencor por haberla involucrado en estos rumores?

Madre mía, ni siquiera había conocido a sus padres y ahora me odiarían. Y ahí se acabaría todo el progreso que había hecho con Derek.

Un golpe seco en la ventana me sobresaltó. Levanté la vista con la esperanza de encontrarme con Kristen.

No era ella.



Capítulo 54

24 horas

Chase

Bajé la ventanilla.

—¿Qué quieres?

—Hablemos. —Luke me dedicó una sonrisa burlona.

Abrí la puerta sin dudarlo. ¿Por qué no? Ya se me había fastidiado el día. Me habían destrozado la vida, la verdad. Además, me había pillado saliendo de casa de Kristen, así que él tenía ventaja.

Pero yo también tenía algunos ases en la manga. Todavía tenía el teléfono en la mano, así que enseguida activé la grabadora y lo coloqué en la consola central, con la pantalla hacia abajo.

Luke abrió la puerta y se subió al asiento del copiloto. El olor abrumador de su colonia me llegó hasta la nariz, lo que intensificó mis náuseas. Echó un vistazo desdeñoso a mi camioneta.

—Qué coche tan mediocre. Muy apropiado. —Se inclinó y me dio un trozo de papel blanco doblado.

Se lo quité de la mano.

—¿Qué cojones es esto?
—Dímelo tú.

Transcripción de la grabación de vídeo:
EMPIEZA EL VÍDEO
[música, sonido de fondo]

CHASE: Mierda. Espera. ¿Dónde está el mechero?

CHICA 1: ¿De verdad que vas a parar ahora? ¿Qué cojones?

CHASE: Tranquila, Nikki. Solo deja que encienda esto.
[Sonido de fondo]
[Una tos]

CHICA 1: Madre mía. *[Tose]* Qué fuerte es.

CHASE: Lo sé. Mi camello es la hostia.

CHICA 2: ¿Me vais a guardar un poco?

CHICA 1: ¿Del porro o de Chase?

CHICA 2: *[Se ríe]* De ambos.

CHASE: No te preocupes, puedo seguir toda la noche. No puedo decir lo mismo del canuto.
[Más risas, sonido de fondo]

TERMINA LA GRABACIÓN.

Sentí que se me helaba la sangre. Al leerlo así, el encuentro parecía aún peor. El mundo se tambaleó a mi alrededor y estuve a punto de vomitar el poco contenido de mi estómago en el suelo de la camioneta. Apenas había comido en todo el día, así que al menos no habría mucho.

Y pensar que aquello no era más que un fragmento del vídeo. A pesar de su aparente investigación, Luke tampoco lo había descubierto todo.

Agarré el papel con fuerza y leí la transcripción dos veces más. Era como leer una historia sobre otro. Yo ya no era la persona de ese vídeo y apenas recordaba aquella noche. Cuando intentaba reproducirla en mi cabeza, todo estaba borroso. La resaca me duró dos días.

—Me pregunto si el *Callingwood Daily* querrá publicar la historia. Quizá en primera página.

Levanté la vista con una expresión neutra.

—¿De dónde has sacado esto?

—Me cayó del cielo. Como a esa zorra de Nikki, ¿eh? —resopló—. O debería decir «la chica número uno».

—¿Qué quieres? —Lancé la transcripción sobre la consola que había entre nosotros.

—Mi investigador privado ha hecho un buen trabajo —dijo, ignorando mi pregunta—. También tengo una copia del vídeo, pero seguro que ya lo has visto.

En ese momento, me pregunté quién no lo habría hecho.

—Por si te interesa —añadió—, solo tuve que pagarle tres mil dólares a Kristen para que te traicionara. Apuesto a que estás dispuesto a pagar mucho más para que el vídeo no salga a la luz.

Cien veces más.

—Ve al grano.

Luke ladeó la cabeza y se acarició la barbilla con aire arrogante.

—¿Bailey no va a solicitar una beca importante? Creo que también he oído algo sobre unas prácticas. Parece el tipo de cosa que podría asegurarle el futuro después de graduarse.

Se me revolvió el estómago. Bailey era una de las cinco finalistas seleccionadas para reunirse con el comité de adjudicación de becas. El *Penalty Box Online* se había puesto en contacto con sus referencias y la había invitado a hacer otra entrevista el viernes. Llevaba toda la semana entusiasmada.

Si Luke había conseguido localizar el vídeo, supongo que no debería sorprenderme que supiera otros detalles íntimos no solo de mi vida, sino también de la de Bailey.

—¿Y eso qué tiene que ver?

Hizo una pausa y se ajustó el cuello del polo amarillo pálido bajo la chaqueta. Un silencio opresivo llenó el vehículo mientras él retrasaba la respuesta a propósito, deleitándose con mi miedo. Lo miré confuso y me negué a darle la satisfacción de volver a preguntar.

—Ese vídeo es interesante, ¿sabes? La chica dos no aparece en

cámara en ningún momento. Sería una pena que la gente pensara que esa voz es la de Bailey. —Luke me dedicó una mirada lastimera —. Grabar vídeos sexuales con su novio arruinaría sus posibilidades de conseguir esas oportunidades. También perjudicaría sus perspectivas profesionales.

El pánico me agarró por el cuello y me dejó sin aliento. Tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas para mantener la voz firme.

—Sabes muy bien que esa voz no es la de Bailey. Ni siquiera la conocía entonces. Y ella todavía salía contigo.

Luke se encogió de hombros.

—Buena suerte demostrándolo. El vídeo no tiene fecha. Ahora está contigo y será culpable por asociación. Y una vez que se corra el rumor, siempre quedará la duda.

El arrepentimiento me revolvió las entrañas. Todo este tiempo me había preocupado de protegerla de Luke, pero era de mí de quien debía protegerse. La había condenado a ser culpable por asociación, víctima de mis malas decisiones. Estaba destinada a pagar por algo que yo hice mucho antes de conocerla. Algo que, en el fondo, me habían hecho a mí.

—Repito, ¿qué quieres? Sé que no es dinero.

—Acaba con la relación.

Las palabras me atravesaron las entrañas como una navaja oxidada.

—¿Qué? —Debería haberlo imaginado, pero una pequeña parte de mí esperaba otra cosa. Cualquier otra.

Sus ojos azules me observaban, fríos y llenos de malicia.

—¿Acaso he tartamudeado?

—Nunca volverá contigo. —El pulso me rugía en los oídos—. Se trata de control. Ni siquiera la quieres. Si la quisieras, no harías esto.

Me hizo un gesto con la mano para que me fuera.

—Podemos jugar a ser psicólogos todo el día. No importa. La pregunta es: ¿estás dispuesto a destrozarle la vida?

Sentí como si un cuchillo se retorciera en mis entrañas, desgarrándome por dentro y esparciéndome en pedazos por toda la

camioneta. Me mataba imaginar que Bailey perdiera algo que merecía. Pero lo que de verdad me destrozaba era pensar que la iba a perder a ella.

Luke tenía su futuro en sus manos y lo sabía.

Necesitaba la otra mitad del vídeo, la parte en la que me enfadé y llamé a Kristen por su nombre. Al menos, eso exculparía a Bailey. El investigador privado de Stewart empezaría a indagar, pero quién sabía cuánto tiempo tardaría en encontrarlo, si es que daba con él. ¿Y luego qué? ¿Lo filtraría yo mismo para demostrar que no fue Bailey? Aunque lo encontrara, todas las soluciones eran una mierda.

—¿Por qué le harías eso a Bailey? —pregunté, buscando con desesperación un atisbo de humanidad escondido en lo más profundo de él—. ¿Ya Nikki?

Lidiaría con las consecuencias en mi propia vida, pero los daños colaterales eran criminales. Me sentía extremadamente culpable.

Luke se burló.

—¿A quién le importa Nikki? En cuanto a Bailey, si tomas la decisión correcta, no difundiré el vídeo.

—¿Y si digo que no? —pregunté con voz ronca.

—Me aseguraré de que, cuando alguien busque su nombre en Internet, lo primero que aparezca sea que hace porno para aficionados. Lo sabrá todo el mundo, posibles empleadores, novios, porque seamos sinceros, sabemos que lo vuestro no durará, incluso los profesores de sus futuros hijos. —Se recostó y apoyó un tobillo sobre la rodilla, como si fuéramos viejos amigos charlando.

Me negué a aceptarlo.

—Eso se puede borrar.

—No del todo. —Luke sonrió con arrogancia y habló con un tono aún más condescendiente de lo habitual—. Internet nunca olvida, Carter.

Yo tampoco. De alguna manera, me vengaría de esto. Pero primero tenía que evitar que mi vida se derrumbara. O, al menos, debía minimizar los daños.

Morrison era un cobarde, así que cambié de táctica.

—Te das cuenta de que el chantaje es un delito, ¿verdad? De hecho, es un delito grave.

—Eh, eso no me preocupa.

Se había vuelto loco.

—¿Por qué no? —espeté—. ¿Crees que tus padres abogados te sacarán de la cárcel?

Corría el riesgo de provocarlo, pero estaba tan lleno de rabia que apenas podía contenerme.

Luke permaneció inquietantemente tranquilo, como el psicópata que era.

—Hablando de padres, ¿conoces a los de Bailey? Son encantadores. —Frunció el ceño y me observó con desaprobación—. No estoy seguro de que piensen lo mismo de ti si este vídeo llega a sus manos.

—¿Estás dispuesto a arriesgarte a ir a la cárcel para hundirme? —solté—. Podría llamar a la policía ahora mismo.

—No serás tan estúpido como para pensar que tengo la única copia. Si lo haces, se difundirá de inmediato. Meterme en la cárcel no arreglará su reputación. ¿Estás dispuesto a poner en riesgo su futuro?

La respuesta era no, y él lo sabía. Al menos ahora tenía sus amenazas grabadas. El problema era que eso no le impediría destrozarle la vida a Bailey antes.

—Si metes a Bailey en esto, la cárcel será el menor de tus problemas. No tendré nada que perder.

A pesar de fantasías violentas sobre Morrison, nunca había contemplado seriamente la posibilidad de matarlo. Nunca hasta ahora.

—No estoy muy seguro de eso. Tienes muchas otras cosas en juego. Deluca y yo hemos estado hablando. Quizá le interese ver tu debut en el cine.

—Adelante —dije entre dientes. Tom Deluca formaba parte del equipo directivo de Los Ángeles y yo también hablaba con él de forma habitual—. Hazlo, pero deja a Bailey fuera de esto.

—No.

Apreté el volante con fuerza, hasta que se me pusieron los nudillos blancos.

—¿Por qué no? Es a mí a quien quieres castigar.

—Me has jodido la vida —dijo con sarcasmo.

Supongo que se refería a lo que ocurrió después del último partido. Nunca había admitido nada en toda su miserable existencia; eso no iba a cambiar ahora.

—Es justo que te devuelva el favor.

—Te has destrozado la vida tú solito.

Luke soltó una risa irónica.

—Podría decir lo mismo de ti.

No le faltaba razón, aunque yo nunca había dado mi consentimiento para que se grabase ese maldito vídeo.

—Da igual. —Luke fingió un bostezo y cambió el peso de un pie a otro—. He redactado un correo electrónico detallado para todos los conocidos de Bailey, con el vídeo adjunto. Rompe con ella o lo enviaré.

Una punzada de dolor, mezclada con una rabia pura y absoluta, me atravesó el corazón como nunca antes. Mi cerebro entró en modo reptil y me quedé sin habla.

—Hay gente que tiene copias, así que no intentes nada. Y ni se te ocurra fingir una ruptura para engañarme. Tengo ojos en todas partes —añadió—. Así es como he averiguado que estabas aquí.

Se me encogió el corazón mientras me obligaba a hablar.

—Si acepto, ¿la dejarás en paz?

—Lo haré. —Abrió la puerta y salió, pero se detuvo—. Tienes veinticuatro horas.



Bailey

Aparté la mirada del artículo en el que estaba trabajando y miré la hora en la esquina inferior de la pantalla del portátil. Chase llevaba más de media hora de retraso. No era habitual que no me hubiera escrito para avisarme, pero llevaba dos días comportándose de forma extraña. Estaba como distante y abatido; no era él mismo. Tampoco me había enviado ningún mensaje coqueto o picante, y era algo que hacíamos varias veces al día.

Cuando le envié un mensaje para preguntarle qué le pasaba, me ignoró por completo. Supuse que estaba enfadado por su suspensión de tres partidos. En ese momento parecía habérselo tomado con calma, pero sabía que odiaba estar en el banquillo. Sobre todo, después de haber perdido el último partido de una forma tan brutal.

Aun así, no me quitaba de la cabeza la sensación de que pasaba algo más.

Me puse nerviosa y volví a centrarme en mi artículo sobre la feria de arte de la universidad. A mi lado, sobre el escritorio, mi móvil vibró y se iluminó con un nuevo mensaje.

999-855-5955: ¿Dónde estaba tu novio esta tarde?

Bailey: Me cambié el número por una razón, Luke.

999-855-5955: Oh, creo que agradecerás que haya contactado contigo.

A continuación, apareció una foto adjunta. El miedo se apoderó de mí mientras arrastraba los dedos por la pantalla y ampliaba la imagen. Era Chase en el porche de una casa verde. La puerta estaba abierta y Kristen estaba de pie en la entrada.

No.

Me invadió una agonía conocida: la traición. Igual que con Luke. Resultaba irónico, casi cruel, que me enterara de esto precisamente por él. Era como si hubiera vuelto al punto de partida. Mi mente

intentó buscar una explicación razonable a toda prisa. Quizá la foto era antigua, de antes. Pero ¿por qué la tenía Luke?

Desde mi habitación oí cómo Shiv abría la puerta para dejar entrar a Chase. Cuando se asomó al umbral, estaba tenso, con la mirada angustiada. Incluso parecía culpable.

—Hola. —Se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros y se apoyó contra el marco de la puerta.

Más alarmas sonaron en mi cabeza cuando no se acercó para darme un abrazo ni un beso de bienvenida.

—¿Dónde estabas? —Estaba demasiado alterada como para pensar en una estrategia para abordar la situación, y su comportamiento distante solo me provocaba más pánico.

—Entrenando —respondió—. Mira, tenemos que… —Se me encogió el corazón. Primer error. Era mentira.

Lo interrumpí y lo miré con severidad.

—¿De verdad?

—¿Qué quieres decir? —Chase frunció el ceño, pero la culpa se reflejó en su mirada.

—¿Has parado en otro sitio?

«Por favor, dime la verdad. Por favor, confiesa».

—Tenía unos recados que hacer, sí.

Empujé la silla de mi escritorio hacia atrás, me levanté y observé su rostro con atención. Se me aceleró el pulso.

—¿Ir a ver a Kristen era una de ellas?

Chase bajó la mirada y asintió con la cabeza.

—Por supuesto —murmuró de forma casi inaudible.

—¿Qué está pasando, Carter?

Tenía que haber una explicación para esto. Debía haber una buena razón para que hubiera ido hasta allí, y me la iba a dar. Confiaba en él. Creía en él.

Volvió a mirarme con tanta angustia en los ojos que se me llenaron de lágrimas.

—No ha pasado nada con ella. Lo prometo.

Sí, ya había oído esa frase antes, demasiadas veces. Pero nunca

de él. Nada de esto tenía sentido.

Y lo peor era que parecía que estaba diciendo la verdad. Respiré entre dientes y me mordí el labio inferior para no echarme llorar.

—Entonces, ¿por qué has ido?

—Yo… —titubeó y negó con la cabeza—. No puedo contártelo.

Se me quebró la voz.

—Por favor, dímelo. Quiero saber la verdad.

Esto no estaba pasando. No podía estar pasando. Este era el chico que se había quedado a mi lado, incluso cuando yo lo alejé. El que solo había sido paciente, amable y, sobre todo, sincero conmigo. A veces, demasiado.

—No —se reafirmó. Su habitual actitud confiada apareció un instante, pero desapareció casi tan rápido como había llegado—. No he mirado a otra persona desde que te conocí. Creo que lo sabes.

—Yo también lo creía, pero necesito que me des una explicación.

Di un paso, luego otro y me acerqué a él hasta que estuvimos al alcance de la mano. Apretó la mandíbula sin dejar de mirarme, pero no se movió. Ninguno de los dos se movió. Le escudriñé el rostro, como si pudiera ver dentro de su mente si lo intentaba con la fuerza suficiente.

—Necesito que confíes en mí, James. —Se le tensaron los músculos del cuerpo y la voz.

Se me escapó un sollozo ahogado.

—¿Cómo puedo confiar en ti si no me das una respuesta?

—Te quiero más que a nada en este mundo, pero no puedo contarte eso. —Sus ojos, doloridos e indescifrables, se clavaron en los míos—. Y no podemos… —Exhaló profundamente—. No puedo estar contigo ahora mismo.

Se me cayó el alma a los pies.

—¿Qué? —Retrocedí y puse distancia entre nosotros, como si eso fuera a proteger mi corazón de alguna manera—. ¿Cómo puedes…? ¿Cómo puedes decir que me quieres y luego darme la espalda y hacer esto? ¿Ya no quieres estar conmigo? ¿Así, sin más?

Chase empezó a acercarse a mí, pero se detuvo y dejó caer las

manos a los lados. Apretó los puños, los flexionó y los relajó.

—Eso no es… Quiero estar contigo más que a nada en el mundo.

—Claro —respondí enfadada—. Pero estás eligiendo no hacerlo.

Una punzada de dolor me invadió el pecho; era tan intenso que pensé que me estaba dando un infarto. Yo lo quería. Él me quería. Sabía que ambas cosas eran ciertas, así que ¿cómo podía estar pasando esto?

Era como si acabara de descubrir que todo lo que creía saber fuese mentira.

—Lo siento —dijo—. Es lo mejor.

Abrí la boca para responder, pero no me salieron las palabras. Nuestras miradas se cruzaron, cargadas de lo que ninguno se atrevía a decir. El silencio se prolongó mientras mi corazón se desangraba en el suelo del dormitorio, latido a latido.

Al final carraspeó.

—Debería irme.

Con la mirada dolorida, se dio la vuelta y fue hacia la puerta de mi habitación. Aún paralizada por la incredulidad, lo vi desaparecer por el pasillo. Momentos después, se oyó el sonido de la puerta principal cerrándose silenciosamente tras él.

Las lágrimas brotaron con fuerza, acompañadas de grandes sollozos. No podía detenerlas ni respirar y tampoco entendía lo que Chase acababa de decirme. Todo lo que teníamos se había esfumado. Y yo seguía sin entender el motivo.

—¿Bailey? —me llamó Shiv—. ¿Estás bien?

—No.

Segundos después, entró en mi habitación. Cuando me vio, corrió hacia mí y me abrazó con fuerza.

—¿Qué ha pasado?

Se me quebró la voz.

—No lo sé.



Capítulo 55

48 horas

Chase

¡A la mierda mi vida!

Eso era lo que acababa de hacer.



—Piensa en ello, James. Tendríamos hijos muy altos. Serían gigantes.

—Estás borracho, Carter. Eres mono, pero estás borracho.



Bailey

Releí el correo electrónico en la pantalla mientras parpadeaba con incredulidad.

«Querida señorita James, estamos encantados de informarle que ha sido seleccionada para recibir la beca para el próximo curso…».

Se me encogió el pecho y las palabras se difuminaron. Lo había conseguido. Me habían concedido la beca.

Era una victoria vacía después de que Chase me hubiera destrozado el corazón. Todavía no entendía qué había pasado. Había aparecido con cara de haber perdido a un ser querido, había roto conmigo sin previo aviso, sin darme ninguna explicación, y se había ido. Había salido de la puerta sin mirar atrás.

Desde entonces, no me había vuelto a hablar. Ni una llamada, ni un mensaje de texto… nada.

Le había dado vueltas sin parar desde entonces, tratando de averiguar qué había salido mal, qué haría ahora y cómo iba a darle sentido. Había cogido el teléfono y seleccionado su contacto al menos una docena de veces, ya fuera por pura costumbre o porque me invadía una oleada de resentimiento y quería respuestas. ¡Joder!, merecía respuestas mucho mejores que las excusas de mierda que me había dado. Pero cada vez que mi dedo se cernía sobre su nombre, me quedaba helada. El dolor, la ira, la confusión, el orgullo… un millón de emociones me lo impedían.

Cogí el café de la mesita de noche y me terminé la segunda taza de la mañana. No había dormido más de tres o cuatro horas desde que había *ocurrido, y esas horas* estuvieron plagadas de pesadillas y de llanto. Tampoco me apetecía comer. En ese momento, sobreviví a base de cafeína, tristeza y aire.

Tras pasar otra media hora acurrucada bajo las sábanas con el portátil sobre las piernas, me arrastré fuera de la cama y me metí en la ducha. Puse la temperatura del agua caliente casi al máximo, me froté el pelo para quitarme la grasa y lloré todo lo que pude bajo el chorro de agua. Una vez que me quedé afónica y se me arrugó la piel, cogí una toalla y me sequé antes de ponerme un pijama limpio. No saldría del apartamento en todo el día, así que ¿para qué iba a

molestarme en ponerme ropa de calle? Me había duchado, lo que ya era una gran mejora con respecto a los dos días anteriores.

Aunque por dentro aún me sentía como si me hubiera muerto.

Y también lo parecía por fuera. Tenía la piel enrojecida y los ojos rojos e hinchados de tanto llorar. Apenas había comido en los últimos días. No por falta de ganas, sino porque el mero hecho de ver comida me provocaba náuseas y comer me parecía aún peor.

Mis amigos me apoyaban, pero, por *alguna razón, sus* esfuerzos eran de todo menos reconfortantes. Quería que me dejaran sola. Siobhan había cocinado e intentado convencerme de que comiera. Derek no dejaba de enviarme mensajes preguntándome si estaba bien. Y Zara y Noelle se ocuparon de mis tareas en el periódico durante un tiempo. Me costó mucho aceptarlo, pero no tenía otra opción. No estaba en condiciones de salir a la calle, y mucho menos de asistir a los partidos y tomar notas.

Para colmo, a finales de esa semana tenía una segunda entrevista para las prácticas en *Penalty Box* por videoconferencia. ¿Cómo iba a mantener la compostura cuando me estaba muriendo por dentro?

Cuando salí de mi habitación, Siobhan estaba sentada en el sofá viendo un documental sobre crímenes reales. Era una elección un tanto extraña para las nueve y media de la mañana, pero a estas alturas ya sabía que sus gustos televisivos eran un poco macabros.

Llorar durante dos días seguidos me había pasado factura, e incluso después de la ducha caliente, me dolía todo el cuerpo. Me arrastré hasta la cocina y me serví más café. Probablemente fuera buena idea desayunar, pero no me apetecía nada.

De pie tras la encimera, dudé de si debía hablar con ella sobre lo que había estado pensando. ¿Qué más podía perder? Chase ya no estaba.

Entré en el salón y me dejé caer en el sofá, a su lado.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro. —Shiv pulsó el botón de pausa del mando a distancia y se giró hacia mí. Me miró a la cara y su expresión se suavizó—.

¿Estás bien?

—La verdad es que no —admití. Se me formó un nudo en la garganta y tragué saliva para hacerlo desaparecer—. Pero tengo una pregunta. Solo si esto queda entre nosotras. Si Dallas y tú no tenéis secretos, no pasa nada. No te lo diré.

—Pregunta lo que quieras. No se lo diré, te lo prometo.

Confiaba en ella, a diferencia de Amelia o Jillian, que eran incapaces de guardar secretos entre ellas o con sus novios.

—¿Puedes conseguirme el número de Kristen? ¿O averiguar dónde puedo encontrarla en el campus? Necesito hablar con ella.

Siobhan frunció el ceño.

—Creo que podría localizarla. ¿Por qué?

—Por esto. —Desbloqueé el móvil y le mostré la foto que Luke me había enviado. Entonces me di cuenta de lo raro que era que él la tuviera. Entre los mensajes, la aparición de Chase y la consiguiente implosión de mi vida había estado tan conmocionada que no había pensado en las implicaciones hasta ese momento. ¿Era posible que Luke hubiera estado siguiéndolo? ¿Me había estado siguiendo a mí también? Se me revolvió el estómago de pensarlo.

Shiv frunció el ceño mientras observaba la pantalla.

—Qué raro.

—¿A que sí?

Pulsé el botón lateral del móvil y lo dejé en mi regazo. Traté de no mirar la pantalla de bloqueo, que mostraba una foto que me saqué con Chase en la gala de *hockey.* No me atrevía a cambiarla. Pero cada vez que la veía, mil cuchilladas me desgarraban el corazón. Dejé el teléfono a un lado y tomé un sorbo de café hirviendo, mientras rezaba para que la cafeína compensara la falta de sueño y la enorme resaca emocional. Al ritmo que iba, necesitaría una cafetera entera para mitigar el agotamiento, Siobhan apoyó la barbilla en la mano y respiró hondo. Vaciló antes de hablar.

—No quiero meterme en algo que no es asunto mío ni causar más problemas, pero vi… bueno, vi a Chase y a Kristen discutiendo después del último partido. Cuando le pregunté, me dijo que ella no

aceptaba un no por respuesta. Quizá fue para decirle que lo dejara en paz.

Otra cosa de la que no me habían informado. Chase no me había contado nada sobre una pelea con Kristen. Esa noche hablamos por teléfono y parecía diferente, distante. La discusión coincidía a la perfección con el momento en que había empezado a comportarse de forma extraña. Como si algo en su cabeza hubiera cambiado.

Pero…

—¿Por qué iría a su casa para hacer eso? ¿Y por qué no me lo había contado? Cuando le pregunté, no supo explicarme por qué había ido.

Cuanto más lo pensaba, menos creía que Chase hubiera hecho algo con Kristen. A diferencia de Luke. Puede que hubiera intentado convencerme para creerme sus mentiras, pero en el fondo, una parte de mí siempre supo que Luke me engañaba y me mentía. Siempre tenía una sensación desagradable y nauseabunda en el estómago. Una especie de radar de la infidelidad.

Chase nunca me había dado esa sensación, ni siquiera ahora. Algo iba mal, pero no era una infidelidad.

O tal vez estuviera buscando excusas. Todavía no había aceptado el fin de nuestra relación. No podía ser real. Iba en contra de todo lo que creía saber sobre él, sobre nosotros…

Shiv resopló.

—No lo sé. —Bajó la mirada hacia sus uñas de color rosa pálido y luego volvió a mirarme—. Estoy preocupada por Chase. Sobre todo, por la forma en que rompió contigo y se marchó de casa. No tiene ningún sentido./—Me alegro de no ser la única que cree que fue inesperado. —Resoplé y tomé otro sorbo de café.

Ella se mordió el labio inferior y sus ojos azul verdosos adquirieron una expresión de seriedad.

—Puede que esté rompiendo todas las reglas del manual de las novias, pero te lo diré de todos modos.

—¿Decirme qué? —Se me aceleró el corazón.

—Después del partido de la otra noche, me fui a la cama

temprano. Los chicos se quedaron jugando a videojuegos y bebiendo. Cuando me levanté para ir al baño, Chase y Dal estaban hablando en el pasillo. Chase dijo que tenía que reunirse con el padre de Dallas por algo urgente.

—¿El padre de Dallas? No te sigo.

—Bueno… es abogado.

Comencé a preocuparme.

—¿Por qué Chase necesitaría un abogado? —¿Estaba metido en algún lío?

—No estoy segura —contestó—. Estaba medio dormida. No le di mucha importancia en ese momento y tampoco me quedé a escuchar.

—¿A qué se dedica el padre de Dallas?

—Es jurista. Pero quizá Chase necesitase asesoramiento legal general. —Frunció los labios—. Aunque ha pasado en un momento muy raro, ¿no crees?

¿En qué tipo de problemas podría estar metido? Que yo supiera, nunca lo habían arrestado. Luke seguía vivo, así que tampoco era eso. Chase no había demandado a nadie ni viceversa. Y no se metía en nada demasiado ilegal, aparte de consumir marihuana de vez en cuando.

¿Habría dado positivo en un control antidopaje del equipo? ¿O estaba consumiendo sustancias para mejorar el rendimiento? Esto último era poco probable.

Kristen tampoco encajaba en ninguno de esos escenarios, a menos que fuera traficante de drogas.

Nada tenía sentido.

Por otra parte, tampoco encajaba que Chase hubiera roto conmigo tan de repente. Las cosas entre nosotros no solo iban bien, iban de maravilla. Habíamos estado hablando del futuro. Habíamos hablado de un «para siempre». Se me encogió el corazón y se me llenaron los ojos de lágrimas. Respiré despacio y traté de contenerlas.

—¿Y Dallas no te contó nada de esto? —pregunté.

—No. —Siobhan negó con la cabeza—. No pregunté porque estaba bastante claro que no debía haberlo oído. Hablaban en voz baja.

—Quizá fue mejor que no lo hicieras. Así Chase no sabe que yo lo sé.

—¿Qué vas a hacer?

No estaba segura. Algo. Lo que sea.

—Averiguar qué narices está pasando.



—¿Qué posibilidades hay?

—Si gano, tendrás que ver Un novio real.

—Y si yo gano, te tocará ver Operación Venganza.

Diez minutos después…

—Vale, Carter. Por una vez, me has ganado.

—Claro que sí.

—Vale. Pues veremos Operación Venganza.

—No, veremos tu peli.

—¿De verdad? No hace falta.

—Lo sé.



Chase

Intenté leer mi libro de Economía del deporte, pero no conseguía comprender nada. El examen era esta semana, pero cada vez que abría el libro para repasar el temario, las palabras empezaban a difuminarse.

Solo podía pensar en Bailey. La echaba de menos, me preguntaba si estaría bien, esperaba que no me odiara…, aunque debería hacerlo.

Quería llamarla. No, quería ir allí y contárselo todo. Pero no podía arriesgarme a que se viera envuelta en el fuego cruzado.

Si podía pasar las próximas dos semanas sin destrozarle la vida, tal vez encontraría una manera de salir del agujero en el que me había metido.

Un golpe seco en la puerta me devolvió a la realidad. Dallas no esperó a que respondiera y entró con aire decidido, como un hombre con una misión. Se sentó en el borde de la cama, frente a mi escritorio, y me miró. Cerré el libro de texto de forma instintiva y lo volví a abrir de inmediato por una parte al azar. Necesitaba concentrarme en otra cosa que no fuera lo que supuse que sería un interrogatorio inminente.

—¿Qué pasa, tío? —Sus ojos azul hielo me taladraron.

Bajé la mirada para evitar el contacto visual y fingí estar fascinado con un gráfico cualquiera de la página 256.

Pasé la página.

—Nada. Solo estoy estudiando.

—Sí, seguro… —Su tono se volvió brusco—. Venga tío, ¿qué está pasando?

Me encogí de hombros sin levantar la vista. Era difícil mentirle a Dallas, porque me conocía muy bien. Pero tampoco quería contarle la verdad. Cuanta menos gente lo supiera, mejor.

Me arrebató el libro de las manos y lo cerró de un golpe. Levanté la barbilla a regañadientes y, cuando por fin lo miré a los ojos, me fulminó con una mirada llena de reproches.

—Llevas tres días sin salir de casa —señaló—. Si no apareces pronto, Miller vendrá y te arrastrará él mismo al entrenamiento. Y yo le ayudaré.

—Iré mañana —mentí.

—Tenemos un partido dentro de dos días.

—Lo sé. —En realidad, no lo sabía. Nuestro calendario era lo

último en lo que podía pensar—. Estaré listo. —Otra mentira, pero últimamente mentía mucho. Sin apenas comer ni dormir, sería un inútil en el hielo. Es más, sería un lastre.

Dallas apoyó los codos sobre las rodillas y me miró con severidad. Me recordó mucho a su padre.

—¿Sabes? Shiv te ha estado escribiendo cada poco para ver cómo estás.

—¿En serio? ¿Por qué?

—No lo sé, Carter. —Extendió los brazos—. Quizá porque nos preocupa tu estado mental desde que dejaste a Bailey sin motivo aparente.

Una mano invisible me oprimió la garganta.

—¿Está bien?

—¿Tú qué crees? —Me miró con dureza.

La culpa me aplastó como una tonelada de ladrillos. Estaba tan hundido que creía que nunca saldría de allí. Y jamás me perdonaría a mí mismo por cómo había manejado la situación.

La voz de Dallas se suavizó.

—¿Tiene esto algo que ver con el motivo por el que fuiste a ver a mi padre?

Solté un largo suspiro. No lo dejaría pasar.

—Sí.

—¿Por qué no me lo cuentas? —preguntó—. Sabes que puedes confiar en mí. No se lo diré a nadie. Ni siquiera a Shiv.

—Porque he metido la pata, Ward.



—Sabes que algún día te pediré matrimonio, ¿verdad?

—¿En serio?

—Cuenta con ello. ¿Dirás que sí?

—Por supuesto.



Capítulo 56

Zona de peligro

Chase

Cuanto más le contaba a Dallas, más tenso se ponía.

A mitad del resumen de mi conversación con Luke, saltó de la cama.

—¡Joder! —me interrumpió—. ¿Por qué no me lo has contado antes?

Buena pregunta.

—Eh, es que estoy en *shock.* Mi vida ha pasado de ser normal a una pesadilla en tan solo veinticuatro horas. Todavía no puedo pensar con claridad, por si no te había quedado claro.

Volví a detallar la sórdida cadena de acontecimientos. Al final de mi relato, Dallas estaba paseándose por mi habitación, casi tan angustiado como yo.

—No hiciste nada malo. —Se giró y dio otra vuelta—. Recuerdo lo alterado que estabas al día siguiente, cuando me contaste lo que había hecho Kristen.

Tenía razón. Pero yo seguía enfadado conmigo mismo por haber

confiado en ella en primer lugar.

—Eso no cambia la situación.

Dallas negó con la cabeza y se pasó una mano por el pelo oscuro.

—Tienes que contárselo a Bailey.

—¿No has oído lo que he dicho? Morrison le destrozará la vida.

Tenía buenas intenciones, pero yo llevaba casi tres días dándole vueltas angustiado por esa decisión. Si fuera tan sencillo como explicárselo, ya lo habría hecho.

—¿Cómo se enteraría él si se lo contaras a ella?

Esa era la pregunta del millón. Pero el precio que habría que pagar era demasiado alto: Bailey perdería todo por lo que había trabajado durante tres años. Su futuro. Su oportunidad de tener la carrera que se merecía. Ser independiente económicamente, algo que le importaba más de lo que jamás admitiría.

Por no hablar del revés que supondría en su vida personal. Yo tenía la piel más gruesa que la de un cocodrilo, pero Bailey no.

—No lo sé —dije, invadido por los nervios—. Morrison tiene información que no debería tener. ¿Cómo se ha enterado de lo de sus prácticas? Es espeluznante.

Ayer, cuando conocí a Vincent, el investigador privado de Stewart, lo primero que le pedí fue que se asegurara de que Luke no estuviera siguiendo a Bailey. Me dijo que esperara, así que no dejé de mirar el móvil de forma obsesiva a la espera de noticias. Quería saber si había conseguido la cinta completa o si alguien más podría tenerla, cualquier cosa.

Hasta ahora, nada. Ni siquiera pude volver a contactar con Stewart hasta que Vincent me lo permitió.

Sentado, esperando, perdiendo la maldita cabeza.

—Quizá deberías dejar que Bailey decida qué quiere hacer —dijo Dallas.

—¿No crees que me gustaría hacerlo? Darle la opción de escoger sería lo mismo que decidir por ella. Si se lo digo y Morrison se entera, se volverá loco. Se acabó el juego.

Las repercusiones se reproducían en mi cabeza como una película de terror: el maldito correo electrónico que le llegaba a sus amigos, a su familia, a todos los que tenían algo que ver con su beca y sus prácticas. La vida de Bailey derrumbándose como una torre de naipes por mi culpa.

Morrison daría el paso en algún momento, no importaba si involucraba a Bailey o no. Si Dios quiere, no lo hará. Al fin y al cabo, yo podía asumir la responsabilidad de lo que había hecho, aunque no hubiera sido mi intención que se hiciera público.

Sin embargo, ¿querría Bailey estar conmigo una vez que descubriera lo de la cinta? La respuesta a esa pregunta me aterrorizaba.

—Si no se lo cuentas —dijo Dallas en voz baja— la perderás.

Me quedé sin aliento, como si me acabaran de dar un golpe en el estómago con un palo de *hockey.* Tenía razón, pero no podía aceptar esa posibilidad. Tampoco sería yo quien destruyese sus sueños. De ahí el infierno en el que estaba atrapado.

Me moría de ganas de coger el teléfono. Mejor aún, de ir allí y verla. La echaba de menos más que a nada en el mundo. La distancia que había puesto entre nosotros era una auténtica tortura. Era como si me faltara un miembro, y solo habían pasado unos días. ¿Cuánto podría aguantar?

—Estoy intentando mantenerla fuera de la zona de peligro. No me importa lo que me pase a mí, pero no puedo permitir que ella se vea envuelta en este lío. «¿Qué harías tú si fuera Shiv?».

—La protegería —admitió Dallas—. A cualquier precio.

—Exacto. La prioridad número uno es procurar que no le pase nada. Si tienes alguna otra idea, soy todo oídos.

Mi móvil se iluminó sobre la cama, a mi lado.



—¿Vendrás a mi primer partido en la NHL?

—No me lo perdería por nada del mundo.



Las horas que tuve que esperar para reunirme con Vincent se me hicieron eternas. Dallas intentó quedarse conmigo, pero me estaba contagiando su ansiedad, así que al final le obligué a que se fuera de casa y saliera con Shiv, que había sido su plan original.

Mientras tanto, Vincent me dio luz verde para hablar con Stewart. Lo que esperaba que fuera una conversación constructiva resultó ser destructiva, porque acordamos que él informaría al equipo de Los Ángeles con antelación para prevenirlos. Existía la posibilidad de que estuviera a punto de echar por tierra mi contrato y destrozar mi futura carrera en el *hockey,* pero Stewart me había asegurado que adelantarse era la mejor opción. No tuve más remedio que confiar en él.

Eran más de las ocho cuando me reuní con Vincent. El mugriento *pub* en el que nos encontramos por segunda vez estaba situado al otro lado de la ciudad, en un polígono industrial. Vincent afirmaba que era «un lugar seguro», pero la zona era bastante sospechosa. Sin embargo, era evidente que sabía lo que hacía, así que mantuve la boca cerrada. Quizá las cucarachas hacían las veces de seguridad.

Me dirigí a la esquina trasera y me metí en la cabina frente a él. Iba vestido de negro de pies a cabeza y sus rasgos duros estaban acentuados por una cicatriz irregular en la mejilla izquierda. Con las pintas que llevaba, era un misterio cómo se integraba con tanta facilidad entre la gente. Stewart dijo que su apodo era «el fantasma». Esperaba que hiciera honor a su nombre.

Vincent entrelazó los dedos sobre la mesa y me miró con expresión sombría por encima de la pinta de cerveza a medio beber. Era un nuevo miembro de mi breve lista de personas aterradoras, solo un nivel por debajo de Stewart. Tenía la sensación de que, si le pedía a Vincent que eliminara a Morrison del mapa, me daría un

precio y pondría el plan en marcha.

Mentiría si dijera que no lo había pensado.

—Antes de continuar —dijo Vincent—, tenemos una política de no preguntar y no decir nada con respecto a las fuentes. Lo que significa que no es admisible ante un tribunal.

—No pasa nada. —Pisé algo pegajoso en el suelo debajo de la mesa y se oyó un ruido desagradable cuando cambié de posición—. Necesito saberlo.

—Como te he dicho antes, tengo una copia del vídeo completo —dijo Vincent—. O mejor dicho, tengo los dos clips, ya que lo dividieron en dos.

Sentí náuseas en el estómago.

—¿Puedo ver la segunda parte?

Desde el otro lado de la mesa, extendió el brazo y me ofreció su teléfono. Lo cogí y ajusté el volumen al mínimo, pero vacilé un momento. Sentí mucho asco cuando pulsé «Reproducir».

Clip 2 de 2

Ubicación: residencia privada, 9516 Avenida 32.
Fecha de guardado: sábado, 21 de abril a las 1:27 de la madrugada

EMPIEZA LA GRABACIÓN
[1:35:02 de la madrugada]

NICOLE: Venga.

CHASE: Espera, tengo que coger otro... ¿Qué cojones, Kristen? ¿Cuánto hace que has sacado eso? Guarda esa mierda.

[Sonido de fondo]

CHASE: Quítate de encima, Nikki.

NICOLE: *(ininteligible)*

KRISTEN: No está encendida, Chase. Solo estaba de broma.

CHASE: Me da igual. Déjame ver el móvil.

KRISTEN: Pero sales genial en cámara.

CHASE: ¿Cómo? Más te vale no estar grabando esto.

[Sonido de fondo]

KRISTEN: *(Se ríe)* ¿O qué?

CHASE: No estoy de broma. Dame el teléfono.

CHASE: Ahora, Kristen. No necesito que el entrenador vea esto.

KRISTEN: Eres un peñazo. Relájate, lo borraré. ¿Ves?

[1:36:09 de la madrugada]
TERMINA LA GRABACIÓN

El vídeo terminó y miré la pantalla en pausa sin parpadear.

Tal y como pensaba.

Una mezcla de sentimientos se arremolinaba en mi interior. Satisfacción, ira, arrepentimiento. Había estado tan concentrado en canalizar mi rabia hacia Morrison que ni siquiera había empezado a pensar en qué haría con Kristen. Primero grabó el vídeo, lo editó para fastidiarme aún más, y luego lo vendió a la mínima de cambio.

Al menos tenía la otra mitad, con la marca de tiempo y todo. En el peor de los casos, al menos Bailey se libraría de algunas de las consecuencias. Ahora era imposible que la relacionaran de forma plausible con la cinta.

—Si le das a la policía motivos fundados cuando presentes la denuncia, a veces ellos son quienes destapan estas cosas. —Vincent hizo un gesto con la cabeza hacia el móvil que todavía tenía en la mano con la pantalla en negro—. La grabación de audio, que obtuviste de forma legal, les dará un buen punto de partida para ponerse a investigar. No debería ser demasiado difícil de encontrar, a menos que el policía que lleve el caso sea un completo idiota. —Soltó un suspiro cansado—. Aunque, por desgracia, muchos de ellos lo son.

Con mi suerte, uno de esos idiotas acabaría trabajando en mi caso. Pero ese problema sería para otro momento.

Le devolví el móvil.

—¿Sigue alguien a Bailey?

—No. Pero supongo que sabes que a ti sí.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—Tenía una corazonada.

Sin embargo, confirmarlo no lo hacía menos inquietante.

—Otra agencia de detectives privados. Travers Mill. Precios de primera, trabajo de tercera. Los contrató… —Bajó la vista y consultó sus notas—. Lucas Morrison.

No me extrañaba.

—¿Hace cuánto tiempo que me siguen?

—Un mes.

Mierda. Desde que interceptó a Bailey cuando volvía a casa después del partido.

Se encogió de hombros y se llevó la cerveza a la boca.

—Como te he dicho, son un poco descuidados, es como si hubieran dejado un rastro de migas de pan.

—¿Todavía van detrás de mí?

—No. —El vaso golpeó la mesa con un sonido siniestro. Ladeó los finos labios—. Y no volverán a hacerlo. Me he encargado de ello.

—Espera, si nadie ha estado siguiendo a Bailey, ¿cómo sabía Morrison todo eso sobre su vida?

—Oh, Travers Mili también ha estado husmeando en su vida.

Otro escalofrío me recorrió el cuerpo al imaginar a los secuaces de Luke husmeando en los asuntos personales de Bailey. Intenté apartar ese pensamiento de mi mente y centrarme en lo importante. Ya nos habían dejado tranquilos.

—Pero no la seguían como a ti —añadió—. Tampoco volverán a indagar en su vida. Su investigador infringió varias leyes y fue demasiado descuidado a la hora de ocultarlo. Con ese tipo de información, puedes esperar que te dejen en paz de ahora en adelante.

—¿Eso significa que puedo hablar con ella sin peligro?

—Sí —contestó—. Travers Mili tiene que informar a Luke de que los han descubierto, pero tienes un pequeño margen de tiempo antes de que ocurra. Te seguiré durante los próximos días para asegurarme de que no aparecen.

Una ráfaga de aire me inundó los pulmones, como si hubiera estado conteniendo la respiración sin darme cuenta.

Podría verla. Hablar con ella. Contárselo todo. Suplicarle que me

perdonara, o al menos intentarlo.

—Stewart se está encargando de los aspectos legales —añadió.

Además de hablar con la directiva de Los Ángeles, Stewart planeaba «atar en corto a ese pedazo de mierda» acudiendo directamente ala fuente de dicho pedazo de mierda: sus padres. Pensaba que, como abogados, se mostrarían bastante receptivos ante la grabación de la conversación en la camioneta y la amenaza de un juicio público y complicado. Por no hablar de los cargos penales que se le podrían imputar.

Podía funcionar o no. No podía esperar más para averiguarlo. Si no había moros en la costa, nada me impediría ver a Bailey.



—Amarillo.

—¿Estás bien?

—Quiero un beso.

—Creía que me estaba pasando.

—No, me sentía sola aquí arriba.

—No podemos dejar que eso pase. ¿Quieres que te desate?

—Todavía no. Pero necesito que acabes pronto con toda esta provocación, porque voy a perder la cabeza.



Bailey

Le había insistido a Siobhan en que invitara a Dallas a casa, y me di cuenta demasiado tarde de lo raro que se me haría verlo.

Abrí la puerta de mi habitación y escuché atentamente para

comprobar si había algún signo de vida. Cuando lo único que percibí fue el silencio, entré de puntillas en la cocina y saqué un vaso del armario. Llorar sin parar me había dado muchísima sed. Nunca había bebido tanta agua como en los últimos días.

Para colmo, Shiv había conseguido el número de Kristen y me lo había dado esa misma mañana. Estaba tratando de pensar qué decir antes de llamarla. ¿Había algo que se pudiera decir en una situación así? Cuando me giré para llenar el vaso del dispensador de la nevera, me llegó un mensaje al móvil. Era Luke otra vez. Por eso había dudado en cambiarme el número al principio, era un rollo, y sabía que tarde o temprano me localizaría. Al final yo tenía razón.

Me quedé mirando la pantalla. Sentí una oleada de irritación acompañada de una punzada en el corazón. El cuchillo ya estaba clavado muy hondo, no hacía falta retorcer la hoja.

Desbloqueé el móvil y busqué el mensaje para borrarlo. Mi intención era eliminarlo sin abrirlo, pero la vista previa me llamó la atención y mordí el anzuelo.

Luke: ¿Problemas en el paraíso?

Bailey: Deja de escribirme, acosador.

Luke: No te enfades conmigo porque Carter te haya dejado.

Bailey: ¿Cómo lo sabes?

Luke: Yo lo sé todo.

Bailey: Por lo que he oído, tienes tus propios problemas.

Luke: ¿De qué hablas?

Bailey: Supongo que yo también lo sé todo.

Luke: ¿Todo? ¿Sabías lo de su vídeo porno?

Luke: Te dije que no era quien tú creías. [Archivo adjunto]

El corazón me retumbaba en los oídos mientras leía el mensaje.

«¿Vídeo porno? ¿Qué?».

La miniatura de la foto mostraba todo lo que necesitaba saber. Aparecía un chico de pelo oscuro besando a una chica mientras sostenía un porro en una mano. Tenía el rostro casi oculto por el humo.

Pero reconocía ese perfil, esa mandíbula y esa nariz. Reconocía ese pelo. Y esas manos.

Entonces, un estruendo ensordecedor resonó a mi alrededor. Cuando miré a los lados para ver de dónde venía, vi los restos de mi vaso vacío en el suelo de baldosas gris oscuro. Mis pies descalzos rodeados por un mar brillante de cristales azul claro. No solo se había roto. Se había hecho añicos.

—Madre mía. —Siobhan entró corriendo a la cocina y miró frenéticamente a su alrededor—. Te he oído gritar. ¿Qué ha pasado?

¿Había gritado?

Miró el suelo delante de mí y se estremeció.

—¿Estás bien?

—Yo… —Negué con la cabeza—. No…

El sonido del cristal roto resonaba en mi cerebro. Nada tenía sentido.

¿Por qué no me lo había contado?

Sin soltar el teléfono, levanté un pie y fui al pasillo.

—¡No! No te muevas. —Levantó una mano mientras rodeaba el desastre y evaluaba hasta dónde habían llegado los fragmentos—. Hay cristales por todas partes. Déjame limpiarlo primero.

Se me formó un nudo en el estómago.

—Hay un vídeo, Shiv.

—¿Un vídeo? —Levantó la vista, confundida.

—Chase. —Intenté verbalizar lo que había pasado, pero no pude —. Hay un vídeo.

Dallas entró corriendo por la puerta.

—¡Mierda! —Se quedó paralizado, con los ojos azules como platos—. ¿Dónde está la escoba?

—Hay un cepillo y un recogedor en el armario del pasillo.

¿Puedes traer también la aspiradora? —Shiv se volvió hacia mí—. Quédate ahí. Deja que barra para que Dal pueda aspirar.

Poco después, Dallas regresó con el material de limpieza. Se lo dio a Shiv y una vez hubo recogido los trozos más grandes se arrodilló para barrer los fragmentos de vidrio hacia la pala.

La habitación amenazaba con desmoronarse mientras yo permanecía pegada al suelo con una respiración superficial. Todo se volvió un poco borroso y sentí que perdía la visión periférica.

Me sonó el móvil en la mano. En cuanto vi que no era el número de Chase, lo rechacé. Volvió a sonar y lo envié directamente al buzón de voz. Enseguida se llenó de mensajes de texto y llamadas entrantes. Derek, Zara, Noelle, sus nombres aparecían borrosos en la pantalla. Pulsé «Rechazar» una y otra vez, sin siquiera mirar la pantalla. Al final, respondí a mi hermano y a mis mejores amigas para que supieran que estaba bien, pero les dije que no podía hablar. Luego puse el teléfono en modo «No molestar».

Mientras Siobhan barría los trozos más grandes, miré a Dallas.

—¿Sabías lo del vídeo?

Se le ensombreció el rostro.

—Eeeh…

—Dallas —le supliqué, y sentí cómo la desesperación afloraba en mi interior—. Por favor, dime qué está pasando.

—Si hay algo así circulando por ahí, es antiguo. De mucho antes de que Carter te conociera. Es todo lo que puedo decir.

Asentí despacio. Lo que decía Dallas tenía sentido: en la foto, Chase tenía el pelo más largo de lo que yo le había visto nunca. Pero eso no era lo que más me preocupaba. ¿Por qué no me lo había contado? Sabía que se iba a filtrar.

Entonces lo comprendí todo. Y por eso había cortado la relación.

El dolor sordo en mi corazón se convirtió en una punzada abrasadora. ¿Pensaba que dejaría de quererle?

¿Cómo de solo se habría sentido para hacer algo así?

—¿Qué vídeo? —preguntó Shiv, que se volvió hacia él mientras se ponía de pie.

Dallas negó con la cabeza y le dirigió una mirada seca.

—Bailey —exclamó ella, con la atención fija en mis pies—. Estás sangrando.

—¿Eh? —Seguí su mirada. En efecto, se había formado un charco rojo bajo mi talón izquierdo—. ¡Oh!

—¿Necesitas ayuda para vendarlo?

—¡No! Puedo hacerlo sola. En cuanto salga de aquí.

Dallas encendió la aspiradora iniciando un zumbido. Una vez despejado el camino, fui a la pata coja a por las servilletas de papel, cogí una para limpiarme el corte y otra para el suelo. Con una botella de limpiador multiusos que había sacado del armario en una mano, me arrodillé y rocié las baldosas. Al menos la sangre no había llegado a las juntas. El único aspecto positivo de mi semana.

Con el talón envuelto con torpeza, abrí el armario de debajo del fregadero y guardé la botella de limpiador. Luego tiré los papeles sucios a la basura.

Plantada sobre el pie ileso, me enderecé y me volví hacia Dallas y Siobhan. Solo podía pensar en llegar hasta Chase.

—¿Está Chase en casa?

—Debería de estarlo —dijo Dallas—. No ha salido de casa nada más que para entrenar e ir a clase. —Se rascó la nuca—. Aunque tampoco ha venido mucho. No está muy bien desde que… pasó todo esto.

—¿Puede alguien llevarme a verlo, por favor?

Shiv nos hizo un gesto con la mano abierta.

—Id vosotros dos. Yo terminaré de limpiar.

Se hizo el silencio. Shiv y Dallas intercambiaron una mirada silenciosa desde lados opuestos de la habitación. Ella lo miró con ojos muy abiertos, como para instarlo a actuar.

Dallas dudó un instante, frunció el ceño y se frotó la cara con la mano.

—Está bien. Yo puedo. Solo necesito…

Un golpe en la puerta nos interrumpió. Shiv frunció el ceño, se acercó y miró por la mirilla. Se volvió hacia nosotros.

—Es Chase.



Capítulo 57

La razón

Bailey

Mi cerebro estaba intentando procesarlo todo.

—¿Chase? —pregunté.

Pensé que, durante el trayecto, tendría tiempo para ordenar mis pensamientos, formular las palabras adecuadas y planear cómo decirlas.

Ahora mismo estaba aturdida. Como si estuviera de pie tras una colisión a alta velocidad, evaluando los daños causados. Había humo en el aire, cristales rotos en el suelo y las bocinas seguían sonando. Haber descubierto que, al parecer, Chase sabía de la existencia de un vídeo del que no me había dicho nada, y que Luke se lo había enviado a mis amigos, familiares, y Dios sabe a quién más, me había dejado en *shock.*

Me invadió un instinto protector, mezclado con un sentimiento de culpa. Sin contar con la aversión que hubiera existido entre ellos antes, era innegable que se intensificó mucho después de que Chase y yo empezáramos a salir. ¿Luke había difundido el vídeo porque yo

lo había provocado en nuestra conversación de hacía un momento? ¿Estaba castigando a Chase porque estaba enfadado conmigo? Apreté los dientes mientras una ira vertiginosa se apoderaba de mí. No se podía caer más bajo, ni siquiera tratándose de Luke.

Apoyé una mano en la encimera para mantener el equilibrio, abrí la boca y la cerré sin decir nada. No encontraba las palabras. Había un millón de cosas que tenían sentido y otras que no. Siobhan me animó con la mirada desde la puerta, donde esperaba a que le diera una orden. Poco a poco, recuperé la capacidad de pensar.

—Déjale entrar. —Hice un gesto con la cabeza hacia el baño tras de mí y cojeé en esa dirección tratando de no manchar de sangre la alfombra *beige*—. Necesito vendarme el corte.

—Claro —dijo ella—. De todos modos, estábamos a punto de salir a buscar algo para cenar, ¿verdad, Dal?

Sus ojos azules claros se posaron en ella y asintió.

—¡Claro!

Era una mentira descarada. Habían planeado quedarse en casa para hacer una maratón de películas de *Caos mortal,* de la uno a la cinco. Ella había comprado un montón de aperitivos y ambos estaban en modo ameba. Shiv llevaba el largo pelo castaño recogido en un moño desordenado y, en lugar de lentillas, llevaba las gafas de carey, que nunca se ponía fuera de casa. Además, Dallas llevaba un chándal gris. Y él nunca llevaba chándal en público.

Básicamente, los estaba echando de casa sin previo aviso, pero agradecía la privacidad, sobre todo porque no tenía ni idea de por qué Chase había venido. O estábamos a punto de reconciliarnos… o de romper de manera definitiva. Cada fibra de mi ser esperaba que tuviera razón y que él hubiera roto conmigo de manera tan repentina por el vídeo, pero no lo sabría hasta que habláramos.

Tenía miedo de hacerme ilusiones y me negaba a dar nada por sentado.

Cuando cerré la puerta del baño tras de mí, el cerrojo traqueteó y la puerta principal se abrió con un chirrido. Desde la entrada del apartamento se oyó una conversación en voz baja entre Chase y

Dallas, pero solo alcancé a oír a uno de los chicos decir «¡mierda!».

Con manos temblorosas, rebusqué en el botiquín, abrí una caja nueva de vendas y busqué el tamaño adecuado. Volví a pensar en el vídeo y sentí un nudo en el estómago. Me aterrorizaba pensar que el clip del que se rumoreaba pudiera tener algo que ver conmigo por culpa de Luke. Ahora que era real y se trataba de Chase, estaba desolada. Deseaba poder hacer que desapareciera por él más que nada en el mundo.

Cuando salí del baño, Dallas y Shiv se habían ido. Chase estaba apoyado contra la pared junto a la cocina, con el ceño fruncido y mirando el móvil con la mandíbula apretada. Estaba tan preocupado que no se dio cuenta de que lo estaba observando.

Lo recorrí con la mirada de pies a cabeza, como quien encuentra agua en medio del desierto. Alto, de cabello revuelto y con un perfil perfecto. Pero al observarlo más de cerca, descubrí un rostro demacrado: su piel, normalmente dorada, estaba pálida, y la tensión se marcaba en cada facción.

Una oleada de dolor y nostalgia me invadió y trajo consigo la inexplicable necesidad de sonreír y llorar al mismo tiempo. Lo único que quería era estar entre sus brazos con la cara enterrada en su cuello. Tocarle, besarle, respirarle.

Inspiré despacio para calmarme y di unos pasos vacilantes en su dirección.

—Hola.

Chase bloqueó el teléfono y se lo guardó en el bolsillo trasero. Levantó la vista y, cuando nuestros ojos se encontraron, mi corazón se estremeció. La tristeza de su expresión me dolió. Me quedé paralizada, a medio camino de él. Solo nos separaban unos pasos, pero la distancia era como un abismo.

Se pasó una mano por el pelo castaño, con expresión dolorida.

—He intentado llamarte.

Bajé la vista hacia el móvil, desbloqueé la pantalla y revisé el registro de llamadas perdidas. Lo había hecho. Seis veces.

—Lo siento, lo tenía en silencio. No te estaba evitando.

—Ese vídeo —dijo—. Es antiguo. De antes de…

—Lo sé.

Tragó de forma visible y posó los ojos oscuros sobre mí, vacilantes. Nos miramos unos segundos. Se me aceleró el pulso con cada segundo que pasaba, pero ninguno de los dos se movía. Entonces, por fin, la adrenalina corrió por mis venas y me impulsó a actuar. Con el corazón latiendo con fuerza en mi pecho, di un paso, luego otro.

No tenía un plan. No lo tenía cuando le había pedido a Dallas que me llevara a verlo aparte de forzar una conversación. Pero en ese momento, no quería hablar.

Lo deseaba a él.

Chase me observaba con la mandíbula tensa y una mezcla de esperanza cautelosa y miedo en el rostro.

Di un último paso y me planté ante él, con la barbilla levantada para estudiarlo. El pecho le subía y bajaba con cada respiración bajo la camiseta negra. Ninguno de los dos extendió la mano para acortar la distancia que nos separaba. Solo entonces me fijé en que tenía unas ojeras muy parecidas a las mías. Solo habían pasado un par de días, pero ambos teníamos aspecto de no haber dormido en semanas.

Me dolía todo.

No debíamos estar separados.

Apoyé las manos sobre sus hombros musculosos. Parpadeó lentamente y dejó escapar un leve estremecimiento al sentir mi contacto. Su colonia me envolvió; a la vez me calmaba y avivaba mi dolor. Bajo mis dedos era firme, sólido, y el calor de su cuerpo traspasaba la delgada camiseta de algodón. El simple hecho de volver a tocarlo era un regalo.

Respiré de forma entrecortada.

—Carter. —Unas lágrimas calientes brotaron de mis ojos, a punto de desbordarse.

Ahora que lo tenía delante, volvía a respirar, pero también hacía que el contraste de haberlo echado de menos fuera aún peor. Lo

necesitaba. Era mi hogar, mi corazón, mi persona.

—Lo siento, James. —Chase apoyó su frente contra la mía—. Lo siento muchísimo.

Me puso una mano en la cara y me acarició la mejilla con la yema del pulgar. Cerré los ojos y luché por contener los sollozos que amenazaban con romper mi silencio.

—Te he echado de menos —murmuró—. No podía dormir. No podía comer. No podía respirar sin ti.

Al oír eso, lo abracé con más fuerza.

—Yo también te he echado de menos.

Mientras nos empapábamos de la sensación de estar juntos, el apartamento se quedó tan silencioso que pude oír cómo se encendía la calefacción y el aire caliente zumbaba a través de la rejilla del suelo junto a nosotros. Las ganas de llorar iban y venían, hasta que al final se desvanecieron. Tras un largo instante, abrí los ojos y me aparté para mirarlo. A pesar de mi aspecto —el pelo revuelto, la piel manchada, el pijama—, él me sostuvo la mirada con tanta ternura y devoción que, por un momento, me olvidé de todo.

Encontró mi cintura con la otra mano y me agarró con tanta delicadeza que apenas rozó la tela de mi camiseta gris. Cada movimiento que hacía estaba teñido de incertidumbre, como si no supiera si quería que me tocara.

Enrosqué mis brazos alrededor de su cuello para atraerlo hacia mí, e incliné la cabeza. Él hizo lo mismo y se acercó con cautela. Su boca se encontró con la mía, suave y vacilante. Con un suspiro, separé los labios y dejé que deslizara su lengua en mi boca. La tensión se desvaneció y la sustituyó una sensación de plenitud.

El beso decía más que las palabras. Compensaba las lágrimas, el tiempo perdido, el miedo a no volver a besarle así nunca más.

Me agarró por la cintura más fuerte mientras movía su boca contra la mía y profundizaba el beso. El calor inundó mi cuerpo y el intenso dolor que sentía en mi inferior se transformó en un deseo desesperado. Él respiró hondo y sus manos ásperas se deslizaron bajo mi camiseta. De alguna manera, sus dedos sobre mi piel

desnuda nos calmaron a ambos y el tono frenético y necesitado de nuestros besos se relajó. Sin separar los labios, nos detuvimos para disfrutar del momento.

Al final, se apartó y me miró con sus profundos ojos marrones llenos de arrepentimiento.

—Lo siento. —Me acarició el pelo—. Te quiero más que a nada en el mundo.

—Te quiero, pero necesito que me cuentes qué está pasando.

Chase asintió, la ansiedad se volvió a reflejar en su rostro.

—Lo haré.

Lo tomé de la mano llevándolo al salón. Arrastró los pies muy despacio hasta el sofá. Para alguien que siempre estaba dispuesto a contarlo todo, el nerviosismo que reflejaba cada uno de sus pasos era muy diferente a su actitud habitual.

Nos dejamos caer sobre los cojines y nos giramos para mirarnos. Me levantó las piernas, las puso sobre su regazo y me atrajo hacia él.

Se pasó la mano por la mandíbula y negó con la cabeza.

—No sé por dónde empezar.

En lugar de continuar como yo esperaba, apartó la mirada y se quedó en silencio. Los segundos pasaron. Nada. Era la primera vez que veía a Chase asustado.

—No quiero discutir. —Le apreté la mano e hice todo lo posible por mantener una expresión dulce y nada amenazante—. Solo quiero saber por qué no me lo dijiste. ¿Creías que me enfadaría contigo? ¿Qué te juzgaría?

Chase centró su atención en nuestras manos entrelazadas y se encogió de hombros.

—Sí y no. Quiero decir, sí. Pero ese no era el problema principal. Intentaba protegerte.

Se me formó un nudo en el estómago mientras una avalancha de sentimientos contradictorios se apoderaba de mí. ¿En medio de todo esto él había intentado protegerme? ¿Por qué? ¿Y por qué no me lo había contado?

—¿De qué?

—De mí y de mi estúpida decisión —murmuró.

—¿Rompiéndome el corazón?

Su expresión se descompuso y se cubrió el rostro con las manos.

—No. Quería alejarte de este desastre para no arrastrarte conmigo.

—Estás tomando decisiones por mí otra vez, Carter. —Aunque las palabras eran severas, mi tono no lo era.

—Mira… —Se interrumpió—. ¿Has visto el vídeo?

—No —dije. Solo de pensarlo, sentí náuseas—. Dios, no. No pienso verlo.

—Quizá cambies de opinión cuando sepas qué aparece en él.



Chase

James me sostenía la mano sentada a mi lado. No me lo merecía, ni un poquito, pero estaba muy agradecido de tenerla aquí conmigo.

Por ahora, al menos.

—Lo dudo —dijo Bailey con el ceño fruncido y la mirada suave en los ojos color avellana—. ¿Cuándo ocurrió?

—El pasado abril. Ni siquiera hace un año, aunque parece que haya pasado toda una vida. O una vida completamente diferente. Como si fuera de otra persona. Ojalá lo fuera.

—Ocurrió mucho antes de que nos conociéramos.

—Sí. —Apreté los dientes y busqué el valor necesario para contarle los detalles más desagradables, pero las palabras se me atascaron en la garganta. ¿Cambiaría esto para siempre la forma en que me veía?

Su expresión se tornó pensativa.

—Hace un tiempo, *The Sideline* publicó un rumor sin confirmar sobre un vídeo porno de un jugador de *hockey,* mencionaba que era de alguien de Callingwood. —Bailey cogió el móvil y navegó por la página web. Echó un vistazo a la pantalla y frunció el ceño—. Afirmaban que era una chica de Callingwood. No decían nada sobre quién era la otra persona, supongo.

—Ya lo sé, pero no estaba seguro de que tú lo supieras. —Le acaricié el muslo con la mano libre, saboreando el contacto que tanto había echado de menos.

Ella miró fijamente el teléfono en vez de mirarme a los ojos cuando respondió.

—No quería mencionarlo porque me preocupaba que Luke hubiera hecho algo sin que yo me diera cuenta.

Detuve la mano sobre su pierna.

—Madre mía, eso hubiera sido el fin de su vida de mierda. —La sola idea me daba ganas de matarlo. De ser así, habría aceptado el encargo de Vincent sin dudarlo. O lo habría hecho yo mismo.

—¿Creías que hablaban de…? —Bailey titubeó.

¿De mí?

—Quizá —dije—. Una de las chicas va a Callingwood.

El teléfono se le resbaló de la mano y cayó sobre el cojín que tenía al lado.

—¿Una de ellas? —Parpadeó despacio y negó con la cabeza—. Lo siento. No quiero parecer… juzgar… Solo estoy confundida.

—Aparecen dos chicas en el vídeo, James. —Me froté la nuca.

Oírlo de mi boca debía de ser peor que verlo. Cuando Dallas dijo que lo sabía, pensé que ya lo habría visto.

Pero, claro, si el vídeo hubiese sido suyo, yo no habría sido capaz de verlo.

—Vale —dijo Bailey, respirando con dificultad—. Vale… vale. ¿Puedes, eh, ponerme un poco en contexto? —Enseguida añadió—: No quiero saberlo todo. Por favor, no seas tan sincero como siempre. ¿Puedes ayudarme a hacerme una idea general de lo que pasó?

Exhalé un largo suspiro.

—El vídeo no muestra mi mejor versión. Estaba completamente fuera de mí, como todos los años en el aniversario de la muerte de mi padre. Nikki y yo nos estábamos acostando y fumándonos un porro. Y Kristen también estaba allí.

Frunció el ceño.

—¿Nikki? ¿La novia de Kevin Richmond?

—Sí. Entonces no sabía que estaban juntos.

Bailey asintió con expresión neutra, mostrando una comprensión mucho mayor de la que yo sentía merecer. Me sostuvo la mirada en silencio, y al final, venciendo la incomodidad, solté todo de golpe.

—Entonces Kristen sacó el móvil y empezó a grabar sin mi permiso. Me enfadé y le dije que parara. Ella respondió que estaba de broma y que lo borraría. Luego fingió hacerlo, pero yo estaba demasiado colocado para darme cuenta de que no lo había hecho. ¡Qué idiota! ¿Cómo no lo vi?

—Así que violaron tu intimidad. —La voz de Bailey sonó afilada como una cuchilla.

—Supongo…

—Lo hicieron, Chase. ¿Te cuesta admitirlo porque eres un chico o porque había tres personas involucradas? ¿Crees que te lo merecías? —Sus ojos dorados buscaron los míos—. Aun así, tenías derecho a la privacidad.

—Eso es lo que yo pensaba. Supongo que Kristen tenía otra idea en mente.

—Esa zorra está loca —murmuró—. ¿Cuándo te enteraste?

—Fue después de nuestro último partido. Luego me reuní con el padre de Dallas para hablar de asuntos legales. Mi plan era destruir el vídeo y encontrar el valor para contártelo una vez que estuviera todo solucionado. —Tragué saliva y sentí que me invadía el miedo.

—Pero… —me animó ella.

Tragué saliva con dificultad. Iba a ser como lanzarle otra bomba.

Según los mensajes que Vincent me había enviado mientras esperaba a Bailey, no parecía que Luke hubiese cumplido con sus amenazas de involucrarla en todo esto. Plasta ahora, le había

enviado el vídeo a gente que ella conocía para dejarme mal y, presumiblemente, para darle el golpe de gracia a nuestra relación. Pero eso no hacía que contarle cómo su mundo casi se había derrumbado por mi culpa fuera más fácil.

—Luke consiguió una copia. Me dijo que, si no rompía contigo, se la enviaría a tus asesores y al comité de becas y les diría que tú eras la otra chica del vídeo. Kristen no aparece en la parte del vídeo que él tiene. Solo se oye su voz.

Bailey se tensó como una tabla.

—¿Que Luke qué? —Puso los ojos como platos y apretó los puños—. Dios mío, voy a matarlos a él y a Kristen.

Nunca había oído a Bailey amenazar a alguien con hacerle daño físico.

Tal vez eso significaba que había pasado demasiado tiempo conmigo.

—Hoy por fin he encontrado la segunda parte del vídeo —seguí —. En él, llamo a Kristen por su nombre, así todos sabrán que no eras tú. También hay una marca con la fecha y la hora en los metadatos, junto con la geolocalización. Eso debería restarle peso a sus amenazas contra ti.

Ella se removió, se acercó más a mí y me acarició el rostro.

—Pero ¿por qué no me lo dijiste? Podríamos haber fingido una ruptura. Podríamos haberlo solucionado. —Tenía los ojos tan abiertos y llenos de tristeza, y su expresión era tan sincera, que me invadió otra oleada de arrepentimiento. Quizá tenía razón. Pero en ese momento no pensaba con claridad y mi única prioridad era protegerla. Había mucho en juego y no quería poner su futuro en riesgo.

—Entré en pánico, James. Tenía miedo de que Luke se enterara. No quería que estropeara todo por lo que habías trabajado tan duro. Resulta que había contratado a un investigador privado para que me siguiera, así que se habría enterado si lo hubiéramos fingido. Además… —me interrumpí, carraspeé y me obligué a seguir hablando—. Sinceramente, no estaba seguro de que quisieras estar

conmigo una vez lo descubrieras. Pensé que estarías mejor sin mí y sin este lío que he montado. —La última parte fue la más difícil de admitir, pero quería ser sincero con ella, tal y como me había pedido.

—Chase —dijo ella—. Debes saber que eso no es cierto. No hay ningún escenario posible en el que yo vaya a estar mejor sin ti. Jamás.

—¿Estás segura? Aunque aceptase que me grabaran o no, hay un vídeo circulando por ahí en el que aparezco drogado mientras me monto un trío. Eso sería motivo de ruptura para mucha gente. Entendería que te sintieras así.

Me mataría por dentro, pero no la culparía. En absoluto.

—Kristen se aprovechó de ti —continuó Bailey con tono firme—. Tú no le diste tu consentimiento. Imagina cómo reaccionarías tú en mi lugar.

Resoplé.

—No estaría aquí. Estaría en la cárcel. Literalmente. —Me habrían esposado y metido en una celda a las pocas horas de descubrirlo, y el tío estaría bajo tierra.

Me tomó la mandíbula con los dedos y me giró el rostro hacia ella; su mirada era tierna, pero en sus ojos se adivinaba seriedad.

—No entiendo cómo puedes ver ese lado de la historia y no sentir la misma compasión por ti mismo. Te quiero —dijo—. Esto no cambia nada. Eres la misma persona que eras ayer o hace cinco minutos.

Cuanto más comprensiva se mostraba, peor me sentía yo.

—Espero que sepas que solo intentaba protegerte.

Bailey asintió despacio.

—Ahora lo entiendo, aunque no esté de acuerdo con tus métodos.

—No podría vivir conmigo mismo si perdieras la beca por tener una relación conmigo.

—No quiero esa beca si eso significa no poder tenerte a ti. Pediré un préstamo para estudiantes. No me importa. Eso se puede arreglar. Perderte no. —Le tembló la voz y algo dentro de mí se

rompió.

—¿Y las prácticas? Dijiste que podrían marcar la diferencia al principio de tu carrera.

—Habrá otras.

—Seguiría siendo culpa mía que perdieras esta oportunidad.

Frunció el ceño.

—En primer lugar, no sería culpa tuya. Y si alguien te culpa después de lo que ha hecho Kristen, no quiero tener nada que ver con esa persona —Le tembló el labio inferior y me acarició la mejilla con la yema de los dedos. Sentí el corazón completo al ver el amor que rebosaban sus ojos—. Todo lo demás es reemplazable, Chase. Tú eres tú. Te necesito.

—¿Y si esto se descubre? —pregunté—. Hay muchas posibilidades de que la situación empeore. Demandas, cargos penales, mala publicidad. Sabes que Luke irá a por todas. Si me arrastran por el barro, no quiero llevarte conmigo.

¿Quién sabía qué otros trapos sucios desenterraría Luke? Nada sería tan perjudicial como esto, pero estaba seguro de que la larga lista de chicas con las que me había acostado era ya bastante mala de por sí. Tampoco me extrañaría que contratara gente para que mintiera sin ningún tipo de escrúpulo.

—Leal hasta la extenuación, ¿recuerdas? —Me besó la mejilla—. No eres el único cabezota. Si llega el momento, yo también me ensuciaré las manos.



Capítulo 58

Cómo soy

Chase

A la mañana siguiente me levanté a regañadientes para ir a la sesión de patinaje sobre hielo. Después de haber dormido profundamente por primera vez en una semana, me resultaba casi imposible apartarme del cuerpo de Bailey, cálido bajo las sábanas. Habíamos vuelto a esa fase en la que todo era nuevo entre nosotros, y aunque intentaba no volverme demasiado pegajoso, en ese instante no tenía intención de evitarlo. Estaba aferrado a ella. No quería perderla de vista.

Cuando por fin acabé de entrenar, volví a su casa para recogerla. Porque, una vez más, me había convertido en una lapa.

Tras salir del coche le abrí la puerta y le planté un beso rápido a modo de saludo, volví al asiento del conductor. Habíamos planeado almorzar temprano después de habernos ocupado de una tarea desagradable pero muy necesaria. Luego, haría todo lo posible por olvidar todo durante una temporada.

Esperé con el motor en marcha mientras Bailey se abrochaba el

cinturón de seguridad.

Levantó la barbilla y me dedicó una pequeña sonrisa.

—¿Qué tal el entrenamiento?

Se esforzaba mucho por parecer despreocupada, como si fuera un día cualquiera.

—Bien.

Era una mentira piadosa. O más bien una gran mentira, porque el entrenamiento había sido un desastre. Había pasado casi una semana sin pisar el hielo y se notaba. Hacía años que no pasaba tanto tiempo sin calzarme los patines.

Para agravar la situación, el entrenador Miller me había hecho correr hasta casi el desmayo, como venganza por mi ausencia. Las cosas habían ido de mal en peor cuando me tocó ir a su oficina para someterme a un interrogatorio como si fuera un maldito delincuente. Como todos los demás, el entrenador Miller había descubierto lo del vídeo, pero estaba claro que no sabía toda la historia. Su interrogatorio había sido tan incisivo que me sorprendió que no me hubiera inspeccionado el brazo allí mismo para hacerme una prueba de drogas. Aunque no me extrañaría que me llamasen en los próximos días para comprobarlo.

Empezó a citar cláusulas morales, expectativas de comportamiento para nuestros atletas universitarios y el código de conducta de nuestro equipo. Nuestra conversación había dado un giro drástico tras explicarle que la grabación no fue consentida. A partir de ahí, se había mostrado más comprensivo de lo que esperaba. Acortó la conversación y le di la información de contacto de Stewart por si tenía más preguntas. Supongo que mencionar al abogado bastaría para zanjar el asunto con él y con la administración de la escuela.

—Pero ¿estás bien? —insistió Bailey, con preocupación en el rostro.

La miré por un momento antes de encogerme de hombros.

—Sí, claro. Estoy bien.

Cuando frunció los labios, me quedó claro que no me creía, pero

no dijo nada. Sabía cuándo presionarme y cuándo no, y por eso la quería.

El trayecto transcurrió en silencio, sobre todo porque yo estaba agotado en todos los sentidos. Entre que tenía a Stewart de mi lado y que el equipo me necesitaba, no me preocupaba demasiado mi puesto en la plantilla de los Falcons. Los Ángeles era otra historia. Mi futuro para el año que viene estaba en el aire.

Mientras que estar en un equipo de *hockey* de primera división era como estar bajo una lupa, jugar en la liga profesional de alto rendimiento era como vivir bajo un microscopio. El escrutinio era de otro nivel. Los medios de comunicación, el público, todo el mundo estaba constantemente encima de los atletas. Lo sabía de primera mano por mi padre. Acamparon frente a nuestra casa durante semanas tras su muerte mientras nos plantaban las cámaras en la cara gritándonos para tratar de conseguir declaraciones. Buitres. La atención que estaba recibiendo esta cinta me traía recuerdos de aquella época.

Además de todo, tenía sentimientos encontrados sobre la posibilidad de quedarme, aunque sabía que podría haber sido mucho peor. Siendo realista, mantener el contrato y conseguir pasar otro año con Bailey era la mejor opción.

Los diez minutos hasta nuestro destino se esfumaron como si hubieran sido diez segundos, y llegamos antes de que pudiera asimilarlo. Aparqué en un espacio libre para visitantes y apagué el motor. El edificio gris y achaparrado me miraba a través del parabrisas como una montaña imposible de escalar.

La ansiedad me invadió y apreté la mandíbula. Mis manos se pegaron al volante como si una fuerza invisible las mantuviera en su sitio.

—Chase. —Bailey se desabrochó el cinturón de seguridad y se acercó a mí—. Todo irá bien. —Me cubrió la mano con la suya, sentí su piel suave y fría sobre la mía—. Stewart dijo que era muy sencillo. Entraremos, daremos nuestras declaraciones, aportaremos copias de los mensajes y las grabaciones, y en un momento habremos

terminado.

—Sí —dije—. Acabemos de una vez.

Cogió su bolso marrón del salpicadero y se lo puso en el regazo esperándome. Me moví en el asiento, pero no solté el volante de cuero al que estaba agarrado con fuerza. Mi cerebro me ordenaba salir, pero mi cuerpo no obedecía.

La frustración me recorría las venas, alimentada por lo injusta que era la situación. Hoy no sería el final, ni mucho menos; apenas era el inicio de un proceso penal. Buscar justicia significaba obligarme a revivir, una y otra vez, lo ocurrido en abril y en la última semana, como una pesadilla que no dejaba de repetirse. Lo peor era que, en cuanto presentáramos las denuncias, Bailey quedaría aún más atrapada en este lío, justo lo que siempre había intentado evitar.

Y, por si fuera poco, estaba la demanda civil presentada por el padre de Dallas. Esa sola acción bastaría para dejar a Morrison y a su fondo fiduciario en la ruina. Luego donaría todo ese dinero a la organización benéfica que más detestara, probablemente cualquiera, porque era un verdadero pedazo de mierda.

Bailey me rodeó el cuello con los brazos y me apretó contra ella. Giré la cabeza y hundí la cara en su pelo para inspirar su aroma. Mi ansiedad disminuyó y mi respiración se hizo más profunda y pausada.

—Te tengo —murmuró.

—Lo sé. Y tengo suerte de que así sea.



Acurrucados bajo una manta en el sofá de mi salón, mirábamos sin mucha atención el partido entre Nueva York y Boston. Estaba en la prórroga, pero yo no sentía ni una pizca de emoción. Habían pasado menos de veinticuatro horas y el vídeo ya se había hecho viral en Internet. Habíamos tardado demasiado en callar a Luke, y ya era

tarde.

Ni siquiera había hablado con mi madre. Al ritmo que iban las cosas, si no se lo contaba pronto, acabaría enterándose por su cuenta, y eso sería mucho peor. De todos modos, era una conversación que no quería tener.

Bailey se inclinó hacia delante y apoyó ambas manos en las rodillas.

—¡Joder! ¿Has visto ese lanzamiento? Ha sido una locura.

—¿Eh? —dije distraído—. Ah, sí. Una locura.

El partido terminaba con ese gol. No tenía ni idea de lo que había pasado ni de quién había ganado. Mi mente seguía dándole vueltas a lo que había sucedido ese día.

La empresa de Stewart trabajaba horas extras para controlar los daños. Habían enviado cartas amenazadoras a empresas y particulares, contactado con los motores de búsqueda para que lo eliminaran de sus bases de datos y tratado directamente con los proveedores de servidores para que eliminaran el contenido, pero era como el maldito juego de golpear al topo. Y nada de eso servía para impedir que las copias circularan en privado a través de mensajes de texto y redes sociales.

Todo el mundo, estaba al tanto de mis asuntos. Y me refiero a todo el mundo. Mi móvil era víctima de un flujo constante de llamadas y mensajes de personas con las que no había hablado en años o con las que nunca había hablado. Tendría que cambiar de número a primera hora de la mañana. Tampoco había entrado en las redes sociales y ya estaba pensando en borrar mis cuentas sin siquiera comprobarlas.

Al menos Derek se había mostrado comprensivo una vez que Bailey le confirmó que no la había engañado con dos chicas. Después de que ella se lo explicara, se enfadó casi tanto como yo. Según él, a Luke lo habían suspendido de manera indefinida del equipo. Era una pequeña victoria, pero en ese momento, me conformaba con cualquier cosa, sin importar lo insignificante que fuera.

Lo mejor de todo era que Luke no involucró a Bailey como había dicho; tal vez sus padres lo detuvieron antes de que lo hiciera, o tal vez había sido un farol desde el principio. De todas maneras, estaba muy agradecido.

Aun así, Bailey sería conocida como la novia de ese tío de ahora en adelante. Aunque ella insistía en que no le importaba, a mí, sí.

Sin decir nada, cogió el mando a distancia y bajó el volumen. Se subió a horcajadas sobre mí y bajó la cabeza. Como no la miraba, me dio un codazo en la barriga.

—¡Carter!

Al final cedí y la miré enfadado.

Se le dilataron las pupilas y su expresión se suavizó.

—Ojalá vieras lo que yo veo en ti.

A pesar de mi mal humor, no pude evitar sonreír.

—¿Ahora me robas las frases?

—Quizá. —Se acercó más. El aroma a cereza y vainilla de su bálsamo labial flotó en el aire cuando rozó mis labios con los suyos —. Pero es verdad. Creo que eres increíble.

En ese momento me invadía una avalancha de emociones, y ninguna tenía que ver con sentir que era alguien increíble.

—Eres poco objetiva, James.

Bailey apoyó la palma de la mano sobre mi pecho. El corazón me latía con fuerza y la tensión acumulada en mi cuerpo desapareció con cada latido. Había tenido ese efecto en mí desde el día en que la conocí, como un don sobrenatural predestinado para mí.

—¿Estás diciendo que mi opinión no cuenta? —Abrió los labios y me miró. Era perfecta. No creía que fuera mía. No sabía cómo había tenido tanta suerte, pero haría todo lo que estuviera en mi mano para conservarla.

—Claro que cuenta, pero…

No se me ocurría ningún argumento que no me hiciera parecer un capullo. Obviamente, su opinión contaba. Pero en este caso estaba equivocada.

Me recorrió la mandíbula con la yema del pulgar, estudiando mi

rostro con atención.

—Mi opinión es la que más cuenta, porque yo sé quién eres por dentro. —Clavó su mirada de avellana en la mía, con un caleidoscopio de verdes y dorados que me sabía de memoria—. No has sido más que paciente y amable conmigo. Nadie me ha hecho sentir tan querida como tú.

Al menos había hecho algo bien.

—Por supuesto —respondí, acariciándole la espalda—. Te quiero. Creo que una parte de mí siempre lo ha sabido.

Antes de Bailey, nunca me había preocupado por nada ni por nadie, ni siquiera por mí mismo. Me había limitado a existir. Vivíala vida en piloto automático, jugando al *hockey,* sin esforzarme en los estudios y emborrachándome todos los fines de semana. Pensaba que eso era todo hasta que llegase a la liga. Incluso entonces, probablemente habría hecho lo mismo, solo que con un presupuesto mayor.

Se le entrecortó la respiración y le brillaron los ojos con lágrimas contenidas. Levantó la vista en un intento de hacerlas desaparecer.

—Joder, lo siento. —La culpa hizo que se me revolviese el estómago—. No quería hacerte llorar. —Cogí un pañuelo de la caja que había en la mesita y se lo di.

Bailey soltó una risa entre sollozos y se secó los ojos.

—No estoy llorando por nada malo. Pero estás estropeando mi intento de seducirte.

—Dejaré de hablar. —Me recosté—. Sedúceme todo lo que quieras. —No era digno de ella, y nunca lo sería. Pero tampoco era tan estúpido como para ponerlo en duda.

—¿Sí? —Curvó los labios en una sonrisa torcida que era seductora y cautivadora a la vez. Maldita sea, me encantaban esos labios. Quería besarlos durante el resto de mi vida.

—Claro que sí.

Estábamos tan cansados de la noche anterior que caímos en un estado semicomatoso sin siquiera haber tenido sexo para hacer las paces. Ahora, la deseaba tanto que me dolía. Y tenerla encima de mí

lo acrecentaba aún más.

La echaba de menos. La necesitaba. La quería.

Con los párpados pesados, Bailey inclinó la cabeza y su boca se encontró con la mía, suave y dulce. Una oleada de excitación me recorrió el cuerpo y todo volvió a encajar en su lugar.

Respiré hondo, profundicé el beso y ella separó los labios para mí. Me clavó esos delgados dedos en los hombros. Le arranqué un suspiro cuando posé las manos sobre la delgada piel de su cintura. Luego me deslicé bajo la camiseta, explorando su cuerpo como si fuera la primera vez. Saboreé cada centímetro de ella bajo los dedos, cada curva bajo las palmas, los hombros, los pechos, el vientre, las caderas.

Bajé las manos para cogerla por detrás apretándola contra mí. Se acopló a mi cuerpo a la perfección, como siempre. Dejó escapar un pequeño gemido, provocando una oleada de placer que me recorrió todo el cuerpo. Mi deseo se debatía entre dos extremos: la urgencia de tocarla, de saborearla y reclamar cada parte de ella, y el anhelo de prolongar el momento con calma para recuperar el tiempo perdido. La deseaba más que a nada, con su cuerpo desnudo enredado contra el mío.

Bailey se restregó contra mí de nuevo. Agarré el dobladillo de su camiseta para subírsela por el torso.

Se quedó paralizada.

—¿Compañeros de piso? —Fue un susurro contra mis labios.

—Buena pregunta. —Dallas estaba en el apartamento de las chicas, pero no tenía ni idea de los planes de Ty. Bajé la cabeza y le di un beso en la delicada curva del cuello—. Subamos.



Capítulo 59

Para ti

Bailey

Subimos las escaleras a ciegas, con las bocas unidas y las manos tanteándonos en un frenético y necesitado torbellino. Me percaté de que me había equivocado al pensar que había llegado al rellano cuando al dar un paso atrás casi pierdo el equilibrio en el último escalón.

La mano de Chase se posó en mi espalda sujetándome para evitar que me cayera.

Se rio en voz baja y rompió nuestro beso.

—Sigues siendo tan torpe y tan adorable como siempre —dijo.

—O quizá es que me pones nerviosa. —Y decir «nerviosa» era quedarme corta: estaba abrumada. El deseo que sentía por él se había disparado, como si hubiera pisado el acelerador y los frenos al mismo tiempo. No había pasado mucho tiempo, pero estar sin él había sido una tortura.

—Ese es el objetivo —añadió en tono burlón, con las manos en mi cintura para apretarme contra sí—. Sin la parte de caerte, claro.

Di otro paso con cuidado, llegamos al final de la escalera y Chase me llevó a su dormitorio. Cerró la puerta de un portazo detrás de nosotros. Me quitó el jersey rosa suavemente por la cabeza tirándolo a un lado antes de darme la vuelta. Rocé la puerta con los hombros y respiré hondo al notar la superficie fría contra mi piel.

—¿Ahora te gustan las puertas, Carter? —Lo miré y contuve una sonrisa—. Parece que es un tema recurrente. Puertas de coches, puertas de dormitorios…

Sonrió.

—No puedo evitarlo, son perfectas para empujarte contra ellas.

Se me escapó el aire de los pulmones cuando sus labios chocaron contra los míos de nuevo. Me besó como si fuera la primera vez, como si fuera la última, como si fuéramos las únicas personas en el mundo. Me perdí en él y mi deseo se avivó con cada caricia de su lengua.

Me aplastó contra la puerta con su ancho torso, deslizó las manos por mi espalda abriéndolas para agarrarme con fuerza por detrás. Con las palmas bajo el dobladillo de su camiseta negra, absorbí el calor de su piel lisa. Ahora que tenía las manos sobre él, no podía dejar de tocarlo. Estaba recuperando el tiempo perdido, mis dedos recorrían con avidez cada centímetro de sus músculos. Era sólido al tacto, duro y firme.

Aún pegado a mí, me desabrochó los vaqueros con destreza y dio un paso atrás para deslizármelos hasta las caderas, dejándome en sujetador y unas braguitas de encaje amarillo pálido. El sujetador, sin aros, tenía tirantes finos y un profundo escote en V en la parte delantera; las braguitas no eran mucho más que un trozo de tela.

—¡Joder! —murmuró, más para sí mismo que para mí. Levantó la mirada para encontrarse con la mía, y esbozó una sonrisa lobuna—. ¿Es nuevo?

Me recorrió la cadera con la yema de los dedos rozando el delicado tejido. Se me puso la piel de gallina al sentir su tacto y mi cuerpo comenzó a pedir a gritos que bajara más las manos.

—Sí. —Lo había comprado hace dos semanas y había estado en

mi cajón esperando a que le diera un buen uso. Días atrás no estaba segura de que fuera a ser así. Nunca me había alegrado tanto de equivocarme.

Chase dejó escapar un gruñido de aprobación, con la atención fija en mi cuerpo.

—Es *sexy.*

Recorrió mi estómago con los dedos y se detuvo un momento en la banda de mi sujetador antes de seguir subiendo. Atrapó mis pezones entre el pulgar y el índice pellizcándolos con delicadeza a través de la tela amarillo pálido. Se endurecieron al tacto intensificando el ansia entre mis piernas. Sabía exactamente cómo excitarme y estaba a escasos segundos de convertirme en un charco de agua.

—Esto también. —Deslizó los tirantes del sujetador por mis hombros—. Muy *sexy.* Quedará genial en el suelo. —Bajó la mano por mi espalda desabrochando el pasador antes de dejar que cayera a mis pies. Me rozó con ambas manos, acariciándome los pechos desnudos—. ¡Dios, eres perfecta!

Con una mano en la espalda, nos giramos dando unos pasos. Luego me tumbó delicadamente sobre la cama y me besó suavemente en los labios antes de levantarse para desnudarse.

Tragué saliva recorriendo su cuerpo con la mirada. Maravillada ante cada centímetro esculpido de perfección que se me hacía la boca agua. Musculosos valles bajo una piel suave y perfecta. Quisiera hincarle el diente a las hendiduras en forma de V de su torso. Un ligero rastro de vello descendía hasta la cintura de los calzoncillos negros, que apenas contenían su erección. Un calor húmedo se encendía entre mis piernas, y mi impaciencia crecía con cada segundo.

Chase arqueó una ceja y esbozó una sonrisa burlona.

—¿Me estás comiendo con los ojos, James?

Mirándole, comiéndomelo con los ojos boquiabierta, incapaz de creerme que fuera mío. Lo mismo era.

—Por supuesto. —Se me entrecortó la voz.

Se arrodilló en la cama y el colchón se hundió bajo su peso. Una vez se colocó entre mis piernas, se inclinó sobre mí y me rodeó con sus brazos musculosos. Su fragancia fresca y limpia invadió todos mis sentidos, me reconfortó y avivó el infierno que ardía en mi interior al mismo tiempo. Nunca me había sentido tan enloquecida y tan tranquila al mismo tiempo.

Chase me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Te he echado de menos, cariño.

—Yo más.

Los días que habíamos pasado separados se me habían hecho interminables, tal vez porque temía que fueran de verdad una eternidad. Recordarlo hacía que me volviera a doler el corazón, incluso con él allí, encima de mí.

—Imposible —murmuró, y me besó debajo de la oreja. Un escalofrío me recorrió los brazos erizándome la piel. Sus labios descendieron por mi cuello hasta detenerse en la clavícula, donde me dio otro beso suave—. Siento haber estado de tan mal humor antes.

Se me encogió el corazón. Después de todo lo que había pasado, lo último que necesitaba era que se disculpara.

—No te disculpes. Están pasando muchas cosas —le dije—. Lo entiendo.

—La buena noticia es que ahora me encuentro mejor. —Enroscó los dedos alrededor de la cinturilla de mi ropa interior deslizándolos poco a poco hacia abajo. Levanté ligeramente las caderas para ayudarle a retirármela dejándola apartada a un lado.

—¿Por qué me has desnudado? —susurré.

Se incorporó y se arrodilló ante mí. Me recorrió el cuerpo con los ojos.

—Porque estoy contigo.

Nuestras miradas se cruzaron y su expresión se volvió tierna. Esbozó una sonrisa.

A pesar de lo agotada que estaba después de los últimos días, y de mi aspecto, por lo que había visto antes en el espejo del baño,

me sentía atractiva por la forma en que me miraba. Por la forma en que siempre me miraba.

Con reverencia.

Chase me agarró por la parte posterior de los muslos y me atrajo hacia él para que me ciñera aún más a su cuerpo. Lo único que nos separaba era la fina tela de sus calzoncillos. En otro tiempo, me habría sentido cohibida, expuesta. Pero ahora, me sentía deseada de la mejor manera posible.

Me acarició el cuello con la nariz y aspiró despacio, deleitándose en mi olor.

—¿Te has dado cuenta de que encajamos a la perfección?

Me recosté contra la almohada y hundí los dedos en su pelo sedoso antes de tirar con suavidad. Él respondió con un murmullo y sonrió contra la piel de mi clavícula.

—Mmhm. —Asentí—. Casi parece una señal.

—Oh, definitivamente es una señal.

Chase me agarró de las manos alzándolas por encima de la cabeza. Sus fuertes dedos atraparon mis muñecas inmovilizándomelas contra el colchón. Opuse resistencia retorciéndome contra su agarre, pero él no cedió ni un centímetro.

—¿Rojo? —Me miró con expresión juguetona.

—Verde.

Se inclinó hacia mí y nuestros labios se unieron de nuevo en un beso breve y casto.

—Verde brillante —añadí. Me incorporé y lo besé de nuevo.

—O verde oscuro. El verde más verde que haya.

Chase soltó una risa grave y ronca, pero luego frunció el ceño y su expresión se volvió seria. Se removió, bajó la barbilla y dejó escapar un sonido que era entre un gruñido y un suspiro.

—¿Qué pasa?

—Nada. Nada en absoluto. —Negó con la cabeza, me miró y me dedicó una sonrisa absolutamente devastadora—. Es que tengo sentimientos encontrados.

—¿Por qué?

Chase se llevó mi mano a los labios y me besó los dedos.

—Porque por un lado quiero tomarme mi tiempo contigo. —Sonrió y me dio un suave mordisco en el dedo índice—. Pero también quiero inclinarte y follarte contra el colchón.

Veía su dilema: ambas opciones me parecían atractivas. Una parte de mí quería que fuera despacio, que fuera cariñoso y tierno. La otra quería que me reclamara, me tomara y me hiciera suya.

—Yo voto por ambas.

—¿Sí? —Le brillaron los ojos.

—Sí. —Se me entrecortó la voz—. Ambas, en definitiva.

—Tenemos toda la noche.

Atrapó mis labios entre los suyos, luego respiró de manera entrecortada, me agarró el pelo por la nuca y tiró de él. Dejé escapar un gemido y una explosión de deseo me recorrió el cuerpo. Su lengua se adentró con más profundidad en mi boca y se movió con una precisión intencionada que me recordó todas las demás cosas que podía hacer con ella.

Me acarició la cintura con la otra mano, pero se detuvo en mi estómago. El cosquilleo entre mis piernas se intensificó hasta convertirse en un delicioso y agonizante latido. El calor que inundó mis venas me calentó la piel a pesar del frío que hacía en la habitación.

Los ojos de Chase se volvieron oscuros como la medianoche cuando deslicé los dedos por su musculoso torso. Continué mi recorrido hasta llegar debajo de la cinturilla de sus calzoncillos. Apartó la mano de mi abdomen y me ayudó a bajárselos por las caderas. Agarré su dura extremidad provocándole un gemido gutural grave.

Él me devolvió el favor deslizando los dedos por mi resbaladiza entrada. Liberé un suave jadeo y un halo brillante de placer me envolvió. Introdujo un dedo en mi interior, luego otro, y me acarició a ritmo lento cimbreante y maravilloso. Gemí y apreté más, haciendo que emitiera otro sonido más salvaje.

Enseguida se convirtió en un juego para ver quién podía provocar

más al otro, y él estaba ganando.

Un escalofrío me atravesó entera e hizo que me temblaran las piernas.

—Eres un provocador. —Su tacto me tenía tan embriagada que me tembló la voz al hablar.

—Lo sé —dijo con voz ronca—. Me encanta provocarte. Pero ahora mismo necesito estar dentro de ti.

—Sí —sollocé.

Balanceé las caderas contra su mano mientras se me escapaba otro gemido desesperado.

—Por favor. Te necesito.

—Te quiero. —Bajó la cabeza y me dio un beso en el hueco del cuello—. Más de lo que nunca sabrás.

—Te quiero.

Volvimos a acercarnos el uno al otro y nuestros labios se fundieron en un beso. Mi cuerpo vibraba de anticipación. Estaba desesperada por sentir su piel contra la mía, por tenerlo dentro de mí, por oír el sonido de su voz cuando pronunciaba mi nombre justo antes de correrse.

Cuando me penetró, ambos contuvimos el aliento. Una mezcla paradójica de alivio y deseo me recorrió el cuerpo al sentirme tan llena. Se quedó quieto y yo me removí impaciente debajo de él para animarlo a seguir.

Chase apoyó la sien contra la mía, con respiraciones entrecortadas.

—Dame un segundo —dijo, y soltó una pequeña risita—. Ya estaba muy cachondo antes de empezar.

Le acaricié los hombros con las manos y le di tiempo para que se recompusiera. Unos segundos después, me la sacó un poco y me la volvió a meter, tocando el punto perfecto que solo él sabía encontrar. Una fuerte dosis de placer fundió mi cerebro por completo. Solo existía ese momento. Su cuerpo dentro del mío, nosotros juntos.

La presión dentro de mí aumentó de inmediato haciendo que se me nublara la vista un instante. Seguí sus movimientos hasta que

alcanzamos un ritmo perfecto.

—Podría hacer esto todo el día. —Chase se movió sobre mí de nuevo y me penetró más profundamente arrancándome un suave gemido—. Estás monísima cuando haces esos ruiditos.

Con su siguiente embestida, el placer me invadió por completo. Cerré los ojos y me mordí el labio inferior mientras me rendía a la sensación. Se detuvo de nuevo y me obligué a abrir los ojos para encontrarlo estudiando mi cara con esos ojos marrones, oscuros, serios.

—¿Eres mía, James?

Sentí una presión en el pecho y el torrente de sentimientos que me invadió no tenía nada que ver con el sexo.

—Completamente —contesté—. ¿Eres mío? —Le acaricié la mandíbula cuadrada.

Se inclinó contra mi mano y su expresión se suavizó. Le brillaban los ojos con esa ternura que solo yo veía.

—Mientras me quieras.

—Entonces estarás atrapado conmigo durante mucho tiempo.

Dejé escapar un jadeo cuando flexionó las caderas y me provocó otra oleada de placer.

—Esa es la idea —dijo con voz tensa.

Chase deslizó una mano bajo mi muslo y me levantó ligeramente de la cama. El ángulo hizo que todas las sensaciones se intensificaran mil veces más. Volvió a dar en el punto exacto y yo arqueé la espalda y llené los pulmones de aire de forma involuntaria. Con cada embestida, me acercaba más y más al orgasmo.

Gemí y traté de atraerlo más hacia mí.

—Estoy a punto.

—¡Joder! —gruñó Chase—. ¡Yo también!

Alzó una mano y la deslizó por el lado de mi cuello. Bajó la cabeza, me rozó la oreja con los labios y su aliento cálido me acarició la piel.

—Sé buena y córrete primero para mí.

Sus palabras casi me hicieron perder el control. Me tensé a su

alrededor y le clavé las uñas en la espalda, mientras empujaba de nuevo y hacía que todo, excepto él y la forma en que se movía encima de mí, se desvaneciera. Se movió sobre mí sin tregua, una y otra vez, hasta dejarme convertida en un caos balbuceante que no podía dejar de retorcerse.

Las sensaciones se volvieron demasiado intensas, demasiado placenteras. De mis labios salieron una serie de palabras que podrían haber sido una plegaria o una súplica, no estaba segura. Lo único que sabía era que, si se detenía, me moriría. No tenía sentido, pero estaba segura de ello.

—Chase.

Justo cuando el mundo a nuestro alrededor explotó, levanté la vista y lo miré a los ojos.

Se hundió sobre mí, con el cuerpo aún temblando por la eyaculación, antes de quedarse inmóvil. Con un gemido, se derrumbó y dejó caer su pesado cuerpo sobre el mío. El corazón le latía con tanta fuerza en el pecho que lo sentía contra el mío.

—Eres demasiado atractiva. —Chase enterró la cara en mi pelo, esparcido sobre la almohada—. Eso debería haber durado mucho más.

—Ni hablar. Ha sido perfecto. Me encanta cuando nos corremos juntos. —Le recorrí los brazos con las manos y tracé los contornos definidos de sus músculos.

Él soltó una risita y me besó en la mejilla.

—Es una buena forma de hacerlo.

Tras un instante, nos separamos a regañadientes, yo corrí al baño para limpiarme. Cuando volví, se encontraba sentado contra el cabecero, con la sábana por la cintura. Me acerqué y me empujó sobre la cama antes de envolverme con su cálido cuerpo.

Posó sus suaves labios en mi hombro y recorrió la curva de mi cuello. Suspiré y me derretí contra su cuerpo. Me acarició el costado con la mano áspera y cálida, bajó hasta la parte superior de mi muslo y volvió a subir. De repente, se detuvo y me soltó.

—Mírame un momento.

Me incorporé sobre el antebrazo y me volví hacia él. Me sujetó la mandíbula con los dedos y me alzó la barbilla. Algo parecido a la preocupación se reflejó en su rostro durante una fracción de segundo.

—Perderte habría sido el mayor error de mi vida —dijo—. No volveré a dejarte marchar nunca.

—Perfecto. Entonces nunca tendré que salir de esta cama. Es muy cómoda.

Y lo era. Un edredón mullido, sábanas frescas, almohadas que eran la mezcla perfecta entre blandas y firmes. La compañía también era un añadido. Maldición, habría dormido en el suelo con tal de estar con él.

Le cambió la cara y me dedicó una sonrisa picara.

—Eso encaja muy bien con mis planes para la segunda ronda. Y quizá para la tercera, más tarde, después de cenar.

—A este ritmo, mañana no podré caminar.

—También forma parte del plan para mantenerte en mi cama. No puedes irte si no puedes andar.

Me acurruqué en el hueco de su cuello y respiré su aroma. Un murmullo bajo de satisfacción retumbó en su pecho.

Cerré los ojos y disfruté de lo mucho que me reconfortaba. Cuando los volví a abrir, miré su móvil que estaba sobre la mesita de noche. La pequeña grieta en forma de telaraña de la esquina había desaparecido.

—¿Es nuevo?

—Sí —contestó—. Rompí el antiguo.

Lo miré.

—¿Se te cayó? —Quizá no era la única torpe.

—Eh… —Chase se interrumpió, algo avergonzado—. En realidad, lo lancé contra la pared.

Arqueé las cejas y esperé a que me diera más detalles. Nunca lo había visto perder los nervios y descargar su ira contra un objeto inanimado de esa manera. Me costaba imaginarlo.

Se encogió de hombros.

—Ya te lo he dicho. Tolero poco la frustración, y eso incluye estar separado de ti.



Capítulo 60

La luna

Bailey

Me apoyé contra una columna en el vestíbulo del estadio Northview mientras esperaba que Chase saliera del vestuario. Los emocionados aficionados de los Falcons salían por las puertas, charlando animadamente sobre la victoria por tres a uno. Uno de los goles había sido de Chase; por suerte, el tiempo que había estado fuera por la suspensión no había afectado a su forma de jugar.

Daba la casualidad de que su primer partido tras la vuelta al hielo era en casa y nada menos que contra Callingwood. El partido fue mucho menos dramático que los anteriores entre ambas universidades, sobre todo porque Luke ya no estaba. A los pocos días de filtrarse el vídeo, sus padres vinieron en avión y se lo llevaron de vuelta a Texas. Al parecer, tuvieron que llegar a un acuerdo con el fiscal del distrito para que le dejaran salir del estado.

Tras su marcha, sentí como si me hubieran quitado un peso de encima. No me había dado cuenta de lo nerviosa que me ponía la idea de encontrarme con él hasta que dejó de ser una posibilidad.

Derek me había contado que había rumores de que los padres de Luke lo habían puesto a trabajar en uno de los restaurantes de comida rápida en los que habían invertido. Era justicia poética, teniendo en cuenta lo mucho que Luke odiaba los trabajos de servicio. A eso se sumaba que lo habían expulsado de Callingwood y que, en esencia, la NHL lo había rechazado. Ningún equipo quería hablar con él.

Kristen tampoco estaba. La habían expulsado de manera indefinida, lo que seguramente se convertiría en una expulsión definitiva después del juicio.

El escándalo estaba perdiendo fuerza poco a poco, tal vez porque el equipo de Stewart había logrado contener el vídeo con bastante éxito. Durante la última semana, las cosas habían empezado a volver a la normalidad. Hoy casi parecía un día cualquiera. Casi.

Nada de eso eliminaba el dolor, pero era un comienzo.

Eché un vistazo al vestíbulo, encontré un banco rojo que estaba libre y me acerqué a él. Miré el móvil para ver si había noticias de Shiv, que estaba en casa intentando terminar un trabajo de sociología que debía entregar a medianoche. Era la reina de la procrastinación. Debía de ser una forma de vida increíblemente estresante, pero sacaba buenas notas, así que supongo que le funcionaba. Yo, por el contrario, habría suspendido la universidad y acabado internada por un ataque de nervios si hubiera intentado aplicar esa estrategia.

Su último mensaje decía que casi había terminado y que en breve empezaría a hacer las maletas para nuestro viaje de fin de semana a la cabaña de los padres de Dallas. Nunca sabría cómo había conseguido escribir un trabajo de diez páginas en un solo día.

Sin embargo, sospechaba que no era de las que hacían maletas ligeras y que tardarían un rato en estar listos para salir.

Levanté la vista justo cuando Derek doblaba la esquina. Su mirada se posó en mí y se le iluminó la cara. Bloqueé el móvil, me levanté y me abrí paso entre la multitud para reunirme con él.

—Hola —dije—. ¿Qué tal tu primer partido como capitán?

En cuanto Luke se metió en problemas por lo del vídeo, implicó a Paul. No quedaba claro si éste había estado involucrado o si Luke estaba tratando de eludir la responsabilidad. A Derek le habían pedido que interviniera y asumiera el papel de Luke.

—Bien. —Derek se encogió de hombros—. El equipo todavía se está adaptando, pero lo superaremos. El ambiente es mucho menos tóxico ahora que se ha ido.

No lo dudaba.

—Habéis jugado bien, teniendo en cuenta todos los problemas.

—Sí, no está mal. —Derek me dedicó una sonrisa poco entusiasta. Sus cálidos ojos marrones recorrieron mi rostro y su boca se torció en un gesto que me recordó de una forma inquietante a nuestro padre—. Pero quería pedirte perdón otra vez. —Se frotó la nuca y carraspeó—. Me equivoqué.

Un momento. Parpadeé, una, dos y tres veces. ¿Derek había admitido que se había equivocado? ¿Y me había pedido perdón? Era oficial: el infierno se había congelado.

—¿Con qué?

Por supuesto, ya lo sabía, pero quería que lo dijera de todos modos.

—Por Carter —contestó—. Tenías razón, se porta bien contigo. Pareces feliz.

Feliz se quedaba corto.

—Feliz como una perdiz. —Una sonrisa boba se dibujó en mi rostro. Ni siquiera intenté ocultarla—. Es mi media naranja.

—Eso es genial, B.

Le di un puntapié.

—Tú también encontrarás a tu media naranja algún día. —Alguien chocó conmigo por detrás y me dio un ligero empujón.

Derek me agarró del codo y me ayudó a recuperar el equilibrio con una sonrisa tímida, algo poco habitual en él.

—La verdad es que la cosa va en serio con una chica con la que estoy saliendo. Se llama Kim.

Me quedé boquiabierta.

—No me digas. ¿Y me lo has estado ocultando? ¿Cuándo la conoceré?

—Cuando quieras. —Se encogió de hombros. Se esforzaba por parecer despreocupado, pero era evidente que estaba nervioso.

—¿Mañana? Dime dónde y a qué hora. —Entrelacé los dedos, estiré las manos y eché los hombros hacia atrás—. Llevaré una lista de preguntas. Tengo que hacer de hermana pequeña protectora.

Derek se rio.

—Creo que lo has entendido al revés.

—No. —Negué con la cabeza—. Después de Jill, quiero estar segura de que esta es la definitiva. O tendrá que responder ante mí.

Seguía sonriéndole a mi hermano cuando Chase se acercó desde el otro lado y me rodeó los hombros con un brazo. Estaba ardiendo como un horno a máxima potencia, como siempre ocurría después de los partidos, irradiaba un reconfortante calor a través de la camisa.

—Es verdad —dijo Chase—. James da bastante miedo.

Derek frunció los labios y miró a lo lejos, fingiendo pensarlo.

—Bueno, tuvo una fase en la guardería en la que mordía.

Madre mía. Fue solo una vez. Jenny Martin empezó cuando me robó mi Barbie y me empujó al suelo. Yo solo me defendí.

Vale, quizá fui un poco agresiva de más. Al fin y al cabo, tenía cuatro años.

Chase me apretó los hombros y apenas pudo contener la risa.

—No me digas.

—Te voy a matar, Derek.

Lo miré con los ojos entrecerrados y luego a Chase, que puso cara de inocente, pero fue inútil. Veía cómo le daba vueltas al asunto.

—No. Ni hablar. Ni lo sueñes —dije—. No creáis que vais a haceros amigos y a empezar a conspirar contra mí.

Chase me guiñó un ojo.

—Demasiado tarde.

—Oh, claro que va a pasar —contestó Derek.

—Ni hablar.

Estaba claro que tendría que hacerme amiga de la nueva novia de Derek y vengarme.

—¿Eso significa que ahora puedes enseñarme fotos de cuando era pequeña? —Chase se frotó la barbilla, pensativo—. En concreto, ¿las de la secundaria? Nunca me ha dejado ver ninguna; dice que son demasiado vergonzosas.

Y con razón. Llevaba aparato, tenía acné y el peor corte de pelo conocido por la humanidad. Me corté el pelo en un *bob* recto por encima de los hombros y las ondas naturales hacían que las puntas se levantaran formando un triángulo. En mi opinión, las fotos de esa época debían eliminarse para siempre, a poder ser con fuego.

Había visto las fotos de la infancia de Chase y él nunca había pasado por una etapa rara. Pasó de ser un bebé adorable y gordito a un niño pequeño muy mono, luego a un chico guapo y, al final, a un adolescente atractivo. Era injusto y, la verdad, me parecía imposible. Todo el mundo pasaba por una etapa rara. Eso era lo que hacía que la gente fuera humilde.

Por otra parte, el hecho de que él no la hubiera pasado explicaba muchas cosas.

—Os mataré a los dos —los amenacé.

Derek se excusó para reunirse con su equipo y Chase bajó la cabeza y me acarició la mejilla con la nariz.

—Puedes morderme cuando quieras.



Chase

Con el brazo aún alrededor de los hombros de Bailey, atravesamos el aparcamiento hasta llegar a la camioneta. Le abrí la puerta y esperé

a que subiera. Me sentía mucho más ligero que en los últimos días, quizá semanas. Había vuelto al hielo, habíamos ganado el partido y ahora Bailey y yo nos íbamos fuera de la ciudad para pasar el fin de semana con Dallas y Siobhan en la cabaña de sus padres.

Mis planes consistían en no hacer nada más que comer, beber e intentar convencer a James de que se bañara desnuda en el *jacuzzi* conmigo. La cabaña estaba en medio de la nada, así que los vecinos no eran un problema. Y podíamos organizar un horario o algo así con Dallas y Shiv, ¿no? Reservarlo por turnos.

—¿Cómo es la cabaña? —preguntó Bailey mientras se abrochaba el cinturón de seguridad.

Salí del aparcamiento y frené para dejar pasar a un grupo de aficionados de los Falcons. Tenían la cara pintada de rojo. Era impresionante. Me encantaban los superfans.

—Más que una cabaña, es una mansión, la verdad. Creo que tiene cuatro dormitorios y cinco baños. Da al lago y tiene un *jacuzzi* increíble. Ya sabes, todo lo que hay que tener.

Su casa de «escapada de fin de semana» era diez veces mejor que la casa en la que vivíamos. Y la nuestra era muy bonita.

—¿Por qué no me sorprende? —Se rio, y luego su expresión se volvió melancólica—. ¡Ah!, ser rico…

Si por mí fuera, algún día viviría acomodado, si me dejara pagar algo. La mayoría de los días seguía siendo una batalla con ella. A este paso, acabaría metiéndole dinero debajo de la almohada como el puto Ratoncito Pérez.

Puse el intermitente izquierdo para salir del aparcamiento.

—Ward me ha enviado un mensaje diciendo que Shiv se iba a dar una ducha rápida antes de salir.

—¿En serio? —gimió Bailey. Los dos sabíamos que era imposible que se duchara sola. Y sus duchas para dos personas no eran precisamente rápidas ni ahorraban agua—. Ni siquiera ha terminado de hacer las maletas. ¿Has dicho que son dos horas en coche? Tardarán un rato.

Bailey tenía razón: habíamos planeado cenar una vez que

estuviéramos todos allí. Su cambio de planes haría que la noche se alargara, pero eso significaba que teníamos más tiempo a solas.

—Parece que tenemos que matar el tiempo. —Le puse la mano en la rodilla—. ¿Quieres dar un pequeño rodeo por el camino?

Bailey me miró con recelo.

—¿Sigues intentando echar un polvo en la camioneta?

Ese no era mi plan original. Pero si ella se ofrecía…

—Siempre intento echar un polvo en la camioneta, pero estaba pensando en un chocolate caliente.



Media hora más tarde, subimos las escaleras hacia el fin del mundo con dos tazas en la mano de chocolate caliente con caramelo salado. Como es natural, había convencido a Bailey de que ese era el único sabor aceptable. Aunque sus mamadas eran mucho mejores que el caramelo salado.

Era un día frío y no había nadie más por allí, lo que nos permitió escoger un banco de entre todos los que había. Nos decantamos por el que tenía las mejores vistas, pero en cuanto nos sentamos, me vibró el móvil en el bolsillo del abrigo. Lo saqué esperando que fuera Ward, pero era Stewart.

Bailey se quedó mirándolo. Deslicé el dedo por la pantalla y puse a Stewart en altavoz. Era más fácil que tener que repetírselo todo después a ella.

—Hola, Stewart.

—Chase —dijo con voz atronadora—. ¿Cómo estás?

Bailey me miró a la cara, como si se preguntara lo mismo.

—Bien, a pesar de las circunstancias. —Mi vida no se había derrumbado por completo. La gente hablaba de mí, pero siempre lo habían hecho. Solo era algo temporal.

—Tengo noticias —dijo—. Acabo de hablar por teléfono con Los Ángeles.

Me tensé. Bailey apretó con fuerza la taza de chocolate caliente y contuvo la respiración. Los dos nos quedamos paralizados, esperando a que Stewart continuara.

—Quieren que te quedes y termines tu cuarto año de universidad.

Debía de estar conteniendo la respiración, porque exhalé profundamente.

—De acuerdo. —Luego asentí con la cabeza. Stewart, por supuesto, no me veía, pero fue más un reflejo que otra cosa.

Tras varias conversaciones con Stewart, ya me lo esperaba y lo había aceptado.

Claro que estaba decepcionado. Mi futuro estaba tomando un rumbo que no había planeado, pero una pequeña parte de mí se sentía aliviada por este resultado. Me gustaba mi vida tal y como era, así que estaría encantado de tener un año más.

Le eché un vistazo a Bailey y, por una vez, no pude leer su expresión. Aunque tenía el presentimiento de que sentía lo mismo que yo.

—No es un castigo —insistió—. Quieren protegerte de la atención negativa de la prensa mientras se resuelve el caso. Como novato, te harían pedazos. Esperar un año dará tiempo a que las cosas se calmen.

Tenía razón. Lo último que quería era que se me conociera por un escándalo en lugar de por mi forma de jugar. Probablemente siempre me perseguiría, pero al año siguiente, al menos, sería agua pasada.

Tras colgar la llamada, cambié el peso de mi cuerpo y me volví hacia Bailey.

Ella me tocó el brazo y me miró preocupada.

—¿Cómo te sientes al respecto?

—Podría haber sido peor. —Me encogí de hombros. Podrían haberme rescindido el contrato, así que esto era una victoria—. Y significa que pasaré más tiempo contigo.

Si no fuera por James, estaría destrozado. Pero seguiría jugando

al más alto nivel de *hockey,* viviendo con Dallas y Ty el año siguiente. Y lo mejor de todo, estaría aquí con ella.

—Aun así —añadió— está bien estar decepcionado. No me lo tomaría como algo personal si así fuera.

—Quizá un poco, pero estoy bien, te lo prometo.

Bailey me miró a la cara y aspiró aire como si fuera a decir algo. En lugar de eso, exhaló despacio y me dedicó una sonrisa tierna. No me creía.

—Te lo prometo, James. ¿Cuándo te he ocultado lo que sentía?

Ella se rio.

—Tienes razón.



Capítulo 61

La luna

Chase

Tal y como sospechaba, llegamos a la casa de los padres de Dallas antes que él y que Siobhan. Tuvimos tiempo de comprar comida para llevar y cenar una vez en la cabaña. Incluso me dio tiempo a comerme a Bailey de postre y meterla en el *jacuzzi* después.

Desnuda.

Con la condición, por supuesto, de que Ward me enviaría un mensaje cuando estuvieran a quince minutos para que tuviéramos tiempo de ponernos presentables.

El vapor del agua se elevaba en el aire fresco de la noche y el cielo estaba cubierto por unas estrellas que brillaban más que en la ciudad. La luz de colores del *jacuzzi* cambiaba en un patrón lento y continuo y teñía el agua de todos los tonos del arcoíris hasta que volvía a empezar. No se oía nada, salvo el burbujeo de los chorros de la bañera.

Bailey se acurrucó sobre mi pecho y nos sumimos en un silencio confortable. Estaba increíblemente relajado hasta que me percaté

del día que era. Había estado tan absorto en el *hockey,* el escándalo del vídeo y todos los problemas de la semana pasada que no había atado cabos.

Me removí y dejé la botella de cerveza ámbar en el posavasos que tenía al lado.

—¿No se suponía que esta semana te dirían algo sobre las prácticas?

Fiel a mi estilo, las palabras se me escaparon antes de poder pensarlas y, al instante, el arrepentimiento me golpeó como una bofetada en la cara. ¿Había sido un error sacar el rema, ahora que el momento estaba siendo perfecto? Supuse que no recibir noticias era una mala señal y que Bailey no había querido decírmelo.

—¡Eh, sí que me han dicho algo! —contestó Bailey, que se acercó y redujo la potencia de los chorros. Me miró con los ojos brillantes en la penumbra—. Me las han dado.

Me sentí aliviado. Por fin teníamos algo que celebrar^ para variar.

—¡James, es increíble! —La besé en la sien que tenía un ligero aroma al cloro del agua en su piel—. ¿Por qué no me lo habías contado?

Ella se encogió de hombros y se apartó un mechón de pelo de la cara para recogérselo en un moño.

—Me he enterado esta tarde. Quería esperar hasta después del partido para decírtelo, pero te ha llamado Stewart y después de lo que habéis hablado no me ha parecido que fuera el mejor momento para…

—¿Estás de broma? —Le levanté la barbilla para mirarla a los ojos—. Siempre voy a querer que compartas las buenas noticias conmigo. Aunque sabía que lo conseguirías.

Bailey apartó la mirada y bajó la cabeza. Era mucho más modesta de lo que debería. Si pudiera cortar un trozo de mi ego y dárselo, sería perfecto para ambos. Pero me conformaba con poder animarla cada vez que tuviera la oportunidad.

—Sí, me las concedieron en cuanto presenté mi artículo sobre la masculinidad tóxica en los deportes de equipo. Quieren publicarlo en

la portada de la página web.

En ese momento, sentí un orgullo irracional que me hinchó el pecho, a pesar de que lo único que había hecho era animarla y servirle de confidente de vez en cuando.

—Eso es genial.

—Sí. —Sonrió—. Lo quieren para finales de la semana que viene. Debería empezar a trabajar pronto en ello, pero he pensado que necesitábamos librar este finde.

—Como mínimo. —Un mes libre juntos habría sido aún mejor. Quizá este verano.

—¿Puedo entrevistarte? —Bailey le dio un sorbo a su cerveza y me miró de reojo. Intenté no distraerme con sus labios carnosos alrededor de la botella de cristal. Y fracasé.

—Ni hablar.

—¿En serio?

—Es broma. —Le puse una mano sobre el muslo bajo el agua y le acaricié la piel lisa con el pulgar—. Haré que los chicos del equipo te cuenten todo lo que quieras saber.

Arqueó una ceja rubia y se esforzó por mantener la compostura.

—No estoy segura de que la coacción sea la mejor forma de conseguir fuentes, Carter.

—¡Bah!, nadie tiene por qué saberlo.

Junto a mi bebida, mi móvil se iluminó con una notificación de Ward. Al menos, su horrible control de los tiempos no había vuelto a hacer acto de presencia.

—Están a veinte minutos —dije—. ¿Quieres salir y darte una ducha? —De todas formas, llevábamos un rato aquí y el calor se me estaba subiendo a la cabeza. Pero se me habían aliviado todas las contracturas.

—¡Claro!

Una vez fuera del agua cogí dos toallas blancas y gruesas de una silla cercana y le di una a ella. Bailey salió y se la envolvió alrededor del pecho. Tenía las mejillas tan coloradas por el calor que se veía incluso con la tenue luz del *jacuzzi.* Verla así me dejó paralizado, y lo

único que pude hacer fue mirarla fijamente. ¿Cómo había tenido tanta suerte?

—¿Qué? —Esbozó una media sonrisa.

Me había pillado.

—Eres preciosa, eso es todo.



Después de asearnos, jugamos varias partidas de Cards Against Humanity con Ward y Siobhan, en las que él defendió su título de peor perdedor de la historia.

—No tenéis gusto —se quejó mientras guardaba las cartas.

Shiv puso los ojos en blanco detrás de él. Se dirigió a la cocina y volvió al cabo de unos instantes con una botella de champán en la mano.

Dallas levantó la vista.

—¿De dónde has sacado eso?

—En la nevera de vinos —respondió ella—. ¿Stewart se enfadará si lo abrimos?

—No, aquí se celebran fiestas todo el tiempo y la gente trae más alcohol del que puede beber. —Abrió la palma de la mano para que se lo pasara—. Deja que me asegure de que no sea carísimo. —Echó un vistazo a la etiqueta y frunció el ceño—. Todo bien. Disfrútalo.

—¿Qué estamos celebrando? —preguntó Bailey, que la siguió a la cocina. Ella sacó cuatro copas de champán de un armario alto.

Para ser justos, todos estábamos medio borrachos y no necesitábamos más alcohol. Pero solo se vive una vez.

—Nunca se necesita una excusa para tomar champán —dijo Shiv, que la señaló con la botella—. Pero has conseguido la beca, que es algo importante, ¿no?

—¿Necesitas ayuda con eso, Shiv? —preguntó Dallas, que la miró con recelo. Me terminé el último trago de cerveza y sopesé las posibilidades de que esto saliera mal.

—Soy una veterana.

Por alguna razón, eso no me inspiró mucha confianza. Quería a Shiv, pero llevaba cuatro copas y era delgada como Campanilla.

Shiv cortó el papel de aluminio que rodeaba el cuello de la botella, cogió un paño de cocina blanco y tiró del corcho.

—¿Estás segura? —preguntó Dallas al mismo tiempo en que se le resbalaba la mano, el corcho salía disparado de la botella y atravesaba la habitación. Con un estruendo, rompió una lámpara colgante color turquesa que había sobre la isla.

Por suerte, los cuatro salimos ilesos.

Siobhan se giró con los ojos muy abiertos y luego volvió a mirar la lámpara rota. Bailey tenía una expresión muy parecida. La espuma del champán se derramó por el suelo, pero ella estaba demasiado concentrada en la lámpara rota que colgaba torpemente del techo.

—Eh… ¿Stewart se enfadará?

Dallas negó con la cabeza y le dedicó una sonrisa triste mientras intentaba reprimir una risa.

—No, eso lo pago yo. Pero que la Siobhan borracha no abra más botellas de champán.



Bailey salió del baño en pantalones cortos de pijama gris oscuro y una camiseta sin mangas. Era toda piernas y todo tipo de sensualidad. Quizá no teníamos por qué ir directamente a la cama.

—Sé que es tarde —dijo—, pero estoy un poco nerviosa. ¿Podemos quedarnos despiertos un rato y acurrucamos?

—¡Claro! —Me hice un hueco a su lado en la cama y la rodeé con el brazo. Entonces se me ocurrió una idea, probablemente alimentada por el exceso de alcohol y una curiosidad persistente.

—¿James? —Le acaricié el pelo con delicadeza.

—A lo mejor está un poco fuera de lugar, pero no puedo dejar de pensar en ello. ¿Qué te pasó cuando eras pequeña? Tu hermano

mencionó algo sobre unas facturas médicas. No quiero parecer cotilla, pero tú siempre me lo cuentas todo.

Bailey se retorció a mi lado, como si de repente se sintiera incómoda. Se hizo el silencio.

—Un grave accidente de coche.

Se me revolvió el estómago al pensarlo. Ya había pasado por muchas cosas en su vida. Odiaba saber que también le había pasado eso.

—¿Cómo de grave?

—Eeeeh… —Respiró hondo—. Sufrí una conmoción cerebral, contusiones en varias costillas y me rompí el fémur.

—¡Joder! —Se me quedó la mano paralizada—. Romperte el fémur es muy grave.

—Sí, pasé un tiempo en silla de ruedas. Mi padre se pidió una excedencia en el trabajo para cuidar de mí. Pero la persona que nos golpeó no estaba asegurada, así que nos supuso un problema económico.

Maldita sea, le habían dado tantos palos que a veces no lo soportaba. Quería arreglarlos todos, incluso cuando no era posible.

—¿Por eso dejaste de jugar al *hockey?* —pregunté con cuidado.

—No, eso fue por dinero… antes del accidente.

Se me formó un nudo en la garganta.

—Lo siento.

—Así es como acabé en Callingwood. Quería ir a la Universidad del Sur de California. Me aceptaron, pero no podía permitírmelo. Ni siquiera con préstamos era viable. —Bailey carraspeó como solía hacer cuando sus emociones la superaban y trataba de ocultarlas—. Es un programa muy prestigioso. Es un poco decepcionante.

Estaba restándole importancia.

—Apuesto a que tienen un buen programa de posgrado.

—Lo tienen. —Asintió pensativa y se incorporó para girarse hacia mí. La incertidumbre se dibujó en su rostro—. Últimamente he estado pensando en estudiar un posgrado. Si consigo entrar, claro.

Ya estaba otra vez con su modestia innecesaria. Si ella no

entraba en un buen programa de posgrado, nadie podría hacerlo.

—Sabes que tienes las notas para ello, James.

Esbozó una pequeña sonrisa.

—Quizá. Pero entrar en el programa de posgrado de la USC es aún más difícil que en el grado.

—De todos modos, estoy seguro de que hay muchas buenas universidades de periodismo en California. En especial en el área metropolitana de Los Ángeles.

—Es cierto —murmuró, y sonrió aún más—. Hay algunas.

—Me pregunto si California tiene algún otro punto a su favor.

Bailey se removió y se puso de rodillas. Me posó las manos sobre los hombros y se sentó a horcajadas sobre mi cintura.

—Mmm, no sé. El clima cálido es una ventaja. Estaría bien no tener que quitar nieve ni lidiar con las botas de montaña.

—El clima, ¿eh? —Le apreté el trasero y ella se rio.

—¿Buenos sitios donde ir a comprar? ¿Rodeo Drive o como se llame?

—No recuerdo la última vez que fuiste de compras.

—¿Ver famosos? He oído que hay autobuses turísticos que te llevan a ver la casa de las Kardashian.

Le rodeé la cintura con las manos y las deslicé bajo el dobladillo de su camiseta.

—Sigue indagando, James.

—¿Qué más? —Suspiró y frunció los labios, con la mirada perdida, como si estuviera sumida en sus pensamientos. Volvió a centrar su atención en mí, con timidez—. Bueno, conozco a un chico muy guapo que se va a mudar a California después de graduarse.

—¿Solo guapo?

—Guapo, dulce, bueno en la cama. —Hizo una pausa—. Es uno entre un millón, de verdad.

—La pregunta es: ¿vendrás conmigo?

Lina oleada de nervios me recorrió como nunca antes. Contuve la respiración, esperando su respuesta.

Bailey bajó la cabeza y acercó su boca a la mía.

—Por supuesto.



Epílogo

De por vida

Bailey

Tres años más tarde,
Los Angeles, California

El máster era brutal. Todos los estudiantes de mi promoción eran cultos, con experiencia y, básicamente, brillantes. Tenían unas impresionantes trayectorias profesionales que abarcaban desde relaciones exteriores hasta la cobertura de campañas electorales o el periodismo médico. Yo no era perezosa, me había labrado una carrera respetable en el mundo del periodismo deportivo, pero aquello era intimidante. La presión por mantener el nivel era una locura. Y no solo eso, sino que quería ser la mejor de la clase, como lo había sido durante la carrera.

Posible en teoría; agotador en la práctica.

Suspiré y me desplomé sobre mi libro abierto de números, estadística y periodismo de datos. Llevaba tanto tiempo estudiando

que las palabras se entremezclaban en la mente. Cuanto más lo releía, menos sentido tenía. Había pasado tanto rato leyendo que las palabras ya no me parecían reales.

Y, por desgracia, los deberes no esperaban a nadie, ni siquiera a una mujer que cumplía años ese día.

En la planta de abajo la puerta principal se cerró de golpe. Miré el móvil y descubrí que había perdido la noción del tiempo. Chase llegaba un par de minutos tarde y yo ni siquiera me había vestido. Oí unos pasos sobre el suelo de madera y, unos instantes después, apareció en la puerta de mi despacho con las llaves en la mano.

Me dedicó una sonrisa que me dejó sin aliento.

—Siento llegar tarde. He tenido que hacer una parada rápida. —Su sonrisa se desvaneció y me miró con el ceño fruncido—. ¿Llevas todo el día estudiando?

—Tal vez… —Odiaba admitirlo, porque él ya se sentía mal por haber estado fuera todo el día entrenando.

—James. —Se cruzó de brazos y se apoyó en el marco de la puerta—. ¿Al menos has comido algo? ¿Has descansado?

Chase se había ido temprano al estadio y yo me había levantado poco después, me había duchado rápido y me había metido en mi despacho al final del pasillo. Incluso tenía una cafetera en una mesita junto a mi escritorio para no tener que salir a prepararme un café. Había sido una idea brillante por mi parte, aunque un poco peligrosa.

Y no había desayunado exactamente. Pero sí que había almorzado, así que eso contaba como «algo», ¿no?

—No te preocupes —dije—. He almorzado en la terraza y he estudiado ahí un rato.

O lo había intentado hasta que los hijos de nuestros vecinos y sus amigos se metieron en la piscina y empezaron a gritar «Marco Polo» a pleno pulmón. Tras habernos mudado de un complejo de apartamentos lleno de veinteañeros que montaban fiestas todos los fines de semana, creía que vivir en las afueras nos habría garantizado paz y tranquilidad. Nunca imaginé que aquí habría más

ruido, pero eso era lo que ocurría entre las tres y las ocho de la tarde. Supongo que era lo que pasaba cuando comprabas una casa en un barrio familiar.

Chase siempre se reía y decía que pronto serían nuestros hijos los que armarían jaleo. Tenía razón. En especial si nuestros hijos se parecían a él. Por lo que decía su madre, me darían mucho trabajo.

O tal vez nuestros hijos acabarían siendo tranquilos y estudiosos, como yo de pequeña. Pero lo más probable era que no.

—¿Has descansado? —repitió Chase, levantando las cejas oscuras.

—Sí, he ido parando de vez en cuando.

Entrecerró los ojos.

—Ajá.

Chase seguía en la puerta: acababa de ducharse después del entrenamiento y se había puesto una camiseta negra ajustada y unos vaqueros nuevos. Yo, por mi parte, estaba descalza, ataviada con unas mallas negras y una camiseta rosa cualquiera, con el pelo revuelto, fil había mantenido en secreto mi regalo de cumpleaños, pero sabía que, fuera lo que fuera, mi pelo y mi atuendo actuales no estarían a la altura.

Le lancé una mirada pesarosa y me levanté.

—¿Me das unos minutos para cambiarme? Estoy hecha un desastre.

—Estás preciosa. —Se colocó frente a mí y me apoyó las manos en la cintura para inclinarse y darme un breve beso—. Pero tengo que ir a buscar algo para comer.

No me sorprendía. Este hombre siempre estaba comiendo. Nuestros gastos del supermercado eran astronómicos.

—Está bien…

En lugar de soltarme, bajó la cabeza, se adueñó de mis labios y me besó de nuevo, más profundamente. Le clavé los dedos en los hombros y se me entrecortó la respiración. Justo cuando empezaba a perderme en el beso, se apartó y me lanzó una mirada traviesa. Si seguíamos así, no saldríamos de casa en un buen rato, si es que

salíamos.

—Ahora —dijo, y me empujó fuera del despacho, hacia el pasillo —. Ve a prepararte. Te doy quince minutos. —Me dio una palmada en el culo antes de darse la vuelta y alejarse.

Me detuve un momento mientras mi cerebro agotado intentaba recuperarse del beso y de haber pasado un día entero estudiando. No fue hasta que desapareció de mi vista que recordé lo que quería preguntarle.

—¿Puedes darme alguna pista sobre cómo vestirme? —grité.

Su voz resonó desde la cocina.

—Ponte pantalones.

Pantalones. Vale. Vago, pero era mejor que nada.

Me dirigí al cuarto de baño principal y blanco y me lavé la cara antes de maquillarme un poco y rociarme con mi nuevo perfume. Luego me quedé de pie en medio de nuestro enorme vestidor, mirando sin rumbo fijo las filas de ropa. Después de cambiarme tres veces, al final me decanté por unos vaqueros desgastados, una camiseta blanca sin mangas y un jersey fino de color *beige.* Era otoño y me había vuelto tan sensible al frío que podría pasar por una californiana de pura cepa.

El aire acondicionado rugía a toda potencia dentro de su SUV negro, como de costumbre. Enseguida bajé la intensidad del ventilador y subí la temperatura en mi lado para no congelarme durante el trayecto. Chase metió la marcha atrás y apoyó una mano en el respaldo de mi asiento para mirar por encima del hombro antes de salir de la entrada.

—¿Qué tal el entrenamiento? —le pregunté, poniéndome las gafas de sol de carey. Habían sido otro regalo anticipado de cumpleaños. Era como si en casa fuera la semana de mi cumpleaños.

Chase se encogió de hombros.

—Bien. Siempre me cuesta un poco volver a la rutina.

—¿Un poco? —Ahora era él quien decía mentiras piadosas sobre su día. Estaba cansado y se le notaba.

—Agotador —admitió—. Pero no me gusta quejarme cuando tú has estado estudiando tanto y apenas te he visto.

Entre sus entrenamientos de pretemporada y el inicio del posgrado en Periodismo, habíamos pasado muy poco tiempo juntos. Había sido un cambio brusco con respecto al verano tan tranquilo que habíamos pasado descansando junto al lago, cerca de Dallas y Shiv, navegando en barco y durmiendo hasta tarde. No tener ninguna responsabilidad de la que preocuparnos había sido un respiro agradable, pero ahora habían vuelto con toda su fuerza.

Además, ahora que habíamos regresado a Los Ángeles y Dallas y Shiv estaban en Colorado, sentía una especie de síndrome de abstinencia por mis mejores amigos. En Los Ángeles había hecho algunas amistades, la mayoría, otros novios y esposas del equipo, pero no era lo mismo. Y tampoco lo era compartir una copa de vino por videollamada.

—Este máster es muy intenso. —Me pasé la mano por el pelo, recién cortado a la altura de los hombros. Aún se me hacía extraño, como si me faltara una extremidad—. Ya me está matando.

—Oye —añadió él. Me puso la mano sobre la rodilla y sentí el calor de su piel a través de la tela vaquera—. Entiendo que te sientas como una gota en el océano. Pero estás ahí por una razón.

—Lo dices por decir.

Chase se sintió intimidado durante los cinco minutos que duró su debut en la NHL. Después empezó a moverse sobre el hielo como si le perteneciera, y desde entonces no ha dejado de hacerlo.

—Eso no lo hace menos cierto.

La autopista pasaba a toda velocidad al otro lado de la ventana del coche, pero yo seguía sin tener ni idea de adonde íbamos.

—¿Cuándo vas a decirme adonde me llevas?

Chase me miró de reojo con los labios fruncidos.

—Ya lo verás.

A lo lejos, tras recorrer algunos kilómetros, una enorme estructura gris apareció en la distancia. Las letras de un enorme letrero rojo se hicieron más nítidas a medida que nos acercábamos.

Nos dirigíamos al mismo lugar donde él había estado solo unas horas antes.

—¿Vamos al estadio?

—A patinar —dijo—. Es una tradición de cumpleaños.



Era el nuevo estadio del centro de Los Ángeles, una moderna maravilla de acero y vidrio que había sido inaugurada apenas dos años atrás.

Chase abrió la puerta de acceso para los jugadores y entró detrás de mí. Resultaba inquietante lo silencioso que estaba el enorme estadio, roto solo por los ecos lejanos del personal de limpieza. Me guió por los pasillos sinuosos como si fueran su segunda casa, hasta que se detuvo frente a una puerta metálica y marcó el código.

En sintonía con el resto de las instalaciones de primer nivel, el vestuario de Los Ángeles Blades dejaba en ridículo al de Boyd. La zona de cambio estaba equipada con bancos de madera maciza y largas ventanas en lo alto de las paredes exteriores, por donde entraba la luz natural.

Al final de un pasillo contiguo, a la izquierda, se encontraba una sala para los jugadores, con sofás de cuero, una chimenea y una barra. A la derecha había una sala de cine con butacas de cuero negro para treinta personas, y en un entresuelo del segundo piso se extendían la pista y la zona de entrenamiento, además de bañeras de inmersión en agua caliente y fría.

Era un espacio diseñado para que los jugadores pudieran recuperarse, comer y entrenar. Solo había uno o dos como este en toda la liga, y no podía imaginar la decepción de quienes, tras un traspaso, tenían que volver a unas instalaciones corrientes después de haber llamado hogar a este lugar. Ya lo había visto antes, pero cada vez que regresaba me dejaba boquiabierta.

Chase me condujo hasta su taquilla y dejó nuestras bolsas en el

suelo. Me senté en el banco y lo miré, expectante.

Al ver a Chase arrodillado, hurgando en la bolsa negra de deporte, me vino a la mente el recuerdo de aquella vez que me llevó a patinar al estadio de Boyd. Entonces todo era nuevo entre nosotros, aunque ahora parecía que había pasado una vida desde aquel día. En ese momento me ponía nerviosa solo con tenerlo cerca. Ahora todavía sentía esas mariposas, pero de un modo más sereno y reconfortante.

—No nos pillarán como la última vez, ¿verdad? ¿Roy sigue al acecho?

—Esta vez tengo permiso.

—¿De verdad? —Le solté una patada juguetona.

Me miró con una sonrisa y el pelo oscuro revuelto le cayó sobre la cara.

—De verdad.

Aún arrodillado, me entregó los patines. Metí el pie izquierdo, pero cuando introduje el derecho, mis dedos chocaron con una barrera sólida. Sería un rollo de cinta adhesiva suelto por la bolsa.

—Espera. —Metí la mano en el patín y encontré un pequeño objeto cuadrado encajado en la punta—. Hay algo atascado en el… —Lo saqué y descubrí una cajita de madera pulida.

El corazón me dio un vuelco. ¿Era lo que pensaba? No quería precipitarme, así que respiré hondo para calmarme.

—Aquí está —dijo Chase—. Lo estaba buscando.

Me quitó la caja de la mano y abrió la tapa con bisagras. Solté un suspiro cuando mis ojos se posaron en lo que contenía. La piedra central del anillo de su madre, engastada en una sencilla banda de oro.

—Carter —susurré. Se me cortó la respiración y los ojos se me llenaron de lágrimas, a punto de derramarse. Esto era todo. Mi amor, mi vida, mi futuro. Mi todo.

Un ligero atisbo de nerviosismo le atravesó el rostro; tan leve que nadie más que yo lo habría notado.

—He cometido muchos errores por el camino, pero tú has sido la

única constante buena en mi vida. ¿Quieres casarte conmigo, James?

—Sí. —Una lágrima cálida se me escapó y me recorrió la mejilla. Sorbí por la nariz y me la sequé con el dorso de la mano—. Claro que sí.

Me deslizó el anillo en el dedo anular izquierdo y solo entonces me di cuenta de que le temblaban las manos. Me acarició la cara con las manos, se inclinó y me besó como nunca antes me habían besado. Fue un beso suave pero firme, que pedía y reclamaba, una promesa para toda la eternidad.

Nos separamos y él apoyó la frente en la mía mientras me recorría la mandíbula con el pulgar. El corazón me latía a toda velocidad, casi violando alguna ley de la naturaleza. El tiempo se detuvo, como un *flash* que siempre recordaría.

—No sabes lo emocionado que estoy —dijo—. No puedo esperar a casarme contigo.

—Pero ¿eso no me convertirá en una Carter? —bromeé.

—Siempre serás mi James. —Soltó un suspiro profundo y se relajó, con sus grandes manos aún alrededor de mi cintura.

—¿Estabas nervioso? —le susurré.

Chase esbozó una media sonrisa y sus ojos oscuros se clavaron en los míos.

—Un poco. Eres la mujer de mi vida.

Tenía razón. Nunca pensé que encontraría a alguien como él.

—Sabías que diría que sí.

—Sí. —Esbozó una amplia sonrisa—. Como siempre he dicho, estamos hechos el uno para el otro.

FIN



Capítulo extra 1

James

Bailey

Ocho meses después
Los Ángeles, California - Mayo

Estaba hecha un manojo de nervios mientras me miraba en el espejo de cuerpo entero de nuestro dormitorio principal. En menos de tres horas, estaría delante de ochenta personas intercambiando votos matrimoniales. Estaba aterrorizada.

No por la boda, sino por las ochenta personas. Eran nuestros amigos y familiares, pero eso no me tranquilizaba. Nunca me había gustado ser el centro de atención.

Probablemente metería la pata diciendo algo como «infidelidad» en lugar de «fidelidad» u olvidando el nombre de Chase.

Dios mío, se me iba a olvidar su nombre.

Deberíamos habernos fugado.

Me sujeté la parte delantera del vestido de novia de encaje con

ambas manos mientras Siobhan tiraba de la cremallera y abrochaba la fila de botones decorativos de la parte superior.

—Ya está. —Me dio una palmadita en el hombro—. Perfecto.

—Mírate. —Mi madre se acercó corriendo y me abrazó antes de inspeccionarme con cariño. Empezó a llorar y sorbió por la nariz—. Estás preciosa.

Levanté la vista y parpadeé para contener las lágrimas.

—No me hagas llorar, mamá.

Siobhan se acercó a mí a toda prisa y me puso un pañuelo en la palma de la mano. Me sequé los ojos con cuidado. Había pasado la mayor parte de la mañana rodeada de un equipo de peluqueros y maquilladores profesionales. Si estropeaba algo, no tenía ni idea de cómo iba a arreglarlo sola.

—Lo siento. Es solo que… —Mi madre me soltó y esbozó una sonrisa triste—. Mi pequeña ya es toda una mujer.

Seraphina entró en el dormitorio principal y se giró para cerrar la puerta detrás de ella. Llevaba el pelo oscuro recogido en un moño perfecto y elegante. Se miró en el espejo y se alisó las líneas del vestido de dama de honor color ciruela oscuro antes de mirarme a través del espejo.

—Bailey. —Se dio la vuelta y se llevó la mano a la boca—. Dios mío. Ese vestido. Chase se va a desmayar cuando te vea.

Me reí.

—Gracias, Ser.

Aunque sospechaba que simplemente intentaría quitármelo. Habíamos pasado la noche anterior separados y ya me había enviado un mensaje con unos planes muy detallados y previsiblemente obscenos para después de la recepción.

—¿Has mirado fuera? —Me indicó con la cabeza la ventana del dormitorio, detrás de mí—. El jardín parece sacado de un cuento de hadas.

En cierto modo, parecía un cuento de hadas, así que encajaba.

Aparté las cortinas de tela transparente para descubrir un jardín lleno de gente que iba y venía. Unas luces titilantes adornaban los

árboles, listas para iluminar la recepción nocturna. Había filas de sillas a ambos lados del pasillo que conducía al rústico arco de madera de la ceremonia. Y junto a la piscina se había instalado una barra de cócteles. Era sencillo y discreto, al menos para los estándares de Los Ángeles.

Mi cuñada, Kim, asomó la cabeza por la puerta con expresión pesarosa.

—Lo siento, cielo. Voy a buscar a Mateo y quitárselo a Derek antes de que me exploten los pechos. No quiero estropear el vestido. Nos vemos en un rato.

—Está bien —respondí.

Contaba ya con cuatro sobrinos y cuatro sobrinas. Mi madre no daba abasto con tantos nietos, y Chase y yo ni siquiera habíamos empezado a formar nuestra familia.

Shiv, Sera y mi madre hicieron un rápido barrido del dormitorio principal y recogieron las copas de champán vacías y otros objetos que habíamos dejado después de nuestra maratón matutina de acicalamiento. Intenté ayudar, pero me hicieron un gesto para que no me moviera.

Con mi madre de espaldas, Shiv me dio un codazo y bajó la voz.

—Hablando de bebés, ¿habéis hablado más sobre lo de dejar de usar anticonceptivos?

—No sé hasta qué punto lo dice en serio —respondí—. Creo que solo tiene fiebre de bebés por Mateo.

A mí también me pasaba. A los tres meses, Mateo estaba en el momento álgido de la ternura infantil. Tenía unas manitas diminutas, el pelo suave y emitía unos suspiros adorables cuando se quedaba acurrucado contra quien tuviera la suerte de tenerlo en brazos, porque todos nos peleábamos por tener ese honor. Cada vez que lo tenía cerca, la razón quedaba a merced de mis ovarios.

—Claro. Es adorable. —La expresión de Shiv se volvió melancólica—. Además, ese olor a bebé es…

Arqueé una ceja.

—¿Quién tiene ahora fiebre por los bebés?

—No es que no lo estemos intentando. Las novias embarazadas están muy de moda últimamente. —Se encogió de hombros, y su enorme anillo de compromiso con corte esmeralda brilló bajo la luz mientras se colocaba un mechón de pelo oscuro detrás de la oreja.

—Vais a tener unos bebés preciosos. —Hice una pausa—. Por cierto, ¿has hablado con Dallas? ¿Cómo está el novio? —La pregunta era inútil. Chase no estaría ni de lejos tan nervioso como yo.

—Dallas me ha contado que esta mañana Chase ha jugado el mejor partido de golf de la temporada. Ahora están relajándose en la sala de juegos. —Shiv apuró el último sorbo de champán.

Claro que sí. Habían pasado la mañana descansando y relajándose mientras a mí me toqueteaban y arreglaban. Chase se duchará, se pondrá un traje y parecerá que ha acabado de salir de una sesión de fotos. Qué hombre tan afortunado y frustrantemente guapo.

Otro golpecito en la puerta nos interrumpió. Nuestra organizadora de bodas, Janice, entró en la habitación. Nos miró a todos y asintió con la cabeza en señal de aprobación.

—Las fotos son en media hora —dijo—. ¿Deberíamos echar a todos los demás y traer al novio?

Janice había propuesto que nos viéramos antes de la ceremonia, un «primer vistazo». Era poco ortodoxo, pero nos había explicado que a muchas de sus parejas les había ayudado a calmar los nervios, y yo necesitaba toda la ayuda posible en ese aspecto. Una vez que viera a Chase, no tenía ninguna duda de que me sentiría un millón de veces más tranquila.

Además, me gustaba la idea de vernos a solas primero. Me parecía más íntimo.

—De acuerdo —contesté, y los nervios dieron paso a la emoción —. Que pase.



Chase

Me ajusté las mangas de la camisa bajo la chaqueta azul marino del traje y me pregunté qué estaría haciendo James ahora. Si estaría nerviosa, si todo iba bien, si ya se había vestido. ¿Aún llevaría la *sexy* lencería de novia?

Maldita sea.

La tradición de no pasar la noche juntos antes de la boda era una estafa.

No me malinterpretes, el tiempo que había pasado con mis padrinos de boda había sido genial, pero despertarme junto a Bailey era mil veces mejor que hacerlo en una *suite* de hotel con ellos. Y viajar tan a menudo significaba que no podía despertarme a su lado con tanta frecuencia como me gustaría.

Dallas y Ty estaban apoyados en la mesa de billar, cerveza en mano, conversando. A falta de un sótano o de una auténtica guarida masculina, habíamos transformado la sala de juegos y el cuarto de invitados contiguo en nuestra base de operaciones para alistarnos para la ceremonia. Los dos hermanos mayores de Bailey se habían escabullido para darles un respiro a sus esposas y que pudieran terminar de arreglarse sin los niños alrededor.

Miré a Derek.

—¿Crees que Bailey está nerviosa? —O peor aún, ¿echaba de menos a su padre? Pero me guardé esa pregunta para mí.

—Puede que un poco —respondió mientras se encogía de hombros y se ajustaba la corbata—. No le gusta ser el centro de atención.

Cierto. Esa era una de las principales razones por las que se había dedicado a la escritura en lugar de a la retransmisión deportiva, aunque no le faltaba atractivo para aparecer en cámara.

Dallas se acercó a mí y me señaló el móvil.

—Carter, te llaman.

Por fin.

—Buena suerte. —Derek me dio una palmada en la espalda—.

Nos vemos ahí fuera.

—Gracias. —Me di la vuelta y caminé por el pasillo hacia la escalera de madera. Unos cuantos amigos y familiares se arremolinaban en la cocina, absortos en sus conversaciones, y yo los rodeé a toda prisa en un intento de no llamar su atención para que no me detuvieran. Ya había esperado bastante.

Los doce escalones me parecieron interminables. Jamás lo admitiría, pero puede que estuviera un poco nervioso.

Pero esa sensación se esfumó en cuanto la vi.

Crucé el umbral y Bailey se volvió hacia mí. Me miró expectante con esos ojos color avellana en los que todavía me perdía un poco. Llevaba el pelo rizado y suelto sobre los hombros, y el vestido blanco roto con la espalda al aire se ceñía a la perfección a su figura y acentuaba cada curva de su cuerpo.

Era sublime. Y no solo por fuera.

Y yo me despertaría a su lado el resto de mi vida.

—Guau. —Sonreí y me acerqué—. Estás… guau.

Me dedicó una sonrisa tímida mientras le ponía las manos en la cintura.

—Tú tampoco estás nada mal.

La contemplé durante unos instantes más, pero no encontré palabras que le hicieran justicia.

—Qué suerte tengo.

La tenía. De verdad. No había palabras para describir lo afortunado que era por haber conquistado a esta mujer.

Bailey me había hecho mejor persona. Había estado a mi lado en los peores momentos, sin importar lo que pasara. Y hacía que cada día fuera mucho mejor con el mero hecho de formar parte de mi vida.

Nunca imaginé que encontraría a alguien como ella. A veces seguía sin creerme que lo hubiera hecho. Y pasaría el resto de mi vida asegurándome de merecerla.

—Yo soy la afortunada —dijo, y me pasó las manos por los hombros—. Pareces salido de una revista.

—Me sé arreglar. —La abracé—. Te quiero.

Su mirada se suavizó.

—Te quiero.

Incliné la cabeza y ella hizo lo mismo, nuestras bocas se unieron por una fuerza invisible. Bailey soltó un suave suspiro y separó los labios. Deslicé las manos hasta su espalda y la atraje hacia mí. Cuando profundicé el beso, ella me clavó las yemas de los dedos en los hombros y la agarré y exploré cada centímetro que podía alcanzar por encima de su vestido.

Tal vez besarla había sido una mala idea, porque ahora no podía parar. Era adictiva. Mejor aún, era mía.

Al final, Bailey se apartó, reprimiendo una sonrisa.

—Cuidado con el maquillaje. —Le brillaban los ojos.

Me incliné y le di una serie de besos en la piel suave de su cuello.

—No te preocupes —le susurré—. Tendré tiempo para estropearlo más tarde.

—Mmm —dijo ella, que arqueó el cuello—. No puedo esperar.

—Por cierto, tu vestido es precioso. —Recorrí con los dedos el encaje de color marfil que le cubría la caja torácica—. Pero tengo muchas ganas de ver lo que hay debajo.

—No cambies nunca, Carter.

—¿Qué? —Le dediqué una sonrisa feroz—. ¿No puedo sentir curiosidad por el atuendo de la noche de bodas de mi futura esposa? Los buenos maridos se interesan por esas cosas, ¿no?

—Creo que se refieren a asuntos como sus carreras profesionales, no a sus bragas.

Le acaricié la barbilla.

—Ya tienes la carrera asegurada. Me voy a casar con la periodista deportiva más *sexy* del sector. Así que volvamos a tus bragas.

—No puedo estropear la sorpresa —se negó Bailey, y me apartó la mano a modo de broma—. Pero te aseguro que te va a encantar.

Dios mío, ¿cómo iba a sobrevivir a la ceremonia y al banquete?

¿La gente se daría cuenta si desaparecíamos durante media hora?

—De eso estoy seguro.

Alguien llamó a la puerta.

—¿Chicos? —preguntó Siobhan—. El fotógrafo empezará en cualquier momento.

Miré a Bailey y levanté las cejas.

—¿Lista, James?

Sus labios esbozaron una sonrisa.

—Más que lista.

—Vamos allá. —Le tendí la mano.

Ella se acercó y entrelazó sus dedos con los míos. Era el momento. Para siempre.



Capítulo extra 2

Dos rayas rosas

Bailey

Dos meses después
Los Angeles, California - Julio

¿Una de las ventajas de tener varios baños? La posibilidad de orinar en privado… y perder la calma con total privacidad.

Volví a tapar la prueba de embarazo y me la guardé en el bolsillo. Había tres pruebas más en la basura junto al tocador, pero con la cuarta ya estaba bastante segura de que las rayas positivas no eran marcas de evaporación.

Mientras me lavaba y secaba las manos, me miré en el espejo. Me alisé el pelo y respiré hondo para calmarme, como hacía en clase de yoga. No era exactamente una sorpresa. En todo caso, una alegría esperada. El resultado lógico de los acontecimientos: sexo en la luna de miel, mucho, y sin anticonceptivos. Tampoco me sorprendía porque llevaba una semana con síntomas parecidos a un

síndrome premenstrual desbocado. Tenía los pechos tan sensibles que hasta la brisa más leve me resultaba dolorosa; estaba más hinchada que nunca y había llorado con cuatro anuncios distintos y totalmente aleatorios.

Ya habíamos hablado de esto. Estábamos casados. Teníamos estabilidad en todos los sentidos. Y Chase estaría encantado.

Pero no esperaba que sucediera tan pronto.

Al menos estábamos en la pretemporada y él estaba en casa. No me gustaría que hubiera pasado mientras él estaba de viaje.

Cuando entré en el vestíbulo, la casa estaba en silencio, salvo por el ruido del camión de la basura que se alejaba por la calle. Me dirigía nuestro dormitorio para ver cómo estaba Chase. Llevaba una hora despierta, tomando café y haciendo pis en palitos, pero no quería molestarlo en uno de los pocos días en que podía dormir hasta tarde.

La cama estaba vacía, el edredón blanco bien estirado y las almohadas extragrandes alineadas. El sonido del agua golpeando los azulejos resonaba desde el cuarto de baño principal. Me dejé caer en el borde del colchón y me mordí todas las cutículas por los nervios. Chase siempre decía que había que reinterpretar el nerviosismo como emoción, pero en ese momento, sin duda, estaba experimentando ambos.

Un momento después, la ducha se apagó y la puerta de cristal se cerró de golpe. Chase me guiñó un ojo mientras salía del baño cubierto con nada más que una toalla.

Me deleité con su imagen mientras se dirigía al armario, y luego lo seguí hasta detenerme en la puerta mientras se ponía unos calzoncillos negros y un pantalón de chándal gris.

—¿Te acuerdas de nuestra luna de miel? —le pregunté, apoyando un hombro en el marco de la puerta.

Chase se puso una camiseta negra y me lanzó una mirada interrogativa mientras se arreglaba el dobladillo.

—¿Qué parte? —Se apartó el pelo húmedo de la cara. Se le ensombreció el rostro y su característica sonrisa lobuna apareció

cuando se acercó y me rodeó la cintura con esas manos enormes—. Si esta es tu forma de decirme que ahora mismo llevas un liguero de encaje debajo de la ropa, acepto.

No era muy probable que llevara lencería elaborada debajo de los pantalones de chándal Lululemon, pero no podía culparlo por ser optimista.

—¿La parte en la que decidimos deshacernos de toda precaución y dijimos que fuera lo que tuviera que ser?

Chase frunció el ceño.

—La parte… —Puso los ojos como platos y formó una O con la boca por la sorpresa, mientras caía en la cuenta—. ¿Estás diciendo que estás embarazada?

—Sí. —Me saqué la prueba de embarazo del bolsillo y se la entregué.

Se quedó boquiabierto mirando el palito de plástico blanco, luego alzó la vista hacia mí y esbozó una enorme sonrisa.

—Es increíble. —Dejó la prueba a un lado y me rodeó con los brazos mientras hundía la cara en mi cuello.

La expresión en su rostro era más de lo que jamás habría esperado. Era de pura felicidad. Una sensación cálida se extendió por todo mi cuerpo y el peso de mis preocupaciones se evaporó. La profunda satisfacción que sentí en ese momento era indescriptible.

Lo tenía a él y juntos haríamos cualquier cosa, incluso dar este gran paso que nos cambiaría la vida.

Nos miramos y nos quedamos en silencio. Su expresión se suavizó, tan llena de calidez y cariño que tuve la sensación de que iba a estallarme el corazón.

—Te quiero, James.

—Yo también te quiero.

Se inclinó y me dio un beso suave en la boca. Abrí los labios a modo de respuesta y él me abrazó con más fuerza acercándome a su cuerpo en un gesto que transmitía mucho más que cercanía física. Era un abrazo delicado, pero territorial, protector. Decía mil cosas sin pronunciar una sola palabra.

Nos separamos poco a poco y soltó un suspiro. Apoyó la frente contra la mía.

—Un mini Carter. Estoy muy emocionado. —Me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja, con una sonrisa de satisfacción en los labios—. Y a la primera.

Por supuesto que quería atribuirse el mérito.

—Todavía estoy conmocionada —dije—. Ni siquiera lo estábamos intentando.

Volvió a besarme un momento.

—Así de bueno soy.

Se giró, me llevó a la cama y se sentó para atraerme hacia su regazo. Le rodeé el cuello con los brazos, me acurruqué contra su piel y respiré el aroma familiar de su colonia. A veces la rociaba sobre las sábanas cuando él no estaba, pero cuando la llevaba puesta, se mezclaba con su olor corporal y era mucho más deliciosa.

—Vas a ser la embarazada más adorable del mundo —musitó, acariciándome el pelo.

—Eso espero.

Temía que fuera todo lo contrario. Parecía cuestión de suerte, y no estaba segura de que fuera a caer en la casilla de «embarazadas guapas». Aunque Chase lo creería de todos modos, porque estaba ciegamente enamorado de mí.

—¿Dónde quieres ir a celebrarlo? —preguntó—. ¿A Teatro? ¿A Nobu? Tenemos que ir a un sitio bueno. Esto es muy importante.

—No lo sé —dije, con el estómago revuelto ante la idea de comer —. La comida no es mi mejor amiga últimamente. Pensaba que era por el estrés de los exámenes, pero resulta que era algo más.

Chase me acarició la espalda y dibujó círculos lentos de un lado a otro.

—¿Náuseas matutinas? Sera lo pasó bastante mal.

—Náuseas matutinas, náuseas al mediodía, náuseas por la tarde, náuseas por la noche… —O náuseas, al menos. Aún no había vomitado, y esperaba de todo corazón que siguiera así.

—¿Tan mal estás? —murmuró—. Lo siento, cariño. Supongo que

tendré que mimarte mucho para compensarte.

Me reí e incliné la cabeza para besarle la mejilla.

—Ya me mimas mucho.

—Oh, eso no es nada. Ahora tengo que mimar a dos personas.



Seis meses después
Seattle, Washington - Noviembre

Algunas partes del embarazo eran maravillosas: las pataditas del bebé, por ejemplo, o los masajes en los pies que me daba Chase. Pero quedarme sin aliento después de subir un tramo de escaleras era un asco. Me sentía como si hubiera escalado el Everest, cuando lo único que había hecho era subir al segundo piso de nuestra casa.

—¿Chase? —lo llamé y entré en la habitación libre que estábamos convirtiendo en la habitación del bebé—. Madre mía. —Me detuve en la puerta y contemplé el desastre.

La habíamos pintado la semana pasada, tras habernos decantado por fin por un azul claro que combinaba con los muebles blancos. Dependiendo de si el bebé era niño o niña, compraría algunos detalles decorativos para dar unidad al conjunto. Pero ahora, parecía una casa en obras.

Cajas. Cajas por todas partes. Bolitas de poliestireno. Piezas de muebles. Bolsas de plástico con tornillos y piezas. Montones de manuales de instrucciones. Y un marido muy *sexy.*

Chase se levantó y se pasó los dedos por el pelo oscuro y revuelto. Hacía tiempo que tenía que cortárselo y había llevado el peinado de jugador de *hockey* al extremo. Se fijó en mí y me dedicó una sonrisa tímida.

—No deberías haber llegado todavía. —Se acercó a mí y me dio un cálido abrazo.

—Mi profesora de yoga prenatal ha llamado para decir que está

enferma. Pero si quieres, me voy. —Le di un golpecito en los abdominales y por un momento recordé vagamente cómo era tener el vientre plano.

Ahora podía apoyarme un vaso sobre el vientre, caminaba como un pato y llevaba pantalones elásticos las veinticuatro horas del día. Supongo que antes también los llevaba, pero entonces era por elección propia.

—Quería darte una sorpresa —dijo.

Era un detalle bonito, pero totalmente innecesario. Chase ya trabajaba suficiente. Y después de que lo hubieran traspasado a un nuevo equipo, estaba arrasando tanto dentro como fuera del hielo, entrenando más que nunca. De hecho, el exceso de deporte había contribuido en gran medida a su reciente lesión leve de rodilla. Aún no había llegado al punto de necesitar cirugía, pero quería que siguiera así. Esto no ayudaba en nada a su situación.

—Te lo agradezco, de verdad. Pero no quiero que te mates a trabajar en tus días libres. Si hace falta, puedo contratar a alguien para que me ayude.

O podría intentar montarlo yo misma, pero eso acababa con Chase desmontándolo y volviendo a empezar desde cero. Tenía muchas habilidades, pero montar muebles no era una de ellas.

Me soltó y me mantuvo a distancia, mirándome con severidad.

—En primer lugar, no voy a contratar a nadie para montar muebles cuando a mí no me cuesta nada. En segundo lugar, ¿y si el bebé nace antes de tiempo?

Nunca había visto a ese hombre tan preocupado en toda su vida. Se preocupaba por lo que yo comía, por si dormía lo suficiente y por mi nivel de estrés con la mudanza. Ni siquiera me dejaba levantar las cajas ligeras. Y era imposible que se me olvidaran las vitaminas prenatales, porque me lo recordaba todos los días, incluso cuando estaba de viaje.

Por supuesto, eso no le impedía seguir siendo el mismo salido de siempre. Era una combinación explosiva con mis hormonas del segundo trimestre. Habíamos tenido sexo en todas las superficies de

nuestra nueva casa, incluidas la mayoría de las paredes.

Ahora que lo miraba, me sentía tentada. Cada parte de mi cuerpo gritaba «dios mío» cuando lo tenía cerca. En mi defensa debía decir que era guapísimo… y muy hábil con las manos.

—Todavía tenemos tiempo —dije, tratando de concentrarme en la conversación.

Hablando de inversión de roles.

La tranquilidad que aparentaba se desmoronó, y un pánico inusual lo invadió.

—Sera se adelantó un mes. Mis padres no estaban preparados para ella y me echaron de mi propia cuna.

Al igual que Derek y yo, Chase y Sera se llevaban menos de dos años.

—¿Estás estresado, Carter? —Le acaricié los antebrazos con la punta de los dedos, subí hasta los bíceps y me detuve en los hombros antes de darle un suave apretón.

Él soltó un suspiro y la tensión de su cuerpo se relajó.

—Solo quiero que todo sea perfecto —dijo—. Sigo deseando saber si el bebé es niño o niña para planificarlo mejor.

—No, ni hablar. La gracia está en la sorpresa. —Le cogí de la mano y me acerqué a la mecedora tapizada en gris que había en la esquina.

Me senté en ella y Chase se dejó caer en el taburete a juego, se giró hacia mí y apoyó los codos en las rodillas. Me puso esa carita de cachorrito, que casi siempre funcionaba. Casi.

—Pero ¿cómo sabré el color de patines que comprarle? —Había un deje de irritación en su voz. No era la primera vez que teníamos esta discusión. Yo estaba a favor de esperar a saberlo y, como era yo quien iba a dar a luz a ese bebé gigante, gané.

—Aún faltan unos años para eso. Además, yo odiaba el rosa cuando era pequeña. Aunque tengamos una niña, no hay garantía de que le gusten los colores femeninos o las cosas de niñas en general.

—Aun así… —Frunció el ceño, claramente preocupado por no

poder comprar por adelantado el pequeño equipo de *hockey.* Conociéndolo, compraría patines de todos los colores para asegurarse. Me sorprendió que aún no lo hubiera hecho.

Le di un golpecito en el pie con el mío.

—De todos modos, no deberías estar haciendo todo esto con la rodilla así.

—¿Eh? —Bajó la mirada como si se hubiera olvidado, y luego volvió a mirarme—. No, no pasa nada. Mi fisioterapeuta me dijo que me levantara y caminara cada hora. Un poco de actividad ligera es buena para esto.

—¿Flexiones y levantamientos repetitivos? ¿Cargar con objetos pesados? —Incliné la cabeza, escéptica.

Me miró con aire culpable. Ahí estaba, lesionado, y haciendo trabajo físico. Qué hombre tan cabezota.

—Soy yo quien debería estar mimándote —dijo, y me acarició el vientre redondeado. Dejó la palma de la mano sobre la curva de mi barriga y la contempló pensativo—. No al revés.

—No creo que pudieras mimarme más, aunque lo intentaras.

Intentaba devolverle el favor, pero era difícil mimar a un hombre que podía comprarse todo lo que quisiera, era casi totalmente autosuficiente y tenía una inquebrantable confianza en sí mismo. Esperaba que mi amor y mi afecto eternos fueran suficientes. Y, ya sabes, eso que él llamaba mamadas de primera categoría…

—He pasado por la tienda y he comprado helado. De fresa y chocolate. —Hizo una pausa y me dedicó una sonrisa picara—. El chocolate negro parecía mejor que el normal, así que compré los dos. Además de patatas. Salsa. Guacamole. Untable de alcachofas. Agua con gas. —Volvió a acariciarme la barriga, observando el movimiento de su mano mientras lo hacía—. El zumo que te gusta… y un par de filetes para cenar, ahora que ya puedes volver a comer carne.

—Eres un buen amo de casa. —Con gran esfuerzo, me incorporé y me eché hacia delante con la silla para acurrucarme contra su musculoso hombro.

Me acarició el pelo y apoyó la mejilla en mi cabeza.

—Tienes toda la razón.

—Me siento mal al decir esto, porque no me gusta que estés lesionado, pero me gusta tenerte en casa.

Durante la temporada, siempre intentábamos recuperar el tiempo perdido, sobre todo ahora que estaba embarazada y extrañamente sensible las veinticuatro horas del día. Sería por las hormonas, pero quería estar con él todo el rato, y eso hacía que me sintiera muy sola las noches en las que estaba de viaje. Mi almohada de embarazada no servía como sustituía para acurrucarme.

—A mí también me gusta. —Me rodeó con el brazo y me acercó más a él—. Tú eres mi hogar.



Capítulo extra 3

Bebé Carter

Chase

Seis meses después
Seattle, Washington - Febrero

Tras haber escuchado todas las bromas, las anécdotas sobre el embarazo y los consejos sobre la crianza de los hijos de nuestros amigos y familiares, estaba preparado para despertarme sesenta veces por noche, esperar un billón de semanas para volver a tener relaciones sexuales y cambiar más pañales de los que jamás había imaginado. Estaba listo para las impredecibles hormonas posparto, para los cambios en nuestro matrimonio, tanto buenos como malos, y para las abundantes lágrimas de los tres.

Pero nadie me había contado lo indefenso que me sentiría.

Apoyé los codos en las rodillas y me incliné hacia la cama de hospital de Bailey.

—¿Estás bien?

Eran las diez y media de la mañana y ninguno de los dos había dormido. Estaba agotado tanto mental como físicamente, así que no quería imaginar cómo estaría ella.

—Sí —respondió Bailey—. Estoy bien.

Jugueteaba distraídamente con la manga de la bata azul del hospital mientras observaba a su obstetra hablar con el residente en el rincón más alejado de la habitación. Estaban junto a la puerta, conversando en voz baja mientras revisaban la historia clínica de Bailey.

Me puse nervioso cuando su médico volvió a sacudir la cabeza en respuesta a algo que le había preguntado el residente.

Tras más de trece horas, Bailey había aceptado que le pusieran la epidural, pero el parto no progresaba. Estaba estancada en siete centímetros.

Tras llegar a algún tipo de acuerdo, su obstetra se acercó a la cama y estudió el monitor de frecuencia cardíaca fetal con el ceño fruncido.

—Bailey —dijo la doctora Harris, ajustándose las gafas de montura metálica—. Si el bebé no nace pronto, tendremos que hablar de una cesárea.

A juzgar por su tono de voz, no parecía que hubiera mucho que discutir.

—Pero… —Bailey me miró, abatida. Su expresión me destrozó.

Le tomé la mano y le acaricié el dorso con el pulgar mientras deseaba desesperadamente poder ser de más utilidad.

Con la otra mano, apretó con fuerza la sábana blanca que le cubría el regazo.

—Eso no formaba parte del plan de parto.

La doctora Harris asintió con simpatía y frunció los labios.

—Lo entiendo, pero llegará un momento en que ambos estaréis demasiado cansados para continuar con el trabajo de parto. Además, existe el riesgo de infección, ya que rompiste aguas hace un buen rato. Te administraremos oxitocina para ver si eso ayuda a que las cosas avancen, ¿de acuerdo?

Unos instantes después, apareció una enfermera que añadió una bolsa al soporte de la vía intravenosa y ajustó la configuración de los monitores. Cuando la puerta se cerró detrás de ella, Bailey respiró hondo y soltó un largo suspiro. Se giró hacia mí, con expresión cansada y se me revolvió el estómago.

—Hola —dije, inclinándome sobre la cama y apartándole el pelo rubio de la frente—. Lo estás haciendo muy bien.

Bailey había sido muy fuerte durante los últimos nueve meses. O cuarenta semanas, como le gustaba recordarme para subrayar que, en realidad, eran más de nueve meses. Apenas se había quejado, ni siquiera con las náuseas matutinas, que en su caso duraban todo el día, y que a veces la dejaban tan mal que ni siquiera podía terminar sus artículos.

Me miró con tristeza en los ojos dorados.

—Van a acabar haciéndome una cesárea, ¿verdad?

Siempre tan perfeccionista, Bailey se había puesto a investigar las distintas prácticas del parto casi tan pronto como la prueba dio positivo. Estaba decidida a evitar lo que ella llamaba «la cascada de intervenciones durante el parto». Y había insistido especialmente en que no la obligaran a hacerse una cesárea si no era estrictamente necesario. Por desgracia, parecía que lo era.

—Sé que estabas decidida a que todo saliera como lo habías planeado, pero, como ha dicho la doctora Harris, lo más importante es que los dos estéis bien.

A esas alturas, me daba igual cómo llegara el bebé, incluso si lo traía una cigüeña. Solo quería que ella y el bebé estuvieran bien. Pero también quería respetar sus sentimientos, sobre todo porque no era mi cuerpo el que estaban toqueteando.



El tiempo pareció ralentizarse hasta casi detenerse. A pesar de la oxitocina, el parto de Bailey no avanzaba. Ella había llegado al

hospital nerviosa, mientras que yo, dadas las circunstancias, me había mantenido bastante sereno. Pero ahora, con la falta de sueño, el estrés y la preocupación acumulados, sentía los nervios a flor de piel.

De repente, el monitor fetal empezó a pitar a todo volumen. Sonó una segunda alarma, aún más aterradora. Bailey me miró y se me encogió el corazón. Menos mal que ya estábamos en el hospital, porque yo también podría haber necesitado uno si las cosas se ponían feas y me daba un infarto.

—Algo va mal —dijo ella, cada vez más presa del pánico—. Al bebé le pasa algo.

Tragué saliva.

—Seguro que todo irá bien.

La doctora Harris entró de golpe en la habitación, seguida por varios miembros del personal médico. Revisaron los monitores y examinaron a Bailey antes de intercambiar entre ellos una rápida conversación en jerga médica que no me decía absolutamente nada.

Un instante después, la doctora se volvió hacia nosotros con expresión solemne.

—El bebé corre peligro y hay que sacarlo ya.

Y en un instante, me quedé solo en la habitación.



Después de prepararme como me habían indicado para la cirugía, caminé de un lado a otro frente a las puertas dobles del quirófano mientras perdía la cabeza. ¿A quién quería engañar? Ya la había perdido. Habían pasado al menos un par de minutos sin noticias. Cinco, diez, tal vez más. No había reloj, así que no lo sabía. Lo único que sabía era que Bailey estaba allí sin mí y no tenía ni idea de lo que estaba pasando.

No sabía si estaba bien, si el bebé estaba bien.

Toda mi vida estaba al otro lado de esa maldita puerta batiente.

Siete vueltas y media más tarde, la puerta metálica se abrió de golpe y un residente pelirrojo salió corriendo, con aspecto agotado. Si a eso le sumábamos que parecía tener unos diecisiete años, no me inspiraba nada de confianza.

—Lo siento —dijo sin aliento—. Han olvidado venir a buscarte.

¿Que qué?

Debía de parecer tan furioso como me sentía, porque el terror se reflejó en su mirada al momento.

—A veces ocurre con las cesáreas de emergencia —añadió.

Agradecía saber que solían olvidar a las parejas en el maldito pasillo.

Se apartó y mantuvo la puerta abierta mientras me hacía señas para que entrara.

—Eh, ya puedes entrar.

El olor clínico del antiséptico me golpeó cuando lo seguí al interior del quirófano blanco. Un puñado de médicos y enfermeras se agolpaban alrededor de Bailey, separados por una sábana que le colgaba a la altura de la cintura. Supuse que era para evitar que viera la carnicería que había vislumbrado al entrar y que deseaba no haber visto. Los cortes y las heridas leves no me afectaban, pero los órganos al descubierto eran otra historia.

En cuanto vi su rostro, un estremecimiento me recorrió el cuerpo. Parecía muy vulnerable, conectada a un millón de máquinas y con el anestesista de pie junto a su cabeza.

Bailey me miró fijamente y le tembló el mentón.

—Tengo miedo.

Yo también.

—Ya estoy aquí. —Le acaricié la frente, con la esperanza de que eso la tranquilizara un poco en medio del caos del quirófano.

—Lo está haciendo muy bien —dijo la doctora Harris desde el otro lado de la cortina—. El bebé ya está casi fuera.

—¿Lo ves? —le animé—. Ya casi está.

Unos instantes después, un llanto rompió el aire. Era el mejor sonido que había oído en mi vida.

—¡Es una niña! —gritó alguien.

Con esas tres palabras, toda mi vida cambió. Una hija.



—Hola, bebé Carter. —Bajé la mirada hacia el diminuto puño que me rodeaba el dedo índice. Incluso sus uñas eran perfectas. Sus largas pestañas descansaban sobre sus mejillas regordetas mientras dormía plácidamente en la cuna de plástico.

Era como si alguien me hubiera arrancado el corazón del pecho y lo hubiera puesto en ese pequeño montoncito de amor del tamaño de un balón de fútbol. Y supe que haría cualquier cosa por ella, igual que por mi mujer.

Bailey ladeó la cabeza y me estudió el rostro.

—¿Te sorprende que sea una niña?

—Un poco —admití—. Pero es perfecta. Nuestra pequeña familia era perfecta.

Hasta ese momento, no sabía que era posible sentir lo que fuera que estuviera sintiendo. Ni siquiera era capaz de expresarlo con palabras. Quería llamar a mi madre y pedirle perdón por todas las veces que había hecho que se preocupara o por no haber aparecido en casa cuando debía.

Porque ahora sabía lo que era tener un pedazo de mi corazón ahí fuera, en el mundo, separado de mí, y era aterrador.

—Tiene tu pelo —murmuró Bailey.

Me reí un poco. Es cierto. Tenía la cabeza llena de pelo oscuro y suave que se le erizaba por todas partes, igual que el mío por las mañanas. Esperaba que su personalidad se pareciera más a la de su madre o nos traería muchos dolores de cabeza en el futuro. Desde los dos años hasta los veinte…

—Creo que tiene tu nariz —dije—. Es muy mona.

Las sábanas se movieron cuando Bailey se giró en la cama del hospital y se incorporó con una mueca de dolor.

—Deberíamos decidir un nombre.

—¿Ya te has decantado por alguno? —Habíamos reducido la lista a tres opciones, pero Bailey sería la que tomaría la decisión final. Me parecía justo, sobre todo teniendo en cuenta cómo había ido el parto.

—No. —Bailey frunció el ceño y miró la cuna portátil—. No me decido.

Con cuidado, me senté en la cama a su lado y apoyé la cabeza contra la suya.

—Seguro que no le importará que nos lleve un día o dos. ¿Cómo te encuentras?

Al final, Bailey había conseguido dormir un par de horas alrededor de la hora de la cena, pero estaba casi tan pálida como la sábana que la cubría. Ambos necesitábamos irnos a casa y dormir en nuestra propia cama, pero pasarían unos días más antes de que le dieran el alta.

—¿Aparte de que me han abierto y cosido con grapas esta mañana? Fantástica.

Reprimí el impulso reflejo de estremecerme. Una cesárea no era ninguna broma. Cualquiera que dijera que eso no era «un parto de verdad» se merecía un puñetazo en el estómago. Todavía estaba impresionado por lo fuerte que había sido durante todo el proceso. Por lo fuerte que seguía siendo.

—Lo habría hecho por ti si hubiera podido. —Lo decía en serio, si eso significaba que no tendría que volver a pasar por eso, lo habría hecho una decena de veces.

Bailey me miró con una sonrisa irónica.

—Nunca habrías soportado las náuseas matutinas.

—Puede que no —admití. Vomitar era una de las cosas que más odiaba en el mundo. Tenía fobia a hacerlo, y la pobre Bailey había vomitado mucho durante los últimos nueve meses.

—Ya haces mucho por mí —susurró—. Sé que serás el mejor padre del mundo.

—Lo intentaré con todas mis fuerzas.

Alcancé el interruptor de la luz y bajé la intensidad. Nuestra hija emitió un pequeño gemido junto a la cama, se movió y volvió a dormirse.

Bailey deslizó el brazo sobre mi vientre y se acurrucó contra mí. Su respiración se ralentizó y se hizo más profunda y regular. Por un momento, pensé que se había quedado dormida.

—Oh, no. —Levantó la barbilla y abrió mucho los ojos—. ¿Vas a ser uno de esos padres que amenazan con pegar a los novios de sus hijas si les hacen daño?

La miré con inocencia.

—No.

—¿Seguro?

—Por supuesto, James. Le enseñaré a hacerlo ella misma.



Capítulo extra 4

Papá atractivo

Bailey

Tres años después
Denver, Colorado - Mayo

Cerré la puerta principal detrás de mí y le eché la llave antes de guardar mi esterilla de yoga en el armario de la entrada. Una carcajada resonó en el pasillo detrás de mí. Los días de padre e hija eran difíciles de coordinar en cuanto a horarios, pero siempre eran un éxito. Yo también estaba más feliz al tener un poco de tiempo libre para recargar energías.

Una agradable sensación de satisfacción se instaló en mi interior, envolviéndome como una manta tibia. Caminé por el pasillo y me asomé a la sala de juegos, curiosa por descubrir lo que ocurría allí.

—¿Qué tenemos aquí?

Tatum llevaba un vestido amarillo con volantes de princesa y estaba sentada en una silla rosa mientras balanceaba las piernas y

fingía beber de una taza de plástico azul. Las otras tres sillas estaban ocupadas por un elefante de peluche, una muñeca y un dinosaurio de plástico.

Chase estaba sentado en el suelo delante de la mesita rosa, intentando meter las piernas debajo con torpeza. Llevaba unos lazos morados en el pelo y esmalte de uñas rosa fosforito en los dedos, y nunca me había alegrado tanto de que fuera mío.

Tatum estaba radiante.

—Estamos tomando el té.

—Parece divertido —dije.

Chase se levantó y le acarició la cabeza a Tatum al pasar junto a ella para acercarse a mí. Se inclinó y me dio un beso rápido en los labios.

—Hola, cariño.

—¿Comiendo en la sala de juegos? —pregunté con una ceja arqueada intentando parecer severa sin conseguirlo. Había migas de galletas de naranja por el suelo de madera. En nuestra casa teníamos una norma: se comía en la mesa. O al menos lo intentábamos. Pero a algunos se nos daba mejor que a otros eso de cumplir las normas.

—Me lo ha pedido por favor… —Me rodeó la cintura con un brazo y me dedicó una sonrisa tímida. Nadie podía enfadarse con esa carita. Era imposible. No había nada mejor que ver a un jugador de *hockey* gigante rendido a los pies de nuestra hija—. ¿Has pasado un buen día con Shiv?

Mi día libre había sido maravilloso. Después de la sesión de yoga, de haber ido a almorzar y de hacerme la manicura y la pediatra con otra adulta, me sentía como un ser humano de nuevo. Me encantaba ser madre, pero con el calendario de viajes de Chase, a veces me agotaba cuidar sola de la niña.

Chase seguía diciendo que deberíamos contratar a una niñera a tiempo parcial, pero con Tatum a punto de comenzar preescolar en otoño, no le veía sentido. Lo tenía todo bajo control, aunque fuera agotador. Trabajaba por las mañanas, durante la siesta o después de

acostar a Tatum. Era una buena forma de ocupar el tiempo libre mientras Chase estaba fuera.

Aunque estar embarazada de nuevo significaba que mi «tiempo libre» estaba a punto de esfumarse por completo.

—Ha ido muy bien —respondí—. ¿Qué tal el patinaje para niños? —Hasta ahora, a Tatum le encantaban las clases de patinaje. Pero no sabía decir quién estaba más emocionado: si su padre o ella.

—¡Ha sido divertido! —gritó Tatum mientras le servía más té a su elefante de peluche. El tul del vestido de princesa con volantes se agitaba mientras se movía alrededor de la mesa como una anfitriona ocupada atendiendo a los invitados a una cena.

Chase asintió.

—Patina mejor que los otros niños de tres años. Y que la mayoría de los de cuatro. —No era de extrañar, considerando que también era más alta que la mayoría de los niños de cuatro años. Sí que era verdad que íbamos a tener hijos gigantes.

—Así que ahora valoras el patinaje infantil.

—Lo lleva en los genes.

—Qué presumido, Carter.

Cruzó los brazos y se apoyó contra la pared antes de hacer un gesto con la cabeza.

—Quizá quería decir que lo ha heredado de ti.

—No es verdad. —Me reí—. Por cierto, me gusta tu pelo.

—¿Qué? —Frunció el ceño y se palpó la cabeza. Sus dedos se toparon con las filas de lazos de satén morado que hacían juego con las coletas de Tatum—. Ah, sí. —Sonrió, tiró de ellos y se peinó—. Estábamos jugando al salón de belleza antes de la merienda.

Jugar a fingir era uno de los puntos fuertes de Chase como padre. Yo había intentado seguirle el juego, pero Tatum me había dicho sin rodeos que no se me daba tan bien como a él. Yo era mejor a la hora de leer cuentos, hacer manualidades y llevarla de excursión al zoo.

—Supongo que eso explica lo de las uñas.

Se miró los dedos y me los enseñó.

—Me gustan. Creo que me las dejaré para el partido de esta noche —dijo—. Ya sabes, para que me dé suerte.

Tatum estaba al fondo reorganizando las sillas. Regañaba al elefante y al dinosaurio, que al parecer se habían portado mal. Entre mi amor por seguir las normas y la cabezonería de Chase, estaba bastante segura de que estábamos criando a una futura abogada. Quizá incluso a una jueza.

Fuera una jueza o no, el mundo iba a tener que rendir cuentas cuando ella creciera.

—Ah, antes de que se me olvide —dije—. Derek quiere saber si vamos a ir a la cabaña el fin de semana del 4 de julio. A Tatum le encantaría ir a divertirse con su primo, chapotear en el lago y quedarse hasta tarde para ver los fuegos artificiales.

—Claro, siempre y cuando tu médico te dé permiso para viajar.

El embarazo era un rollo en ese sentido. Los últimos meses eran como estar bajo arresto domiciliario, por miedo a que pudiera dar a luz fuera de la ciudad. Además, ahora que sabía que me someterían a otra cesárea, no quería que me abriera cualquier médico. Quería al mío.

—Aún no habré entrado en el tercer trimestre. No pasará nada, pero lo comprobaré con él. Quiere reservar hora para jugar al golf. Dice que Eagle Ridge se llena rápido.

—Supongo que ahora tiene mucho tiempo libre, ya que los han eliminado para el resto de la temporada —comentó Chase con una sonrisa burlona.

—Sé amable —le dije, y le di un codazo en las costillas, donde sabía que tenía cosquillas.

Chase se estremeció y contuvo la risa. Luego me tomó de la mano y me la besó antes de soltarla.

—Vamos, solo es una pequeña competición amistosa entre equipos. —Se frotó la barbilla sin afeitar y ladeó la cabeza pensativo —. Aunque esto significa que tendrá más tiempo para practicar su *siving.* Este año volverá a darme una paliza en el campo de golf.

Detrás de él, Tatum tiró el juego de té sin querer y este se

esparció por el suelo. Se quedó mirándolo un momento, con la carita a punto de descomponerse. Frunció el labio inferior y se arrodilló para recoger los trozos. Miré el reloj y confirmé que era la hora de la siesta. De hecho, ya había pasado, y se notaba.

—¿La acuestas mientras me ducho? —le pregunté en voz baja.

—Sí —respondió Chase, que se arrodilló a la altura de Tatum—. Venga, pequeña. Vamos a leer y a descansar un poco.

Ella asintió obedientemente y extendió los brazos. Si hubiera intentado acostarla para la siesta sin avisarle cinco minutos antes, se habría rebelado.

Él la agarró con un brazo y la acunó contra su cadera. Cuando me la trajo, Tatum me rodeó el cuello con los brazos y me dio unas palmaditas en la espalda con las manitas. El corazón casi me estalló ante ese gesto tan dulce. Olía un poco a caramelos de frutas, que sospechaba que también habían formado parte de esta merienda en contra de todas las reglas de la casa. Había sido una locura de sábado por la tarde en casa de los Carter.

—Adiós, mami.

—Adiós, cariño. —Le di un beso en la cabeza antes de que se diera la vuelta y se agarrara a Chase. Ella apoyó la cabeza en su hombro, con los párpados ya medio cerrados. Sus coletas trenzadas descansaban sobre la camiseta blanca de él y su pelo era del mismo tono castaño oscuro que el de él.

—¿Dónde está Moo? —preguntó mientras desaparecían por la puerta. Moo era la vaca rosa absurdamente grande que Derek le había comprado por Navidad el año pasado. Era bonita, pero casi tan grande como ella. Como era natural, era su favorita.

La voz de Chase resonó en el pasillo.

—Seguro que está en tu cama. Vamos a ver…



Media hora más tarde, acababa de ponerme una camiseta limpia

cuando Chase entró en nuestro dormitorio.

—Se acaba de quedar dormida —dijo—. Hemos leído diez veces *La princesa del saco de papel* y se ha quedado frita con su osito de *hockey* en brazos.

No tuve valor para decirle que, al haberse echado la siesta tan tarde, Tatum también se acostaría tarde. Se daría cuenta por las malas a la hora de irse a la cama, cuando jugáramos a la caja sorpresa con ella, apareciendo y desapareciendo de la cama cada dos minutos.

Frunció el ceño.

—Espera, ¿has terminado el artículo?

—Lo he enviado esta mañana. —Después de escribirlo, reescribirlo, corregirlo y volver a revisarlo más veces de las que podía contar. No solía sufrir de bloqueo del escritor, pero cuando me ocurría, era horrible.

Además, trabajar en un artículo sobre predicciones para los *playoffs* era difícil cuando lo firmaba Bailey Carter. Chase Carter estaba en los *playoffs,* así que mi punto de vista podía verse afectado y no quería parecer poco objetiva. Aunque lo fuera. Obviamente, quería que su equipo ganara.

—¿Quién crees que ganará la Copa? —Chase se sentó en la cama frente a mí e inclinó la cabeza.

Me subí la cremallera de la sudadera gris claro, que ya me apretaba el vientre, y evité mirarlo a los ojos.

—Eh… Anaheim. —Lo miré de reojo.

Él levantó las cejas, pero no dijo nada.

—Sabes que eso es lo que dicen los números —añadí.

—Estadísticamente hablando.

Chase sonrió.

—Que les den a los números.

—Sigo pensando que ganaréis, pero cuando escribo para el trabajo, no puedo permitir que mis opiniones personales influyan en lo que digo. También hay que hacer caso a los datos.

Me tumbé a su lado en la cama y me recosté contra su hombro

ancho. Entrelazó los dedos con los míos, los apretó con suavidad y soltó un leve «hmph».

Los dos sabíamos que, en el fondo, yo pensaba que Colorado ganaría, pero tenía que separar lo personal de lo profesional en la medida de lo posible, sobre todo al ser una mujer en un sector dominado por los hombres. Por desgracia, no era ajena a los trols que acechaban la sección de comentarios de mis artículos deportivos y me acusaban de no ser imparcial y de ser poco profesional cada vez que mencionaba a Chase o a su equipo. ¿Qué se suponía que debía hacer, fingir que mi marido no existía?

—Te estás esforzando mucho por evitar cualquier atisbo de favoritismo. Lo reconozco. Pero sabes que les daremos una paliza la próxima vez. —Posó los dedos en mi dedo anular desnudo y me lo acarició a la vez que su sonrisa se desvanecía—. ¿Dónde están tus anillos?

Era posible que le preocupase que hubiera perdido el nuevo. En teoría, era una alianza de aniversario, pero cuando descubrimos que estábamos embarazados de nuevo, se emocionó tanto que me lo regaló antes de tiempo. En cualquier caso, sabía exactamente dónde estaba esa preciosa alianza de diamantes: en mi cómoda, porque ya no me cabía en el dedo hinchado.

—Tengo los dedos demasiado hinchados. Me los quité anoche para ducharme y no pude volver a ponérmelos. No quise forzarlos y arriesgarme a que se quedaran atascados.

Frunció el ceño y me masajeó la mano.

—¿En serio? La última vez no te pasó hasta el final.

—Supongo que esa es una de las «ventajas» de estar embarazada de gemelos: un *pack* de síntomas intensificados y en versión exprés —respondí—. ¿Cuándo te vas al partido?

—En un par de horas. —Chase se giró para mirarme. Frunció los labios y me recorrió el cuerpo con una mirada que decía más que mil palabras—. ¿Por?

—Ya sabes por qué.

—Mmm. —Me rodeó la cintura con ambos brazos, me acercó a él

y sonrió contra mis labios—. Me encanta la James embarazada y cachonda.



Capítulo extra 5

Para siempre

Bailey

Denver, Colorado - Un mes después
Final de la Stanley Cup - Séptimo partido

Era el séptimo partido.

Nunca en mi vida había deseado tanto algo para otra persona.

Siobhan y yo estábamos sentadas en los bordes de nuestros asientos en el palco de familiares, mirando cómo el reloj marcaba los últimos segundos. El pitido sonó, lo que marcó el inicio del segundo descanso. Los jugadores saltaron al banquillo y se dirigieron al vestuario. El partido de esta noche había estado increíblemente reñido hasta ahora, y había mucho en juego.

Tras una segunda parte muy emocionante, el marcador estaba empatado a uno. No era lo ideal, pero la defensa se había mostrado algo descuidada durante los últimos minutos. Por ahora, me sentía aliviada de que Colorado no estuviera por detrás. Con suerte,

entrarían al tercer periodo con energías renovadas.

En el asiento de al lado, Siobhan gimió y se recostó en el sillón de cuero negro.

—Dios mío. Estas alitas picantes van a provocarme un ardor de estómago horrible. —Hizo una mueca y se frotó el vientre redondeado bajo la camiseta blanca. Aunque nos quedamos embarazadas más o menos a la vez, no teníamos para nada el mismo aspecto. Estaba la mitad de grande que yo porque era su primer embarazo y porque solo iba a dar a luz a un bebé.

—Míralo por el lado positivo —dije—, siempre se ha dicho que tener acidez significa que tu bebé nacerá con mucho pelo. Quizá Luna tenga una melena tan abundante como la que tenía Tatum cuando nació.

De hecho, Tatum todavía la tenía. Insistía en llevar el pelo largo «como una princesa» y me obligaba a peinarla de mil maneras diferentes que requerían la ayuda de vídeos de YouTube, un millón de peines y cepillos diferentes y una paciencia infinita. Por fin había perfeccionado el arte de las trenzas de raíz, pero mis moños no la convencían. Tenía que practicar antes de que volvieran a empezar las clases de *ballet.*

Sus propios intentos eran casi tan buenos como los míos, es decir, nulos. En todo caso, Chase era el mejor peluquero de la familia. Supongo que eso iba de la mano con lo de ser hábil con las manos.

—¿Tuviste acidez con Tatum? —Frunció el ceño como si intentara recordar, y luego cogió otra alita picante a pesar de que se acababa de quejar. No podía culparla por ello; la comida sabía mucho mejor cuando una estaba embarazada. No sabía por qué, simplemente era así. Era como lo que sentía Chase al comer después de los partidos.

Lo que nos llevaba a una de las grandes ventajas de ser la mujer de un jugador: asientos en el palco con servicio de comida en la *suite.* En especial cuando comías por dos, como Siobhan, o por tres, como yo. Y sobre todo cuando necesitaba enterrar mis sentimientos bajo una montaña de comida basura porque estaba muy tensa.

Si nosotras estábamos tan nerviosas, no podía imaginar cómo se sentían Dallas y Chase. Dal ya había llegado dos veces a los *playoffs,* y había ganado una vez, pero era la primera vez para Chase. Deseaba tanto que ganara que lo sentía hasta en los huesos. Por otra parte, él se había mostrado muy seguro antes de salir. Me había dado un beso y se había marchado como si fuera un partido más. Quizá yo estuviera más nerviosa que él.

El estrés volvió a apoderarse de mí, así que hice lo único razonable. Cogí un nacho cubierto de queso fundido, lo mojé en salsa y guacamole y me lo metí en la boca. Tragué y añadí:

—Quizá habría tenido más acidez si hubiera podido retener la comida.

—No me digas. —Shiv me lanzó una mirada comprensiva—. Tuve náuseas durante un mes y fue una tortura. Ni siquiera llegué a vomitar. Pero al menos esta vez no estás vomitando, ¿no?

No, gracias a Dios. Tras haber sufrido de hiperémesis gravídica la primera vez —que era el término técnico para referirse a vomitar constantemente durante todo el embarazo—, tenía más riesgo de volver a padecerla. Un embarazo gemelar ya era bastante complicado, así que agradecía que pudiera comer.

—Sí —dije—. Ahora me estoy comiendo todo lo que encuentro en casa. —Juraría que estaba comiendo tanto como Chase. Últimamente lo único que hacía era comer, dormir la siesta y jugar a las muñecas con Tatum. Quizá la de preescolar en esta ecuación era yo.

—Ugh, para. —Shiv esbozó una sonrisa de superioridad pintada de rojo cereza—. Estás preciosa. Eres alta y llevas muy bien el embarazo. En mi caso, en un mes, parecerá que me he tragado una sandía.

Me reí.

—No lo creo. —En contra de lo que ella creía, estaba claro que Shiv sería una de esas mujeres embarazadas que solo tienen barriga y apenas necesitan ropa premamá hasta el final. O sea, igualita que yo…

Tras otra pausa para ir al baño, regresamos al palco y Dallas saltó al hielo para el primer turno. A pesar de lo que había previsto, Denver no aplastó a Anaheim al principio, aunque ellos tampoco lo hicieron mucho mejor. Ambos equipos estaban cansados, y se notaba.

Durante los primeros diez minutos del tercer período, el partido se mantuvo igualado: abundaban las oportunidades de gol para ambos equipos, pero ninguno lograba superar a los porteros.

Observamos expectantes mientras Dallas recuperaba el disco, patinaba por el lateral y se colocaba en posición de tiro. Svenson, uno de los defensas estrella de Anaheim, aceleró y fue directo hacia él. Apreté los puños contra el reposabrazos cuando Svenson se agachó, embistió a Dallas y le dio un rodillazo en el estómago. Dallas se volvió hacia la valla y se agarró al lateral para mantener el equilibrio.

Shiv jadeó y se llevó la mano a la boca.

—¿Qué coño ha sido eso?

—Una entrada sucia —respondí, negando con la cabeza.

Dallas tardó un segundo en recuperar el equilibrio antes de volver a su posición, aunque sus movimientos eran más lentos de lo habitual. Se habría quedado sin aliento, como poco, si no tenía varias costillas magulladas. Parecía una decisión evidente, pero el juego continuó sin que se pitara una falta.

Desde el banquillo, Chase soltó una serie de improperios y gesticuló hacia los árbitros a la vez que señalaba iracundo a Dallas. Chase estaba preguntando lo mismo que Shiv, pero con un lenguaje mucho más descriptivo. Al no obtener respuesta, se levantó y se inclinó sobre la valla sin dejar la diatriba verbal.

Al no obtener la respuesta que esperaba, se dejó caer en el banquillo y sacudió la cabeza con los codos apoyados en las rodillas. Incluso desde la distancia, veía la rabia en su rostro.

—¿Y no hay falta? ¿Nada? —Siobhan se volvió hacia mí con la boca abierta.

—Debería ser una falta grave de cinco minutos —dije—. Intento

de lesión. O una falta leve de cinco minutos, como mínimo.

Ella soltó un gruñido y echó la cabeza hacia atrás.

—El arbitraje en este partido ha sido un maldito chiste.

—Sí. No han sido nada imparciales.

Aunque los aficionados pensaban que a sus equipos siempre se les trataba de forma injusta, esta vez parecía ser así de verdad. No se trataba de un golpe aislado. Había un patrón: Anaheim se salía con la suya con comportamientos cuestionables, mientras que a Colorado le pitaban cualquier acción que fuese mínimamente dudosa.

Los árbitros debían decidir si iban a dejar el silbato en el cajón y permitir que se convirtiera en una batalla campal o si iban a hacer que los jugadores se responsabilizaran de sus actos. En ambos bandos.

Por eso deseaba todavía más que Colorado ganara.

Los turnos cambiaron y Dallas salió del hielo mientras Chase entraba y patinaba como un loco hacia la zona de Anaheim. El fuego que esperaba ver se había encendido, al menos en su caso.

Si Svenson pretendía enfadar a Carter, lo había conseguido. Y probablemente lo descubriría pronto por las malas, porque algunas cosas no habían cambiado: Chase seguía siendo una fuerza imparable sobre el hielo. Nadie quería ser el receptor de uno de sus golpes. Shiv y yo hicimos una mueca cuando Chase estampó a otro jugador de Anaheim contra las vallas, con un crujido tan fuerte que lo oímos desde nuestro palco en el segundo nivel de las gradas.

La multitud estalló en vítores, salpicados por los abucheos furiosos de un puñado de aficionados de Anaheim. Al menos esta vez no penalizaron a Colorado.

Siobhan se bebió su segundo Sprite, nerviosa, se pasó los dedos por el reluciente cabello oscuro.

—Esto es muy estresante. Lo soportaríamos mucho mejor si pudiéramos beber.

—No me digas —solté. La mayoría de las veces no me importaba no poder beber estando embarazada, pero una copa o dos para

calmar los nervios me habrían venido muy bien esa noche. Al principio del partido, Siobhan casi había tirado su refresco a un lado tras una mala decisión que había mandado a Dallas al banquillo de penalizaciones por una infracción menor. El otro equipo había cometido faltas mucho peores sin recibir ningún tipo de sanción.

—Se me olvidaba —añadió—, Dal me compró cerveza sin alcohol la semana pasada. Quería ser amable y no tuve el valor de decirle que estaba horrible, pero ahora me da miedo que siga comprándola. Sabía a heno. —Puso una cara de asco.

—¿A heno? —bromeé—. ¿Cuánto heno has comido antes?

—Ya sabes a qué me refiero.

La cuenta atrás seguía avanzando, cada segundo que pasaba era una eternidad. Quedaban menos de cinco minutos de la tercera parte y seguían empatados. Estábamos sentadas en el borde de las sillas, rezando en silencio. Colorado solo necesitaba un gol. Un bendito gol y el partido sería suyo.

—Espero que no lleguen a la prórroga —comenté—. Por su bien y por el nuestro.

Por desgracia para todos, así fue. Prórroga a muerte súbita: veinte minutos de cinco contra cinco. El primer equipo en marcar ganaría.

El corazón se me aceleró al máximo cuando vi cómo los jugadores se agrupaban cerca de la portería de Colorado. Anaheim hizo circular el disco, lo que les otorgó cierta ventaja, y la sensación de que el final se avecinaba se apoderó de mí. Durante toda la noche, había estado convencida de que Colorado ganaría, pero su defensa estaba cansada, rezagada y con dificultades para seguir el ritmo. Si las cosas seguían así, había muchas posibilidades de que Anaheim marcara y ganara el partido.

Antes de que me sumiera en una espiral de pesimismo, sonó el silbato. Uno de los jugadores de Anaheim había empujado a un miembro de nuestro equipo y los árbitros por fin decidieron pitar una falta, dándole a Colorado la oportunidad de jugar con un hombre de más, algo que necesitaban desesperadamente.

—Ya era hora —murmuró Shiv, que dejó escapar un suspiro de alivio.

—Esto está ganado —solté para tranquilizarnos tanto a mí como a Shiv.

Chase y Dallas saltaron al hielo para la siguiente jugada y aterrizaron sobre el hielo con energías renovadas. Shiv y yo nos quedamos en silencio, demasiado tensas para hablar. Era el momento: la oportunidad de oro para marcar. Ocho minutos de prórroga, cinco contra cuatro.

El extremo derecho de Colorado se hizo con el disco y voló por el lateral para llevarlo a la zona de Anaheim. Chase estaba perfectamente posicionado para recibir el pase, y retrocedió unos pasos para enviárselo a Dallas, que estaba delante de la portería. Antes de que la defensa de Anaheim pudiera cubrir la distancia, Dallas lanzó y lo metió en la esquina inferior derecha.

Todos los jugadores en el hielo se quedaron paralizados, como si no se lo creyeran.

Sonó el pitido. Marcaba un momento decisivo en la carrera de todo el equipo de Colorado y provocó que los jugadores en la pista volvieran a moverse. Shiv y yo lanzamos gritos de alegría y saltamos de nuestros asientos. O, más exactamente, nos deslizamos torpemente fuera de las sillas por culpa de las tripas de embarazada.

—¡Madre mía! —chilló Shiv, y me abrazó con toda la fuerza que nos permitían nuestros vientres. La apreté contra mí, con los ojos llenos de lágrimas.

Nos separamos y volvimos a centrarnos en el hielo, donde los jugadores se habían reunido para abrazarse y darse palmadas en los cascos. Me invadió una oleada de orgullo al ver a Chase celebrar con sus compañeros.

Había asistido a su primer partido en la NHL, al primero de los *playoffs* y ahora, a su primera victoria en la Copa Stanley. Tras años de esfuerzo, incluidos varios traspasos, además de una lesión de rodilla y una operación que lo dejó fuera de juego durante meses, por fin había conseguido su objetivo.

—Lo han logrado —murmuró Shiv a mi lado.

Sonreí mientras trataba de contener las lágrimas.

—Claro que sí.



Después de abrirnos paso entre la multitud para llegar a la altura de la pista, nos colamos entre la gente que salía y conseguimos unirnos a Chase y Dallas en el hielo, junto con los demás jugadores y sus familias.

El corazón se me llenó de alegría en cuanto vi a mi marido, que sonreía y abrazaba a uno de sus compañeros. Cuando me vio, abrió los ojos de par en par y la emoción en su mirada se tornó en incredulidad.

Se acercó con zancadas firmes y se irguió frente a mí, el ceño fruncido enmarcando su hermoso rostro. Con los patines puestos, me sacaba casi treinta centímetros de altura.

—Saca tu precioso culo del hielo, señora Carter.

Bajé la mirada y me di cuenta demasiado tarde de mi error.

—Eh… puedo mantener el equilibrio a la perfección.

La verdad es que estaba tan emocionada que me había olvidado por completo de la seguridad. Aunque Chase era sobreprotector, en este caso tenía razón: estar embarazada de cuatro meses y encima de gemelos significaba que no debería pisar una capa tan fina de hielo.

En especial alguien tan torpe como yo, aunque nunca se lo admitiría.

—Quizá cuando eras una sola. —Levantó las cejas y contuvo una sonrisa—. Pero ahora debes permanecer en tierra firme hasta que nazcan los bebés.

Me rodeó la cintura con un brazo y me guio con cuidado hasta los bancos tras esquivar a sus compañeros y sus familias. Por el rabillo del ojo, vi a Dallas y Shiv, que parecían estar teniendo una

conversación similar mientras él la acompañaba fuera de la pista.

Al menos no era la única que había tenido un lapsus momentáneo.

Lo achacaría al embarazo, aunque no era mentira. La semana pasada, dejé el móvil en la nevera durante más de una hora antes de darme cuenta de dónde estaba. Y quizá tener gemelos significaba que mi afección era el doble de grave. En cualquier caso, esa era mi versión y la mantendría.

Una vez que estuve a salvo fuera del hielo, Chase apoyó los codos en la valla y se inclinó hacia mí. Se quitó los guantes y curvó los dedos para señalarme que me acercara.

—Ahora que estás a salvo —dijo—, ven aquí para que lo celebremos.

Le rodeé el cuello con los brazos y él inclinó la cabeza para acercar su boca a la mía. Estaba empapado en sudor, y aunque debería haberme dado asco, de alguna manera lo quería aún más por eso. También ayudaba que estuviera acostumbrada al Chase sudoroso después de un partido.

Me puso las manos sobre la cintura y me miró con una sonrisa.

—¿Qué tal en el palco?

—Un poco estresante —contesté—. Pero ha sido un buen partido.

—Sí, ¿verdad? La última asistencia que le he hecho a Ward… —Se apartó el pelo oscuro de la cara y silbó en voz baja—… ha sido preciosa.

—¿Sabes lo que me encanta de ti?

Chase me dedicó una sonrisa ladeada.

—¿Todo?

—Todo —confirmé—. En especial tu modestia.

—La modestia está sobrevalorada. —Se inclinó hacia delante de nuevo y me dio otro beso rápido en los labios.

Los vítores y silbidos resonaban por todo el estadio, a un volumen casi ensordecedor. A nuestro alrededor, los aficionados seguían enloquecidos. Era una gran victoria, no solo para el equipo, sino también para la franquicia.

—Estoy muy orgullosa de ti —le dije—. Te lo mereces.

—No podría haberlo hecho sin ti.



Chase

Eran más de las tres de la madrugada y la casa estaba en silencio.

Mi madre, que nos había hecho de niñera, dormía en la habitación vacía frente a la de Tatum. Bailey se había quedado profundamente dormida en cuanto habíamos llegado a casa, poco después de medianoche. Y yo estaba sentado en la cama de Tatum, donde acababa de volver a dormirla tras una pesadilla.

A veces, en momentos como este, me quedaba dormido en su cama, pero esa noche no lo hice. Haber ganado la Copa Stanley hacía que estuviera un poco nervioso. La adrenalina aún corría por mis venas y no me ayudaba a conciliar el sueño.

Ahora que se le había pasado un poco el miedo a los murciélagos que acechaban en su habitación, Tatum estaba tumbada sobre mí, respirando de forma lenta y regular. Le levanté la cabeza con suavidad y la moví para colocarle una almohada debajo mientras me deslizaba fuera de su cama. Me incliné y le di un beso rápido en la frente antes de salir de la habitación.

¿Cómo había tenido tanta suerte? Tenía una pequeña familia increíble, que pronto dejaría de ser tan pequeña, una carrera que me encantaba y la mejor compañera de vida que podría haber pedido.

Las cosas no eran perfectas, pero se acercaban bastante.

Tras lavarme y cepillarme los dientes en el baño principal, volví a nuestro dormitorio de la forma más silenciosa posible para no despertar a Bailey. Casi lo conseguí, pero la puerta del baño chirrió

detrás de mí cuando la cerré y ella gimió y se removió bajo las sábanas. Bailey tenía el sueño ligero desde el nacimiento de Tatum, a pesar de que nuestra niña llevaba más de dos años durmiendo la noche entera.

—¿Estás bien? —Bailey se incorporó en la oscuridad y me miró—. ¿Qué haces despierto?

—Tatum ha tenido una pesadilla, así que me he acostado con ella hasta que se ha vuelto a dormir. —Aparté las sábanas y me metí en la cama a su lado. Le rodeé la cintura con un brazo para acercarla más a mí.

—Uf. —Se movió—. Ahora que me he despertado, tengo que hacer pis. Vuelvo enseguida.

Me dio pena. Orinar era casi un trabajo a tiempo parcial a estas alturas.

Un minuto después, regresó y se acurrucó bajo el edredón. Su vientre me rozó el torso desnudo. Le puse una mano encima, todavía maravillado por el hecho de que hubiera dos bebés ahí dentro.

Cuando llegaran, nos superarían en número: tres niños contra dos adultos. Iba a ser un caos en el mejor sentido posible. Estaba impaciente.

—El bebé A estaba muy inquieto antes —susurró Bailey en la oscuridad—. No ha dejado de dar patadas durante el partido.

Me reí entre dientes, le besé la coronilla e inhalé el familiar aroma a romero y menta de su champú.

—¿Cómo sabes que era el bebé A?

—Porque no dejaba de moverse en la ecografía. Va a ser problemático. Sin duda ha salido a ti. Es evidente que tiene genes Carter.

—Hmmm… eso suena más a ti que a mí.

Bailey se rio.

—Ni hablar. El bebé B es mucho más tranquilo. Sin duda, ha salido a mí.

Por mucho que intentara protestar, ambos sabíamos que tenía

razón. Y ahora me sentía aún peor por haberla despertado, porque si hablaba tanto significaba que estaba tan despierta como yo.

—Podrías haberme despertado para que fuera a buscar a Tatum —murmuró, y me acarició la parte superior del brazo con la punta de los dedos. La tensión que había acumulado se alivió parcialmente en respuesta a su contacto. A veces, Bailey era lo único que conseguía que me centrara—. No me habría importado.

¿Despertar a mi mujer embarazada? Ni hablar. Ya era bastante malo que viajara tanto y la dejara sola con todo el trabajo de cuidar a los niños tan a menudo. Cuando estaba en casa, me esforzaba por compensárselo a mis dos chicas.

—Ya estaba despierto. Además, necesitas descansar. Parecías agotada cuando hemos llegado a casa. —Casi se había dormido apoyada en la ventanilla.

Tanto mi mujer como la de mi mejor amigo estaban a punto de dar a luz, así que la celebración tras la final no fue tan alocada como había imaginado. Pero fue perfecta a su manera. Ganar con Dallas había sido la guinda del pastel.

Ella soltó un pequeño gruñido de desacuerdo.

—Después de un partido como ese, eres tú quien necesita descansar.

—Estoy demasiado nervioso —admití. Al ritmo que iba, quizá no volvería a dormir en la vida.

—Es muy importante. —Bailey se movió unos centímetros. Acercó su rostro al mío en la oscuridad y me besó en la mejilla antes de sonreír contra mi piel—. Creo que tardarás unos días en asimilarlo del todo.

—Tal vez.

Si es que alguna vez lo hacía. Sospechaba que era una de esas cosas que siempre me parecerían un poco surrealistas.

Nuestros labios se unieron en un beso suave y casto. Por un momento, pensé en arriesgarme a ir a por más, pero ella estaría demasiado cansada. Era la etapa de la vida en la que nos encontrábamos y me parecía bien. Teníamos el resto de nuestras

vidas para hacer todas esas otras cosas… a menudo.

Le acaricié la oreja con la nariz.

—Te quiero.

—Te quiero. —Bailey bostezó y apoyó la frente en mi hombro. Su pelo largo me hizo cosquillas en el brazo—. Llámalo intuición de embarazada, pero tenía el presentimiento de que ibais a ganar. ¿Tú también lo creías? Parecías muy seguro antes del partido.

—Por cómo había ido la serie, pensaba que estaba bastante igualado. Pero sabía que saldría adelante sin importar cómo acabara el partido.

Hizo una pausa y me miró.

—¿Qué quieres decir?

Aunque llegar a la final de la Copa Stanley había sido un logro impresionante en sí mismo, no era exactamente un escenario en el que todos salían ganando, en especial para alguien como yo, que tenía un espíritu competitivo del tamaño del río Amazonas.

Sin embargo, había muchas formas de ganar, y algunas eran más importantes que otras.

Le deslicé una mano por la espalda y la atraje hacia mí una vez más. Ella se acurrucó contra mí y encajó a la perfección en mi cuerpo, como siempre.

—La copa solo dura una temporada. A ti te tengo para siempre.

Agradecimientos

A mi marido, mi Chase. Gracias por tu apoyo incondicional y por enseñarme lo que es el amor.

A mis hijos, os adoro a ambos y espero que nunca leáis este o ninguno de mis libros.

Para mis dos editoras, Mel y Beth. No podría haber hecho esto sin vosotras. Ambas tenéis un talento increíble y tengo la suerte de poder llamaros amigas. Gracias por vuestra paciencia mientras trabajábamos en este libro durante una época complicada en mi vida.

Y a todos mis lectores, en especial a aquellos que se enamoraron de Carter y James mientras aún estaba escribiendo *Fuera de juego:* gracias por amar a mi dulce y malhablado provocador tanto como yo.



AVERY KEELAN vive en Edmonton con su marido, sus dos hijos y dos gatos que creen que ayudar a escribir es saltar sobre el teclado. Adicta al café y enamorada del chocolate negro, escribe romances divertidos, intensos y con mucho salseo. Cuando no está tecleando historias, la encontrarás con un libro en la mano y una taza de café en la otra.